9-3-5

A xxxiii c

19

22900438356

Med
K27874

apima polymne y terrible de la anterior máxima Pª 191(..)
ber q. se deriva de la anterior máxima Pª 195(..) 196(..)
ue es mejor de estudiar la homeopatía Pª 198(.)
tudio trata la causal de los alópatas Pª 198(.)
cepto patriótico y 2 casos muy notables: Pª 198(..)
la causa: Pª 199(.) y (..)
ormal por medicamentos (que masivas: Pª 200(.) y
la unidad práctica (además de la Física) y
ecesario q. dos, o ninguno, médicos hayan
el ambiente infeccioso) deben de estar entrañados
aquenos en sus consultas: Pª 200(..) Que diferencia
las consultas entre alópatas: = argumento los convence
ro sólo de dos: Pª 200 y 201
ecordar sobre la discusión comente: Pª 202(.) a 206(.) y 207 a 209(.)
regla sobre la repetición de dosis: Pª 211(.) Probable con
a de una regla q. repetir las dosis: Pª 211(..) y 212(.)(..)
ugar de la manía peligrosa de cambiar: 213(.) y del error
alternar: 213(..) esto equivale á la polifarmacia, índica inercia: 211
y q. tener paciencia y saber esperar: Pª 212(...)
ulación verosímil y oportuna: 219(.)
malos éxito en homeopatía: Parábola del sembrador
empre la semilla á tierra (218(.)), no en medio de
ya en germen: 219(.)): entonces el mal éxito
sigue, sobre todo en los casos agudos
fermedades medicinales: 221(.) y 222: por la polifar
y por la fisiología masiva: El fracaso
hipótesis de la terapéutica; una vez sanada (Pª) y la fa
homeopatía 222(.) (Compárese esta con la alopatía) (222a)
ad, que depende de la ley. Éxito = 224(.)
mal éxito en las enfermedades orgánicas y muy antiguas: 224
ugar ciencia de enfermos y llegados es la espera de homeopatía: 225
se promete más de los que dejan y sean francos con la fam.: 228(.)
intolerancia y las intoxicaciones: = 228(.)
mal éxito, el régimen con sus excesos y particular: 229
homeopatía nota excesiva y riguroso en cuanto al régimen
rar: ... regatear la antigua habitó: 230 a 23
no autorizo nuevo habito perjudicial: = 234(.)
alópatas homeopatizando: Pª 250(.)
gunta: ... homeopatía: Pª 251(.)
discípulos de Hahnemann = Pª 257(.)

---

a: = La razón acepta el dinamismo vital; y la observ. y la experiencia
lo confirman: Pª 65(.) físico: Pª 65(..) y malífica: Pª 65(...) 66(.)
a naturaleza, un poder benéfico
un vista desde la Pª 66 á la 73
causa vital: 72(.) = Nombre de la enfermedad: 12 = 83(.)
tomas: 84(.) = Vacunina = 92(.)
fermedades crónicas = no 3 causas: la tuberculosis, consecuencia
mediata de la ... Pª 95 a 103
... la vida del ... = Pª 103(.)

INDICE.

El hombre, su origen. . . . . pág. 1.ª á la 23.
El hombre en relacion con la naturaleza circundante. 25 á la 73.
Profilaxis en general. . . . . 75 á la 78.
Profilaxis de las enfermedades epidémicas. . . . . 78 á la 93.
Cólera morbo. . . . . 80.
Sarampion. . . . . 84.
Escarlatina y miliar purpurea. . . . . 85.
De la miliar. . . . . 86.
De la Coqueluche. . . . . 87.
Del Croup. . . . . 88.
De las Viruelas. . . . . 89.
Profilaxis de las enfermedades crónicas hereditarias. . 96 á la 106.
Sarna.. . . . . 107.
Eczema. . . . . 108.
Herpes en sus variedades. . . . . 108.
Costras lacteas. . . . . 110.
— Serpijinosas. . . . . Id.
Del impestigo. . . . . Id.
Tiña favosa. . . . . 112.
De la Pitiriasis. . . . . 113.
Del estrofulo. . . . . Id.
Agente sicosico. . . . . 114.
— Sifilítico. . . . . Id.
Tuberculosis. . . . . 115.
Una idea, la cirujía en sus relaciones con la homeopatía. 117.
Una cuestion de actualidad. . . . . 123.

28731771

WELLCOME INSTITUTE LIBRARY
Coll. wellMOmec
Call No. WC

ERRATAS MAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
13	27	contenerse	sostenerse
15	22	símiles	*similis*
20	14	infinftamente	infinitamente
21	4	ella	el
37	35	extraterino	extrauterino
46	18	combinaciones,	combinaciones.
58	23	eudocómico	endocósmico
58	32	*Tuntalum*	*Tantalum*
83	16	elevaro	*Elevoro*
84	19	masmatica	miasmática
90	5	al principio	el principio
91	3	pueda	puede
91	24	visto	vista

PRÓLOGO.

Al escribir la segunda parte del exámen critico de la medicina alopática y antes de tratar de la profilaxis de las enfermedades epidémicas y las crónicas hereditarias, asunto en mi concepto de suma importancia, me ha parecido conveniente y de necesidad imperiosa demostrar en la manera posible, que la medicina hahnemanniana ú homeopática se halla en perfecta consonancia con las creencias de la Iglesia católica, y éstas con los resultados y descubrimientos más avanzados de las ciencias naturales, con el origen y la formacion del hombre segun el Génesis y con su modo de ser y funcionar; en una palabra, que, fuera de lo que la religion católica enseña y de la verdad evangélica, no

hay sino errores sin fin que conducen á otros mayores y causan males infinitos, con especialidad en la ciencia que enseña á conocer al hombre, á sostenerle y hacerle llevadera su miserable existencia, á preservarle de las enfermedades y en su caso curarlas ó modificar las graves incomodidades que produzcan. Con esta advertencia ya no estrañarán mis lectores que empiece hablando de cosas que, á primera vista consideradas, parece que no tienen una íntima conexion con la parte de la medicina de que voy á ocuparme.

Era importantísimo, ademas, que, aún despues de lo dicho en la primera parte, fijase la raiz filosófica de los principios fisiológico, patológico y terapéutico de la medicina hahnemanniana que profesó, en correlacion exacta con las ciencias naturales y las sagradas escrituras, fuente de toda verdad; empresa, por cierto, bien dificil, y que no podia conseguirse ni aun medianamente, sin combatir de frente, si bien de un modo rápido, los malos sistemas que se han ido sucediendo desde miles de años atrás, y con los que se ha tratado de poner en duda ó destruir las creencias que el mismo Dios, hecho hombre, vino á fundar, á enseñar y establecer para nuestro propio bien. Esto es la causa poderosísima que ha influido para que entre, puede decirse, á segar en mies agena; pero si la verdad está siempre reñida con el error, ó las verdades y los errores nunca pueden estar de acuerdo, al probar que la Iglesia católica está en posesion de la verdad, prúebase tambien que lo es todo lo que está en consonancia y de acuerdo con la misma.

DISCURSO PRIMERO.

El hombre.

> Nihil est in homine quod prius non fuerit in mente Divina solutum. Homo est animal rationalis, in specie unicus, á Deo et ad vitam eternam creatus.

Para conocer aunque imperfectamente al hombre ó lo que constituye á este sér, considerado con justicia como el primero ó el más perfecto entre todos los que viven y pueblan el globo terráqueo, es absolutamente preciso remontarse á su origen. Graves y profundas son las dudas ó cuestiones que al tratar de averiguar y puntualizar el origen humano, ha suscitado el orgullo, el delirio ó la maldad del hombre mismo: el orgullo, por no quererse sugetar, ó empeñarse en romper abiertamente con la tradicion y la Autoridad; el delirio, por el empeño necio de no creer y no confesar aquello mismo que vé, palpa y admira; y la maldad, porque solo un egoismo fiero, ó un deseo vehementísimo de desviar de sí todo lo que pudiera estorbar su marcha en el camino del vicio, ha podido ser la causa de que alguno conociendo

el mal que hacía á sus semejantes al infundir en su espíritu un escepticismo repugnante, no haya tenido, sin embargo, reparo en ello, ni en producir sistemas los más absurdos y más imcomprensibles todavia que los que se empeñaba en negar.

Ya he dicho lo que me propongo en esta segunda parte de mi obra; y siendo cristiano católico, apóstólico, romano, fácil es percibir cual es mi creencia en punto tan delicado.

En tal concepto, no sería necesario que diese principio á aquella provocando las cuestiones que acabo de iniciar, si á lo que dejo enunciado no tuviera que añadir, que creo lo que cree y enseña la Iglesia católica, no solo con el auxilio de la fé, sino por lo que me dicta mi razon tal como [Dios] la ha infundido en mi sér.

Al fijar mi vista en las cosas todas que forman lo que se llama universo, mi razon se confunde y estasía, no percibiendo otra idea que la del inmenso poder ó de la omnipotencia, por mejor decir, de El Ser Supremo que ha creado cosas tan magníficas, tan grandes y portentosas. Porque no se puede concebir cómo haya un hombre que al contemplar los portentos de la naturaleza, no crea, y no sienta en lo mas íntimo de su alma, la existencia de ese Ser Supremo, inteligente ú Omniscio, causa primera de todas las causas; causa sin causa, sin principio ni fin.

Ridículo, por demás, me ha parecido siempre que hombres que se han juzgado grandes pensadores, al paso que derrocaban ó hacían descender al hombre del elevado pedestal en que la sabiduría y el amor divino le colocára hasta el punto de confundirle con los séres más abyectos y despreciables de la creacion, tuviesen el incomprensible é incalificable orgullo de deificar la razon humana, y negarse á creer lo que ésta no comprendía, la existencia de lo que no podía penetrar, y, más que todo, el de empeñarse en esplicar (formando sistema) con solo el auxilio de su razon, lo que es inesplicable, insondeable é incomprensible.

¡La casualidad! ¡la reunion de átomos homogéneos ó heterogéneos dispersos en el caos! ¡el caos mismo produciendo esa magnífica y asombrosa antorcha que ilumina el universo, que dá calor y vivifica á todos los séres que nacen ó habitan en la tierra! ¡La casualidad, el caos y la reunion de átomos, causa eficiente de la creacion de esa multitud de astros y planetas que llenan el universo! ¡La casualidad, el caos y la reunión de átomos, producto-

res del globo terráqueo con los millones de séres raros, preciosos y admirablemente formados que aquel contiene en los diferentes reinos en que aparecen estos divididos! ¡La casualidad dando leyes inmutables, fijando el movimiento ó el curso del sol, de la luna, de los astros y de los planetas, y dirigiendo de una manera invariable, segura, inescrutable y portentosa la multiplicacion y renovacion de la multitud de séres que pueblan la tierra!... ¡Qué aberracion! ¡cuánto delirio ó cuánta maldad! si es que todo esto no nace ó es hijo de un miedo estúpido respecto al porvenir que necesariamente debe aguardar al hombre entregado al vicio, y que no tiene el criterio bastante para sacrificar algunos miserables placeres terrenales ante las aras de ese mismo porvenir delicioso é infinito que le está prometido!

No hay causa sin efecto, ni efecto sin causa, se ha dicho; y se ha negado la existencia de Dios. Pero como las cosas que se ven y se palpan, por grandes ó maravillosas que parezcan, han de tener un origen, y á la par que son causas visibles ó tangibles de otras que tambien se ven y tocan, han de ser y son efectos de otras causas superiores á las mismas, que no se ven y son impenetrables, de aquí el que la razon por sí sola nos enseñe que necesariamente ha de haber una causa primera, increada, ó que no tiene causa, es decir, que no tiene principio y que por lo mismo no puede tener fin: la existencia, en suma, de un Sér Supremo, infinitamente sabio, poderoso, creador de todo lo existente, incomprensible, y con todos los demas atributos de que la religion de nuestros padres le ha revestido. ¿Quién, sinó, dió la virtud á esos átomos necesaria para que reunidos pudieran formar tantas y tantas maravillas? ¿Quién sacó el universo del caos? ¿Quién ha establecido esas leyes eternas é invariables, esa grande armonía que reina en todo el universo? Cuál, en fin, es la causa de la virtualidad de los átomos ó de los elementos constitutivos de ellos?...

Lo he dicho, y la razon á mi me lo dice; existe un Dios, autor de todo lo criado, creador de consiguiente del hombre segun que plugo formarle en su divina voluntad; del hombre que con razon y por sola la razon natural se percibe que es la obra más excelente, el sér que en la tierra debe figurar en primer término, superior á todos los demás, que á todos domina, el rey, en una palabra, de la naturaleza terrestre, y que ha podido concebir en su mente las ideas, inconcebibles para todos los séres animados, de Dios, de la eternidad, de la inmortalidad de su alma, de la justicia

divina, de los premios y penas en la otra vida, de la gloria ó paraiso terrenal.

Este es el hombre segun el Génesis. Un sér que, conforme al versículo que habla de su creacion, fué hecho á imágen y semejanza de su Divino Creador; y con esta sola circunstancia se indica clara y evidentemente que debe ser una de sus obras más perfectas: un sér compuesto de materia, de fuerza ó inspiracion vital y de alma ó espíritu. El hombre por lo tanto no es, ni puede ser solo materia; no es tampoco materia y animacion; es solo lo que acabo de decir, un compuesto, ó el resultado de esas tres cosas muy diferentes entre sí y que tienen sin duda un objeto muy distinto. Los grandes errores en que han incurrido muchos de los filósofos que se han propuesto indagar á fondo la naturaleza ú origen del hombre, todos se cifran puntualmente en haberse querido separar ó haber dudado de la verdad del Génesis, y el no haber considerado á aquel en su conjunto, ó en haberlo hecho descomponiéndole, digámoslo así, ó parcialmente. De ahí traen origen una multitud de sofísticos argumentos, que de seguro no tendrían lugar si se hubiese considerado al hombre tal cual es, y como un compuesto de las tres cosas que el Génesis marca, intimamente relacionadas entre sí ó unidas con lazos invisibles que ni el escalpelo, ni el microscopio, ni el reactivo, ni cuanto el hombre puede inventar para penetrar los secretos y los designios de Diós, podrán nunca aclarar ni descubrir. Pero por mas que esas relaciones íntimas que existen entre el espíritu, la materia y la fuerza vital no puedan penetrarse, no por eso dejará de ser cierta su existencia, como lo es la del Ser Supremo que cosas tan grandes ha formado; no por eso dejarán de ser igualmente ciertas, claras y evidentes las señales que de ellas se presentan por todas partes y que el hombre, con el auxilio de sus sentidos y su razon, permite la Providencia que pueda apreciar y conocer. Unos, en efecto, dando más importancia que la que debian á la materia, y no pudiendo apurar los puntos de contacto ó la relacion que la fuerza vital y el espíritu tenian con ella, han creido que todo en el hombre está subordinado á la misma ó que era efecto de su virtualidad propia, y no han visto más que materia y solo materia: otros, por un sistema enteramente opuesto, han juzgado que el espíritu lo era todo sin atender á esos puntos de contacto ó relacion, y han dado entrada de este modo á dudas y objecciones que, bajo este punto consideradas

las cosas, no era posible resolver. Han desconocido unos y otros la verdadera esencia del hombre; no la han aceptado tal cual es, y han puesto en cuestion la verdad del Génesis.

Los hombres no son todos iguales en sus formas esteriores; varian tambien en su color, en su estructura interior y hasta en su capacidad; pero lo son, y muy exactamente, considerados en la esencia que constituye su modo de ser especial. Esas variaciones son puramente accidentales, conocidas unas, y otras desconocidas si se quiere, pero que no por eso niegan su origen único y verdadero conforme á lo que el Génesis dice, ni rebajan en lo más pequeño su dignidad y excelencia, su superioridad evidente sobre todos los demas séres animados. Cualquiera que sea el color, la estructura, proporciones y aun la capacidad, á no haber desaparecido la armonía, que debe reinar en este sér, siempre es superior, siempre distinto esencialmente, aunque semejante entre si, de todos los demás séres animados, cualquiera que sea la especie á que correspondan.

No me he propuesto formar un gran discurso que tenga por objeto convencer á los incrédulos; tampoco, por consecuencia, el rebatir uno por uno y en toda la estension que la materia de que me ocupo merece, los argumentos que la incredulidad, la maldad ó estravio de ciertos filósofos han formado para combatir la sana y racional doctrina que defiendo. De otro modo hubiera podido y pudiera aducir testos y citas respetabilísimas con el objeto de comprobar que los descubrimientos y observaciones más seguros y recientes, hechos por los hombres mas célebres y sábios, están en perfecta consonancia con todo lo que acabo de esponer. No tengo otro fin que el de hacer las indicaciones que me parecen absolutamente necesarias para venir á parar en el punto que me ha de servir de partida en el interesante, grande y humanitario á que trato de llegar.

Hecha esta indicacion, que he juzgado conveniente, prosigo mi tarea con la misma fé que la he empezado.

La materia se perturba, y el espíritu padece; se altera el espíritu, y la materia se desarmoniza, y en el organismo se advierte una apreciable alteracion en sus funciones; prueba positiva é inequívoca de la íntima relacion que entre uno y otro existe. ¿Pero es igualmente seguro y cierto, que se vea y palpe, que la materia sea siempre la causa productora de esas alteraciones ó desarmonías, ó, más claro, que sea la que domine en el sér que lla-

mamos hombre? No lo es seguramente. Una máquina cualquiera, por ejemplo, un reloj se compone de muchas piezas que separadas no tienen el menor movimiento ó son enteramente inertes fuera de las cualidades que son inherentes al metal ó piedra de que están formadas; dispuestas y enlazadas por el artífice, se mueven con regularidad y señalan las horas y el trascurso del tiempo. ¿Que hay en esta máquina? Materia y organizacion material, que produce sin embargo un movimiento acompasado y de ordinario igual. Un perro, un caballo, el mono ó el elefante se componen de materia con una organizacion especial y con sentidos tal vez más espeditos que los del hombre; se mueve, come, digiere, es fuerte, robusto y vive, es un sér completamente animado, egerce todas las funciones que le son propias; pero ¿qué es lo que se encuentra en él? materia, organismo y vida. Percibe las sensaciones, y tal vez adquiere las ideas simples que forman ó constituyen el instinto necesario para la vida que es comun á su especie. Y ¿qué hace, qué adelantos se advierten en él desde que fué creado hasta el dia? Ninguno, ni el más leve, que no proceda de la paciente inteligencia del hombre. Este está dotado de materia, organismo y vida, y aunque distinta en parte, su organizacion es en este punto muy semejable á aquéllos; pero hay en él una cosa que sensiblemente le distingue de todos los demas séres animados y que se ha designado con el nombre de espíritu. La prueba de esto no puede ser mas patente: sin estar dotado su organismo tal vez de sentidos tan cabales como los de aquéllos, sin percibir, acaso, con tanta fuerza ó con tanta claridad las sensaciones que afectan á sus sentidos, ó las ideas simples que producen en ellos los objetos exteriores, adelanta ó progresa y ejecuta obras grandiosas de toda especie, y que continuamente se dice que solo han podido ser inspiradas por el génio. Si la existencia de un Sér Supremo, sábio y omnipotente se concibe con claridad á la vista de las obras que el universo encierra, la excelencia del hombre, su superioridad sobre todos los demas séres animados, la existencia de su espíritu, diferente y superior al instinto animal, evidentemente se demuestra por sus adelantos, por sus grandes obras, por la facultad á él solo concedida de comunicar á sus semejantes sus observaciones y conocimientos, y por la más distinguida todavia de penetrar en el órden moral ó en un mundo invisible formando ideas de relacion y conceptos tan sublimes, que no hubiera podido si no fuera lo que es, si su espíritu no emanase de ese otro grande espíritu inconcebible,

impenetrable, y ante él que, la razon humana, con toda su grandeza y excelencia, tiene que cerrar sus ojos, postrarse, creer y adorar.

Y el alma se afecta y conmueve, no solo con las sensaciones que á ella se trasmiten por los sentidos producidas por los objetos esteriores, sino que tambien por las ideas abstractas que en ella misma se engendran y que no tienen más que una relacion inmediata, cuando más, con esos objetos esternos.

«*Anima est tanquam tabulla rasa in qua nihill est depictum.*» (San Agustin). «*Nihill est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, (Aristóteles);» y á esto último añade Leinitz, «*escepto el alma misma.*» Todos tres, en mi humilde concepto, han dicho una cosa igual; todos tres vienen atestigüando, en suma, la existencia del alma. «*Anima est tanquam tabulla rasa in qua nihill est depictum.*» No espresa otra cosa sino que nada hay en el alma, ó que es como una tabla rasa en que nada hay escrito ni pintado hasta tanto que recibe las impresiones que vienen á ella del exterior, pero dando por supuesta la existencia de esa alma, o lo que es igual, la predisposicion y facultad de sentir ó percibir, de impresionarse, de discernir, unir ó discretar, de comparar, raciocinar, etc.; y esto mismo supone Aristóteles, y lo mismo confirma Leinitz en su *agregacion*. Esto se esplica grandemente adoptando otro término de comparacion distinto al que adoptó San Agustin, no porque sea mejor, sino porque se estiende algo más que aquel.

Supongamos que el alma es una vasija vacía puesta al fuego, que espera se destile en ella un líquido cualquiera, ó diferentes líquidos, para herbir y formar un precioso elixir ó un repugnante brebage; antes de que destilen en ella los insinuados líquidos, nada hay en efecto, pero existen la vasija y el fuego, sin los que el elixir ó el brebaje no se podrá confeccionar. De este modo ó con esto, se esplica perfectamente la diferencia que hay entre el instinto animal, por bueno que sea, y el alma. El instinto es como la vasija vacía, en donde por distintos conductos se destilan líquidos diferentes, pero que no estando colocados al fuego nunca podrán ponerse estos en estado de ebullicion y formarse el elixir ó brebaje; mientras que el alma es la vasija vacía colocada al fuego, cuya accion se hace sentir luego y produciendo la ebullicion forma el elixir ó brebaje que de otro modo no podría formarse. Falta pues en el instinto animal ese fuego ó esa chispa que emana de aquel inmenso volcan que, en la necesidad de dar nombre á las cosas, se conoce con el de *Grande Espíritu Divino*.

¿De donde proviene la creencia casi universal en todos los tiempos, de la existencia de un Ser Supremo, sábio, omnipotente, bueno y justo; de la vida ulterior y de la inmortalidad del alma?

La tradicion, la educacion, ó las primeras impresiones recibidas; el fanatismo ó la necedad de la mayor parte de los hombres; el egoismo ó el interés particular de los que se han abrogado el derecho legítimo ó ilegítimo de mandar y dirigir á los demás, se ha creido por algunos, que son las fuentes verdaderas de donde nacen ideas tan grandiosas, que han calificado de quimeras, tambien, ó parto de imaginaciones delirantes. No era posible, sin embargo, no se concibe, que si el hombre no estuviera iluminado por la chispa de que antes hemos hablado, si su alma no fuese realmente inmortal, si no tuviera otro destino y otra mision que llenar, se engendraran en su mente tales ideas. No; no son esas las causas que han hecho nacer, que han formado y sostenido esa creencia, universal, casi, en todos los siglos; esas ideas que no tienen relacion sinó, en su caso, muy remota con los objetos exteriores y con las impresiones producidas por éstos en los sentidos, son hijas del alma misma, ó de esa potencia que en ella domina, que se ha llamado entendimiento y que no se encuentra en el instinto de los demás séres animados; y se han formado y se sostienen porque se hallan apoyadas en ella ó en la conciencia que el hombre tiene de su propio ser, en ese YO que le dice, que hay un Dios, que es omnipotente, bueno y justo, que ese Dios le ha criado con un destino superior al de los demas séres, puesto que le ha distinguido, haciéndole á su imágen y semejanza, y concediéndole un destello precioso de su divinidad, que le ha dado una razon, en suma, que le permite discernir lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, la virtud y el vicio, concediéndole además una voluntad libre para obrar el bien ó el mal, lo que, supuesto el conocimiento de la justicia de Dios, trae en pos de sí la inmortalidad del alma, los premios y penas de la otra vida, sin que sea dable creer otra cosa, ó formar otro juicio que no sea irracional y absurdo. La razon al hombre le enseña todo esto: y la razon tambien basta para hacerle cristiano y creer en lo que cree y confiesa la Santa Iglesia católica.

No me propongo repito escribir un sermon ni convertir infieles: no me juzgo competente para tanto: hombres eminentísimos han escrito y predicado lo bastante, lo que yo nunca podría decir ni predicar, y no lo han conseguido respecto de aque-

llos que hacen consistir todo su orgullo y el verdadero saber, y la razon misma, en no creer ó aparentar que no creen, para distinguirse del vulgo, para no confundirse con el miserable, con el débil anciano, con la muger timida ó con el estúpido ganapan, que en medio de sus aflicciones levanta sus ojos al cielo, se postra, ora y pide con aquellas oraciones que á todos nos enseña la Iglesia. Preciso es, no obstante, para mi propósito, y por ser consecuente con lo que en un principio manifesté, que haga algunas someras indicaciones sobre la proposicion última que he sentado. ¿Cual es la causa verdadera y principal de haberse estendido por la tierra rápidamente el cristianismo, y de haberse afiliado á él en los primeros tiempos, despues de la muerte del Redentor, todo el mundo civilizado?.....

Arrojados Adan y Eva del Paraiso terrenal (donde habian sido colocados) por faltar al precepto divino que se les impusiera, en rebelion desde este momento con su Supremo Criador; multiplicada la especie humana y estendida por toda la haz de la tierra; perdida la tradicion ó sensiblemente corrompida; encenagado todo el género humano, puede decirse, en los vicios más asquerosos; perdida de este modo tambien la idea del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y escitada, en fin, la ira ó la justicia divina, se alterarou las leyes inmutables de la naturaleza, aunque por poco tiempo; vino el diluvio, la tierra sufrió un horroroso cataclismo y el mundo antiguo desapareció á impulso de su maldad y de la justa cólera del Cielo.

Salvado no obstante el linage humano en Noé y su familia por un efecto de la misericordia de Dios, el mundo volvió á poblarse de nuevo, y la tradicion, conservada en aquella como un depósito, á trastornarse tambien; la soberbia y el orgullo humano levantó otra vez la cabeza; trató locamente de escalar el cielo; la confusion de las lenguas destruyó su nécio propósito, y desde este momento ya no fué posible entenderse, y el mundo quedó sumido en una profunda oscuridad. A pesar de todo, la tradicion, como antes, se mantuvo pura, porque asi convenía á la Providencia, en una familia, y despues en un pueblo escogido para depositario de ella, y en donde debia realizarse el gran portento de la redencion y regeneracion moral del género humano. Era indispensable que ese portento se le anunciase solemnemente una y muchas veces, y los profetas se sucedieron de tiempo en tiempo, y antes de la venida del Redentor nadie en ese pueblo dudaba del nacimiento ó de la

presentacion en el mundo de una muger *virgen inmaculada*, creacion celestial, destinada en cumplimiento de las profecías á aplastar con su pié la cabeza de la serpiente infernal, y á deshacer la obra de Eva, volviendo á elevar al hombre á el alto puesto en que el amor de Dios hácia él, antes le colocára; nadie en ese pueblo dudaba de la venida de un Precursor, que habia de anunciar la del Redentor de la vida.

Vino éste en efecto, y apareció en un miserable pesebre sin que le rodeasen ninguna de aquellas pompas que dan en el mundo idea de la grandeza, y que éste estima en tanto. No impidió esto, que de paises muy remotos vinieran los grandes y reyes de la tierra á postrarse ante Él y adorarle como á Dios; y prueba positiva de este grande acontecimiento, la atroz medida adoptada por el rey de Judea, el cruento sacrificio de los niños inocentes. Salvado milagrosamente el que venía á salvar á los mismos descendientes de Adan y Eva; despues de ser anunciado por el Precursor á quien el desempeño de su mision costó la vida, aquél apareció de nuevo sin otro cortejo que el de doce hombres elegidos y sacados entre los más rudos y ménos notables del pueblo; predicó el Evangelio, engrandeció con su egemplo, con la santidad de su vida y multitud de milagros patentes, las sublimes doctrinas que aquel contiene, y, apesar de sus divinas é infalibles previsiones, siguió tranquilo su marcha hasta el calvario, donde habia de verificarse su grande y cruento sacrificio. Murió en un suplicio ignominioso; la tierra se estremeció y los cielos se conmovieron, haciendo esclamar al Areopagita en aquel mismo momento y apesar de la gran distancia del punto en que se encontraba respecto del en que tenia lugar la catástrofe. «O el mundo se acaba, ó padece su omnipotente Autor.» Y de este trastorno todavia se encuentran hoy señales evidentes. Todo parece que debió haber quedado aquí concluido. Despues de tan grave acontecimiento, y mediante el horror que en todo tiempo los hombres han manifestado á los instrumentos del suplicio, al suplicio mismo y á los que perecen en él por virtud de las sentencias dictadas por aquellos que han el poder de juzgar y gobernar á los pueblos; no era verosimil, ni aun casi posible, que sucediera lo que acontedió. ¿No era natural que espantados los discípulos de Jesus huyeran despavoridos á donde no pudiera alcanzarles la terrible saña de los tenaces perseguidores de aquel? Era posible, ni aun verosímil, sin que se verificára un verdadero milagro, que los pobres é ignorantes discípulos de Jesucristo se derramaran

por toda la tierra predicando la doctrina evangélica, persuadiendo y convenciendo con el don de su palabra, y que tomasen sobre sus débiles hombros la árdua y asombrosa empresa de derrocar y destruir los magníficos templos del paganismo? Y sin embargo así se verificó; y muchos hombres, grandes y pequeños, ignorantes y sábios, pobres y poderosos, creyeron é inclinaron su frente delante del instrumento del suplicio y del reo crucificado adorándole como á Dios. Y, andando el tiempo, otros hombres que ocupaban posiciones eminentes en la gran ciudad que dominaba el mundo, abjuraban los errores del paganismo, se desprendian de sus riquezas, y huyendo de los deleites embriagadores con que el mundo á porfía les brindára, se retiraron á los desiertos para vivir pobremente, imponerse todo género de privaciones y hacerse dignos por medio de la penitencia de las recompensas del Cielo. Y, entre tanto, todos los Apóstoles habian sufrido el martirio, sellando con su sangre la verdad de la doctrina que predicaron: y los que habian adoptado por bandera la cruz del Redentor eran cruel y tenazmente perseguidos y sufrian los martirios más horribles para dar testimonio tambien de la verdad de sus creencias. Y últimamente se vió á un hombre grande, á un verdadero héroe marchar al frente de un poderoso ejército llevando por enseña el repugnante instrumento del suplicio, aquella cruz en que tantos hombres detestables por sus vicios y enormes delitos habian perecido sentenciados por la justicia terrena, y en pos de sí á una multitud de hombres idólatras en su mayor parte de Venus y de Baco, de todas las delicias de una vida puramente sensual; y esto para colocar aquella señal de ignominia en las ciudades y en lo más elevado de los templos, y decir al mundo entero ¡ahí teneis la única verdad! Y el mundo civilizado, los hombres que todo lo dominaban, los grandes más poderosos que los siglos han conocido, los filósofos y los sábios que habian heredado y mejorado lo que hoy todavía constituye en las artes y en las ciencias las fuentes ó el modelo del saber, inclinaron ante él su erguida frente, su orgullo, su razon y su grandeza. ¿A que se debe este milagro, este verdadero portento? A la verdad, y solo á la verdad; ¡á la razon iluminada por la gracia de Dios!

Más de diez y ocho millones de mártires han dado testimonio con su sangre de esa verdad, de la de los milagros hechos por Jesucristo durante su predicacion, á la manera que le dieron con su martirio los Apóstoles, de los que éstos egecutaron, y de otros infinitos que la divina Providencia ha consentido que sucediesen para

alentarnos y sosternos en la fé. La destruccion del templo de Jerusalen, la total dispersion del pueblo judaico durante el largo espacio de tantos siglos, de antemano tan claramente vaticinada, en castigo del horrible deicidio cometido; los indecibles cuanto inútiles esfuerzos, el decidido empeño, milagrosamente contrariado, de Juliano apóstata, de restablecer ó reedificar el templo de Jerusalen para dar un solemne mentís á los cristianos y desvanecer este gran fundamento de sus creencias; el cumplimiento, en fin, exacto é indudable de profecías más indudables todavía, debian hacer que la razon se rindiese y se rindió dando por fruto el triunfo completo del cristianismo. Y si no se duda de la existencia y gloriosas conquistas del grande Alejandro, de Ciro y de otros altos personajes que figuraron en la más remota antigüedad; si se cree en la existencia de ciudades que han desaparecido de la tierra sin dejar apenas rastro alguno que las demuestre, si en todos los que han procurado saber algo de lo pasado se abriga un convencimiento moral íntimo ó tienen certeza moral de todas estas cosas y otras muchas más, que han sucedido después, ¿cómo no abrigar la misma á vista de pruebas tan patentes y ostensibles respecto á la venida del Redentor, de su divinidad y de todo lo que en este órden el cristianismo enseña?

Todas las religiones han tenido sus mártires; todos los hombres que las han profesado y profesan tienen fé en sus creencias; y la verdad es única; y cuanto á ella se opone, errores y fanatismo. Empero ¿la verdad católica es semejable bajo algun concepto al fanatismo idólatra pagano, al de los sectarios de Confucio, al de los del falso profeta Mahoma y otros que no es necesario mentar?

Que el hombre corra ciego en pós del que le conduce á la gloria que tanto alhaga su orgullo, del que le brinda con riquezas y con todos los placeres de la sensualidad ó de una vida material, nada tiene de estraño; es, por el contrario, muy conforme á los instintos de nuestra mísera naturaleza despues del pecado de Adan. ¿Qué otra causa ha influido para que tantos y tantos cristianos se hayan apartado de la comunion católica, y para que tantos y tantos otros que permanecen en ella sean tan flojos é indiferentes en los deberes que les impone? Recórrase la historia de todos los tiempos, júzguense con imparcialidad los acontecimientos y á los hombres que les motivaron é influyeron sensiblemente en ellos, y se verá que no es otra la causa de tantas decepciones, aberraciones y miseria. Asi es, además, preciso que suceda si el destino del hom-

en la tierra es el de purificar su espíritu para que pueda volver al seno de donde procede. Mas, si el fanatismo de los sectarios de Mahoma, de Confucio, y la nécia y ridícula idolatria del paganismo tienen una esplicacion tan sencilla y natural, no así el que torpemente quiere atribuirse á los santos mártires del cristianismo, ni á los que, aunque no tan buenos como ellos, profesan una doctrina que ensalza al pobre haciéndole resignado, y le iguala con los grandes de la tierra; que hace humilde al grande igualándole con el pobre; que abjura las riquezas, las pompas y vanidades del mundo; que resiste abiertamente los deleites sensuales; que impone abnegaciones, sufrimientos y penitencias; que obliga á amar hasta á los enemigos; que contraria en una palabra los malos afectos que engendra la carne. ¿Y es tampoco una idea cierta que la razon se niegue á creer lo que es incompresible ó misterioso y todo lo que no está conforme con las leyes constantes de la naturaleza, que considera, por lo mismo, físicamente imposible? No es cierta esa idea, seguramente. Incomprensible es de todo punto la esencia de Dios, incomprensibles é impenetrables todos sus juicios, y sin embargo, la razon no puede negar su existencia. Multitud de misterios impenetrables rodean al hombre por todas partes; misterios hay en casi todas las cosas que están á su vista relativamente á su esencia ó modo de ser; misterios en el hombre mismo respecto á su vida y á la mayor parte de sus funciones, y no, por eso, podrá negarse la existencia de esas cosas que vé y palpa, ni de la relacion de una con otras, ni de los efectos que producen, ni de que vive y funciona, á no entregarse á un pirronismo absurdo. Leyes constantes y fijas rigen el universo entero, porque así sólo puede sostenerse la armonía que debe reinar entre todos los séres; pero ningun hombre regularmente entendido ó que tenga sano criterio, puede hoy poner en duda la certeza del gran cataclismo que el mundo sufrió por medio del diluvio, de lo que por todas partes se presentan señales evidentes, como tampoco que aquel no pudo verificarse sino mediante un trastorno completo de esas leyes físicas constantes, debido solo á la voluntad del Supremo Hacedor. Ni aun es aceptable para la razon la idea de que ese trastorno pudiera ser el efecto natural de esas mismas leyes, y que trascurrido un tiempo dado, más ó menos largo, pudiera volverse á reproducir, porque la salvacion milagrosa de la familia de Noé y de todos los animales que pueblan la tierra, bastaría por sí sola para convencerse de lo extraordinario y milagroso del acontecimiento. ¿Quién puede poner coto ó límite á la

voluntad de Dios, no obstante la relativa inmutabilidad de sus juicios? ¿Y por qué en este caso la razon ha de negar lo que no comprende, los misterios, ó lo que no está en la esfera del órden natural? En vista de tales pruebas y del triunfo del cristianismo, ¿qué significan ó qué valor puede darse á los desacreditados cuentos y estúpidas calumnias que la malicia, el ciego orgullo, y la hipocresía farisáica, forjárā para justificar su horrible atentado; cuentos relegados al desprecio y al olvido por espacio de muchos siglos, y que no se inventaron sino mucho después de que hubieran desaparecido del mundo aquellos que podian probar palpablemente su falsedad? Racionalmente probada está, sin embargo, pues que á no ser así, no era verosimil, probable, ni aun posible que el cristianismo hiciera desde un principio tantos prosélitos. Preciso es pues concluir este punto diciendo, que la verdad apoyada en la razon, aunque iluminada siempre por la gracia, ha sido la causa de que el mundo civilizado rindiese homenage al cristianismo.

Después de lo que acabo de decir, que no es una mera digresion para ostentar mis creencias, un talento y conocimientos, que, ciertamente, no poseo, prosigo mi discurso manifestando; que fórmó Dios los cielos y la tierra sacándolos de la nada y por sólo su palabra ó divina omnipotencia; crió la luz separando las tinieblas de la tierra y las aguas en que estaba envuelta; hizo el sol, la luna y demás astros que cubren el firmamento; dió á la tierra árboles y plantas; creó los peces del mar, las aves del aire y los reptiles y los demás animales de la tierra, y últimamente al hombre y á la muger á su imágen y semejanza, y desde este momento quedāron establecidas las leyes inmutables de su existencia y de la multiplicacion de la especie humana á la manera que lo quedāron tambien las que habian de regir sobre los demás séres de la creacion.

A juzgar por el órden con que las grandes obras de Dios fueron egecutadas, racionalmente se concibe que todas tienen una inmediata relacion con la existencia del hombre, y que sin que las primeras existiesen, éste no podia vivir sobre la tierra. Más todavía; que todas esas leyes fijas é inmutables que sólo hān podido ó pueden alterarse por la voluntad del que las impuso, están en parte sometidas á otras que se resuelven en el principio *similis similem quærit*, es decir la atraccion, la afinidad, la asimilacion orgánica; por manera que, si meditamos lo bastante sobre el modo de verificarse la regeneracion moral del género humano, hallarémos al

parecer cierta relacion con el mismo principio que seguramente es el que puede presidir á la regeneracion física del hombre.

He demostrado que con sólo el auxilo de la razon se percibe y comprende la existencia de un Ser Supremo, causa sin causa, causa de todas las causas, causa sin principio ni fin. Que todo lo que existe es un efecto de su suprema voluntad; que el hombre ha sido creado por él mismo y que es la obra más perfecta de la creacion en el supuesto indudable, como se dice en el Génesis y lo enseña la Iglesia católica, única que está en posesion de la verdad, de que fué hecho á imágen y semejanza del mismo Dios, ó que hay en él un espíritu, emanacion divina que no puede ser mortal, de lo que naturalmente se deduce el verdadero destino del hombre en la tierra, el objeto de de Dios al crearle. Que todas las demás creaciones tienen una relacion íntima é inmediata con la del hombre y una influencia suma en su existencia. Que Dios estableció, á *priori* las leyes fijas y solo mudables á su voluntad que debian regir el universo entero, conservando la perfecta armonía que debe reinar en todos los séres de la creacion. Que esas leyes constantes y la armonía que es el resultado de ellas se advierte que tienen por base un principio, que en todo se revela, que es el de atraccion, afinidad y asimilacion, como despues probaré, que se resuelven en el principio *similis similem quærit*, siendo una consecuencia ó un efecto de ese mismo principio la repulsion de todo lo que no es asimilable ó semejante.

Se observa en efecto una marcha constante y fija en el modo de ser y de funcionar de todos los séres que forman el universo, una armonía que representa, podemos decir así, su estado normal, y con tal relacion entre sí, que la menor alteracion de cualquiera de las partes que constituyen ese todo, aunque en cierto sentido puedan considerarse subalternas, se hace sentir de una manera palpable en todas aquellas que están debajo en la escala ó cadena que une todas las cosas que hay en el universo. En el hombre reina esta misma armonía, aunque relacionada con todos los demás séres, y esto constituye su estado normal ó *fisiológico*; mas, en el momento mismo en que esa relacion ó la proporcion de los elementos de la naturaleza circundante que entran en su composicion se interrumpe, ó una causa moral afecta su espíritu, viene la enfermedad y aun la muerte. ¿Cómo, sin el principio de la atraccion universal é individual, podrian mantenerse en su puesto, al recorrer la órbita que les está trazada con tanta regularidad, los cuerpos celes-

tes que vemos, admiramos y cuya esencia no podemos penetrar? ¿Cómo sostenerse la armonía que reina en los fluidos, sin ese mismo principio de atraccion que les une para la formacion de los líquidos necesarios á la existencia de los séres? ¿Cómo sin el principio de afinidad, asimilacion ó atraccion en esencia pueden les cuerpos químicamente considerádos unirse, confundirse y amalgamarse; viniendo á formar otro nuevo y distinto? Y ¿cómo, en fin, sin la concurrencia de esos principios influyentes en la formacion de los séres animados, por resolverse en el principio dinámico vital *similis similem quœrit*, podrían éstos formarse y desarrollarse, rehacerse de sus contínuas pérdidas sustituyendo unas moléculas á otras, conservar la armonía que reina en su organismo apropiándose elementos necesarios para el desempeño de todas sus funciones y repeler todo lo que contribuye á destruir esa misma armonía? El principio dinámico vital de *similis similen quœrit* es la síntesis armónica de todo el mundo orgánico, y la enfermedad de cada uno de los séres que lo constituyen, sólo es y podia ser la perturbacion de dicha síntesis armónica.

La prueba evidente del principio que hemos sentado, existe y se revela en el hombre mismo y en los elementos ó partes de que se compone; debiendo advertir aquí, y antes de pasar más adelante, que me contraigo, y considero al hombre en su estado natural despues del pecado que le sugetó á la enfermedad y á la muerte, y nó en el primitivo y sobre-natural de su formacion, anterior á aquél. Compónese, pues, de materia organizada en una forma especial, y de espíritu ó alma racional, tan perfectamente armonizado todo entre sí, que, sin la concurrencia del pecado, jamás sufriera alteracion y fuera imperecedero. En esa materia, además, de que se compone, á la simple vista, ó con ayuda del escapelo, del microscópio ó del reactivo, se advierten multitud de diferencias apreciables, mil sustancias diversas, en cuya composicion entran todos los elementos conocidos en la naturaleza. Nótase, al mismo tiempo, que todas esas partes diferentes que constiyen el cuerpo humano, todos esos tegidos, fibras y visceras, los líquidos y los gases que éstos producen, todos sus órganos, en fin, están tan admirablemente unidos y dispuestos, tan bien relacionados, he dicho, entre sí, que sin embargo de que forman la máquina más complicada y admirable que indudablemente existe, ésta egerce sus funciones con regularidad. Hay, sin embargo, en todo esto algo que no se vé, muchos misterios que no se pueden penetrar, y que ni el

microscopio ni el escapelo, ni el reactivo podrán nunca revelarnos: ese *spiraculum vitæ* ó soplo de vida infundido por el Supremo Hacedor que Hahnemann llamó «dinamismo vital» y al que otros han dado desde muy antiguo diferentes nombres. Mas todavia; hay en en el hombre, como en los demas séres animados, órganos que llamamos sentidos corporales, que compuestos de esa misma materia, de esas fibras, fluidos, etc. constituyen sin embargo una especie de aparte en el cuerpo humano por la singular virtualidad que les distingue y con que están dotados; pero, á pasar de la inmensa diferencia que se observa en las funciones que cada uno de ellos egerce, en las sensaciones que en los mismos se producen, hay alguna cosa en que todos son iguales, que, aunque de una virtud distinta, ni el escalpelo, ni el microscopio, ni el reactivo permiten apreciar la causa diferente que está determina. En todos los sentidos, por ejemplo, se encuentra un nervio que recibe diferentes denominaciones conforme al distinto efecto que produce ó la funcion que desempeña. Todos, es decir, el óptico, el acustico, ó el de la olfacion, etc. presentan el mismo aspecto, las mismas moléculas, é idéntica composicion, y, sin embargo, su virtualidad es enteramente distinta. Pero, no obstante que esa virtualidad, es tan manifiesta y tan fuerte, ó más, en los animales irracionales que en el hombre, no por eso el resultado es el mismo, ó más claro: no, por eso, es igual el instinto de que aquéllos están dotados, al espíritu ó á la razon humana, como ya antes he tenido ocasion de demostrar. Resulta, de consiguiente, que en el hombre hay materia, organismo animado y un espíritu ó alma que le distingue de todos los demás séres; que en esa materia y en ese organismo entran y se advierten por los resultados de la esperimentacion todos los elementos de la naturaleza que le circunda, pero que en la misma organizacion entran otros que no son materiales ó que, al menos, son imperceptibles como lo que constituye el espíritu, no obstante la relacion íntima que existe entre él y el organismo ó la materia organizada. En todos los cuerpos, de cualquier especie que sean, se observa una cosa análoga ó parecida. Descompónese el aire, y el químico publica el resultado de esa operacion manifestando con seguridad las partes ó elementos de que se compone, y hace visible ó tangible el hidrógeno, el oxígeno, el carbono y el azoe, que le forman, y la proporcion en qne están estos elementos, discretándoles ó separándoles entre sí. ¿Podrá este químico unir estos elementos mismos guardando igual proporcion y formar de nuevo el aire que descompuso?

Y si no puede hacerlo, ¿cuál es la razon? No hay más de un motivo para creer que en la composicion de ese cuerpo, en su modo de ser, existe algun otro elemento que al descomponerse escapa ó desaparece de nuestra vista y no podemos por lo mismo apreciar ó percibir? Pues lo propio precisamente sucede y no puede menos de suceder al descomponer y examinar todos los demás cuerpos, incluso el del hombre, ó cuando quiera penetrarse su verdadera esencia en todos desconocida. ¿Eso que se escapa ó que no está sugeto á la percepcion humana constituirá en el hombre la esencia de su espíritu, de ese espíritu relacionado con el organismo ó la materia, á la manera que lo está con el oxígeno, y el hidrógeno etc. que forman el aire, y con las demás sustancias ó elementos de que se componen otros cuerpos cuya esencia no podemos apreciar? La única contestacion que puede darse á esta pregunta, atrevida al parecer, no puede ser otra en mi concepto, que así como Dios es el que es y el que siempre será, el alma del hombre es, y el hombre mismo, y todos los demas séres creados, lo que Dios ha querido que sean, y nunca podremos penetrar. «*Nihill est in homine, quod prius non fuerit ni mente divina solutum.*»

El hombre nace, se desarrolla, crece y vive mediante esa fuerza vital de atraccion ó asimilacion que se resuelve en el principio de *similis similem quœrit*, y por virtud de la que cada una de las partes ó tegidos de que su organizacion se compone, se apropia todo aquello que le es semejante, con lo que se repone ó rehace de las pérdidas contínuas que sufre, se sostiene el equilibrio ó la armonía necesaria entre los diferentes elementos que entran en su composicion, conserva, en una palabra la salud, funcionando con la regularidad debida conforme á su modo de ser.

Pierde por el contrario ó decrece esa fuerza vital de asimilacion, y se altera la proporcion que debe reinar necesariamente entre los elementos constitutivos de ese organismo, se interrumpe la armonía y viene la enfermedad, como he dicho, y aun la muerte. Y qué es lo que sucede entonces? Compuesto el hombre de todos los elementos que existen en la naturaleza que le circunda, y descompuesto por la muerte su organismo, cada una de las partes que constituyen éste, por el mismo principio de *similis similem quœrit*, vuelve á incorporarse con el elemento de que procede, y el alma ó el espíritu, rota la union hipostática, que existe entre ella y el cuerpo, annque por cierto tiempo, se separa y vuelve tambien al seno del que la crió. Asi es como se comprende perfectamente lo que

dice la Iglesia al recordar al hombre *que es polvo, y en polvo ha de convertirse.*

Por no haber partido Pitágoras de estos principios, ó por no haber reconocido el verdadero origen del hombre y su destino en la tierra, por haber, en suma creido que todo en él era materia ó el resultado de la reunion material de los elementos mismos que le circundan, formó su absurdo sistema que ha servido de base á otros tan absurdos como él, que le han sucedido y que son en la esencia iguales, por mas que aparezcan vestidos en otra forma y se les dé nombres distintos. No partiendo, en efecto, del supuesto de que existe un Ser Supremo omnipotente é infinitamente sabio; de que todo lo que vemos y admiramos es obra suya; de que tiene una voluntad absoluta á la que nada puede oponerse; de que el hombre ha sido criado por él dotándole de un espíritu inmortal que le diferencia de todos los demás séres creados; ó solo confundiendo, por mejor decir, á la criatura con el criador, y el efecto con la causa, es como únicamente han podido hallar cabida en el pensamiento humano las torpes y erradas ideas de la Metempsicosis, del Panteismo, del Materialismo, del Racionalismo, etc.

Lo mismo que en el hombre, sucede y se observa en los reinos mineral y vegetal y en los demás séres organizados vivientes. Diferente puede ser y es el número de elementos que concurren en la formacion de los cuerpos vegetales y minerales; muy diferentes y más ó ménos estensas ó complicadas las combinaciones á que uno y otro están sugetos; pero los principios que rigen para su derivacion, sucesion, multiplicacion, su desarrollo y crecimiento, y hasta en sus alteraciones y destruccion misma, son exactamente idénticos. Cada una de las moléculas de que se componen, cada uno de los elementos que entran en su formacion, tiene su virtualidad propia, tiene la virtualidad que constituye su esencia, tiene la virtualidad, conforme á la ley constante de la afinidad y de la atraccion, de apropiarse, de agregarse ó adherirse todo ó á todo lo que le es semejante, viniendo despues por medio de esas combinaciones, de que he hablado, á reproducirse y multiplicarse con la gran variedad que en ellos se nota, ó alterarse ó destruirse por falta de la debida proporcion entre los elementos que les forman. No es necesario, en mi concepto, que pongamos ejemplos para apoyar una doctrina que los mejores y más aventajados químicos reconocen como exacta. Sin embargo, si se fija la atencion un momento en cualquiera mineral, en que las combinaciones elementales son mé-

nos complicadas, por ser tambien menor el número de los elementos que entran en su formacion, desde luego se distingue en sus diferentes capas la agregacion ó reunion de las moléculas que se desprenden de cada uno de los elementos que le componen, el resultado ó efecto inmediato de los elementos mismos, que es precisamente lo que se observa en el reino vegetal, aunque con más dificultad, ó no tan claramente, por ser mucho más rico en las combinaciones de los elementos que juegan en su formacion. En todos no obstante, entra algun otro que constituye su esencia primitiva que escapa á la percepcion humana, y que, á pesar de las altas pretensiones de los químicos que se juzgan más adelantados, nunca podrán apreciar, en términos de crear y componer lo que descomponen y analizan. Dicta la razon, y la esperiencia lo confirma, que el Sér infinftamente sábio y omnipotente que creó todas las cosas que nos rodean, debía dar y dió leyes constantes y fijas con que estas cosas ó estos séres existieran, creciesen y se multiplicasen los que recibieron este destino por su naturaleza. Mas, como estos y su destino era muy diferente ó distinto, en su formacion debian entrar diversos elementos aunque sugetos estos á leyes invariables. Ya he notado cuales son éstas segun el resultado que ofrece una constante observacion en los reinos en que está dividida la naturaleza terrestre: veremos despues sí en la multiplicacion de la especie humana se advierte, ó no, palpablemente la observancia de esas mismas leyes, ó si rige el principio de *similis similem quærit.*

Preciso es ya entrar en consideraciones de otro órden, que descendamos á contemplar al hombre, no como salió de las manos del Criador Supremo, y quedó despues del pecado original, sino en su desarrollo y completa formacion conforme al precepto divino «*crescite* et *multiplicaminii,*» es decir, á la derívacion y procedencia de otro ser semejante. Para que esto pueda verificarse, desde luego aparece inevitable la union de dos séres en especie semejantes, aunque de sexo distinto; y en esa diferencia de sexo se encuentran ya patentes los primeros elementos de la multiplicacion ó de la formacion del nuevo sér, sin que pueda caber la menor duda racional respecto á que en esos primeros elementos entran todos aquellos de que el hombre fué formado en sus relaciones tambien indudables, segun los resultados que dán la anatomía general y la química orgánica, con toda la naturaleza que le circunda. En la misma forma que el óvulo ó semilla en el reino vegetal, arrojado en la tierra y puesto en contacto con los elementos de la na-

turaleza que le circunda, por efecto de su virtualidad propia y que constituye su esencia, atrae y llama á sí todos los elementos que le son propios y semejantes, germina y se desarrolla y se efectuan en ella todas las evoluciones necesarias para la formacion del árbol ó de la planta; y luego que esta está formada, se advierte en todas las capas que cubren el corazon de la misma, la agregacion ó reunion de moléculas semejantes entre si segun el elemento principal que en cada una de ellas domina: así en la vexícula de Graf se vé y observa, con ayuda del microscópio, una muy menuda granulacion que aislada é indudablemente contiene el gérmen de todos los elementos, que, fecundados por medio de las corrientes de fluido eléctrico biótico que se establecen en el acto de la generacion y por lo que debe ser y es en realidad la espresion ó el resultado de todos los elementos constitutivos de la organizacion del hombre y de la muger, se desenvuelve en ella una virtualidad por la que se asimila y apropía los elementos simples y semejantes que en primer término nos dán las áreas.

Esta clase de consideraciones, segun la indicacion que en general acabo de hacer, no pueden desenvolverse bien sino de una manera técnica como paso á hacerlo á continuacion, para completar, por una parte, mi objeto, y evitar, por otra, la confusion que pudiera introducir ese mismo tecnicismo en las ideas antes consignada. Añadiré, sin embargo, para concluir, que la armonía universal ó la que reina en todos los séres de la creacion incluso el hombre, el más complicado y perfecto de todos ellos, por la voluntad del Supremo Hacedor se rige especialmente por el principio de «*similis similem quærit*» espresion clara y genuina del de atraccion, afinidad, etc.; que la armonía, ó la alteracion que puedan sufrir esos mismos séres en su modo de exístir ó de funcionar consiste á su vez en la falta de proporcion ó alteracion en sus elementos constitutivos, ocasionada por la pérdida ó decaimiento de la virtualidad atractiva que en cada uno hay; y, además, que con estos dos principios guarda una consonancia perfecta, viniendo á ser una emanacion natural de ellos, el terapéutico *similia similibus curantur,* base de la medicina homeopática ó hahnemanniana. La comprobacion de esta última idea es, á mi modo de ver, sumamente sencilla. Si en los elementos que se consideran primitivos en la naturaleza, elementos que indudablemente entran en la composicion orgánica del hombre, hay un principio de atraccion que preside la armonía universal, y la que se observa en el hombre

y constituye su estado completo de salud (estado fisiológico); si la *desarmonía*, y de consiguiente la enfermedad procede de la falta de proporcion elemental, de la pérdida ó decaimiento *de esa virtualidad atractiva* en alguno ó algunos de esos elementos (raiz del principio patológico); el restablecimiento de la armonía racionalmente se concibe que no es posible alcanzarle sino por medio del aumento de esa misma fuerza ó virtualidad para hacer que desaparezca la falta de proporcion, y del mismo se comprende que esto solo podrá conseguirse por medio de la administracion de una sustancia medicinal simple que tenga alguna semejanza, es decir que contenga en sí el elemento del órgano ó del organismo que aparece perturbado. ¿Y cuál puede ser esta? Aquella que por la esperimentacion pura en el hombre sano, la observacion y la esperiencia hayan confirmado á *posteriori* posée la virtualidad de determinar un cuadro de síntomas semejante al de la enfermedad resultado de la perturbacion en la ley de atraccion, lo que no sucederia si esa virtualidad no fuese inherente á la esencia del medicamento ó sustancia simple.

He presentado, á mi modo de ver, en este pequeño discurso, las bases cardinales de la doctrina Hahnemanniana completamente conforme con las recibidas por la Iglesia, y en abierta oposicion, por consecuencia, con los estraviados sistemas que los llamados en general naturalistas han creado, resultado indudable, como ellos dicen, de la esperimentacion, del progreso y adelanto de las ciencias. Nada es mas frecuente que el oir á los hombres que se suponen versados en estas, que las doctrinas sentadas, por mas que aparezcan racionales, no están conformes con el resultado de las investigaciones micro-anatómicas. Los espíritus vulgares con esto se alarman ó se tranquilizan en proporcion de la fé ó de la incredulidad de que se hallan poseidos, y tambien de la mejor ó peor idea que tienen formada respecto del hombre de ciencia que así se esplica. De aquí la confusion de las ideas, el trastorno de los ánimos, la destruccion de las creencias, y el que se engendren males gravísimos y trascendentales en la sociedad; y todo esto acaso no es efecto mas que de un orgullo insano, de la confusion, como antes dije, de las causas con los efectos, de la criatura con el Criador. Grandes son, en verdad, los adelantos que en las ciencias naturales se han hecho; mucho, muchísimo, lo que en ellas se ha conocido y descubierto, y mucho más todavía lo que el hombre se jacta de que podrá descubrir; mas á pesar de tantos secretos como se han pene-

trado, aun cuando la ciencia haya podido sorprender infinitas combinaciones elementales, fijando de este modo las causas de la produccion de multitud de séres de los diferentes reinos en que la naturaleza se encuentra dividida, hay siempre un límite que no puede traspasar, un punto á que no llega ni llegará jamás, aunque sus descubrimientos se centuplicasen; que es la esencia de los elementos primitivos, y de aquella causa primera que no tiene principio ni fin. Lo más estraño en todo esto, por no decir irracional, es, que ensalzándose hasta el delirio el poder de la razon humana, y creyendo que todo le es posible, que todo lo puede descubrir, que todo lo puede penetrar hasta el punto de crear nuevos mundos, se venga por último á concluir que ese gran ser (el hombre) no se diferencia ni tiene otro destino que el de un miserable reptil ú otra alimaña cualquiera. No es esto lo que realmente enseñan las ciencias naturales, no es esto lo que dicen los descubrimientos modernos, preciso es decirlo muy alto: las ciencias naturales y los descubrimientos modernos examinados con buen criterio é imparcialidad confirman la verdad de nuestras creencias, corroboran lo que la Iglesia católica enseña á sus hijos, y los principios médicos que profesamos.

DISCURSO SEGUNDO.

El hombre en relacion con la naturaleza circundante.

> Formavit igitur Dominus Deus hominen de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ: *et factus est homo in animan viventem* (S. Pablo).
>
> Si un destello semejante á Dios no residiese en el hombre; ¿cómo podría arrebatarle lo divino?
>
> Si el ojo no fuese semejante á la índole solar; ¿cómo podría ver el sol?
>
> Omnia natura in ovulo est reflecta; per principium armonicum similis similem quærit.

Si para conocer la naturaleza del hombre he tenido que remontarme á su origen, para apreciar debidamente su parte vital y plástica, es de absoluta necesidad entrar en consideraciones sobre los elementos simples que concurren á su formacion y el de la naturaleza circundante que los envuelve.

Cuatro son los elementos simples que hasta hoy las ciencias naturales reconocen como básicos en todas las formaciones orgánicas é inorgánicas, ademas del calórico y el lumínico cuya esencia no es dado apreciar bien, y que ya sean simples ya compuestos, tienen una influencia directa en la formacion de todos los séres.

Cuanto existe en la naturaleza circundante es una derivacion y representacion de aquéllos y de éstos, y el médico filósofo no puede dar un paso en la apreciacion y estudio de la parte vital y plástica del hombre sin reconocer dicha representacion.

Penetro, pues, con voluntad firme y ánimo traquilo en dicho estudio, sin dejarme dominar por las afirmaciones de unos, ni por las negaciones de otros.

Siendo, como es, una verdad inconcusa, á la cabecera del lecho ocupado por el hombre enfermo, la ley terapéutica *similia similibus curantur*, descubierta por Hahnemann, nuestro inmortal maestro, forzosa y necesariamente ha de tener una raiz filosófica, otra fisiológica y otra patológica en exacta correlacion con los numerosos y felices resultados clínicos que todos los dias obtenemos.

Creo haber señalado la *raiz filosófica* del principio fisiológico al probar la naturaleza del hombre; las pruebas demostrativas han de derivarse de la referencia armónica que existe entre los elementos simples que la naturaleza circundante envuelve como *prius plasticos* de los tres reinos, y el organismo del hombre, síntesis armónica de dichos tres reinos, y espresion admirable de las leyes fijas é invariables impresas por Dios á la creacion.

Si la parte espiritual del hombre es un atributo que le asemeja á la Divinidad, porque de ella emana el hombre al recibir la vida y en ella se asimila espiritualmente al morir, la parte plástica del cuerpo humano, semejante á la naturaleza circundante porque de ella misma procede transustanciada y elevada por los reinos antecedentes, al cesar la union hipostática del alma con el cuerpo, vuelven los elementos plásticos á formar otra vez parte de dicha naturaleza circundante. ¡Ved aquí ya el círculo misterioso en que todo gira en la naturaleza! Ved ya señalado el lazo indisoluble entre Dios, la naturaleza y el hombre. ¡Ved ya cómo iniciada la raiz fisiológica de la medicina homeopática bajo la ley armónica de *similis similem quœrit* en correlacion con la filosófica! Mas cesemos por ahora en este órden de consideraciones: la verdad de nuestro principio surgirá de las pruebas demostrativas que vamos á aducir, empezando por esplicar con Bruner lo que entendemos por naturaleza circundante.

Naturaleza circundante, para nuestro objeto, es solo el mundo terráqueo en el cual vivimos y las demás formas vegetales y animadas que parten con nosotros esta morada planetaria. Los otros cuerpos del universo, por mas que les concedamos una accion di-

recta sobre los séres que habitamos el globo terráqueo, sólo podemos considerarlos, por ahora, como partes de ese conjunto armónico que admiramos.

El hombre, al contemplar el universo, lo recibe en su interior sensual, é intelectual de un modo teórico. Aun los más pequeños detalles de aquel se introducen en nuestros sentidos por medio de sus irradiaciones lucíficas, sonoríferas, eléctricas y mecánicas, es decir desprenden de sí una parte de su ser y lo depositan en nuestra sensualidad. Nos dejamos impresionar por los objetos esteriores, que, en virtud del principio *similis similem quærit*, tienden hácia nuestra sustancia vital. Los recibimos primeramente en la *cavidad* de nuestros *sentidos* impresionados, es decir, los percibimos *asi como lo sentimos*; pero al mismo tiempo proyectamos nuestras sensaciones hácia fuera percibiendo al universo *como es en realidad*. Este acto sensitivo del hombre en frente de la naturaleza esterna, por medio del cual *él* siente lo que *ella* es, y *ella es* lo que *él siente*, indica ya que debe haber algo de *semejante* entre los dos.

Asi es verdaderamente: si el espacio, la distancia, la forma y el color de los cuerpos; si la velocidad y los sonidos; si la molecularidad electrica y la justa-posicion y resistencia mecánica de los cuerpos, se reproducen en las respectivas sustancias nerviosas del hombre, esta sustancia además de ser sensitiva, subjetiva, debe ser capaz de *cambiar* sus moléculas vitales aunque sea rápida y pasageramente. Si la sustancia sensitiva es capaz de cambiarse en aquellas formas y cualidades del mundo esterno, es por su manera *simil* con aquel: si la retina puede molecularizarse en rojo, verde, etc.; el nervio acústico vibrar los sonidos; es porque, además de tener en sí moléculas afectadas de una (manera) disposicion semejante[1] á la que las impresiona, reside en ellas una virtualidad especifica para sólo sentir y percibir aquello que les es *simil* plástica y virtualmente. De esto se deduce que lo semejante que la sustancia sensitiva tiene con el mundo esterno son las propias determinaciones (semejanzas) del mundo mismo, que en ella residen.

Pero no solo las *formas* semejantes de accion á las de la naturaleza circundante contiene en sí el organismo-hombre, sinó tambien sustancias semejantes á las de los reinos mineral, vegetal y animal, residen en la constitucion vital de nuestro cuerpo. El azufre, el fósforo, el hierro, la cal, etc.; el azúcar (Bernard), el almidon (Virchow), el ácido acético y oxálico y benzóico, el ácido ambárico (Heintz), y el sulfuro hidrociánico (Berzelius), etc.; el ácido láctico y fórmi-

(1) Quizás por vibraciones llegadas á ellas ó trasmitidas por medio del agente universal éter

co (Scherer), la hipoxántina y muchas sustanciás más que no enumero, se forman incesantemente en el interior de la economía del hombre. Si consideramos que el analisis químico está descubriendo de día en día nuevas sustancias en el hombre, que propiamente son semejantes á las que pertenecen, ya al reino mineral, ya al vegetal, ya al de los animales, hay que creer, que todos los elementos esenciales de los mencionados tres reinos se encuentran en el cuerpo humano pero con una virtualidad propia que, aunque semejante á la de aquellos, no es igual ni plástica ni esencialmente. Podemos, pues, pronunciar desde ahora que *el hombre es un ser viviente que envuelve en sí todos los demás reinos de la naturaleza transustanciados y elevados,* y que no solo los contiene desde el principio embriológico de su ser, sino que, sujeto, para poder vivir, al cumplimiento de la ley-principio "*similis similem quærit*", durante toda su vida los recibe por medio de la *ingestion*, constituyéndose así en un ente verdaderamente *omnívoro*.

Apresurémonos á declarar que los cuatro elementos simples que hasta hoy la química reconoce como radicales de los reinos mineral, vegetal, animal y humano, son el carbono, el oxígeno, el azoe y el hidrógeno. Dichos cuatro elementos son los radicales, así en el reino mineral como en el vegetal, en el animal y en el humano. En virtud de su carácter de representantes en el *telurismo*, se presentan, como más tarde los veremos, en calidad de fundamentos químicos de los cuatro elementos físicos del planeta en el vasto sentido de los antiguos, *tierra, fuego, aire* y *agua*, (Empédocles) y de todos los demás simples químicos que forman la estructura detallada del cuerpo terráqueo. En la misma representacion, en la composicion de la materia vegetante, podemos decir, que esta última, siguiendo las leyes de ascension y transustanciacion, es compuesta dinámicamente, es decir, resultado de todos los elementos del telurismo, los que, más tarde, por el principio de *similis similem quærit*, recibe *in actu* por vía de absorcion.

Cuando dichos cuatro elementos se penetran mútuamente y se unifican en una combinacion (cuaternaria) del todo nueva, como antes no existió en el recinto de las acciones telúricas (mecánico-físico-químicas), aquellos cuatro elementos, *obedeciendo á una fuerza supra-terrestre*, se vivifican. De aquí el que se llame *vida* á ese estado particular en que los elementos carbono, oxígeno, azoe é hidrógeno de separados y yustapuestos que estaban en el telurismo se han vuelto *íntima unidad* con sacrificio de su independencia pri

mitiva. Esta ipsovivificacion del telurismo es la forma *plástica* que al hombre se ofrece como primera de la materia vegetable.

La sustancia vegetal es, así, distinta del telurismo por su calidad vital específica, pero al mismo tiempo es homogénea con él por los elementos de que se compone. Aunque éstos en su transustanciacion y ascension han asumido, al unirse, una propiedad vital, existen sin embargo latentes en su viviente composicion. A medida que la planta se desarrolla, surgen en ella por la ley de similitud los demás simples telúricos del cuerpo terráqueo, como potasio, sodio, hierro, cal, sílice, etc.

La sustancia vejetante es así una forma superior al cuerpo terráqueo en virtud de su índole vital, y tiene al mismo tiempo envuelto en sí el reino telúrico con sus detalles; detalles y reino que, al asumir la indole vital, adquiere una virtualidades pecífica que antes, como tal, no tenían.

La materia animal, hecha abstraccion de sus diversificaciones y formas, es la combinacion intima de la materia vejetal con los cuatro elementos tipos del telurismo en una unidad individual animada. Si espresamos la totalidad general del telurismo con la fórmula de sus cuatro representantes C+O+N+H, y la del fitismo que es la *unidad* de estos, con C. O. N. H., la composicion de la materia animal será entonces (C+O+N+H) CONH. A medida que dicha materia se desarrolla, sea como reino, sea como especie ó como individuo, surjen en ella los demás simples químicos, como hierro, manganeso, cal, potasio, azufre, etc. como tambien los demás elementos secundarios vegetales, como azucar, ácido acético, etc. *La materia animal es así una forma superior á la telúrica y la vegetante en virtud de su índole específica animada*, que al mismo tiempo envuelve en sí aquellas dos en calidad de fundamento constituyente (C+O+N+H) y de contenido (Ferr. Calc. Sach. etc.).

El hombre primitivo, como último y el más grande y portentoso resultado del proceso creador, plásticamente considerado es la combinacion de las sustancias animal, vejetal y telúrica en una unidad compacta y específica. Más claro, el organismo del hombre envuelve en sí al reino animal, al reino vejetal y al reino mineral, con atributos y virtualidad esencialmente diferentes.

Ved aquí en general á donde llegan las ciencias naturales hasta hoy al ocuparse del hombre; á ella siguen, mejor dicho, en ella se apoyan, la mayoría de las escuelas filosóficas que ya hemos mencionado en nuestros anteriores escritos. Ahora preguntamos nue-

vamente ¿este criterio separado del atributo ó virtualidad que nosotros reconocemos en la sustancia humana, es verdadero, es bastante, para determinar, señalar y comprender la naturaleza, el origen del hombre? Los cuatro elementos simples que la química nos presenta como radicales en las demás combinaciones de los cuatro reinos de la naturaleza, son bastantes para decir que el orígen primitivo del hombre se deduce de sus reinos antecedentes, tal vez por generacion espontánea (no ovular), y sin intervencion de otra fuerza que la naturalística misma que residia en la turgescencia creadora del planeta durante la creacion?

El sentar lo precedente y que, ~~por este~~ origen natural del hombre, no es menos grande y superior á todos los demás séres que le precedieron en la creacion, ni es menos capaz de desarrollar de sí aquellas maravillas de inteligencia y de imaginacion, de sentimientos y de voluntad que constituyen su carácter especificamente humano, es una de las mayores aberraciones en que se puede incurrir.

Nada hay espontáneo ni ha podido serlo en la naturaleza. Todos los séres creados, de cualquiera especie que sean ó á cualquiera reino á que pertenezcan, se forman, crecen y mueren, obedeciendo á leyes fijas y constantes que no pueden ser ni haber sido nunca obra de la casualidad ó de la espontaneidad. La razon natural dicta que séres y organizaciones tan complejas, combinaciones tan distintas y raras, pero siempre las mismas en su esencia, no pueden ser sino el producto de una Suprema inteligencia, que todo lo abarca, que todo lo prevé y que todo lo tiene destinado á un fin especial. Hasta las simpatías necesarias para la union de ciertos séres y su multiplicacion, que, en el órden moral, sustituyen al principio de *similis similem quærit,* y las antipatias ó el antagonismo que, como consecuencia del anterior principio, se observan ó reinan entre todos ellos, demuestran con la mayor claridad la inteligencia suprema del Criador. Dicta tambien la razon, de consiguiente, que esas leyes físicas ó esas combinaciones elementales productoras de los séres terráqueos, que el hombre ha podido conocer, observar y discernir, son el resultado ó el producto de otras superiores y antecedentes, el efecto de causas desconocidas. Por manera que, en resúmen, y por mas que el hombre se enorgullezca, aun cuando sorprendiendo los secretos más íntimos de la naturaleza pudiera llegar (que no llegará) á componer y formar los que sólo sabe destruir y descomponer, la cuestion que-

daba en pié, sería la misma, al paso que produciría de este modo una más y más completa demostracion de la excelencia de su ser sobre todos los demás, y de que en él reside ese *quid divinum* que lo hace tambien inmortal ó eterno. Porque, en último término, nunca se encuentra otra cosa que los cuatro elementos primitivos ó cardinales hasta ahora conocidos, con una virtualidad tal que les une y combina de millones de maneras diversas, viniendo á producir millones de séres distintos aunque con sujecion á leyes fijas é inmutables. ¿Pero quien les ha dado ese poder? ¿Quien les ha marcado esas leyes? ¿Cuál es la causa que ha producido esos elementos? Entre todas las necedades mayores en que el hombre puede incurrir, la más grande y más inconcebible es la de que no exista una causa inteligente, creadora de esas otras que podemos considerar materiales ó como ciegos instrumentos de esa otra que no puede tener causa, principio, ni fin,

Nada, repetimos, es espontáneo en la naturaleza; todo obedece á la ley que le imprime el Criador; y al decir al hombre *crescite et multiplicamini*, quedáron establecidas desde luego las bases de esa multitud inmensa de combinaciones que producen su admirable y complicada organizacion, si bien por el principio tantas veces invocado.

Para demostrarlo, sin pretender escribir un tratado de embriología, sujetándonos en cuanto debamos á lo dicho por Bruner, vamos á señalar á grandes rasgos lo que nos ofrece el óvulo fecundado.

Antes que el primer movimiento evolutivo tenga lugar en él, cuando aún no se percibe nada que pruebe se ha iniciado la formacion de las áreas, principia á desprenderse en el óvulo impregnado la relacion de polaridades. Dotterzenkliiftug asegura que luego que el óvulo en dichas condiciones ha terminado su particion, vuelve á trasmudarse en una masa homogénea y sus corpúsculos moleculares poco despues á conglomerarse en los futuros citoblastos produciendo cada uno de su circunferencia la membrana que lo ha de circundar formando una celula. Pero abandonemos por ahora el órden de sucesion en la formacion de las células y fijémonos más bien en los resultados totales que produce la concurrencia de millares de esas celdillas; fijémonos en la sucesiva evolucion de las *áreas embrionales*.

El primer elemento embrional que aparece en el óvulo impregnado es el *vitelo-embrion* que más tarde se circunda con su mem-

brana *mucosa* llamada la *área vegetativa*: él es el rudimento de la futura asimilacion, del cual se desarrollan en el curso del tiempo los órganos *quilo-pirreicos*. El vitelo forma de su circunferencia la *área* animal ó *serosa* que es la unidad de los futuros sistemas *nervioso*, huesoso y muscular. Entre ambas áreas la vegetativa y la animal, aparece mas tarde la *área vasculosa*, es decir, el sistema de la circulacion y al último surgen los elementos de la vida *generadora*, que en concepto de algunos son el amnios, los cuerpos wolfianos y el alantoide. Este es el órden cronológico de sucesion de las áreas. La esfera vegetativa *produce de* si la área animal, reduciéndose tanto en la produccion de la última, que casi desaparece enteramente, y desaparecería en efecto si no se renovase del albúmen (en los ovíparos, aves, etc.) ó de los jugos maternos (en los vivíparos). La área vegetativa en union con la animal engendran la esfera circulatoria por medio de la colicuacion en plasma que sufre la sustancia celulosa de aquellas; y todas estas tres esferas juntas dan su contingente material para la formacion de la esfera generadora (reproductora). Estas cuatro esferas fundamentales quedan imperecederas durante toda la vida del individuo, sin embargo de detallarse en los respectivos órganos de asimilacion ,sensacion, circulacion y reproduccion.

Parece á primera vista, que, representado el individuo en dichas cuatro esferas fundamentales imperecederas durante su vida, peligra la *unidad vital*. Empero, si es cierto que la unidad primitiva se desmembra, aunque lo que pierda en abstracta y homogénea generalidad lo gane en concreta intensidad y precision, no es, por eso, verdad que desaparezca enteramente en medio de su subdivision, porque si estudiamos al sér viviente en su estado primitivo antes de que en él se hayan trazado las células de sus futuras fórmulas, encontraremos todo el organismo venidero en calidad de una *sustancia homogénea* llena de granitos sumamente pequeños (moléculas) y que, como lo demuestra el desarrollo sucesivo contiene en sí en forma de posibilidad, es decir, *dinámicamente* toda la diversidad de organizaciones. Esta sustancia, siendo en todos sus puntos igual ó idéntica consigo, representa la *unidad vital*, es el verdadero dinamismo en nuestro sentido, lo que quiere decir, que dicha sustancia vital, en el *óvulo fecundado*, es la posibilidad ó facultad engendradora de todos los momentos particulares de la vida. Persiguiendo desde aquí, en el *óvulo*, la multiplicacion creciente de los elementos y órganos concretos que de aquella unidad materialístico-

vital, sucesivamente se desprenden, vemos, en efecto, consumirse y desaparecer tanta sustancia primitiva cuanta formacion organizada se cristaliza. Pero al mismo tiempo vemos que aquella sustancia primordial, lejos de desaparecer por eso, se alimenta sin cesar de los jugos maternales durante la vida intra-uterina, y, después ó más tarde, de los alimentos; y *permanece así durante toda la vida del individuo en calidad de materia general y difusa por el cuerpo entero,* residiendo así en el interior de los órganos nutriéndose y renovánse sin cesar y constituyendo la verdadera unidad vital primitiva. ¿Será esa sustancia vital una manifestacion continuada del soplo de vida infundido por Dios á nuestros primeros padres, representado después en el atributo *crescite et multiplicaminii*? Indudablemente, si bien desde el momento en que ese atributo les fué concedido, el dinamismo inmaterial ó abstracto, desapareció.

Hechas las aclaraciones precedentes, que más tarde confirmarán en los cuatro reinos de la naturaleza, nuestra ley, principio de armonía, *similis similem quærit*, penetremos ya en las esferas del organismo humano.

Hemos hablado hasta ahora de las semejanzas en general sin descender á la homología que tienen entre sí los *elementos* simples de los distintos reinos. El conocimiento general que hemos adquirido acerca de la relacion *símil*, sería suficiente para nuestro objeto, si la esposicion anterior fuese capaz de imprimirnos la indeleble conviccion de que verdaderamente esa similitud es un hecho en la naturaleza. Empero toda esposicion general en las ciencias naturales es solo capaz de hacer *probable* pero de ninguna manera *cierto* lo que se quiere avanzar; y mientras en lo que se avánza queda una mera probabilidad de duda, todo lo que se quiere deducir de ello no infundiría á los contemporáneos la conviccion, que yo deseo y espero alcanzar.

La primera relacion de similitudes que surge para el hombre, es naturalmente la que él tiene con el reino que primero apareció en la naturaleza planetaria, es decir, con el reino telúrico. Debiéramos comenzar así con el estudio de este último; pero como la química moderna considera la materia eterna y no reconoce otro origen, á los elementos simples del telurismo (locura insigne), aunque conocidos éstos en cuanto á su existencia empírica y sus mútuas afinidades, no pudiendo contar con la química para señalar el génesis del reino telúrico, nos contentarémos sólo con repetir, por ahora, que éste, lo mismo que los otros que admiramos en la na-

(1) ¿Células embrionarias?

turaleza circundante, proceden de la causa primera de todas las causas. Admitido y reconocido esto, acomodarémos nuestras deducciones á lo que podemos humanamente saber en este respecto, si por lo menos lográsemos señalar la significacion que los cuatro elementos prototípicos, *oxígeno*, *hidrógeno*, *carbono* y *ázoe*, tienen enfrente de los demás simples químicos, como tambien ante el organismo humano. Al intentar esto, que es de una importancia vital para nuestros fines, es preciso partir de un punto más seguro, más abarcable por nuestra observacion y este punto es nuestro cuerpo.

En él, como en el organismo animal, las regiones ó esferas no son tan estensas como los momentos correspondientes del cuerpo gigantesco del planeta. Ellas se dejan facilmente trazar, separar y contar: de modo que conociendo á éstas y sabiendo que hay correspondientes en aquél, es más fácil buscarlas despues allí y tal vez encontrarlas.

Mas como para conocer á fondo y de un modo marcado cuántas y cuáles son las esferas ó regiones anatómicas del cuerpo, es preciso buscarlas donde existan más claras y circunscritas y donde sus contornos no esten borrados por sus mútuos cruzamientos ó por los muchos órganos que en ellas se engendran, elegimos el desarrollo embrional. En el embrion hallamos otra ventaja, que es convencernos si es cierto, ó no, que el cuerpo humano desarrolla por la ley de *similitud* los momentos de su vida en la misma sucesion cronológica con que se han formado allá fuera los reinos correspondientes, que son la base plástica y condicion de su existencia. En este cuadro solo destacaré los puntos más prominentes del fondo general de esa ciencia, aquellos puntos del movimiento evolutivo, que sean más característicos para fijarles las correspondientes semejanzas que tuvieran con la naturaleza circundante,

Provistos de los principios generales que hemos marcado en la precedente exposicion, fijarémos nuestra mirada en la relacion primera y primitiva que tiene el organismo humano con la naturaleza circundante. En la relacion plástica primitiva; tan solo lo primitivo de ésta puede entrar en relacion con aquél: lo primitivo plástico segun el principio y el tiempo sobre nuestro planeta, es el cuerpo planetario, en su morfología explayada en sus cuatro esferas fundamentales. Discurramos, pues, sobre las esferas del cuerpo humano.

1ª «*Esfera vejetativa.*—El primer rudimento del hombre es una

sustancia homogénea, producto de la mútua penetracion y asimilacion del contenido ovular con el fluido seminal, y encerrada en la membrana vitelina ó zona pelucida.»

«*El primer elemento vital* del hombre, la sustancia fundamental con que comienza la esfera vejetativa ó el vítelo (fetal) es un *fluido viscoso perfectamente uniforme* que es la síntesis humana ó totalidad general no dividida del cuerpo. Las otras formas corpóreas discretas que en este flúido se encuentran son formaciones subsecuentes son elementos *posteriores*. Pues bien: luego surgen de esta sustancia prima (protójeno, como Bruner desea llamarla) pequeños *corpúsculos* sólidos de diferentes tamaños, que bajo un aumento considerable de la fuerza del microscópio manifiestan el movimiento molecular. Estos corpúsculos, (segundo elemento vital), se unen en pequeños *glomérulos*, los que se revisten mas tarde de una membrana (tercero y cuarto elemento vital), haciéndose células. Desde aquí comienza en el interior de las celdillas una série de metamorfosis, es decir, de nuevos elementos vitales que no podemos seguir en esta exposicion. Como dichas formas nacen en no interrumpida sucesion unas de otras renovándose en la misma proporcion con que se trasmudan en sus subsecuentes, es natural que todas ellas se hallan sincronísticamente en el flúido primitivo del óvulo feto.»

«El vítelo (impregnado ó fetal) siendo el producto de la union y asimilacion de los dos sexos, es *en si* la unidad de ambos elementos; pero, como estos constituyen su propia sustancia, se puede decir estrictamente que la sustancia vitelina es la unidad consigo misma. Esta interna unidad de la sustancia vejetativa es, como la vida en general, una actividad, es decir una atraccion de cada uno de los átomos vitales consigo mismo, una actividad, que, como tal, no puede permanecer en sí síno que en calidad de *accion* funcional se dirige hácia la que la circunda afuera. Su circunferencia circundante es el albumen ó los jugos maternos (oviparos, viviparos). Si pues la vida vitelina dirije su accion de unidad atractiva sobre aquellas sustancias externas, las une consigo y trasmuda en su propio sér, es decir, las hace semejantes ó similes á sí misma, las asimila. La esfera vejetativa ó vitelina es así el *susbtratum* primordial, el verdadero representante de la asimilacion y efectivamente demuestra la observacion que ella es el fundamento progenitor de los futuros sistemas, y órganos quilo-pirreicos, (canal gastro intestinal, hígado, etc). Puestos durante la vida extra uterina en con-

tacto con la naturaleza circundante aquellos órganos, trasportan sobre todas las materias adecuadas inherentes su actividad primitiva, es decir las digieren y asimilan.»

2ª «*La esfera animal.*—La segunda esfera que aparece en el óvulo embrion, es la animal (área animal ó serosa), Como el vitelo es la esfera primitiva y única, que, al principio, constituye el organismo entero y fuera de la cual no existen ningunos otros materiales más; la esfera animal, que ahora asoma, debe precisamente salir de la esfera asimiladora (embrion vítelo). En efecto esta última se trasforma sobre su circunferencia en una membrana celulosa; la cual, colocada bajo la zona pelucida, circunda al mismo vítelo en forma de globo hueco, aunque no en todos los animales completamente cerrado, cuyo vacío central queda ocupado justamente por la esfera vitelina ó asimiladora.»

«Por su situacion la esfera animal se manifiesta como momento *externo* enfrente del vítelo, el cual como centro es el verdadero interior de la primera.»

«Mientras la esfera animal en su totalidad se forma por una disposicion periférica del mismo vitelo, sus particulas vitales, ó, más bien, sus células repiten en miniatura exactamente lo mismo en el recinto de su desarrollo. Segun la hermosa observacion de Birchoff de Freidelberg, los corpúsculos vítelinos de la superficie del vitelo, se reunen en grupos pequeños en direccion periférica, al rededor de un centro claro vacío (flúido vitelino), el que mas tarde ha de llenarse con un núcleo. Cada uno de estos grupillos se circundan con una membrana, y constituye así la *celúla animal* primitiva, distínta de las celūlas vitelinas ó asimilativas.»

«Siendo la esfera animal una circunferencia del vitelo, todos sus puntos periféricos se refieren á un centro único el cual existe idealmente (geométricamente) en el interior del mismo vitelo. La referencia centrípeta de la esfera total se repite tambien en el interior de sus elementos particulares, pues cada punto es una célula con su propia circunferencia y su centro. Dicha referencia, es decir, la direccion centrípeta que se verifica en el interior de las células animales; no es tan solo una referencia ideal ó inmóvil como es una figura geométrica, sinó que ella es, como la vida en general, un proceso materialistico de armonía, una incesante actividad formativa, y nutritiva en dicha determinacion geométrica, una actividad turgescente hácia el centro, una corriente centripeta de atraccíon» para el cumplimiento de nuestra ley, principio *similis si-*

milem quærit cuyo resultado final es justamente la formacion de un núcleo en el centro claro.

«Todo el movimiento metabólico que constituye la vida de las células animales, es así una verdadera *introversion* materialístico-vital, por la cual la circunferencia se trasmuda sin cesar «por nuestra ley principió» en interioridad céntrica, sin que una predomine sobre la otra, teniendo ambas un igual valor en la actividad interna de esas *mónades* orgánicas, como se puede llamar á las células de la esfera animal.»

«La funcion de las células animales como dice Bruner no puede ser sino la manifestacion de su estructura misma, no de la estructura hecha é inmovil sino de la estructura accion, es decir, de la estructura en cuanto á su movimiento genérico, en cuanto á la direccion en que se han formado sus constituyentes elementos vitales.»

«Si la esfera asimiladora, como unidad elemental de ambos sexos, se dirige á su interno mundo esterior (albúmen, jugos maternos) en el modo de atraccion apropiante, la esfera animal por su parte refiriéndose al interno mundo esterior que es el vitelo, del cual ha salido, ó al contenido vitelino de cada mónade recibe en sí dicho mundo en la modalidad de su metabólica periférico-centrípeta, es decir, lo trasmuda en su propio proceso de introversion, en su propia índole periférico-centrípeta. La sustancia animal recibiendo y trasmudando así el mundo esterno en su propio ser, lo pone como periferia esterna y centralidad inferior á la par, lo reproduce en sí como cosa esterna é interna en uno, es decir, no lo *asimila* cual el vitelo, como una cosa, una é idéntica consigo, alimentándose de él, sino que lo reproduce en sí tanto como un objeto periféricamente esterno y circundante estraño, dejándolo intacto en su ser objetivo como si fuera un objeto interno introvertido trasmudándolo en su íntima propiedad.»

Esta accion doble de una de las sustancias animales sobre su interno mundo esterior (vitelo en general y contenido de las mismas mónades en particular) esta accion funcional correspondiente á la estructura periférico-centrípeta de las mónades ó células animales, no es otra cosa sino lo que en el hombre extraterino se manifiesta bajo la forma de *sensacion*. Pues en la sensacion, el individuo percibe el objeto como una cosa esterna ó fuera de él, y al mismo tiempo, como una cosa interna, como su misma *propiedad*.»

«Pero en el estado embrional, la esfera animal ó sensitiva, no es mas que el rudimento que no se ha desarrollado aun en sistemas

y órganos concretos; la sensibilidad no se presenta tan clara como acabamos de decirlo, sino que aparece en su forma más vaga y abstracta todavía. Esta forma primitiva, la llamarémos, por falta de espresion más adecuada, la *mismidad*, con la cual queremos indicar la propiedad que dicha sustancia sensitiva tiene de trasmudar los objetos en *sí misma*, (asimilarlos) y dejarlos á la vez como objetos esternos en *sí mismos*, (no asimilarlos).

«La esfera sensitiva en el curso del desarrollo embrional, se determina en sensacion verdadera (sistema nervioso) en resistencia contra el mundo sentido (sistema huesoso)» y en motilidad (sistema muscular).

3ª «*La esfera circulatoria*. El tercer elemento que surge en el embrion principiante, después de formadas las dos esferas anteriores, es la esfera circulatoria, ó área vasculosa; y así como la esfera sensitiva, se forma de la totalidad antecedente, que es la esfera asimiladora, del mismo modo la esfera circulatoria toma su origen de la totalidad antecedente, la que ahora se compone de las esferas asimiladora y sensitiva juntas. Las células de ambas se disuelven, no quimicamente, sino por verdadera colicuacion vital, transustanciándose en un fluido incoloro y trasparente que comienza á circular en el interior de los canículos que se forman á consecuencia de la colicuacion de la misma sustancia de dichas esferas. Este flúido circulante que no ha desarrollado todavia ningun elemento corpóreo, ninguna vexícula hematósica, es la sangre primitiva, ó más bien el primer *elemento vital* de la sangre, el plasma ó *fibrógeno*. Las células que en este periodo se encuentran circulando en el plasma son ó vitelinas, ó animales, que se han desprendido de sus respectivas esferas y entrando en la circulacion para disolverse en jugo circulante, ellas no son las vexículas hematósicas, como opinan los embriológos modernos (Sechussaun), Reichert, Ruichoff, etc. *Las verdaderas vexículas de la sangre (corpúscula et celulæ et vexiculæ sanguinis) se forman más tarde de la sustancia homogénea del jugo mismo circulatorio.*»

«Las esferas vejetativa y animal, por cuanto contienen sus células en obsequio de la produccion de un jugo circulante disuelven y anulan su intrínseco ser, su propia existencia específica, entregandolo á la líquida disolucion. Su progreso sanguífico es así la propia transustanciacion en el principio de movimiento. Cada punto de la sustancia asimiladora y sensitiva entrega sus átomos disueltos á medida que los produce. *Esta transustanciacion, verifica-*

da incesantemente por todos los puntos de la sustancia embrional sobre el flúido formador, dá por resultado el movimiento, eléctrico locomotivo, de esa sangre primitiva en el interior, y en los entre-espacios de las dos esferas progenitoras, movimiento que muy luego, cuando se forma el corazon, asume el carácter ritmico de una verdadera circulacion propulsiva.»

«La sangre siendo el producto de la colicuacion, es decir, de las combinaciones de las esferas antecedentes, las contiene en sí disueltas y anuladas. Pero la misma sustancia de esas esferas constituye y compone la naturaleza de la sangre adquiriendo un nuevo modo de ser por efecto de las combinaciones indicadas; este modo de ser de la sangre constituye su naturaleza propia; como la sensacion á la esfera animal, ó la asimilacion al vitelo. En virtud de esta naturaleza, la sangre, aun antes de formado el corazon, *circula* á través de la organizacion entera, cuya funcion es enteramente nueva y particular tan solo de ella; en virtud de la que disuelve sin cesar las partes sólidas del cuerpo reabsorviendo y movilizándolas.»

«Los órganos que se desarrollan de la esfera circulatoria son los vasos venosos, arteriales y linfáticos, el corazon, los pulmones (y la laringe?)»

«Los elementos vitales del flúido circulante que se desarrollan del elemento primitivo, es decir, del plasma ó fibrógeno, son: el plasma de la sangre blanca (*linfa*), que, como el de la sangre roja, se trasmuda en *corpúsculos* linfáticos (núcleos) por medio de condensacion y cambio molecular (químico) de su sustancia homogénea. Los corpúsculos producen de su circunferencia cada uno su membrana; esa es el tercer elemento vital. El cuarto elemento de la sangre es la *hematina*, que probablemente resulta de la transustanciacion del núcleo, cuyo volúmen se minora segun (C, H, Schul y Bruner) en la misma proporcion que aquella se aumenta. La hematocristalina (Funke, Lehenaun) es decir, aquella parte de la hematina que tiene disposicion de cristalizarse, y que Bruner contra Lehenaun considera por un elemento distinto de la hematina, es el quinto contraste de la sangre, el cual si no es el producto de un cambio atomistico (químico) de la misma hematina, origina, tal vez, de una transustacion de la pared interna de la membrana. Desde aquí comienza una nueva fase en la metabólica de la sangre.»

«Conocida es la ingeniosa hipótesis de Virchovv, segun la cual, tanto el bazo como las glándulas linfáticas son los órganos de cuya

sustancia folicular se forman las células blancas de la sangre. Habiendo observado una coincidencia constante de la leucemia (leukhacmia) con la tumefaccion del bazo, y encontrado los folículos de este llenos de células blancas perfectamente idénticas á las que se encuentran en grande acopio en la masa de la sangre leucémica, dedujo este célebre patólogo que las células foliculares se separan fisiológicamente de el bazo y entran sin cesar en el torrente circulatorio, donde representan lo que se llaman las células blancas (linfáticas) de la sangre, y que el escesivo aumento de estas últimas sobre los corpúsculos rojos de la discrasia leucémica depende de aquella funcion del bazo mórbidamente exaltada.

Como la naturaleza de este trabajo no permite discutir esta hipótesis espondremos solo el resultado general de los observaciones de Bruner, éste dice: «que las células blancas que se encuentran en los folículos del bazo nunca ha pertenecido á la sustancia de este órgano, y que son desde el principio verdaderas células de la misma sangre que habian entrado en él de la circulacion general *en un estado de las células rojas*, las que en el interior de este órgano se habían descargado de su materia colorante (hematina y hemato cristalina) y puesto pálidas. Estas células *palidecidas* son distintas de las *primitivamente pálidas* de la linfa y del conducto torácico, no solo por su orígen genérico, sinó tambien porque *las células linfáticas* cuando verdaderamente son tales y no se han mezclado con las *palidecidas* que de los vasos sanguíneos pueden haberse introducido en la linfa, tienen un núcleo simple, mientras que las *palidecidas* manifiestan comunmente un núcleo múltiple. Y este es justamente el punto que nos lleva á continuar el desarrollo de las células hematósicas que hemos interrumpido por el antecedente episodio.»

«Despues de haber segregado su hematina se ponen las células un poco mas voluminosas probablemente por endosmosis del licor plasmático, y su núcleo comienza á partirse en dos, tres ó cuatro, hasta cinco fragmentos, como es fácil observar tales formas en la sangre de la pulpa del bazo, de la vena lienal y aun en la de la vena porta. Como junto con estas formas se encuentran tambien células mucho más pequeñas que tienen un núcleo simple, es tal vez probable que estas últimas se hayan formado por la *particion* de la membrana en tantas células cuantos núcleos preexistian. Aunque no he podido convencerme de esto por observaciones directas, me inclino á creerlo posible porque Remak y otros han visto en el em-

brion tales particiones de las membranas. Cada núcleo-fragmento forma en su interior un *núcleo* que es el octavo elemento vital de la sangre. Desde aquí todo se pone oscuro, y lo único que se sabe, mas bien por deducciones que por observaciones directas, es que al fin las vexículas desaparecen en el fluido general *liquor sanguinis.*»

«De esta exposicion fragmentaria ya alcanzamos á ver que además del plasma (*liquor sanguinis, primordial fibrógeno*) que es el primer fundamento, la primer materia vital de la sangre, existe en no interrumpida sucesion evolutiva un número considerable de elementos materialístico-vitales que se forman uno de otro y en una disposicion geométricamente esférica ú ovalar, constituyendo las células que en millares y millares nacen, viven y desaparecen en el plasma componiendo, en union con éste, la masa de la sangre. Cómo cada uno de esos elementos vitales, el fibrógeno, el núcleo, la membrana, la hematina, la cristalina, el nucleolo y muchos otros que no se han descubierto todavia; como cada uno de esos elementos, digo, por su distinto origen y forma, por su distinta naturaleza tiene distinta manifestacion vital, es decir, su distinta funcion; y como la funcion de cada uno, aunque insignificante por la pequeñez infinitesimal de su respetivo elemento productor, se hace poderosa para la vida total del organismo, en fuerza de la existencia activa de los infinitamente muchos elementos idénticos, nos es fácil concebir qué maravilloso cruzamiento de poderosas funciones y qué inmenso desarrollo de *fuerza vital* reside en aquella masa inquieta que llamamos sangre y nos es facil concebir al mismo tiempo lo intensa que pueda ser la enfermedad de un único elemento infenitesimal de este flúido circulante.»

«*La esfera generadora*. Esta esfera ha sido confundida hasta ahora con las anteriores, considerándola los embriólogos como un apéndice de aquéllas. Empero Bruner, con una penetracion poco comun, ha comprendido que es ella una esfera independiente y primitiva como las otras, y por ser la última las contiene á éstas envueltas en sí, es decir, representa su índole las propiedades esenciales de todas juntas.»

Si la esfera animal como circunferencia centrípeta (sensacion) se ha formado *al rededor* del vitelo encerrándolo, y el jugo circulatorio por transustacion colicuativa de las dos esferas antecedentes, se desarrolla de las dos, la esfera generadora, siendo el producto unificado de las tres esferas anteriores, debe desarrollarse en contacto con todas ellas, es decir, debe aparecer tanto entre el

vitelo ó sistema intestinal y la esfera circulatoria, como entre esta última y la animal, como aun tambien sobre la superficie de la misma esfera sensitiva. Resulta de aquí que la esfera de la generacion es múltiple desde el princípio, componiéndose de muchos elementos separados entre sí por las esferas interpuestas, aunque esencialmente unidos por su naturaleza comun.»

«El origen primitivo de la totalidad generadora es desconocido. Ella es al principio una materia flúida y homogénea, que acumulada entre las demás esferas, las separa de su contiguidad inmediata, sin dejarse distinguír por su trasparencia. Pero luego se dá á conocer por las formas consecutivas que de sí desarrolla; pero la parte que se encuentra sobre la membrana serosa (esfera animal) se trasmuda por medio de un procedimiento muy conocido desde Baer, en el *saco amniótico* cuyo resto presistente es el *órgano cutáneo*. La parte que reside entre la esfera vitelina ó intestinal y la membrana vasculosa ó esfera circulatoria desarrolla de sí el *saco alantoideo*, cuyo resto persistente es la *vejiga urinaria*, como tambien los *cuerpos wolffianos* ó riñones primordiales, cuyos restos son los testes ú ovarios y los riñones. Las membranas serosas, como el peritoneo el pericardio y la pleura, etc., son segun la opinion de Bruner, formaciones membranosas de la esfera generadora, sacos amnióticos internos y persistentes.»

«Por la rápida esposicion que acabamos de hacer se aclarará tal vez la confusion que ha reinado acerca del orígen de los órganos uro-cutáneo-sexuales. Habiendo establecido los embriólgos tan solo tres esferas (hoja mucosa, serosa y vasculosa), no sabian á cual de las tres atribuir el orígen de dichos órganos, y como éstos no pertenecen en particular a ninguna de aquellas esferas, se han visto obligados á despedazar la unidad morfológica de las formas de la generacion y á reducirlas á distintos pedazos de diversas esferas. Pero aun en esto hay disidencia entre los observadores. Mientras que, tocante á la piel, todos están de acuerdo en reducir su orígen equivocadamente á la hoja serosa (esfera animal) no sucede lo mismo con la seccion urogenital. Seducidos por la apariencia anatómica de contigüidad creen algunos (Muller) que los cuerpos vvolffianos se forman de la hoja mucosa (esfera asimiladora); otros, como Baer, Balha y Búrdach, que estos cuerpos tienen su orígen en la hoja vasculosa (esfera circulatoria); y Valentin, en fin, observa que tanto la hoja vasculosa y mucosa como la serosa (esfera animal) tienen parte en la formacion de dichos cuerpos, perteneciendo al-

gunos de sus órganos secundarios á la hoja serosa como los riñones; otros a la hoja vasculosa, como los testes y ovarios; otros en fin, como la vejiga urinaria, las vexículas seminales, el pene, el utero, etc., á la hoja mucosa.»

Nosotros diremos con Bruner que esta division artificial de la totalidad reproductora en el embrion, tiene su causa, en que los embriólogos hasta él, no han conocido la existencia de la cuarta y última esfera fundamental que él introdujo en la embriología. Abrigamos la conviccion más cierta de que el porvenir confirmará por subsecuentes observaciones la opinion de Bruner.

«Cada una de dichas cuatro esferas fundamentales desarrolla, hasta en lo más mínimo de su sustancia, todos los pormenores morfológicos de que es capaz. Es decir, la primera materia con que comienza la respectiva esfera desarrolla sucesivamente los *elementos vitales* que forman el contenido de las esferas.»

«Dichos elementos vitales, contenido morfológico de las esferas, lejos de desaparecer en la formacion de los sistemas, órganos y fibras histológicas, que de aquéllas arrancan en el curso del desarrollo, quedan más bien durante *toda la vida* en calidad de sustancia-madre de las formas concretas, formándolas y nutriéndolas sin cesar y renovándose al mismo tiempo por el propio camino, por el cual se habian formado originariamente las respectivas esferas.

«Así, el organismo *adulto* lleva en el interior de sus sistemas y órganos toda la morfologia primitiva embrional en forma de jugos, moléculas y células primordiales que colocadas entre las fibras histológicas le sirven de terreno regenerador. De modo que la embriología primitiva, que al principio era un fenómeno esclusivo, aparece en el adulto como el alma general de todas las formas tejidas.»

«Los elementos vitales morfológicos de cada esfera predominan naturalmente en los órganos y sistemas de su respectiva esfera; pero tambien se encuentran difundidos por los demas indistintamente. Así los elementos asimilativos no solo componen la traba celulosa del tubo gastro-intestinal, del hígado, bazo y pancreas, sino tambien se encuentran en el tejido intermediario del cerebro, de la médula espinal, de los músculos y de los órganos uro-cutáneo-genitales. Las células animales, además de encontrarse en el tejido del sistema nervioso, en la sustancia cartilaginosa y sobre las fibrillas musculares, es probable que se encuentren tambien en otros sistemas de distinto origen, aunque la micro-anatomía no lo ha descrito hasta la fecha. La sangre, particularmente el plasma, no

solo se encuentra circulando en los vasos, sino que penetra embebiendo el parenquima de toda la economía. Tambien es probable que los elementos vitales primitivos de la esfera generadora, sin limitarse sólo á esta última se difundan por otras regiones extrasexuales. El olor y gusto desagradablemente peculiar de la *carne* de animales no castrados, de gallinas cluecas, ó de pescados que acaban de poner sus huevos, etc., proviene á juicio de Bruner, no solamente de la nutricion pervertida de las *fibrillas musculares* en consecuencia de la alterada vitalidad de los mismos organos sexuales, sino tambien de la alteracion peculiar de aquellos elementos primitivos morfológicos de la *esfera generadora* que están difundidos en las regiones extrasexuales.» Dejamos espuesto en forma sintética cuanto de la ciencia embriológica hemos considerado más necesario para probar nuestra tésis; penetremos con el mismo fin en la apreciacion del planeta en su totalidad, para determinar sí, como creemos, en él se hallan las cuatro esferas que hemos demostrado hay en el organismo.»

«Bruner sienta que la relacion entre el telurismo y el cuerpo humano se manifiesta desde luego por una semejante division del planeta en cuatro esferas fundamentales.» Nosotros diremos, que, meditando con atencion, se penetra, que Dios, en su omnipotencia, dejó para nuestra admiracion establecidas leyes inmutables en la naturaleza, y que el hombre que con fé religiosa y científica eleva su espíritu á aquel para ver si logra comprender las de todos los séres con la naturaleza circundante, se detiene extasiado ante la suprema inteligencia que tan sabia é inimitablemente las estableció. Empédocles señaló cuatro elementos mecánico-físico-químicos en el planeta; despues Bruner ha llamado nuestra atencion hácia ellos considerándolos como cuatro esferas del cuerpo planetario, de cuyo seno han salido durante la formacion del planeta todos los simples químicos. Nosotros, que nos hemos propuesto aceptar todos aquellos principios que no estén en oposicion con nuestra raiz filosófica y fisiológica, siquiera procedan de hombres que se crean afiliados en distinta escuela fisiológica y filosófica, dirémos, que al elevar nuestro espíritu contemplando la obra de los seis dias que señala el Génesis en el proceso creador, por lo que observamos *á posteriori*, sin que para nada tengamos necesidad de separarnos de las verdades eternas consignadas en el libro divino, podemos sentar que en la constitucion mecánica del planeta estuvieron y están representados los cuatro elementos simples y radicales que

admiramos y hallamos en las cuatro esferas del organismo humano. Ocupémonos de ellos.

Bruner sienta que de los señalados cuatro elementos constituyentes mecánicos del planeta, el aire y el agua, por su índole sencilla, y su individualidad circunscrita, son los más accesibles á nuestro exámen, mientras que el elemento terráqueo encubierto por infinidad de simples químicos y compuestos, como tambien el fuego por su apariencia casi ideal, no se nos muestran de una manera tan empíricamente clara, y necesitan que los deduzcamos por medio del análisis.»

«El agua se compone de hidrógeno y oxígeno, el aire por su parte se compone de azoe y oxígeno. Como el oxígeno es comun á los dos, no puede ser su constituyente esencial; mientras que el hidrógeno, que es la base exclusiva del agua, y el azoe, que es el elemento característico del aire, son los verdaderos representantes de sus respectivos elementos, ó diremos más claramente: el verdadero elemento en el agua es el hidrógeno, y el elemento atmosférico es el azoe. El oxígeno es así un elemento intruso que no pertenece á la significacion interna de aquellos dos, y que en la formacion del cuerpo planetario se ha combinado con los elementos prototipicos azoe é hidrógeno, dando por resultado el aire y el agua. Como el oxígeno, por su parte, es la base esencial de la combustion de los cuerpos, se puede deducir con fundamento que él es el elemento del fuego.»

«Dejamos indicados tres de los cuatro elementos primitivos que hemos conocido; restános el carbono que no dudamos considerar como el elemento prototípico de la tierra.»

"Si pudiéramos admitir como cierta la atrevida hipotesis de Laplace, segun el cual, los cuerpos celestes, y particularmente los del sistema solar se formáron por la condensacion de la masa gaseosa del espacio en esferoides rotantes, nuestro planeta debería haber sido originariamente un globo vaporoso, compuesto de aquellos cuatro primitivos gases elementales, dispuestos en incentricas esferas. En aquel periodo el hidrógeno, por su peso específico, formaría tal vez la esfera más esterna, despues de la cual deberían seguir las esferas del azoe, del oxígeno, y el espacio central lo ocuparia la masa del carbono primitivo y absolutamente puro, del carbon diamantino.» Hasta aquí Bruner, ahora decimos nosotros:

Estos cuatro elementos primos obedecieron á la fuerza *supraterrestre* que señala el Genésis en su capítulo y versículo primero,

y tal vez por el movimiento rotatorio que hoy admiramos, salian poco a poco de los límites marcados, por su forma esférica é invadían mutuamente sus recintos, mezclándose y penetrándose hasta que se concretáron en elementos Empedocléicos, en agua y aire etc.

Sin embargo de su mezcla parcial, esas esferas elementales, en cumplimiento de las leyes fijadas por Dios á la naturaleza, conservando la distinta y específica de cada uno, por el principio »similis similem quærit» producian de sí paulatinamente por condensaciones variadas y transustanciaciones multiplicadas de su respectiva materia, esa série de simples químicos que conocemos ahora y que formaban la solidez y consistencia del cuerpo planetario. Los simples químicos por su parte se combinaban, en cumplimiento de nuestra ley, segun sus respectivas afinidades y daban orígen á los cuerpos compuestos, que en forma de roca se cristalizaban y destacaban del proceso general. Las subsecuentes revoluciones geológicas cambiaban tan solo la disposicion mecánica local de los compuestos ya formados, aunque separándolos al mismo tiempo y dando lugar á otras combinaciones,

Sin admitir ni reconocer nosotros otro origen para las cuatro esferas del cuerpo planetario, que el que hemos reconocido para el hombre, su semejanza con las arriba espuestas del organismo humano, es tan sorprendente y admirable, que no es estraño que nadie hasta Bruner haya intentado fijarlas y elevarlas en principio para sacar consecuencias de tanta importancia como las que hemos de sacar haciendo comprender las específicas, que la naturaleza circundante ejerce sobre los séres organizados.

¿Quién puede negar la referencia vital que se verifica sin interrupcion entre la atmósfera y la esfera circulatoria en el proceso de la circulacion? ¿Quién no vé aquella tendencia tenaz é incesante que manifiesta el agua de arrojar y acumularse en los órganos de la esfera generadora, en los sacos amnióticos y alantoideo, en los riñones y la vejiga, y aun en los vasos espirales de la piel? Los actos fisiológicos mismos de la organizacion viviente hablan el profundo idioma de la armonía macro-micro-cósmica, y nosotros no tenemos mas que fijar la atencion y admirar. Mas sigamos á Bruner.

«*La tierra y la asimilacion.* El elemento terráqueo ó, mas bien, su principio elemental es el *carbono*; el carbono en su forma pura es el diamante, donde se manifiesta claramente sus verdaderas propiedades. El diamante tiene muchas, pero la que posée *sobre todos los demás cuerpos* será su propiedad distintiva, y por

consiguiente esencial. Esta propiedad esencial del diamante es la *dureza*. La blandura del *grafites* ó de otra modificacion del carbono proviene de su impureza, de mezcla con moléculas estrañas (férreas) que interpuestas entre las suyas desunen su diamantina coherencia. Dureza quiere decir *union* y *atraccion* mútua de los átomos entre sí, de cada átomo consigo mismo.»

«Este acto de atraccion interna y de unidad activa (resistencia) que es la índole esencial del elemento terráqueo, se repite en el interior del organismo en calidad de *atraccion asimilativa*, reproduciéndose bajo la forma concreta de la esfera vejetativa.»

«Mientras que en las cosas telúricas y particularmente en el elemento diamantino de la tierra se manifiesta aquella unidad atomística de un modo puramente mecánico de dureza, que se contrae consigo misma excluyendo todo lo externo, en el recinto de la vida se manifiesta dicha unidad como fuerza atractora que incluye lo esterno en sí enlazándolo en su propia unidad. Esto no es otra cosa que la asimilacion.»

Pero la dureza no es más que una de las muchas formas del principio de la unidad: ella es todavía la resistencia que escluye. La otra forma, la forma no esclusiva, es la accion unificadora del todo hacia la parte y vice-versa; se presenta ella, ya no como dureza y atraccion en sí misma y resistencia hácia fuera, sinó atraccion con su totalidad: esa actividad de las cosas se llama peso, *pesò especifico*, propiedad que, sobre todos los demás elementos, tiene la *platina*. La tercera forma del principio de la unidad consigo misma, es aquella que no solo no excluye (resiste), sino aun se deja determinar por lo esterno (blandura) pero que en medio de su flecsibilidad se sostiene coherente consigo misma; esta forma es la ductilidad, cuyo representante esencial es el *oro*. La resistencia (dureza) y flesibilidad (blandura) en uno, es decir esta union consigo en que el cuerpo recibe la impresion mecánica cediendo á ella, pero al mistiempo la resiste rehabilitándose y volviéndo á su estado primitivo es la *elasticidad*. El cuerpo mas elástico es el *acero*; pero no siendo este un simple sinó un compuesto de fierro y carbono, no puede ser el representante de la elasticidad, y debemos buscar otro que la contenga, aunque de una forma menos evidente. La accion continuada de la elasticidad es la *vibracion*, y la sucesion rápida y unificada de muchas vibraciones es el *sonido*; el sonido en su pureza es la *sonoridad*, y el elemento más sonoro es el *cobre*; el cobre es así el representante de la más intensa, de la verdadera elastici-

dad. Pero la quinta y más rica accion de la atraccion unificadora, es aquella donde el elemento se diferencia en dos, y estos dos factores aunque separados entre sí por el espacio se atraen y se unen mutuamente, el *magnetismo*. El elemento esencialmente magnético, el magnetismo materializado es el *fierro*. Esos cuatro elementos que representan cada uno una forma particular del principio de la unidad, tienen un parentesco con otros: así el fierro pertenece á una familia que abraza el niquel, el cobalto y el manganeso; al grupo de oro y platina se acercan la plata, el mercurio, el iridio, el sódio y el paladio etc. Si consideramos todos esos elementos mencionados que pertenecen al principio unitario del carbono, vemos que forman parte de un gran sistema de materias que la química comprende bajo la denominacion genérica de metales. Podemos así en virtud de nuestro modo de ver acerca de la prioridad cosmogónica del carbono, pronunciar que, *los metales pertenecen al principio del carbono y son los verdaderos derivados cosmogónicos de este elemento.*«

Si el carbono representa el elemento general, los metales forman sus detalles diversificados, de los cuales cada uno ofrece á nuestra apreciacion un distinto lado concreto de la abstracta índole de aquel prototipo y la totalidad concreta que comprende el todo (carbon) con sus partes (metales) es la *concreta esfera terráquea* del cuerpo planetario.»

«En virtud de la comun esencia unitaria, la esfera terráquea del planeta es homóloga, ó semejante á la esfera asimiladora del organismo. La opinion de Bruner es admisible considerada como el cumplimiento de lo que el Génesis dice en su *capítulo segundo, versículo-once:* «FORMAVIT IGITUR DOMINUS DEUS HOMINEM DE LIMO TERRÆ, ET INSPIRAVIT IN FACIEM EIUS SPIRACULUM VITÆ, ET FACTUS EST HOMO IN ANIMAN VIVENTEM.» De esto se sigue que en el curso de la naturaleza aquellos elementos terráqueos tienen que continuar el empuje creador que en ellos imprimió la causa primera de todas las causas y que residia en los mismos durante la creacion de la vida orgánica, y en cuya virtud justamente y por una sabiduría infinita se reprodujeron en calidad de materia asimiladora, que tienen que continuar; es decir, aquella tendencia inmanente, en forma de una continuada *referencia* á la esfera asimiladora de los reinos vegetal, animal y humano. «El carbono, siendo el elemento primitivo y general se refiere necesariamente al primer elemento vital con que comienza la formacion de la esfera asimiladora, es decir, al protó-

geno. Los metales, como detalles consecutivos del carbono, se refieren específicamente á los elementos consecutivos que se encuentran, ó en la constitucion de la célula, como son la membrana, el núcleo, el nucleolo, el contenido, etc., ó fuera de ella. La referencia de los metales á los elementos simples de la esfera asimiladora, no se verifica de un modo indistinto, sino que cada metal es el semejante preciso de un cierto elemento vital y no de otro modo. Así, por ejemplo, el núcleo tan solo á ~~este~~ tal metal, la membrana á tal otro, etc.»

Esas referencias (ó relaciones) especiales nos son hasta ahora enteramente desconocidas, porque nadie las ha buscado por no tener el menor presentimiento de que tales (relaciones) referencias existiesen entre dichos elementos vitales con las materias telúricas. Ni aun podemos lisonjearnos de conocer siquiera todos los elementos vitales que componen la morfología de la esfera asimiladora, es decir, de los órganos quilo-pirréicos. Lo único que podemos decir, es, *que debe haber en la morfologia de los órganos* asimiladores tantos elementos vitales, cuantos metales simples existen en la composicion de nuestro planeta.»

«Consideramos por verdaderos metales los siguientes: *Cadmium, Zincum, Aridium, Plumbum, Stannum, Vranium, Osmium, Vanadium, Ferrum, Argentum, Rhodium, Platina, Iridium* y *Mercurius*. Otras sustancias que se encuentran entre los metales, como son, el arsénico el telurio, el tungsteno, el antimonio, el cerio etc., pertenecen, como diremos más tarde, á otros sistemas. Incluso el carbono, hay (por lo menos hasta ahora) veinte y dos metales conocidos, y debemos suponer y buscar más, para encontrar un número igual de elementos vitales en la trabazon morfológica-celulosa de los órganos de la esfera asimiladora.»

«*El fuego y la sensacion.* El principio elemental del fuego, es decir, el elemento primordial cuya naturaleza se manifiesta en calidad de fuego, es el *oxígeno* (pirrógeno), el flogiston de Sthal, ó pirrógeno. Sabido es que Lavoisier aprovechándose del descubrimiento de dicha sustancia hecho por Priestley, demostró que la inflamacion y combustion de los cuerpos consiste en la combinacion de éstos con aquel elemento, acompañada de los fenómenos de luz y calor, es decir, de fuego. Pero habiéndose observado más tarde que dichos fenómenos aparecen así en las combinaciones químicas donde no se puede hacer constar la mas mínima concurrencia del oxígeno, y habiéndose descubierto al mismo tiempo la estrecha

conexion del fuego (calor y luz) con la electricidad (Wilke), y el desarrollo de este último agente durante toda combinacion química (Davy), la ciencia moderna ha llegado á convencerse de que no solo las combinaciones químicas dependen de las afinidades eléctricas de los cuerpos, (Ampére, Berzelius) sinó que aun la combustion y el desarrollo de luz y calor, léjos de tener su causa en la presencia del oxígeno, son dominados por aquella misma fuerza, la electricidad. Así la índole pirrogenética del oxígeno, que considero como la esencia fundamental de ese elemento, queda ó reducida á una propiedad comun á todos los elementos capaces de producir fuego durante sus combinaciones químicas, ó trasportada sobre un agente más general, la electricidad.»

«Pero los fenómenos eléctricos que surgen durante las combinaciones químicas y el desarrollo de luz y calor, no solamente no excluyen el que el oxígeno sea el principio pirrogenético del cuerpo terráqueo, sino que ni aun demuestran siquiera que la electricidad sea el principio del quimismo en general. Pues la electricidad, siendo, como el calor y la luz, una fuerza, ó á lo mas una emanacion material, es decir, de todos modos una manifestacion de la interna actividad molecular de la materia, es un *producto secundario* y no puede por consiguiente, ser un principio. El principio de la electricidad puede tan solo residir en la materia misma, en todos los elementos capaces de desarrollar los fenómenos de fuego, del fuego que es la unidad de luz, calor y electricidad. Siendo así el principio del fuego la materia misma obedeciendo á las leyes impresas por el creador á cuanto existe, debemos preguntar en qué materia particular reside la virtualidad prima de aquellas fuerzas ígneas y por consiguiente el verdadero principio de ellas. Pues así como el principio de la unidad, manifestado, en el diamante como suprema coherencia ó dureza, no excluye el que todos los demás simples químicos sean duros tambien, del mismo modo la calidad pirrogenética (electro-lucí-calorífica) de los cuerpos telúricos no impide el que haya uno sobre todos que tenga esa calidad por esencia de su ser. El descubrimiento del *ozono* (Schonbein) que, segun Berzelius, es una modificacion alotrópica del oxígeno, ó, segun otros, un oxígeno electrizado, demuestra, por lo menos, la grande afinidad que existe entre la electricidad y el oxígeno. Desarrollándose en las baterías eléctricas, en el aire después de los relámpagos, en la descomposicion galvano-eléctrica del agua etc. aparece él como producto del proceso eléctrico. Añádase á eso el gran papel que el oxí-

(1) O una serie de ondulaciones ó vibraciones especiales del éter.

geno desempeña en la combustion é inflamacion de los cuerpos y su disposicion á combinarse con todos los elementos del planeta, exceptuando el fluor, y se concebirá la superioridad que tiene sobre los demás elementos en engendrar fenómenos ígneos. Si es cierto por otra parte que el oxígeno es uno de los cuatro elementos primordiales y por consiguiente anterior á todos los demas simples químicos capaces de producir fenómenos ígneos, su índole pirrogenética ya por esta misma circunstancia será el *prius* en la naturaleza del planeta, el verdadero principio plástico; es decir, el oxígeno, como elemento primordial pirrogenético, será el principio igneo del cuerpo planetario, y los demás simples pirrogenéticos serán sus derívados. Estos habiendo salido cosmogónicamente del oxígeno, y siendo su índole esencialmente congenial á la del elemento madre, produciendo los fenómenos igneos de luz, calor y electricidad, sin contener en sí realmente la materia del mismo oxígeno pues toda su naturaleza es oxígeno, oxígeno trasformado en elementos varios.»

«El oxigeno es el fuego material, la materia ígnea, así como el carbono (el diamante) es la tierra primordial del planeta.»

«Los elementos derivados del fuego son los *álcalis:* ellos son el fuego mismo dividido en materias determinadas, ó, más bien, las particulizaciones cosmogónicas del proto-elemento pirrogenético, del oxígeno. Los álcalis manifiestan su índole ígnea por la tendencia que tienen de inflamarse en gases anoxigénicos (cloro, bromo, etc.) como tambien de encenderse en el agua y en el aire, es decir, de realizar la congenialidad que tienen con el fuego primitivo combinándose con el oxígeno.»

«Los álcalis son: *Kalium, Natrium, Cithium, Baryum, Strontium, Caltium, Magnesium, Beryllium, Erbium, Ferbium, Itrum, Aluminium, Zirconium, Thorium, Canthanum, Didymium, Notium* y *Caesium*, recien descubierto pór Brunsen y Kirchhoff, es decir, diez y nueve materias alcalinas incluyendo el oxígeno.»

«Comparando la *resistencia*, es decir, la dureza en accion sobre el esterior, con el *fuego*, vemos una diferencia muy esencial en el modo de su respectiva manifestacion. El cuerpo duro (diamante) resiste tan solo en la estension de su volumen, y su resistencia es un contacto inmediato, mientras que la materia ígnea obra en un espacio inmensamente más estenso de lo que es su tamaño real, verificándose su influencia en distancias lejanas del elemento producente, en forma de irradiacion calorífera, lucífica y eléctrica. Si el fuego y la resistencia se les puede llamar las fuerzas de la

materia productora, vemos que la fuerza resistente es igual á la materia, mientras que la materia ignirradiante es superior al volúmen del cuerpo producente. La fuerza, trasportándose hácia fuera y separándose en cierto modo del productor en calidad de accion pura, es la verdadera y única *idealidad* del cuerpo orgánico, llámesela luz, ó calor, ó electricidad; y se puede decir que mientras en el cuerpo resistente predomina sobre la parva idealidad (resistencia) el substractum material, en la materia pirrogénica que irradia su accion en calidad de luz, calor ó electricidad en lejanas distancias y en espacios proporcionalmente inconmensurables, predomina la idealidad sobre la materia.»

«Pero como ninguna materia puede dar más que lo quo contiene en sí, y la fuerza no puede estrictamente ser superior á la capacidad molecular de la materia, por ser ambas una y misma cosa, debemos decir que la materia, en apariencia más pequeña que su fuerza, lo es en el fondo igual, y que lo que la falta en estension lo tiene en *intensidad.*»

«Es preciso no confundir la intensidad con el peso específico (densidad), que es una de las consecuencias de la cohesion, ó, más bien, de la atractividad interna del átomo consigo mismo, y que es una de las propiedades esenciales de los derivados del carbono.»

«Para no alejarnos demasiado del objeto que nos hemos propuesto al escribir este libro, dirigiremos desde luego nuestra mirada sobre el organismo humano, ó, más bien, sobre las cuatro esferas fundamentales que le hemos conocido, para ver cuál de ellas corresponden al elemento del fuego, es decir, cuál de ellas es semejante al sistema de materias telúricas cuya esencia es la naturaleza ígnea.»

«Si comparamos entre sí las fuerzas, es decir, las funciones de las cuatro esferas ó de sus respectivos sistemas y organos, vemos á primera vista un predominio sorprendente de la *idealidad* en la funcion de la esfera animal y particularmente en el sistema nervioso. Pues en la *sensacion* desaparece tanto la *materia* nerviosa detras del tamaño de su funcion, que los idealistas consideran hasta ahora, por lo menos en la region de las funciones psicológicas y el cerebro, la accion por el *prius* y la masa por el instrumento, una inversion que con respecto á la digestion ó respiracion no se le ocurriera al filósofo más idealista.» Aunque algunos hayan sentado que esta inversion pueden sentirla todo médico homeópata idealista que desee seguir obediente el principio abstractamente dinámico

que Hahnemann consignó, nosotros hemos rechazado el dinamismo en abstracto, y en esto creemos permanecer fieles á Hahnemann que en ninguno de los aforismos del organon aceptó el principio abstractamente dinámico. La escitacion de un punto invisible de la retina arroja su forma en el inconmesurable espacio hasta la estrella del firmamento que la evocó, y la afeccion de una pequeña superficie del cuerpo sensitivo produce dolores, cuya insoportable intensidad no parece estar en proporcion con la insignificancia material del punto producente.

«Esta preponderancia de la fuerza sobre la masa, de la produccion sobre el productor, de la funcion sobre el órgano, de la idealidad sobre la materia, indica la profunda *intensidad* de que está dotada la sustancia sensitiva, y este carácter distintivo *de la esfera animal constituye su semejanza naturalógica con la esfera ígnea del cuerpo planetario.*»

«La esfera sensitiva es así la repeticion superior del fuego. Ella se ha formado de la sustancia cuaternaria (C. O. N. H.) de la esfera asimiladora, como reproduccion viviente del principio igneo (oxígeno) surgiendo de ella á la imágen y en la modalidad del oxígeno, del oxígeno que reside latente y amarrado en aquella combinacion cuaternaria, pero que permanece virtual é influyente por su existencia endeleble en la sustancia orgánica.»

«La esfera ígnea del telurismo se refiere específicamente á la esfera sensitiva del organismo humano y animal, como tambien á aquella esfera de la planta que reemplaza la sensitiva del animal y del hombre.»

«El oxígeno como elemento prototípico y general se referirá al elemento vital primitivo de la esfera sensitiva es decir, á aquel elemento con que comenzó la formacion originaria de dicha esfera. Este elemento parece ser la membrana que se forma al rededor de los glomérulos de la sustancia asimiladora, para formar las primitivas mónades (celúlas) sensitivas. Los derivados del principio igneo, los alcalis se refirirán cada uno á un distinto elemento vital secundario (núcleo, contenido etc). Los elementos detallados de la morfología de la esfera animal son una *tierra-incógnita* para la ciencia; en la cual los micro-anatómicos no han logrado penetrar hasta hoy, á pesar de que todo quieren resolverlo por su esclusivo criterio; esperamos, que dichos elementos detallados se descubrirán á su tiempo cuando se hayan estudiado todas las metamórfosis como todos los cambios químicos-vitales que las células animales sufren

antes de trasformarse en fibras nerviosas, musculares, etc. Entonces se encontrará que hay tantos elementos morfológicos en el interior y exterior de las células animales cuantos álcalis existen en el mundo télurico. Pues la diferencia tan profunda que existe entre las virtudes de los álcalis, como son calcárea, natrum, kali, strontrium, magnesia etc., depende necesariamente de los *distintos puntos* del cuerpo sobre los cuales influyen en virtud de su *distinta naturaleza*. Estos distintos efectos no pueden ser distintas modificaciones de uno y mismo punto, de una y misma sustancia, porque cada punto vital elemento no puede modificarse sino en un sentido único, en el sentido de su modo de vivir, que es simple. Si una sustancia viviente manifiesta dos modos de vivir ó de funcionar, entónces no hay duda de que ella no es simple, sinò compuesta de dos elementos intra-puestos. Las diferentes alteraciones que los diferentes álcalis producen sobre la sustancia animal no pueden depender por consiguiente de otra cosa sinó de correspondientes elementos distintos que ellos atacan cada uno al suyo semejante.»

Dejando esta materia tan dificil como interesante á futuras indagaciones observaré aquí que tanto la influencia escitante del oxígeno atmosférico sobre el sistema nervioso y muscular (*C H. Schult, Verjusigung des menscht Cebens Berlin* 1842) como la exaltacion fantástica del cerebro por inhalacíon de oxígeno puro, como, en fin, la virtud específica de la electricidad sobre la médula espinal y la sustancia muscular, la de la luz sobre el nervio óptico y la influencia del calor sobre los nervios sensitivos etc., acaso tienen su causa esencial en aquella referencia que Bruner deja establecida.» Esperemos: el porvenir, es probable, que, á causa de nuevos estudios, lo confirme.

«*El aire y la circulacion.*»—El aire, segun el análisis químico, es un compuesto de azoe, oxígeno, carbono é hidrógeno; el elemento básico de él es el azoe que tiene la virtualidad de atraer los otros simples oxígeno, carbono é hidrógeno. Y ¿qué es el azoe?—Veamos lo que sobre él dice la ciencia. El azoe es un cuerpo simple, gaseoso, incoloro, inodoro, insípido, trasparente, elástico que existe en el aire atmosférico en la proporcion de un setenta y nueve por ciento. Apaga los cuerpos en combustion, asfisia á los animales, es insoluble en el agua; en una palabra, todas sus propiedades son negativas cuando se halla en estado de pureza. Es uno de los principios constitutivos de muchas sustancias orgánicas, principalmente del reino animal, y se llama tambien nitrógeno. Aun-

que es impropio para la respiracion, no ejerce accion deleterea sobre la economía, por el contrario, modifica la propiedad escitante del oxígeno sobre los órganos respiratorios. Además del aire atmosférico forma con el oxígeno cinco compuestos, llamados: dentóxido y protoxido de azoe; óxido nitroso y nítrico; ácido azooso ó nitroso ó hipoazoico, ó hipo nítrico; y azoico, ó nítrico. Combinado con el carbono, constituye el cuerpo conocido con el nombre de cianógeno, y con el hidrógeno, el gas amoniaco.

La ciencia, pues, manifiesta clara y evidentemente que no ha podido penetrar la esencia del azoe, su accion directa, é intima relacion con todos los séres. Y, sin embargo, la propiedad de atraer, aunque en pequeñas proporciones, los tres elementos constitutivos de que antes hemos hablado, existe de hecho, pues que de otro modo no se encontrarían con él unidos, aunque, como hemos dicho, en pequeñas proporciones, por lo que se le considera justamente y no puede menos de ser el elemento constitutivo del aire. Para que pueda comprenderse mejor lo que acabamos de decir, necesario es que se distinga la diferencia que existe, conforme á lo que la ciencia enseña, entre el azoe elemento primero y constitutivo del aire y el aire mismo. Al primero, como hemos dicho, solo se le atribuyen cualidades negativas, porque las directas y positivas que pueda ejercer en el universo entero, son desconocidas é impenetrables; mas no así al segundo, á quien se atribuyen ya, y no puede menos de suceder así, cualidades afirmativas directas y terminantes, respeto á la existencia de los séres terraqueos, Pero como el azoe es el elemento primero ó constitutivo del aire, resulta que la influencia del azoe es universal, ó que es el elemento primero é indispensable en la existencia de los séres. ¿Hay algo que pueda vivir, algun cuerpo que pueda formarse, algo que exista en la naturaleza sin que en su vida ó en su formacion entre el aire como elemento, fuera, sí se quiere, de los elementos mismos que le constituyen?

Sin embargo, no hay que olvidar que el primero y constitutivo del aire mismo es el azoe por la proporcion de setenta y nueve partes por ciento en que esta de los otros elementos, que es la razon de haberle atribuido la propiedad de atraccion de los mismos que en pequeñas proporciones se le unen. Esto supuesto, ¿cuántas y cuán grandes consecuencias pudieran deducirse de aquí si se fija la consideracion de esa conocida influencia que el aire tiene en la existencia de todos los seres creados? Compuesto el hombre, ó sien-

Esto no es verdad: es el oxígeno y no el ázoe el elemento primo del aire.

do un sér en que se refleja toda la naturaleza, en donde todos los elementos de la misma aparecen, aunque en diferentes proporciones y por medio de múltiples combinaciones entrando en todos estos elementos, cuerpos y composiciones, en cuya formacion entra tambien, como indispensable y como primero, el azoe, la virtualidad de éste tiene que hacerse sentir precisamente en toda su organizacion. Tal vez se crea una vulgaridad lo que voy á decir pero es lo cierto, que todas las funciones del organismo paran y el hombre deja de ser, aun sin recibir la menor lesion, en cuanto ese elemento le falta ó deja de producir la movilidad incesante que él, y no otro determina en el propio organismo. Sin aire no hay movilidad; sin el aire ninguna de las esferas ó áreas podrian desenvolverse; sin el aire ó los elementos que entran en su formacion, ni el mineral, ni la planta, ni el animal ni el hombre podrian formarse, unirse, germinar, desarrollarse, crecer, nacer, vivir, ó ser. Sin que ocupe el vacío, la naturaleza desaparece. Y el aire se compone de setenta y nueve partes de azoe y el resto hasta ciento, ó lo que es lo mismo, las veintiuna restantes, de oxígeno hidrógeno y carbono. ¿Podrá considerarse exagerada la idea, á vista de esto, de que esos tres elementos son posteriores y una derivacion del azoe mediante la influencia de los otros cuerpos, cuya esencia no penetramos, y que tal vez proceden del mismo? No es posible ir mas allá, penetrar en lo que es impenetrable, debiendo por lo tanto concluir este punto diciendo, que cualquiera que sea la virtualidad, por grande é inmensa que uno se la figure, que el azoe pueda tener, es una emanacion precisa ó indispensable de otra causa anterior increada, pero sabia y omnipotente; y, para nuestro propósito, que el aire y el azoe, elemento primero y constitutivo de de él, como elemento preciso para la movilidad y vida de los seres animados, ejerce una influencia directa é inmediata en la circulacion o área vasculosa.

«*Así la negatividad*, es decir, la nulidad pasiva, en union con su actividad *anuladora* es el principio ó la esencia de la atmósfera y el aire, como parte de la tierra; es la nulidad *existente* y *activa* del cuerpo planetario, y su funcion es la negacion (volatilizacion) incesante de todo lo estable.»

«El azoe, siendo el verdadero y esencial elemento del aire atmosférico, debe ser la verdadera causa de aquella propiedad *mitigada* por la coexistencia del oxígeno, pero la química está muy distante todavia de conocer la funcion total que el ázoe ejerce en

(1) ¿Y qué tiene que ver? esté en mayor proporcion que el oxígeno?

el proceso del telurismo, y las pocas nociones que tenemos de él, de que carece de sabor y olor, de que es incapaz de mantener la combustion de que no puede inflamarse etc., todas propiedades negativas, no nos permiten estendernos más sobre el particular.

«El proceso negativo que aparece tan sencillo en la naturaleza de la atmósfera, se repite en el organismo bajo una forma mas complicada y concreta, y esta es la *esfera circulatoria.*»

«La circulacion de la sangre, que no es mas que la movilidad incesante determinada por el motor que hemos señalado; su accion funcional hácia otros elementos del cuerpo; la sangre misma que hemos visto se forma en el embrion y se regenera en el adulto por medio de la colicuacion (transustanciacion en sangre) de las sustancias asimiladora y sensitiva, no es más que la disolucion, licuacion, absorcion y consuncion de ciertos elementos necesarios para la vida y desarrollo del hombre. Así el origen, la funcion y todo el ser de la sangre, es negativo, es colicuante, consumidor, absorvente, y estos atributos vitales de su índole, la hacen homóloga (semejante) á la esencia fundamental del aire atmosférico, que es el azoe.»

«En virtud de dicha homología, la sangre, ó más bien la esfera circulatoria, es la reproduccion genética de la atmósfera, ó más bien del azoe, elemento tipo y principio elemental del aire atmosférico.»

«Ese elemento tiende por consiguiente hácia la sangre por vía de la creacion continuada refiriéndose á ella como su absoluta condicion biótica; la sangre por su parte se lo apropia[1] como su semejante en el acto de la respiracion.»

«Como el ázoe puro es irrespirable, y el oxígeno enrojece visiblemente la sangre, parece que es el oxígeno y nó el ázoe el que en el aire atmosférico se refiere cosmogónicamente á la esfera circulatoria. Pero si estudiamos atentamente los respectivos elementos vitales sobre los cuales obran aquellos dos cuerpos elementales, vemos que la influencia del oxígeno, aunque más visible que la del ázoe, en la masa de la sangre, se dirige sólo á un elemento que tiene el destino de ser separado de la masa de la sangre, es decir, á un elemento extrínseco. Este elemento es la hematina, ó mas bien la sustancia cristalógena de las células hematósicas (Kryetallsubstanz des Bludes, Lehmann, Lunke), que trasuda perpetuamente através de las membranas, no solo en el bazo y en las glándulas linfáticas, sino probablemente en toda la circulacion, y que tiene el destino, en mi opinion, de escitar y nutrir el sistema ner-

1) El oxígeno del aire es el absorvido en el acto respiratorio, y nó el azoe, pr. la hematosis pulmonar.

vioso y el muscular, etc., es decir, la sustancia morfológica de la esfera animal, Sobre este elemento extrínseco obra el oxigeno, arterializando la sangre durante la respiracion, lo que quiere decir, á mi juicio, *que el oxigeno obra en la sangre sobre el elemento animal*, así como tambien por sí, escita y exalta el sistema nervioso; y tal vez todo el destino y efecto de este elemento *durante la respiracion*, no es otro que escitar el sistema nervioso, huesoso y muscular. Al contrario del oxigeno, obra el ázoe sobre el elemento *intrínseco* de la sangre, y particularmente sobre el fibrógeno ó plasma, elemento primordial y fundamento de la masa circulante. Esperimentos directos acerca del modo de influir del ázoe sobre la sangre, no existen, que yo sepa, pero se sahe que el ázoe tiene una parte primitiva en la respiracion. H. Davy y Plaff han observado una disminucion del ázoe[1] en la atmósfera durante la respiracion, y segun los esperimentos de Humboldt y Frovencal los peces absorven del agua que respiran cantidades muy notables de nitrógeno. Sí Allen y Pepip no han visto tal minoracion del ázoe, Bertholles, Nyesten, Dulong y Desprezt han encontrado aun un considerable aumento de este gas en el aire espirado, proviene esto de que la sangre, al mismo tiempo que absorve y se apropia el ázoe del aire respirado, exala tambien de su interior aquel azoe presistente que tiene que arrojar de sí como exuvio de su proceso vital (azoe endocómico) (véase Dr. Muller, Phipsiología coblenz, 1844, tomo 1.° página 141 etc,) y lo exala algunas veces en cantidad menor, otras veces en cantidad igual ó aun mayor de la que absorve del aire atmosférico. Esto no puede ni debe sorprendernos si fijamos nuestra atencion en la influencia y representacion que tiene el aire en la formacion de todos los séres vivientes y la del ázoe en la composicion de las sustancias más nutritivas del hombre.

Los elementos derivados y concretos del abstracto nitrógeno son los *metaloides: Chlor, Bromium, Sodium, Fluor, Phosphorus, Arsenium, Sulhpur, Selenium, Telurium, Silicium, Borum, Tantalum, Tithanium, Niobium*, y *Pelopium*, es decir, diez y seis incluyendo el azoe, de los cuales cada uno se referirá especificamente á un distinto elemento vital de la sangre.

«¿Cuál metaloide corresponde á cuál elemento hematoico?» Preciso nos es, por hoy, referir al porvenir la contestacion de esta pregunta.

«*El agua y la generacion.* El agua es líquida, pero puede asumir el estado sólido del elemento terráqueo, (hielo), como el ga-

1) ¿Por qué el ejercerá el ázoe en la respiración, el de estimular la accion muy escitante del oxigen

seoso del aire y del elemento igneo (nube, vapor); ella tiene asi la disposicion de realizar en sí la coherencia atomística de los tres anteriores. El carbono como tal, nunca puede asumir otra forma que la sólida; el aire es siempre gaseoso, lo mismo el elemento pirrogénetico (oxígeno).

El agua es indiferente á todos sus cambios mecánicos, pues su esencia queda siempre la misma, no toma en ellos parte que comprometa su ser, es *neutral*. Su neutralidad no solo es mecánica, sino aun se manifiesta en las combinaciones químicas. El elemento terráqueo, el carbono, no es neutral, sino indiferente; él puede ser una base (óxido de carbono), como un ácido (ácido carbónico) pero nunca puede ser los dos juntos en uno, es decir, neutral. Solo el agua como tal, sin cambiar su combinacion, es una base, un ácido y una sal en uno. Pues con ácidos fuertes hace el papel de una débil base, con bases fuertes juega el papel de un débil ácido, (Regnaul Strek Chenise Braunschweig 1855, pág. 99) y en otras combinaciones tiene el carácter de una verdadera sal (Halhydrat-Wafser. Lehmann Taschenb. d. taeor. Chemie Lespz 1851, página 33).»

«El agua es el medio disolvente más general de los cuerpos. Así como el oxígeno es el principio de la combustion de los cuerpos, así el agua es el principio de su *solucion*. Disolverse es combinarse con el agua. Mas los cuerpos que se disuelven en el agua, pierden no tan solo su forma, sino su cohesion, pero en medio de su solucion queda su sustancia molecular *conservada* intacta. Los átomos del cuerpo disuelto se separan *unos del otro*, pero cada átomo, en sí, queda entero sin dejarse romper y penetrar por el agua, es decir, sin combinarse químicamente con ella, como sucede con los átomos del cuerpo en la combustion. El agua no ataca químicamente los cuerpos que disuelve; es decir, ella conserva en sí la naturaleza intacta del cuerpo, el que despues de evaporada aquella, reaparece en forma de cristalizacion.»

«Esta virtud disolvente y conservadora á la par, que el agua egerce sobre los demás cuerpos no puede ser sino su propia natunaleza inmanente. El agua es asi la unidad de negacion (solucion) y conservacion.»

«El principio elemental del agua es el *hidrógeno*, y los quimicos consideran el agua como un óxido de hidrógeno. Pero comportándose el agua unas veces como base, otras como ácido, debe ser la unidad interna de los dos, es decir, una sal, lo que efectiva-

mente es tambien. Por otra parte siendo ya ácido, ya base, no es ni lo uno ni lo otro de un modo decidido, pues su reaccion ácida como básica, es muy débil, casi nula (neutral) y esta su indicacion y neutralidad química es el carácter de la verdadera sal. En vez de formular el agua como óxido: $H.^1$ $O.^1$ la formularía yo como un hidrato de hidróxido, poniendo en lugar de $H.^1$ $O.^1$ la fórmula igual de $H.^6$ $O.^6$ para dividirla en un radical y un ácido hipoteticos: $H.^5$ $O.^1$ óxido de hidrógeno, y $H.^1$ $O.^5$ ácido hidrogénico, cuya combinacion $H.^5$ $O._1 + H.^1$ $O.^5$ forma un sal néutra, 6H. O. que es el agua.»

«Esta formulacion es de mucha importancia para nuestros fines, pues los cuerpos simples que consideramos derivados del elemento hídrico, y que enumeraremos luego, tienen la propiedad peculiar de combinarse cada *uno consigo mismo*, por medio del oxigeno, formando una sal, ó mas bien consideramos dichos cuerpos *elementos hidricos*, á causa de la mencionada propiedad.»

»Los elementos hídricos conocidos son los siguientes—*Antimonium* (antimoniato óxido de antimonio) *Chromum* (cromato de óxido de cromo), *Cerium* (ceriato de cerio, ce, ce), *Tunsgtenium* (Tungsteinato de tugnstenio) *Bismuthum*, (bismutato de bismuto) *Molybdaenium* (molibdeniato de molibdenio), es decir, siete en número, incluyendo el *Hydrogenium* (hidrogeniato de óxido de hidrogenio), agua.»

«El principio que constituye la íntima naturaleza del agua, ó más bien el ser cosmogónico del hidrógeno, debe necesariamente presentarse tambien en la organizacion humana, en la animal y en la vegetal; pero elevado en la primera á una realidad más alta y más concreta. ¿Cuál es la esfera viviente donde los dos momentos de negacion y conservacion se hallan unidos de un modo compacto é inseparable?»

«La esfera asimiladora es un conservatismo egoístico, idéntica y una consigo, toma todo lo estraño y ageno (mundo esterno) por suyo propio (alimentacion). En la sustancia animal ó sensitiva, el organismo interioriza y esterioriza á la vez una unidad conservadora en una idealidad subjetivo-objetiva, sintiéndola. En la circulacion ó sanguificacion, el organismo viviente niega y destruye perpétuamente su estabilidad asimilativo-sensitiva consumiendo lo que habia formado. La última esfera que nos queda es la sexual ó generadora, y esta debe tomar sobre sí el proceso unificador de conservacion y consumimiento.»

«En efecto, en la vida sexual estan maravillosamente entrelazados ambos procesos, incluyendo, exigiendo y suponiéndose el uno al otro de un modo indispensable y absoluto (desde la primera y vaga emocion del amor virginal, hasta el punto culminante de la prolificacion). El individuo se pierde y sumerge en otro; su propia individualidad está negada y parece existir tan solo en la agena. Este enagenamiento sensitivo se hace luego organico y real; un pedazo de su ser se separa de él, entregándose al otro (semen, separacion de los óvulos) en mútua direccion. Esta negacion de su propia existencia es, durante la prolificacion, tan esencial y aparece tan intensa, que las plantas se marchitan bajo el destino de la flor, los animales inferiores mueren al lado de sus óvulos desprendidos ó sobre su prole, las hembras de los animales superiores enferman, y muchas mugeres sucumben lógicamente en el parto. Pero, en medio de este aniquilamiento físico-fisiológico, llega justamente el individuo á la sensacion y seguridad más exaltada de su individualismo; se refleja en sí propio, como un ente imperecedero, como una *subjetividad gozadora*, al través de su enagenamiento amoroso, se *siente á sí mismo*, en todas las gradaciones de su ipso-negacion que el amor le impone, se goza, se reproduce, se multiplica y se conserva en la prole. De este modo *la misma disolucion es directamente una conservacion* y el íntimo ser del elemento hídrico aparece en la esfera generadora.»

«En virtud de la homología que acabamos de establecer, nos será permitido enunciar, que el elemento hídrico, es decir, el hidrógeno, es la condicion cosmogónica, el tipo, segun el cual los seres vivientes han formado su esfera generadora, ó, más bien, que esta última se ha formado de la sustancia vital como reproduccion concreta del hidrógeno residente en su composicion. La esfera generadora, al desarrollar sus detalles (elementos vitales) morfológicos, reproducía y sigue reproduciendo sin cesar todo el movimiento dinámico, es decir, las posibilidades que el hidrógeno tiene de crear sus elementos derivados hídricos arriba mencionados.»

«Si, pues, el agua y particularmente el hidrógeno se refiere, en virtud de la semejanza, á la esfera generadora en general, es decir, á su *primer* elemento vital, los derivados del agua, como son el antimonio, el bismuto, el cromo, etc., se referirán específicamente cada uno á distinto elemento secundario de dicha esfera.»

«Esas son las semejanzas que existen entre los elementos del cuerpo terráqueo y la morfología del organismo humano.»

«A medida que el hombre embrion sigue desarrollándose, aparecen sucesivamente dos nuevos elementos vitales que se forman á la semejanza de los reinos vegetal y animal, y que, detallándose en elementos vitales simples, quedan durante toda la vida extrauterina del hombre, y entran en relacion simil con los elementos individuales de aquellos reinos.»

«Desarrollar los detalles de dichas relaciones es imposible en el estado actual de las ciencias naturales. Ni aun es dable por ahora fundar esas relaciones en general; pues las estensas dilucidaciones que para ello tendríamos que sacar de la ciencia botánica y zoológica comparada, nos desviarían enteramente de nuestro propósito fundamental, y al fin no demostrarían otra cosa que lo que ya sabemos por las consideraciones antecedentes, y es, que el organismo humano contiene en sí, no solo el telurismo, sino tambien los reinos vegetal y animal, en forma superior humanizada, y que, en virtud de esto, los últimos se refieren á él en calidad de consaguíneos, de semejantes.»

De todos nuestros principios, depositados en las hojas anteriores, se desprende para nosotros una grande y profunda conviccion, que nos eleva y abate á la par: la consideracion cristiana y pensadora nos dice, que el hombre, porque así *plugo al Sér omnipotente, principio y fin de todas las cosas*, es la única y verdadera concentracion de toda la naturaleza circundante, la concentracion en un foco viviente é intelectual, que contiene en sí tantos elementos vitales cuantos elementos hay dispersados en los reinos antecedentes, reuniendo ademas el *soplo divino* que el Supremo Creador infundió en su semblante. Pero la observacion empírica nos señala á cada momento el insondable abismo que nuestro orgullo, por una parte, y la insuficiencia de nuestros sentidos é instrumentos, por otra, ha puesto entre la idea general y los detalles del hecho. Este hombre, centro al cual todos los puntos de la circunferencia macroscómica tienden y se refieren radiariamente, este hombre, que, *espiritualmente considerado, es imágen y semejanza de Dios*, este hombre-microscómico, no ha sido capaz hasta ahora de reflejar en su inteligencia todos aquellos puntos congeniales y semejantes que recibe sin cesar de aquel grande espíritu Divino en un órden todo espiritual, y de la naturaleza circundante en el vital; no ha sido capaz hasta ahora de comprender lo que vive en él y lo que pasa en su derredor. Y toda nuestra ciencia debe estribar en ese conocimiento. Mientras no se desentrañen los detalles de la re-

lacion macro-microcósmica; mientras no se precisen las relaciones de los elementos correspondientes de la naturaleza física del hombre con la rigidez del *empirismo científico*, queda todo nuestro saber en un miserable conglomerado de aislados materiales y confusas reflexiones, más ó menos ingeniosas; sin llenar jamás el afan y las necesidades de la mente que busca la verdad en la armonía.

De las consideraciones que dejamos espuestas se deduce una gran verdad; esta es que el hombre solo puede ser el resultado de una inteligencia Suprema, que, para que reconozcamos nuestra inferioridad relativa, nos legó en nuestro cuerpo una prueba evidentísima de aquel su infinito poder.

En dicho organismo, el médico no sabe que admirar más, si la simplicidad de los elementos primos, lo complicado de los tejidos, sistemas, órganos y aparatos que de aquéllos se forman; los atributos y funciones diferentes que éstos llenan, ofreciéndonos la diversidad, constituyendo la mas sorprendente unidad; ó la concurrencia cosmogónica, para su desarrollo, de todos los reinos y detalles de la naturaleza, elevados y trasmudados en sustancia humana por una *fuerza vital* infundida por Dios á nuestros primeros padres.

Es cosa que sorprende y entristece, el pensar, cuán poco los médicos, hasta hoy, se han dedicado á la meditacion del libro Divino al tratar de averiguar el origen del hombre: pero, señalado éste ya anteriormente, fijemos nuestra consideracion, por corto número de instantes, en ese *óvulo microscópico* que nos ha dado las *áreas*, y necesariamente reconoceremos que, al ser fecundado, se desenvuelve en él una virtualidad (fuerza vital) por la que, obedeciendo á una ley preexistente se atrae elementos simples y semejantes á los que le constituyen, se los asimila y forma con ellos tejidos, sistemas y vísceras semejantes á los que componen el organismo de los séres de que procede, recibiendo del de la madre, durante la vida intra-utrerina, como ésta recibe de esa misma naturaleza, que por doquier nos circunda como un grandioso vehículo universal, tantos elementos externos, cuantos elementos vitales son necesarios para el completo desarrollo y formacion del hombre mismo.

No cabe ni puede caber duda sobre la existencia de esa *fuerza vital* en el óvulo y en el hombre vivo, fuerza que principia en aquél en el acto de la fecundacion, y concluye en éste con su existencia.

La filosofía cristiana, levantándose contra la intuicion antigua, segun la cual, el organismo viviente y la naturaleza cósmica, tienen por base comun el mismo principio telúrico cualitativo elemental; señaló el dinamismo universal; dicho principio dinámico rompió la armonía bio-cósmica, estableciendo una separacion profunda entre la naturaleza inaminada y los séres organizados, separacion que ha durado vigente en medicina hasta que la quimica moderna con un atrevimiento sin igual, la condenó, calificándola de mística supersticion, y confundió de nuevo la vida con la materia universal. Por mas variado que se haya presentado en el curso de la historia médica, es un hecho el dinamismo vital; entre los árabes se reconoció en forma de espíritus vitales (Avicena), como arqueo por Paracelso, y Vanhelmont, como fuerza vital de los sólidos (Glison), en forma de alma por Staahl «quœ corpus suum sibi struit», como fuerza nerviosa (Cullen), de excitabilidad (Browm), y de dinamismo vital por Hahnemann; ese ente dinámico es en el fondo siempre el mismo hasta Hahnemann; una fuerza inmaterial que, sin conexion absoluta con el cuerpo viviente, reside en él determinando todos sus movimientos y cambios materiales y dirigiéndolos con su instintiva precision á ciega necesidad.

El principio dinámico vital como una fuerza separada y distinta del cuerpo vivo, ni ha existido ni podia existir; nuestros primeros padres al recibir la facultad de crecer y multiplicarse, *vivian*, y solo en esta condicion podian disfrutar de este atributo. Ved esplicado como en el acto de la generacion la fuerza vital y la materia son (1) indivisibles. Separadlas, y la procreacion no sucederá.—Si el principio dinámico indica una *fuerza* en general que dirige la materia, entónces no se distingue, como tal, del principio que mueve el telurismo, porque tambien él tiene sus fuerzas de atraccion, de electricidad, de magnetismo etc. y en este sentido fué como Hahnemann habló de la fuerza inmaterial de los agentes medicamentosos. Pero esas dos fuerzas son distintas, por la *vitalidad* de la una, y lo mecánico de la otra. Resulta, pues, de cuanto antecede, que siendo el óvulo fecundado una parte que procede de los elementos vitales de dos séres de sexo diferente, pero que, en calidad de tales, unidos, tienen el atributo de la procreacion, al llenar esta funcion importantisima, solo pueden hacerlo como *séres vivientes*, es decir, comunicando al sér que de ellos proceda ~~un espíritu~~, *una fuerza vital, y una forma plástica semejante* en un todo á la que en ellos reside. Hé aqui la prueba mas palpable de la no existencia del dinamismo inmaterial ó abstracto.

¡¡Claro!: como que la fuerza vital consistirá en vibraciones ó ondulaciones atómicas especiales de la materia organizada y de su éter circundante.

Hé aquí confirmada la existencia de la raiz fisiológica de la doctrina Homeopática. El dinamismo vital es un hecho que la razon acepta y la observacion y la esperiencia confirman, cumpliendo aquél la ley armónica «*similis similem quærit*». Por dicha ley se prueba además la referencia incesante entre la naturaleza circundante y el hombre, y que esa continuada trasmutacion de aquélla en éste, durante su vida, y de éste en aquélla, después de su muerte, sólo es y puede ser obra de aquel á quien obedecen la naturaleza y el hombre. El óvulo de que el hombre resulta, encierra en sí, en forma de *posibilidad*, tantos elementos vitales cuantos después hallamos en su organismo. Esto confirma no solo nuestra ley principio «similis similem quærit», sino que tambien es una demostracion evidente de la existencia de la fuerza vital y del gran poder de los agentes fluídicos.

Si el organismo humano y viviente en esta primera referencia aparece como *receptor*, y la naturaleza es el incesante sacrificio que se eleva introduciéndose en él, no olvidemos que así el hombre como la naturaleza cumplen las leyes impuestas para la procreacion por la causa primera de todas las causas; y que la naturaleza, *per se*, no puede ser el agente primo, y solo sí, segunda causa, destinada á la realizacion de su continuada metamórfosis en el organismo humano viviente, síntesis armónica de los reinos antecedentes, alimentado, desarrollado y vigorizado en cumplimiento de leyes, emanacion de aquel grande espíritu divino que reasume en sí la inteligencia infinita.

La naturaleza, como segunda causa, vigoriza el organismo; y la manifestacion funcional y la sensacion de la totalidad, alimentada y desarrollada, aparece en el hombre en calidad de *fuerza vital*.

Así la naturaleza en *general*, como condicion antecedente de la vida humana, es, sin género alguno de duda, un poder benéfico, protector, salutífero. Pues en la alimentacion, sustentacion y vigorizacion igual y uniforme del organismo, el mosaico viviente, obedeciendo á las leyes de su desarrollo, sigue sin interrupcion la marcha melodiosa y armónica de sus metamórfosis, trasmutándose cada elemento vital en su subsecuente sin salir del ritmo natural. *Hé aquí el estado fisiológico.*

Pero la naturaleza, en medio de la unidad y la concordia de sus elementos, contiene en sí dichos elementos como particularidades que la concordancia no puede borrar, y este lado individualístico de la naturaleza, es el gérmen de su confluencia maléfica y destructora sobre el hombre mismo y los séres vivientes en general.

Si de la totalidad del mundo circundante se arrancan ó desprenden uno ó muchos elementos dinámicos y se introducen en el cuerpo humano obrando en calidad de un poder ó poderes aislado ó aislados y particulares, rompen la armonía é impresionando la fuerza vital en la determinacion de su particularidad ó particularidades, arrancando del flujo armonioso de la metamórfosis vital aquel elemento ó elementos que le son *símiles*, determinan la enfermedad y aun la muerte más ó menos prontamente.

El hombre, como dejamos dicho, fisiológicamente considerado, es el efecto ó el cumplimiento de esas leyes inmutables que establecen la armonía que reina entre todos los séres creados por el Omnipotente. Pero el hombre que sin el pecado fuera siempre el mismo cumpliéndose en él, con igual constancia que en otros grandes séres que admiramos en el universo, las leyes inmutables de su existencia, vino despues de aquel á colocarse vitalmente en idéntica situacion á la de los demás séres terráqueos animados, sufriendo y pasando por las mismas vicisitudes que éstos. Hé aquí ya el principio de la desarmonía, ó de la *enfermedad*, que, por contra-posicion, no puede consistir en otra cosa, como ya antes hemos indicado, que en la falta de armonía producida por la alteracion ó desproporcion de los elementos que constituyen la base de su existencia, de los elementos, que, admirable é infinitamente combinados entre si, vienen á formar las diferentes partes de su organismo. Esto determina igualmente la multitud de enfermedades que puedan afligir al hombre, y la gran variedad de manifestaciones ó síntomas que aquéllas presentan. Necesario es que demos algunas esplicaciones sobre este último punto sumamente importante tratándose de fijar la raiz patológica.

El cuerpo humano, en las diferentes partes que lo componen, puede sufrir alteracion por agentes esternos que obren en él química, física ó dinámicamente, con lo que viene á establecerse la diferencia que existe entre las llamadas lesiones y enfermedad propiamente dicha. Las lesiones siempre son consecuencia de los agentes esternos que obran segun sus propiedades físicas ó químicas, y la enfermedad, lo es tambien igualmente de la accion de aquéllos, pero cuando la hacen sentir en el organismo no por dichas propiedades físicas ó químicas, sino por el dinamismo que dichos cuerpos adquieren en el estado de incohercibilidad ó fluídico. De aquí el que unas enfermedades sean largas y crónicas, y otras agudas y hasta instantáneas, y que unas, aunque de un mismo origen, puedan tener una manifestacion local, y que otras, en su origen y manifesta-

cion, sean generales. Siempre, no obstante, tendrémos, y cualquiera que sea la importancia que todo esto pueda ejercer en la curacion de las enfermedades (siendo posible, porque preciso es no desconocer que el hombre más tarde ó más pronto ha de morir, obedeciendo á esa ley á que quedó sujeto), que *la alteracion*, *la desarmonía ó la enfermedad* nace de la perturbacion de la fuerza vital (dinamismo) en la atraccion de los elementos simples que ya hemos señalado conforme al principio *similis similem quœrit*. Si la perturbacion es total, ya lo hemos dicho, la muerte es inevitable y el hombre vuelve á ser lo que era antes de su formacion, es decir, que, al faltarle la vida, el espíritu se eleva á Dios que lo crió, y unió al cuerpo, y todos los elementos materiales, que constituian su organismo, vuelven por su propia virtud á buscar su símil y formar parte de la naturaleza circundante de la cual proceden. Si la causa que determina la perturbacion de la fuerza vital (dinamismo) en la atraccion, no es tan fuerte ó de tal naturaleza que pueda paralizar ó estinguir la vida instantaneamente, el restablecimiento de la salud, no solamente es factible, sino que necesariamente debe conseguirse, siempre que el medicamento ó medicamentos que se elijan para ello, sea el más apropósito para producir el aumento de esa fuerza de atraccion indispensable para establecer esa proporcion elemental que hale restituír la armonía en la organizacion, ó lo que es igual, en suma, para estirpar el mal. De lo espuesto se infiere, al propio tiempo, que las enfermedades pueden ser *endémicas*, *epidémicas*, *contagiosas* y *hereditarias;* y que los agentes que hemos señalado no deben obrar en todos los casos en la misma forma, y especialidad; que en las hereditarias obran en combinacion con otros, antecedentes á la formacion del hombre, ó que se hallan inoculados en el óvulo ó se le inoculan en el acto de la fecundacion. En las endémicas, por ejemplo, palpablemente se observa la particular influencia de la localidad, es decir, de los elementos que forman la naturaleza circundante en mayor ó menor proporcion en cada uno de los puntos del globo, segun su situacion topográfica; prueba demostrativa y convincente de que la enfermedad siempre tiene su *origen* en la desproporcion elemental, que produce la *desarmonía* que la constituye. De otro modo no se esplicaría bien la diferencia de enfermedades y síntomas distintos que éstas presentan, y aun su terminacion, segun que la zona es frígida, templada ó tórrida, y dentro de estas mismas, á consecuencia de la diversa naturaleza que las circunda; de lo que se desprende la influencia de

los agentes esternos sobre el cuerpo humano. Las epidémicas, aunque prescindamos de la causa que las determina, que en muchas no se ha podido marcar con exactitud, todas, no obstante, traen un sello parecido, que consiste en la semejanza de síntomas que presentan, determinados precisamente por una desarmonía de la misma especie, lo que claramente indica una visible alteracion en la proporcion elemental, ya respecto de la naturaleza circundante, ya en cada individuo en particular conforme á la que reina en su diferente organizacion por su diverso temperamento, idiosincrasia, etc. El contagio, por otra parte, puede ser miasmático ó virulento; mas en uno y otro caso siempre se verifica ó viene á producirse por la misma causa ó razon que origina la enfermedad, procediendo ese carácter especial, ó aditamento, de la mayor desproporcion elemental que le convierte en un agente dinámico de una fuerza estraordinaria, capaz por lo tanto de hacerse sentir y de alterar el organismo en los que rodean ó se ponen en contacto con el enfermo. En las enfermedades hereditarias es donde realmente sucede otra cosa distinta, ó sea, dicho más bien, se diferencian algun tanto de las demás porque el agente ó agentes esternos que las determinan no serian bastante para ello sin la concurrencia de otras causas internas, sin una predisposicion particular en el sugeto, debida á vicios especiales de su constitucion engendrados con él mismo, y que traen su origen de los séres que le engendraron y de las enfermedades que éstos padecieron. No quiere decir esto que todas las enfermedades sean trasmisibles á las generaciones sucesivas, sino que hay algunas que por su naturaleza propia causan tal trastorno en el individuo y un estado patológico continuo, que, formando parte de su modo de ser, le hacen por consecuencia trasmisible por el acto de la multiplicacion. Son infinitos los ejemplos que pudieramos presentar, que hacen palpable la verdad de esta doctrina; con el bien entendido que hasta en el órden moral se la vé que ejerce una influencia suma. Mas, aparte de las consecuencias que pueden deducirse de esta última indicacion, campo en que por ahora no queremos entrar, si bien advirtiendo que en nada esto se opone á los principios antes sentados supuesta la intima relacion que existe durante la vida del hombre y la mútua influencia que tienen entre sí el espíritu y el cuerpo ó la materia, existen algunas tan determinadas, que el no creer en su trasmision y propagacion por los actos generativos, sería lo mismo que luchar neciamente contra la evidencia. La ~~espora~~ tisora, en efecto, la *sicosis* y la *sifilis* presentan caracteres tan marcados é indelebles,

tan seguros y palpables, y es tal su fuerza trasmisiva desarmonizadora, que apenas cabe la posibilidad de que un médico medianamente instruido y esperimentado, bien examinando el enfermo de cualquiera edad, estado ó condicion que sea, ó bien adquiriendo un conocimiento exacto de las enfermedades ó males que aquejaron á sus progenitores, no pueda percibir si existe, ó nó, en él alguno de los tres vicios constitucionales indicados. Y son estos de tal naturaleza, tienen tal influencia en el modo de ser, física y aun moralmente, del individuo, que la de la naturaleza circundante ó de los elementos esternos en él, siempre ó casi siempre vienen á reducirse á la que aquella determina, produciendo ó exacerbando las alteraciones que son consecuencia inmediata de esas tres causas solas ó reunidas.

Ya el grande espíritu de Hahnemann percibió claramente lo que acabamos de sentar, y ha señalado con la posible exactitud la representacion que tienen estos tres vicios en el desarrollo de un gran número de enfermedades que aflijen á la especie humana. Dificilmente se podrá en este órden ir mas allá; pero por via de complemento de lo dicho me propongo hacer una reseña acerca del origen de esas enfermedades, con lo que pretendo demostrar principalmente su índole hereditaria y propagadora, siendo una consecuencia precisa é indeclinable de esa índole especial, su influencia en el desarrollo de la mayor parte de las que pueden aflijir al cuerpo humano, conforme Hahnemann ha dicho y probado suficientemente.

Antes, sin embargo, de entregarme á esta tarea, que corresponde á la profilasis, preciso es, para mi objeto, que haga esposicion de mis doctrinas relativas al fundamento ó raiz filosófica del principio terapéutico Hahnemanniano ú Homeopático, *similia similibus curantur*, consiguiente á lo que respecto á este punto he indicado.

El hombre físicamente considerado es el conjunto ó la síntesis de los elementos que combinados forman la naturaleza, ó, como ha dicho el Dr. H. Spacc una condensacion de gas y de vapores. Su organizacion en todas las partes que la componen, el resultado preciso de esas infinitas combinaciones elementales, ó del gas y de los vapores que condensados en diferentes maneras y proporciones vienen á tomar una forma plástica, á convertirse en materia móvil ó viviente. La consecuencia natural que de esto se deduce no es, ni puede ser, otra que la de que la enfermedad consiste, como hemos dicho, en la desproporcion de esos mismos elementos que causan la desarmonía, ya se deba á los agentes dinámicos esternos, puramen-

te, que obran sobre la organizacion, ya á la mayor predisposicion individual que la existencia de los agentes internos *sporá*, *sicosis* y *sifilis*, imprimen al organismo para ser escitado por aquellos; y que esa desarmonía que causa el trastorno, el desórden ó la perturbacion en las funciones del mismo, procede del decaimiento, debilidad de la fuerza vital en su *asimilacion*, á la que es inherente la de *repulsion* de todo aquello que le es estraño ó no se adapta á su modo de ser en el estado fisiológico. De aqui que tambien las leyes de *reparacion* ó *formacion* se perturben. ¿Cómo, pues, ó por qué medios podrá lograrse el restablecimiento de esa armonía? ¿Qué son los síntomas que presenta ú ofrece la enfermedad considerados bajo los insinuados supuestos? Una vez perturbada la fuerza vital en su atributo de asimilacion y repulsion, se produce la desproporcion elemental; rótas las leyes de formacion ó reparacion, viene el desorden funcional, y los esfuerzos, las mas veces impotentes, de la naturaleza para volver á su órden fisiológico, los síntomas ya funcionales ó subjetivos, que más tarde darán lugar á otros que serán la espresion plástica, clara, tangible, de ese desórden y de esos esfuerzos. Dos consecuencias se desprenden naturalmente de lo que acabamos de decir; Primera, que para conseguir el restablecimiento de la armonía, volver al hombre á su estado fisiológico y estirpar la enfermedad, hay que acudir á un medicamento que contenga dentro de sí la virtualidad del elemento básico causa de la enferdad por su aumento ó desproporcion en el organismo, cuyo aumento ó disminucion ha de ser causa del cuadro de sintomas que ofrezca el enfermo. Segundo, que ese medicamento debe ser de aquellos que contengan en sí la virtualidad de determinar el restablecimiento de la armonía fisiológica, y que el médico debe procurar obtener este resultado prefiriendo dar la menor cantidad posible de dicho medicamento, siguiendo en esto como en todo las leyes de formacion y reparacion que sigue la naturaleza. Las formas masivas ó en grandes proporciones tienen su fundamento ó son la consecuencia precisa é indeclinable del principio opuesto *contraria contrariis* base de la medicina alopática; mas para que este principio fuese una verdad, es necesario establecer principios patológicos y fisiológicos diversos, lo que no está ni puede estar conforme con nada de cuanto se observa en la naturaleza; hay que suponer, en suma, que la causa de la enfermedad procede de la introduccion en el organismo de un elemento estraño á él, lo que es mas que dudoso que exista, por no decir imposible, ó el aumento poco racio-

nal de una fuerza elemental estraña que pueda destruirse por otra fuerza superior masiva, por un contrario que no existe en la naturaleza. Para que esto fuese exacto, además, necesario, es negar el principio de atraccion ó de asimilacion, fundamento primero principal y único, del estado fisiológico en el hombre y de la armonía universal, confundir la causa con el efecto, dando á la fuerza de repeler una representacion que no tiene, haciendo que se la considere *primaria*, cuando solo existe como secundaria ó como un hecho á *posteriori*, consecuencia de la falta de la fuerza atractiva ó de asimilacion; y suponer, en fin, como el Dr. Spacc dice, que la materia en forma masiva puede obrar dinámicamente sobre la materia viviente, gravísimo error, que rutinariamente ha sido aceptado por muchos: debe comprenderse por materia masiva la que no ha llegado á adquirir, ó á la que no se ha dado un grado de fluidez, simplicidad ó incohercibilidad, que es como únicamente podrá producir efecto en el organismo sin obligar á éste á que ejerza sus funciones sobre ella tal vez con una violencia que pueda comprometerle ó destruirle. Para mayor claridad, y reasumiendo todo lo dicho en esta parte, voy á presentar como en un cuadro las principales bases del método curativo homeopático.

Una vez reconocido que el principio fisiológico se apoya esencialmente en la fuerza de atraccion asimilativa para el cumplimiento de la ley armónica *similis similem quærit*, el patológico necesariamente ha de fundarse en la pérdida ó decaimiento, cualquiera que sea la causa, de esa fuerza vital atractiva, con la que queda tambien establecida la relacion con los mismos del principio terapéutico *similia similibus curantur*. Esto prueba con claridad, que la área vegetativa, primera en la formacion del hombre, es la síntesis verdadera de toda la naturaleza que le circunda, donde se reflectan no solo los elementos *primos* que en ella existen sino todos aquellos que son el resultado de las combinaciones ternarias y cuaternarias de los mismos, á la manera que se hallan virtualmente en la vexicula de Graf y con solo la diferencia de haber tomado ya una forma plástica más determinada y sensible. En igual forma, y por efecto de su propia virtualidad y de nuevas combinaciones aparece enseguida la esfera ó área animal con el fluido nervéo que es causa de todo género de sensaciones y del movimiento orgánico. La licuacion y transustanciacion de esas mismas moléculas produce despues por la misma razon anterior el plasma ó fibrógeno primer elemento de la área vasculosa y todos los que más tarde apreciamos en la

sangre; siendo en último término la síntesis ó resultado de las tres áreas anteriores, la generadora en la que se forma, á cierto tiempo, por una parte, la vexicula de Graf, y por otra el semen ó humor prolífico, terminando así la formacion del hombre por donde empezó. De aquí el que nos inclinamos á creer fundados en ese órden exacto é inmutable, y en la representacion eficacísima que ejercen sobre todo el organismo la sangre y el fluido nerveo, que todas las enfermedades procedan en general de la concentracion ó deviacion de ese fluido nérveo, á la que en segundo término sigue el éxtasis sanguineo.

Otra consecuencia igualmente directa se desprende al propio tiempo, y es la de que cuando el agente morbífico ó perturbador del organismo ataca con gran fuerza y muy directamente al mismo, la enfermedad se hace aguda y en muy poco tiempo se producen trastornos en la sensibilidad y perturbacion en las funciones y aún alteracion de testura; mas si ataca indirectamente y sin tanto vigor, esta fuerza vital se vá paulatinamente desarmonizando y aquélla se hace crónica ó larvada, y la desarmonía ó perturbacion elemental pasa primero necesariamente al fluido nerveo y despues á la masa sanguinea y en último término se deposita, digámoslo asi, en los órganos generadores, y la enfermedad es ya hereditaria ó se trasmite al feto por la generacion. De consiguiente, el feto nace afectado de una enfermedad crónica, que, sino se cura, se hará trasmisible á otras generaciones, y que además puede impedir el regular y completo desarrollo de aquél. Partiendo ahora del supuesto fijado ya anteriormente de que el espíritu egerce sobre la materia una grande influencia, y ésta sobre el espíritu, que se hallan íntimamente relacionados uno con otro mientras dura su union hipostática y segun plugo á la voluntad del supremo Hacedor, facilmente se viene en conocimiento de la causa fundamental de la frenología; y, por eso, nadie estrañará que uno de los sábios padres de la iglesia S. Buenaventura hubiese comprendido perfectamente que las observaciones y doctrinas frenológicas en nada debian ni podian alterar las creencias católicas. En efecto, si un mal crónico, la desarmonia heredada impide que el feto ó el hombre ya en su vida extra-uterina se desarrolle por completo, produciéndose en él vicios de conformacion con especialidad en el encéfalo, víscera importantísima, y las demás que comprende la área animal, nada es más natural que se produzcan alteraciones en el sensorio, y el que los hombres se diferiencien tambien entre sí por su capacidad é instin-

táculo permanente para que tenga lugar
curacion.

tos; porque no hay que olvidarse de que el hombre en estado patológico no es el mismo que en el fisiológico, y que hay enfermedades que hacen delirar, como hay afecciones del alma que perturban sensiblemente la materia orgánica. Y por último, deducirémos tambien que teniendo su origen todas las enfermedades en un agente fluídico y tambien su manifestacion ó asiento en elementos de la misma especie, solo puede ser directo para restablecer la salud ó la armonía un medicamento fluídico que goce de una accion símil con aquel en un estado tan incohercible como lo es la causa verdadera del mal ó de la desarmonía.

He demostrado solo con el auxilio de las ciencias naturales la raiz fisiológica, patológica y terapéutica de la doctrina homeopática; sin creer que sobre puntos de tan grande importancia y trascendencia haya dicho la última palabra. No obstante esto, abrigo la consoladora esperanza de que sábios naturalistas y eminentes médicos imprimirán un nuevo órden en los estudios de las ciencias naturales y de la medicina verdadera, y que muy especialmente las ciencias botánica y zoológica confirmarán, sin que trascurran gran número de años nuestro principio armónico *similis similem quærit*, base fundamental del método homeopático.

Partiendo de todos los supuestos antes indicados, paso á ocuparme, en la misma forma filosófica, de la profilasis de las enfermedades epidémicas y crónicas hereditarias; asunto este último importantísimo y de suma trascendencia al que principalmente vá encaminado mi trabajo.

(1) No todo hijo de enfermo crónico nace ya enfermo (pu
en muchos casos, se hereda sólo la predisposicion y es en qu
ás ó menos alejada del nacimiento cuando estalla una
medad crónica semejante á la de uno de los progenitor
modificada), ni es forzoso y constante que el hijo de e
fermos crónicos haya de padecer necesariamente, en cu
quier época de su vida, una afeccion crónica; pues, au
no excepcionalmente, puede faltar la herencia, ó p
no hacerse ostensible aunque el hijo viva muchos
tos. (Vé. nuestra en la 1.ª parte, pág.s 76 á 88.)

DISCURSO TERCERO.

Profilaxis.

Despues de todo lo que vá espuesto, que tiene una relacion mas ó menos íntima ó inmediata con la *profilaxis* de las enfermedades epidémicas y hereditarias, paréceme que el buen órden exije que éntre desde luego á fijar la significacion de esa palabra en medicina. *Profilaxis*, en su verdadera y genuina acepcion, es lo que siempre se ha llamado higiene, ó un conjunto de reglas para preservarse de todo género de enfermedades, ó prevenirlas antes de que se presenten y hagan sus manifestaciones morbosas. Esta misma significacion se le puede dar en el concepto homeopático, aunque con la diferencia de que tratándose de las enfermedades crónicas hereditarias, dice relacion más bien al progenitor que al engendrado, y es, al propio tiempo que medio profilático, remedio directo para la curacion del mal que de otro modo pasaria á formar parte de la herencia de los descendientes.

La higiene, pues, se ha dividido en pública y privada; ó la que dicta reglas para evitar en general la presentacion de toda clase de enfermedades, ó para procurar la conservacion de la salud en los pueblos segun sus diferentes y propias condiciones, y la que con

especialidad se dirige al individuo en razon á su modo de ser y de vivir.

Por estas someras indicaciones se viene natural é inmediatamente en conocimiento de que así las reglas generales de higiene ó profilácticas que se dirigen á conservar y mejorar las condiciones sanitarias de los pueblos, como las especiales tocante al individuo, no puedan ser ni constantes, ni iguales en todas partes, ni con relacion á todos los hombres. La razon de lo que acabo de decir es sumamente sencilla, y está muy conforme con los principios anteriormente sentados con referencia á lo que es el hombre, y la influencia directa que sobre su organismo ejerce toda la naturaleza que le circunda, viniendo á formar parte integrante del mismo. Ya he dado la razon: la naturaleza circundante es una parte esencial de la vida del hombre, y esa naturaleza circundante no es igual en todas las zonas ó en todos los puntos del globo, y porque sus condiciones especiales distan mucho de ser las mismas, la higiene pública admite infinitas modificaciones y no puede considerarse general, sino con relacion á los individuos que viven en un punto determinado, en un pueblo ó en pais mas ó menos estenso y que participa en mayor ó menor grado de las mismas condiciones. Lo propio sucede respecto á los hombres individualmente considerados, entre los que no hay ni puede haber perfecta igualdad en su modo de ser, de vivir y de sentir.

Otra consecuencia no menos importante emana de todo esto; y es la de que, la higiene general está principalmente sometida á los conocimientos metereológicos y á los adelantos que puedan hacerse en esta ciencia tan interesante como poco conocida y cultivada. No es ciertamente fácil averiguar y marcar bien la influencia de los cambios metereológicos en el estado fisiológico del hombre; mas, sin embargo, considerando los elementos que entran en su formacion, el principio patológico que antes hemos sentado, y los agentes morbíficos que pueden venir á determinar la desarmonía elemental y falta de fuerza de atraccion para asimilarse lo que es propio á cada órgano ó cada una de las áreas á que este pertenece, y que constituye el organismo, no es imposible formar reglas generales de higiene, ni las especiales que á cada individuo correspondan segun su sexo, edad, temperamento, su modo de ser moral, su idiosinerasia y predisposicion particular á tales ó cuales enfermedades.

Muchos, muchísimos son los elementos que constituyen la naturaleza circundante por las infinitas combinaciones que se forman ó

derivan de los cuatro cardinales, y el calórico y el lumínico, si es que á estos se les puede considerar como simples; pero, como quiera que sea, hay en este punto una verdad importantísima bien conocida y es la de que el aire en su estado de pureza y como en general conviene á todas las condiciones humanas, y con facilidad se respira, se compone de setenta y nueve partes de azoe y las veintiuna restantes hasta ciento de oxígeno, hidrógeno y carbono; y que cuando los vapores, los miásmas ó cualquiera otro fluido le inficionan, aumentando la proporcion de cualquiera de estos elementos, se convierte necesariamente en un agente morbífico de mas ó menos importancia segun su intensidad y duracion, ó segun la predisposicion particular del individuo que lo aspira. Será, pues, una regla general higiénica, por cierto bien sabida y de la que se derivan otras ciento igualmente conocidas por sencillas y naturales, la conservacion constante del aire en su estado de pureza, evitando en cuanto sea posible todo aquello que como hemos insinuado pueda inficionarle ó descomponerle, enrarecerle, etc., y convertirle en un elemento ó agente morbífico productor de la desarmonía elemental en el organismo humano.

Como otro de los agentes capaces de engendrar las enfermedades sea la alimentacion, cuando ésta es notariamente nociva, ya por las malas sustancias de que se compone, ya por no estar su cantidad y calidad en relacion de la temperatura y demás condiciones del pais, formará otra regla de higiene pública la separacion ó no uso de cualquiera sustancia alimenticia que por su accion de presencia ó de otro modo pueda engendrar algun mal, cuidando mucho los que rigen los pueblos de corregir en este punto la inhumana codicia de los vendedores, y de estirpar por todos los medios que esten á su alcance los malos hábitos que en el sentido de que hablamos puedan introducirse en el pueblo.

Conocida es tambien la influencia de lo moral sobre lo físico; y no hay de consiguiente motivo para que nos detengamos en demostrar la necesidad de evitar y remover todas las causas que gravemente puedan influir en el ánimo, apocarle ó irritarle hasta el punto de producir en el órden físico vital alteraciones que puedan determinar enfermedades verdaderas.

No hay, sin embargo, entre todos los elementos morbíficos citados uno que tan profundamente afecte, hiera y conmueva á la sociedad, como el vicio, la corrupcion de costumbres; la perversidad de un pueblo incrédulo. Una vez roto el lazo religioso que une

al hombre con Dios; mas claro, desde el momento en que se hace perder á un pueblo la fé religiosa, y se introduce la duda en su corazon, no hay remedio; la corrupcion de costumbres ó la inmoralidad queda decretada, y, con ella, su miseria, su abyeccion, los vicios y las enfermedades que son su consecuencia lejítima, su destruccion y ruina. ¿Qué es un pueblo sin creencias ó sin freno religioso que le contenga?.....

He aquí la razon que me ha movido en un principio y me ha empeñado á demostrar, con gran deseo, aunque sin elementos para ello, que la religion del crucificado es la única y verdadera, la única que encierra la moral sublime que pueda hacer á los hombres probos, dirigirles al bien, al magnífico fin que les promete, librándoles al propio tiempo de multitud de males en esta vida; que es, en una palabra, la higiene santa y sábia que puede causar su regeneracion física y moral.

Profilaxia de las enfermedades epidémicas.

Hechas estas indicaciones generales, entremos á tratar de la profilaxis particular ó con relacion al individuo y á las distintas enfermedades epidémicas que pueden afectarle.

Ya hemos marcado los agentes que contribuyen á desarmonizar el organismo humano; y que entre estos figuran en primer término los cambios meteorológicos y las infecciones del aire atmosférico, muy difíciles de prever y de apreciar. Esto ha constituido siempre y constituiria un grande embarazo para fijar reglas profilácticas directas respecto á las enfermedades epidémicas. No es posible en efecto apurar sin gran trabajo y sin escribir muchos volúmenes, el origen cierto de las enfermedades epidémicas que han afligido al mundo desolando paises enteros. Como este no sea el fin que nos hemos propuesto, debemos cesar en este órden de consideraciones. El abordar las grandes cuestiones que esto traería consigo, produciría tal vez sumo bien en el órden profiláctico, cuando quiera que pudiera obtenerse un resultado seguro. Sin embargo, hasta en este punto ofrece la homeopatía á la humanidad inmensas ventajas sobre la alopatía con todos sus sistemas; pues que siendo siempre el medicamento profiláctico seguro el mismo que en su caso sirve para curar la enfermedad, es evidente que la homeopatía no ha tenido absoluta necesidad de apurar la causa esencial de aquellas para marcarlo con acierto. El médico homeópata que se fija en el origen,

manifestacion y fisonomía especial de los sintomas constitutivos de una epidemia, elige el medicamento cuya patogenesia corresponda ó sea semejante á la de la enfermedad y este será su profiláctico. Ved lo que confirma la observacion y la esperiencia en consonancia completa con los principios anteriormente sentados, ó que es mas bien su consecuencia precisa é indeclinable. Asi vemos que en el cólera morbo cuya causa esencial todos hasta hoy desconocemos, por mas que sobre ella se haya escrito mucho, la homeopatia ya respecto á la higiene, ya tambien á su curacion, ha dado grandes resultados, siguiendo ante esta terrible epidemia, como ante otras, sus principios, es decir, observando con exactitud las diferentes manifestaciones ó síntomas que el cólera ha presentado en los diversos paises que ha recorrido y aun los especiales en cada localidad, y segun los individuos para elejir el medicamento especifico y despues resolver la cuestion posológica con el mayor acierto posible; punto importantísimo y de muy dificil aplicacion, segun la edad, el sexo, temperamento, etc. Este órden de estudios permite que hoy nosotros podamos señalar como medio profiláctico esa misma sustancia ó medicamento, bajo la hipótesis más que probable, por no decir segura, de que cuando la epidemia reina en un punto próximo, ó que está en activa comunicacion con aquel en donde se vive, los elementos morbíficos agentes productores de la enfermedad pueden estár ya obrando sobre los individuos de la localidad que habitamos; y la ciertísima de que el medicamento que contiene la virtualidad bastante para producir en el hombre sano, ya sea dado en forma masiva, ya en estado de fluidez, una perturbacion funcional semejante á la que constituye la enfermedad, contiene tambien la necesaria para impedirla, y en el caso de declarase hacerla desaparecer. Si ahora se nos pregunta el por qué de este resultado, diremos; que él es una consecuencia precisa y necesaria de los principios anteriores; la profilaxis en un caso, y la curacion en otro, pueden y deben obtenerse por la razon eficacísima de que todos los agentes morbíficos son dinámicos y semejantes á los fluidos que entran en la composicion del organismo, ya los que el hombre recibe incesantemente y necesita para vivir en una proporcion y representacion dada, por medio del aire que respira, por los alimentos de que se nutre, por los efluvios que absorve y por las impresiones morales que recibe. Lo precedente basta tambien para esplicar porque la medicina alopática no ha podido en XXIII siglos resolver con acierto la importante cuestion de higiene pública que ha

ofrecido y ofrece la profilaxis de las enfermedades epidémicas. Dicha medicina con una terapéutica en oposicion con las leyes de formacion no solo del hombre sino de todos los séres, y con una raiz patológica diversa de las leyes de perturbacion, se ha visto desarmada ante enemigos de una accion desoladora. Lo precedente es un hecho, y repetimos, que sobre los hechos no cabe discusion. Habla por nosotros la historia del mundo antiguo y moderno.

Resulta, pues, de todo lo precedente, que para nosotros es una ley profiláctica, á la cual debemos someternos, el apreciar con exactitud el cuadro de síntomas que presentan los individuos atacados de una enfermedad epidémica, buscar el medicamento que por su patogenesía más se asemeja á aquél, y éste será su profiláctico. Expongamos un ejemplo. En una poblacion en que la salud pública es buena, por causas desconocidas repentinamente demandan del médico auxilios, cuatro, seis, doce, veinte ó más enfermos, que examinados detenidamente ofrecen á su consideracion los síntomas siguientes: *movimientos convulsivos de las estremidades superiores é inferiores, grande, repentina y general postracion de fuerzas, desfallecimiento, accesos de desvanecimiento, piel flácida y sin elasticidad, somnolencia, gemidos durante el sueño, frio general y sudor frio y viscoso, escalofrios con gran sed, fiebre, pulso lento y concentrado, angustia escesiva y grande inquietud, frio á la frente con ojos hundidos*, en una palabra, todos ó la mayor parte de los síntomas radicales del cólera morbo asiático.

Ante dichos fenómenos morbosos, el médico homeópata que sabe que reina una grande analogía ó correspondencia entre el agente morbífico que los determina y el medicamento que por la esperimentacion produce un cuadro de síntomas semejantes, recorriendo los que le ofrece su materia médica, se fija desde luego en *Veratrum album*. Seguro de que cuanto aprecia en sus enfermos es propio de su patogenesia, lo prescribe y administra en forma fluidica y manifiesta sin reparo, cuando quiera que á favor de este medicamento ha conseguido la remision de los síntomas y el alivio completo de los enfermos, que el *Veratrum* es medicamento profiláctico del cólera morbo asiático. Mas supongamos, que en dicho cuadro de síntomas resaltan las *convulsiones* y los *calambres*, que estos principiaron en los dedos de los pies, y son más intensos en los dedos gordos, que los vómitos alternan con espasmos en el pecho y en el vientre, que los líquidos al ser deglutidos y pasar por el exófago producen un ruido semejante al que se siente cuando el agua sale

precipitadamente de una vasija, etc., entonces comprenderá qué dichos síntomas reclaman de preferencia el uso de *Cuprum* y que este es el medicamento curativo y profiláctico del cólera. Ved cómo nuestra ley terapéutica marca ó señala al médico estudioso en su clínica un camino seguro que á la vez es profiláctico. Precisemos más esta verdad: los enfermos á que nos hemos referido, presentan en lugar de los síntomas mencionados, los siguientes: convulsiones generales ó parciales, calambres, abatimiento general, accesos de desvanecimiento, somnolencia comatosa, piel azulada y fria; pulso lento y pequeño, mirada uraña con movimientos convulsivos en los ojos, *calor abrasador á la garganta, conducto exofágico y en el estómago; ganas de vomitar y vómitos de bilis pura, enseguida de vómito, sudor frio en la cara, aumentándose la sensacion de calor abrasador en el estómago que se irradia hasta el bajo vientre; dolor quemante durante la emision de la orina, respiracion angustiosa, profunda y lenta, calambres en las pantorrillas.* La variacion del cuadro sintomatológico le impone el deber de oponerle otro medicamento que *Cuprum* ó *Veratrum*; la enfermedad podrá seguir llamandose *cólera morbo asiático* como la que presentaban los enfermos que curó ó mejoró con aquellos; pero la ley terapéutica que le sirve de guia clínico lo conduce á fijarse en *camphora* como agente medicinal que la esperimentacion ha probado, desenvuelve síntomas semejantes á los últimamente descritos y fundado en dicha ley principio, opone á estos, *camphora* y el enfermo ó los enfermos que los presentan recobran la salud. Ahora nos preguntamos, ¿es *camphora* medicamento profiláctico del cólera morbo asiático? No; *camphora* solo es medicamento que por su patognesia abraza un cuadro de síntomas que en casos escepcionales y en un periodo dado del cólera han presentado algunos enfermos. Los más constantes y aun característicos de aquella enfermedad epidémica solo los vemos en *Cuprum* y *Veratrum album.* He aquí nuestro criterio profiláctico no solo para las epidemias del *cólera morbo asiático*, sino en todas las enfermedades epidémicas que puedan presentarse. Su bondad la confirman la observacion y la esperiencia, hasta hoy, y el gran número de nuestros semejantes que por nuestros principios se han preservado de epidemias desoladoras en uno y otro hemisferio. ¿Y podríamos señalar á *priori* la causa ú origen de una enfermedad epidémica tan terrible como el cólera morbo asiático? Que no es fácil ya lo hemos dicho, y tambien que homeopáticamente considerado, no es necesario: mas con el auxilio de los principios antes sentados

y habiéndonos propuesto marcar en este libro la íntima relacion que con esos mismos principios tienen todas las cosas que en la naturaleza se observan y que vienen á formar un todo armónico y comprensible hasta donde la razon humana, ó la nuestra, por mejor decir, pueda alcanzar, vamos á intentarlo sin que por eso se entienda que despreciamos las opiniones respetables que no estan conformes en todo ó en parte con nuestro modo de pensar.

Posible es que haya quien diga, que nos encerramos en un círculo vicioso, y que esto es precisamente lo que constituye nuestro sistema; pero, prescindamos de las razones demostrativas dadas de antemano; añadiremos ahora, tan alto como sea posible, que la esperiencia acredita del modo más positivo y terminante el punto primero, el dificil de comprender ó si se quiere incomprensible del círculo que recorremos. Este es, en efecto, que una sustancia en dosis infinitesimal y en estado fluídico ó incohercible puede determinar y determina multitud de efectos sorprendentes en el organismo humano. No hay hombre de mediana capacidad y por poco observador que sea, que teniendo algun conocimiento de la medicina homeopática, no sepa y esté penetrado, inclusos los médicos alópatas, de que hay alguna de esas sustancias ó medicamentos, por ejemplo el *Aconito* y *Arnica*, que en dosis infinitesimales producen los grandes efectos indicados. La cuestion, pues, para todo hombre de mediano criterio está resuelta; porque si la virtualidad de esos medicamentos no consistiese puntualmente en su reduccion á un estado fluídico é incohercible, nunca podrian dar motivo á los fenómenos morbosos ó accion terapéutica que con seguridad se les atribuyen, porque una misma causa siempre produce los mismos efectos, porque no hay razon alguna para persuadirse de que todas las sustancias reducidas al mismo estado no contengan la virtualidad de determinar otros fenómenos distintos. Pero repetimos, que esto nunca podria verificarse y obtenerse la curacion de una enfermedad ó el restablecimiento de la armonia por estos medios, sino se parte del supuesto de que el agente productor de la enfermedad, es tambien un agente en el mismo estado de fluidez é incohercibilidad, bastante, sin embargo, para desarmonizar y perturbar completamente el organismo; lo que se concibe bien, repetimos, con solo tener presente que la materia orgánica viviente es el resultado de las combinaciones elementales, el conjunto de todos los elementos y la multitud de sus derivados que se hallan esparcidos en la naturaleza circundante en el mayor grado de fluidez é incohercibilidad. Ahora

bien; el *Cuprum*, el *Veratrum album* y *Camphora* son los medicamentos que la esperiencia ha indicado como los mas apropósito para curar la terrible enfermedad del cólera morbo asiático, siendo de consiguiente los dos primeros sus preservativos mas seguros. ¿Y qué son estas sustancias ó de que se componen? La primera corresponde al reino mineral y al vegetal las otras dos; mas entre la primera y la segunda se observa una grande homogeneidad respecto al efecto que producen como sustancias masivas, y aunque la tercera tiene una índole al parecer distinta y sirve de antídoto de algunos venenos vegetales, todas tres son venenos verdaderos, produciendo las dos primeras administradas al hombre en cabal salud, síntomas parecidos ó semejantes á los que presenta el cólera morbo asiático. ¿Habrá alguna repugnancia en creer, partiendo de todos estos supuestos, que el cólera es una verdadera intoxicacion causada por ráfagas de aire atmosférico alterado impregnado de vapores ó miasmas emanados de sustancias (¿similares?) cobrizas ó del *elevaro blanco* que convirtiéndose en un agente morbífico hace sentir sus efectos mas ó menos tarde despues de haberle aspirado, segun la cantidad, la ocasion y la predisposicion particular del individuo á quien afecta? ¿No esplica esto perfectamente bien la forma en que se ha presentado en los diferentes paises que ha recorrido, el que unos sean atacados y otros no, y la diferente intensidad de sus ataques? Para nosotros es indudable, y aun tambien percibimos, que la misma causa pueda hacer que uno, dos ó tres coléricos trasmitan esta epidemia ó la difundan en un pueblo entero, sin ser en rigor, ó en la genuina acepcion de esta palabra, contagiosa esta enfermedad. Nos permitimos, pues, hacer un llamamiento á los hombres sábios de todos los paises para la aceptacion ó negacion de la precedente hipotesis. (1)

Despues de las manifestaciones que acabo de hacer con referencia al *cólera morbo* y su profilaxia, facilmente se comprende lo que con respecto á todas las demas enfermedades epidémicas conocidas, y que pudieran en lo sucesivo presentarse, corresponde hacer al médico homeópata, y los medicamentos que podrán servir de preservativos en cada una de ellas.

Con este motivo haré una indicacion, que no creo está fuera de propósito. No es necesario para el médico homeópata determinar, ó por mejor decir, dar un nombre especial á las enfermedades, ni empeñarse en apurar la causa esencial de las mismas, por mas que si esta pudiera siempre apurarse, ó cual era el agente morbífico que (1)

(1) No me gusta esta idea del autor: segun ella, no se para que la curacion del cólera obedeceria, no al similia, sino al identica, es decir q. la homeopª. sería, aquí, isopatia.

las determina, seria muy conveniente; y que lo primero se ha hecho sin duda para señalar el órgano ú órganos principalmente afectados; pero, si bien todo lo contempla innecesario ó inútil por la sencillísima razon de que le basta para curar, administrar, como he dicho, un medicamento que contenga la virtualidad suficiente para desenvolver un cuadro de síntomas semejante al que la enfermedad determina, es, no obstante, indispensable, y muy difícil por cierto, á no estar adornado de un gran criterio, que distinga bien y con exactitud, entre los síntomas mismos, los que deben contemplarse *radicales* ó *principalmente esenciales*, no solo para la eleccion del medicamento, sino tambien para graduar la dosis y repeticion del mismo, ó todo lo que corresponde á la importantísima y difícil cuestion posológica, lo que considerado bajo cierto punto de vista es equivalente.

Debo ya solo señalar los medicamentos que la observacion y la esperiencia han confirmado gozaron una virtud profiláctica y curativa en algunas enfermedades epidémicas.

Sarampion.

Esta enfermedad de naturaleza miasmática y que en general no ataca mas que una vez en la vida, aparece epidémicamente, sobre todo en la primavera y el otoño. Aunque no hay edad en la vida que preserve de ella, se la considera, con razon, propia de la infancia; en general, es una enfermedad bastante benigna, pero se han observado epidemias de la misma tan malignas, que sucumbian á ella todos los niños que eran atacados. Los antiguos lo denominaban *morbilii* (*pequeña peste*).

Consecuentes con nuestro principio podemos decir que desde el descubrimiento de la homeopatía el *sarampion* es una enfermedad que ha perdido la intensidad morbífica que tenia ante la medicina alopática. Hay un medicamento que domina su sintomatologia y que es su profiláctico. El *Acónito* efectivamente ofrece en su patognesia, los síntomas mas característicos de dicha epidemia y á él es al que se le ha concedido una virtud profiláctica. Cuando se presenta dicha epidemia en el punto de nuestra residencia ó en alguno próximo, se somete á los niños á la accion de dicho agente un glob. de la 18 dilucion cada cinco dias, y con él se evita que ataque con intensidad, y por consecuencia, que produzca los malos efectos que traia en pos de sí.

Escarlatina.

Desde Hahnemann hasta hoy se ha venido observando que en todas las epidemias que de esta fiebre se han presentado, no solo en Europa sino tambien en América, *Belladona* ha sido el medicamento que de preferencia ha correspondido á los dos objetos á que siempre debemos aspirar. La forma mas conveniente para usarla como profiláctica, es disolver seis globúlos de la 12 dilucion en ocho cucharadas de agua para tomar en cada dia una cucharada por la mañana en ayunas y otra por la noche antes de la cena. Tomadas las ocho cucharadas en cuatro dias, se descansa otros cuatro, y entonces se disuelven otros cuatro glóbulos de la 18 dilucion en otras ocho cucharadas de agua y se toman en otros cuatro dias. Se descansan ocho, y si aun no hubiese cesado la epidemia, pueden disolverse otros tres glóbulos de la misma didilucion en seis cucharadas de agua para tomar una cucharada por dia en la mañana de cada uno, hasta tomar las seis cucharadas. Se descansan otros quince dias, y si la epidemia persistiese, ya en todo el tiempo que esta dure, solo se observará un buen régimen alimenticio y una vida metódica sin temor á su invasion.

De la purpurea ó miliar purpurea.

Es una fiebre eruptiva epidémica que se asemeja mucho á la escarlatina, pero que son enfermedades diferentes. Sin pretender escribir un diagnóstico diferencial entre ambas, como cada una ofrece un cuadro de síntomas distinto y tambien reclama diferente medicamento profiláctico, importa decir, que la *miliar purpurea* ofrece unas manchas que se desarrollan irregularmente, ya en un punto ya en otro de la piel, y á veces simultáneamente sobre partes muy lejanas unas de otras.

Las manchas de la *purpurea* en vez de ser lisas y perder momentáneamente el color por la presion, permanecen rojas bajo el dedo que las comprime y casi siempre se percibe en ellas algo de humedad. Esto procede de que el sudor se exala por las mismas.

Esta enfermedad puede atacar varias veces al mismo sugeto. La angina que precede á su desaparicion se reproduce cuando el exantema cesa bruscamente.

El *acónito* es su medicamento profiláctico y específico. Se usará como en la profilaxis del *sarampion*.

De la miliar.

La *miliar* ó sudor miliar, está carecterízada por una erupcion blanca de forma vexículosa y aljoferada de el volúmen de un grano de mijo, cuyas vexículas se presentan en gran número y de una manera epidémica, la erupcion viene precedida de fiebre, inflamacion gastro intestinal y una agitacion estrema con delirio y espasmos alguna vez; siempre en la miliar se declara un sudor fétido y abundante con grande irritacion á la piel.

Los prodromos de esta enfermedad son muy semejantes á los de la fiebre tifoidea; su marcha es variable y no se puede asignar de una manera precisa la época de la erupcion. No obstante, se viene observando que lo mas regular es que esta se presente del tercero al cuarto dia.

Como el *Arsenicum* administrado desde el principio á la trigésima dilucion sea el remedio principal de esta epidemia, importa mucho usarlo como profiláctico en los puntos que se hallen próximos al infectado y lo mismo los que vivan en la poblacion en que reine. Creemos prestar un gran servicio recomendándolo como profiláctico á la 30 dilucion un glóbulo cada veinticuatro horas.

Debo decir cuatro palabras sobre la profilaxia de esa enfermedad conocida por el nombre de *tifus contagioso* ó *nosocomial*. Desde el instante en que una epidemia de *tifus* se presenta en el punto en que vivimos ó en otra poblacion próxima y que tenga un trato habitual con la nuestra, es de grandísima importancia que nos sometamos á la accion de *metallum album*; este precepto higiénico es doblemente preciso á los individuos de las familias en que ya hubiese algun miembro de ellas afectado por el *tifus*. La preparacion más conveniente como profiláctica será, en tésis general, un glóbulo de la 15 dilucion disuelto en dos cucharadas de agua, para tomar una cucharada por la mañana y otra por la noche. Habiendo hecho uso de esta preparacion cinco dias seguidos se suspende su uso hasta que hayan trascurrido cuarenta; si para entonces no hubiese cesado la epidemia, cosa muy dificil si la profilaxis que recomendamos hubiese sido aceptada por todos, se repetirá el mismo medicamento un glób. de la 30 dilucion disuelto en tres cucharadas de agua para tomar una cada dia durante tres. Esta es la profilaxis que recomendamos ante el tifus despues de habernos entregado á grandes reflexiones sobre la pa-

togenesia de *metallum album* y el cuadro de síntomas que ofrecen el mayor número de los atacados por el *tifus contagioso* ó *nosocomial*. Deseamos, no obstante esto, que nuestros comprofesores tengan siempre muy presente, que así como las epidemias ofrecen en sus diversas manifestaciones *síntomas diferentes* y *radicales*, los agentes profilácticos de las mismas siempre serán los que mejor cubran aquellos *per similia*.

De la coqueluche.

La coqueluche enfermedad incontestablemente epidémica y contagiosa, y caracterizada por una tos convulsiva que se manifiesta por accesiones é intérvalos indeterminados, sería por sí sola bastante para probar la impotencia de la terapéutica alopática. Si á esto unimos el que nada se ha escrito sobre su profilaxia por los comprofesores alópatas, convendremos en que los médicos homeópatas teníamos que resolver segun nuestro criterio, en esta como en todas las enfermedades epidémicas, la *profilaxia* y la *terapéutica*. Sobre ambos puntos se han ocupado ya prácticos distinguidos, pues que habiéndose señalado un medicamento que domina lo característico de esta enfermedad epidémica; es lógico y natural segun nuestros principios, que aquel sea el agente profilactico. Así lo han confirmado nuestras observaciones. En este otoño ha reinado dicha epidemia en esta capital, y habiendo apreciado que su sintomatologia correspondia á la patogenesia de *coralia rubra* tan recomendada por Teste contra la tos convulsiva, nos decidimos á emplear este medicamento no solo como medio de curacion sino como profiláctico, tan luego como pudimos apreciar los escelentes resultados que como agente terapéutico nos dió. El más brillante éxito obtuvimos en cuantos casos pudimos emplearlo bajo este punto de vista. Podemos, pues, señalar que la *coralia rubra* es el medimento profiláctico de la coqueluche. Se debe usar con este fin á la 30 dilucion seis glóbulos en ocho cucharadas de agua y se dá á los niños cuatro dias, una cucharada por la mañana y otra por la noche. Todos los que tomaron este precioso medicamento se preservaron de dicha epidemia, con la circunstancia de que su accion profiláctica fué eficaz hasta en algunos niños hermanos de otros que ya la padecian.

Del Croup.

Paso á ocuparme de este terrible azote de la infancia: perturbada la ley de atraccion por la accion de un agente dinámico específico se sienten fenómenos de perturbacion funcional general que á poco tiempo van seguidos de otros que indican ostensiblemente la alteracion en el órden de composicion y descomposicion molecular con relacion á un aparato orgánico que, por su naturaleza *simil* con el *agente dinámico*, más directamente sufre la accion perturbadora de éste. La estructura orgánica de aquel, la funcion más ó ménos importante á la vida que desempeña, etc., etc., agravan la situacion del enfermo y exigen del médico sea pronto en sus decisiones, y que por estas ponga en uso medicamentos de una accion tan segura como rápida, para disipar la perturbadora ó morbífica del agente fluídico causa de la enfermedad. Representado el *croup* por pseudo-membranas más ó ménos densas, más ó ménos gruesas, más ó ménos adherentes á la mucosa *laringea*, es decir, en la parte mas estrecha del conducto áreo, la *disnea*, la *afonia*, una *tos convulsiva* y la *muerte del niño* más ó ménos prontamente será su consecuencia, si el médico no destruye pronto la enfermedad. No es mi objeto describir el *croup*, tampoco decir nada de la medicina antigua ante él; pero sentado en mi primera parte que esta cruel enfermedad habia perdido gran parte de su gravedad para los médicos homeópatas, creo por nuestros principios profilácticos podremos disminuir en grado sumo el número de las invasiones.

Teste.—Despues de un detenido exámen del cuadro del síntomas que presentan los niños atacados de *croup*, señala dos medimentos *Ipecacuana* y *Bryonia alba* que dominan su sintomatologia.

Fundados nosotros en la patogenesia de estos agentes fluídicos y en su accion modificadora del *croup* declarado, los recomendamos como agentes profilácticos de tan terrible epidemia, administrados á los niños que habiten un punto infestado. La forma que nos parece mas propia para su empleo es, un glóbulo de *Ipecac* 3.ª dilucion, dado á el niño por la mañana en ayunas, y otro glóbulo de *Bryonia alba* 3.ª dilucion por la noche al acostarse. Uno y otro medicamento se pueden administrar en seco, ó cada uno disuelto en una cucharada de agua. Debe repetirse cada tercer dia al principio de la epidemia, despues cada cinco, cada siete, etc., hasta que haya desaparecido. En el caso de declarse en algun niño que

esté bajo la accion profiláctica de estos medicamentos se varía la dilucion á la 6.ª y se dá una cucharada ó un glóbulo cada cuatro ó seis horas. En este punto lo mejor es que el profesor que asista lo gradúe segun las circunstancias propias de cada caso; aunque nosotros abrigamos la conviccion de que serán muy benignos.

De las Viruelas.

Al pensar en las viruelas, al tener que ocuparme en señalar la profilaxis de esta horrible enfermedad, mi espíritu se eleva hasta la Divina Omnipotencia, que, si consiente en una forma que la especie humana se vea afligida y angustiada con epidemias que le recuerden y prueben su mísera naturaleza, y sugetada permite tambien su bondad inmensa, que el hombre, cuando con corazon humilde acude á ella y con vehemente deseo de hacer el bien de sus semejantes, adquiera conocimientos y penetre lo que siempre será negado al orgullo y á la soberbia.

Los que miran y consideran las viruelas solo bajo el prisma de las impresiones de los sentidos, del microscopio y aun del reactivo en las diferentes alteraciones anatómico-patológicas que pueden ofrecer, jamás podrán elevarse á su verdadera profilaxia. Un médico célebre, un sábio, Jenner presintiendo la ley terapéutica *similia similibus curantur*, que habia de inmortalizar al reformador de la medicina Samuel Hahnemann, señaló como el medio profiláctico único verdadero de la viruela, la inoculacion de un agente fluídico productor de una enfermedad semejante á la viruela misma. La observacion y esperiencia no tardaron en comprobar la teoría de Jenner, y la inoculacion de la *vacuna* en forma fluidica ha venido y viene confirmando no solo nuestra ley terapéutica *similia similibus curantur* sino tambien las reglas profilácticas que hemos sentado como natural consecuencia de aquel, y la positiva accion de los agentes fluídicos sobre los séres vivientes bajo los supuestos fisiológico y patológico.

Imposible parece que en los años trascurridos desde Jenner hasta nuestros dias, con los millones de hechos que han confirmado la virtud profiláctica de la *vacuna* y la forma en que se ha obtenido, haya médicos que se resístan á reconocer la ineficacia de la terapéutica de la medicina antigna. Mas puede suceder en un momento lo que no ha sucedido en años ciento, asi es que los alópatas mismos al servirse de la *vacuna*, sin saberlo, acaso consagran

como una verdad el principio terapéutico homeopático con observaciones y hechos de tal magnitud que, repito, apenas parece posible, que desde la época de su descubrimiento y ese inmenso numero de hechos confirmatorios de la opinion que Jenner formuló, al sentar Hahnemann el principio antes indicado no se hubiese mirado por los profesores de la ciencia de curar con más respeto, y que no haya tenido un séquito mayor.

Aflictiva era la situacion de nuestros antepasados cuando la epimia de que hablamos se declaraba en alguna de las naciones de Europa. Importada de Oriente asi como la mayor parte de las que periódicamente se han dejado sentir, hizo sus primeras manifestaciones en España por el año 714. Rhazes, médico árabe, la describe en un tratado sobre la peste, hácia el siglo IX. Poco despues de esta época devastaba la Francia y en 1280 era ya generalmente conocida en Inglaterra, de donde pasó á Dinamarca, invadiendo algo más tarde los demás paises del Norte. Las víctimas que en todas partes produjo fueron innumerables, dejando además en los que tenían la fortuna de no sucumbir á impulsos de una enfermedad tan cruel, señales evidentes y lastimosas de su invasion y deformidades que aflijían con especialidad al bello sexo. Esto hizo que desde los primeros momentos de su presentacion todos los hombres estudiosos y humanitarios hiciesen los mayores esfuerzos posibles para atajar un mal, que ademas de diezmar visiblemente la especie humana, producía tantos quebrantos y sufrimientos trascendentales; mas, á pesar de sus vehementes deseos, de sus estudios profundos, de una observacion constante, con dolor es preciso decir, que despues del transcurso de once siglos nada se habia conseguido, sino el manifestar la impotencia de los medios empleados ante enemigo tan poderoso como terrible. La inoculacion de la viruela, se creyó por cierto tiempo, que podría ser un gran medio profiláctico de esta enfermedad; mas la esperiencia vino á acreditar por desgracia, que era inútil ó ineficaz, porque las víctimas eran, poco más ó menos, las mismas y solo se lograba en realidad por este medio propagar y perpetuar la epidemia. Abandonado de consiguiente este recurso, las cosas quedaron en el mismo ser y estado que antes se hallaban, la epidemia invadía periodicamente los pueblos, y las víctimas, las deformidades y el conflicto eran los mismos que en su principio se sintieron. La inoculacion, sin embargo, se asemejaba algun tanto al descubrimiento posterior de la *vacuna*; pero si bien ésta ha producido grandes ventajas ó grandes

bienes en el sentido de impedir los perniciosos y mas directos efectos de la enfermedad y la deformidad que era su consecuencia indispensable, todavia en mi humilde concepto pueda alcanzarse mucho más por medio de la profilaxis homeopática. Por de pronto se advierte la gran diferencia que existe entre el principio que introdujo la inoculacion de la viruela y el que preside al uso de la *vacuna*; pues que á no dudar el primero no podia ser otro que el de *æquala æqualis*, asi como el segundo se cifra evidentemente en el de *similia similibus*. En efecto, todos los que tengan conocimiento de lo que es la *vacuna*, y del modo con que se lleva á efecto, todos los que han podido apreciar los buenos resultados que ha producido y produce en el concepto antes indicado, no pueden menos de percibir y sentir la verdad que encierra el principio terapéutico homeopático. Digamos, sino, ¿cómo ó por qué desde el instante en que la *vacuna* se generalizó, la viruela, antes tan temible, ha dejado de ser lo que fué especialmente en todos los pueblos que hacen uso de ella, al paso que en los pueblos ó puntos en que no se ha introducido su uso sigue invadiendo con la misma fuerza y causando sus terribles estragos? ¿cómo ó por qué se convierte en el transcurso de toda la vida con igual fuerza y poder en el individuo envacunado una partícula mínima é insignificante introducida en las capas más profundas de la piel ó sí se quiere hasta en la área vasculosa, de una especie de vírus muy semejante al que produce la viruela natural? Otra vez diremos, que á vista del misterio que esto encierra y de la verdad que revela al mismo tiempo, la cuestion del grande efecto que producen las sustancias medicinales en estado fluídico y en partículas infinitesimales, está resuelta ya para todos los hombres de sano criterio, que es la razon de haber dicho que el principio sentado por Hahenemann ha debido ser respetado teniendo como tiene grandes, fuertes y visibles fundamentos en que apoyarse.

La vacuna, no obstante, de seguro tiene sus peligros, ó como sí dijeramos su reverso; ha producido bienes conocidos ó sensibles pero tambien es más que posible que haya traido y traiga en pos de sí males de consideracion. Por de contado yo aconsejaría que no se hiciese uso de ella, tomándola como generalmente se acostumbra de otro individuo envacunado, por la grave esposicion de que con ella se inoculen alguno de los vicios hereditarios ó constitutivos que pueden existir en ese mismo individuo é indudablemente mezclarse y trasmitirse con el virus de la viruela envacunada. La espe-

riencia de todos los dias acredita esta verdad, hasta el punto de haberse puesto en cuestion por muy entendidos profesores, si la vacuna era un bien ó un mal, y la conveniencia ó inconveniencia de su propagacion. Mas esta esperiencia y estas observaciones confirman más la idea que acabamos de consignar relativa al gran poder, á la influencia inmensa de los agentes fluídicos; pues que, de otra manera, no se esplica que en el pequeño recinto de la vexícula que forma la viruela, en la pequeñísima porcion de virus que toma la punta de una lanceta estén ó vayan envueltos tantos y tan diferentes elementos de perturbacion, el gérmen de muchos vicios trascedentales, de enfermedades múltiples en sus manifestaciones, síntomas y resultados. Y ¿cómo dudar, á vista de esto, de la relacion íntima elemental que existe entre todas las partes que constituyen ó forman el cuerpo humano, de la dependencia de unas y otras, de la verdad de los principios fisiológico y patológico sentados, y de la grande y profunda significacion que tienen en todo el organismo el fluido nerveo y el área vasculosa, razon á lo que parece de tales misterios ó prodigios? Aun cuando no pueda penetrarse cómo se verifica lo que antes hemos indicado, el hecho existe, en términos que si se toma la vacuna de un niño que esté afectado de un vicio *sporico*, *sicosico*, *sifilítico*, etc., estos vicios se trasmiten al envacunado, presentando más pronto ó más tarde y á veces al propio tiempo, síntomas ó señales inequívocas de su inoculacion: y desde luego se percibe la verdad de los principios sentados. Habrá, pues, aceptándoles de lleno, un medio mejor y ménos espuesto de preservar á la especie humana de tan temible epidemia? Si los principios homeopáticos, los mismos que presiden al uso de la vacuna, son una verdad, no hay porque dudar un instante, que esta puede ser suplida sin riesgo ni esposicion de ninguna clase por la administracion de una sustancia medicinal en estado de fluidez que contenga el elemento ó virtualidad de producir síntomas semejantes á los de la viruela natural, que será el mismo que pueda en su caso curarla, no concurriendo alguna circunstancia que determine otros síntomas por la que deba curarse. Este como profiláctico conforme á la esperiencia y observaciones hechas por los médicos homeópatas es la *vacinina*, es decir, el virus que encierra la pústula de la vaca, reducido á cierto grado de fluidez ó incohercibilidad mayor ó menor segun las condiciones individuales, ó la vacuna misma efectuada de otro modo: que debe surtir los mismos efectos, para mí, es indudable; porque prescindiendo de lo que la esperien-

cia y la observacion determinan en este punto, se percibe bien que si la parte elemental ó fluídica de ese virus ingerido, digámoslo asi, en un brazo y en la piel, puede recorrer y recorre las cuatro áreas del organismo produciendo síntomas marcados que así lo indican, no hay una razon para que puesto en contacto ese mismo elemento con las visceras principales y sistema de vasos absorventes de la área vegetativa no produzca los mismos efectos hasta la declaracion de las pústulas como puede observarse y esperimentarse á cualquiera hora. No es un efecto de arrogancia, siempre vituperable, mucho más cuando no está motivada ó se halla exausta de fundamento, por no haber en lo que acabo de decir nada que en mi concepto deba considerarse original y profundo; pero diré sin embargo, que asombra seguramente el que, despues de haber proclamado sus principios Hahnemann, no se haya fijado la atencion por los que debian fijarla en un punto de tanta importancia, que se hayan hecho las observaciones precisas para determinar la bondad de un medio que tantos bienes puede producir á la humanidad, aquejada con las consecuencias fatales de una enfermedad tan perniciosa, y aun del único medio, afortunadamente descubierto no obstante para preservar de ella.

DISCURSO CUARTO.

Profilaxia de las enfermedades crónicas hereditarias.

Despues de la rápida reseña que acabo de hacer respecto á la profilaxis de las enfermedades epidémicas, punto en el que no es posible detenerse más, á no escribir sobre cada una de ellas un tratado especial, que en cierto modo contemplo inútil, voy á ocuparme, con mayor detencion, de lo que se refiere á las *crónicas hereditarias*; asunto, como antes he indicado, de grandísimo interés en el estado en que hoy se halla la sociedad europea singularmente y que absorve por lo mismo toda mi atencion y la de los demás que se dedican con anhelo al alivio de los males que afligen á la humanidad.

Dicho está lo que significan ó lo que son en el terreno científico; pero importa sobre manera inquirir la causa que pueda producirlas, la forma de sus manifestaciones, y la variedad de estas mismas conforme á su origen, y las concausas que puedan contribuir á su desarrollo, y lo que corresponde directamente á la profilaxis de aquellas.

El hombre en su estado fisiológico se halla dotado por la divina Omnipotencia de cuanto puede preservarle de los ataques de agentes esteriores, en términos, de que sin la concurrencia del pe-

cado, ni ese estado se alteraría, ni estaría sugeto á la muerte. Pecó; y esos preservativos perdieron sin duda una gran gran parte de la virtualidad de que estaban dotados, y las enfermedades y la muerte son su indeclinable consecuencia. Pero, aun cuando ~~hubiesen~~ han perdido parte de su virtualidad, y aunque la enfermedad y la muerte sean inevitables, los preservativos existen, y, á favor de ellos, el hombre crece y llega á su completo desarrollo, adquiriendo toda la fuerza que se marca en su estado de virilidad; es decir, que aunque está sugeto á la ley indicada, no hay razon para que sin la concurrencia de un agente destructor esterno ó de algun interno, efecto ó consecuencia del vicio, dejara de vivir ó decayera de su estado fisiológico antes de la época que con arreglo al órden de probabilidades le está marcada, así como á todos ó la mayor parte de los séres. ¿Y cuál es en este concepto la vida natural probable del hombre? ¿Existe realmente alguna diferencia entre los hombres primitivos, los que á estos sucedieron en tiempos remotos, y las generaciones actuales respecto á las probabilidades indicadas? ¿Se nota en efecto, para esplicarme con mas claridad, que el género humano haya sufrido una verdadera decadencia? A juzgar por lo que la historia del mundo revela, deberiamos creer que en efecto era así, porque la ~~estructura~~ complexion, condiciones y costumbres de los hombres de otros tiempos indican de seguro un vigor y una fuerza que hoy solo se encuentran raramente. Lo cierto es que los hombres de las sociedades que podemos considerar primitivas, se nos presentan como mas fuertes y vigorosos, mas robustos y duros para todo género de trabajos, y menos espuestos á resentirse con las impresiones de la naturaleza circundante, con una vida por lo comun mas larga, mas dulce, ó menos incómoda. La causa, sin embargo, de esa diferencia si realmente la hay, no está precisamente en los distintos hábitos y educacion, como continuamente se dice, hasta el estremo de suponer, que, dedicados al mismo género de vida, con iguales costumbres y con la misma educacion, los hombres hoy serían tan fuertes como aquellos de que hablamos. Esto á primera vista parece innegable; mas precisamente en su imposibilidad está cifrada para mi la idea de que existe una verdadera decadencia en el género humano, y que la razon de ésta se encuentra puntualmente en el vicio, que ha corrompido y corrompe su naturaleza, que precipita tal vez su desarrollo, y tambien por consecuencia su vida, engendrando una multitud de enfermedades y alterando de tal manera su organizacion, que apenas se concibe,

por desgracia, cómo puede vivir un instante sin sentir algun dolor, ó al menos alguna incomodidad que haga dificil y penosa su existencia.

Se concibe perfectamente la manera natural de formarse las grandes sociedades, ó lo que conocemos con el nombre de nacionalidades. Una familia mas ó menos estensa, una tribu mayor ó menor, que reconoce un mismo origen y un solo gefe; la reunion de varias familias ó tribus que nacen y viven ó proceden de un territorio más ó menos vasto, todas ellas por cierto tiempo conservan las costumbres llamadas patriarcales, ó los hábitos y la educacion que es necesaria y consiguiente á la comun sencillez de su vida, á la fuerza de los lazos naturales que les unen, al amor ó á los afectos que median entre unos y otros. Pero ensánchase, digámoslo así, el círculo y las relaciones de unas familias con otras, se relajan los lazos y los afectos, se rompe de cierto modo la unidad que existia, se alteran las costumbres, crecen las necesidades, se estiende el lujo, viene la molicie, nacen los vicios, la educacion se pervierte, y la miseria, el mal estar, los delitos y las enfermedades pululan por todas partes. No he querido al decir esto retratar los efectos de la civilizacion, tratando de hacer comprender que esta es dañosa. Lejos de mí idea semejante, por mas que los modernos apóstoles de una civilizacion falsa achaquen á los hombres de creencias el ser enemigos de la civilizacion. La verdadera, la buena, la que ha traido al mundo la moral cristiana no produce ni puede producir semejantes males, sino bienes sin cuento, y principalmente la estirpacion de esas enfermedades vergonzosas que desde muy antiguo vienen aquejando al género humano, y que segun todas las probabilidades deben su origen á los escesos de la crápula, á vicios prematuros, hijos de una educacion más viciada. Ahí están, y no en otra parte, las verdaderas causas de esas enfermedades crónicas y hereditarias que amagan concluir con el linage humano á no ser que los hombres entrando en razon procuren por todos los medios que están á su alcance mejorar las costumbres y la mala educacion que ha reportado una civilizacion mal entendida, cuidando tambien y mucho de aplicar con tiempo el remedio que, segun mi mas íntima conviccion, pueda proporcionarles la médicina hahnemanianna.

La ~~sprra~~ psora, la *sicosis*, la *sifilis* y la TUBERCULOSIS (consecuencia inmediata de aquellas), cuya existencia y propagacion se ven y palpan de continuo, aflijen por desgracia de tal modo á la humanidad en nuestros tiempos, que al meditar en sus consecuencias inevitables

si no se atajan, el corazon del hombre menos sensible se llena de amargura: baste decir que hay muy pocas familias que tengan la dicha de verse libres de alguno de esos enemigos corporales, tanto más terribles, cuanto que siempre se indican produciendo leves incomodidades, para hacer despues manifestaciones que, con la concurrencia de *otras causas*, ó sin ellas, traen padecimientos crueles que por término comun tienen la muerte. La *sápora*, que no es otra cosa que la *sarna* en su inmensa variedad morfológica desde la vexícula de ésta hasta la lepra ó la elefantiasis, es, á lo que parece, la primera que apareció en el mundo, remontándose á una grande antigüedad, sin que pueda dudarse de su carácter contagioso y hereditario; y, si bien en tiempos muy remotos se presentó con su carácter particular aunque terrible, en términos de distinguirse por sus manifestaciones propias, sin que pudiera confundirse con ningun otro mal, segun que así se deduce de los escritos de Moises, Platon, Ciceron, etc., es lo cierto que despues sus manifestaciones han sido tan varias que ha habido necesidad de inventar muchos nombres para determinarlas, por ser la diferencia que entre unas y otras se observa bastante sensible aunque accidental. Así es que en un principio sólo pudo tener el carácter de contagiosa; pero despues es indudable que tomó el de hereditaria; debiendo sus diversas formas á la multitud de combinaciones, que por medio de la multiplicacion ó procreacion se han causado. Aunque pueda atribuirse al acarus scabiei el origen de la *sápora*, en los primeros que padecieran este mal, y sentarse por consecuencia que aquél viene á ser un verdadero envenenamiento que produce alteracion y cambio de testura en la piel, como quiera que sea, hay dos hechos igualmente ciertos que determinan bien su carácter; el primero, que hubo desde luego que adoptar graves medidas para impedir la comunicacion con los afectados de este mal, por ser evidentemente contagioso; y el segundo, que con facilidad repercute y ataca los grandes centros de la vida comprometiendo ésta visiblemente, ó queda, por el contrario, larvado, viniendo de este modo á hacerse hereditario, por la circunstancia, antes de ahora indicada, de constituir el área generadora la síntesis verdadera de las otras tres, ó ser, si se quiere, una derivacion precisa de las mismas. Hé aquí cómo la inmoralidad y el vicio de la sensualidad ha podido y puede influir en su desarrollo, viniendo á producir esa multitud de erupciones cutáneas, comprendidas bajo la denominacion de *sápora* que afligen al hombre en las diferentes épocas de su vida.

La segunda de que tenemos noticia es la *sicòsis*, que no es otra cosa que una especie de escrescencia en la piel y con especialidad en los órganos sexuales, debidas tambien indudablemente al vicio de la sensualidad en los diferentes modos de satisfacerle, cambio ó cruzamiento de razas y toda clase de escesos crapulosos. No es estraño por lo mismo que se manifestase y propagase hasta el estremo en la antigua Roma, reina del mundo pagano, que erigia templos magníficos á los dioses que eran una viva representacion de los goces y placeres sexuales. La *sicosis*, en efecto, llamada *fica* en aquella época, debió propagarse de tal modo, que fué objeto particular de las sátiras de Marcial, que la dedica un epígrama en que dice:

Con higos está la madre,
con higos está la abuela;
higos tiene la casada,
higos tiene la soltera.
¿A dónde irá esta familia
por tantos higos y brevas,
si ninguno de ellos tiene
un mal retoño de higuera?

Más tarde apareció y en medio, puede decirse, de la sociedad cristiana, la tercera de esas plagas vergonzosas, cuyo origen y cruel trascendencia todos hoy conocen y lamentan. ¿Hay motívos razonables para creer que esas tres enfermedades contagiosas y hereditarias procedan en rigor de la misma causa, con diferentes manifestaciones, y más ó ménos intensidad con arreglo á los tiempos, á los paises, y al diferente modo de ser de los hombres en esos paises y en esos tiempos, y las combinaciones binarias y ternarias que ellas han producido.....?

Perdida la tradicion y habiendo reemplazado las locuras de la fábula, á las verdades reveladas, introdugéronse algunas costumbres abominables á nuestros ojos pero que halagaban sin duda á los hombres primitivos. La muger, además, en esa época tuvo muy poca consideracion; estaba reducida, á lo que parece, á la clase de cosa, ó como un dige más ó ménos apreciado ó agradable, y de ahí el que en esos pueblos se obsequiase al estrangero con la muger ó la hija, y el que los caldeos, fenicios, y la famosa ciudad de Babilonia dedicasen tantos templos á la diosa Militica, el Egipto á Isis, la Grecia y otros pueblos á Venus; que, bajo otras denominaciones, se hubiese adorado en todas partes á la viva re-

presentacion del sensualismo y la lujuria, el que llegára la locura hasta el punto de formar mercados públicos en donde se ofrecían mugeres de todas clases á los estrangeros por un cierto precio ó por una simple ofrenda. Esta verdadera prostitucion con el cruzamiento de razas consiguiente pudo en un principio producir la propagacion por lo menos de la *spora* en sus formas más varias, especie de sarna maligna como la califica Moisés, dando con esto á entender claramente que no era ya la simple sarna producida por el *acarus* sino que tenia otro carácter peor y especial á que dá el epíteto de maligno y que sin duda habia sido originado por los malos hábitos ó por los vicios introducidos de antemano en el pueblo judáico. Posteriormente en Grecia y en la gran ciudad, cabeza del mundo pagano, esas costumbres variaron algun tanto de forma, pero no en su esencia, y una prostitucion no ménos escandalosa se dejó ver y sentir en todas partes, siendo su resultado la degradacion del linage humano, su corrupcion material y nuevas manifestaciones de esos males primitivos; es decir, que la prostitucion, el cruzamiento de razas en paises distintos de aquellos en que tuvo primero lugar la sarna maligna, lepra ó elefantiasis, acaso produjeron la *sicosis* que combinada con la *spora*, presentó una forma distinta pudiendo ser en su esencia una misma. El Politeismo fué derrocado y reemplazado en general por el cristianismo en Oriente y Occidente; las costumbres por consecuencia en estos pueblos cambiaron y la moral cristiana dejó sentir sus buenos efectos; el hombre adquirió mayor dignidad y la muger, sobre todo, fué elevada á grande altura, cambiándose su condicion de una manera sumamente sensible. ¿Era esto lo que debía ser conforme al Evangelio? Siento que haya ocurrido esta idea á mi imaginacion, porque el responder á esta pregunta me espone á ser tachado de poco galante y, por estraño que parezca, apenas habrá un hombre en Europa caballeroso ó decente que se atreva á arrostrar semejante nota; tal es la preponderancia que el bello sexo ha llegado á adquirir sobre nosotros. Esto solo que acabo de decir pudiera servir de contestacion á la pregunta, dándola una nueva forma. ¿Es conforme á la moral del Evangelio esa preponderancia del bello sexo? Pues existe y ha sido tan grande, que apenas se recuerda un acontecimiento importante, desde muchos siglos acá, que la desmesurada influencia de la muger no lo haya producido ó precipitado. ¿Y qué es lo que de aquí naturalmente se deduce? Siento tenerlo que decir, pero no puedo dispensarme de hacerlo.

El hombre es y será siempre el mismo y nunca ha visto ni verá en la mujer otra cosa que el medio ó el objeto de satisfacer una pasion ó deseo que forma el ídolo de su corazon corrompido, idolatrando siempre lo mismo aunque revistiéndolo ó encubriéndolo más ó menos y con formas diversas. Esto, claro está, que no habla con aquellos que se proponen fielmente observar las máximas evangélicas; y aunque todos los cristianos se hubiesen propuesto y nos propusiéramos hacerlo así, no han sido ni somos bastante contenidos, y, por esta razon, caminando siempre á estremos, se ha exagerado grandemente la reforma que en este sentido vino á hacer en el mundo el cristianismo. Por eso, en medio de la sociedad cristiana se vió con dolor aparecer ese mal importado, á lo que parece, en Europa por los conquistadores del Nuevo-Mundo, que tantas víctimas ha hecho, y que, como algunos han dicho, acaso pueda ser una derivacion, una forma nueva de la *sicosis* y de la *spora*, ó el resultado de las combinaciones de estos mismos, con el cruzamiento de nuevas razas nacidas en paises de condiciones diversas. Cómo todo esto ha podido verificarse, no es posible demostrarlo de una manera evidente conforme á los principios de la ciencia: mas, no obstante, como la existencia de *spora*, de la *sicosis* y de la *sifilis* es un hecho que nadie puede negar, sin que la historia lo desmienta, vamos á dar algunas esplicaciones.

Para nosotros, médicamente hablando, el gas ó los vapores son iguales al miasma; éste es un agente fluídico que, procedente del reino orgánico, envuelve en sí una virtualidad morbífica, como en circunstancias dadas, pueden tenerla aquellos. El *virus* es el mismo gas envuelto en una forma *plástica*; y el *veneno* es el virus ó el gas mismo despues de haber adquirido un grado de incohercibilidad, intensidad ó de maleficio propiamente dicho que hace sentir su accion con mayor fuerza y, á veces, prontitud. El *medicamento* es una sustancia ó gas preparados en cierta forma á propósito para que, tomándolo en cabal salud, desarrolle enfermedades semejantes á las que es susceptible de curar; y el *alimento* no es otra cosa que las sustancias todas que la naturaleza produce y que la esperiencia ha hecho conocer que no son nocivas ó que pueden servir para nutrir y reparar las fuerzas y las contínuas pérdidas que el hombre, viviendo, sufra.

Los gases ó los vapores producen, por su naturaleza, alteracion en las condiciones ordinarias ó esenciales del aire, en términos algunas veces de hacer de éste un miasma que puede servir de

agente para producir en el organismo alteraciones más ó menos graves; y si éste se convierte en virus ó en veneno por haber adquirido un grado estraordinario de intensidad, puede dar lugar al desarrollo de una enfermedad que, sin ser contagiosa, lo parezca, por tener el carácter de pestilencial; así como envolviéndose en una forma plástica podrá producir realmente el contagio, siendo en uno y otro caso sumamente factible si la enfermedad se hace crónica en el individuo, es decir, si queda larvada permitiéndole vivir, formando en él un vicio constitutivo que sea ó se haga hereditario. Hé aquí como la *spora*, la *sicosis* y la *sífilis*, y aun la *tuberculósis*, consecuencia probable de ellas, han podido propagarse, y se propagan y se heredan, amagando, como indicamos en un principio, concluir con la especie humana, ó afligiéndola por lo menos y trayéndola á un verdadero estado de decadencia. Efectivamente, la existencia de la *spora* (herpes en su múltiple variedad), la de la *sicosis* (en la de producciones verúcicas) y la *sífilis* (desde el chancro hasta los fenómenos propios de la forma cuaternaría) son hechos que nadie puede negar sin que la historia lo desmienta; de aquí el que nosotros admitamos un agente *spórico*, otro *sicósico* y otro *sifilítico*, que teniendo la virtualidad de ser contagiosos, gozan tambien el fatal atributo de hacerse crónicos, larvarse y ser heredados en las diversas formas morbíficas que de ellos emanan. Si dos personas enfermas, valetudinarias ó ancianas engendran un ser débil, enfermizo, ó con el sello de una vejez prematura, ¿por qué no admitir, ó negarse á reconocer que los hijos de padres *spóricos* (que padezcan herpes), *sicosicos* (que tengan lunares, verrugas ú otras escrescencias) ó que hayan padecido *sífilis* (en cualesquiera de sus formas) vengan á este mundo con padecimientos semejantes á los que sufrieron los autores de sus dias?—¡Los que esto niegan, no han meditado, y acaso desconocen la historia del hombre!—¡Yo me atrevo á hacer un llamamiento á su conciencia!—La existencia de los tres agentes morbíficos mencionados está confirmada, con *dolor*, en las *familias*, en las casas de *Orates*, en los *hospitales*, en los *hospicios*, en los *establecimientos de aguas minerales* y, últimamente, en los cementerios. Sobre los hechos, repetimos, no cabe discusion: ninguno que ejerza la medicina con recta razon y sano criterio puede dejar de conocer el gran número de enfermedades crónicas debidas á los tres agentes mencionados; pero, si sistemáticamente alguno se empeñase en referirlas á otras causas; yo apelo á la conciencia de los padres y madres de familia, y ellos nos dirán

que, aunque desconocedores de la etiología de las enfermedades crónicas, es cierto que no pasa un año sin que ellos mismos ó alguno de sus hijos dejen de padecer ya una erupcion cutánea, ya un dolor reumático, ya algun flujo blanco (leucorrea) etc., etc.

Sí, en los mencionados agentes morbíficos, y acaso en otros hasta hoy desconocidos, halla siempre el médico filósofo la genesía de los vicios *constitucionales*, la de las *diátesis* y el orígen de todas las caquexias inclusas la *escrofulosa*, la *tuberculosa* y la *cancerosa*, etc., etc.

Aduciré otro género de pruebas, repitiendo la pregunta que anteriormente hice.

¿Cuál es la vida probable del hombre? Dije en mi primera parte que creia inútil perder el tiempo en definir la vida, por la sencilla razon de que nunca nos será dado penetrar su esencia; mas, habiendo de considerarla por sus resultados, creo que no será del todo inconveniente decir aquí, de paso, lo que en mi concepto significa. Es la vida el ejercicio constante de las funciones propias de un sér al cual va unida la facultad de moverse á su voluntad siendo animal. Ahora bien; ese ejercicio y esa facultad que requieren fuerza y vigor, ningun sér animal las adquiere de repente; nacen con él, se desarrollan, crecen y se aumentan hasta llegar á su apogeo; se conservan por un tiempo determinado, y decrecen ó menguan despues hasta estinguirse. En todos los séres animales se observan estas diferentes evoluciones en su formacion y existencia, como tambien en que, conforme á su manera de ser, todas ellas guardan en general períodos fijos y constantes, que no se interrumpen sin una causa ó un motivo especial que impida ó perturbe su marcha. Esos periodos de que acabo de hablar tienen una tan íntima relacion entre sí, que jamás se destruye, si la enfermedad, un vicio consecutivo, ú otras causas ocasionales no contribuyen á que se aceleren ó hagan más rápidos. Una constante observacion determina, que la cuarta parte de la vida en los mamíferos forma el período de su desarrollo y crecimiento; por manera que el hombre que tarda en desarrollarse por completo física y moralmente de veinte á veinte y cinco años, segun la zona en que nace y vive, debe, con arreglo á ese cómputo, conservar su existencia de ochenta á cien años, por un término medio. La historia del mundo revela que así ha sucedido en todos los pueblos primitivos, y mientras que han conservado las costumbres sencillas y propias del estado natural del hombre; y que cuando la educacion ha empezado á per-

vertirse y los vicios á corromper la sociedad todas sus condiciones se han alterado haciendo su desarrollo más precoz, más difícil la conservacion de la fuerza y vigor en su estado de virilidad y más rápidos su decrecimiento, la vejez y caducidad. Todavia esto sería soportable aun cuando supone una verdadera decadencia del linaje humano; pero son mucho más tristes y lamentables los efectos que producen los vicios constitucionales que antes hemos indicado, debidos á la accion de esos tres agentes morbíficos devastadores porque causan la supresion de multitud de generaciones. La prueba evidente de esta verdad la hallaremos siempre que queramos encontrarla en los resultados estadísticos que nos ofrece la medicina en los tiempos modernos.

Hufeland (médico alópata) en su *Arte de prolongar la vida*, dice «que de cien individuos que nacen, mueren cincuenta antes de la »edad de los diez años, veinte entre diez y veinte años, diez entre »veinte y treinta, seis entre treinta y cuarenta, cinco entre cuarenta »y cincuenta, y tres entre cincuenta y sesenta, de modo que úni»camente seis pasan de esta última edad.» La verdad de lo manifestado por Hufeland no necesita comprobacion, puesto que se remite á datos seguros y opiniones respetabilísimas que pudiéramos aquí citar, si no nos hubiéramos propuesto en esta obra omitir citas y repeticiones, que generalmente no sirven sino para engrosar los libros y oscurecer las más veces los conceptos de sus autores, si es que éstos no llevan el objeto de ostentar una impertinente erudicion. No se entienda que esto es falta de respeto á la autoridad; grande lo merece para mí, pero no está en oposicion con la la idea que acabo de indicar. Lo cierto, sin embargo, es que los estados necrológicos de todos los paises revelan claramente que se aumentan en gran número las enfermedades; que la vida en general se acorta donde es mayor la civilizacion ó en donde las necesidades y los goces que proporciona se multiplican; y que algunas de aquéllas cunden y se propagan con tal furor, que es indecible el funesto resultado que ofrecen cada dia. Recuerdo con este motivo haber leido hace algunos años un artículo necrológico inserto en *El Times*, periódico inglés, que tenia por objeto probar y probaba con buenos datos estadísticos, que en los tres reinos unidos de la Gran Bretaña una quinta parte de todas las defunciones que ocurrian anualmente eran debidas á la terrible enfermedad conocida con el nombre de *Tisis*. ¿Qué causas son las que han podido contribuir á la estension ó propagacion de un mal tan cruel? Comprendo desde

luego que concurran á la par muchas y muy graves para propagar en poco tiempo, hasta un grado que asombra, una enfermedad, que, aunque conocida antes de ahora, afortunadamente no traspasaba los límites ó no salía del recinto de algunas casas ó familias muy señaladas; mas, esto no obstante, tengo una conviccion íntima de que en la relacion que deba existir entre esas mismas causas, viniendo á formar una cadena perfectamente eslabonada, figuran en primer término la corrupcion de costumbres, los excesos de la crápula, los vicios sexuales, y los agentes *spórico*, *sicosico* y *sifilítico*, consecuencia inmediata de los primeros ó completamente asociados á los mismos. Preciso es de consiguiente que la sociedad entera abra los ojos y procure ver claro en asunto tan importante; preciso es que no se haga ilusiones, que rechace á los que la adulan y conducen á su perdicion, y que no mire con desden, tachándoles de embaucadores, á los que tratan de despertarla de ese sueño fatal en que yace postrada por tanto tiempo, con peligro de disgustarla y sufrir toda clase de persecuciones; preciso es en fin que reconozca la impotencia de los medios empleados hasta el dia para preservarla de una tan gran calamidad. No entra en mis principios apelar á las diatrivas para combatir sistemas más ó menos acreditados que están en contradiccion con mi modo de pensar; para defender la verdad no es necesario echar mano de tales armas; las vedadas nunca deben usarse, y nunca se usan si no por el que no tiene razon y trata de atrincherarse con egoismo repugnante en posiciones que para él son ventajosas.

No quiero, por lo tanto, combatir de frente los sistemas hasta aquí empleados de buena fé aunque sin fruto para estirpar ó curar las gravísimas enfermedades de que me estoy ocupando; voy por el contrario á limitarme al señalamiento de los medios profilácticos de las mismas, que como ya antes queda indicado son medicamentos propios para aliviar y corregir estos males evitando su propagacion.

Ya he manifestado lo que es la *spóra* y su origen probable; voy por lo mismo á marcar algunas de las diferentes formas con que suele presentarse. En un principio siempre hace sus manifestaciones en algun punto de la piel; y es tal su malignidad, ó la de la especie de virus que la constituye, que, alterando la textura de aquélla, presenta señales seguras é indudables de su existencia con tanta pertinacia como molestia. No es, sin embargo, en este estado cuando ofrece mayores compromisos; estos se causan ó vienen cuando se verifica

su repercusion, cualquiera que sea la causa que la produzca: y de aquí claramente se deduce que los medios que puedan adoptarse para hacer que desaparezca de la piel, sin extinguirla, no solo no son remedios verdaderos para este mal, sino agentes pérfidos para su concentracion segura, causa que puede comprometer gravemente al enfermo, que produce el larvamiento, manifestaciones morbosas y terribles de un órden distinto, verdaderas enfermedades conocidas con diferentes nombres, por razon del órgano ó centro de la vida principalmente afectado, y que, en su caso, la hace hereditaria. Otra deduccion indudable puede hacerse tambien, y es la de que tiene su asiento principalmente en la área generadora: de aquí el que su propagacion, en mayor ó menor escala, sea siempre segura, y cualquiera que sea el estado en que se halle el enfermo; es decir, ya presente señales ó manifestaciones solo en la piel, ya no las presente por haber repercutido y concentrádose atacando alguna víscera importante. Se larva, pues, y ataca, por ejemplo, á la mucosa de la laringe ó á la de la vejiga de la orina, y de consiguiente produce en el primer caso una *laringitis* de carácter ~~spórico~~, y en el segundo una *cistitis* de igual índole ó naturaleza. En el uno y en el otro, tenemos ya dos enfermedades muy diferentes entre sí por razon de los distintos síntomas que desenvuelven, para las que habrá indudablemente remedios diversos, pero que nunca podrán curarse mientras no entre en ellos ó juegue con los mismos el que debe contemplarse básico con sujeccion á los síntomas radicales efecto del agente spórico que les imprime un sello específico. Como por otra parte la spora hace sus manifestaciones primeras en varios puntos de la piel y con más ó menos intensidad, resulta que, aun sin estar larvada, presenta formas diversas, adquiere diferentes denominaciones, y es más ó menos grave por la mayor ó menor facilidad con que puede concentrarse repercutiendo en las vísceras principales del cuerpo humano, ó más bien en las áreas á que estas pertenecen. Así que conocemos entre los diversos estados patológicos procedentes del agente spórico en la piel, la *sarna*, el *eczema*, el *herpes* en su múltiple variedad, las *costras lacteas*, las *serpigniosas*, el *impetigo* en sus *dos variedades*, la *tiña favosa*, la *granulada*, la *anular*, la *pitiriasis*, el *estrofulo*, el *prurigo*, la *sporiasis*, etc., especies todas del agente spórico, manifiestas en la piel, aunque más ó menos graves, pertecientes á la área generadora en primer término, pero amenazando atacar más ó menos directamente órganos que corresponden á otras áreas y tomando el carácter especial que las mismas les im-

primen, en las que presiden como antes hemos dicho elementos cardinales diversos. Esta es la razon de que haya absoluta necesidad de emplear para su curacion medicamentos que tengan una relacion íntima con esos elementos predominantes en el área que imprimen el especial carácter que distingue las manifestaciones ó síntomas que la enfermedad presenta. No hay, por lo mismo, posibilidad, sin escribir un tratado larguísimo de patología en correlacion con otro de terapeútica y materia médica, de señalar todos los medicamentos que cada una de dichas manifestaciones morbosas reclama especialmente, y que en el sentido que indicamos antes, han de ser los profilácticos de estados patológicos tan varios como graves. Pero en general diremos, que los mas apropósito para modificar y curar los diversos exantemas crónicos mencionados, segun una constante observacion de los profesores que por sus escritos y especiales conocimientos en las enfermedades dermatósicas, y los nuestros; son:

En *la sarna*, sea el que quiera su orígen y duracion, *Lobelia inflata* y *Croton Tiglium*. La forma, en disolucion acuosa compuesta de seis glob. *Lobelia inflata*, sesta dilucion en tres cucharadas de agua para tomar en el primer dia de tratamiento una cucharada por la mañana en ayunas, otra cucharada un cuarto de hora antes de comer y la otra por la noche otro cuarto de hora antes de cenar.

En el segundo dia prescribimos *Croton Tiglium* seis glob, duodécima dilucion, disueltos tambien en tres cucharadas de agua y los administramos en las mismas horas y forma que el dia anterior. Así continuamos administrando un dia *Lobelia* y el otro *Croton*, hasta que el picor y la erupcion han desaparecido. El primero es lo mas constante que se halle muy modificado del cuarto al quinto dia de medicacion, y el que la erupcion y todas las molestias que la acompañan hayan cesado del décimo al duodécimo dia de tratamiento.

Hemos tratado miles de enfermos en la forma precedente, no podemos señalar el que en uno no hayamos obtenido un feliz éxito.

Las úlceras consecutivas á la *sarna* han reclamado además de los dos medicamentos anteriores, el empleo de *Tintura sulfuris*, pero aun en estos casos siempre la erupcion fué necesario estinguirla por *Lobelia* y *Croton* y despues emplear *Tintura sulfuris* para la cicatrizacion de las úlceras.

El Eczema.

El Eczema que muchas veces se confunde con la sarna, tiene caractéres propios muy marcados. No es contagioso, y como no se complique con la existencia del *acarus*, no ofrece en los intérvalos de las vexículas que lo constituyen el sulco rosaceo trazado por éste. Las vexículas del *Eczema* son más resistentes que las de la *sarna*, y la serosidad líquida que contienen es muchas veces reabsorvida. Se presenta la erupcion por grupos compactos sobre una superficie circunscrita, lo más ordinariamente en la cara anterior de la muñeca y de los antebrazos, en la region interna y superior de los muslos y en el talon de los pies. Algunas veces se manifiestan las vexículas en los intersticios de los dedos ya de la mano ya de los pies, en donde causan un prurito incomodo que se renueva sin cesar.

La concentracion súbita de la erupcion, va seguida de fenómenos metastásicos, especialmente de dolores artríticos, de neuralgías, ronqueras y de toses secas. Se observa que el Eczema ataca más frecuentemente á los adolescentes y adultos que en la primera infancia; á pesar de esto, nosotros lo hemos visto en niños recien nacidos cuyos padres lo padecieron. Esta enfermedad por la tarde y noche determina un prurito formicante insoportable y los niños y adultos que lo padecen esperimentan insomnio.

Dos son los medicamentos que nosotros reconocemos específicos de esta molesta erupcion. *Rux tóxico-dendrum* y *Ledum palustre*, Teste los recomienda alternados *Ledum* por la mañana y *Rux* por la tarde del mismo dia. Un éxito siempre satisfactorio nos dice que pueden administrarse á la quinta y sesta dilucion. *Ledum* una gota en dos cucharadas de agua para tomar una á las seis de la mañana y otra á las doce del dia, y *Rux* otra gota en otras dos cucharadas para tomar la primera á las seis de la tarde y la segunda á las doce de la noche solos dos dias, con cuyos medios heróicos y de éxito seguro siempre, no pasan cuarenta y ocho horas sin que los enfermos obtengan un alivio apreciabilísimo, y á los doce ó quince dias, sin mas medicacion, el eczema desaparece totalmente.

Del Herpes.

Al tenernos que ocupar del Herpes preciso nos es hacerlo brevemente; por fortuna existen tratados especiales de enfermeda-

des cutaneas bajo el criterio homeopático, y á ellas remitimos á aquellos de nuestros lectores que deseen adquirir mayores conocimientos: para nuestro objeto, creemos será bastante por hoy, definir lo que entendemos por herpes y señalar los medicamentos que de preferencia reclaman, segun su forma ó la region que ocupan.

Separándonos de Lorry y de Alibert en su definicion sobre el herpes, diremos con Willan, Bateman y M. Rayer que entendemos por herpes un estado especial de la piel, caracterizado por la existencia de pequeñas pústulas que aparecen por grupos, situadas sobre una superficie rosácea, ocupando á veces un solo punto y en otras estensas y numerosas superficies del cuerpo, reunidas en chapas mas ó menos gruesas, comunmente circulares, que escuecen, pican y duelen.

El herpes se manifiesta bajo la forma seca (herpes secos), con descamacion contínua del epidermis (herpes farinoso). La epidermis endeble ó enferma se reproduce sin cesar, ó bien las pústulas resudan un humor acuoso, acre, (herpes húmedo) y forman entonces costras y exulceraciones que se estienden y se hacen depascentes, corroyendo la superficie de la piel determinando un prurito muy doloroso, (herpe corrosivo).

Las dos primeras formas reclaman de preferencia el uso de *Sulfur*, sea la que quiera la region que ocupen. La accion específica de este medicamento sobre cualquier forma morbosa determinada por solo el agente *spórico* es indubitable; seguros nosotros que solo al agente spórico son debidas aquellas, creemos que la grande dificultad que el médico homeópata tiene que resolver al servirse de este medicamento para dominarlas y curarlas, es la referente á la posología.

Desde las diluciones más bajas, hasta las Krakobianas y de Jeninquen, podrán, segun la mayor ó menor antigüedad que cuente de existencia el agente *spórico* en la familia del en que se manifieste el herpes, ~~pueden~~ ser prescritas con fruto, y al médico encargado de la asistencia corresponde elegir entre estas.

Una observacion, sin embargo, nos hemos de permitir. En los primeros años de la vida siempre son preferibles las diluciones bajas, pero cuidando de no repetir el medicamento hasta que hayan transcurrido lo menos quince ó veinte dias. Acaso la esperiencia confirmará que importa mucho para un seguro éxito dar solo una dósis de *Sulfur* á la entrada de cada una de las cuatro estaciones del año á los niños que hayan tenido ó tengan alguna

manifestacion de los herpes sólo debidos al agente spórico, pero por hoy nos atenemos á lo que enseñen y confirmen nuevos hechos.

El Dr. Cruxen dijo en su obra póstuma, que cuando el herpes era húmedo ó corrosivo, para curarlo habia que usar medicamentos antispóricos y antisifilíticos.

Nosotros así lo creemos y los fundamentos de nuestra creencia quedan ya expuestos en las hojas referentes á la genessía de las enfermedades crónicas hereditarias.

En los herpes de forma húmeda y en los corrosivos, el médico homeópata se verá obligado, para modificarlos ó curarlos, á recurrir á medicamentos en relacion con la *doble causa* que los determina, cuidando siempre de la mayor antigüedad del agente spórico que reclama la prioridad del empleo de sus medicamentos específicos, porque si emplease primero que aquéllos los específicos del agente sifilítico se veria chasqueado, sin poder arribar á la curacion.

No corresponde á nuestro objeto señalar el medicamento ó los medicamentos que cada caso particular reclame; pero, á pesar de esto, diremos, que en todos los casos se podrán consultar y aun emplear útilmente *Sulph.* como medicamento primero, al que deberá seguir *merc. precp. rub.* ó *merc. sol.*

Cuando el herpes humedo tenga su manifestacion en el cuero cabelludo, *Rux. Toxicod.* será el que reclame la prioridad; y si fuese detras de las orejas ó en la cara, Graph deberá ser preferido.

El herpes corrosivo parece corresponder mejor á la accion de *Lachesis*, no obstante, *merc. sol.* y *Aurum muriáticum*, hemos tenido ocasion de prescribirlos con ventajoso resultado, en dos casos de ulceracion corrosiva con caries en los huesos propios de la nariz, cuya ulceracion habia sido considerada cancerosa y aconsejada la cauterizacion que iria seguida de la rinoplastia para corregir la deformidad. Estas curaciones nosotros la obtuvimos, usando ademas de *Lachesis, mer. sol. Aurum muriát.* y *nitrii. áccid.* y dos solos glóbulos de *Sulf.* á la 2000 dilucion en una de ellas. En la otra *Sulf.* en 30 diluc. cuatro glób. en quince dias y *nitrii áccidum, Lachesis* y *Aur. muriát.* empleados durante cuatro meses, segun el cuadro de síntomas que el enfermo ofrecía.

Costras lacteas.

Hay una enfermedad propia de la infancia á la que el vulgo ha dado el nombre de *Costras de leche* y que los autores han descripto con los nombres de *acores*, de *prorrigo* y de *tiña mucosa*.

Está caracterizada por pustulitas, dispuestas en *grupos irregulares,* que se desarrollan sobre la cara y el cuero cabelludo exalando una secrecion viscosa y abundante de un olor *sui géneris*. Estas pústulas, que en un principio son blancas y poco salientes, se presentan rodeadas de manchas rojas inflamatorias. El humor amarillo ó verduzco que de ellas se desprende, se trasforma, al sacarse, en costras delgadas y amarillas que por su acumulacion sucesiva se estienden á veces hasta el punto de formar una verdadera careta.

La *tiña mucosa* muy frecuente en los niños de pecho, se desarrolla ordinariamente á la edad de tres, cinco y ocho meses.

Aunque Hartlaul preconiza contra la *tiña mucosa Aconitum* seguido de una sola dosis de *Jacea* á la tercera dilucion; y Hartmann recomienda *viola tricolor*, cuando hay prurito ardiente é insoportable por la noche y un olor característico de orina; nosotros siguiendo las indicaciones de Teste, y en vista de la patogenesia de *Sepia*, nos hemos servido de este medicamento con grandísimo fruto. *Sepia*, es para nosotros el verdadero específico de la *tiña mucosa*, Lo prescribimos como Teete á la trigésima dilucion y á dosis repetidas tres veces al dia.

De las costras serpiginosas.

Colocada esta erupcion por Wichman en la clase de los exantemas herpético-sifilíticos; y considerada por Hartmann como de naturaleza sarnosa, es lo cierto que ofrece la mayor semejanza con la *Tiña húmeda*. Se distingue, no obstante, por ser más dolorosa y más rebelde á los medios de curacion.

Sepia medicamento de una accion tan pronta como benéfica en la *Tiña húmeda*, empleado en las costras serpiginosas á dosis repetidas, sólo determina un ligero alivio.

Silicea, es el medicamento que consideramos específico de esta incómoda y pertinaz erupcion; recomendamos su empleo, tres glob. de la treinta dilucion, por dia, disueltos en tres cucharadas de agua; se tomarán una cucharada cada ocho horas durante cinco dias, dejando despues diez sin medicacion.

Del impetigo.

Este exantema que algunos han considerado solo propio de la infancia, lo hemos nosotros observado en los adultos. El impetigo ofrece alguna semejanza de forma con la tiña mucosa cuando ataca

á los niños de pecho, pero pierde esta semejauza en los niños de mas edad, y en los adultos: así como en los niños de pecho se limita á la cara y cuero cabelludo, en las otras edades se presenta sobre los hombros, sobre los brazos, y aun sobre los miembros inferiores. En estos casos su forma es de manchas circunscritas y de dimensiones diferentes. Las de los miembros superiores, son de ordinario pequeñas y circulares; las de los inferiores, grandes, ovaladas é irregulares. Estas manchas que en un principio son de un rojo oscuro, dan orígen á pústulas amarillas que se abren pasados algunos dias, dejando correr una sanis acrimoniosa, que corroe las partes adyacentes, causando un prurito ardiente y doloroso, formando despues costras amarillentas, ó verdosas. Estas costras tardan algunas semanas á desprenderse, y dejan al descubierto una superficie rugosa.

Dulcamará y *Clematis*, son medicamentos de éxito seguro en el impetigo; se observa, no obstante, que no en todos los casos bastan. Cuando la supuracion no disminuye por la accion de aquellos, y los dolores persisten lancinantes y pruriginosos tienen aplicacion *Silicea* ó *merc. precip. ruber*. Nosotros damos *Dulcamara* dos dosis por dia durante cuatro, y despues una dosis de *Clematis* al anochecer, por espacio de tres. Dejamos descansar cuatro ó seis dias al enfermo, y si la supuracion y el picor persisten tienen aplicacion *merc. prec. rub.* ó *Silicea*.

El impetigo roedor reclama el uso de los tres medicamentos siguientes: *Copaiæ balsamum*, *Cuprum*, y *Digitalis*. Se emplearán el primero durante ocho dias, otros ocho el segundo y despues otros ocho el tercero. Testé las recomienda como de una accion segura, y nosotros hemos tenido ocasion de apreciar su accion benéfica.

Tiña favosa.

La *tiña favosa* está caracterizada por una erupcion en el cuero cabelludo, de numerosos puntitos rojos que se elevan apenas sobre el nivel de la piel, á los que suceden prontamente pustulitas amarillas.

Esta erupcion es tan contagiosa como la sarna. Cuando se prolonga mucho, altera los bulbos de los cabellos y determina su caida. Como las demás erupciones del cuero cabelludo, la tiña favosa da lugar á infartos de los ganglios del cuello y á veces á verdaderos abscesos. Se presenta algunas veces acompañada de *oftalmias*, *coriza* y perturbaciones en las funciones gástricas.

Si la medicina homeopática no contase millones de hechos que prueban su superioridad puesta en parangon con la medicina alopática en el tratamiento de las enfermedades; el valor de nuestra terapeútica en el de esta enfermedad sería bastante para confundir á nuestros adversarios. La curacion del favus por nuestros medicamentos fluídicos, es la prueba mas sensible que podemos ofrecer á los que niegan su maravillosa accion.

Cinco son los medicamentos que Hartmann y Teste recomiendan como los que mejor cubren las indicaciones que puede reclamar la *Tiña favosa*; *Sulfur*, *Dulcamara*, *Viola Tricolor*, *Oleander* y *Hepar Sulfuris;* nosotros nos permitimos señalar además *Graphites* de una accion segura en los casos que la erupcion invada la cara, y *Rux toxicodendrum* cuando se estienda sobre el ocpucio y region posterior del cuello.

La *tiña granulada* y la *anular* son una variedad del *favus*; se recomiendan como medicamentos de utilidad práctica, *Dulcamara*, *Sulfur*, *Staphisagria* y *Baryta carbónica;* sin negar nosotros el que puedan dar un feliz éxito en estos exantemas, diremos, que hemos empleado en algunos casos *Spigelia*, *Tabacum* y *Ferrum magnéticum* á la sexta dilucion con satisfactorio resultado.

De la pitiriasis.

La pitiriasis representada por la descamacion del epidermis y comprendida por Alibert en el *herpes furfuraceo, salpullido harinoso* vulgar; tiene un medicamento específico en *Cantharis*. Este medicamento debe administrarse á la diez y ocho dilucion, ocho globulos en ocho cucharadas de agua para tomar una cucharada de agua por mañana y tarde, durante tres ó cuatro dias.

Del estrofulo.

Se da este nombre en medicina á una erupcion de pequeños granos *duros al tacto*, compactos, *rojos ó blanquizcos*, que se desarrollan primero en la cara y luego en los miembros; estos granos no terminan jamás por pústulas ó por costras ó ulceraciones, pero dejan algunas veces en su lugar una ligera eflorescencia, acompañada de un gran prurito.

Este exantema coincide siempre con desórdenes funcionales en las vias digestivas. Los medicamentos propios para su curacion son

en unos casos *Ipecc.* y *pulsatila* y aun *Rheum* y *antimon. erudum*; y en otros *chamonila* y *causticum*.

Agente sicosico.

Lo mismo que hemos manifestado sobre el agente *psórico*, sucede puntualmente con las enfermedades que son consecuencia del agente *sicosico* y las que produce ó son dependientes del *sifilítico*, no pudiendo perder de vista que es fácil ó posible que se reunan los dos ó los tres, en cuyo caso la complicacion es mucho mayor y de consiguiente la dificultad de elegir un medicamento y graduarle en términos de poder combatir á tantos elementos perturbadores. Siempre es dificil distinguir bien los síntomas *radicales* en el cuadro que ofrece cualquiera enfermedad; pero esta dificultad es inmensa cuando se indican á la vez muchos que tienen una *genesia* distinta. Para la sicosis en sus diferentes manifestaciones en la piel conocidas con los nombres de escrescencias verrucicas, y granulosas, en que se hallan comprendidos además todos los tumores ó tejidos erectiles, las lupias, lipomas, etc., son medicamentos que en general corresponden á su sintomatologia *Tuya Occidentalis*, *Licopodium*, *Graphites*, *Calcarêa carbónica* y *Hepar sulfuris*; así como cuando repercute ó se larva concentrándose, es *Causticum* el medicamento básico.

Agente sifilítico.

Las manifestaciones morbosas que determina el agente sifilítico son muy varias, pero siguiendo el órden propuesto, nos limitaremos á esponer, que la primera es el *Chancro*, y sería la única, sino se empleasen remedios locales que haciéndole repercutir, le concentran y obligan á tomar una forma distinta; en el primer caso, es contagioso y no hereditario; en el segundo, mediante la razon indicada, pasa ó dá lugar á que se declare la *adenitis inguinal* en unos casos, en otros la *ulceracion* en el velo del paladar, ó erupcion *pustulosa* en la piel ó fenómenos propios de alteracion de testura en el tejido huesoso, y finalmente, en los centros nerviosos, incluso el encéfalo.

En cada uno de estos casos hay necesidad de aplicar ó señalar medicamentos diversos; al primero corresponde el *merc. soluble* de Hahnemann; al segundo, el mismo y *el merc. precipitado rojo*; al tercero y cuarto, reclaman de preferencia el *yoduro potássico y*

(1) Esto me parece dudoso, si se admite y es cierto que la aparicion del chancro es signo (aunque el 1º fol. la infeccion gral. del organismo (sino precisamente de todo él, al menos de la

las preparaciones del *oro*. Mas, como podrá atacarse y destruirse la enfermedad la perturbacion ó desarmonía que producen la maléfica asociacion de los agentes morbíficos *espora*, *sicosis* y *sífilis*? Difícil parece, y lo es en efecto, elegir entre todos los medicamentos señalados el que mejor corresponda por su patogenesia al cuadro de síntomas que aquélla ofrezca; mas no hay otro arbitrio, y esto comprueba mis anteriores asertos. Será el medicamento mejor y más apropósito y el primero que deba emplearse, aquel que corresponda, entre los señalados, al elemento predominante en el área á que pertenezcan el órgano ú organos especialmente afectados, á no ser que se presente desde luego algun síntoma que comprometa gravemente la vida del enfermo al que haya que acudir con preferencia. Porque, preciso es considerar, que cualquiera que sea la causa de que la enfermedad proceda ó el agente morbífico que la haya producido, siempre consiste en la desproporcion elemental, en la perturbacion del cumplimiento de la ley de atraccion ó de la fuerza asimilativa de la que depende la de repulsion; y que esas mismas enfermedades, para llegar á comprometer la vida del enfermo han de ser el resultado ó la espresion de una *concentracion de fluido nerveo* ó de *éxtasis sanguineo* ó de la *deviacion de cualquiera de los dos*.

Tuberculosis.

No es grande la diferencia que hay de opiniones relativamente á las causas productoras de la grave enfermedad conocida con el nombre de tuberculosis, ni tampoco respecto á si ésta y la escrofulosis es una misma ó de igual familia, aunque con distintas manifestaciones segun los órganos ó mejor decir las áreas en que se forman. Para nosotros, no obstante, todas las cuestiones que en este órden se han suscitado y sostenido carecen realmente de importancia, porque en la esposicion que hemos hecho de principios están comprendidas todas las diátesis y caquexias, sin que sea posible, en nuestro concepto, que hasta hoy se puedan admitir otros agentes morbíficos que los que hemos señalado. Al marcar además la genesia ú origen probable de la *espora*, la *sicosis*, y la *sífilis* hemos indicado ya cual era nuestra opinion con referencia al orígen de la *tuberculosis*, en conformidad sin embargo del principio fisiológico y patológico sentados y de la teoria espuesta con relacion á los agentes ó causas productoras de las enfermedades en general. Entre

otras cosas hemos dicho que la *spora*, la *sicosis* y la *sifilis* aunque diversas en sus manifestaciones tenían su primero y principal asiento en la área generadora, si bien, larvadas ó por concentracion, pueden hacer y hacen sus manifestaciones en todo el organismo comprometiendo vísceras importantísimas para la vida; que tienen entre sí muchos puntos de contacto, procediendo tal vez de mismo orígen; que son contagiosas y hereditarias, siendo consiguiente la primera cualidad el propagarse por medio de la generacion; que, por lo tanto, el vicio de la sensualidad ha debido ser su particular agente; y que la *tuberculosis*, á la cual podemos añadir la *escrofulosis*, era en realidad una consecuencia de esos tres agentes morbíficos indicados, individualmente ó en combinacion, lo que no excluye la idea de que el *spórico*, como primero ó mas antiguo, pueda considerarse el principal segun Hahnanann lo ha sentado. Las escrofulas, así como la tuberculosis, no son otra cosa, en nuestro concepto, que la manifestacion ó espresion de uno ó mas de esos tres vicios constitutivos concentrados ya en un sistema orgánico, ó ya atacando la vida en general constituyendo primero una diátesis y despues una verdadera caquexia, ora adquirido por el individuo, ó bien heredado y trasmitido de sus progenitores. Este es su orígen probable, ó como si dijéramos su causa eficiente é inmediata; mas la mediata ó remota con arreglo á nuestros principios fisiológico y patológico, es á no dudar la absorcion de un virus que ataca primero la área generadora, concentrándose instantáneamente en la área vegetativa, y muy especialmente en los órganos quilo-pírreicos, trasmitiéndose de aquí y desarmonizando los aparatos organicos de las áreas animal y vasculosa, perturbando ó disminuyendo la fuerza atractiva, y desenvolviéndose y creciendo despues hasta tomar desde el volúmen de un grano de mijo al de un huevo de regular tamaño por el principio de asimilacion, constante siempre aun en medio de la perturbacion misma; es decir, que se verifica lo que en todas las enfermedades en su *estado hipertrófico*, á la manera que despues viene en esta, como en las otras el *atrófico* ó *tísico*. Partiendo, pues, de estos supuestos, de los que primeramente se deduce la causa tambien de la pasmosa propagacion de algun tiempo acá de la *tuberculosis*, y en segundo término, la urgentísima necesidad que hay de acudir al remedio de tan horrible y desastrosa enfermedad y las no menos asoladoras de que procede, preciso es que digamos, que, por razon de la múltiple variedad de sus manifestaciones, no es fácil señalar los medicamentos profilácticos que pueden emplearse, si

bien como básico ó esencial puede ser el *sulf*. Pero no hay que olvidar, que procediendo de los agentes morbíficos tantas veces indicados, deberán considerarse tambien como profilácticos los que lo son, para aquellos, curativos además segun nuestros principios en el individuo que los padece, á la par que profilácticos respecto de los que de este procedan por ser conocidamente hereditarios.

Se han recomendado profilácticos generales de los tres agentes antes mencionados además del Sulfur, la Sepia, el carbon vegetal, el metal blanco, belladona, lachesis, silicea, graphites, calcárea carbónica, ácido nítrico, licopodium, tuya occidental, mercurio soluble, merc. corros. Hep sulf. Phosph, Aurum, barita carb, nux vom, caustic. Rux tox. Kali carb. y otros. Nosotros cumplimos con señalarlos.

Posible es, que se juzgue por los inteligentes profesores de la ciencia médica, que nuestro trabajo es inútil como una repeticion en parte de lo que otros han manifestado en órden á la profilasis, ó poco eficaz por no haberle desenvuelto y dado mayor estension en las muchas, difíciles, graves y trascendentales materias que abraza. No era esto posible sin escribir grandes volúmenes, para lo que sería preciso mucho tiempo y un talento que, ya he dicho, no poseo; mas, si algun mérito tiene esta obra, es en mi humilde juicio el haber sintetizado lo más esencial de esas mismas materias, estableciendo cierta unidad ó metodizando y formando un conjunto de principios esparcidos por todas partes, que, al parecer, no tienen relacion entre sí, y que yo he creido podian armonizarse hasta el punto de venir á constituir un todo homogéneo, un método, en una palabra, que podrá abrir un campo anchuroso á nuevos y profundos estudios, para conocer de lleno la verdad y mejorar sensiblemente las condiciones de la especie humana. El objeto es grande, y no pretendo haberle llenado completamente; otros más entendidos que yo podrán conseguirlo, si es que he acertado, al menos, á indicar un buen camino.

Una vez señalados los medios que la homeopatía reconoce, segun una constante observacion, como los más propios, y acaso los únicos, para lograr la regeneracion física del hombre, haciendo desaparecer los terribles males que en la actualidad le afligen, no quiero concluir mi trabajo sin ocuparme antes de una idea que tiene bastante conexion con todo lo anteriormente espuesto; y dirigir

ademas cuatro palabras á los que con un calor imprudente, que degenera en arrebato, han combatido la medicina homeopática.

¿Qué relacion existe entre la medicina hahnemanniana y la cirujía? ¿Los medios de que se sirven para curar, están en abierta oposicion, ó se ayudan por el contrario mutuamente? El estudio de la anatomía descriptiva, en tal sentido, es de gran importancia?

Esta es la idea, bastante complexa, como desde luego se advierte, si al esplanarla han de resolverse todas las cuestiones á que dá márgen. Me alejaría por otra parte mucho de mi propósito, si al dar solucion á las preguntas que anteceden, no me concretase á meras indicaciones sobre puntos tan delicados.

¿Qué es el hombre considerado bajo la accion del microscopio, del escalpelo ó del reactivo? Materia, y solo materia; un conjunto de mil sustancias diversas, de varios elementos, por mejor decir, que despues de otras mil combinaciones distintas han adquirido diferentes formas plásticas; una máquina viviente complicadísima, compuesta de miles de piezas y resortes unidos y enlazados todos entre sí de una manera admirable; pero una materia, un conjunto de elementos, una máquina cuyas fuerzas motrices, cuya esencia no es posible apreciar y conocer bien. ¿Qué importa que con ayuda del microscópio, del escalpelo y del reactivo, con una observacion constante y fija por espacio de siglos enteros, despues de miles de disecciones anatómicas, se haya podido apurar, describir, nombrar y hasta pintar ó esculpir en cera ó en otras materias todas las diferentes partes que componen el cuerpo humano hasta las más pequeñas y recónditas, el enlace ó conexion que tienen entre sí, su forma y color, y el objeto ó funcion que desempeñan. ¿Este es el hombre por ventura? Fórmase una máquina hidráulica, por ejemplo; se cuentan ó se numeran las diferentes piezas de que se compone; se unen ó enlazan segun la inteligencia de su autor; se gradúa perfectamente la fuerza que tiene, porque se calcula tambien de antemano y se sabe cuál es la motriz del artefacto; se suspende á voluntad su movimiento; permanece parado todo el tiempo que se quiere, y del mismo modo se le vuelve á dar impulso: no hay, sin embargo, quien pueda formar una sola, una pequeñísima parte del ser viviente; y si el movimiento, la vida se concluye en realidad, nadie hay tampoco que pueda dar vida ó hacer mover lo que ha quedado muerto. ¿Cuál es la razon de esta diferencia? Para no andar en circunloquios, diremos solo; que consiste en ese *soplo de vida*, en esa virtualidad específica de cada una de las partes que

componen su sér; en el *quid divinum* con relacion al hombre que ha impreso en él el Omnipotente; en que no es solo materia; en que todo no se puede ver ni discernir; en que el hombre es muy pequeño delante de Dios, por mas que una arrogancia desmesurada haya presumido ó presuma otra cosa. Cuando haya un sábio que presente un hombre formado de alcorza ó de otra materia cualquiera, con sus tegumentos comunes, con sus músculos, su periostio, con sus huesos, con sus ligamentos, con sus fibro-cartilagos, con sus vísceras, con sus arterias, con sus venas, con sus vasos linfáticos, con sus nervios y con sus sentidos cabales, con su movimiento, con su vida, con su fuerza, con la facultad de ver, oir, hablar, sentir, discernir, comparar, formar juicios, adquirir ideas de relacion y elevar su espíritu hasta un mundo invisible; entonces, y solo entonces podría creerse en tan ruin paradoja. Os parece ridícula la idea? Pues, tanto y más ridiculez envuelve la de que el hombre es solo materia porque ha llegado á descubrirse despues de muchos siglos el modo de funcionar y los elementos de que se componen las partes que le constituyen, ó porque entran en su organismo elementos puramente materiales. Ha podido el sábio sorprender á la naturaleza y aprender que tal ó cual víscera en el hombre desempeña tal ó cual funcion; que tal ó cual nervio es el agente de la voluntad para actos determinados; que por consecuencia puede cortándole anular la voluntad respecto de aquéllos, de la voluntad, que es una de las potencias del alma; ¿pero qué es lo que de aquí puede deducirse, que no sea, como antes hemos indicado, sino que existe una relacion íntima entre el alma y el cuerpo durante su union hipostática? Fuera de esto no se aprende otra cosa que lo que buenamente puede llamarse una perogrullada: es decir, que si á uno se le corta la cabeza ó se le hiere el corazon con un instrumento punzante ó cortante deja de ser ó de existir.

Ahora bien; el hombre en el ejercicio de todas sus funciones, ó lo que es lo mismo, *en su estado fisiológico*, es para el anatómico tan impenetrable y desconocido en su esencia, como lo es en el patológico: fuera de lo que pertenece al órden material ó plástico, nada hay sugeto á su concepcion, todo es *inductivo*, todo depende de hipótesis más ó menos fundadas y cuyo acierto ó bondad pueden apreciarse por los resultados de la observacion y la esperiencia.

La cirujía cura ó pretende curar toda clase de lesiones; y fuerza es confesar que se ha estudiado mucho y se ha inventado más para este objeto, pero sin conseguir en rigor grandes resultados. La razon

de esto estriba á mi juicio en que se ha querido considerar la cirujía como un arte ó una ciencia aparte de la medicina, sin tener presente que en realidad aquélla no es otra cosa que un auxiliar externo de ésta, y para casos ó lesiones de una especie muy determinada. Estas, en efecto, pueden ser producidas en el exterior por un agente ó cuerpo material extraño afectando algunas veces vísceras internas, y otras por un agente incohercible fluídico externo ó interno, por mas que en rigor no puedan estas llamarse lesiones verdaderas sino enfermedades ó estados morbosos con ulceracion en algunos de los tejidos ó vísceras. La cirujía ha tenido siempre sus pretensiones relativamente á la posibilidad de curar muchas de esas afecciones internas; mas todas ellas se han estrellado en la esperimentacion, en términos que la mayor parte de los instrumentos inventados para ciertas operaciones difíciles y de resultados siempre equívocos yacen en el olvido ó se ostentan solo por lujo en aparadores dispuestos al efecto. La verdad de las cosas es, que, fuera de las lesiones externas y que no han llegado á interesar alguna víscera principal, nada puede curarse sin apelar á la medicina ó á los medicamentos ó agentes fluídicos que penetran en lo interior, en lo mas íntimo de las áreas y vísceras que de ellas se forman, único medio de modificar los estados patológicos generales de los que son consecuencia las lesiones que pueden comprometer la vida del lesionado. Si ese estado general ó diatésico que puede determinar la lesion es debido á un agente fluídico incohercible, concíbese naturalmente que no hay otro medio de correjirle que el de acudir á otro de especie semejante conforme á los principios antes sentados, que sea capaz por su virtualidad específica de restablecer la armonía ó estinguir la enfermedad que causa la lesion. Si ésta es debida á un agente material estraño y se ha hecho sentir por sus propiedades físicas ó químicas en alguna víscera interesante, determinando secundariamente un estado patológico general, necesario é indispensable es apelar á la misma clase de medicamentos fluídicos, con tanto mas motivo, cuanto que cada hombre tiene su modo de ser especial que influye sensiblemente en las manifestaciones morbosas que ciertas lesiones pueden producir en él, tan diferentes segun lo acredita la esperiencia diaria, como son los individuos á quienes afecta. Estrañará nadie que, despues de esta esplicacion, que un médico homeópata propine sus medicamentos al que sufre las consecuencias de una herida, ó una úlcera pertinaz en un pie, en una mano, en la cabeza ó en cualquiera otra parte de su

cuerpo, cuando ve ó advierte que no se cicatriza ó se extingue, como naturalmente se verificaría sin mas que evitar el contacto del aire en el punto lesionado, á no impedirlo la existencia en el individuo de un vicio interno que afectando la unidad vital perturba las leyes de nutricion y reparacion?

Cuando por el contrario el cuerpo que se interponga sea realmente un cuerpo estraño físico, como si dijéramos, una espina, una esquirla, cuando hubiese fractura ó dislocacion, fácilmente se concibe la necesidad de los medios propiamente quirúrgicos y de los conocimientos no solo de la anatomía descriptiva, sino tambien de la topográfica y aun de la comparada; mas no en otro caso, á no suponer, que es posible la formacion de esos cuerpos estraños físicos en partes determinadas del cuerpo humano, como si fueran séres aparte y sin la concurrencia ó sin íntima conexion con la vida del individuo. ¿Y es esto posible ó aceptable? Y si no lo es, porque ninguna de esas manifestaciones morbosas puede producirse ó presentarse sin la perturbacion de las leyes constantes que constituyen el fisiologismo humano, ¿no se concibe tambien la ineficacia absoluta de los medios quirúrgicos para extinguir esas enfermedades generales verdaderas? Lo único que podrá suceder, y es lo mas que concedemos, es, que extinguida la causa productora de la enfermedad, puede con la operacion remediarse la lesion material externa efecto de la misma enfermedad, si es que desapareciendo la causa de la lesion no desaparece al mismo tiempo, que es lo que constantemente sucede. Cuando la causa está en pie, hay que desengañarse, la operacion siempre es nula ó perjudicial. Hé aquí el motivo de que la homeopatía, ó por mejor decir, los médicos homeópatas, consideremos, no como inútil, pero si de un órden secundario puesto en parangon con el de la fisiología, el estudio de la anatomía descriptiva. El mismo ha debido influir en esa especie de desden con que los grandes médicos de la antigüedad la contemplaron, si bien debieron creer que la cirujía en general ó en todo lo que comprende, no era mas que una parte ó un ramo de la misma medicina; ya porque partiesen de los mismos principios que nosotros hemos sentado respecto de este punto, ya porque concibieran que con buen efecto ó resultado seguro no podia abarcar muchas ni grandes operaciones. Hubo un tiempo, sin embargo, en que quiso elevarse á una inmensa altura, pretendiendo nada menos que se la considerara como una ciencia aparte de la medicina, ó por lo menos como un ramo importantísimo de la misma, tan im-

portante y mas que ella, y esto, porque desde que se facultó por el Papa Sixto V para que se hiciesen algunas disecciones anatómicas, se empezó á propalar altamente la idea de que al hombre con el escalpelo en la mano y su inteligencia nada le era negado, y que al veto que anteriormente pesaba sobre el anatómico, fundado unicamente en un necio fanatismo, se debia el que la ciencia de curar no hubiese llegado antes á su apogeo, que no se hubiesen hecho descubrimientos sin fin, que no se conociera real y verdaderamente lo que era el hombre! (¡¡Ahora sí se conoce?!)

A juzgar por los resultados que han producido tan huecas vociferaciones, bien puede decirse, que en el veto de que hablamos habia grande sabiduria, y mucha prudencia y prevision. Como quiera que sea, lo cierto es, que todavia hoy, á pesar de haberse juzgado que la medicina y cirujía debian caminar unidas, como una ciencia misma, como una ciencia que podia y debia ser estudiada, aprendida y aplicada por un solo hombre, se dá por muchos á la cirujía una extraordinaria importancia, más importancia que á la medicina misma. La razon no puede ser otra, que la obscuridad que por una parte se atribuye á la ciencia médica, y la claridad, ó más bien, la facilidad con que la cirujía cura algunas de las lesiones externas; mas los que así discurren, los que esto dicen, no se hacen cargo de que esa misma claridad, y esa misma facilidad, arguyen contra la importancia que quiere dársela, porque prueban de una manera convincente, que solo es aplicable con bueno y seguro éxito á muy pocas lesiones, á las puramente externas, á las que no pueden producir un estado patológico general, en una palabra, á las que para su curacion no son necesarios el auxilio y los conocimientos médicos. No se crea que con lo que acabamos de decir, queremos negar que se necesita aptitud, habilidad, y otras prendas y conocimientos recomendables y especiales para la práctica y ejecucion de algunas operaciones quirúrgicas conocidas, aunque pocas; pero comprendemos que esa aptitud y las demás prendas serán mayores y darán mejores resultados, si á ellas vá unido el indispensable conocimiento de la medicina, indispensable por tener que atender á la multitud de accidentes que pueden en todos los casos sobrevenir al ejecutar esas mismas operaciones.

Absueltas ya las preguntas anteriores en la manera que me ha parecido conveniente, aunque con suma brevedad por no permitir otra cosa el plan de mi obra, paso á emitir las cuatro palabras indicadas, en las que vá envuelta una grave cuestion de actua-

lidad que no puede ni debe, en mi concepto, quedar desapercibida.

Han llegado hasta el estremo los impugnadores de la medicina hahnemanniana, de querer que se relegue al olvido ó se deseche oficialmente considerándola como suversiva y atentatoria contra el órden público y las leyes del Estado. Imposible parece que hayan llegado las cosas á tal estremo; pero si alguno de ello dudára, puede pasar la vista por la multitud de artículos y folletos que con este fin se han escrito por algunos profesores alópatas muy distinguidos y desde luego sabrá á qué atenerse en este punto. Uno de los que mas descuellan entre esos escritos es el del Sr. Varela de Montes, recibido con grande aceptacion en el mundo médico, y que en realidad se halla redactado en una forma que indica los grandes conocimientos, la esquisita erudicion y posesion y riqueza del lenguage de su autor.

Nada hay, no obstante, tan malo, tan gravemente perjudicial y al propio tiempo tan bien admitido ó aceptado como el vestir con las galas de un buen lenguaje los errores mas crasos ó las mas estrañas aberraciones, poniendo de este modo á los unos y á las otras la máscara de la verdad. Se abusa completamente de la facilidad en el decir para defender lo que es indefendible, lo que considerado en su esencia aparece en estremo repugnante; pero si la forma es buena ó se presenta bien alambicada, hay tanta superficialidad que todo se acepta como excelente, sin atender á que los conceptos sean buenos ó malos, á que sean pocos ó ninguno, á que en su fondo constituyan, ó no, errores de suma trascendencia. Mucho se ha escrito, y bien, en contra de las doctrinas homeopáticas; excelente es en efecto el folleto titulado: *Consideraciones sobre la Homeopatia,* del Sr. Varela de Montes; escrito está con un estilo brillante y se anuncian en él, ademas, ideas generales muy juiciosas y bien entendidas; mas, respecto al verdadero objeto que este y otros escritores alópatas se han propuesto á las principales cuestiones que han formulado y tratado, aunque sin pretensiones de ningun género, y respetando altamente sus grandes conocimientos en la ciencia de curar, nos permitirémos decir que no han andado muy acertados, que su propósito carece completamente de fundamento, que los principios, en una palabra, de que parten no son admisibles bajo concepto alguno. ¿Qué es lo que han intentado demostrar? Que es inútil de todo punto abrir discusion sobre la bondad ó verdad que pueda haber ó no haber en los principios que sirven de fundamento á la medicina llamada homeopática; que no

debe autorizarse la enseñanza pública de esta doctrina; que el establecimiento de clínicas homeopáticas para su esperimentacion es ineficaz, ilegal y hasta perjudicial en estremo.

Para contestar las observaciones relativas á la primera proposicion, empezaremos preguntándoles ó preguntándonos ¿Quién fué Hipócrates? quién Galeno? y quiénes todos los demás célebres escritores que han venido formando diferentes sistemas bajo la base constitutiva de la medicina alopática ó principio fundamental de «*contraria contrariis?*» Sin repugnancia de ningun género, con conviccion profundísima, con toda nuestra conciencia respondemos y declaramos, que han sido y deben ser reputados como unos grandes hombres, filantrópicos, escelentes y dignos de admiracion; que con el mas laudable ahinco trabajaron y esprimieron, digámoslo así, sus grandes talentos en beneficio de la humanidad doliente; que profundizaron hasta donde pudieron, y procuraron sorprender los secretos de la naturaleza, descubriendo no pocos y convirtiendo en una ciencia utilísima y hasta sublime lo que antes de ellos era poco ó nada y apenas merecia calificarse de tal: pero no porque se les concedan cualidades eminentísimas, y en realidad las tuviesen, han de ser considerados como dioses, ni su doctrina como infalible, ni puede aceptarse la exagerada idea de que no hay mas allá, ó que no puede saberse más, ni descubrirse más que lo que ellos supieron y descnbrieron y que la doliente humanidad debe sugetarse necesariamente á las prácticas que establecieron; que su terapeútica puede y debe equipararse á las Tablas de la Ley que en el monte Sinaí fueron entregadas por el mismo Dios á su profeta Moisés. Esto no pasa de ser una exageracion estremada aunque hija de la fé profunda que sin duda abrigan respecto de la medicina alopática que profesan. Sea como quiera, sín embargo, convenimos en que la medicina alopática admitida de muchos siglos acá en las naciones, tiene á su favor la tradicion, cierto sello de legalidad y el juicio de muchos varones sábios que la han reconocido como la única practicable y buena; empero esos varones (lo repetimos) no son dioses, ni infalibles y hasta el sentido comun rechaza la idea de que después de ellos, ahora y en las generaciones futuras no pueda presentarse un hombre cuya capacidad esceda á la suya ó, más bien, que aprovechando los conocimientos que ellos estendieron en el mundo, estudiando sus doctrinas, pueda alcanzar mas y ampliar los grandes bienes que se propusieron y en parte consiguieron derramar entre los infelices mortales.—¿Es Hahnemann ese hombre;

el hombre que en el siglo diez y nueve está llamado á figurar al lado del mismo Hipócrates, considerado como el padre de la medicina? Los alópatas de seguro no pueden contestar con entera confianza esta pregunta. ¿Y quién ha de contestarla? ¿Importa ó no el que se conteste, ó debe desde luego rechazarse relegándola al olvido como impertinente, suversiva y atentatoria contra el bien de la humanidad? No merece ciertamente que se relegue al olvido, ni es impertinente, suversiva ni atentatoria bajo concepto alguno. Importa mucho al linaje humano bajo diferentes aspectos el que se apure y sepa si las doctrinas Hahnemannianas son ó no una verdad, pues que pueden contribuir grandemente á mejorar las condiciones físicas y morales del hombre. Esto no necesita demostracion, partiendo de la hipótesis de que son ciertas porque las diferencias que existen tanto en lo moral como en lo físico ó material entre ellas y las que han proclamado los alópatas mas célebres son harto marcadas y sensibles. Dícese no obstante que es impertinente ó inútil, porque para apurar, saber y contestar con conviccion, sería preciso discutir y esperimentar, y la discusion y esperimentacion no pueden dar resultado alguno definitivo ó lo producirían muy pernicioso. ¿Y por qué? Las razones emitidas en este órden jamás hubiéramos querido leerlas; nos han hecho daño, pues que á ser aceptables revelarían solo que la especie humana abusaba de su superioridad sobre todas las demás y era peor que todas ellas. Què no sería posible el que profesores entendidos, concienzudos y humanitarios, por hallarse afiliados en diferentes escuelas pudieran llegar á entenderse, á convencerse de la verdad y rechazar el error una vez conocido; que seguirán luchando contra la evidencia y defendiendo cada uno su puesto, como un soldado á quien se coloca en la trinchera y espera allí la muerte sin que pueda darse razon de la causa por qué se espone y la sufre; que el resultado inevitable sería alterar las conciencias, engendrar la duda y hacer perder la fé que presta tranquilidad y bienestar, ó la esperanza en el ánimo del hombre enfermo. . . . . .

Si esto fuera cierto, equivaldría á decir que los profesores de la ciencia médica éramos inconvencibles, tenaces hasta la locura, indiferentes al bien de la humanidad, estadizos y perezosos, como no debemos serlo ninguno de los que nos dedicamos al ejercicio ó enseñanza de cualquiera profesion científica.

Esto sería inferirnos una injuria ó calumniar nuestro buen nombre incurriendo á la par en una manifiesta contradiccion. ¿No

se han discutido y esperimentado multitud de sistemas bien diferentes y dolorosos bajo el principio exacto ó inexacto que forma el fundamento de la medicina alopática?—¿No se han defendido con estremado calor en las escuelas públicas?—¿No se han hecho ensayos de ellos «*in anima vili*» bajo la inteligencia de que podrian producir un grande y favorable resultado á la humanidad doliente? ¿Se ha levantado la voz y se ha hecho una oposicion tan ruda y pertinaz á ninguno de esos sistemas como la que se hace á la doctrina de Hahnemann?—¿Y cuál es la razon de esta diferencia? Los distintos sistemas médicos dentro de una misma escuela, ó que tienen por fundamento un principio idéntico, no alteran la esencia de las cosas, no producen perturbaciones importantes; se discuten con más ó menos calor, se adoptan ó se desechan, se ensayan con bueno ó mal éxito; cada uno sigue el rumbo que le parece mejor, y todos continuan sin interrupcion, sin embarazo, la marcha que se proponen seguir.

Lo repetimos, la doctrina de Hahnemann no es un simple sistema médico, sino un verdadero método formado bajo un principio enteramente opuesto al que, sea dicho de paso, adoptó y entronizó Galeno; amaga de consiguiente la destruccion de todo el edificio alopático; abre un campo nuevo pero sumamente dilatado que hay que andar, estudiar, profundizar y conocer; es un método nuevo que una vez adoptado podrá atacar los intereses de clases enteras, y hasta el amor propio de muchos y hé aquí, la razon, tal vez, de que se haya querido considerar como suversiva y en cierto concepto atentatoria de los derechos adquiridos, la doctrina Hahnemanniana.

Respetamos como el que más esos intereses, esas reputaciones que juzgamos bien adquiridas, ese santo orgullo que se aposenta en la buena conciencia del que le tiene; pero, por mas respetables que todas esas cosas sean, puestas en parangon con el bien de la humanidad, con el interés y la salud pública, son ó valen muy poca cosa, y se llega al colmo de la exageracion cuando se trata de equiparar las doctrinas alopáticas con las religiosas y políticas consignadas en la Constitucion del Estado, único medio de poder conceptuar suversivas las que Hahnemann ha proclamado. Huimos de todo género de personalidad, no tenemos propósito de ofender á nadie, y no nos atrevemos por lo mismo á calificar las ideas de que en la Constitucion del Reino haya de figurar un artículo, de que en España no pueda ser reconocida, ni ejercida, ni enseñada ninguna otra doctrina médica diferente de la que desde Hipócrates

acá, (aunque con una terapeútica distinta), se ha venido ejerciendo y enseñando por sus dignos, aunque algun tanto sistemáticos, discípulos.

La discusion de las doctrinas médicas, si es leal, franca y noble, como debe serlo, no puede prohibirse y ha de producir inmediatamente el grande resultado de ilustrar la conciencia de los que las profesan y bienes sensibles para el hombre. Así se ha juzgado siempre, y, cuando no han mediado los motivos ú obstáculos que hemos solo indicado siguiendo siempre á aquella la esperimentacion de los remedios que los diferentes sistemas terapéuticos han creado y, entre ellos, algunos que podian considerarse terribles y hasta absurdos. «*Sapientibus est mutare consillium.*» Esto se ha dicho y se repite constantemente para manifestar que la terquedad y la ignorancia corren siempre parejas ó pueden contemplarse como madre é hija, por mas que algunas veces se quiera dar á la primera otro carácter ú otro orígen más noble y mejor; es decir; la conciencia, la conviccion profunda. No hay ídeas absolutas, en el órden que estamos discurriendo y por lo mismo no defenderemos que pueda y deba discutirse sobre todas las cosas, porque esto serviría para abrir campo al orgullo humano y ponerle en un derrumbadero en donde se precipitase con su razon y todas sus vanas pretensiones; mas, respecto de aquellas en que la razon puede estenderse y dilatarse sin grave é inminente peligro de traspasar los límites que la divina Omnipotencia ha marcado á esa misma razon, seria una verdadera locura el cerrar los oidos y los ojos, poniendo un veto al genio y despreciando los beneficios que aquella, bien dirigida, puede reportar al hombre. Todavía si á la discusion no siguiera el esperimento; si las doctrinas de que se trata, no pudieran sancionarse con los hechos; si las verdades ó falsedades que encierren en sí, no hubiera medio de hacerlas tangibles; si, en una palabra, Hahnemann hubiera predicado una doctrina que no debiera salir del campo de las abstracciones, entonces, y solo entonces, encontraríamos más ó menos espuesta é infructuosa la discusion. Entiéndase no obstante que, al hablar así, no es nuestro ánimo el que ni el enfermo ni el vulgo entren á discutir lo que no pueden comprender, lo que engendraría dudas terribles y sumamente perniciosas; pero, entre los maestros de la ciencia, entre los que saben ó deben saber que al dedicarse al estudio de esta, (así como los de todas las demás), han contraido el grave compromiso con la sociedad y hecho el voto solemne de estudiar de contínuo y hasta que

sus sentidos ó su razon se nieguen á ello; es una especie de aberracion estraña el empeñarse en defender que no debe discutirse una doctrina, antes de conocerla, y sin poder presentar razones poderosísimas, datos seguros, para rechazarla.—¿Y qué razon que deba considerarse estimable hay para que no se permita la enseñanza de esas mismas doctrinas, permitiéndose al propio tiempo el que sean aplicadas á la doliente humanidad?—¿Por qué esta especie de contradiccion?—¿Quién la produce?.....—¿Quién la auxilia?.....

La medicina, por razon de su objeto y resultados, no es en realidad otra cosa que un conjunto de esperimentos que sirven para aliviar ó remediar las perturbaciones funcionales y plásticas que el hombre puede sufrir en su organismo. Era absolutamente necesario para esto conocer bien lo que es el hombre en estado de salud, lo que le distingue de las demas especies del reino animal, tanto en dicho organismo como en las relaciones que existen entre la materia y el espíritu; y por cierto que se ha desbarrado mucho, que son muy diferentes y altamente trascedentales los sistemas que respecto de este punto se han formado, muy propios algunos para destruir las creencias, corromper el ánimo y minar por su cimiento la sociedad, y sin embargo, se han anunciado pomposamente, se han discutido y se han enseñado y enseñan en las escuelas. ¿Qué es lo que comprende la fisiología de Hahnemann, su patología y su terapéutica, y qué secreto revelan que la sociedad no deba conocer? ¿Qué doctrinas ó que principios contienen que puedan afectar más ó menos á la nacionalidad española, á sus creencias, á sus costumbres, derechos y libertades? ¿Cuál es el pecado de Hahnemann y sus discípulos para que nuestras doctrinas deban rechazarse como el miasma de una enfermedad pestilencial? Si se digera que no debe ser enseñada antes de conocerla y esperimentarla, lo comprenderíamos, y aun nos conformariamos con la idea; mas ¿por qué no ha de esperimentarse? ¿Quién lo impide? ¿Quién lo estorba, repetimos?..... ¿Por qué se ha hecho hasta ahora tan fuerte y tenaz oposicion al establecimiento de clínicas y hospitales homeopáticos.....?

No es enteramente nueva la doctrina de Hahnemann, no es ni puede contemplarse, por los que se decoran con el título de hijos ó discípulos de Hipócrates, como exótica ó repugnante; no hay, de consiguiente, razon alguna fuera de las ya indicadas que deba oponerse á su esperimentacion. Dígasenos, sino, de buena fé, si alguno de los remedios inscriptos en la terapéutica ó en la materia médica alopá-

tica no ha tenido necesidad de pasar por el mismo tamiz; si es posible que haya un hombre ó enfermo que se deje sacar gran parte de su sangre, que se someta á tantos y tantos procedimientos incómodos y dolorosos, que se deje amputar un brazo, una pierna, ó un solo dedo sin que se le haga comprender antes por los profesores alópatas, que es el único medio de salvarle y que otros que han padecido la misma enfermedad se han salvado tambien, ó que la esperiencia tiene confirmada la bondad y necesidad del remedio; si habrá un médico que se atreva á propinar y aplicar alguno de los remedios indicados, sin que de antemano se le hubiese asegurado por otros profesores, que era un medio escelente para conseguir la curacion del enfermo, ó sin que antes él mismo lo hubiere esperimentado. ¿Y cómo se hacen esas esperiencias y se han hecho siempre tratándose de remedios tan heróicos expuestos y dolorosos?—¿En qué razon se funda el permiso concedido á los anatómicos para hacer la diseccion de los cadáveres?—¿Cuál es la que ha presidido á la esperimentacion de todos los remedios en todos los tiempos?—El bien de la humanidad lo requiere, se ha dicho, y á esta voz todo se ha sometido, y los Gobiernos y la Iglesia misma no han replicado, sino concediendo y autorizando lo que, á no mediar un tan poderoso motivo ó una razon tan decisiva, hubieran resistido como repugnante, como sacrílego y anti-humanitario. Especioso é infundado es cuanto en este punto se ha opuesto al establecimiento de clínicas homeopáticas, y tanto mas, cuanto la doctrina de Hahnemann tiene su asiento, como dijimos en nuestra primera parte, en un principio hipocrático y la ventaja inmensa, perfectamente reconocida, de que no causa dolor ni puede hacer daño como no sea en último término, y, alambicando mucho las cosas, corresponder, como suponen los médicos alópatas, á la medicina espectante. ¿Y nunca esperan, ni han temido, perder el tiempo, ó le han perdido, y aun algo mas, los profesores alópatas en el ensayo de sus muchos y opuestos medios terapéuticos?—¿Es justa esa facultad, que se han subrogado siempre, de ensayar lo que han tenido por oportuno y bueno y la que se nos ha concedido á los mismos médicos homeópatas con un título puramente alopático, no permitiéndose el establecimiento de clínicas de la misma especie?—«*Salus populi suprema lex esto*» se ha dicho, y todo pasa y se consiente. Hay mas; se solicitó por los médicos de la nueva escuela el establecimiento de clínicas, y el Gobierno Supremo de la Nacion lo acordó en Real órden de 18 de Enero de 1850.—¿Quién se opone?

—¿Quién se opone repetimos á la prudente esperimentacion de una doctrina que nada contiene de malo, que hermana la medicina con las verdades evangélicas, que está basada en un principio sentado por el mismo Hipócrates, que está admitida y reverenciada en una gran parte del mundo civilizado?—¿Quién se opone cuando cuenta con una multitud de discípulos ó ardientes partidarios procedentes de la misma escuela alopática y que hemos formado nuestra conciencia ó conviccion en presencia de los hechos?—Fácil, muy fácil, es dar contestacion á esta pregunta; pero no es á nosotros á quienes incumbe hacerlo.

Conveniente es, no obstante, en el estado aflictivo de duda en que las cosas se hallan, porque la duda es ya un hecho consumado, que se adopten desde luego por el Gobierno Supremo de la Nacion las medidas que imperiosamente reclama el aflictivo estado de una gran parte de la sociedad; que remueva los obstáculos que hasta aquí han podido oponerse á la enseñanza y esperimentacion del método curativo homeopático; que procure por todos los medios que están á su alcance alejar y remediar el gravísimo mal que esa duda engendra, y, si es posible, como nosotros lo comprendemos, facilitar la regeneracion física del hombre con la estincion de las plagas horribles que le afectan.

Réstame únicamente manifestar, que si, bien al defender las doctrinas que profeso, he tenido necesidad de dirigir algunos ataques contra los diferentes sistemas, que en mayor ó menor escala se oponen á aquellas, nunca ha sido mi ánimo ofender personalmente á ninguno de los que profesan principios opuestos. Tampoco tengo la pretension de juzgarme infalible, aunque abrigo respecto á todo lo que he consignado en esta obra, las convicciones más profundas, con especialidad en cuanto se refiera á lo que cree y enseña la *Iglesia Católica*. Por efecto de esa misma conviccion, ó, más bien, de mi fé, he juzgado que debia dedicar una gran parte de la misma obra, á poner en consonancia la *verdad católica* con lo que las ciencias naturales enseñan, y singularmente las que son aplicables ó tienen una relacion inmediata con la formacion del hombre, su existencia y destino. Impresionado como otros muchos cristianos por la idea del inmenso mal que Mr. Renann y otros escritores del siglo se proponen sin duda causar al mundo entero, procurando necia y malamente destruir las creencias cristianas, y arrojar á la sociedad en un nuevo caos, me he introducido en un terreno ageno, al parecer, y notoriamente superior á mis fuerzas y

conocimientos; pero enlazado en parte ese punto con las demás doctrinas que sustento, he creido que mi fé y mi grande y buen deseo podrían en algun modo suplir la falta de competencia. Nada, de consiguiente, sentiría tanto como el que se comprendiera que bajo algun concepto habia pecado intencionalmente y faltado á la veneracion y reverencia que las verdades religiosas merecen, al respeto y acatamiento que se debe á la Autoridad, tanto eclesiástica, como civil, y á las consideraciones de que son dignos los profesores de las ciencias médicas y naturales.

FIN.

Parte primera

(El encuadernador se equivocó, poniendo la 2ª parte antes, q.e la 1ª)

DISCURSOS ESPOSITIVOS.

INDICE DE LA PRIMERA PARTE.

A los que fueron mis maestros.
No estoy con vosotros; ¿por qué no lo estoy? — desde la página 1.ª á la 11.
Exámen crítico de la doctrina Alopática; — desde la 11 á la 45.
A la juventud médica. *Yo no creo en la Homeopatía*; — desde la 47 á la 64.
Doctrina Hahnemanniana; — desde la 65 á la 92.
El posible. *Un glóbulo ¡pobre glóbulo!* — desde la 99 á la 119.
El Hecho, ó sea pruebas de la accion de nuestros medicamentos; — desde la 121 á la 192.
Entre comprofesores Homeópatas; — desde la 193 á la 216.
Nuestros malos éxitos; — desde la 217 á la 238.
El reformador de la Medicina; — desde la 239 á la última.

52645

EXÁMEN CRÍTICO

DE LA

MEDICINA ALOPÁTICA

DESDE SU ORÍGEN HASTA NUESTROS DIAS.

DISCURSOS ESPOSITIVOS

de los principios dogmáticos de la medicina homeopática:
Hahnemann como reformador;
y
Profilasis de las enfermedades epidémicas
y hereditarias por el principio de los semejantes.

OBRA ESCRITA

POR EL LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUJÍA

DON MANUEL DE LA MATA Y ALVAREZ,

MÉDICO HOMEÓPATA.

VALLADOLID:

Imprenta, Librería Nacional y Estrangera de Hijos de Rodriguez,
Libreros de la Universidad y el Instituto.

1864.

PRÓLOGO.

Afiliado con entera fé en la Escuela Homeopática y decidido á ser apóstol activo de la verdad médica, mi separacion de la Escuela Alopática, despues de serios estudios sobre ella y de profundas reflexiones acerca de sus principios (aéreos é infundados para mí), me obliga para con mis maestros, mis amigos y el público todo, á que les haga la esposicion del dogma que constituye mi creencia y un juicio crítico de los principios que abandono.

Concienzudo apreciador por otra parte de los infundados ataques que la Homeopatía sufre, y observador impasible —hasta hoy— de los dichos que sobre la misma se permiten aquellos que no han pensado bastante en las consecuencias de tal conducta; creo que al fin ha llegado el dia en que en esta capital, poblacion de grande tradicion y representacion científica, debamos abrir una lid á tan encontrados principios, lid noble, lid franca, lid digna; como elevado es el sacerdocio que en la sociedad ejercer debe la medicina.

Conociendo las diversas propiedades que los cuerpos ofrecen segun que los consideramos para su estudio en uno de los cuatro estados diferentes en que los hallamos en la naturaleza bajo las formas *sólida*, *líquida*, *gaseosa* y *dinámica*,[1] he debido señalar, que nuestras leyes *fisiológica* y *patológica* arrancan del **dinamismo universal** movido por la mano del Omnipotente: la primera, en cumplimiento de la *armonía (salud)*, representada en el hombre sano, bajo el principio *dinámico-vital* "**similis similem quærit**"; y la segunda, por la *desarmonía* individual *(enfermedad)*, representada en el hombre enfermo por la perturbacion en el cumplimiento de aquel principio *dinámico-vital*. Que nuestra ley terapéutica "**similia similibus curantur**", aplicada con sujeccion á la individualizacion más estricta de las enfermedades, partiendo de la base de la *esperimentacion pura*, determina el restablecimiento de la **armonía** *(salud)* en virtud del *dinamismo* desenvuelto en nuestros medicamentos por las manipulaciones farmacéuticas homeopáticas.

Abrigando la creencia de que el público en general y mis comprofesores alópatas especialmente, desconocen el crédito que la Homeopatía tiene ya en el mundo, debiendo probar la certeza de nuestros *hechos*, me he considerado obligado á hacerlo llamando su atencion sobre éste punto tan interesante.

(1) Creo que el autor no hace bien en añadir la forma dinámica a los cuerpos: [illegible] existe, y se hace cuerpo material [illegible] verdaderamente [illegible] de los cuerpos: sólido, líquido, gaseoso y dividida forma dinámica no es materia (y por tanto no puede afectar figura): es fuerza, es actividad, es dinamismo que proviene del Ente Omnipotente: el universo existe, que Dios está ejerciendo constantemente el influjo que le señalara sobre los átomos de los cuerpos tan [illegible] de la naturaleza [illegible]

Admirador además de la gran figura que en la historia de la ciencia representa y representará nuestro inmortal Maestro como reformador, he considerado tambien un deber darlo á conocer bajo éste punto de vista.

Por último, y sobre todo, celoso del honor del siglo á que pertenezco, no me ha sido posible mirar con fría indiferencia la contradicion abierta en que se ha querido poner á la ciencia médica con la verdad única y universal, esto es, con el principio católico.

He aquí esplicado el objeto de éste libro. ¿Habré llenado dignamente deber tan delicado y sagrado? Lo dudo: es, lo confieso, un trabajo superior á mis fuerzas: no podría, pues, sin vanidad jactarme de haberlo cumplido; pero, como, al tratar de llenar un deber el hombre, está obligado á hacer lo que esté á su alcance, de aquí que no vacilase intentarlo, bien que para ello me he servido de los trabajos literários de Hahnemann, Granier, Simon (padre), Teste, Pomerais, el del autor del Anuario de Medicina Homeopática Sr. Alvarez Araujo y Cuellar y hasta del brillante dictámen del jurisconsulto eminente D. Juan Bautista Alonso en contestacion á una consulta que le dirigió el médico homeópata D. Zoilo Perez.

La naturaleza de éstos discursos haría dificilísima la posicion de su autor como crítico; pero conste que al constituirse en tal, sólo lo es de los principios; por lo demás, cualquiera que sea la escuela médica á que el profesorado corresponda, es y será siempre digno del mayor respeto para el que habla.

-cion, q.e.d. (segun la categoria del sér vivo) y para que conserve
la salud (siempre q.e. no haya obstáculo á q.e se cumpla en el organis
dinámico-vital el "similia similem quærit;" pues cuando
influencia perturbadora (causa morbosa) viene á oponerse
-ner trabas al cumplimiento del "similia similem quæ
-rit" entonces la enfermedad, es decir la cesacion (más ó
duradera, y d. mayor ó más limitada dominio, segun los ca
la cesacion de esas impulsiones (celulares, moleculares, o
-mico-orgánicas) provenientes de la fuerza ó dinam
-mo (q.e á la razon está desarmonizado), razon por la
no se puede cumplir la Ley fisiológica del "similia

Á LOS QUE FUERON MIS MAESTROS.

No estoy con vosotros; ¿por qué no lo estoy?

Considero imposible ignoreis, que, fuera de las verdades que nuestra presuncion llama absolutas y que pueden admitirse como tales, hay un *dogma inolvidable y supremo*, tan grande como la esperanza, tan modesto como la verdadera sabiduría, y tan alto y tan sagrado como el designio y el deber de conservar abierto, á todas horas, el templo del porvenir á la república de los sábios que Dios envia á la tierra, segun la plenitud respectiva de los tiempos y de los siglos, exentos de las pasiones *que fueron*, y libres de los errores que *son* para honrar con nuevos presentes á los hombres.

La ciencia se expone; no se impone.

La ciencia no es *hermética* sinó *expansiva*, *dilatada*, *creciente*, *exploradora*, *experimental y sucesiva*.

Vosotros ignorais ménos, que *sólo á la verdad completa*, *perfecta*, *incontrastable*, *segura*, *incondicional y real y positivamente absoluta y divina*, que nuestra pequeñez no alcanza sinó rarísimas veces, y eso á nuestro parecer, compete el privilegio de legislar sobre las generaciones venideras; salvo siempre el derecho de esas mismas generaciones.

Que si la ciencia *es evidente*, es decir, verdadera, por sí-misma, por su virtud, por sus energías vitales, por su esencia, por sus atributos, por sus pruebas intrínsecas, escrupulosamente reflejadas en leales, adecuados y oportunos esperimentos, ella sola, *chiara è vera da se*, como cantaba el Dante en su divina comedia, se manifestará progresivamente al mundo entero con su omnipotencia y su grandeza.

Que, por esa y otras causas, cuando un nuevo descubrimiento se anuncia en el mundo, sólo se le debe oponer la resistencia, templada, circunspecta y prudente, como despertador del estímulo que aviva, de la accion que regenera, de la luz del sol que se sobrepone siempre al horizonte.

Que la ciencia, sólo pertenece á la progresion indefinida de la humanidad y el tiempo, en el espacio ilimitado de la historia.

Que el senado de la sabiduría no se halla en ninguna parte concreta, sinó que vive, funciona y legisla en todo el globo.

Que la sabiduría *no se manda*; *se inspira*, *se adquiere*. Muestra de la divinidad, vive por ella, mediante la íntima y paciente especulacion del alma y de la inteligencia humana, no incrédula y altiva, sinó creyente y sumisa en la vida y la existencia de su propia libertad y de su eminente señorío. Haz *sucinto (intellige verbum)* de rayos convergentes, es anterior y superior á todas las potestades y preocupaciones terrestres, de suyo transitorias, y pasa por cima de ellas y las desdeña y las borra, como desaparecen en breve esas vaporosas nieblas que al amanecer se levantan del cristalino tablazo ó de la sosegada ó turbia corriente de las aguas; *perpétuo* mensajero de la *buena nueva*, es el árbol de la gracia, es el árbol predilecto de Dios que tiene sus eternas raices en el cielo, su tronco en la inmensidad de las distancias, y sus ramas y sus frutos cerca de nosotros; pero distantes del alcance *de la intolerancia*, *de la tiranía y de la envidia*.

Que en nuestros dias no hay monopolio del saber ni contra el saber, ni privilegio que se le oponga, ni veto eficaz al progreso, ni dogmatismo absoluto y exclusivo, ni dinastías misteriosas de sábios heredados, ni ciencia oculta repartida como de limosna á pueblos menesterosos é ignorantes. La sabiduría pertenece á las naciones por una suprema merced del cielo y por derecho propio de laboriosidad y de conquista.

Por una merced del cielo; porque nada de él toma asiento

en la humanidad, sinó cuando ésta sabe sentir y llorar, pidiendo con sus lágrimas el bien á que tiene derecho, y porque, si la desventura, el llanto y el corazon son la augusta y santa plegaria de los pobres que sufren, *la ejemplar dignidad de la ciencia independiente, pero atenta á la prosápia de su sér, nada puede alcanzar sinó levantándose á las más altas regiones del espíritu á que le sea dado subir, meciéndose en ellas con ordenada penetracion, y soñando ó despertando en ellas para una vida mejor, como quien pretende encontrar, si no el manantial de la luz, algo de sus veneros y corrientes, ó algo siquiera de sus armoniosos rumores, que únicamente se avecinan al que vive y muere para oirlos.*

Por derecho propio de laboriosidad, de desvelo y de conquista; porque si los hallazgos del acaso son presentes divinos, otorgados al ánimo caido que desfallece en la impotencia, postrada por el sobre peso de la esterilidad y de la duda, no hay que olvidar que el *sudor* de *nuestra frente*, el de *cada uno* y *el de todos* sin ~~absorcion~~, en todos los órdenes, en todas las esferas, en todos las condiciones, es *con nuestra aptitud y libertad, y con la excelsitud* de *nuestro orígen*, el gran título primitivo y auténtico de nuestra legitimidad individual y social, sagrada siempre, que que se comparte con todos y no se comparte con ninguno.....

Pues ahora bien, vosotros sábios profesores encargados de formar instruyendo la juventud médica, y vosotros tambien los que os llamais y considerais únicos representantes de la medicina tradicional, vosotros todos sacerdotes sublimes (y humanos como yo) que curais tantos de los males de nuestros semejantes y los consolais en todos ellos hasta con bellísimas mentiras de una caridad *profunda* y *generosa*, derramando torrentes de piedad y amor sobre el colmo de sus aflicciones con el bálsamo de la esperanza y el misterio, en los amarguísimos é inefables momentos de sus más hondas tribulaciones, oidme, oidme, si os place, unos instantes.

¿No es verdad que en el estudio de los varios sistemas médicos, *dudais* alguna vez, *dudais* de veras muchas veces, *dudais* realmente con frecuencia, en medio de vuestro anheloso fervor?

¿No es verdad que *dudais* y á menudo, cerca del rostro y las entrañas del enfermo?

¿No es verdad que os sorprenden, de cuando en cuando, ocultas, misteriosas y complicadas enfermedades, que turban vuestro sueño y os obligan á pruebas y elucubraciones infinitas?

¿No es verdad que, en vuestro desvelo, acudís continuamente á las fuentes de la historia, á los ejemplos de la esperimentacion, á la filosofía práctica del tiempo, á los casos que os parecen escéntricos, á las enseñanzas materiales, á las crísis parecidas al tipo de vuestra observacion, á los adelantos *meramente* empíricos y tal vez *casuales* de vuestra ciencia, á las relaciones y enlaces generales y especiales entre la naturaleza y el hombre, á la clínica semi-muerta de millares de volúmenes, y á la clínica viviente y actual, á la ley general del organismo, á los temperamentos, á las modificaciones y á toda clase de motivos y accidentes?

¿No es verdad que cada enfermo es una arca misteriosa en que puede haber *algo que ignoreis*, á pesar de vuestras disecciones?

¿Sabeis disecar al hombre vivo sin quitarle la existencia?

¿Habeis sorprendido la prodigiosísima máquina humana, funcionando en sus funciones necesarias, en sus funciones libres é inteligentes, en la íntima y secreta perturbacion de las unas y de las otras, de tal manera que se os haya revelado íntegra la ley de la vida, y sepais descubrir *precisamente* el todo en la parte y la parte en el todo para conservar y restablecer esas funciones?

¿Sabeis cuánto es necesario saber acerca de la doliente humanidad?

¿No hay *mas allá* en las ciencias físicas y en el *conocimiento relativo al hombre enfermo*?

¿Se acabó todo progreso, al morir el padre de la medicina antigua?

¿Nada ha adelantado la ciencia *desde* Hipócrates hasta nuestros dias?

¿La química, todas las ciencias que se llaman naturales; la anatomía, la toxicología, la estática, la dinámica, el estudio de los fenómenos etéreos, el de los efluvios-morbosos, el de las fuerzas y elementos imponderables, el de las causas imperceptibles, el de las causas morales, el del espíritu, en fin, en sí mismo y en su relacion con la materia que no sin torpeza y suma impropiedad apellidan inerte, y con la materia viva y creadora, pagan tan cumplido tributo á la medicina y se reunen é identifican, y de tal modo, en cada profesor, que nos den en un solo punto luminoso y reflexivo la medida de la universalidad omnisciente?

¿Lo sabeis hoy todo vosotros solos?

¿Es vuestra terapéutica un plan de *derecho divino*?

¿No sabreis mañana mas que hoy, y dentro de algunos años mas que ahora, si no sois ciegos adoradores de una falsa deidad de tres semblantes que, segun cuentan, se llaman *la tenacidad, la pereza y la rutina*?

¿No decís vosotros mismos que hay enfermedades incurables, misterios inaccesibles, abismos á que no alcanza vuestra sonda; curaciones que os maravillan, remedios y tratamientos que os sorprenden; operaciones ó procedimientos admirables que os suspenden, accidentes que os sobrecojen y muertes que os espantan?

Yo que solo sé lo mucho que ignoro; yo que os amo y os respeto á todos; porque lo mereceis, y porque mi porvenir y el de mi familia ha dependido en gran parte de vuestras decisiones, quiero departir aún con vosotros un instante.

Abrigo la mas grande conviccion de que es un deber vuestro inevitable estudiar todas las escuelas médicas, exponer todas sus doctrinas, manifestar antes sus principios, y llegar *no por* una dialéctica externa, sinó por una meditacion serial y profunda, hasta sus inmediatas, ordenadas y postreras consecuencias, sin condenar ni exterminar ninguna escuela de las que ya tienen carta de naturaleza en el mundo, y de las que pueden tenerla por el consentimiento, la libertad y la aceptacion expresa ó virtual de los gobiernos y los pueblos.

Mirad que *la duda* es un fenómeno de la *libertad* que trae consigo la *eleccion* y deja el campo libre para *ella*.

Mirad que la *imperfeccion* es el constante reclamo de la *libre accion inteligente* para la obra santa del progreso en nuestra ciencia, que no es la de tal ó cual sistema, como *absolutamente* necesario.

Porque somos *imperfectos* somos *perfectibles*. Lo que digo del hombre lo digo de sus obras. Las obras del hombre son el hombre mismo en accion.

Criticando, censurando, exponiendo, demostrando, haceis muy bien.

Aspirando á la perfeccion obrais mejor.

Combatiendo con ceguedad, cohonestando los hechos, gastando vuestra preciosa energía en una resistencia que solo se legitimaría por la posesion absoluta de la verdad y la evidencia, vais, de seguro por mal camino.

Como no es perfecto vuestro saber, ni la ciencia es vuestra esclava, *todos tenemos derecho* personal para acercarnos á sus aras.

Lejos de ser esclava de nadie, es la maestra universal y levanta su trono en todas partes.

Porque vé la imperfeccion de los dioses de la tradicion, busca la perfeccion en el Dios de la unidad, sin ahogar ninguna de sus manifestaciones inmensas.

Hubo un dia, en que la ciencia padeció una crísis, que bien puede representarse, teniendo presente aquel apotegma:

Cum in dubio est animus, húc et illuc vertitur.

Un hombre, un sábio, un ciudadano de la patria universal no consulta los astros ni las entrañas de las víctimas, ni las preocupaciones del vulgo, ni los cuentos de los adivinos, ni la baja industria de los agüeros y los hechizos, ni la voz de los charlatanes, ni el signo de los saludadores, sinó que en vista de una larga y profunda observacion, pone su ánimo en la duda, da vuelta con él por los penetrales del alma, medita, explora, reune, compara, purifica, pesa las fuerzas que encuentra, y, haciendo, por estos actos de verdadero derecho propio, una prueba santa de libertad é inteligencia, se anuncia al mundo con una doctrina médica emanada de un principio.

Sea bien venido. La razon, la libertad, el estudio y el amor de la humanidad le trajeron de nuevo cerca de ella. Respetémosle: no tenemos nosotros títulos mejores que los suyos.

Dios nos ha mandado la *duda* para excitar nuestras fuerzas, despertar nuestro sentimiento, adquirir ideas semejantes á la perfeccion, y vivir y andar y trabajar con ellas todas.

Solo á *Dios* es dado el *reposo*, verificado el portento de la *creacion*. Nosotros..... nosotros somos *imperfectos*.....

Permitidme os ruegue, no os detengais en el dia de ayer, con ambos piés clavados en el suelo, sinó para recordar que tenemos una *historia*. Y que seais en la ciencia como el movimiento ascendente.

No permitais que os llamen intolerantes ni estadizos. Mirad que *la sombra* de la libertad es la noche de la vida.

Si, por ventura, hubiéseis visto con los ojos del entendimiento lo mejor, y como mejor lo hubiéseis probado; no seais perseverantes ni pertinaces como Medea.

Recordemos que si las célebres palabras: *Video melliora, provoque, deteriora sequor*, aparecen como una prueba de la libertad del albedrío, pudieran citarse como fatídicas. Hay algo de sibilítico en ellas. No invoquemos la *necesidad* como la espresion del *deber*, ni el *deber* sinó como espresion del *derecho* y la evidencia. El ciego imperio de la *pasion* es una protesta subversiva contra la razon que delibera y la ciencia que sanciona.

En virtud de un *deber*, espresion del *derecho* y la evidencia, debo anunciaros, que *no estoy con vosotros* porque no representais la verdad en terapéutica.

¿Deseais las pruebas? — Hélas aquí.

Dispensadme que principie señalando algunos preliminares históricos.

La medicina ha existido en todo tiempo, acaso sea la ciencia mas antigua, pues que nació del primer dolor, del primer desacuerdo *de la gran fuerza vital* que preside todos los actos funcionales del organismo viviente.

En los primeros tiempos, todas las operaciones destinadas á restablecer la salud, eran evidentemente los actos del mas ciego empirismo; se curaba, sì; pero se curaba sin saber, por qué, ni cómo. ¿Se sabe mejor en nuestros dias? — Acaso no, y, en confirmacion de esto último, despues expondré los juicios emitidos por ilustres profesores de escuelas médicas muy consideradas en Europa.

Desde la más remota antigüedad se conocian gran número de remedios para la curacion de tal ó cual enfermedad, y estos remedios constituian, entónces, todo el arsenal terapéutico; éste se trasmitía de familia en familia por la vía de la tradicion, y dicho arsenal se enriquecía poco á poco con nuevas esperiencias. Los reyes, los héroes, los poetas y los sacerdotes eran desde luego los principales médicos y los depositarios de todos los conocimientos adquiridos, los sacerdotes sobre todo, porque se miraban las enfermedades como castigo de los Dioses. Los Egipcios, los Indios, los Judíos y los Griegos tenian por médicos á sus sacerdotes. La antigua mitología tenia Dioses para todo; debia tener, pues, quien presidiera á la salud: y los Griegos llegaron aún, hasta divinizar á los hombres que consagraban especialmente su vida á cuidar á los enfermos: asi es que Asclepias ó Esculapio, fué Dios de la medicina. He aquí por qué sus

sucesores se llamaron Asclépiades. Estos, pues, se componian de las familias que descendian directamente de Esculapio: este Dios tenia templos en Cóo,(1) en Cnido, en Pérgamo y Epidaura.

Largo tiempo la medicina fué el monopólio de los Asclépiades, y no salió del Asia menor. ¡Y qué medicina entónces! Eran las prácticas más supersticiosas, que por mano de los sacerdotes se mezclaban con las prácticas más supersticiosas aún del paganismo.

Pero lleguemos al siglo brillante de Sócrates y Pericles. En esta época el estudio de la filosofía tomó una súbita y general estension, y llegó un momento en que los filósofos quisieron hacer entrar al hombre en el dominio de sus investigaciones, y llegaron, no solo á estudiar, sino áun á practicar la medicina. Desde entónces esta ciencia salió de las manos de los Asclépiades, y todos sus secretos se descubrieron.

En este tiempo fué cuando apareció la *gran lumbrera médica de la antigüedad*, *el célebre Hipócrates*, nacido en la isla de Cóo, 460 años antes de J. C. y descendiente de la familia de Asclépiades. *Este profeta médico* brilló con todo su esplendor durante la guerra del Peloponeso. Reunió todos los hechos adquiridos en la ciencia médica antes de él por los sacerdotes, que en los templos los escribian sobre tablillas; hizo su recopilacion y despojó á la medicina de las supersticiones de sus predecesores, y divulgó los métodos curativos que, hasta él, habian permanecido secretos. Desterró las ideas hipotéticas, con ayuda de las cuales, se buscaban las esplicaciones de los fenómenos de la naturaleza. *Proclamó, sobre todo, la excelencia de la observacion en medicina, y demostró que solo por ella debiamos elevarnos á establecer principios generales.* En esto podemos decir que, Hipócrates fué el precursor de Bacón, como depues espero probar, que éste lo fué del gran genio que hoy es, y siempre será, la encarnacion de todas las verdades médicas. Permitidme declarar de lo íntimo de mis convicciones; que si á Hipócrates le hubieran precedido Berzelius, Arago, Harvey, Vesale, Geoffroy Saint Hilaire, este venerable anciano, reconocido y considerado por mí como *profeta médico*, todo lo habria dejado ya hecho en medicina. Lo precedente no fué un hecho; por consiguiente el divino anciano de Cóo, como puede llamársele, dejó por testamento á las generaciones médicas todos sus secretos y todos sus principios, que bajo el nombre de Aforismos (tras-

(1) Cos (isla de) = Patria de Hipócrates y de Apeles = Esta isla lleva hoy el nombre de Istanakivi.

curridos 23 siglos) hoy debemos conservar con veneracion y dedicarles horas de meditacion. Este gran genio llevó la generosidad hasta hacer la confesion de sus defectos, y, como sucede siempre, fueron éstos, sobre todo, los que más heredaron los médicos sus sucesores.

Su hermosa doctrina, no duró largo tiempo; cayó la Grecia, y con ella filosofía, medicina, ciencias, artes, etc. Todo se eclipsó y quedó en la sombra de la decadencia, hasta el momento en que apareció la escuela de Aristóteles, que indicó vagamente la necesidad y utilidad de los estudios anatómicos. A la escuela Aristotelica, siguió la de Alejandría, que, bajo la direccion de los Ptolomeos, dió alguna más libertad para el estudio de la anatomía.

Despues de la decadencia de Grecia, se ejecutó un movimiento de transicion de Occidente á Oriente; la medicina pasó á Italia con las ciencias, letras y artes. Entónces Galeno intentó hacer revivir á Hipócrates en Roma; como Virgilio y Horacio hicieron revivir á Homero y Eurípedes.

Galeno, nacido en Pérgamo el año 131 de J. C. ejerció allí algun tiempo despues su arte y llegó en seguida á Roma dónde fué médico de los Emperadores Marco Aurelio, Verus y Cómodo.

Galeno es el verdadero padre de la medicina actual, de la alopatía. Él, es quien creó la polifarmacia y fecundó las dolorosas prácticas de sangrías, sanguijuelas, purgantes, cauterios, sedales, vejigatorios y otros medios terapéuticos semejantes. Trató como dejamos dicho de hacer revivir la doctrina de Hipócrates; pero no propagó sinó sus defectos, y en lugar de hacer avanzar el arte médico, lo hizo retroceder á la época de los Asclépiades. Si Galeno tiene el mérito de haber ensanchado el círculo de los conocimientos anatómicos y quirúrgicos, tiene tambien la responsabilidad de haber estrechado el círculo de la medicina propiamente dicha, y, con esto, el haber hecho sufrir á la ciencia un movimiento de retroceso; porque, ante todo, un práctico debe ser *médico*. No lo dudeis, se puede saber muy bien la anatomía, manejar con perfeccion el cuchillo quirúrgico y ser un malísimo médico.

Imbuido en las ideas de Aristóteles, Galeno quiso esplicarlo todo, en medicina como en física, por lo que él llamaba los cuatro elementos, aire, agua, tierra y fuego, y no veía en todas partes, sinó calor, frio, sequedad y humedad. Caminando

desde luego fuera del método de observacion de Hipócrates, no supo librarse del espíritu de hipótesis. Ecléctico en filosofía como en medicina, fundía todos los sistemas; y no pudo edificar ninguno sólido. Dotado de una prodigiosa facilidad para expresar su pensamiento y de una erudicion inmensa, no supo servirse de ella sinó solo abusar. Y, no obstante, lo repito, Galeno es el Padre de nuestra antigua medicina, y su estátua debia estar en el frontispicio de nuestras escuelas, mas bien que la de Hipócrates, porque tan lejos está Galeno del divino Hipócrates, como Aristóteles del divino Platon.

Me veo obligado á limitar á lo dicho las consideraciones generales sobre estos dos médicos, los mas célebres de la antigüedad: los otros rasgos característicos de su doctrina, es posible me ocupen en otro lugar.

Despues de la caida de la Grecia, acaeció la del imperio romano, y como la medicina habia seguido la primera decadencia, asi siguió la segunda; es decir, volvió á ser lo que habia sido antes de Hipócrates. Todavía fué entregada á la supersticion y empirismo y se encontró envuelta como todas las otras ciencias en las tinieblas de la edad media. Solo los monjes la salvaron del naufragio; pero fué de tal modo degradada, en esta época, que los papas y los concilios defendian su ejercicio por los sacerdotes; la cirujía, sobre todo, padeció una severa interdicion, y es de este tiempo, del que data la verdadera separacion de la cirujía y la medicina.

Entre tanto, poco á poco las preocupaciones se iban borrando, y se comenzó á entrever en el horizonte el primer rayo del progreso. Una era más dichosa se preparaba en medio de acontecimientos bien opuestos, porque en el siglo XIII, en el seno de la lucha política, empeñada entre Felipe el hermoso[1] y Bonifacio VIII, Federico autorizó en la Sicilia y Bolonia la diseccion pública de un cadáver, cada cinco años. El sábio Morchini fué el primero que, aprovechando este privilegio, fué tambien el que, publicando el resultado de sus estudios, pudo ver que su libro obtuvo mayor éxito despues del de Galeno.

Mas tarde, en 1374 la facultad de Montpeller obtuvo del Vaticano permiso para abrir los cuerpos; y en el siglo ~~XIV~~ XV el Papa Sixto IV hizo general este permiso. Entónces, dado el impulso á los estudios anatómicos, se esparcieron en todas las universidades de Europa, y las verdades caminaron unidas.

(1) Felipe 1.º de Francia

Mientras que el escalpelo del anatómico descubria parte de los secretos que los cuerpos humanos encierran, Cristóbal Colon descubria el nuevo mundo, y la Imprenta apareció como un Verbo nuevo bajado del cielo para propagar y engrandecer las conquistas de la inteligencia y del progreso.

Entónces, la medicina renació con todas las ciencias, se dió principio á reunir y comentar las obras de los antiguos y la tradicion médica vuelve á tomar su marcha.

Al principio del siglo XVI, Vesale creó la anatomía humana; un siglo despues Harvey descubrió la circulacion de la sangre; Pecquet, el receptáculo del quilo; y estos dos anatómicos inmortales, trazan á las investigaciones y esperiencias, el verdadero camino de la fisiología.

Todo se hace en aquella memorable época; Galileo abre el campo de las matemáticas; Descartes el de la filosofía; Bacón el de todas las ciencias; el paso está dado, todo marcha.

Me veo obligado á cerrar aquí nuestra digresion histórica; pues desde esta época hasta nuestros dias, hay mucho que decir.

Todo lo que nos importa saber, se ~~reasume~~ resume en lo siguiente: cuando la filosofía entregó á los investigadores casi todos sus secretos, los sistemas para explicar la naturaleza del hombre se dividieron en dos categorías bien distintas, los unos no vieron sinó el alma ó el espíritu, y formaron el espiritualismo ó el animismo. Stalh y Vanhelmont son los autores de éste sistema adoptado en Francia por la Escuela médica de Montpellier y continuado por Barthez, Berard y Lordat.

Los otros no ven en el hombre en salud sinó la materia, y en las enfermedades los órganos, y forman el materialismo ó el organicismo. Hofman y Boerhaave son los autores de éste sistema adoptado por la Escuela de Medicina de París, y continuado en la misma por Cabanis, Bichat, Brousais, Corvisart, Piorry, etc.....

Esto no quiere decir que estos sistemas sean nuevos, y daten solo de la época de todos estos hombres célebres; no son, al contrario, tan viejos como los médicos y filósofos mas antiguos. Son ideas viejas restablecidas por una ciencia mas moderna, como despues vereis.

Volvamos á nuestro objeto, que es el estudio médico del hombre, y permitid que antes esponga algunas consideraciones generales, que os ayudarán á comprender todo lo que siga.

El hombre.

Coloco, pues, el hombre ante vuestros ojos, y sobre una mesa de diseccion á este hombre muerto, dicho de otro modo, un cadáver. Considerándole enseguida como una máquina, la desarmo todas las partes de que está formada, os describo las ruedas, los engranes y los resortes, y damos un nombre á todas estas piezas. La ciencia que se ocupa del análisis de éste aparato, máquina, se llama *anatomía*. Animamos enseguida ésta máquina por la llegada del vapor; es decir, animamos éste cádaver por la llegada de un alma, de un principio vital. Consideramos esta union llenando funciones, hacemos de este aparato un hombre. Este hombre se endereza, camina, digiere, vé, oye, habla; en una palabra, funciona. La ciencia que se ocupa del ejercicio de estas funciones, la llamamos *Fisiología*.

Pero este hombre, animado y diligente, destinado á recorrer una revolucion mas ó menos larga, cumpliendo su destino en los actos formales de la vida, este hombre se puede transtornar. Todas sus piezas pueden ser atacadas en su funcion y en sus relaciones. Considerado en la armonía universal este teclado vital, se puede alterar en todas sus notas y en todos sus tonos. Compuesto de partes duras y blandas, de partes líquidas y fluidas; en fin, de espíritu y materia: este hombre puede esperimentar, tan multiplicadas lesiones, como multiplicidad de tejidos hay en su organismo. Pues la ciencia que se ocupa de todos estos trastornos, la llamamos en general *Patología*.

Cuando el hombre, perturbado asi en su camino, se vé forzado á suspender su actividad, cuando la armonía de sus relaciones se altera; cuando el equilibrio en sus funciones se rompe, lo examinamos, llevamos nuestras investigaciones á la causa de éste desórden y á las partes desordenadas, y cuidamos de restablecerle en su armonía y equilibrio; combatimos en una palabra sus enfermedades, y trabajamos para restituirle la salud. Este es el oficio de la terapéutica. Y para esto empleamos medios, tenemos un arsenal, que encierra todos los instrumentos necesarios para diversas operaciones; en una palabra poseemos los remedios aptos para curar estas enfermedades. Pues el conocimiento de estos remedios y la manera de administrarlos, componen la *materia médica*.

El hombre puede ser considerado además bajo otros muchos aspectos, y estas consideraciones, aunque principales, no abrazan no obstante, todas las partes de la medicina. Pero no debemos aquí examinar sino estas relaciones generales: El hombre organizado, activo, pensador, enfermo, curado, he aquí nuestro solo objeto.

Parece desde luego que el análisis de estos materiales debiera ofrecer á todas las investigaciones los mismos resultados; parece que un faro giratorio debiera presentar á todos los ojos las mismas faces y los mismos colores; pues bien, no es así; el hombre en salud y en enfermedad ha sido visto por cada Escuela de una manera diferente, y hallareis, sobre todo, entre la escuela alopática y la escuela homeopática opiniones del todo opuestas; deseais las pruebas? — Hélas aquí.

Entremos para ello, lo primero, en el templo Galénico. Examinemos esta doctrina que se llama *alopatía*, veremos enseguida á su rival la *homeopatía*, y espero conocereis desde luego claramente, su constitucion propia y su diferencia.

Si consideramos al hombre bajo el aspecto anatómico; es evidente que todas las escuelas estarán acordes. Aquí nada se puede cambiar ni modificar: El hombre presenta á todos los escalpelos los mismos tejidos, y á todos los análisis los mismos elementos. El hombre es completo en su estructura y organizacion; tal cual es, estamos obligados á aceptarlo, lo cual creo es un gran bien. Porque si Dios no se hubiera reservado el secreto de su obra, sería probable que alguna mano atrevida en su necio orgullo, hubiera osado tocarla, y la hubiera perdido.....

Pero si consideramos al hombre bajo el aspecto fisiológico, ¡oh! las escuelas se dividen, y las opiniones diferentes se declaran desde luego enemigas. Desde este momento, cada uno de los combatientes se retira á su campo, y prepara sus medios de ataque y defensa.

Examinemos, pues, la Escuela de París, esa reina del mundo médico, (puesto que como tal la consideran nuestros comprofesores los alópatas) y veamos si no ha inmolado las tradiciones hipocráticas, sobre el altar de un orgulloso racionalismo.

Preguntemos á dicha escuela lo que es el hombre; y quedaremos admirados de su respuesta; vais á verlo en un instante.

Los médicos como los filósofos se han ocupado en todo tiempo en esta cuestion; y si echais una mirada general sobre la historia

de la filosofía y la de la medicina contemporánea, vereis que con el carácter de síntemas caminan por dos vías paralelas. Que el viento filosófico haya estado en el espiritualismo ó en el materialismo, en el dogmatismo ó excepticismo, en el tradicionalismo ó racionalismo; siempre el barómetro médico ha marcado fielmente todas sus variaciones.

La historia de estas variaciones es inmensa, no puede entrar en un cuadro reducido; me contento con indicarlo.

Atravieso, pues, todo el pasado, y llego á los tiempos modernos. Hácia el fin del último siglo, el famosísimo Cabanis, á la vez, profundo filósofo y médico hábil, profesor de la Facultad de París, llevó á dicha Escuela el gérmen del materialismo, gérmen que despues ha sido fecundado por la misma enseñanza, gérmen que se ha irradiado á todas las escuelas médicas de nuestra nacion: y que hoy ya se ha convertido en un árbol inmenso, cuyo vasto ramaje, cubre, segun mi parecer, á la jóven generacion médica.

Mucho antes que Cabanis, el célebre filósofo Descartes, con su teoría de los instintos animales, habia declarado que las bestias son puras máquinas, autómatas puramente materiales, un órgano como él decía, animado por el soplo de vida, y que habla bajo los dedos del artista. ¡Error profundo! Pero de esto á declarar y sostener que el hombre tambien no era otra cosa, hay un abismo, y este abismo, Cabanis, arrastrado por la pendiente del camino en que se colocó, de un brinco audaz osó luego salvarlo, y, una vez al otro lado, proclamó que el hombre es materia, y nada más que materia.

Adoptad este sistema, si gustais vosotros, hijos de la filosofía del siglo XVIII; haced del hombre una máquina de vapor, y de su cerebro la caldera del pensamiento. Por nuestra parte lo rechazamos bebiendo en otra fuente de la que brota cristalina agua.

En la de París, á Cabanis sucedió Mr. Berard, hoy profesor de fisiología, decano de la misma Facultad, é inspector general de las Escuelas de Medicina en dicha nacion. El Discípulo ha sobrepujado al maestro, y este apóstol ardiente y fogoso del materialismo fisiológico, á imitacion de otros que nosotros conocemos, pero que no creemos necesario nombrar, siembra sus opiniones en el campo de la enseñanza, con la mano más pródiga.

Toma su escalpelo, diseca un animal, y no viendo sinó la materia, sólo habla de materia.

(1) En vez de "síntemas" ¿qué debe decir? ¿"Sistemas"?

Diseca un cadáver, y no viendo otra cosa que materia, solo habla de materia.

Abre su curso de fisiología, y como necesita dar á sus discípulos una definicion del hombre, la formula, como otros, atrevidamente, en la forma siguiente:

El hombre es un mamífero monodelfo bimano.

Como este libro pudiera ser leido por personas poco versadas en historia natural. Lo precedente tiene la significacion siguiente:

El hombre es un *mamífero* — es decir, un animal, como el mono por ejemplo, que tiene mamas para nutrir á sus hijos.

Monodelfo, es decir, tambien un animal como el mono, por ejemplo, que tiene un solo utero en el cual se fecunda y desarrolla el hijo hasta que llega á su completa formacion, y sale de aquí para ir á alimentarse de la leche de su madre.

Bajo este aspecto, el hombre es poco diferente de los marsupiales, cuyos hijos al salir del seno de su madre entran en una bolsa situada bajo su vientre, acaban en ella su desarrollo y salen para continuar su acrecentamiento como los demás mamíferos.

Estos deberian llamarse *didilfos*,[1] como lo ha propuesto Mr. Blamville.[1] El hombre, en fin, es un bimano; es decir, que tiene dos manos; no como el mono esta vez, porque éste es cuadrumano, es decir, posée cuatro manos; mas, como la mano es más perfecta que el pie, se sigue de ello que el mono, bajo este aspecto, es más perfecto que el hombre.

Hemos oido repetir tambien muchas veces, segun un célebre naturalista, que el hombre es un *animal razonable*.

Esta definición tiene de infundada é injusta, que, según su significación, el hombre es un animal razonable; pero siquier el epíteto que sigue al sustantivo le dá en seguida la razon.

Mr. Bonald le define. El hombre es una intelegencia servida por órganos. Si esta definicion es todavía imperfecta, en el sentido de que excluye la union hipostática de los dos términos; tiene al menos el mérito de demostrar que antes que todo, el hombre es espíritu.

Mas en la definicion del profesor de la escuela médica de París, qué veis? — Al hombre materia, al hombre animal, al hombre mono!.....

(1) ¿Didilfo ó didelfo?

Si ella pudiera representar la verdad, no debiéramos mostrar sorpresa si algun dia nos anunciasen que en los bosques de la Sumatra ó de Cochinchina los orangutanes se habian reunido para formar una Academia; y que en dicha asamblea, habia sido proclamado ó definido el mono por unanimidad..... un mamífero monodelfo cuadrumano..... y que despues, dando una larga carcajada y saltando de rama en rama, se habian dispersado por los bosques, cantando este refran democrático: los pueblos son para nosotros, hermanos!.....

El hombre, segun Mr. Berard, es un mamífero monodelfo bimano.

Y no vengais á decirnos que al dar ésta definicion el profesor de fisiología de la escuela de París ha querido solo hacer entrar al hombre en la clasificacion general de la Historia natural. Nada de esto podemos admitir. Mr. Berard es pofesor de fisiología, no lo olvideis: y como tal, cuando habla, lo hace del hombre fisiológico, habla del hombre que *piensa*, *quiere* y *comprende*.

Mr. Parchappe, en su *Historia física del hombre*, despues de haber hablado de ciertas analogías entre la estructura del hombre y la de los *animales*, añade:

«Se está aún mas preocupado de esta semejanza de orga»nizacion, para perder de vista la diferencia de naturaleza que »separa á la vida humana de la vida animal; para con»fundir abusivamente en un mismo órden los séres vivientes »con los animales; en una misma clase los animales con los »mamíferos, y en una misma familia con los monos bimanos, »al hombre que habla, piensa y cree en Dios.»

Detengámonos un poco sobre estas bellas palabras del profeta «Homo cum honore esset, non intellexit, et similis factus est insipientibus et jumentibus:» "El hombre no ha comprendido su grandeza y se ha hecho semejante á los insensatos y á los animales."

Es preciso que sepais ahora, que, para esplicar la entrada en accion del organismo, los fisiologistas materialistas no están todavía muy de acuerdo. Así: unos atribuyen esta accion á la esencia misma y á la naturaleza de los tejidos. El músculo se

contrae porque está compuesto de fibras contractiles: el corazon late en virtud de su propio movimiento, que se le comunica por el juego hidrostático de la circulacion, etc. Esto es mecánica pura.

Otros atribuyen esta accion á combinaciones químicas. En este sistema, todos nuestros movimientos se operan como la efervescencia que hierve cuando se efectúa la mezcla de ciertos cuerpos afines. Asi: la digestion se hace porque las sustancias alimenticias se ponen en contacto con tales ácidos y sales; la respiracion, por tales gases, etc.—Esto es química pura.

A las precedentes escuelas fisiológico-materialistas, se opone otra que ya he nombrado. Es debida á un hombre de preclaro ingenio Stalh. Solo me ocuparé de este sistema brevemente.

Este sistema pone un alma en el hombre, con lo cual yo estoy conforme; pero nó en los atributos que concede á la misma. Oidlos. El alma, segun Stalh, no solo puede pensar y querer, sinó que ella nos hace respirar, digerir y mover, presidiendo á todas nuestras funciones orgánicas. Este sistema, que representa una verdad inconcusa en el órden moral, no puede satisfacer en el órden fisiológico: Suspended, en efecto, por vuestra sola voluntad la circulacion de la sangre; paralizad, por la misma, el sistema nervioso que preside los actos de la vida orgánica..... La teoría de Stahl parece tener su orígen en la doctrina fisiológica, que cerca de un siglo antes que él fué proclamado por el célebre Van-Helmont.

El metafísico de Bruselas admitia en nosotros dos principios inmateriales; el arca, principio vital que penetra el cuerpo entero y ejecuta las funciones de digestion, nutricion y combate las enfermedades: y el Duumbirato, principio inteligente ó alma propiamente dicha; este principio reside, nó en el cerebro, sinó en el estómago y el bazo, y resulta de la union de éstas dos vísceras.

Este sistema, con algunas modificaciones, fué adoptado por una de las Escuelas médicas mas célebres de Francia, la de Montpellier. Esta escuela admite un principio vital en el hombre; es decir, una especie de fuerza oculta que sirve de punto de union entre el espíritu y la materia.

Bajo el punto de vista fisiológico, la escuela médica de Montpellier es la más perfecta. Pero ¿qué importa que admita el vitalismo en teoría, si no lo admite en la práctica?

Tambien en España conocemos profesores dignísimos que, ocupando posiciones oficiales en nuestras facultades de Medicina, admiten un principio vital en el hombre; pero ¿qué importa, que estos como los de Montpellier en fisiología, sean vitalistas, si su terapéutica es organicista como la de la Escuela médica de París? Conste lo precedente, porque, como despues probaremos, en una doctrina médica, es necesario, ante todo, la unidad de dogma.

Pasemos ahora á ocuparnos de la Patología.

Es bien sabido que no nos proponemos tratar aquí de las enfermedades quirúrgicas; éstas reclaman en todas las escuelas los mismos instrumentos y los mismos medios. — Acabamos de examinar al hombre en el estado de salud, vamos á examinarle enfermo. Pero, ¿qué es salud, enfermedad, vida?

Me guardaré bien de perder mi tiempo en ensayar la menor definicion de estas voces. Los médicos se han tomado inmenso trabajo en encontrar una; todos han ensayado el frotamiento mas vigoroso contra este granito; pero nunca han obtenido una chispa: todos han fundido sus riquezas en el crisol con el fin de lograrlo; pero jamás han podido descubrir el secreto de esta misteriosa alquimia; todos han rondado dia y noche alrededor de este palacio encantado, y como el estranjero de los cuentos árabes, jamás han encontrado la puerta. Y por otra parte, ¿para qué atormentarse el espíritu por querer descubrir la esencia de las verdades? Nosotros sentimos lo que hay en estas voces, ¿qué nos importa lo demás? Las matemáticas tienen sus axíomas ¿por qué la medicina no ha de tener los suyos? ¿No se os demuestra que la parte es más pequeña que el todo; que la línea recta es el camino más corto entre dos puntos?

No diré nada de la causa esencial radical de las enfermedades: ésta nos es completamente desconocida. No me ocuparé tampoco de la naturaleza de las enfermedades, porque creo que la ignoramos é ignoraremos siempre.

Nosotros nos atendremos á los fenómenos patológicos que, pueden ser accesibles á nuestros razonamientos, y examinaremos sucesivamente en las enfermedades, *su orígen*, *su manifestacion y su fisonomía.*

1.º — Orígen de las enfermedades.

Hemos dejado dicho, que la medicina, siempre arrastrada por la fisiología, habia caminado en todo tiempo al lado de ella; pero es sobre todo la patología, la que ha seguido esta gravitacion. Reparad tambien que, muy naturalmente, la fisiología engendra la patología. En cada doctrina, en cada escuela, la manera de ver la enfermedad depende de la enseñanza especial de la fisiología. Como la luz sale de la chispa eléctrica, como el agua mana de la fuente, como el fruto sale de la flor; esto es claro, y se comprende sin más reflexion.

Asi, para médicos materialistas, ¿de qué procederán las enfermedades? De una alteracion particular y local de los órganos, alteracion que podrá ser simple ó complicada, pero que no afectará más que los órganos, que no vendrá de más lejos; cuyo orígen, en una palabra, procede y se limita al órgano sin remontarse nunca á un centro de accion primitiva. En esta máquina, que se llama hombre, tal resorte, tal rueda, tal pieza se desarreglará y no se querrá examinar si la causa de todo esto viene de más alto. ¡Que importa, en efecto, puesto que no consideran al hombre sinó como una locomotora!

Pues bien: os parecera increible, pero es cierto que la *enfermedad* no existe ya para la escuela organicista. Oid á uno de sus apóstoles: «¿Qué me decís, exclamó un dia M. Piorry »en plena Academia, qué me decís de enfermedades? La en»fermedad es una vana abstraccion, es una vanidad quimérica, »una razon ser; y no hay más que estados organopáticos, fuente »sola verdadera de las indicaciones terapéuticas; pero no hay enfermedad!.....»

En presencia de tales errores, todo comentario sería supérfluo.

Los médicos espiritualistas, al contrario, harán depender las enfermedades de un poder inmaterial y oculto; y éste será el alma que directamente y por su voluntad inmediata, imprimirá tal desarreglo en tal ó cual órgano. Estos dos sistemas tan opuestos no pueden resistir las pruebas del mas pequeño análisis.

Los médicos vitalistas hacen depender las enfermedades de una alteracion radical de un fluido vital, fluido que balancea sin oscilaciones perpetuas entre el espíritu y la materia.

Tal es la idea de alguna escuela médica y de algunos médicos en otras, que, debemos repetir, en esta parte de las ciencias médicas están en la verdad y que no comprendemos cómo emplean una terapéutica materialista.

Dejo expuestas las tres opiniones principales que tienen curso hoy en las escuelas alopáticas, y que á ellas solas se refieren todas las otras.

Si hubiese de recorrer la historia de los sistemas sobre el orígen de las enfermedades desde Hipócrates y Galeno hasta nuestros dias, esto sería hacer la historia de todas las locuras humanas.

2.º — Manifestacion de las enfermedades.

¿Las enfermedades pueden existir sin manifestarse al exterior ó al interior por algunos fenómenos que se llaman síntomas? Esto no es casi posible. Por más profundas, ocultas y obscuras que sean, es de absoluta necesidad, que el grito de la naturaleza paciente acabe por revelar alguna nota del organismo simpático.

Los síntomas, son, pues, la manifestacion de las enfermedades; son para la enfermedad lo que los colores á la pintura y los tonos á la música.

Para la escuela materialista, los síntomas están siempre en los órganos. Para ella es siempre la alteracion material de los tejidos, ó los fenómenos puramente físicos, los cambios en los aparatos ó la modificacion química de los líquidos ó de los gases, etc. la que es la manifestacion de la enfermedad.

Las escuelas que se dicen vitalistas han hecho una distincion entre la afeccion y la enfermedad; y, á imitacion de Galeno, dán la mas grande importáncia á dicha distincion.

Para ellas y para los profesores que siguen sus doctrinas en la práctica, la afeccion es el ataque primitivo y radical del principio vital, y la enfermedad no es otra cosa que la manifestacion orgánica de esta afeccion.

La precedente es una distincion que llamaremos de alta Escuela, porque ella no impide á los profesores de la misma,

(1) ¿Balancea sin oscilaciones, es posible? ¡Lero con, en vez de sin.

que casi siempre prescíndan de la afeccion, y solo dediquen sus ciudadanos á la enfermedad, ó sea á los síntomas materiales y orgánicos.

Si asistís á las consultas ó las visitas de cien médicos alópatas, no tardareis en apercibiros, de que no comprenden absolutamente nada en la escala diatónica de los síntomas.

Os diría, desde luego, que el grito de la naturaleza paciente revelaba siempre alguna nota del órgano simpático. Pues bien, si quereis que os compare los síntomas de las enfermedades á una escala de una estension infinita, vereis que los tonos que las producen son tambien infinitos. ¿El dedo misterioso que se pasea sobre esta escala, tocará siempre las mismas armonías? Seguramente, nó; y si estos tonos y estas armonías son tan variados, ¿producirán siempre los mismos matices armónicos?

Pues bien! Ved lo que pasa diariamente, ó, más bien, voy á deciros lo que pasa todos los dias en el gabinete de consultas, de un médico Alópata.

Los enfermos se suceden y pasan á su turno; vamos á suponer que estos son gentes del campo, cuya instruccion es escasa; y supongamos tambien que la mayoría de ellos padece una enfermedad muy comun; un rehuma en la pierna derecha, por ejemplo:

El primero dice: Señor, yo sufro de la pierna; en tanto que no la muevo no hay cuidado; pero luego que quiero andar, esperimento grande dolor.

El segundo: Señor, mientras que ando, la pierna no me duele; pero luego que me paro, siento un dolor intenso.

El tercero: Durante el dia, puedo sufrir el dolor; pero durante la noche, es insoportable.

El cuarto: No me duele durante la noche; esto es, solo en la mañana, en la tarde, ó á cierta hora del dia.

En fin, por abreviar, éste acusará una sensacion de calor; aquél, una sensacion de frio; el otro de contraccion, y el de mas allá de dilatacion en el órgano. En Pedro, el dolor será continuo; en Pablo, será intermitente, ó periódico; en Antonio, será fijo, y en Guillermo será irregular, etc. etc.

Ahora digamos si todos estos gritos de la naturaleza, deben ser oidos é interpretados de la misma manera por el médico, que es su ministro? Evidentemente todas estas sensaciones tan diversas, son las manifestaciones de enfermedades muy diferentes,

y el médico práctico é instruido debia saber discernir todas estas diferencias de tonos y de armonías; ¿pero sucede así? — Nada de eso, oid..... Su prescripcion es, poco más ó ménos, la misma; sus consejos, tambien; la diferencia sólo la encontrareis en el mayor ó menor número de las sanguijuelas que cada enfermo haya de aplicarse *in situ et loco dolenti*, en un vegigatorio más ó ménos en el mismo, en una cucharada más ó ménos por mañana y noche de una disolucion de *yoduro potásico*; pero en el fondo los enfermos todos llevarán la misma prescripcion. ¿Qué sucederá entónces? Que con ella, acaso uno de ellos se curará; pero ¿todos? — Imposible.

Ya veis cómo la Alopatía comprende é interpreta los síntomas! Es decir, que no los comprende ni interpreta de ningun modo. Ya veis que sobre la clave que os he hablado, dando vueltas á la cigüeña, no puede tocar más que el mismo aire.

3.° — Fisonomía de las enfermedades.

Esto nos conducirá naturalmente á apreciar cómo los médicos alópatas descuidan el carácter de las enfermedades.

Todos los séres tienen su fisonomía propia, ¿por qué, pues, las enfermedades no han de tener su fisonomía particular característica é individual?

Pero no hablemos á la Alopatía de individualizar las enfermedades; la Alopatía solo sabe generalizarlas; defecto enorme, que engendra siempre, al menos en esta parte de las ciencias médicas, la probabilidad de la confusion y la posibilidad del error.

Seríais tan hábil nosógrafo como Pinel desde el momento en que dispusiérais las enfermedades como las plantas y los animales en las clasificaciones de historia natural; porque como aquel os espondríais á no reconocer sus atributos específicos y á hacerles seguir de grado ó por fuerza los mismos agujeros de la hilera terapéutica.

Todas aquellas, cuyo nombre acabára en *gía*, por ejemplo: como cefala*lgía*, gastral*gía*, cardial*gía*, etc. iríais á tratarlas de la misma manera por calmantes y atemperantes; todas aquellas ~~cuyas~~ cuyo nombre acabára en *itis*, como por ejemplo: neumon*itis*, hepat*itis*, enter*itis*, gastr*itis*, etc. las trataríais de la misma manera, es decir, con *sangrías*, *sanguijuelas*, *vegigatorios*, *pomadas*, etc.

Y creeis que la naturaleza sea tan complaciente para aceptar todas vuestras clasificaciones y someterse á vuestras teorías de cuadro y de cuaderno! Desengañáos conmigo y ved..... Pero qué vereis? Que cada poesía pide su ritmo, cada matiz su color, y cada melodía sus armonías.

Este órden de consideraciones me llevaría más allá de lo que es mi ánimo, y no debo perder de vista que estoy haciendo el exámen crítico de una doctrina.

He dicho que ésta doctrina es tan antigua como el mundo y que la terapéutica goza de dicha antigüedad. Sí, ya lo sabeis; el arte de curar nació del primer grito de dolor; de la gota de sangre de la primera herida y de la primera cuerda rota en la escala armónica de nuestro organismo.

Ahora consigno con placer, que, segun mi opinion, en los años primitivos y tambien durante muy largo tiempo, la terapéutica debió ser tan sencilla como sencilla debia ser la vida de las primeras generaciones; pero, poco á poco, las alteraciones fueron complicándose, y el arte de curar fué complicándose tambien por la misma razon. Permitidme consignar, que la terapéutica toma su orígen directo de la patología.

Hasta entónces, el hombre no habia procurado darse cuenta de la causa de las enfermedades, y que el remedio caminaba al lado del mal de una manera muy natural; pero no tardó en querer sondear este misterio; y un poco más tarde, estraviado en las tinieblas y las supersticiones del paganismo, creía en las causas ocultas. Entónces eran los dioses los que enviaban las enfermedades, como castigo, y para apaciguar la cólera de las divinidades, se inmolaban víctimas á su ira....

Despues, poco á poco, de estas causas ocultas y misteriosas, se descendió á las causas más materiales, más visibles y tangibles, y cada uno quiso tener su opinion y hacerla valer con esclusion de todas las demás; entónces comenzó á enredarse y á enmarañarse ésta trama terapéutica, á la que cada nuevo hilo añade un matiz. Entónces principió á estallar ésta tempestad, cuyos vientos encontrados agitan todavía todas las enseñas *doctrinarias*. Entónces comenzó á enfurecerse ésta mar caprichosa cuyas olas agitadas han llegado hasta nosotros, y baten hoy el umbral de nuestras facultades de medicina.

Echemos una simple mirada, rápida y analítica, sobre ésta historia oscura, y prosigamos:

Es evidente que siempre los médicos han procurado curar las enfermedades segun la idea que de su orígen se formaban.

Así unos hacen depender las enfermedades de la efervescencia de diferentes sales, que existen en los líquidos del cuerpo, y de una fermentacion química que allí resulta, y quieren obtener la curacion por la espulsion de la fermentacion mórbida con la ayuda de remedios alexifármacos.

Otros ven el daño en los resortes, las ruedas, los movimientos de los líquidos, etc.; poniendo en juego los principios de las matemáticas, mecánica é hidráulica. En ésta época es cuando se aplicó á la medicina la teoría de Newton.

Segun otros, las enfermedades provienen de esceso, ó de una disminucion de fuerzas, y para ellos el tratamiento es disminuir ó aumentar estas fuerzas, y no permanecer nunca en la inaccion.

Estos, solo ven humores que envenenan el cuerpo y se esfuerzan en limpiarlo por evacuantes.

Aquellos solo ven lombrices y no dan mas que vermífugos.

En fin, el mayor número, acusan á la sangre de ser demasiado abundante y de afluir en proporcion escesiva á las partes enfermas, y la atacan con sangrías, sanguijuelas y ventosas.

Despues se ponen tambien en accion los medios morales, contra las oscilaciones del alma que perturba las funciones de éste ú otro aparato orgánico y en casos que se creen incurables, infundadamente acaso, avanza el cortejo insidioso de remedios mágicos, de fórmulas cabalísticas, medios secretos y otros mil arcanos de ilusos curanderos.

Detengámonos, porque ir mas allá, sería como ya os he dicho, hacer la historia de todas las locuras humanas.

Examinemos detenidamente lo que los alópatas, con nombre pretencioso llaman su terapéutica racional.

Que el antiguo anciano de Cóo, que el inmortal Hipócrates, que el fundador de la escuela Griega sea el padre de la medicina ó la haya sacado de las tinieblas egipcias, poco nos importa. Siempre es él, como ya lo hemos dicho, en quién toma orígen el árbol genealógico médico y del que nuestras escuelas médicas alopáticas se creen las últimas ramificaciones.

Este génio inmenso y casi Divino, no pueden negarnos engendró dos hijos que comenzaron la lucha en su cuna. Él formuló sucesivamente este principio: «Los contrarios se curan por los contrarios.» Y este otro: «Los semejantes se curan por los semejantes.» Pero á poco de su nacimiento, el primogénito, dominado por la envidia sangrienta que ofuscó á Cain para asesinar á su hermano Abel, quiso hacer lo propio con el segundo. Para dicha y ventura del linage humano, una mano prepotente, esta vez, contuvo el brazo fratricida: la *idea-principio Simília simílibus curantur*, se ha abierto un camino solitario al través de las edades, y caminando siempre invisible al lado de su primogénito, *"contraria contraris curantur"* conservó siempre sus títulos de *orígen Divino como toda verdad*, para hacer valer, trascurridos XXIII siglos, sus derechos á ser reconocida como tal; por consiguiente *Eterna, como Él que reune en sí todas las verdades.*

Pero dejémosla; yo espero hacérosla conocer después, y, una vez conocida, es posible la ameis siempre.

Durante la vida de Hipócrates, los dos principios fueron aplicados en la práctica médica; pero, muerto dicho venerable anciano, Galeno, príncipe de la escuela Griega, adoptó el primogénito *contraria contraris curantur.*

Por mas que otra cosa digan los médicos alópatas, fué Galeno quien adoptó y propagó el principio de los *contrarios se curan por los contrarios* y el que, observando su impotencia, le asoció otros dos: la *revulsion y la sustitucion.*

Los médicos alópatas, hoy imitando á Galeno, oponen á las enfermedades los tres, emplean en primera línea los medicamentos que creen contrarios á las enfermedades; en segunda, medios que segun su juicio las sustituyen; y en tercera, procederes que tambien pueden equilibrarlas, y áun destruirlas, produciendo por ellos otras enfermedades artificiales.

Algunas reflexiones y ejemplos, bastarán para que aprecieis estos tres principios.

Supongamos en un rio una gran crecida, que por su ímpetu, rebasado el cáuce, todo lo inunda y amenaza destruccion y ruina. Hay muchos modos para vencerla. La alopatía conoce tres; 1.° Oponer á la corriente, otra corriente que llegue en sentido contrario y, más fuerte que la primera, la rechace y la obligue á remontar su camino. 2.° Abrir en direccion al cáuce

natural del rio canales laterales para asi contenerlo debilitándolo. Y 3.º Oponer un dique contra esta corriente que la detenga y encadene. La alopatía, tan pronto no emplea mas que alguno de estos medios; tan pronto, y es lo mas frecuente, emplea los tres.

No soy con vosotros, porque, estudiada la Homeopatía, he visto que esta Doctrina benéfica, para neutralizar la accion de la corriente destructora, posee medios con los cuales se dirige uno al orígen de dicha corriente y se consigue secarla sin molestias para el presente y sin temor para el porvenir.

Los contrarios se curan por los contrarios.

Ved aquí uno de los principios varios de la terapéutica alopática.

Digámoslo muy alto; este principio, que podemos llamar *sin principio*, es la veta más rica que se ha descubierto en la mina del error.

Para probarlo, entremos con nuestros comprofesores alópatas en un sencillo razonamiento, y preguntémosles: ¿podeis desde luego decirme, qué es lo contrario de una cosa? Reflexionadlo bien antes de responder, porque la respuesta no es fácil.

Dos cosas son contrarias cuando se oponen en su esencia ó su modo de ser. Pero de estas cosas asi contrarias, no encontrareis gran número.

Sobre lo precedente hay en el mundo las ideas más falsas, porque presentan una apariencia engañosa de verdad. Asi se oye decir todos los dias, el frio es lo contrario del calor, la sombra lo contrario de la luz, y el silencio es el contrario del ruido, etc., etc.

Error; *el frio* solo es un grado más ó menos negativo de *calor*; la *sombra*, es la ausencia más ó menos completa de la *luz*; y, finalmente, el *silencio* es el reposo del aire que dormita; porque el calórico está en todas partes y todo vibra en la naturaleza.

Guardémonos, pues de precipitar nuestro juicio, sobre ciertos modos antagonistas que parecen contrarios á primera vista, y que en realidad solo son grados más ó menos lejanos de una misma escala. En confirmacion de esto, pensemos en lo siguiente:

¿Qué cosa más contraria en la apariencia que el *más* y el *menos*; y, no obstante, lo menos no es contrario de lo más. Tomemos un termómetro y reflexionemos: el primer grado bajo

cero es un grado menos; el primer grado sobre cero es un grado más; ¿se sigue de aquí que estos dos grados sean contrarios? No, puesto que el grado menos no indica sobre la escala, sino dos grados de calor más bajo que el grado más.

Cuando oigamos, pues, decir que los médicos alópatas tratan las enfermedades por los contrarios, no los creamos, respondámosles atrevidamente: es imposible.

¿Qué sería necesario, en efecto, para oponer un tratamiento contrario á una enfermedad? Se necesitaría conocer la esencia de las fuerzas radicales de nuestro organismo y la *naturaleza íntima* de las enfermedades. Esto es un secreto; secreto que duerme y dormirá siempre bajo el velo del misterio más profundo, por mas que una y cien veces os hayan dicho lo contrario. Digámosles, pues, ¿cómo quereis en vuestra arrogancia oponer un término á otro que no conoceis?

Para juzgar de la relacion de dos cosas, es necesario, ante todo, conocer estas dos cosas. Sería preciso aquí, pues, conocer desde luego la naturaleza de la enfermedad, y vos no la conoceis; sería á la vez necesario conocer el remedio, en su esencia y esfera de actividad, y esto lo conoceis menos.

Digamos, pues, y áun atrevámonos á afirmarlo: *en general*, es tan imposible encontrar el contrario de una enfermedad, y aplicar este medio, como aplicar sobre el mismo lecho, y el mismo plano inclinado, una corriente que suba á otra que desciende.

En confirmacion de esto preguntamos á nuestros comprofesores; ¿cuál es el contrario de la viruela? cuál el de la escarlatina? cuál es el contrario del rehumatismo y de la gota? cuál, por último, es el contrario de las fiebres intermitente, tifoidea, etc., etc.

En vano nos dirán, que una sangría es el contrario de una congestion, de una fluxion de pecho, por ejemplo:—Les responderemos que la sangría es un acto físico é hidráulico, por el cual se desocupan los vasos, disminuyendo la masa de un líquido contenido en un recipiente; pero nunca un *contrario* de la enfermedad.

En vano nos dirán que un purgante es el contrario de la constipacion.—Les responderemos que por el mismo obtendrán tambien precisamente el efecto que desean combatir. Lo ignoran y quieren desconocer el fenómeno de la reaccion vital, pues que purguen; obtendrán es cierto, deposiciones abundantes; pero

por efecto reaccionario de las fuerzas vitales, á ellas seguirá una constipacion más fuerte que la que se propusieron corregir.

Así es, que la diarrea no es lo contrario de la constipacion, ni la debilidad lo contrario de la robustez, ni la sangría lo contrario de la congestion.

En una palabra, si en el dominio de las teorías, buscamos los *contrarios*, no los encontramos; si pedimos á los fabricantes de los sistemas médicos el de los *Contrarios*, de seguro rehusarán formularlo.

Queda, pues, destruido el primero y principal principio de vuestra terapéutica.

Revulsion, Derivacion.

Este es el segundo principio de la terapéutica *alopática*: mejor diré que en la práctica es el principio único, puesto que el de los contrarios es una ilusion. Por consideracion á esto me ocuparé de él con mas estension; pues que contiene, hablando con propiedad, toda la terapéutica de la antigua escuela.

Enterémonos, desde luego, de la significacion real, de ciertos términos escolares.

El sistema médico, que consiste en tratar las enfermedades, con medicamentos propios á producir efectos contrarios á estas enfermedades, se llama Enantiopatía, de voces griegas: *Enantios*, contrario; y *Patos*, enfermedad.

El que consiste en tratar las enfermedades por diversos medios capaces de separar el principio morbífico, llevándola de un órgano á otro, se llama Alopatía, de *Allos* otro; y *Patos* enfermedad.

Aquel que consiste en tratar las enfermedades con medicamentos propios para producir efectos semejantes á la enfermedad, se llama Homeopatía, de *Homonios* semejante; y *Patos* enfermedad.

Guardémonos de confundir la Homeopatía con la Isopatía; de *Isos* igual y *Patos* enfermedad. Este sistema, si pudiera existir, trataría las enfermedades por los mismos agentes que las hubiesen producido, por ejemplo: los accidentes del mercurio por el mercurio mismo.

Digamos ahora lo que se entiende en medicina por *Revulsion y Derivacion*.

Cuando para combatir una enfermedad que se halla en algun

órgano, se ejerce sobre otro órgano una accion atractiva antagonista, y esta operacion afecta á un punto distante del órgano primitivamente atacado se dice que hay revulsion. Si la operacion es próxima, derivacion; un ejemplo hará acaso comprender mejor este sistema. Supongamos una congestion en la cabeza; si se practica una corta sangría en el pié, habrá *revulsion*; y habrá *derivacion* si se pratica en una de las venas del cuello.

Algunas palabras harán conocer el fundamento de este principio, fundamento que fué puesto por Hipócrates, y sobre el cual una escuela moderna pretende haber elevado el monumento de la terapéutica.

El obrero que en nuestros tiempos sentó la principal piedra fué Barthez, desenvolviendo sus principios en su memoria sobre las fluxiones.

«Llamo fluxion, dice, á todo movimiento que lleva la sangre »ú otro humor, sobre un órgano particular, con mas fuerza; »siguiendo otro órden que el estado natural.»

Despues de haber distinguido los estados fluxionales en locales y generales, Barthez añade. « La parte que determina la fluxion «sobre un lugar mas ó menos lejano, como cuando una lexion »del »hígado motiva una epistaxis, esta parte se llama « pars mandans »; »la en que se opera la fluxion se llama « pars recipiens. »

La primera parte en este ejemplo es, el hígado enfermo; y la segunda parte, la nariz que sangra.

Hace años que la cuestion de la revulsion, fué debatida en la Academia Médica Imperial de París, y en ella hubo como siempre «pró y contra,» se estableció un campo á cada lado y la lucha fué de las más animadas y violentas. Los campeones más famosos de los dos partidos, descendieron á la lid, rompieron lanzas; pero la suerte del combate, quedó suspensa. Esto no puede sorprendernos, porque es lo que pasa todos los dias en las Academias.

M. Marchal que, en un largo artículo sobre esta discusion, tomó la defensa de la revulsion, habla de Barthez en éstos términos «Barthez, entre sus libros y el silencio de su gabinete, »compuso una doctrina en la que los preceptos están como cha»piteles sobre haces de caña donde el razonamiento obra como »señor, escluyendo la práctica.»

Acaso nadie ha juzgado á Barthez mejor que M. Marchal. Este último profesor lo llama en otro período el metafísico de la medicina.

Pues ahora bien, Barthez es el inventor de la revulsion, y M. Marchal el defensor de la misma; *notad bien y meditad lo precedente.*

M. Malgaigne es autoridad alopática; pues bien, oid lo que en la discusion sobre la revulsion espuso ante la Academia.

El ilustre profesor de la escuela de Montpellier fundador de la revulsion, sienta como fundamento de la revulsion el que las hemorragías críticas de la ventanilla derecha de la naríz alivian el hígado; el que las de la izquierda aligeran el bazo; y que los cauterios, vegigatorios etc. desvian las enfermedades.

M. Malgaigne espone lo precedente á la Academia con la ironía más fina. Y despues esclama: «Habiendo leido semejantes cosas »¿será posible todavia hablar de los principios de la revulsion? »¡Oh! Si basta estar hueco para pasar por profundo, en lo que »concierne á la revulsion, la profundidad de Barthez, es difícil »de sobrepujar. ¡Y ésto es lo que se ha aceptado como una »doctrina por la mitad de la Europa médica!»

Deseais algo más claro y esplícito? Escuchad: Si se ~~pide~~ pregunta á la Escuela médica de Montpellier, á la vez que á todos los partidarios de la revulsion de todas las Escuelas médicas del mundo, de dónde sacan el principio de esta doctrina, se remontan luego á Hipócrates y nos citan invariablemente el aforismo siguiente:

(1) «Duobus doloribus non in eoden loco, simul obortis, vehementior obscurat alterum. De dos enfermedades que atacan no en un mismo órgano, la mas fuerte obscurece á la mas débil.»

Sin que sobre ello debamos abrigar la menor duda; todos los alópatas, ven en este aforismo la doctrina de la revulsion. En cuanto á mí, no la veo para nada. Comprendo perfectamente la verdad práctica del principio de Hipócrates; pero no admito como su consecuencia, la revulsion; mas, segun el precepto que me he impuesto, no debo esponer por ahora, sobre este punto interesante, otra opinion que la de profesores alópatas. Oigamos, pues, á M. Malgaigne, que ha sentado, que la revulsion ha sido aceptada como doctrina por la mitad de la Europa médica alopática; y que despues de haberse preguntado, cuáles son las doctrinas de la otra mitad, continúa: «La Es»cuela de Montpellier reprocha frecuentemente á la Escuela de »París no tener doctrinas. Pues en lo que concierne á la re»vulsion, jamás ha habido réproche más merecido. De estas »doctrinas antiguas ó modernas, debiera decir de estos «malos

(1) "Se dos dolores simultáneos, no en el mismo sitio, el más fuerte obscurece (ó mitiga) al otro"

»romances» la Escuela de París no ha conservado mas que el »lenguaje. Apelamos tambien á los cauterios y fuentes, ó úl»ceras artificiales, bien que nadie piensa aquí que *despojen á »la economía de sus humores malignos*; en cuanto á decir en jus»ticia lo que son, en cuanto á establecer de los principios una »doctrina, la Escuela de París nunca se ha ocupado sériamente. »No; dice M. Malgaigne, no teneis la doctrina de la revulsion, »porque para esto os falta primeramente una teoría que dé cuenta «del modo de accion de los agentes llamados revulsivos.» Y en »segundo lugar, os faltan tambien una union de principios prác»ticos que os rijan en su empleo.»

¿Qué se ha contestado á estos ataques de M. Malgaigne?..... Muchas cosas; pero nada capaz de desvirtuar sus afirmaciones ó negaciones. Pregunto si han respondido sobre todo, y si en lo porvenir se podrá responder á su primer punto: "Os falta una teoría que dé cuenta del modo de accion de los agentes llamados revulsivos." Hoy nosotros repetimos la misma pregunta á vosotros, profesores alópatas partidarios de la revulsion, que ya se trate de una enfermedad cualquiera, una fluxion de pecho, por ejemplo, (llamada pulmonía) prescribís sangrías, aplicais sanguijuelas, ordenais vegigatorios, intentando oponer á una enfermedad existente ya, una ó muchas otras enfermedades artificiales. esperamos vuestra contestacion, acaso la esperemos en valde, como la esperó M. Malgaigne en la sesion de la Academia de París, porque sus adversarios se guardaron bien de responderla, temiendo penetrar en ella por temor sin duda de quemarse los dedos.

A pesar de que careceis y os falta la teoría que os dé cuenta del modo de accion de los agentes llamados revulsivos, dudo mucho que se os muera un enfermo, ya por una enfermedad aguda, ya ó consecuencia de una crónica, sin que haya dejado de sentir la accion benéfica..... de dichos agentes que ordenais sin un criterio racional.

Seguros estamos de que no contestareis; pero si para ello quisiéseis apelar á la autoridad de Galeno, cuyos principios profesais y buscais en sus escritos materiales para sostener la doctrina de la revulsion, M. Malgaigne os responderá: «En »cuanto á mí, no veo aquí ni principios ni doctrina, veo un »sueño aparecido una noche en la cabeza de Galeno, y que en »la noche siguiente es remplazado por otro.»

Escuchad, en fin, las últimas palabras de éste sábio Orador:

« Se lo digo *á nuestra juventud médica.* Cuando encontreis »una doctrina como la de la revulsion que no está sostenida ni »por principios ni por hechos formales, atacadla fuertemente y »no temais atacar con ligereza una cosa ligera. »

M. Bousquet, autoridad tambien alopática, quiso defender la revulsion en oposicion á M. Malgaigne, y sus otros detractores; pero embarazado por las dificultades inmensas de una mala causa, se deja llevar en el órden de exposicion de sus ideas, hasta el partido de sus adversarios; y hácia el fin está del todo en su campo. Tal es el poder de la verdad. Como confirmacion de esto, he aquí la conclusion de su discurso.

Despues de haber hablado del abuso de los fontículos (fuentes), dice M. Bousquet: « nosotros tenemos sin duda ideas más sanas »y formales para conceder todavía demasiado á la revulsion. »No es tan fácil, como parece creerse, separar á la naturaleza de »sus vías para arrastrarla á donde no quiere ir. La revulsion, »ó sea los profesores que la aconsejan, no se detienen en ello, »y recurren á ella siempre para probar. Los agentes revulsivos »son numerosos, los partidarios de esta doctrina han sabido con- »vertir á su modo toda la materia médica. Lo que no puede »esplicarse por la accion directa del medicamento, se esplica in- »directamente por la revulsion. Asi que, el reinado de la re- »vulsion no está próximo á su fin. A pesar de esto, dice dicho »profesor, no es necesario disimularlo, los revulsivos son el »recurso de la ignorancia, que no sabe lo que hacer; lo son »igualmente de la ciencia á manera de medios. Pocos enfer- »mos mueren, bien de enfermedades agudas, bien de crónicas, »que no lleven sinapismos ó vejigatorios. Esto es frecuentemente »un signo de angustia, un grito de alarma. Y esta práctica »está tan arraigada en las ideas del pueblo, que al médico que »le faltara, no reconocería todos los recursos de su arte, y »no habria hecho todo su deber. »

¿Quién diría que M. Bousquet, defendió la revulsion? Es preciso oirlo para creerlo, es verdaderamente engañarse, porque M. Malgaigne no habria hablado mejor.

Prestadme vuestra atencion por breves instantes, y sabreis

cómo se ocupó sobre la misma M. Piorry, que como los anteriores es profesor de la Escuela médica de París. Sus aserciones son tan esplícitas como todo lo que de dicho catedrático procede. «No »hay revulsion ni derivacion, esclama, y estas palabras debian »ser desterradas del lenguaje científico, porque son inútiles, »porque confunden en una misma espresion las cosas mas des»semejantes; y porque, en fin, en lugar de esclarecer los he»chos, los hacen confusos é ininteligibles.»

«La doctrina que estas palabras encierran, es una *disputa de las teorías Galénicas y árabes*, relativas á los humores, y los modernos que han discurrido sobre el principio vital, sobre las propiedades vitales, etc., han hecho pasar éste por revulsion ó derivacion como los antiguos supusieron que la materia dañosa era susceptible de numerosas y fantásticas peregrinaciones.»

En fin, M. Chomel, en su tratado de patología general, obra señalada de texto en nuestras facultades de medicina, no hace mencion de la revulsion y derivacion, y no se encuentran ya estas voces en la tabla alfabética de su tercera edicion, *aunque considerablemente aumentada*; á pesar de esto, si pasais por los departamentos clínicos de nuestras facultades, hallareis lo que en la práctica civil alopática; prescripciones de medicacion revulsiva y derivativa.

Hé aquí, pues, esta famosa doctrina de la revulsion juzgada por los grandes maestros..... Alópatas.....

¿Os atrevereis, despues de todas estas declaraciones y esta solemne reprobacion, á hablarnos todavía de revulsivos y derivativos?

Como mas tarde hemos de formular el por qué de nuestra fé científica Homeopática, hemos creido conveniente dar grande estension á los principios contrarios.

El principio de la *sustitucion* es una derivacion de los precedentes; por consiguiente, sin darle otra consideracion que mencionarle, sigamos adelante.

Materia médica.

Este asunto presenta tres fases principales: la *posología*, la *polifarmacia* y la *esperiencia en las curas*.

Todas tres fases van á aparecer claras ante vos con sencillas esplicaciones.

La **posología** determina las dósis, en las cuales deben ser los medicamentos administrados, respecto la edad, sexo, temperamento, etc.

Los médicos alópatas no desprecian nuestros glóbulos, sinó porque están acostumbrados á dar los remedios en dósis macizas, y alguna vez enormes; y en el mundo nuestras botellas de agua clara no escitan la sonrisa y la burla, sinó por su contraste con las botellas negras de los farmacéuticos.

Uno de mis consultantes me decía el otro dia: «Señor, cómo podrá esto producirme efecto? Ello no tiene color, gusto ni sabor. — Por qué hablaba así? Porque estaba acostumbrado al color oscuro de los electuarios y de los jarabes, al olor de las píldoras de alcanfor y de asafétida, y al amargor de la quina y del sulfato de quinina.

Lo digo sin temor de ser desmentido; todavía en nuestro siglo, para muchos hijos de la filosofía materialista, son precisos los medicamentos, materiales, visibles y palpables que hablen á los sentidos; tambien lo son para el vulgo, porque si los medicamentos dados en dósis macizas no curan, es conveniente al menos que impresionen.

La polifarmacia consiste en saber reunir muchos medicamentos en una poccion ó en píldoras y añadir todavía á estos medicamentos, muchos otros medios.

Egemplo: Un médico polifarmacéutico es llamado para visitar un enfermo que presenta los síntomas siguientes: dolor de cabeza, debilidad de estómago, falta de apetito, ganas de vomitar, constipacion, algunas hemorroides que le producen grande dolor..... detengámonos aquí, ya hay bastante.

Prescripcion. Desde luego una corta sangría exploradora no puede hacer gran mal; por de pronto, disminuirá la masa de la sangre, y detendrá acaso la fiebre; algunas sanguijuelas al ano, rebajarán el círculo hemorroidal, y calmarán los sufrimientos: mañana y tarde tomará el enfermo una píldora, en la que entrarán los medicamentos siguientes: un poco de quina para fortalecer el estómago y volver el apetito, una corta dósis de sub-nitrato de bismuto, para modificar los conatos de vómito, un poco de áloe para disipar la constipacion y una pequeña porcion de belladona para que ceda el dolor de cabeza. Dieta y un loc blanco para tomarlo á cucharadas durante el dia.

Ya veis que cuando el médico alópata polifarmacéutico entra en ejercicio, pone en accion agentes numerosos.

Lo precedente, en pleno siglo XIX, parece un cuento referido junto á una chimenea; pero desgraciadamente nada es mas real.

¿Y qué diríais si os hablase de los medicamentos compuestos? Tan compuestos..... que contienen ellos solos la mitad de las sustancias medicinales. Muchas veces he pensado en el dia en que el Catedrático de Terapéutica y materia médica de la Facultad en que yo probé dicha asignatura hablándonos de la Triaca durante cinco cuartos de hora, fatigado ya de citarnos las sustancias de que se componia, dijo, en resúmen: Tomad un poco de todos los remedios que posée la farmacia, mezcladlos todos juntos, y obtendreis la Triaca.

Sabed, despues de esto, que la Triaca se emplea con frecuencia por los profesores alópatas.

Es preciso confesar que todas estas formas múltiples, que todas estas recetas universales están ricas y ofrecen abundantes consuelos. En efecto; ¿qué es para un médico alópata polifarmacéutico el tratamiento de una enfermedad? Es lo que, para el General Berg, hoy la Polonia; dicho médico, como este general, ha de dirigir todo el plan estratégico que ha de dar por resultado al primero, la destruccion de la causa morbífica que determina la dolencia, por mas que le sea desconocida; y al segundo la pacificacion de los Polacos, aunque para ello todo lo lleve á sangre y fuego. Uno y otro tienen á su disposicion medios al efecto; el General, soldados, pertrechos militares, cañones rayados, bombas, etc. etc.; el médico polifarmacéutico, sangradores, depósitos de sanguijuelas, oficinas de farmacia, en las que con su órden se despacharán desde el inofensivo aceite de almendras dulces hasta la Triaca magna. Observad el resultado definitivo de la lucha que hoy se sostiene en Polonia, que es muy posible os ilustre sobre el triunfo que dicho médico puede esperar al intentar combatir las enfermedades.

Por mi parte debo confesaros, que no conozco nada mas capaz de demostrar la incertidumbre, y patentizar todo lo heterogéneo de los fundamentos de la terapéutica y materia médica alopática que lo que hemos llamado *la polifarmacia*.

El médico jóven, al recibir la investidura y principiar la práctica, se halla muy embarazado; es preciso confesarlo. ¿Qué partido toma? Solo hay uno; pero es muy difícil conocerlo,

y áun conocido se necesita gran valor moral para seguirlo. El médico jóven en ésta situacion los toma todos, y sus pasos inciertos no pueden menos de estraviarle. Queriendo dirigir á la vez muchas fuerzas de intensidad y direccion diferentes, nunca puede obtener el resultado. Manda á tal remedio ir á la cabeza; á otro, detenerse en el estómago; á éste ir á los brazos; á aquel á las piernas, etc.; y recomienda á cada uno que siga puntualmente sus órdenes, y sobre todo, que no perturbe á su vecino.

Me siento inclinado á comparar á este pobre médico á un Director de una casa de Orates, que reuniendo á los séres desgraciados que existen en ella acogidos, intentase que cada uno en una hora dada desempeñase una mision dificilísima.

Esperiencia con las curas. Esto significa que los médicos alópatas formulan sus recetas y administran sus remedios, segun la esperiencia de los que le precedieron ó la que les sea personal, y segun tales ó cuales sucesos tal ó cual caso curado, etc.

Desgraciadamente estas esperiencias descansan sobre teorías fácticias, y los casos de curacion, rodeados de la más triste incertidumbre, son casi siempre dudosos.

Cada médico emplea tal fórmula contra tal enfermedad, porque un comprofesor, más ó menos instruido, más ó menos célebre, la preconiza. Aun suponiendo que esta fórmula haya producido buen éxito en este ú el otro enfermo, todas las esperiencias siguientes, para encontrarse en el mismo círculo de sucesos, ¿No deben ejercerse en la misma esfera, ser hechas en individuos de una misma constitucion, temperamento, edad, sexo, etc., etc?

Ved aquí, cómo se esplica la desigualdad de todas estas fórmulas; ved aquí, cómo todas estas panaceas resplandecen un instante en el firmamento de la terapéutica y desaparecen, como las estrellas errantes.

Consintamos en suponer que con tal ó cual receta, en la cual entran tres, cuatro ó seis medicamentos y saliéndose de su terreno, un médico alópata obtiene uno ó muchos éxitos en tal ó cual enfermedad, ¿habrá adquirido con esto más certidumbre en su terapéutica? ¿habrá encontrado el hilo de Ariana? ¡Ah! no; en lugar de un solo hilo, tendrá muchos y errará en el laberinto ignorando hácia que salida debe dirigir sus pasos inciertos.

Si solo hubiese empleado un medicamento y con él hubiera curado á su enfermo, sabria que á éste debia la curacion; mas, como ha empleado cuatro ó seis, ignora á cual de ellos la debe. ¿Me dirá que se debe atribuir á la reunion de medicamentos? Pero entónces le responderé que está en la ilusion más engañosa; porque diez y nueve veces en veinte, él no obtendrá el mismo resultado y estará constántemente preguntando el por qué de ello, y nunca podrá saberlo.

Lo precedente, es la razon del desaliento de muchos prácticos, de la duda é incredulidad que descarría y agita sus espíritus; y en la misma se apoyan las declaraciones solemnes hechas por las eminencias alopáticas, que prueban la pequeñez, la debilidad y la nada de su terapéutica.

Si quisiéramos abusar aquí de la ventajosa posicion en que nos han colocado las confesiones públicas de nuestros adversarios, podríamos esponer las citas más comprometedoras; pero seamos discretos, y solo señalemos algunas de los primados de la ciencia.

El Dr. Girtanner, uno de los héroes de la falange alopática, dice, apropósito de su terapéutica.

«Atendiendo á que el arte de curar, no tiene ningun prin-«cipio positivo, que carece de declaracion y de prueba; que la «esperiencia solo tiene poco valor, el médico tiene el dere-»cho de seguir sus opiniones. Allí donde no hay cuestion de »ciencia, una hipótesis vale tanto como otra. En las tinieblas »egipcias de la ignorancia en que los médicos se agitan, no hay »el mas débil rayo de luz por medio del cual pudieran orientarse.»

Hé aquí una especie de problema resuelto por el Dr. Munaret, y elocuente como un guarismo.

«Multiplicando, dice, la série de años trascurridos, solamente desde la 1.ª de la 80 Olímpiada, hasta 1840, por la de los sistemas médicos que se han sucedido desde Hipócrates hasta nosotros, se obtiene un total de muchos millones de años; pues estos millones de años de estudios, ensayos y discusiones, ¿qué han producido á la medicina? Una verdad por mil errores, á lo mas. Tiempo perdido en soñar, presuntuosos é insensatos sistemas; tiempo perdido en propagarlos; tiempo perdido en crearlos y esperimentarlos; tiempo perdido en combatirlos y en resucitarlos con otro nombre, etc. ¡Oh! cuánto tiempo perdido.»

Oid la opinion de M. Bouchardat: «La ciencia, dice éste

sabio profesor, no está hecha en nuestros dias; existe toda por edificar. »

M. Valleix, tambien una de las primeras reputaciones médicas de Francia, despues de haber examinado los mil sistemas médicos que han nacido y muerto desde Hipócrates hasta nuestros dias, esclama: « Cuántas penas he sufrido, al ver tantos estu»dios, vigilias y genios gastados para obtener tan débiles resul»tados! ¡Cuántos errores por algunas verdades! »

Escuchad tambien á uno de los grandes maestros, M. Foderé, miembro de la Academia de Medicina Imperial de París:

« Se sorprende uno de tanta diferencia en la manera de con»siderar las enfermedades, de tantos tratamientos diversos. Unos »los más atrevidos administran dósis de medicamentos heróicos, »(medicamentos ó dósis de los que el vulgo irreverentemente dice: »si el enfermo no se muere, se curará). Otros, más tímidos no »se atreven á obrar, esperando con paciencia los dias críticos, »solo aconsejan la infusion teiforme de tila, de flor de malva y »de sauco; otros ponen en juego la medicina polifarmacéutica, »y el uno ordena purgantes, el otro eméticos; un tercero pres»cribe sangrías, el cuarto hace que los calomelanos sean la pa»nacea universal. Todo lo que se llama práctica, es, en el fondo, »una mezcla estravagante, de restos añejos de todos los siste»mas, de hechos mal vistos ó mal observados, y de rutinas tras«mitidas por nuestros padres..... Pues si la ciencia sirve para »dirigirnos en la práctica, ¿qué ciencia es ésta que arroja á »cada uno de sus adeptos en sendas diversas y frecuentemente »opuestas?...., Afortunadamente para el amor propio de unos »y seguridad de otros, cada médico cree poseer la verdadera »doctrina, y cada cliente enfermo cree tener un buen médico. »Todo es para lo mejor, en el mejor de los mundos. »

Quiero que sepais todavía la opinion del ilustre Brousais, al cual me complazco en citar, porque su palabra es decisiva y forma autoridad para muchos de nuestros adversarios que tanto utilizan en pro de sus enfermos los benéficos servicios de la lanceta y de las sanguijuelas.

»Que se dirija la vista sobre la sociedad, dice, para ver »esas fisonomías morosas, esas caras pálidas ó aplomadas que «pasan su vida entera oyendo digerir á sus estómagos, y en »los cuales hacen los médicos la digestion todavía mas lenta y dolorosa por los platos suculentos, vinos generosos, tinturas,

»elixíres, pastillas y conservas, hasta que las víctimas sucumben »con la diarrea, la hidropesía ó el marasmo. Que se observe »á estas tiernas criaturas, apenas salidas de la cuna, cuya »lengua se seca y enrojece, cuya mirada comienza á languide- »cer, cuyo abdómen se eleva y aparece ardiente, cuyo corazon »precipita sus latidos bajo la influencia de los elixíres amargos, »los vinos anti-escorbúticos, las bebidas sudoríficas, los mercu- »riales, y los depurativos que deben conducirlos á la consuncion y »á la muerte. Que se examine atentamente á esos jóvenes de »un color brillante, llenos de actividad y de vida, que comien- »zan a toser y en los cuales se aumenta la irritacion con los »vegigatorios, líquen, quina, hasta que la repeticion de los »accidentes les presenta á nuestros ojos atacados de tubérculos »innatos y hay que asociarlos á las numerosas víctimas que ar- »rebata y conduce rápidamente al sepulcro la entidad patoló- »gica que denominamos *tísis pulmonar.* »

Oid además algunos juicios, que sobre la terapéutica y la materia médica alopáticas, han emitido los príncipes de dicha doctrina: *Conjunto informe de ideas inesactas*, *medios ilusorios* (Bichat); *—parte de la medicina que debe sufrir una reforma general* (Pinel); *—progresos retrógrados* (Bayle); — *coleccion de conclusiones engañosas, de anuncios falaces* (Barbier); — *las tinieblas envuelven áun la rama más importante de la medicina* (Chomel); — *deplorable estado de cosas* (Bouillaud).

El Sr. D. Bonifacio Gutierrez, que fué considerado como la lumbrera del Hipocratismo español y como el primer médico práctico de España, cuando sus discípulos de Clínica-médica en la Facultad de la Universidad central disputaban sobre si convenia ésta ó la otra medicacion para sus enfermos; sacaba una moneda del bolsillo y preguntaba, ¿echamos el tratamiento á cara ó cruz?

Deseo terminar; pero antes debo trasladar la primera página de la memoria que M. Marchal leyó á la Academia de Medicina Imperial de París á propósito de la revulsion. Meditad sobre ella, porque asi lo merece.

« No hay ya en Medicina, largo tiempo ha, **ni principio, »ni fé, ni ley**.

»Construimos una torre de Babel, no estamos en ella; no »construimos nada, estamos en una vasta llanura donde se cru- »zan una multitud de gentes; éstos, llevan ladrillos; aquéllos,

»piedras; los otros arena; pero nadie piensa en el cimiento; »ninguna parte del terreno se ha abierto para recibir los cimien- »tos del edificio; y en cuanto al plan general de la obra, no es »de lo mas escojido.

«En otros términos, los acopios de hechos cuya mayor parte »se reproducen periódicamente con la más fastidiosa monotonía, »hormiguean y se llaman *hechos de observacion*, *hechos clínicos*: »una muchedumbre de trabajadores, vuelven y revuelven cues- »tiones particulares de patología ó de terapéutica, que llama á »éstos *trabajos* originales. La masa de estos trabajos y hechos »es enorme, á tal punto, que no hay lector que pueda abrazar- »los todos, *pero ninguno* de dichos trabajos ni de hechos tiene »doctrina general.»

La doctrina más general que existe es la doctrina Homeopática. Esto es extraño y doloroso; es una afrenta para la medicina; pero así es.

Las confesiones anteriores han salido de la boca ó de la pluma de hombres eminentes por su sabuduría, y que desempeñan ó desempeñaron cátedras en las primeras escuelas médicas de Europa.

Conclusion.

La conclusion..... es..... pero ¿qué ha de ser?..... Que no estoy con vosotros, porque, además de cuanto precede, he dedicado largas horas de meditacion al que hace siglos viene llamándose «Juramento de Hipócrates» y he visto en su fórmula estas preciosísimas palabras, entre otras:

«Juro..... que cumpliré este juramento y esta promesa escrita, *segun mis fuerzas y mi juicio.*»

«Comunicaré los preceptos, las *lecciones y toda la demás enseñanza* á mis hijos.....»

«Dispondré el régimen de los enfermos *que les fuere más útil*, *SEGUN MIS fuerzas y juicio*, *y les evitaré* toda injusticia y todo daño.»

«Conservaré pura y santamente mi vida y mi arte.»

«No entraré en ninguna casa sinó por utilidad de los enfermos, absteniéndome de todo mal corruptor y voluntario....»

El me ha hecho aprender que, *la libertad*, *la moralidad*, *la virtud*, *el secreto*, las fuerzas propias, el juicio libremente *ilustrado* que invocaba el anciano de Cóo, son los que tienen

derecho á invocar cualquier de las escuelas médicas posteriores.

No niego yo á la vuestra este derecho; pero es mi creencia que careceis de doctrina médica general, porque no teneis unidad de principios teóricos, ni unidad de accion práctica; por consiguiente os veo con los dioses de la antigüedad, sin que por vuestros principios médicos podais elevaros al Dios de la unidad.

Cuando Mr. Marchal, en su informe á la Academia, dijo: *No hay ya en Medicina largo tiempo há, ni principio, ni fé, ni ley.*

No dijo la verdad. Acaso desconocía, como vosotros, *La Homeopatía.* Más felíz yo que Mr. Marchal, puedo declarar de lo íntimo de mis convicciones, que hay en Medicina principio, fé y ley, y que los tres nos sostienen á ocho mil ó mas médicos que en el mundo practicamos la Homeopatía.

¿Por qué no lo ha reconocido Mr. Marchal que en su informe *declara que la doctrina médica más general que existe, es La Homeopatía*?

El intentar señalarlo, me separaria del deber que me he impuesto al escribir este libro.

Dejemos en su creencia á Mr. Marchal y á otros viejos académicos: nosotros, hijos del presente, y en legítima posesion y conocimiento pleno de la luz refulgente que iluminará el porvenir médico, sólo debemos sentir cariño respetuoso hácia los que fueron.

Tenemos fé homeopática, y con el fin de que la juventud médica pueda adquirirla sin tantas penalidades como nosotros, hemos creido conveniente exponer en forma de discurso los principios constitutivos de esta *doctrina verdad.*

DISCURSO SEGUNDO.

Á LA JUVENTUD MÉDICA.

Yo no creo en la Homeopatía.

Entre las palabras que en todos los idiomas posibles se emplean para espresar el pensamiento, pocas son las que se usan con la frecuencia del verbo creer: evidentemente, en el mecanismo del lenguaje, es una de las piezas más puestas en movimiento.

Yo creo..... yo no creo.....

Que este verbo sea afirmativo ó negativo, juega en todas las conversaciones, en todos los debates, en todas las discusiones. Que el que lo pronucia sea español ó aleman, francés ó inglés, italiano ó ruso, siempre lo pronuncia con la cabeza levantada y erguida, marcándose en sus pasos la más orgullosa autocracia, y colocándose despues con el aplomo más académico.

Yo creo.. .. yo no creo.....

Todo el mundo lo dice, así el alumno como el profesor, el jóven como el anciano, el ignorante como el erudito.

Yo creo..... yo no creo.....

En todas partes se dice esto, lo mismo en las plazas públicas que en el foro, en las calles y en las tribunas, en los cafés y en las cátedras. En la época en que floreció la filosofía griega, habia en Córtona una célebre Escuela en la que no se entraba sinó despues de un largo noviciado; entre varias pruebas, se sometía á los aspirantes á un silencio de algunos años para adquirir el perfecto equilibrio del espíritu; y en sus instructivos pasatiempos, decía Pitágoras con frecuencia á sus discípulos, que las dos palabras mas cortas, *sí* y *no*, eran las que exigian mas reflexion para pronunciarlas. ¡Cuánta prudencia, en efecto, cuánta discreccion, con qué mesura se debe proceder para manejar con tino estos dos términos tan absolutos! ¡Cuántas cosas importantes se encierran en una afirmacion ó negacion, y con qué facilidad se escapan á nuestra inteligencia por proceder con ligereza!

¿Sabeis bien lo que quiere decir, lo que significa, *creer* ó *no creer*? — Acaso no. Atended!

Creer ó no creer, bajo el punto de vista filosófico, y exceptuando las doctrinas religiosas, significa prestar ó rechazar su adhesion, previo un libre y detenido exámen, á toda idea nueva que se presente en el mundo con los atributos ó caracteres de la verdad.

Y en conciencia hablando, ¿procedeis así al afirmar ó negar á cada instante? Cuando lanzais vuestra palabra decisiva, ¿os hallais en semejantes condiciones?

He aquí una idea nueva que hiere vuestra inteligencia; ¿la habeis examinado antes de aceptarla ó desecharla?

He aquí un descubrimiento qne os pide su dererho de domicilio en el dominio de la verdad, ¿le habeis examinado antes de darle ó negarle un rincon en la tierra y un puesto en el cielo?

Aparece una doctrina en el horizonte de la terapéutica: ¿la habeis examinado antes de concederla ó negarla su rango entre los planetas médicos?

Últimamente, ¿conoceis profundamente lo que negais ó afirmais?

De dos hombres, de los cuales el uno niega y otro afirma una cosa sin conocerla, no sé cuál es mas insensato, y ¡sin embargo, necesario es decirlo bien claro, no se vé en el mundo mas que negaciones ó afirmaciones ciegas y sin pruebas!

Negais..... ¡Muy bien!

Poseereis el conocimiento íntimo de los secretos de la naturaleza, para que esteis autorizados á comprobar todos sus fénomenos.

¡Tendreis la intuicion de todas las relaciones y de todos los misterios cientificos, para que esteis autorizados á comprobar, á imprimir vuestro sello enciclopédico sobre todas las nuevas concepciones de la inteligencia humana!

Yo no creo en la Homeopatía.

Hé aquí lo que se oye decir á toda clase de personas.

Primero, á médicos que lo saben todo en medicina escepto la Homeopatía.

A sábios y eruditos que se ocupan de todo menos de Homeopatía.

A profesores que tratan de todo en la cátedra escepto de Homeopatía.

Oigo negar la Homeopatía á hombres cuya total instruccion consiste en haber pasado por delante de las puertas de un colegio y haber mal leido los folletines de algun periódico.

¡No creeis en la Homeopatía!

¡Muy bien!..... Pero deseo saber y tengo el derecho de preguntároslo: ¿en qué fundais vuestra negativa? Porque si no teneis razones positivas, os declaro insensatos.....

Entremos en un sencillo razonamiento, *y cualquiera que seais*, antes de pronunciar vuestro juicio, responded á las siguientes preguntas:

¿Qué es la homeopatía?

¿Cuál es la significacion radical y científica de esta palabra?

¿Cuáles son los elementos de esta doctrina y cómo se la debe examinar y apreciar?

Suponiendo resuelta esta cuestion:

¿Cuáles son los elementos de la doctrina médica Hahnemaniana?

¿Conoceis su fisiología, el modo de considerar al hombre en su composicion, su organizacion y su rango en la clasificacion general de los séres?

¿Su patología y su manera de apreciar la salud y la enfermedad?

¿Su terapéutica?..... ¿Cuál es el principio general del que emanan todos los elementos de la doctrina?

¿Conoceis su materia médica y el modo cómo se estudian, consideran y administran los medicamentos en la escuela

homeopática? Vuestro exámen, ¿ha osado jamás poner el pié, no diré en el santuario, sinó solamente en el vestíbulo de esta doctrina médica?

Nó.

¿Por qué, pues, la negais?

¿La habeis puesto alguna vez á prueba? ¿la habeis seguido en su práctica, ya en la clínica particular, ya en los dispensarios, ya en los hospitales? La Homeopatía, dicho sea de paso, tiene todo esto. ¿Habeis procurado recojer los hechos y comprobar las cifras de sus estadísticas?

Nó.

¿Por qué, pues, la negais?

La Homeopatía, aunque jóven aún, ha dado ya sus pruebas; ha producido las bastantes obras para formar una rica biblioteca especial; tiene periódicos en todas partes, y sus escritores.

Ahora bien: ¿habeis meditado todos estos escritos? Habeis leido siquiera la esposicion de esta doctrina, pero con lealtad, con formalidad y buena fé?

¿Habeis tenido la intencion de descubrir en su seno la verdad ó el error? ¿Habeis esparcido la luz de una sábia discusion en el abismo de sus maravillosos principios?

¿Habeis procurado con el choque de una esperiencia *ilustrada y sostenida*, hacer desprender de su corazon, alguna chispa de vida?

Nó.

¿Por qué, pues, la negais?

He aquí sin embargo, cuestiones muy importantes, y que hasta que las hayais resuelto, no os reconoceré la instruccion suficiente para que tengais derecho á decir: *yo no creo en la Homeopatía*; mas si no podeis responder, os declaro insensato, si negais.

Cualquiera que seais:

Si sois médico, ¿habeis meditado bastante estas cuestiones, y os creeis capaz de resolverlas? Posible será; pero lo dudo y tengo derecho á dudarlo. Si no sois médico, muy probablemente no habreis comprendido estas cuestiones, por lo cual leed, y quizá entonces vereis, cuán temerario erais con vuestra ciega negacion, ó cuánto distábais de la verdad con vuestra apreciacion de la Homeopatía: Yo os haré ver que hablábais de una cosa que no conocíais. Yo os probaré, en fin, que en vuestra

ignorante negacion, os poneis al nivel de un sordo-mudo que pretendiera juzgar de la ejecucion de una sinfonía de Beethowen, ó de un ciego de nacimiento que quisiere criticar los frescos de Miguel Angel y las vírgenes de Rafael. En verdad os digo, que el que niega una cosa sin conocerla, es un temerario.

¡Yo no creo en la Homeopatía!

No hay mas que una manera de negar una verdad, si bien ésta puede tener puntos de ataque; tales son, como yo os lo he hecho presentir, todas las falsas interpretaciones de buena ó mala fé, y en las que se fundan los variados, frecuentes y mas contradictorios combates que la Homeopatía esperimenta.

Así, pues, unos dicen que no existe; que es preciso compararla al Eldorado[1] del iluso médico Martinez, ó relegarla entre los misterios de Isis, los cuentos de los Árabes y los filtros y sortilegios de los Egipcios.

Sus glóbulos, son granos de falsedad; sus prescripciones, de agua clara, ó de polvo blanco; y sus prácticos, juglares mas ó menos hábiles para manejar los enfermos..... y sus pesetas.

Sus principios, son utopías entretenidas; sus pretensiones, las del mas profundo quijotismo y un pueril entretenimiento médico, parto un dia del sueño de un aleman raquítico.

La Homeopatía!..... Es la medicina de los enfermos hipocondriacos, de los ociosos que no saben cómo gastar el tiempo, y de los ricos que no saben dónde emplear su dinero.

Es la medicina de las actrices de los lugares inmundos, de las mujeres histéricas que pasan su vida entre los glóbulos y las novelas de Paul de Kock.

Otros dicen, escuchadlo bien! que la Homeopatía es la medicina de los venenos, y que las huellas de sus violentos remedios no desaparecen jamás.

— Cómo, Señor, os tratais por la Homeopatía?.... ¡Ignorais que los Homeópatas no emplean mas que venenos, tales como el mercurio, la belladona, el arsénico.

— Cómo, Señor, os tratais por la Homeopatía!.... ¡Ignorais, pues, que es una medicina incendiaria, y que el organismo se resiente siempre de los sacudimientos de sus terribles medicamentos!

[1] Es un País imaginario de la América Meridional que se supone situado entre el Orinoco y el país de las Amazonas, cerca del lago Parineco.

He aquí, pues, á la Homeopatía semejante á la hidra de Lerna. Es un monstruo policéfalo. Una gota de sangre que envenena las heridas y áun las hace incurables. La Terapéutica Hahnemaniana, es para los enfermos, más cruel aún que la túnica de Dejanira y las flechas de Philóctetes, y nuestro siglo deberia producir un nuevo Hércules para libertar á la clientela, más desgraciada que la antigua Argólida.

Bajo las flores de sus prescripciones se oculta el áspid de Cleopatra; sus glóbulos son elementos de terribles esplosiones; el polvo blanco es mas mortífero que la mezcla fulminante que hizo perecer al químico Hennel; su agua clara produce las insidiosas úlceras del mercurio, el delirio furioso de la belladona y el fuego abrasador del arsénico; todas sus fórmulas, en fin, son decretos de muerte.

Otros, dicen:

La Homoopatía es la medicina de las gentes amantes del progreso, que se entusiasman con las ideas nuevas, que pretenden marchar con el siglo: dando vida á todas las crisálidas científicas y están siempre dispuestas á formar la cadena que haga girar á una hermosa lucerna; á cantar una melodía de Schuber por el método Galin, y á caminar en un globo desde Madrid á Lóndres, á París, ó á la Luna.

Otro:

La Homeopatía es una medicina muy misteriosa: yo no la comprendo; por consiguiente no la creo.

Otro:

La Homeopatía no conviene á mi temperamento, á mis nervios, á mis hábitos; por consiguiente no la quiero.

Otro:

La Homeopatía podrá ser buena para ciertas enfermedades, como en las crónicas, por ejemplo; pero en las agudas que reclaman un tratamiento activo, como en las inflamaciones de los órganos tarácicos, imposible.

Otro:

Dadme todos los glóbulos de una farmacia homeopática y me encargo de tomármelos.

Otro:

La Homeopatía consiste en un régimen particular escrupuloso y severo, en el que es preciso evitar tales olores, bebidas y alimentos; con el cual, en fin, apenas se puede beber ni comer.

Otro dice:

La Homeopatía consiste en un solo remedio —siempre un veneno— que se administra en agua ó en polvo en todas las enfermedades.

Otro:

La Homeopatía consiste en el arte de dar los medicamentos en glóbulos, es decir, á dósis infinitamente pequeñas.

Otro:

La Homeopatía consiste en curar un mal por el mismo mal: asi pues, si habeis recibido un golpe, y por él os habeis fracturado un brazo, haced que os dén otro en el brazo bueno fracturándolo tambien, y con esto os curareis los dos[1].

Otro:

La Homeopatía ha tenido su época, pero ha muerto con su autor.

Otro:

Si la Homeopatía es una verdad, ¿por qué no es la medicina general, y por qué no es admitida por las Academias y Facultades?

Etc., etc., etc....

¡Ah! Todas estas hipótesis afirmativas, todos estos sarcasmos ciegos é ignorantes, todas estas necedades estúpidas ó apasionadas, se oyen y circulan por todas partes.

Pero, ¿cuál es el origen de todas estas opiniones? La ignorancia, la pasion, las preocupaciones, las divagaciones del espíritu de inteligencias altaneras en unos, sarcásticas en otros y sistemáticas en la generalidad.

¿Por qué chocan todos estos descubrimientos?

Por la rutina, la necesidad, y sobre todo, por la moda de negar.

¿Por quiénes se combate la Homeopatía, no diré oficialmente, sinó en el mundo, donde la calumnia es la moneda corriente?

Principalmente por los ignorantes; por aquellos que jamás han fatigado su inteligencia con los esfuerzos del estudio y que nunca se han dedicado á laborear el campo de la ciencia.

Por los que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, corazon y no sienten.

[1] Opinion del Sr. Ruiz Jimenez, médico alópata, emitida en una sesion de la Academia Médico-quirúrjica Matritense.

Por los que están prontos á sacrificar toda verdad que se respeta en el mundo.

Por aquellos, en una palabra, á quienes es preciso perdonar porque no saben lo que dicen.

Confieso sin embargo, que muchas veces al oir todas estas cosas, no he podido apartar de mi alma el soplo de una ardiente indignacion.

¿No creeis en la Homeopatía?

Felicísimamente, *cualquiera que seais*, la Homeopatía puede pasarse sin vuestra adhesion.

A pesar de vuestras injurias y calúmnias, permanecerá firme y proseguirá su marcha en la vía del progreso médico; la Homeopatía os vencerá en todas partes, os alcanzará á vosotros y á vuestros hijos, no con el deseo de la venganza, sinó con sus torrentes de beneficios. Su fuerza expansiva concluirá por triunfar en Europa de la oposicion obstinada de las Academias, porque el foco de su dinamismo ha irradiado ya de occidente á oriente y vivificado los pueblos.

Mas si bien es cierto que hay muchas cosas que se niegan sin comprenderlas, hay otras muchas que se creen con la misma ceguedad. Para probarlo os invitamos á que penetreis los secretos de la naturaleza y vereis que á cada paso de vuestra esploracion os encontrais con un misterio.

Ejemplos:

El aire que respirais, y en el cual vivís, que os circunda, que gravita sobre vosotros, que os penetra, le comprendeis? ¿podeis apreciar sus corrientes variaciones? ¿sentís la masa enorme que cada uno conducís sin que os moleste?

Cuando hableis á los muchos que niegan la Homeopatía, podeis decirles, que cada una de vuestras palabras que hienda el aire, producirá en ese gas compuesto, una ondulacion semejante al círculo, delineado por la piedra que cae en el agua tranquila, y que dicha ondulacion se abrirá, se romperá, se dividirá, entrará en su conducto auditivo y les comunicará á todos vuestro pensamiento; ¿comprendeis esto?

Asistís á la ópera: la orquesta se compone de toda clase de instrumentos y cada uno de su timbre particular. Obedeciendo al movimiento de compás, cada nota grave ó aguda que

sale de una laringe, de una cuerda ó de un tubo metálico, vuela, se despliega y llega bajo la forma de una oleada á vuestro oido. Todos los sonidos diatónicos, todos los accidentes cromáticos, hablan á la vez y entran juntos en vuestro conducto acústico: los entendeis todos, los percibís todos, los distinguís todos; ¿comprendeis esto sin embargo?

La historia química y física del aire, nos demuestra todavía las divagaciones del espíritu humano y sus oscilaciones entre el error y la verdad.

Los antiguos colocaban el aire en el número de sus cuatro elementos; *y despues los análisis de Lavoisier*, *de Humbolt*, *de Gay-Lussac*, han demostrado *que es un gas compuesto de otros varios*, el *oxígeno* y el *azoe* como radicales y como variables *el gas ácido carbónico*, *hidrógeno carbonado*, etc.

Los antiguos creían tambien que el agua subía en el cuerpo de una bomba, porque la naturaleza tiene horror al vacío, y despues por las esperiencias de Galileo y de Torriceli, su discípulo, se sabe que el agua sube por la presion atmosférica ejercida sobre la superficie libre del líquido contenido en el receptáculo.

Ved ahora las metamórfosis científicas que se han operado en el sistema planetario.

Hasta Copérnico y Galileo, es decir, durante mucho tiempo, se ha visto y creido que el sol giraba alrededor de la tierra inmóvil, y que nuestro pequeño planeta era el centro de atraccion de todas las esferas celestes.

Despues de estos dos astrónomos, las cosas han cambiado. El sol se ha cansado de una marcha de seis mil años y se ha parado, se ha sentado como un orgulloso Sultan en medio de los cielos y de todos los planetas; sus odaliscas, fascinadas por su mirada, revoloteando con una irresistible seduccion alrededor de su trono, se disputan el favor de sus rayos.

Pero la carrera de todos estos planetas ha sido sorprendida por los cálculos matemáticos. Asi, se cree que la tierra gira sobre sí misma, al girar alrededor del sol. Separada de este astro por treinta y ocho millones de leguas, tiene en su movimiento de rotacion, la celeridad de diez leguas por segundo; (1) y en el de traslacion, de siete, tambien por segundo. Pero ¿qué importa todo esto respecto á los movimientos del sol? Porque habeis de tener presente, que cuando os he dicho que

Este cálculo está mal hecho: quizá se ha querido decir "por minuto" donde se ha puesto "por segundo" (respecto al movimiento de rotación de la tierra)

el sol fatigado se habia quedado en reposo, sólo ha sido usando de una metáfora.

La ciencia telescópica moderna ha reconocido, en efecto, que el sol posée tambien los dos movimientos de rotacion y traslacion y que no hay estrellas *fijas*, rigorosamente hablando. Gasta veinticinco dias y medio en girar sobre sí mismo, y se ha descubierto que se dirige con su serrallo de planetas hácia la constelacion Hércules, con una rapidez que debe ser por lo menos de setenta y dos mil leguas por dia.

Mas si se puede hablar de la distancia del sol á la tierra. de sus movimientos, su volúmen, y áun su peso, no se sabe, ni acaso se sabrá jamás, cuál es su naturaleza, de dónde proceden sus manchas, y cuál es, sobre todo, el orígen de su luz y de su calor..... Misterio!

Comparad la astronomía antigua con nuestro progreso actual. Cleómene, bajo el reinado de Augusto, solo daba un pié de diámetro al sol. Pero antes Eudoxio habia ya calculado éste diámetro como nueve veces mayor que el de la luna. Anaxágora habia supuesto que el sol podia ser tan grande como el Peloponeso, y Zenon le creía un poco mayor que la tierra.

Todos estos sábios de la antigüedad son algo parecidos al pastor de Mántua que creía á Roma tan grande como su aldehuela.

Urbem quam dicunt Romæ, Melibæ, putavi
Stultus ego, huic nostræ similem.....

¿Quereis tener una idea aproximada del grandor del sol y de la pequeñez de nuestro planeta?

Representáos esas pompitas de jabon que con tanta frecuencia habeis hecho en los juegos de vuestra infancia; creáos una en vuestro pensamiento tan grande como la tierra; soplad aún el canutillo con toda la fuerza de vuestra imaginacion, hasta que la pompita sea millon y medio de veces mayor, y obtendreis el volúmen del sol.

Nuestro globo, que hemos tenido la fatuidad de creerle el mas grande, ha venido á ser el más pequeño. Arago decía en sus lecciones de astronomía, que si se pusiese al sol en uno de los platillos de una balanza, sería menester colocar en el otro trescientas treinta y cinco mil tierras, ni más ni menos.

M. de Humboldt hace tambien esta suposicion: « La distancia de la luna á la tierra, es de noventa y seis mil leguas.

Ahora bien! se podría colocar la tierra en el centro del sol, hacer girar la luna alrededor de ella, y la órbita de la luna se hallaría toda entera en el sol, habiendo aún una profundidad bastante grande. »

De suerte que nuestro planeta, comparado con el sol, solo es un glóbulo, un pequeño grano de adormidera, comparado tambien con la cabeza toda entera que contiene millones de granos.

¿Y cómo creer, sin embargo, que este sol tan brillante que ilumina y calienta todo el Universo, no es mas que una débil lamparilla, un glóbulo, comparado con las estrellas?

¿Cómo creer aún, que la ciencia no ha podido determinar el número de las estrellas, su distancia entre sí, y la que las separa de la tierra?

¿Cómo creer, segun la induccion de los astrónomos, que recorriendo la luz sesenta y siete mil leguas por segundo, hay aún estrellas tan distantes de la tierra, que no ha habido tiempo todavía para que nos lleguen sus rayos?

¡Abismos inmensos, cuya espantosa profundidad no podrá sondarla jamás la curiosa investigacion de la ciencia! Esplicadme el misterio de la atraccion planetaria! Interrogad á la astronomía y no os responderá. Todo el genio de un Newton permanece mudo.

Si del misterio de la gravitacion y armonía universal, pasamos á los fénomenos de la fisiología, el dominio de los misterios ensanchará su inmensidad.

¿Comprendeis bien, lo que es un color, un olor, un sabor, y cómo por medio del ojo, de la membrana pituitaria, de las papilas linguales, llegan al cerebro y producen en él su sensacion específica?

¡Que mediten sobre la precedente, aquellos que creen no hay verdad fuera del mundo de los sentidos, del microscópio y del reactivo!.....

Comprendeis, en fin, la digestion, la circulacion, secreciones y el mecanismo de todas las funciones?

¡Cuántos misterios quedarán para siempre cubiertos con el velo del silencio mas cruel!.....

Si, todo es misterio en la naturaleza, y solo podemos intentar penetrar en ella guiados por la luz refulgente del evangelio y apoyados en la sana filosofía derivacion de él mismo.

He dicho que todo es misterio en la naturaleza, y debo

añadir, que por eso los Egipcios la pintaban con la forma de una mujer tapada, para dar á entender que es impenetrable.

Si arrojamos la vista al lontananza del pasado, para volverla enseguida al horizonte del presente, no tardaremos en percibir que muchas cosas ni han sido ni serán jamás comprendidas, y que otras muchas, si bien en su principio fueron obscuras, hoy se han aclarado, y que no pocas en fin, han sido primero negadas y despues afirmadas.

En todos tiempos, la verdad ha encontrado á su paso el fantasma de la incredulidad.

En todas partes los descubrimientos han sido rechazados por la ciega oposicion, por la ignorancia y las preocupaciones, y los inventores han tenido que apurar el cáliz de la amargura.

Recordad lo que se ha dicho de la brújula, de la imprenta y de otras hijas del progreso.

Pero dejemos dormir los errores de la antigüedad, no vayamos á registrar en las viejas tradiciones de los Caldeos y de los Egipcios, ni en las de los Griegos y Romanos, ni tampoco en las de la edad media, ni aún en las de los tiempos más modernos.

Escuchemos lo que se decía ayer:

Los buques de vapor!..... **Quimera!**
Los caminos de hierro!..... **Ilusion!**
El Telégrafo eléctrico!..... **Utopía!**
La fotografía!..... **Sueño!**
La galvanoplastía!..... **Mentira!**
Etc., etc., etc.....

Todos estos engendros del progreso, han sido, sin embargo, sofocados y devorados por el pirronismo, más cruel aún, que el viejo Saturno de la fábula.

Ayer habeis negado todo esto y hoy lo creeis. Ayer estábais por la negacion, porque otros negaban; hoy afirmais porque otros afirman; hayer decíais *no*, porque no sabíais lo que hacíais; hoy decís *si*, porque no sabeis lo que habeis hecho; siempre el espíritu en las tinieblas!.....

¿Por qué, pues, al negarlo todo en la homeopatía, creeis cosas más misteriosas que ella, y que, por lo tanto, no comprendeis, á pesar de vuestras *protestas de imparciales, y de ostentaros con el orgullo de no admitir más que lo que podeis comprender?*

No temeis que con razon os aplique este pensamiento de Pascal: *Incrédulos de los mas incrédulos, créen los milagros de Vespasiano, pero no créen los de Moisés.*

Cuando veis salir de la olla de Papín una nube blanquecina, decís es el vapor: ¡muy bien! ¿Pero sabeis lo que es el vapor? No os pido una definicion física de éste elemento dinámico. Esplicadme tan solo de qué manera, bajo la influencia del calórico, las moléculas del agua se separan, pasan del estado líquido al gaseoso, y cómo al dejar la forma masiva, adquieren una fuerza de expansion irresistible, fuerza múltiple que en la industria reemplaza á mil brazos, fuerza sin límites que se burla de la resistencia de los pesos y de las masas; fuerza infinita, que, de la quilla del Leviathan sopló las olas del Atlántico, agitándolas como una tempestad

Cuando pedís vuestro retrato á la fotografía, un rayo del sol refleja en vuestra cara; sus rasgos, sus colores y su espresion, les hace pasar por el foco del daguerreotipo; y su pincel fiel dibuja en tres segundos vuestra semblanza más perfecta; ésta imágen animada refleja vuestra mirada, vuestro pensamiento, vuestra intencion secreta: ¿comprendeis el misterio de ésta corta operacion?

Interrogad á la química y no os responderá.

Cuando vuestro pensamiento es llevado por una chispa eléctrica, de la Europa al África, y áun del uno al otro mundo, como lo vemos y esperamos verlo bien pronto, ¿no se espanta vuestra inteligencia ante la pendiente de éste abismo misterioso?

¿Comprendeis aquí todas las relaciones de este mecanismo, la celeridad de la chispa, ó la descomposicion tan rápida de las electricidades del hilo? ¿comprendeis la accion é interrupcion tan multiplicadas de la corriente? ¿comprendeis, sobre todo, la imantacion del hierro dulce por el fluido galvánico?.

Yo he observado muchas veces que la brújula de un cuadrante telegráfico podia mover veinticinco letras una vez por segundo.

Hay, pues, veinticinco interrupciones de la corriente por segundo.

Ensayad de hacer caminar vuestra imaginacion por el espacio; atravesará, sí, con más velocidad que la chispa eléctrica, en un brinco, toda su distancia y aún se sumergirá en lo infinito; pero no hará en un segundo veinticinco veces el viaje

de Madrid á París del mismo modo que la brújula arroja mas de veinticinco chispas; no podreis jamás llegar á hacer esta esperiencia.

¿Comprendeis toda la injuria que produce al imposible la conversacion con vuestro amigo, cuando al través del espacio un hilo de mil leguas os sirve de trompa acústica, y podeis así hablarle al oido?

Interrogad á la física y no os responderá.

Pero ¿por qué negaisteis ayer y hoy creeis todos estos fenómenos fluídicos? ¿Ayer vuestra inteligencia se ostentaba orgullosa con negar, y hoy se crée humillada al reconocer los hechos que no puede comprender?

Antes quizá, que desaparezcais del mundo, ¡cuántos y cuán importantes descubrimientos os van á admirar, y cuya presentacion será acogida con la risa de la incredulidad!

¿Creeis, por ejemplo, que el dominio del gas y de los vapores sea eterno, y que su aplicacion universal á las artes y á la industria, sea el último esfuerzo del progreso? Pues el mejor dia, marcharán las locomotoras impulsadas por la fuerza electro-magnética; y los pálidos reverberos que aparentan alumbrar las calles de nuestras ciudades, serán remplazados por una sustancia que arderá sin consumirse entre los dos polos de una pila galvánica, y este sol artificial hará casi olvidar la alternativa del dia y de la noche.

Negar todos estos *posibles* científicos é industriales, sería como si se nos dijese que nunca terminaría la apertura del itsmo de Suez, que proseguirían siempre las dos Américas unidas por el de Panamá, y que no se irá un dia en camino de hierro de Douvres á Calais.

Aquí teneis dos invenciones, ó mas bien, dos nuevas relaciones de invenciones ya existentes, que no tardarán en abrir á la ciencia dos horizontes infinitos.

Se habla de una mecánica eléctrica que reproducirá literalmente, con el auxilio de signos de un nuevo lenguaje, los discursos de la Cátedra ó de la tribuna. Se habia considerado como muy extraordinario en el campo del progreso, la marcha de la estenografía despues de la palabra; ésta será entonces el patache ó barquillo despues del vapor, pues que el *electrostac* será el daguerreotipo del pensamiento. Se habla tambien de otra máquina fotográfica destinada á representar telegráficamente la imágen

animada de personas distantes; ¿qué mas viva chispa podrá aún desprenderse del foco de lo *posible*?

Y sin embargo ciertos físicos miran al *electrostat* y el *photostat* como inminentemente probables, puesto que ya antes de su nacimiento, estos dos gemelos del progreso han recibido el nombre de bautismo en el registro científico.

Y no es esto todo, si dirigís por un instante la vista al lontananza del porvenir, ¡cuánto no debeis admiraros con el panorama de los descubrimientos futuros, descubrimientos que no podemos calcular ni áun sospechar!

Cuando se reflexiona en todas las riquezas que encierra lo desconocido, en todos los tesoros que posee la mina del *posible*, se procura retener y prolongar la vida que nos abandona, y se siente llegue nuestra última hora; en este trance, un legítimo sentimiento de amarga melancolía nos impulsa á rechazar las espesas tinieblas de la tumba que forman nuestra noche eterna y nos ocultan todos los nuevos horizontes

¿Qué dirían hoy Cervantes, Homero, y Virgilio si viesen impresas El Quijote, la Eneida y la Iliada? ¿qué dirían Alejandro y César si viesen el Tren de nuestra artillería? ¿qué dirían Felipe II, Luis XIV y Napoleon I, si vieran los caminos de hierro y el telégrafo eléctrico? (1)

¿Qué diríamos nosotros mismos si volviéramos al mundo dentro de un siglo, y si viéramos..... que..... no lo sé, pero ¿cuántas cosas nos harían sentir que la muerte nos llamase al dia siguiente á nuestra tumba!..... Pero tiempo es ya de que descendamos de la altura de todas estas consideraciones transitorias para volver á nuestro verdadero objeto.

Guardáos, pues, de juzgar de lo que no conoceis, ó que solo conoceis imperfectamente; contenéos en los límites de una sábia y prudente reserva. Si los antiguos tenian razon al decir, *conoce antes de amar*; tambien es justo decir, *conoce antes de no amar*.

Cuando se trate de una idea nueva, suspended el juicio antes de afirmar ó negar, hasta que hayais adquirido el derecho de inclinaros por un serio exámen á uno ú otro de estos estremos.

Decía san Agustin: *en las cosas de difícil prueba y peligrosa creencia, vale mas dudar que asegurar.*

Salomon tambien expresó: *El que es docto y prudente, es moderado en sus discursos; y el hombre sábio expone su pensamiento con reserva.*

Homero y Virgilio se admirarian, porque en su tiempo desconocidas la Imprenta; pero... [illegible]

Se preguntó un dia á M. Lordat, el ilustre fisiólogo de Montpellier, qué pensaba de la homeopatía; y respondió: « Ni la admito ni la rechazo, porque no he tenido el tiempo necesario para estudiarla; he oido emitir juicios tan diversos y opuestos por hombres tan graves é ilustrados, que debo callar hasta que pueda enterarme; es decir, *hasta que haya hecho un profundo exámen*; tanto más, cuanto que este método tiene el sufragio de uno de los maestros mas distinguidos, el Sr. Amador, profesor de patología y terapéutica general.

Permitid que os diga: seguid al menos este ejemplo, y cuando se os hable de homeopatía, en lugar de condenarla, tened el buen sentido de decir: No la conozco.

No os riais, pues, en asunto tan grave, y escuchad aún lo siguiente:

Brousais, el fogoso Brousais, que habló primero de la Homeopatía, considerándola como el más enorme absurdo, *é indigno de todo exámen*, cambió de opinion por el choque de la verdad, y expresó en uno de sus últimos discursos, en presencia de sus numerosos discípulos.

« No conozco en las ciencias más autoridad que los hechos, y en este momento esperimento la Homeopatía. »

Estas palabras fueron acojidas por un pequeño murmullo de incredulidad general: El ilustre profesor golpea entonces sobre su asiento, y dice con voz mas fuerte é indignada:

Sí, esperimento la Homeopatía.

Esta vez la sonrisa se detuvo en los lábios.

He creido conveniente poner en vuestro conocimiento los dos hechos precedentes para que sobre ellos mediteis.

Mas si la Homeopatía está combatida por las preocupaciones y negada por la ignorancia, tambien ha sido mal comprendida por amigos entusiastas que secundan su progreso con el celo del más ardiente proselitismo.

Unos no ven mas que glóbulos, y de estos los infinitamente pequeños. Pero yo quiero proclamar muy alto con toda la fuerza de mis convicciones, que esto solo es un principio de nuestra doctrina. Dejad que lo digan los ignorantes y las inteligencias pequeñas.

Otros no ven más que el principio de los semejantes y no manejan mas que esta palanca, despreciando las demás ruedas de la máquina.

La verdad es una, pero tiene varias fases, y para conocerla bien, es preciso apreciar estas fases y todas sus relaciones.

Una opinion errónea puede perjudicar tanto como una ciega negacion.

La Homeopatía en general no se ha comprendido. Se ha repetido con frecuencia y se repite todos los dias, de buena ó mala fé, que la Homeopatía es una ciencia muy fácil, y yo os digo que no hay nada más difícil que la Homeopatía. El conocimiento íntimo de su filosofía exije penosos estudios y largas meditaciones; el ponerla en obra necesita la fuerza de conviccion más enérgica; y la vía de su práctica, árida, escarpada y llena de escollos, desalienta con frecuencia la marcha más decidida y entusiasta.

He aquí por qué muchos en su sencillez creen conocer la Homeopatía y se engañan; he aquí por qué algunos, á quienes conozco, se han equivocado al pretender beneficiar y fecundar este terreno; hallando bien pronto su cultura seca, ingrata y estéril, su alma se ha desalentado; su mano fatigada y debilitada soltó el arado, y concluyeron por echarse en el surco, por abandonarse.

La Homeopatía, pues, en general hablando, ni ha sido conocida ni comprendida por las personas que la niegan sin saber lo que hacen; si así no fuese, su marcha encontraría menos obstáculos en el campo de la práctica y en el camino que mina á las Facultades de Medicina; su reinado llegaria mucho más pronto, y su *luz* no permanecería por tanto tiempo eclipsada.

Quiero deciros todo lo que es y lo que no es; os lo presentaré en todas sus fases y os demostraré todos sus elementos.

Someteré los últimos al más escrupuloso análisis, y os los espondré en *correlacion exacta con las ciencias naturales, y con la escritura.*

Separaré la cizaña del grano bueno; y, si puedo, arrancaré las malezas y los espinos para que no detengan vuestros primeros pasos en su estudio.

Despues de esto, si me hiciéreis objeciones, contestaré las que considere fundadas; y si aún despues me manifestáseis dudas, procuraré aclararlas para ilustrar vuestra inteligencia y fortalecer vuestra fé.

Entónces espero en Dios que la Homeopatía será la antorcha que iluminará á todo hombre de buena voluntad; su filosofía no

será un abismo, ni su teoría un misterio, ni su práctica un laberinto.

Deseo ser comprendido por todos, y al efecto seré tan claro como me sea posible; y, con este fin, haré entrar en mis discursos tan solo los conocimientos médicos más elementales; dejaré la parte muy científica de los argumentos, y despojaré á mi diccion de todas las vanas sutilezas del antiguo escolasticismo.

Para llenar mi objeto, procuraré observar y será mi norte: la sencillez, la claridad, la verdad.

Al terminar este discurso quisiera dejar grabada en vuestro espíritu, jóvenes médicos, la impresion que siempre he esperimentado al leer las siguientes líneas de la Apología que el gran Tertuliano escribió, en el tiempo de las persecuciones de los cristianos, á los senadores de Roma.

«Que la verdad pueda, al menos con el auxilio de la es»critura, llegar hasta vosotros, silenciosa y disimulada. No ne»cesita gracia porque no se humilla con su condicion. Estranjera »en este mundo, sabe que está expuesta á encontrar enemigos »fuera de su país; camina con la vista elevada al cielo, su »patria y su esperanza, sin aguardar en ninguna parte, ni »crédito ni gloria: no teme en este mundo mas que una cosa, »que se la condene sin conocerla.»

DISCURSO TERCERO.

Doctrina Hahnemaniana.

Debo ya ocuparme de la doctrina Homeopática. Principio sentando que es tan antigua como el mundo, y que presenta tambien ese color de antigüedad que reclama la veneracion; si la comparámos á *un Templo*, diremos, que sus paredes, mas sólidas que las de nuestros monumentos antiguos, pueden desafiar todo elemento de destruccion.

Este templo no presenta más que una puerta; ninguna otra entrada ofrecen sus partes laterales; asi, los vientos no pueden venir jamás á chocarse; por consiguiente la calma y el más respetuoso silencio reinan y reinarán en su santuario.

En este santuario hay un altar, y en este altar se asienta una divinidad; pero ésta divinidad ha sido, es y será siempre la misma; nació en éste mismo templo de un rayo de la verdad y hasta el fin de los siglos se halla al abrigo del soplo y agitaciones del politeismo; ella sola permanecerá y recibirá el incienso de sus adoradores.

Esta alegoría os esplica casi toda la doctrina Hahnemaniana; no la olvideis.

En dicha doctrina, nada de ondulaciones sistemáticas, ningun choque de opiniones diversas, ninguna disputa de escuelas divergentes, ningun ruido de fuera viene á turbar el silencio de este santuario sagrado, ningun soplo caprichoso viene á agitar la superficie de una teoría tan uniforme, ninguna turbulenta ambicion viene á cambiar una sola piedra á este edificio *inmutable.*

En él se muere, porque la muerte está en todas partes. Fué *decretado una vez por el Omnipotente que todos muramos*, y la Homeopatía no hace milagros; pero tiene al menos el consuelo de llevar á este término inevitable lo más tarde que humanamente es posible, y lo hace ayudada por la doctrina evangélica; por un camino dulce y tranquilo, disminuyendo y disipando las sombras horribles de este último trance.

Lo precedente y no otra cosa es la doctrina hahnemaniana, y ella sola, está en consorcio íntimo con la moral evangélica; y de solas estas dos fuentes de las que brotan cristalinas aguas, podemos esperar la regeneracion moral y física de las humanas miserias.

He dejado presentir en los párrafos precedentes, pero quiero formularlo ahora en forma mas esplícita:

Que, para conocer y apreciar bien una doctrina médica, es necesario examinarla en los dogmas que componen *su esencia*, *su razon de ser*, *fisiología*, *patología*, *etiología*, *terapéutica*, y *materia médica;* y que es el de absoluta necesidad que dicha doctrina, para ser *verdadera*, represente la *unidad.* **Unidad de principios teóricos, unidad de accion práctica, unidad, en fin, de tendencia en la fusion de la grande unidad Dios.**

Es necesario además, y añado esto de lo sagrado de mis convicciones particulares y profundas, que esta doctrina esté conforme en su esencia con la naturaleza y con el destino del hombre, y con los progresos actuales é indefinidos de la ciencia.

He aquí para una doctrina médica, sus condiciones de ser. Me encargo de probaros, que estas condiciones la Homeopatía las posee *todas* y las posée *sola.*

Fisiología. Ya sabeis que la fisiología es, en general, el estudio del hombre sano. Falta, pues, ante todo, tener del hombre, objeto de estudio, un conocimienio exacto y verdadero.

Veamos, pues, al hombre Hahnemaniano.

Pero antes permitidme os diga, que no he podido nunca comprender cómo los pensadores y fisiologistas se hayan proporcionado tanto trabajo para analizar al hombre. Yo no he podido mirar sin asombro que se haya buscado la luz en pleno sol. Os asombra esta declaracion. Mirad, abrid conmigo el libro sagrado, que las primeras líneas del Génesis aclaran este punto con la luz mas brillante.

Verdad que esta fuente no es del agrado de todo el mundo, y el materialismo la aleja con desdén de sus lábios secos; pero ¿qué nos importa su sonrisa helada? *Queremos nosotros apagar nuestra sed en esta agua viva de la verdad.*

Abramos, pues, el libro divino y leamos:

Cuando Dios hubo criado todo, *hagámos*, *dijo*, *al hombre á nuestra imágen y semejanza*, *y que mande á los peces del mar*, *á las aves del cielo*, *á los animales*, *á toda la tierra*; *y á todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra.*

Ya veis en estas palabras, al hombre, y su lugar en la escala de los séres. Formad esta escala, vasta, inmensa, infinita; el primer escalon toca al mineral y el último á Dios; las transiciones ascendentes ó descendentes están establecidas por una sabiduría soberana, por una ciencia Divina.

Ahora bien; Dios, despues de haber formado al hombre, se reservó el derecho de clasificarlo entre todos los séres del Génesis universal; y su clasificacion lo nombró **gefe** de todos estos séres. ¿Por qué quereis designarle otro lugar? ¿por qué intentais en vano modificar los grados de tan grande y portentosa clasificacion? ¿por qué no quereis comprender, que tanto es el hombre inferior á **su Creador**, cuanto es **superior** á todas las otras *criaturas*?

Vuestro orgullo ¿no está, pues, satisfecho del lugar que ocupais en esta clasificacion inmutable, é intentais ennoblecerros haciéndoos hermano del mono?

No citaré aquí á los escritores sagrados en apoyo de mi opinion porque pudieran ser considerados parciales. Me referiré, solo á la de los naturalistas, cuya autoridad está asentada en

la ciencia. La de Aristóteles, Adanson, Daubenton, Vicq d' Azyr, Etiene, Geoffroy de Saint Hilaire, Lacepede; y en nuestros dias MM. Serres Longet, J. Reynand, Tandon, declaran; que el hombre está fuera del reino animal y que constituye un reino aparte.

Geoffroy de Saint Hilaire, establece un cuarto reino para ennoblecer al hombre, y dice:

« El reino humano se eleva sobre el reino animal por la inteligencia, como éste se eleva por la sensibilidad sobre el reino vegetal.

Conclusion.

En presencia de *Dios* y del *mundo declaramos*, que, así para el ignorante como para el sábio, el avergonzarse de ser equiparado con un mono, no es orgullo, es conciencia de la *dignidad humana*.

Entremos ya en el dominio de la *fisiología pura*, y consignemos, que para comprender bien al hombre fisiológico, para apreciar bien el juego de sus órganos, para establecer del mejor modo posible las relaciones de sus funciones, es de absoluta necesidad conocer los elementos que lo constituyen.

Pues, así todavía; para aclarar este *abismo*, la sagrada escritura va á prestarnos su antorcha, que guía á todo hombre de buena fé.

El Génesis; en el cap. 11, vers. 7, refiere así la formacion del hombre:

Formavit igitur Dominus Deus hominen de **limo terræ et inspiravit in faciem ejus Spiracullum vitæ et factus est homo in animam viventem.** El Señor Dios, formó empero al hombre **del limo de la tierra**, é infundió en su imágen **un soplo de vida** y el hombre fué hecho **en alma viviente.**

Teneis en este versículo, toda la naturaleza del hombre.

Reparad en esta frase; tres miembros que designan tres términos muy distintos: La *materia*, un *fluido vital* y el *alma*: Ved aquí los tres lados del triángulo; ved en él al hombre en su *trinidad fisiológica*.

Si, á pesar de todos estos elementos tan claros y precisos, es todavía difícil dar una definicion del hombre, al menos, es muy fácil formarse de él una idea justa.

Todo lo hay en el hombre; y ciertos filósofos, han tenido razon para decir, que el hombre es el resúmen de todos los séres, desde Dios hasta la materia.

En el hombre, en efecto, existen sólidos, líquidos, vapores, gases, fluidos y un alma. Los sólidos en estado dinámico y en el mayor grado de divisibilidad é incohercibilidad engendran á los líquidos, como éstos engendran los vapores, como los vapores, engendran los gases; el fluido nervioso toca al fluido vital, y el fluido vital es la trasmision de la materia al alma, como el alma es la trasmision del hombre á Dios.

Para facilitar la comprension íntima de este mecanismo misterioso, vamos á comparar al hombre á un estado monárquico. Este estado presenta un rey en la cumbre, los súbditos en la base y ministros intermediarios. Ahora en nuestro reinado fisiológico, el alma es el rey, los órganos los súbditos, y el fluido vital el ministro. En él solo hay un ministro; y así como en un estado social hay leyes fundamentales y leyes orgánicas, tambien nosotros distinguiremos leyes en las funciones del hombre, funciones múltiples, variadas y complicadas.

Esta consideracion general sólo es el bosquejo de un plan inmenso, que podría presentar detalles muy ricos y casi infinitos.

Para la perfecta inteligencia de las aplicaciones que después haremos, de todos estos prolegómenos, y las consecuencias que sacarémos de estos principios, es aún esencial que considereis al hombre como un *todo*, como una *unidad*.

En efecto, todas las partes que componen su sér, están siempre é invariablemente sometidas á la solaridad de la más estrecha simpatía.

No se puede imprimir á esta unidad la menor modificacion, sin que todas sus funciones se resientan: las ondulaciones del centro se trasmiten á la circunferencia, y las más ligeras conmociones de los puntos de la circunferencia, convergen hácia el centro por radiaciones infinitas; como en una masa líquida, las moléculas se comunican sus movimientos, como en un cilindro leñoso los átomos vibran á impulso de la misma percusion, como una chispa eléctrica hace estallar el fluido que circula en la corriente más inmensa.

Hay, pues, union íntima entre el espíritu y la materia por medio del fluido vital. Mas ¿cómo se opera ésta union, ésta fusion, ésta soldadura de dos sustancias tan diferentes y tan

heterogéneas? ¡Misterio! Misterio siempre insondable é incomprensible como Dios.

Comparad si quereis estas dos sustancias á dos orillas separadas por una distancia infinita; el Océano que las baña, las une en una eterna fluctuacion; pero estas olas que se balancean de un borde á otro, tienen una superficie y profundidad infinitas. Ya reine la calma, ya la tempestad, su seno encierra riquezas inaccesibles á la codicia más activa y voraz, y sobre este poder solo hay otro poder; el dedo de Dios.

Considerad ahora cada una de estas tres fracciones que componen la unidad fisiológica del hombre: y preguntad cuál es el atributo del alma, y vereis enseguida que el alma hace que el hombre *piense y quiera*, como que por ella tiene memoria, entendimiento y voluntad, libre y responsable de sus actos. Es la que preside á la vida de relacion con nuestros semejantes; es quien compone el *yo*; es, en fin, el foco de la vida.

Interrogad al fluido vital, y os dirá: yo soy el ministro del alma, encargado en todo su reino de la ejecucion de sus leyes, yo soy quien conduce al hombre material, quien dirige todas sus acciones vitales, soy el resorte de todo su mecanismo orgánico; por mí repara las moléculas orgánicas que incesantemente destruye para vivir; por mí respira, digiere y anda; gasto sus fuerzas con el trabajo y se las reparo por el sueño. Cuando estoy en calma, está sano; y enferma, cuando una causa cualquiera, produce la menor oscilacion á mi equilibrio.

En fin, si interrogais la materia del hombre, vereis que tambien revindica su parte de accion y de libertad, aunque ella sea el súbdito del alma. Tiene, en efecto, sobre el espíritu su poder relativo y determinado; el alma está remachada á su cadena, y constantemente sufre su peso; frecuentemente el súbdito usurpa el cetro, y por un cambio de papel, entónces hace sufrir á su rey toda la tiranía de un déspota absoluto.

Aunque el médico ejerce su sacerdocio sobre el hombre moral como sobre el hombre físico, esta última mitad está mas especialmente en el dominio de su poder é investigaciones.

No obstante, nada de escluir una parte en detrimento de otras, puesto que el hombre es un todo. No limitemos nuestro horizonte á ver solo la materia; este es el error del organicismo; no lo estendamos únicamente á los solos límites del alma; éste

es el error del espiritualismo. Pero, al abrazar toda la estension del campo fisiológico, detengamos nuestras miradas sobre el fluido vital. Este principio debe ser nuestro primer faro, nuestra primera estrella y nuestra brújula.

Ved aquí la sola faz verdadera del dogma fisiológico. Vosotros veis bien cómo, con la antorcha de la verdad, colocados nosotros entre el materialismo y el espiritualismo puro, nos separamos de uno y otro, sin excluirlos, apreciando el *hombre vital*, *el hombre hahnemaniano*, *el hombre cristiano* establecido en su verdadera naturaleza y caminando por la vía de sus celestes designios.

Patología. Sin querer buscar vanas definiciones filosóficas del hombre, de la vida, de la enfermedad y de la salud, podemos no obstante por las ideas exactas que sobre estos elementos poseemos, permitirnos definiciones descriptivas. Estas definiciones, sin tener el defecto de ser pretenciosas, tendrán por lo menos el mérito de ser claras.

Asi que nos decidimos por establecer estas ideas sumarias, que para nosotros, y por conviccion general, equivaldrán á axíomas.

1.° El hombre es *una alma sustancial fluídicamente unida á un cuerpo.*

2.° La vida es la entrada en accion del *fluido vital*, que resulta de la fusion íntima de estas dos sustancias: *alma y cuerpo.*

3.° La salud es el equilibrio mas ó menos perfecto de este *fluido vital*, y la ruptura de este equilibrio constituye la *enfermedad.*

Con la ayuda de estas nociones, tan simples y elementales, vamos á comprender perfectamente las enfermedades. Para conseguirlo, examinaremos sucesivamente, segun nuestro plan general, 1.° *su orígen*; 2.° *su manifestacion*; *y* 3.° *su fisonomía.*

1.° — Orígen de las enfermedades.

No se trata aquí de la naturaleza de la causa esencial y radical de la enfermedad. Todo esto, nos es, y nos será siempre desconocido; ya os le he dicho, no lo olvideis. No quiero, pues, deciros de dónde viene la enfermedad, sinó de dónde vienen las enfermedades.

He manifestado anteriormente, y ahora lo repito, que si el racionalismo médico alopático no se hubiera separado de verdadera tradicion Hipocrática, tendría una idea más exacta sobre el origen de las enfermedades.

¿Deseais las pruebas? — Oidlas.

Hipócrates, al que los alópatas tienen infundadamente la pretension de seguir, (en su libro *de virginum morbis*, *pág.* 335), dice: «Es imposible conocer la naturaleza de las enfermedades, sinó se las conoce en el *indivisible* de donde emanan.» Es muy doloroso que el divino anciano, no diese más desarrollo á este principio. Mas todos sus comentadores, entre los cuales se distingue Barthez, han estado unánimes en la interpretacion del oráculo de Cóo. Asi es que el padre del vitalismo moderno, demuestra en la forma más esplícita, cómo *fuera de los casos de lesiones orgánicas*, las enfermedades no podrian tener por origen una causa material, y cómo una afeccion se determina por la influencia que una causa cualquiera puede ejercer sobre el fluido vital.

Si este inmortal fisiologista no hubiera dejado en la penumbra de la incertidumbre á la naturaleza del principio vital, sinó hubiera dejado este principio en el limbo de la abstraccion, nada habríamos tenido que decir sobre tan importante punto, y ya desde entonces la ciencia hubiera hablado en él su última palabra.

Pero estaba reservado á la Escuela homeopática encontrar y resolver la verdadera dificultad de Barthez. Despues de haber profundizado los dogmas de su enseñanza, se puede formular así el pensamiento sintético que encierra el gérmen verdadero de la patología: **Las enfermedades son alteraciones virtuales y dinámicas del equilibrio vital.**

La voz *dinámica*, os dice que las enfermedades tienen su origen fluido, y son alteraciones de la *fuerza vital.* Yo me atrevo, bajo mi sola responsabilidad, á sentar que *toda fuerza nace de un fluido.*

La palabra *virtual*, os dice, que cada enfermedad se encierra en el estado de *posible* en las *fuerzas radicales*, y que, cuando esta enfermedad estalla, revela un carácter que le es *propio.*

Ved aqui el dogma de la homeopatía sobre las enfermedades en general. Yo os he hecho ver que nuestra doctrina está

conforme con la naturaleza y con los destinos del hombre. Y principio á haceros entrever, que tambien lo está conforme con los progresos actuales é indefinidos de la ciencia; esto espero lo veais mejor en *adelante*.

Ahora permitidme preguntáros:

¿Puede ni debe repugnar en pleno siglo XIX, siglo eminentemente fluídico; el que consideremos las enfermedades como alteraciones fluídicas de nuestra fuerza vital, que no **es acaso más que nuestro fluido eléctrico específico?**

Ved aquí por qué nosotros negamos á la escuela alopática el que pueda haber enfermedades puramente locales.

Si hubiese enfermedades puramente locales, ¿cómo consideraría las enfermedades crónicas, y sobre todo, cómo esplicaría su trasmision?

Es muy posible no nos conteste sobre ninguno de estos dos puntos; nosotros, de todos modos, debemos dar una esplicacion anticipada sobre esta materia. Vedla aquí.

Las enfermedades crónicas son aquellas, cuya duracion es prolongada, y que recorren lentamente sus períodos.

Aquí evidentemente la cronicidad no puede cambiar el suceso radical. Quiero decir, que las enfermedades crónicas, lo mismo que las agudas, emanan siempre de una causa íntima morbífica, que ataca al fluido vital.

Pero ¿qué causa secundaria racional se puede asignar á las enfermedades crónicas? Cuestion oscurísima que solo Hahneman, tan grande observador como profundo filósofo, ha aclarado de una manera satisfactoria.

Considerando siempre al fluido vital como recipiente único de las causas morbíficas, nuestro maestro admite tres miásmas muy distintos, que obrando sobre dicho fluido, determinan todas esas mil modificaciones lentas y más ó menos cubiertas, que llamamos enfermedades crónicas. Estos tres miasmas son: la *sífilis*, *la sicósis* y *la sporas*.

El primero engendra esas enfermedades vergonzosas que se recojen en esas casas, que bien podemos llamar *antros de la prostitucion*, *malditos lupanares del vicio de la muerte*. Exhortemos á los jóvenes huyan de ellos; y prevengámosles, que en la puerta de los mismos, habitan los *centauros*. Sí, que tengan muy

presente que, allí: *Est via declivis funesta nubila taxo*, por la cual pueden adquirir padecimientos tan intensos y crueles, que no solo atormentarán su vida, sinó que en ellos irá representado: **los males de los padres alcanzarán á sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion.**

El segundo constituye todas las enfermedades que *crecen, vegetan y brotan*: como los granos, las verrugas, etc.

El tercero, como el Proteo de la fábula, se manifiesta bajo mil formas: En ellas están comprendidas, desde la simple vexícula de la sarna, hasta la *elefantíasis de los árabes.*

Segun Hahneman, tales son los tres principios que engendran todas las enfermedades hereditarías que más tarde nos han de ocupar. Tal es, pues, el poder oculto y trinitario al que debemos todas las miserias de esta pobre vida humana. Levantando una punta del velo que los cubre, levantais la cubierta alegórica de la caja de Pandora.

Esta teoría, que Hahneman dá sobre la patogenia de las enfermedades crónicas, es verdadera? es falsa? Es posible que en lo porvenir me ocupe de una respuesta afirmativa; el intentarlo hoy, me llevaría muy lejos; por consiguiente os dejo libres para aceptarla ó rehusarla. No obstante, sabed, que un médico en su práctica no tarda en comprender que esta teoría, en cada investigacion, emana de la verdad. Cada uno de nosotros, y muy especialmente los que vivimos en el Occidente de Europa, es portador de alguno de estos tres miasmas que alimenta sin apercibirse de ello, de sus fuerzas íntimas, y calienta con su calor vital. Lo precedente es tan positivo, que un práctico homeópata, despues de algunos años de observacion, adquiere, y se dá en cierto modo el derecho de decir á su enfermo: habeis tenido tal enfermedad —la sarna por ejemplo— y la respuesta es casi afirmativa.

Sin contradiccion, hay excepciones en todo esto; pero ya sabeis, que las excepciones confirman la regla.

Sí, los hechos en general son favorables á esta teoría; y, si escribiese solo para médicos, les diria: « Interrogad á la esperiencia y os responderá. »

No quiero desistir de este asunto, sin preguntar á los médicos organicistas, cómo entienden las enfermedades crónicas, bajo el punto de vista *de su orígen radical.* La cuestion para los mismos es escesivamente espinosa.

Considerando estas enfermedades como puras alteraciones orgánicas, no deteniéndose más que en la superficie de un órgano enfermo; en una palabra, rechazando como rechazan toda idea de reconocimiento de una causa general fluídica; en ella fundan su terapéutica, que llaman racional, y llegan por ella hasta la operacion. Ven un tumor, que llaman canceroso, le oponen el cuchillo estirpándolo. Ya el tumor no existe. Y ahora les preguntamos: ¿creeis haber llenado un acto terapéutico al dirigir los cortes de bisturí? ¿habeis estirpado la enfermedad?..... Cortad tambien la rama de un manzano sin destruir la raíz; sin que trascurra mucho tiempo, de la raíz brotará una rama nueva, que más ó menos pronto os producirá manzanas.

Ved aquí cómo se explican los malos éxitos de muchas maniobras quirúrgicas; si los médicos reflexionaran como deben en lo precedente, ¡cuántas de las operaciones que practican, dejarían de practicar!

El fundamento de las enfermedades crónicas, tiene, segun dejo anunciado, como corolario, el de las enfermedades hereditarias.

Estas, como el nombre lo expresa; se trasmiten de familia en familia, por la generacion.

Esta trasmision es desgraciadamente demasiado segura, es incontestable é incontestada; porque como dijo Baillon, y nosotros hemos sentado con referencia á la sífilis: «Se heredan los males de los padres como se heredan sus bienes; y esta funesta herencia, se trasmite más seguramente que la de los bienes.

Cómo se trasmiten éstas enfermedades.

Las tentativas para la resolucion de este problema, se ramifican en lo infinito. Es evidente que cada uno se esfuerza para esplicarlo segun la bandera en que milita. Los humoristas ven la trasmision en los humores; los organicistas en la modificacion de los órganos; los químicos, los solidistas, los espiritualistas se hallan más ó menos embarazados para dar sus esplicaciones; pero no son menos vanos sus esfuerzos para encontrarla. La mia es en todo conforme con nuestra doctrina; se desprende de nuestros principios de la manera mas natural. Todo debe enlazarse en una doctrina médica, y los anillos de la cadena, todos solidarios los unos de los otros, deben concurrir

todos á la formacion de la unidad, y no presentar nunca la menor lesion de continuidad.

Puesto que hemos admitido como principio trinitario la existencia de tres miasmas específicos, engendrando todas las enfermedades crónicas; puesto que estas enfermedades resultan de una *modificacion esencial del principio vital* por uno de los tres miasmas, es evidente, me parece, que las enfermedades hereditarias deben ser la trasmision de estas modificaciones, del padre al hijo.

No me vayais á preguntar el *cómo fisiológico* de esta trasmision, porque semejantes cuestiones solo hacen éco en el abismo de los misterios. Os remito para la resolucion de esta pregunta á lo que ha dicho Mr. Fredault sobre la *generacion*. Esta teoría de la trasmision miasmática de las enfermedades hereditarias, no tiene por único mérito la fidelidad y la claridad; ofrece además materiales de un valor inmenso para la terapéutica, como podreis apreciarlo despues.

Estas enfermedades son, pues, los gérmenes miasmáticos que descansan en el seno de las fuerzas vitales, hasta que alguna causa viene á favorecer su aparicion; estas fuerzas fluídicas, como el fuego oculto en el pedernal, esperan el choque de circunstancias dadas para estallar.

La manifestacion de estas enfermedades, es inevitable? Afortunadamente, no; pero, es probable? desgraciadamente, sí: En una palabra, todas estas causas mortíferas duermen en nuestra vida en el estado de *posible*, y el mas leve accidente puede hacerlas despertar.

Y ahora, cómo esplicar su periodicidad, la inmunidad de una ó dos generaciones, ó á tal ó cual miembro de la misma familia, el capricho de sus manifestaciones, la modificacion buena ó mala que pueden imprimir á enfermedades intercurrentes, su mudanza y emigracion, su debilitamiento y desaparicion total, la diversidad efectiva del mismo tratamiento sobre los miembros de una misma familia, etc., etc.? Todas estas son cuestiones que el espíritu más fuerte en lo humano, jamás podrá penetrar ni resolver. Os ruego, pues, que, en general, adquirais el hábito de deteneros en vuestras investigaciones en los límites del *imposible*, sin lo cual, demasiado audaces vuestros pasos, se descarriarian siempre en las tinieblas del misterio. Si en este asunto dejáseis seducir á vuestra imaginacion por la ilusion de

la curiosidad científica, iríais hasta preguntar, cómo el padre trasmite á su hijo su imágen y su parecido, sus inclinaciones y hábitos, su carácter y sus pasiones.

2.° — Manifestacion de las enfermedades.

Cuando un agente estraño cualquiera, ataca el centro de la vida, hay enseguida vibracion hasta la circunferencia; entónces pide socorro con signos particulares; entónces entra en lucha con el enemigo que acaba de declararle la guerra. Y este eco, estos signos, estos esfuerzos forman las manifestaciones que se llaman síntomas, y nosotros llamaremos el conjunto de estos síntomas, cuadros sintomáticos: cuadros que vienen á ser entónces el reflejo de la naturaleza paciente, el eco de los lamentos de la vida, el lenguaje del principio inmaterial, traducido por el grito de los órganos.

¿Qué debe hacer un médico á la cabecera del lecho del enfermo? Debe recojer todas las noticias aprontadas por el enfermo ó los que le rodean, y examinarlas con una atencion religiosa. Si obrais así, os formareis la idea más exacta que posible sea de la enfermedad.

Cuando un artista es llamado para templar ó afinar un piano ó cualquier otro instrumento músico que está destemplado ó desafinado, lo primero que ejecuta, es pasar sus dedos por el teclado, sonando todas las notas é interrogando todos los tonos, para conocer la diferencia del desacuerdo.

Procuremos tener muy presente, que las enfermedades *en su esencia* nos son, y nos serán siempre desconocidas. Es preciso, pues, que se manifiesten á nuestros sentidos por algunos signos seguros y especiales; sin ellos, nunca podríamos llegar á su conocimiento, y mucho menos á curarlas, sin que valorados aquéllos por un acto de intuicion, pongamos en accion el medicamento que, por su patogenia, mejor abrace y llene la ley *de los semejantes*.

Pero no anticipemos ideas sobre este principio y prosigamos.

Cuando el médico haya recojido todo el conjunto de síntomas que representan la enfermedad, ¿quién podrá decirle, que no la conoce? Y cuando por su tratamiento propio haya hecho desaparecer todos estos síntomas, ¿quién podrá decirle: no habeis curado la enfermedad? Sería necesario para ello admitir

como verdad inconcusa, que las enfermedades pueden existir sin síntomas, y síntomas sin enfermedades; esto equivaldría á conceder, que una sustancia puede existir sin modo, y un modo sin sustancia.

Galeno dijo con razon, que el síntoma sigue á la enfermedad, como la sombra al cuerpo.

Ved aquí por qué el médico homeópata descubre con cuidado, exactitud y escrúpulo, todos los síntomas de las enfermedades, y no se funda sinó sobre su conjunto para conocerlas y tratarlas.

Ved aquí por qué sabrá apreciar todos sus matices y valor, tanto absoluto como relativo.

Ved aquí por qué no tratará con la misma fórmula y el mismo plan enfermedades que parecen confundirse, y son, no obstante, muy diversas.

Así, acordáos en este momento de todos esos casos de dolores reumáticos, que anteriormente hemos supuesto entraban en el gabinete de consulta de un médico alópata. Para nosotros cada enfermedad tendrá su tratamiento especial, cada grito será escuchado é interpretado, y cada matiz tendrá su color. El sufrimiento por el movimiento, y el que se sienta en el reposo, no serán tratados de la misma manera. Pablo no llevará la receta de Pedro; y los dolores nocturnos y diurnos, no se calmarán con el mismo medicamento.

Ved aquí ciertamente el medio más seguro de juzgar y tratar las enfermedades; pero como la oposicion obstinada se opone á todo, y saca partido de todo lo que no le conviene, nos han reprochado muy grave y muy sériamente, que solo usamos la medicina sintomática. Es necesario, en efecto prepararse á oir decir á los médicos alópatas: «Solo tratais los síntomas, solo os deteneis en la corteza de la afeccion. Mientras que nosotros vamos á la causa, y la tratamos segun su naturaleza.»

— Sí señores, podeis decir esto á vuestros clientes; pero nó á nosotros, porque os responderemos: — ¡Conoceis la naturaleza y la causa de las enfermedades! ¡qué felices sois en que el cielo os haya concedido este privilegio!..... y, para conocer la naturaleza, y la causa de estas enfermedades, ¿no teneis necesidad de sus síntomas? ¡Qué felíz intuicion!

Ciertos médicos, — sobre todo los de la Escuela organicista — solo ven un *síntoma principal*, suficiente él solo, indicante

á la vez del diagnóstico y tratamiento. Así que, no viendo, por ejemplo, en una erisipela de la cara mas que un síntoma exterior, sólo tratarán éste.

Estos prácticos han sido vituperados hasta por sus comprofesores los alópatas: pero el vituperio se ha generalizado, y saltado sobre los médicos homeópatas y se les ha acusado de no tratar sinó los síntomas.

Es muy cierto que, casos ó causas al menos secundarias de ciertas enfermedades, deben ser y lo son por nosotros habidas en consideracion. Así es que, la erisipela de la cara puede ser determinada por un arrebato de cólera, por un susto, por un enfriamiento ó por una perturbacion en las funciones digestivas. Tambien los dolores, de que antes hemos hecho mencion, pueden haber sido consecutivos á un golpe, á una caida, etc. ¡Oh! Entónces, para nosotros, la curacion es muy fácil; y en este caso, concretando nuestra atencion á esta causa enteramente particular, sólo atendemos á ella en nuestro tratamiento. Pero cuando la causa es totalmente desconocida, cuando el médico no tiene absolutamente mas que el lenguaje del dolor, por intérprete de la naturaleza, ¿para qué iría á oir otro, acaso falso y falaz?.

Las enfermedades se manifiestan, pues, por cuadros sintomáticos. Esta vía, que la naturaleza indica al médico, es la sola segura y cierta; y cuando el enfermo *está curado de todos sus síntomas*, puede permanecer tranquilo; porque la enfermedad cesó totalmente.

3.° — Fisonomía de las enfermedades.

Repitámoslo: las enfermedades, en cuanto tienen de tangibles á la apreciacion, son cuadros sintomáticos. Pues consideradas bajo este aspecto, y hasta podría decir en su esencia, deben tener en los mismos su fisonomía específica, su carácter independiente y su marca individual. Todos estos cuadros sintomáticos, forman una galería inmensa en la que muchos pueden ofrecer *puntos de semejanza*; pero en la que no hay dos que sean *iguales* en la acepcion estricta de la voz.

Es un árbol, cuyas ramas se estienden, dividen y subdividen al infinito; todas estas ramas producen frutos de la misma especie; pero si los considerais muy atentamente, pero si examinais

su forma, su volúmen, su sabor, su color y su peso, los encontrareis todos semejantes, pero no hallareis dos enteramente iguales.

Dejadme seguir mi comparacion y mis ideas para no salir de la *unidad*, aunque para ello incurriré en repeticiones inevitables.

Representáos un teclado lo más estenso posible. Recorred todos los tonos, todos los modos, todos los órdenes, no encontrareis dos elementos *iguales*. Encontrareis *semejanzas*; pero *igualdades*, nunca.

Las enfermedades son, pues, ~~séres~~ muy distintos; conservan estrictamente su carácter de *esencialidad* y de *individualidad*. Ved aquí lo que forma uno de los puntos *dogmáticos mas importantes* de nuestra doctrína; no se puede concebir la patología hahnemaniana, **sin la individualizacion más absoluta.**

Este principio es tambien de tal modo preciso, que si deseais permanecer escrupulosamente en las ideas hahnemanianas *puras*, no sería necesario dar nombre á las enfermedades. En homeopatía no hay enfermedades *nominales*, sinó ~~séres~~ sintomáticos; retened bien esto, es uno de los puntos más importantes; lo comprendereis mejor despues.

La Alopatía ha tomado este pretesto para acusarnos de no tener ninguna clasificacion nosológica, y para querer echar á la Homeopatía del dominio científico.

Nuestra justificacion será breve y fácil.

Está muy lejos lo que és, de lo que debiera ser. Están muy lejos las ideas y los deseos teóricos, de las exigencias, y de las imperfecciones de la práctica.

Así, bajo el punto de vista *estrictamente filosófico*, las enfermedades, encerrándose en su unidad *específica y absoluta*, no debieran prestar su frente á ningun bautismo, ni pasar por las mantillas y andadores de ninguna clasificacion; pero, como el espíritu humano es demasiado imperfecto, necesita en la vía de la práctica puntos de vista, y una antorcha; por consiguiente usará todavía antiguos términos y nomenclaturas, hasta que la Homeopatía, habiendo adquirido su derecho de enseñanza oficial, acostumbre á sus discípulos á su lenguaje puro.

Por otra parte, puesto que las enfermedades, sin dejar de conservar su individualidad, presentan entre sí muchos puntos de contacto y semejanza, no hacen imposible toda clasificacion: antes bien, ofrecen todas las condiciones de los demás séres que se han clasificado hasta hoy.

Por lo demás, Hahneman no mostró una oposicion absoluta á la idea de clasificacion, puesto que él mismo habia emprendido una clasificacion nosológica que la muerte no le permitió acabar.

Pero nosotros diremos, sin temor de ser desmentidos, que en general las enfermedades aunque tengan un mismo nombre, todas tienen su *fisonomía propia é individual*, sobre todo en su aparicion epidémica.

Esta necesidad absoluta para el práctico de individualizar las enfermedades, no puede favorecer ni la rutina ni el empirismo; y para nosotros, constituye, una de las columnas mas sólidas de nuestro edificio, sin la cual, el templo Hahnemaniano se derrumbaría.

Materia médica. Ved aquí uno de los pilares que sostiene el dogma de nuestra doctrina, y cuya fuerza suprema hará que los errores no prevalezcan jamás contra ella.

Segun mi plan general, debiera haber examinado aquí la terapéutica homeopática.

Pero ved aquí á continuacion por qué he cambiado el órden de mis ideas.

¿Qué es nuestra terapéutica? Es la observacion del medicamento y de la enfermedad. Pues bien, para poner á la mira dos principios, es necesario estudiarlos separadamente y comprender desde luego dos términos para juzgar de su relacion; es preciso, pues, para apreciar bien la coincidencia de su semejanza, que despues de haber comprendido las enfermedades, se procure comprender sus homólogos los medicamentos.

Para hacer comprender más claramente mis demostraciones, voy á traer á vuestra memoria algunos principios importantes que es necesario tener muy presentes.

Hemos dicho en el capítulo fisiología lo que debia entenderse por fluido vital. Hemos estudiado sus relaciones, su contenido y sus funciones. Hemos dicho despues, que las enfermedades eran alteraciones dinámicas y virtuales de este fluido vital. Y por último, hemos examinado en éstas, su origen vital, sus manifestaciones sintomáticas y su fisonomía individual específica.

Puesto que los medicamentos son los homólogos de las enfermedades; es decir, puesto que los medicamentos, puestos á la vista de las enfermedades, deben presentar fases, líneas y ángulos

proporcionales, es necesario que éstos dos términos posean una esencia y un modo absolutamente parecidos.

Vamos á considerar, pues, en los medicamentos lo que me permitiré llamar su fisiología. Veremos enseguida su orígen, su manifestacion y su fisonomía.

Fisiología de los medicamentos. Los medicamentos son poderes fluídicos morbífugos y morbígenos; es decir, que tienen poder para curar las enfermedades semejantes á aquellas que tienen poder de engendrar en el sano.

Son poderes fluídicos, y lo son á pesar de la burla del materialismo.

Examinad en efecto, una sustancia medicinal cualquiera, una sal, un metal, un vegetal, un líquido, un sólido; esta sustancia no se deja ver á nuestros sentidos sinó por su parte material; pero creeis en la existencia oculta de un fluido bajo ésta cubierta material: sí, de un fluido, de un poder ó fuerza, de un alma, si me es lícito decirlo.

Los medicamentos pueden entrar en la terapéutica por sus propiedades físicas, químicas y dinámicas.

El médico homeópata, solo se sirve en su práctica de medicamentos como poderes fluídicos que procrea á su voluntad.

Deseo consignar, que para mí, los medicamentos homeopáticos son *poderes ocultos* formando una cadena de comunicacion fluida entre éste mundo y el de mas allá de la tumba; y que el médico homeópata, colocado en los límites del dinamismo fluido, puede por la observacion sumergir su mirada analítica en un mundo oculto para los demás.

Ved aquí el punto de vista *fisiológico* de los medicamentos; veamos su orígen.

Orígen de los medicamentos.

En la coleccion bastante rica de absurdos que la ignorancia ha vomitado y vomita todos los dias contra la Homeopatía, ya recordareis haber oido una y mil veces lo siguiente:

Los homeópatas siempre emplean un solo remedio, unas veces bajo la forma de agua clara, otras bajo la de polvo blanco.

La Homeopatía, solo emplea venenos, tales como el mercurio, la belladona, el arsénico, etc.

¡Ved aquí lo que á todas horas se oye en 1863!

Haced una escursion por el campo de la terapéutica. Id á visitar los campos de todas las Escuelas, todas sus municiones y todas sus baterías. Id á recorrer los arsenales de todos estos poderes rivales. No encontrareis jamás ni municiones tan numerosas, ni baterías mejor dirigidas, ni arsenales mejor provistos que los nuestros. Poseemos todas las conocidas desde las de los Griegos y Romanos, hasta las más modernas. Nuestra materia médica encierra todos los medicamentos sacados de los tres reinos de la naturaleza; conoce y emplea todas las sustancias empleadas por los alópatas, y además muchas otras por ellos despreciadas.

Los metaloides, los metales, las sales, las plantas, el líquido segregado por las glándulas de ciertos animales, todo.... todo lo que puede llamarse remedio hasta hoy, la Homeopatía los conoce y pone en práctica.

Desde las sustancias más simples, hasta las más compuestas; desde las mas comunes hasta las más raras; desde las más inocentes hasta las más violentas, las emplea todas; todas ellas entran en sus medios y su poder.

Sí! nosotros empleamos los venenos y por qué no?. Para qué los ha creado Dios?. ¿No es para que de ellos nos sirvamos?. ¿Creeis, que entre todas las sustancias, salidas de Su voluntad creadora, haya una sola inútil?. Él todo lo hizo para el hombre, para su uso y para su bien.

Pero preguntad á vuestos médicos alópatas si no emplean los venenos. Cuando os hayan contestado afirmativamente como espero, decidme; por qué estais tan dóciles al tomarlos en dósis masivas? ¿Por qué los tragais sin decir una palabra con la nariz y los ojos cerrados? Y cuando la Homeopatía os los dá en dósis fluidas; por qué tantas murmuraciones, tantas quejas y repulsiones?

Ved aquí una idea sobre la cual he reflexionado frecuentemente, y que siempre me ha hecho apreciar las divagaciones y las aberraciones de los pobres de espíritu.

Supongamos por un momento que la Homeopatía fuese la medicina antigua, la medicina oficial, la medicina general y la sola conocida hasta nuestros dias.

En todo tiempo desde el principio del mundo se hubiesen tomado los medicamentos como los administramos los médicos Homéopatas, es decir, en dosis infinitisimales ó fluídicas, y siempre bajo la forma de agua clara ó polvo blanco no teniendo ni olor ni color ni sabor. Vuestros sentidos estarían perfectamente acostumbrados, los enfermos se considerarían muy dichosos en curarse por medios tan dulces, tan sencillos cómo seguros.

Hagamos otra suposicion; en un momento inesperado aparece la Alopatía, aparece y se ofrece á los enfermos con sus remedios materiales, con sus botellas, negras, amargas y fétidas, con sus venenos destructores, con sus lancetas, sus sanguijuelas, sus cauterios, sus sedales, sus vegigatorios y sus sinapismos. ¿No es verdad que la aparicion de este método habría sorprendido al mundo? Confesemos que todos los enfermos se habrían apresurado á cerrar sus ojos, su naríz y sobre todo su boca; y este cometa médico habría sembrado más terror que el del 13 de junio de 1857.

Pues ahora bien! Cesen las suposiciones y apreciemos los hechos con imparcialidad; sucede todo lo contrario; la costumbre inveterada del uso de los ajentes materiales que los alópatas emplean para tratar las enfermedades que afligen á sus enfermos, es sustituida por la dulzura de los ajentes homeopáticos que nosotros ofrecemos á los que por sus dolencias reclaman nuestra asistencia. El género humano, habituado por espacio de XXIII siglos á marchar por un camino médico lleno de piedras para cauterios, herizado de lancetas para sangrías y escarificaciones, habitado por sanguijuelas sedientas de sangre que devorar! y.... pero á qué mas? El género humano, repito, familiarizado con ellos, nada tiene de sorprendente que vacile en abrazar la mano dulce y maternal que la Homeopatía le ofrece para conducirle por una vía de flores al nuevo Edén en que físicamente el hombre puede ser regenerado. Digámoslo una vez mas, la Alopatía puesta en parangon con la Homeopatía, representa nuestras vías de comunicacion en el principio del siglo actual ante esas vías férreas sobre las cuales silba la locomotora que en un corto número de horas os puede conducir á localidades que en la época á que nos referimos, hubiéramos invertido casi tantos dias como hoy minutos. Los medios de que ambas disponen para tan sorprendente resultado, pueden y deben apreciarse bajo dicho criterio;

recuerdo muy bien, que cuando niño, para atravesar una distancia de treinta ó cuarenta leguas con el fin de proseguir mi carrera literaria, tenia que elegir como el medio mas cómodo para conseguirlo, el marchar sobre una mula siete ú ocho dias confiado á un ordinario, caminando por una mala senda llamada camino, corriendo miles de riesgos y esperimentando molestias que hoy aparecen ante mí como un sueño. Aquello es la Alopatía con sus medios. La Homeopatía, es el trasporte rápido por la locomotora; y sus medios: la vía férrea, el vapor y los confortables almohadones que hallareis si viajais en los coches de 1.ª clase en el ferro-carril de Bilbao á Tudela.

Segun el órden que me he propuesto, debo ya ocuparme de la

Manifestacion de los medicamentos. Como las enfermedades, los medicamentos se manifiestan por síntomas, á lo menos por cuadros sintomáticos. Estos síntomas artificiales son entonces el reflejo verdadero de los síntomas morbíficos, y ellos son la copia fiel, la semejanza perfecta del original, ó sea la enfermedad que curarán, si nos sometemos al daguerreotipo de la esperimentacion pura.

¿Pero qué es la esperimentacion pura?

Oidlo.—La esperimentacion pura es, la accion de administrar á un individuo ó individuos que gocen de buena salud, tal ó cual sustancia, más ó menos conocida, con la intencion de perturbar la fuerza ó fluido vital, con el fin de, así, producir una enfermedad artificial, y de recojer exactamente todos los síntomas, su fisonomia esencial y específica.

Y en esto la *esperimentacion pura* difiere profundamente de la *esperiencia*, base de la terapéutica alopática, porque la alopatía, como ya lo hemos visto, no administra los medicamentos á los enfermos, sinó segun el testimonio de sus comprofesores ó el éxito obtenido por cada médico en su práctica particular: pero jamás puede el médico alópata en esta forma avanzar con paso seguro. La *esperimentacion pura* es una antorcha para el médico Homeópata. La *esperiencia* solo presta á nuestros

comprofesores una luz pálida en la inmensidad del Océano de la patología.

Esta grande verdad no es nuestra, puesto que fué presentida por algunos médicos ménos modernos que Hahnemann. Sí, habia sido vislumbrada y deseada por alguno de esos hombres raros á quienes el cielo parece conceder una vez por siglo una chispa de su Divina intuicion; pero, sin duda alguna, era nuestro ilustre maestro á quien Dios tenía reservado para la regeneracion de la medicina.

Los demás médicos habian querido poner en práctica la *esperimentacion pura* sobre el hombre sano; pero sólo para adquirir algun grado más de certidumbre práctica. Hahnemann al abrazar la *esperimentacion pura*, no lo hizo con el fin que aquellos, sinó que sostenido por ésta idea su gran génio, le había permitido ver en ella el resorte ó fundamento principal de la terapéutica; y de aquí el que antes de poner en práctica los remedios sobre el fluido vital no equilibrado, señala como *necesidad absoluta*, ponerlos en práctica sobre el fluido vital en equilibrio. Las fuerzas en general no pueden ser modificadas, sinó por otras fuerzas de naturaleza semejante.

Espero haceros comprender por un ejemplo, todo el secreto de la esperimentacion pura, segun nuestra doctrina.

Escojed en vuestro jardin una planta cualquiera, la manzanilla si os parece. Ignorais desde luégo si ésta flor es un remedio, y si lo sabeis, vagamente, ignorais qué enfermedades puede curar.

Sometedla á la esperimentacion, y ésta, escesivamente complaciente, os dirá todo lo que quereis saber.

Esta sustancia, pues, preparada segun los procedimientos dinámicos, de que os hablaré mas tarde, dadla á vuestros hijos y á vuestros amigos; á todas las personas, en fin, que quieran prestarse al capricho de lo desconocido, y ya vereis lo que resulta. Si no obteneis ninguna manifestacion, ésta sustancia no es un remedio; pero si obteneis síntomas, tened cuidado de anotarlos de una manera la más escrupulosa.

Tendreis así un conjunto de síntomas, un cuadro sintomático; y cuando cerca de un enfermo veais éste mismo conjunto de síntomas; cuando su estado morbífico se revele á vuestra observacion por fenómenos enteramente semejantes, administradle la manzanilla, y le curareis.

Obrad igualmente con todas las sustancias medicinales ya conocidas, y con otras que podreis conocer, y obtendreis con estas operaciones una galería de cuadros sintomáticos en la que encontrareis siempre uno para cualesquiera enfermedad posible.

Pero para esto, tened cuidado de escojer bien las personas de vuestros esperimentos. Aseguráos de que están verdaderamente buenas en todo el rigor de la palabra.

Anotad, la edad, el sexo, el temperamento, las dosis, su repeticion, las horas de su administracion, los momentos y las circunstancias infinitas de la aparicion de los síntomas; haced, en una palabra, como un pintor que, queriendo hacer el retrato de una persona, se esfuerza en cojer la imitacion más perfecta en todos los detalles de los trazos, en todas las líneas de la cara, en el dibujo particular de todas las partes, y procura tambien reproducir el matiz del color, la espresion de la fisonomía y el fuego de la mirada.

La esperimentacion pura, pues, es la luz verdadera que alumbrará á todo médico práctico errante en las tinieblas de la duda; pero no se nos acuse por esto de encerrarnos en el exclusivismo absoluto, y de rechazar la esperiencia, cuando venga á ofrecernos sus auxilios y á tendernos una mano llena de ricos presentes. No somos nosotros los que rehusamos los dones del pasado; no somos nosotros capaces de obscurecer las verdades tradicionales; no somos nosotros quienes compareceremos jamás ante el tribunal de la ciencia por haber roto las vías del progreso.

Al trabajo inmenso de la esperimentacion pura es al que consagró Hahnemann los más bellos años de su vida. Hizo pasar por su crisol una multitud de medicamentos, que han salido con toda la pureza é integridad de su manifestacion. Legó igualmente á sus discípulos una materia médica casi completa. Despues de este trabajo inmenso que parece traspase los límites de lo posible, Hahnemann pudo decir como el poeta Romano: **Eregi monumentum vere perennius**. He edificado un monumento más durable que el bronce.

Este trabajo inmenso no es un libro abierto solo para los médicos que militamos bajo su bandera, y cerrado para nuestros comprofesores disidentes. No es un secreto cubierto con el velo de una propiedad exclusiva, ni un tesoro cuya llave queremos guardar solos nosotros. No es el viejo jardin de Hespérides lleno de manzanas de oro y puesto bajo la custodia de un dragon de

cien cabezas. No, este libro está abierto para todos; este secreto es propiedad de todos; de este tesoro todos podeis sacar á manos llenas. Nuestra materia médica es un campo público rico en toda clase de frutos; accesible á todos, porque ninguna muralla limita su estension. Es una region bien topografiada, abierta á la libre esploracion de los Turistas. Es un firmamento cuyos astros todos son visibles al ojo desnudo, y que alumbra á todo hombre que busca la luz.

Fisonomía de los medicamentos. Sometidos éstos al crisol de la esperimentacion pura, debe cada medicamento, por ella, ofrecer una fisonomía particular. Esperimentando siempre un medicamento *solo*, cada uno debe manifestar su carácter específico, y administrado tambien *uno solo* al enfermo, él no podrá obrar evidentemente sinó sobre sus propiedades personales.

Nosotros sabemos ya que los medicamentos desenvuelven fenómenos semejantes á las enfermedades, y ahora debemos consignar que, como aquéllas, tienen una tintura particular, y que igualmente ofrecen matices más ó ménos comunes á sus colaterales. He aquí por qué si una clasificacion es posible para las enfermedades, debe ser tambien posible para los medicamentos.

Esta ha sido presentada ya por el Dr. Teste. En dicha obra, notable por más de un concepto, ha coordinado los medicamentos en grupos particulares, haciendo resaltar la fisonomía especial de cada uno. Si es cierto que esta idea no es intrínsecamente conforme á los princípios teóricos y filosóficos de nuestra doctrina, no puede negarse, no obstante, que sea de un grande valor y de utilidad bajo el punto de vista práctico.

Habeis podido saber, por los diarios, que el Emperador de Rusia mandó al Dr. Teste una sortija de diamantes como recompensa por su trabajo. Nuestros adversarios pueden ver, en este acto del Czar, que la Homeopatía no es enteramente desconocida como ellos suponen, y que, entre sus justos apreciadores, los hay que valen bastante.

Cada medicamento tiene su fisonomía especial, y, por esto, es dogma Homeopático, que, cuando vayais á tratar una enfermedad simple, no deis más que un solo medicamento semejante, y capaz de cubrir todos los síntomas; si vais á combatir una enfermedad complicada, no deis tampoco más que un solo medicamento, pues siempre os será posible encontrar entre ellos uno que coincidirá con los principales síntomas; y, cuando hayais

hecho desaparecer éstos, vereis muy luego cesar los síntomas secundarios, porque estos son dependientes de los primeros.

Comprended, pues, bien que á una enfermedad, sólo debeis oponer un solo medicamento al llenar una indicacion. Si en vuestra botella haceis entrar más de uno, el fluido vital, no responderá á su accion; y perdereis un tiempo precioso. La observacion y la esperiencia asi lo confirman.

Esta asercion responde muy naturalmente á aquellos que en su espíritn altanero, creyendo formular un grande argumento contra la Homeopatía, dicen:

— Dadme todos los glóbulos de un botiquin homeopático, que yo me encargo de tragarlos!

Contestémosles — Señores — vuestro dicho para nosotros solo prueba una cosa: yés, que teneis un grande estómago. Declaramos que teneis razon, no discutiremos con vosotros, porque os creemos capaces de tragaros, no una caja como la nuestra, sinó un decálitro.

La accion de nuestros medicamentos fluidos sobre el principio vital, es como la accion de los colores sobre el nervio óptico. *Someted á vuestro ojo el rojo; verá rojo. El azul, verá azul*, etc. Pero haced pasar un disco presentando todos los colores á la vez, solo vereis blanco, que no es color alguno. Por qué vuestro ojo no verá mas que blanco? Porque su virtualidad específica no le permite otra cosa.

El verdadero médico Homeópata no administra, pues, en caso alguno, más que un solo medicamento á la vez. De esta suerte sabe anticipadamente lo que va á hacer, porque conoce perfectamente la virtud de este medicamento; y cuando ha curado á su enfermo, puede matemáticamente darse cuenta de lo que ha hecho.

Preguntad á la alopatía si es capaz de ofrecer la misma suerte de certidumbre!

Terapéutica. Hénos aquí al fin en el santuario del templo Hahnemaniano, hénos aquí á los piés de nuestra divinidad, que desde el principio del mundo está sobre su altar, inmutable y eterno como la verdad.

Esta divinidad es el principio de los *semejantes*, principio que él solo constituye la piedra de asiento de la Homeopatía, principio que ha sido y será siempre la palanca de todo el poder terapéutico; principio, en una palabra, alrededor del cual giran todas las verdades accesorias y orgánicas de nuestra doctrina.

Deseo ser bien comprendido sobre éste *principio básico* de nuestra doctrina, y con éste fin diré: Que la Homeopatía no consiste, ni en las dósis infinitesimales, que se revelan á nuestros sentidos bajo la apariencia de misteriosos glóbulos; ni en un solo medicamento administrado bajo la forma de agua clara ó polvo blanco; ni en ciertas sustancias venenosas, formando todo el secreto de una panacea ridícula. La Homeopatía consiste *esencial* y *radicalmente*, en el principio de los *semejantes*.

Debo ocuparme ya de los puntos didácticos de nuestra doctrina, y examinaremos sucesivamente en el principio de los semejantes **su historia, universalidad y teoría.**

Cuando he dicho que el principio de los semejantes tenia por padre al Divino Hipócrates, no he exagerado. Si Hipócrates no engendró nuestra fórmula simbólica como nos la ha trasmitido la tradicion médica, se halla contenida en sus obras como el fruto en la flor. Os será fácil convenceros de ello, leyendo los aforismos de éste venerable anciano, oídlos: **vomitus, vomitu curatur** — El vómito se cura por el vómito, **Morbi plerique his ipsis curantur á quibus etiam nascuntur..... Per similia adhibita ex morbo sanatur.....** La mayor parte de las enfermedades se curan por los agentes capaces de producirlas (de morbo sacro op. tom. III, pág. 131),

El padre de la medicina dejó consignado esto y obró frecuentemente segun dichos preceptos.

Si es cierto que á la vez consignó el principio de los contrarios; tampoco podeis negarnos que los mas grandes descubrimientos — como la brújula y la imprenta por ejemplo — nacieron en la 1.ª edad del mundo: pero descuidados ó mal apreciados, fueron cubiertos por la mortaja del olvido; hasta que resucitados en tiempos más modernos, han traspasado como una *chispa eléctrica* las tinieblas de los siglos; y al brillar su luz, nos ha traido el progreso.

Tal ha sido la marcha del principio de los semejantes. En todo tiempo fué puesto en práctica por médicos esclarecidos de la Escuela Alopática; si debiera hacer la historia de la ciencia citaría un número de nombres ilustres que os causarán admiracion; pero no siendo éste mi objeto, bastará decir, que desde Demócrito hasta Stalh, Van-Helmont, Paracelso y Franck el principio de los semejantes ha caminado siempre: tal vez con lentitud, pero ha caminado siempre.

Acordémonos del nacimiento de los dos principios antagonistas. Salidos de un mismo padre, procedentes de un mismo tronco genealógico y teniendo ambos derecho á la misma corona, el mas jóven ha revelado el proyecto fratricida de su primogénito; si bien es preciso confesar, que ha sufrido por largo tiempo la opresion de su envidia.

Algunos se figuran que éste desgraciado principio de los semejantes está condenado á un larguísimo destierro. Nosotros, si bien concedemos que en algunas localidades camina penosamente, observamos en cambio, que en otras su marcha es rápida como la de la locomotora, y no creemos lejano el dia en que ésta misma rapidez se generalice.

Este principio ha entrado en su palacio, ha recobrado su cetro y su corona, y ha sido proclamado rey por sus legítimos y fieles súbditos. Él ha triunfado de su hermano antagonista, reina absolutamente en algunas naciones y reinará en el mundo, á pesar de la furiosa oposicion de sus enemigos. Ya el Palacio de su hermano cruge y cae, y los tiempos están próximos, en que ilustrada la sociedad y los gobiernos sobre la verdad médica que representa, le aposentarán sobre sus ruinas.

Más de una vez me represento tambien á la Homeopatía como la bella estátua de una mujer. Hipócrates encontró el conjunto, é indicó vagamente las formas. De siglo en siglo cada Miguel Angel de la época dió su golpe de cincel á la estátua, y por fin Hahnemann ha pulido, acabado y descubierto su celestial figura.

El principio de los semejantes es un principio universal; se estiende á todo y encuentra su aplicacion en todas partes: en las ciencias físicas, matemáticas, mecánicas y naturales; en religion, en moral, en política y en literatura. Sí, lo encontrareis en todas partes, si teneis la costumbre de la observacion y el deseo de daros cuenta de las cosas.

El semejante! He aquí todavía una de las palabras más empleadas y menos comprendidas. O bien se ignora generalmente su alcance y su verdadera significacion, ó bien se la confunde con sus vecinas. Importa, ante todo, en ésta discusion, tomarla en su esencia y fijar su tipo característico. Para entendernos y esplicarnos con bastante claridad, vamos á servirnos de un ejemplo tomado de las matemáticas.

La geometría dice, que dos triángulos son *iguales* cuando

tienen los tres ángulos iguales, y los tres lados iguales: y que dos triángulos son *semejantes* cuando tienen los tres ángulos iguales, y los lados homólogos proporcionales.

Hay dos elementos en un triángulo: los ángulos y los lados ó una parte del espacio encerrado en un perímetro. Quiero venir á decir, que la parte envuelta representa en los séres *la esencia*, y la parte que envuelve el modo ó la figura. Asi muchos séres pueden contener la misma sustancia, sin tener la misma figura. No confundais, pues, la semejanza con la igualdad é identidad. Esto solo se aplica á séres que tienen la misma sustancia y el mismo modo.

Sabreis por esperiencia tal vez, que frecuentemente se disputa porque no se escucha; el tiempo ha dado á estas palabras la fuerza de una sentencia. Pues esto sucede todos los dias respecto á la Homeopatía. Si os debiera señalar la causa, tendría que deciros, que consiste en que en el mundo es muy poco frecuente el llevar Diccionario en la mano, y se permite tener sobre los semejantes las opiniones más falsas y más absurdas. Esto es muy bueno, porque, asi, en el uso de los términos se fia un poco más en la elasticidad complaciente de los sinónimos que la ignorancia descaradamente arroja á la cara de la verdad.

Asi oireis decir:

— Habeis bebido demasiado? Continuad bebiendo para apagar los vapores del vino.

— Habeis recibido un golpe? Aguantad otro para quitarlo.

— Teneis solitaria? Tragad otra para espelerla.

Dejad semejantes estupideces en donde las pronuncien, y sólo sentid compasion hácia los que las profieran.

Vigilad, pues, severamente vuestra locucion, y no empleeis un término sinó despues de haberlo pesado mucho, sobre todo, si en un platillo de la balanza quereis ponerlo en equilibrio ó en oscilacion con un principio.

Asi llamad iguales dos estátuas fundidas en un mismo molde, llamad iguales dos retratos que han pasado por el mismo foco del daguerreotipo, llamad iguales dos notas que en la escala tienen el mismo número de vibraciones.

Pero estableced entre la igualdad y la semejanza, la misma diferencia que existe entre la miniatura y la forma natural, entre la copia y el original, entre un sonido y otro, separados por una ó muchas octavas.

Por la misma razon una hoja es semejante á otra hoja, pero no le es igual; un niño es semejante á un hombre; pero no le es igual.

Ya os he dicho que el principio de los semejantes era universal. No puedo, nó, demostrarlo aquí ni dar á ésta tésis un gran desarrollo. En otro discurso volveré á éste asunto; me contentaré aquí, pues, con sembrar alguna idea en el campo libre de vuestras reflexiones.

Oídme:

Ved á las diversas razas humanas! todos los tipos, todos los sexos, todas esas figuras, todos esos rasgos, todo se parece.

Ved á los animales de la misma especie! todas sus formas, todos sus detalles de organizacion, todos esos actos, casi mecánicos de un instinto tan móvil, todo se parece.

Ved al reino vegetal! todas esas plantas, todas esas flores, todas esas hojas, todos esos frutos — todo se parece.

Ved al mundo moral! estudiad las inclinaciones, las costumbres, las pasiones; cojed, si podeis, todas esas atracciones y repulsiones que ponen en juego el amor espontáneo é invencible, ó la envidia más caprichosa; analizad la gran ley *similis similem quærit*: el semejante busca al semejante.

Entrad en el Santuario de las bellas artes. ¿Cuál es la mejor definicion de la música? Aquella de S. Juan Crisóstomo: **la música es una série de consonancias que se llaman.**

Sí; no hay más que semejantes que se llaman; **similis similem quærit.** Pulverizad colores para ponerlos sobre un lienzo, la semejanza es la ley de su combinacion infinita, los semejantes solo se combinan entre sí.

Y en el arte oratorio conoceis éste gran precepto:

Si vis me flere flendum est primum ipsi tibi. Si quereis hacerme llorar, comenzad por llorar vos mismo.

Cuando un niño os canse con sus gritos, el mejor medio para obtener silencio no es incitarlo á gritar más fuerte? — Todas las madres saben esto.

Cuando durante el estío, está uno devorado por la sed, el mejor medio para atacarla, ¿no es tragar algunas gotas de aguardiente? — Todos los segadores saben esto.

Cuando un enfermo está devorado por el fuego de la fiebre,

el medio para calmarla, no es tomar bebidas calientes?—Todos los enfermos lo saben.

He ahí en todas partes el sufrimiento llama al sufrimiento, la alegría á la alegría, las lágrimas á las lágrimas, el amor al amor, la armonía á la armonía. Todos los séres se llaman en una atraccion universal! por todas partes encontrareis la union de los semejantes!

Teoría de los semejantes. La Homeopatía es la ciencia que cura las enfermedades tratándolas por sus semejantes; en otros términos, tratándolas por medicamentos capaces de producirlas cuadros morbosos ó sintomáticos semejantes.

Cómo es esto? Los semejantes se curan por los semejantes, he aquí el hecho.

Pero ¿cuál es el mecanismo de este hecho? He aquí el secreto, sellado con siete sellos!

Desde que la Homeopatía se puso en marcha, estudiamos el misterio de sus movimientos: curiosidad inútil, esfuerzos supérfluos. Los matemáticos buscando la triseccion del ángulo, la cuadratura del círculo y el *postulatum* de Eúclides; los físicos estudiando la irradiacion del calórico y de la luz; los astrónomos calculando la distancia, el número y el volúmen de las estrellas; los mecánicos corriendo detrás del movimiento perpétuo; los alquimistas queriendo encontrar la piedra filosofal; los filósofos mellando su escalpelo en la anatomía psicológica; los teólogos perdiendo su tiempo en hacer escavaciones en el misterio de la predestinacion. **Vanidad de vanidades!**

Hemos tratado, pues, nosotros tambien robar á la ciencia el secreto de la teoría de los semejantes; pero desgraciadamente todavía no lo hemos encontrado. Hemos llamado, y la puerta ha permanecido cerrada. ¿Se abrirá algun dia?

Si nuestra vana y orgullosa curiosidad no se ha satisfecho todavía, nuestro trabajo no será, ~~no obstante~~, sin embargo, completamente inútil; nuestras investigaciones han producido algunos materiales. Es importante hacerlos conocer; esto es lo que permite el estado actual de la ciencia. Seré breve, pero reclamo para estas pocas palabras toda vuestra atencion.

Los primeros discípulos de Hahnemann, partian de este principio: dos enfermedades no pueden existir de ningun modo unidas, (1) iguales, y de la misma naturaleza en el cuerpo humano. Poniéndose, pues, en presencia de una enfermedad cualquiera

(1) En vez de "iguales" deberá decir, "semejantes."

el medicamento más semejante, la enfermedad artificial producida por éste, sustituirá á la enfermedad natural, ocupando su lugar, con la cual despues la primera desaparecerá ó se destruirá como por un antídoto. Entónces la salud será el resultado de ésta terapéutica sencilla. — Esta teoría tan simple, ¡pluguiese al cielo fuese verdadera!

La Homeopatía fué entónces llamada la medicina sustitutiva. Este error ha sido causa de falsas interpretaciones. Los tratados más modernos de materia médica alopática, con buena ó mala fé, presentan á la Homeopatía con el título de **medicina sustitutiva.**

Con esto resulta, que los médicos en general no conocen ésta doctrina sinó segun éstas apreciaciones ligeras; y, al ocuparse de la Homeopatía, razonan partiendo de un principio enteramente falso.

Se ha llamado tambien á la Homeopatía **la medicina de los específicos.** Los medicamentos curan las enfermedades. ¿Cómo las curan? — No se sabe; curan porque curan. Pero para los que consideran á nuestra doctrina como la medicina específica, os dirán: cada enfermedad tiene un medicamento en la naturaleza, medicamento infalible que se encaja en ella como una pintura en su marco; por consiguiente, asi como la quina cura las fiebres intermitentes; el hierro la palidez; el iodo las serófulas, y el mercurio la sífilis: asi cada medicamento, en virtud de su especificidad, cura la enfermedad de que es específico segun las leyes naturales.

Otros han considerado los medicamentos como conteniendo una virtualidad miasmática; las enfermedades son para los mismos de naturaleza miasmática; y de aquí naturalísimamente han deducido que éstas se curan por inoculacion específica.

Otros ven en los medicamentos agentes que ayudan á la naturaleza medicatriz que en todo ser viviente reside. Esta idea goza y ha gozado de gran crédito en las escuelas de medicina desde Hipócrates hasta nuestros dias. La enfermedad es un combate entre la naturaleza y el principio morbífico que la causó; éste obra, aquella reacciona; hay, pues, ataque por el enemigo, y defensa y repulsion por la naturaleza.

Esta antigua teoría de la reaccion, rejuvenecida por el célebre Barthez, ha seducido siempre á los espíritus; y sin contradicion ha pasado como buena en el comercio de la terapéutica,

Si pues, segun éste sistema, la enfermedad se reduce á ligeras alteraciones en el organismo, la naturaleza será siempre bastante fuerte é inteligente para desembarazarse de ellas por sus propias fuerzas y su única reaccion; pero si la agresion es muy violenta y su intensidad paraliza la accion de la naturaleza, ésta será entónces incapaz de luchar con ventaja, y para esto necesita de un guía prudente que le auxilie con medios oportunos. He ahí los mèdicamentos que obran determinando la reaccion. Entónces la curacion es el triunfo de éstos dos poderes aliados.

Otros, en fin, aprovechándose de ésta teoría de accion y reaccion calcan su sistema sobre su mecanismo. De aquí suponen en los medicamentos, dos efectos muy distintos; el uno primitivo y el otro consecutivo; el primero obra en el sentido del mal, y el segundo en el sentido de la naturaleza reaccionando. Aquel produciría las agravaciones que suceden tan á menudo que parece sumergen al enfermo en un abismo; éste operará su salvacion y lo sacaría á la orilla sobre lo alto de una ola.

He aquí en pocas palabras, el sistema que en la eleccion al trono del porvenir, por hoy reune mayoría de sufragios. Es que superficialmente presenta las apariencias más capciosas y seductoras.

Vedlas aquí; el café, por su accion primitiva produce el pervigilio, por su accion secundaria determina el sueño; el ópio, que hace dormir muy pronto, más tarde, causa el insómnio: todo el mundo sabe que la constipacion sucede á la diarrea; la torpidez á la escitacion; el decaimiento de fuerzas á la movilidad y locuacidad producida por el abuso de las bebidas alcólicas.

Pero, á pesar de esto, ¿todas las sustancias medicinales llenan éstas condiciones? Sería necesario que así sucediese para que éste sistema tuviera una ley práctica fija. Sería necesario además para conservar puntos de semejanza entre los medicamentos y las enfermedades, que éstas tuviesen tambien su efecto secundario, lo cual está muy lejos de suceder y de ser general. Se podrian citar algunas enfermedades como se citan algunos medicamentos; pero para construir un edificio ó un sistema completo se necesitan más de dos, mas de cuatro piedras y más de cuatro elementos.

Asi en general, segun éste sistema, el efecto consecutivo estando

opuesto al principio primitivo, determinaría la salud; pero áun para esto sería necesario que la salud fuera el contrario de la enfermedad; lo cual no es asi. — He aquí una demostracion por absurdo.

Supongamos un dolor en una rodilla que se declara principalmente por la noche agravándose con el reposo; el medicamento que diérais aumentaría desde luego éste dolor, para, despues, en virtud del efecto consecutivo dar el resultado contrario al efecto primitivo: es decir, que entónces el dolor trasladará su domicilio á la otra rodilla y se manifestará durante el dia y se agravará con el movimiento. Esto es lógico, sí; pero absurdo. —He aquí por qué este sistema lo rechazo como los otros.

Pero, me direis, puesto que desechais todas estas teorías, dónde teneis las que las reemplacen? ¡Ah! nó. Tributo homenage á vuestra justa observacion; pero si no puedo daros la verdadera, quiero más esperarla que aceptar una de las precedentes hipótesis.

No obstante cuanto antecede, he meditado sobre éste importante punto, y, como siempre, os manifestaré la idea que he entrevisto como probable en mis meditaciones. Esto no es deciros que la creo verdadera, sinó que es mi deseo lo fuese.

Oídla. He dicho que las enfermedades tenian un orígen vital, y que su manifestacion se refiere siempre á una causa primitivamente fluídica. Os he dicho igualmente, que los medicamentos eran enfermedades virtuales; y agentes fluídicos — y estoy profundamente convencido de ésta verdad — cualquiera que sea por una parte la naturaleza de la enfermedad; cualesquiera que sea por otra la dósis del medicamento; porque todo medicamento, si no está fluidificado por nuestras preparaciones oficinales y mecánicas, se fluidifica dinámicamente por el movimiento circulatorio de los diversos líquidos del cuerpo. Sentado y admitido esto, si poneis en presencia al medicamento y á la enfermedad ó en términos equivalentes, dos fluidos en el cuerpo humano que ambos son semejantes en su patogenesia ó accion morbífica y de esto resulta la salud, qué puede suceder? Una sola cosa; (1) la neutralizacion de estos fluidos. ¿Cómo se opera éste acto? No lo sé. ¿Ha habido neutralizacion directa? ¿ha habido repulsion como en los fenómenos eléctricos? No lo sé..... pero creo en un fluido electro-biológico, creo que nuestro cuerpo es una especie de máquina eléctrica, creo que la pulpa cerebro-espinal

No me gusta esta hipótesis, porque no creo que la neutralización de dos fluidos semejantes: cabría si lo fuese 2 antagonistas. Tengo otra hipótesis q.e me parece más lógica

es una pila fluídica, que los cordones nerviosos son otros tantos hilos conductores, y que el sistema del gran simpático completa la corriente. Creo que nuestra vida, es la práctica de ciertas leyes fluídicas; creo que nuestras enfermedades, son de naturaleza fluídica; creo que los medicamentos, son poderes fluídicos, y que su accion es más pronta y más segura cuanto más despojados se encuentran de su forma masiva; creo que las curaciones que obtenemos son el resultado de neutralizaciones fluídicas; creo todo esto; he ahí mi símbolo. No lo digo con la infalibilidad de los *Apóstoles*; pero os lo manifiesto en virtud de la libertad sagrada del pensamiento.

A vosotros os corresponde aceptar ó rechazar esta idea, en un siglo que se puede llamar con fundamento, el siglo de las manifestaciones fluídicas. A mí me basta saber que en nuestros dias es á los fluidos á los que la ciencia pide los elementos del progreso universal. ¿Será posible que esta idea más tarde revele una teoría completa envuelta hoy en el seno de los misterios fluídicos, como la chispa eléctrica lo está en una nube?..... Pero por hoy salgamos de la vía de la teoría para entrar en el positivo de la práctica. Recobrar vuestra salud perdida, queridos enfermos, esto es todo lo que á la ciencia pedís. El por qué, el cómo, qué os importa? No deseais saberlo, y, al obrar así, teneis razon. El viajero que goza de la grata sensacion de la grande velocidad, ¿pide acaso al maquinista el secreto del movimiento? Y el maquinista que maneja con una felíz indiferencia la palanca de su veloz locomotora, ¿pide al vapor el secreto de sus impetuosas palpitaciones?.....

En resúmen. El Hombre es un compuesto de un alma y de un cuerpo unidos hipostáticamente por medio del fluido vital; y las enfermedades — siempre individuales — son alteraciones de este fluido vital; los medicamentos son los poderes fluidos *mórgenes* y *morbífugos*; los medicamentos, sometidos á la esperimentacion pura, se estudian sobre el hombre sano, antes de administrarse al hombre enfermo: **los semejantes se curan por los semejantes.** — He aquí en dos palabras toda la Homeopatía.

Ahora que la conoceis en todas sus partes integrantes, decidme si hay otra doctrina médica que sea más conforme á la gran ley de la *unidad* y del *progreso universal*, á la *naturaleza del hombre* y á sus *celestiales destinos*.

DISCURSO CUARTO.

EL POSIBLE.

Un glóbulo! pobre glóbulo!

He aquí el gran Todo y la gran Nada en un siglo que duda de todo y se ríe de todo.

Un glóbulo! Ved aquí la gran Nada representada en toda su insolencia, y al gran todo en el estallido de la mas terrible esplosion.

Un glóbulo, he aquí al Proteo de la más ignorante burla. Es á la vez una gota de agua y el fuego de un veneno; el juguete de los niños crecidos, y el *palo de la* piedra infernal!

Los glóbulos. Ved ahí las vegigas de jabon que infunden á los enfermos los médicos homeópatas; ved ahí los juegos de mano de esos hábiles titiriteros!

Los glóbulos! Ved ahí el gran escollo que se opone á la marcha de la Homeopatía en la vía del porvenir.

Los glóbulos! Ved ahí los obuses con que se opone sitio á nuestra doctrina con los cuales se quieren demoler sus murallas.

Diariamente soy testigo de los chismes y burlas sarcásticas que motiva entre ciertas gentes el pequeño ser llamado **glóbulo**.

Es preciso convenir en que Hahnemann anduvo muy torpe al inventar los glóbulos. Muy torpe anduvo en querer despojar á la materia de sus mantillas groseras y en seguir la ascension y division infinita de la sávia, desde la raiz más tenue hasta las últimas ramas, en lugar de arañar solo como los demás las asperezas de la corteza. ¡**Imprudente**! ¿quién, sino él, ha osado confiar el brillo de su descubrimiento á las alas de los fluidos?

Si su idea, segun los necios pareceres del vulgo profano, no hubiera entrevisto ninguna otra idea; si su planeta se hubiese contentado con brillar en el horizonte sin intentar oscurecer á ningun otro; si su refulgente luz no hubiese sido capaz de oscurecer los astros académicos, nuestro inmortal maestro nunca hubiera aparecido ante el tribunal de la envidia.

Suponed en efecto que, concretándose á la ley de los semejantes, Hahnemann hubiera puesto en accion su fórmula en la esfera de la polifarmacia; suponed que hubiera sometido sus prescripciones á la posología maciza de la antigua escuela, jamás ésta hubiera pensado en promoverle el menor proceso. Su sistema hubiera tenido su asiento en el banquete científico, y los demás sistemas, no se hubieran avergonzado de ser sus comensales. Pero ha propuesto dósis infinitisimales; ha pronunciado la palabra glóbulo: **inde iræ**. Se acabó; Homeopatía es sinónimo de infinitamente pequeños; médico homeópata, quiere decir charlatan que lleva un glóbulo de juguete. Se acabó; el ostracismo fué pronunciado, es preciso huir y ganar la tierra del destierro.

Pero ya es tiempo de que abandonemos estas tristes consideraciones, huyamos del tumulto y de la confusion, y, después de sacudir el polvo de nuestros piés, pasemos á visitar nuestra pequeña farmacia homeopática.

Es la habitacion de la sencillez. Rígidas vidrieras debilitan los rayos de una luz demasiado viva, y solo admite la modesta oscuridad de un Santuario. Allí ningún olor, ni fuerte ni suave, viene á irritar ni á acariciar el olfato. Allí, yo os esplicaré en pocas palabras analíticas, lo que es un glóbulo, un átomo de polvo blanco, y una porcion de agua clara. Deseo, en fin, levantar una parte del velo que cubre nuestros misterios.

Ya os lo he dicho. Empleamos como medicamentos todas las sustancias que pueden producir los tres reinos de la naturaleza.

Entre estas sustancias unas obran en dosis masivas, tales como el acónito, la belladona, el beleño, la datura stramonium, el ópio, el mercurio, el arsénico etc.; otras inertes por naturaleza, tienen necesidad para adquirir alguna accion terapéutica de ser despojadas de su cubierta material, tales como el Licopodio, la silice, la sepia, el carbonato de cal, etc., etc.

Ahora supongamos por un momento que nosotros quisiéramos emplear todas estas sustancias en el estado fluídico; ¿cuáles son los medios para llegar á ello, ó, en otros términos, para desenvolver en cada una su fluído específico?

Estos procedimientos consisten en separarlas de la forma material disgregando sus átomos constitutivos para que por la division adquieran nuevas propiepades (1) y se aproximen en mas ó menos á los límites del dominio fluídico.

Este medio es muy sencillo.

Sea por ejemplo la belladona: Tomad una gota de la tintura de este medicamento, añadid á esta gota noventa y nueve gotas de alcohol rectificado, é imprimid cincuenta sacudidas al frasco que contiene la mezcla; obrando así obtendreis la primera dilucion.

Con una gota de esta dilucion y noventa y nueve nuevas gotas de alcohol, obtendreis, siguiendo el mismo procedimiento, la segunda dilucion; y así en adelante hasta la treinta y hasta la doscientas.

Si deseais serviros de las sustancias que pueden emplearse en tinturas, estas *tinturas madres* las obtendreis mezclando partes iguales de la sustancia medicinal purificada y de alcohol.

Para las sustancias sólidas el procedimiento sufre una ligera modificacion.

Sea por ejemplo el Oro; tomad cinco centígramos de este metal, ponedlos en un mortero con adicion de noventa centígramos de azucar de leche, sustancia inerte. Moled y frotad esta mezcla sin cesar durante una hora, y obtendreis la primera trituracion. Tomad luego cinco centígramos de esta trituracion, adicionadles 95 centígramos de azucar de leche y moledlos ó trituradlos tambien una hora, y con esta operacion tendreis la 2.ª trituracion. Repetid dicha operacion tomando cinco centígramos de la 2.ª, adicionando otros 95 de azucar de leche que triturareis y molereis otra hora y tendreis la 3.ª trituracion. Poned de

ella cinco centígramos en noventa y nueve gotas de alcohol hidratado y obtendreis el cuarto poder ó la 4.ª dilucion.

Hahnemann ha dicho que despues de la 3.ª trituracion, las sustancias sólidas se volvian solubles. No quiero contradecir aquí la opinion del maestro y sondear el grado de verdad de esta asercion; siempre sucede que los sólidos así diluidos obran terapéuticamente como los líquidos.

El procedimiento por el cual se ha hecho sufrir á los cuerpos estos cambios de estado, por el cual se ha desenvuelto su fluido propio, se llama *dinamizacion.*

¿Hay en esta operacion desarrollo del fluido por la division de la materia, ó bien comunicacion del fluido al vehículo inerte? Cuestion ociosa que ha ocupado demasiado á los teóricos.

Una farmacia homeopática que contiene alrededor de 200 medicamentos con solo las treinta diluciones de cada uno, debe presentar alrededor de 2000 frasquitos, ó de otro modo, 200 medicamentos en esplotacion bajo 2000 dósis diferentes. ¡Y despues diráse que los homeópatas no emplean nunca mas que un solo medicamento bajo la forma de polvo blanco ó agua clara!

Si ahora quisiérais tomar una gota de uno de estos frascos, ¿cuál sería el medio mas simple? Sería sin duda unirla á una sustancia inerte.

Pues esta sustancia se os administra por la azucar de leche ó reducida á polvo ó redondeada en glóbulos. Este azucar, así embebido, bajo una de estas dos formas, de tal ó cual medicamento, puede fácilmente transportarse en tomas ó pequeños tubos colocados en una caja.

En adelante un glóbulo representará, pues, á vuestro espíritu el vehículo de un fluido medicamentoso cualquiera.

Considerado bajo este punto de vista, un glóbulo, no escita mas risa que una chispa eléctrica, un rayo de calor y de luz, fluidos imponderables é intangibles vehículos de una fuerza específica.

Examinad en el firmamento de la terapéutica un glóbulo; chispa en todo el brillo de su dinamismo específico.

Si considerais, en fin, un glóbulo en el hogar de la vida, os será tambien fácil el ver en su fluido una enfermedad ó un remedio en poder, que se iguala al poder que en la mariposa hembra del gusano de seda representa la vexícula que contiene 500, de los cuales se derivarán en su dia las ropas y vestidos más aristocráticos.

Dejo dicho lo que debe entenderse por dinamizacion, dilucion, glóbulos, tomas, etc. ¡Qué pocas personas comprenden el valor científico de estos términos, y los usan no obstante en su ignorante menosprecio! ¡Pero qué pocas personas igualmente saben lo que dicen en sus discursos temerarios y satíricos!

Ataquemos ahora el vivo de la discusion.

Los medicamentos asi divididos y llevados más ó menos lejos de su estado macizo, ¿tienen una accion terapéutica? He aquí la cuestion.

— Nó, esclaman los médicos alópatas. — Nó, esclaman los Académicos. — Muy bien, ¿por qué estos medicamentos no poseen ninguna accion?

Porque es imposible.

Y por qué es imposible?

Porque no lo comprendo.

¡Muy bien! Escuchad estas bellas palabras de nuestro inmortal Balmes. « Declarar una cosa por imposible solo porque no se la puede comprender, es manifestar al mismo tiempo el orgullo y la impotencia de nuestra razon. » (Balmes, Arte de conocer la verdad).

Escuchad tambien lo que dice Arago: « Aquel que, fuera de las matemáticas puras, pronuncia la palabra imposible, carece de prudencia. » Y en otra parte el mismo sábio dice tambien: « ¿Dónde iriamos á dar, si nos pusiéramos á negar todo lo que no podemos esplicar?

Pero sigamos razonando.

No quiero buscar la definicion de la palabra **imposible**, No quiero tampoco estraviarme en las divisiones escolásticas de las diversas imposibilidades. Para mí, y en este momento, sólo las hay de dos clases, absolutas y relativas.

Evidentemente no se trata aquí de la del primer género, de aquella que está en contradicion con todas las leyes de la naturaleza; no se trata, pues, ni puede tratarse, sinó de la última. Pues bien, para afirmar esta imposibilidad, se necesita tener una nocion profunda de los términos juzgados contradictorios. Ahora bien, en nuestra cuestion, ¿cuáles son los términos contradictorios?

Por una parte, dósis ~~infinitamente~~ pequeñas de un medícamento; y, de la otra, accion de esta dósis. Pues, segun vos, ~~infinitamente~~ *pequeño* y *accion* constituye dos términos contradictorios; estos dos términos, no pueden de ningun modo reunirse en un glóbulo; el terreno es muy pequeño.

Continuad; y conformándoos con las leyes estrictas de la lógica, construidme un silogismo en regla.

Hélo aquí.

La accion es el movimiento de una causa cualquiera que produce ó tiende á producir algun efecto.

Es así que, para producir algun efecto, es preciso que esta causa sea material y maciza; luego los medicamentos en dósis no materiales, no pueden producir ningun efecto.

Concedo la mayor.

Niego la menor, y me encargo de probaros, que de vuestras falsas premisas sacais falsas consecuencias.

Y, para esto, vamos á hacer girar á esta menor sobre su ege frágil y á someter cada una de sus fases á la luz del análisis esperimental.

Y desde luego, suponiendo que las dósis infinitesimales no han sido nunca esperimentadas, ni en el hombre sano ni en el hombre enfermo, sería fácil negar su poder á **priori**. Fuera de la esperimentacion pura y de la esperiencia clínica, sería fácil oponer una negacion especulativa á toda asercion teórica; pero en este caso los fundamentos de afirmacion, igualarian al menos á los fundamentos de negacion. Porque si me decís: probadme *desde luego* que las dósis infinitesimales obran; os responderé, probadme *desde luego* que no obran.

Asi para pronunciar en este caso, la palabra **imposible**, es necesario de todo rigor conocer la materia en su esencia, y en todos sus modos de ser; entonces podreis predecir sus razones de actividad ó de inercia; pero, como no la conocereis nunca, no traereis jamás á la discusion, sinó negaciones sin pruebas.

Recojamos desde luego el contingente de probabilidades que puede traernos la razon, y haremos luego hablar á la esperiencia.

Yo pongo aquí fuera de la cuestion á los que niegan por ignorancia. Sólo quiero dirigirme á los que, negando, son capaces de escuchar un razonamiento formal.

Los que niegan, pues, la accion de las dósis infinitesimales, ¿han profundizado bien los motivos de su negacion ó acaso de su duda?

A esos, pues, dirijo principalmente esa doble cuestion. ¿Cuáles son las *cualidades* y *cantidad* necesarias para que la materia obre, entendiéndose en la esfera terapéutica?

¿Existe alguna masa cualquiera que pueda servir de término de comparacion? Desde el grano de arena hasta el Atlas, habeis determinado un peso, que sea la forma de todos los pesos posibles?

Y en cuanto á la forma, ¿habeis adoptado alguno que sea la medida típica de todas las demás formas?

No.

La materia, pasando por todas las metamórfosis posibles de la física y de la química, desde las rocas de Paros, y todas las olas del océano, hasta el átomo, la gota, el fluido; la materia, ¿puede dejar de ser materia?

No.

Pero pasando por todas estas metamórfosis de forma en perímetro más ó menos estenso, y más ó menos regular, sufrirá la materia otras tantas modificaciones en sus cualidades.

Sí.

En todos estos estados nuevos, y adquiridos por las manipulaciones físicas y químicas, ¿qué viene á ser la sustancia material bajo un peso y volúmen cualquiera?

No viene á ser otra cosa que el vehículo de nuevas propiedades específicas. Cuvier decía: **La materia solo es la depositaria de las fuerzas; aquélla pasa, y éstas quedan.**

¿Con qué derecho quereis, pues, partiendo de un grado de divisibilidad *activa* de la materia, detenerla en tal grado, diciendo: «No es necesario ir más lejos, aquí se detiene el **posible** de su accion?

Pero, habeis querido apretar el tornillo de presion; nuestro esperimento lo levantará y le hará deslizarse hasta la última muesca de la graduacion infinitesimal.

El campo es bastante estenso, y si os gusta encerrar vuestro espíritu en un horizonte limitado, en vuestros lentos y antiguos vehículos, nos place á nosotros viajar en la inmensidad, sobre el ala del vapor y los fluidos.

Y, por otra parte, escuchad este simple razonamiento.

— En qué dósis administrais tales ó cuales medicamentos?

— En tal y cual dósis.

— Muy bien, ¿pero quién os ha enseñado esta posología? y ¿cómo habeis llegado á determinar la escala?

— Con la ayuda de la esperiencia.

— Muy bien; pero la Homeopatía administra los mismos medicamentos, ú otros que no conoceis, en tales ó cuales dósis y estas dósis obran. ¿Quién os lo ha dicho, quién os lo ha enseñado? — Vuestra maestra tambien..... la esperiencia.

¿Qué respondeis?..... Escuchemos unidos sus aserciones.

La esperiencia prueba que las virtudes de los medicamentos cambian en razon de sus dósis y sus preparaciones.

Asi el emético purga en cuatro ó cinco centígramos; hace vomitar en diez centígramos, y en veinticinco ó treinta pierde sus propiedades *eméto catárticas*, y cae en la *Escuela* de *Rasorí*, como contra estimulante.

El ruibarbo adquiere sucesivamente propiedades *tónicas* ó *purgantes* segun la dósis.

Lo mismo sucede con muchos otros medicamentos.

Todo el mundo sabe que se puede tragar impunemente un peso considerable de mercurio macizo y metálico, una bola de hierro, de oro, de plata, de plomo, etc.: se hace uso de estos metales alguna vez con éxito en las invagaciones intestinales. Se ha encontrado plomo en todas las partes del cuerpo hasta en los ventrículos del corazon, en los pájaros: estas sustancias con la forma antedicha obran de una manera muy inocente sobre las leyes de la vida; pero que se cambie su modo de ser, que se las despoje de sus formas groseras, que se las acerque á dósis fluidas, y entónces se convertirán en venenos muy activos.

Admitido esto en la tesis general, examinemos la cuestion bajo su aspecto físico.

Nuestros medicamentos homeopáticos, reducidos á dósis infinitesimales, ¿contienen todavia parte de la materia?

En tanto que el vulgo niega la presencia de la materia en nuestras diluciones, el ojo armado de un microscópio, puede todavia percibirla y seguir los átomos hasta un alto grado de division. Asi el Dr. Charles Mayerhoffer, obtuvo en este asunto resultados que prueban mucho. Con microscópios desde 120 á 200 líneas, ha examinado muchos metales, y — despues de haberse asegurado de la pureza del vehículo inerte, azúcar de

leche y alcohol— ha encontrado grados de division casi incomprensibles. Tomando por base el número y pequeñez de átomos de un grano, despues de la trituracion, ha probado los fenómenos siguientes:

Platino divisible.	mas de un trillon de veces.	
Mercurio.	un trillon	»
Plomo.	un billon	»
Hierro.	id.	»
Zinc..	mas de un millon de veces.	
Cobre.	id.	»
Estaño.	un millon de veces.	
Plata.	id.	»
Oro.	id.	»

MM. Petroz y Guibourg, farmacéuticos y miembros de la Academia de París, han encontrado rastros de sublimado en la 15.ª dilucion.

M. Morh, habiendo querido seguir la presencia del arsénico, ha llegado hasta la 700.000 ª parte de un grano. En fin, Seguin y Rummel pretenden haber visto con ayuda del microscopio solar, átomos metálicos hasta la 200 ª dilucion.

He ahí los resultados, y si no podeis ver ya los átomos de la materia en tal ó cual punto de divisision no digais: — « No distingo ya nada, luego no hay ya nada. » — Si no veis mas, es que vuestra vista es muy corta y vuestros instrumentos muy imperfectos. ¿Creeis que mas allá de vuestro horizonte no existen ya más mundos?

Sigamos.

Un decígramo de cobre, disuelto en el ácido nítrico, estendido en agua azulada por el amoniaco, se divide en 50 millares de partes visibles.

Un decígramo de carmin puede dividirse en 2600 millones de millares de partes igualmente visibles.

Un grano de asafétida se evapora en 11 millones 781 mil átomos odorantes.

Un grano de almizcle esparce olor durante 20 años al aire libre y corriente, sin pérdida aparente de su peso; y se evapora en 300 millones 200 mil millares de moléculas

Cheremberg ha calculado, que una pulgada cúbica de una

aglomeracion de infusorios, contiene 41 millares de estos animalitos.

Kiel ha llegado á probar, que se necesitarían 186.400 millares de millares de glóbulos de la sangre de los infusorios de la pimienta, para llenar un centímetro cúbico.

Una gota de sangre humana de un milímetro cúbico, contiene un millon de glóbulos encarnados.

No quiero hablar de esos séres microscópicos de los que muchas centenas pueden tenerse en la punta de una aguja.

Con el aparato de Marsh, se hacen perceptibles hasta millonésimas de grano de arsénico.

MM. Danger y Flaudin han descubierto en un análisis hasta una centésima millonésima de cobre, en el organismo viviente.

Heuvenhok ha hecho ver que el desarrollo de un capullo de gusano de seda presenta un hilo de seiscientas varas de largo.

Reamur ha encontrado que éste hilo de seda, se componia de otros 60 mil hilos.

Y Boerhaave ha añadido, que cada pulgada de éste hilo puede dividirse en muchos millones de partículas, teniendo una existencia y forma distintas; y fué, despues de haber sido sorprendido con estas propiedades misteriosas, cuando el célebre profesor de Leyden, formuló su bella idea tocante á la compatibilidad de la acion y division infinitesimal de los medicamentos. Esta idea os la contaré á la conclusion de este discurso.

¿Qué prueban todas estas aserciones y prodigios físicos? Prueban que la materia es divisible hasta el indefinido, y que si nuestros sentidos y medios fueran más perfectos, nuestras investigaciones traspasarían las nubes de muchos misterios.

Prueban que nuestros *infinitamente pequeños* son todavía muy *infinitamente grandes*, si se les compara á las fracciones infinitas que descubren nuestros instrumentos, hasta el grado de la complacencia caprichosa de la materia.

Prueban que sobre la senda que conduce al infinito, nuestras dósis contenidas todavia por su cubierta material, están prodigiosamente distantes de estos átomos, cuyo vuelo los roba á toda pesquisa.

Prueban, en fin, que hay alguna cosa, donde decís que no hay nada.

— Muy bien, respondereis; pero no prueban, que esta cualquier cosa, obra ó puede obrar.

(1) V. al final de la pg. 116 y la 117.

— Hasta aquí no; pero vamos á probároslo ahora, siempre por la vía de la analogía.

He aquí desde luego algunos hechos generales:

Un medicamento, que goza en verdad hace algunos años de todos los favores de la moda, es el aceite de hígado de bacalao: los médicos alópatas, lo prescriben en una multitud de casos, que sería fastidioso enumerar.

El de mejor cualidad es el aceite moreno.

— ¿Cómo obra?

— En virtud del iodo que contiene.

— ¿En qué cantidad?

— Dos milígramos por litro!!!

Se han visto sanar á enfermos atacados de fiebre por haber dormido en una habitacion, en que en otro tiempo se había preparado sulfato de quinina.

El mercurio produce la salivacion en las dosis mas pequeñas. Las *transaciones filosóficas* cuentan que, un barco inglés conducía una gran cantidad de este metal. Accidentalmente, los barriles que lo contenían lo dejaron derramar; por espacio de tres semanas, doscientos hombres se vieron atacados de *salivacion*, *ulceracion* y *parálisis parcial*, etc. Los animales que se hallaban á bordo participaron de la suerte de la tripulacion.

Un farmacéutico de Tours (Francia) era presa de un accidente de *asma* siempre que destapaba en su farmacia el frasco de la *ipecacuana* en polvo.

Habia en Marsella otro farmacéutico todavía más sensible á la accion de *este medicamento*; era atacado de violentos vómitos, todas las veces que se pulverizaba, y que su olor llegaba á ser percibido por él hasta de las emanaciones más distantes.

El Dr. Andrieu habla de un caso semejante, refiriéndose á una religiosa atacada en el servicio de un hospital.

M. Bonne Fox, escribió en la Gaceta médica de Tolosa (Francia) un hecho de anestesia muy curioso: « Un tapon impregnado de cloroformo y pasado por la nariz de un enfermo atacado de parálisis nerviosa, produjo instantáneamente la caida de su cabeza sobre la almohada, y la aparicion de un sueño profundo y reparador. En diversas ocasiones fué bastante este medio para obtener el mismo resultado.

En las dos últimas cloroformizaciones fué preciso pasar dos

veces el tapon debajo de la nariz. *La cura de la parálisis fué el resultado del uso del agente anestésico.*

Veo en vuestros lábios una objecion muy justa:—Los fenómenos particulares, decís, las sensaciones idiosincrásicas, sólo son escepciones, y no prueban nada. — Sí, algo prueban. Prueban que los infinitamente pequeños *pueden* obrar, y no perdais de vista que es la tésis que sostengo.

Aconsejo á las personas que deseen encontrar hechos más curiosos, que lean el tratado de las enfermedades nerviosas de Joseph Franck; las obras de Tisot; la obra de Descuret, etc. Citas más numerosas, resultarían fastidiosas, y nos detendrian demasiado.

De estos hechos, pasemos á los que puede ofrecernos la toxicología.

La química demuestra que el hidrógeno bicarbonado, el gas óxido de carbono, el hidrógeno arsenical, producen la muerte, en muy pequeñas dósis. Así segun Thenard y Dupuytren, un pájaro perece instantáneamente en una atmósfera que contenga 1|250.^{m} de gas hidrógeno sulfurado y 1|250.$_{m}$ bastan para matar á un caballo.

Todo el mundo conoce las propiedades deletéreas y la accion ardiente del ácido prúsico y sus compuestos.

Scouttetten, dice, que tres centígramos de cianuro de Iodo ocasionan la muerte instantáneamente á los conejos.

Los esperimentos de Magendie nos demuestran que la mas pequeña gota del ácido cianídrico, aplicado en la mucosa bocal de animales vigorosos, basta para dejarlos muertos; y además los órganos musculares, no presentan muestra de irritabilidad.

«Algunos átomos de éste acido, añade el mismo fisiologista, fueron aplicados al ojo de un perro; se observaron efectos semejantes, y tan mortíferos como los anteriores»

El profesor Stass ha matado á un animal con tres gotas de nicotina, y las ha encontrado en la lengua despues de la muerte de la víctima.

Un capitan de barco refiere, no recuerdo en qué diario, que los bacalaos ó pescados que viven en los sitios de la mar donde hay minerales de cobre, pueden ocasionar hasta el envenenamiento despues de sus preparaciones de transporte y su coccion y sazonamiento!

Pues en todos estos hechos, ¿cuántas sustancias materiales

contienen los agentes tóxicos? ¿qué relacion puede existir entre la dósis de la parte obrante y su accion? Yo os lo pregunto, si todos estos infinitamente pequeños, son tan poderosos para producir en ciertos casos, alteraciones tan positivas sobre el organismo, y si en otros casos llevan la muerte en sus moléculas tan ténues; su fluido ¿no bastará para producir modificaciones en las fuerzas vitales en salud ó enfermedad?

Despues de haber pasado revista á todos los actos de estos agentes infinitesimales, ¿no os veis tentados de admitir la posibilidad de accion de nuestras dósis Hahnemanianas?

Lleguemos al problema de los venenos, virus, miasmas, efluvios, etc.

Orfila, ha dicho en sus lecciones de química, que una sustancia demasiado atenuada para no ser sensible á los reactivos está necesariamente sin accion sobre el organismo humano.

Vamos á ver si esta asercion no puede ser desmentida.

Hay en París un establecimiento, donde se cría con mucho cuidado un pequeño rebaño de cabras y de burras de leche. Se les somete á fricciones mercuriales. Se les hace tomar algunas cortas dósis de calomelanos y se lleva á la Ciudad su leche á ciertas personas que tienen enfermedades sifilíticas, y cuya constitucion es demasiado débil para tomar el mercurio en dósis macizas y directas.

Quisiera saber si los reactivos químicos descubren el mercurio en esta leche.

Lo que acaso es más sorprendente en este hecho, es ver á este establecimiento dirigido por médicos alópatas. Los niños de pecho en el hospital Necker, son igualmente tratados por este medio ridículo de la dinamizacion fisiológica, y este medio dá buenos resultados y se han atrevido á confesarlo.

He aquí otro hecho que no prueba menos.

M. Bouchardat, en una memoria leida á la Academia de las ciencias en 1843, entre otras observaciones, nota que un milígramo de mercurio, disuelto en veinte litros de agua, basta para matar en pocos segundos á los pescados que se echaron

en esta disolucion, y añade: «Esta proporcion de sal mercurial, es de tal modo débil, (una veinte millonésima) *que se escapa á los reactivos químicos mas sensibles.*

He aquí un bofeton dado á la asercion de nuestro célebre profesor de química.

Pero oid observaciones de una verdad algo mas cáustica: ¿Qué hay de mas conocido en cuanto á sus efectos y de mas desconocido en cuanto á su causa, que las emanaciones palúdicas?

Aquí es verdaderamente donde la ciencia ha permanecido siempre muda é impotente.

M. Maillot, en sus relaciones de fiebres observadas en Africa, refiere casos muy misteriosos. *Hay mas de un ejemplo, dice, de gentes que se han dormido sobre las orillas de un pantano, y han pasado de los brazos del sueño á los de la muerte.*

Viajeros indianos aseguran que marinos tripulantes de barcos, á 1500 toesas de la orilla, han contraido fiebres intermitentes.

Lancisí refiere, que treinta personas de Roma habiendo ido á pasearse á la embocadura del Tíber, sopló de repente el viento de medio dia sobre las ciénegas infectas y que luego veintinueve de entre ellos fueron atacados de fiebres.

Todos estos hechos y otros muchos que podría citar ¿traen á la ciencia etiológica un solo rayo de luz? ¡Ah! no. Siempre permanecerán envueltos en una desesperante oscuridad. Emplead aquí vuestros reactivos químicos y todos los recursos del eudiómetro y nunca vereis nada, el aire os dará siempre sus principios constitutivos, pero no busqueis ya el secreto de las emanaciones telúricas y palúdicas, perdereis en este trabajo la vida y vuestra ciencia.

M. Boudín, que ha estudiado profundamente la cuestion, dice por vía de conclusion: *Gianniní ha negado la existencia de los miasmas palúdicos porque eran invisibles; tanto valdría negar á Dios, porque no se le vé con los ojos del cuerpo.*

Hablaré ahora de las enfermedades ~~infectuosas~~ infecciosas, y contagiosas.

Iré á interrogar á la viruela, á la escarlatina, al tifus, á la peste, á la fiebre amarilla, al cólera. ¿De dónde nos vienen estas terribles enfermedades! ¿Qué virtud las enjendra y las disipa? El contacto mediato ó inmediato, una ola de la atmósfera, un

soplo nos las trae y arroja. No preguntemos nada; no busquemos nada; es el secreto del aire; es el secreto de las plantas; de las aguas, de la naturaleza, de Dios!

Aquí los ejemplos serían muy numerosos, y por otra parte serían inútiles; cada uno, sobre esta materia, tiene su pequeña erudicion.

Pero los venenos y los virus?.....

Esplicadme cómo ~~este~~ el líquido, segregado por la glándula del crótalo, es, tan pronto para dar la muerte; cómo la picadura de su gancho hasta desprendida del animal, ocasiona despues de muchos años, tan terribles accidentes!

Segun la relacion de M. Texier, médico distinguido que ha vivido en América; un niño, que tuvo la imprudencia de meter la mano en el hueco de un árbol que habitaba una serpiente de cascabeles, fué mordido y espiró en el acto. Un negro que cultivaba un campo de cañas en la Luisiana, lanzó de repente un grito; habia sido mordido por un crótalo, y cayó muerto.

M. el profesor Bonnelli de Turin, hizo picar á un animal con el diente de una serpiente de cascabel. La cabeza de esta serpiente estaba disecada hacía 15 ó 16 años lo menos, espuesta al polvo y accion de todas las variaciones atmosféricas, y ya entónces habia pasado mas de 30 años en espíritu de vino. Con asombro suyo y de sus discípulos, vió perecer al animal una hora despues.

En su segundo volúmen de Toxicología, Orfila hace el resúmen del libro de Russel, respecto á la accion deletérea de los venenos. Ha podido ver en sus observaciones, que para obrar, no se necesita que la sustancia sea sensible á sus reactivos químicos.

Seríanos fácil probarle, que estos reactivos son del todo impotentes para analizar los virus rábico, sifilítico, variólico, etc. todos estos agentes morbíficos, se burlan de las torturas de la inquisicion química. Nada los hace hablar, nada puede moverlos; tranquilos é indiferentes en los crisoles, se encierran en el mutismo mas obstinado, y rehusan siempre su secreto á las investigaciones de la ciencia.

Llego á las observaciones que ofrecen acaso mas grande interés en el sentido de que todo lo confirman á la vez; las *aserciones de nuestra tésis, y los principios esenciales de nuestra doctrina.* Quiero decir, las aguas minerales.

Las aguas minerales, en efecto, consideradas en *su poder, en su resultado y en su composicion química*; presentan la teoría de los *semejantes*, la produccion de las enfermedades en el *hombre sano*, la cura *de éstas*, y las dósis infinitesimales.

Y no obstante, estas aguas tan saludables y consagradas por la esperiencia de los siglos, ciertos espíritus fuertes, no temen compararlas á los glóbulos de los homeópatas. Bien, cuando se les habla de ellas; las desprecian, cuando se les aconsejan; y, segun sus convicciones, todo viaje puede proporcionar las mismas distracciones, y, por consiguiente, los mismos resultados.

La estacion de las aguas ha sido inventada por los médicos para desembarazarse de sus enfermos, y, sobre todo, por los industriales, para atraer el agua al molino.

Pope, decía un dia á una jóven:

— ¿Por qué tomais las aguas?

— Por pura diversion.

— Pues bien, replicó el poeta satírico, ¡os han curado!

Plinio asegura que en otro tiempo se enviaba á los enfermos á las aguas, para beber y bañarse en ellas: las vé como un recurso de la medicina, cuando no tiene ya que recetar.

Es preciso decir tambien que algunos médicos niegan la virtud de las aguas, solo desde que la Homeopatía vino al mundo; y esto siempre segun su sistema general de oposicion sistemática.

Ultimamente tambien, un escritor decía: «No concedamos demasiada virtud á las aguas minerales, para no dar un nuevo argumento á los homeópatas.»

Y tenia razon. Pero puesto que este argumento es nuevo, apresurémosnos á aprovecharlo.

Las aguas minerales, consideradas en general, encierran los metales ó sales mas activas y mas empleadas en medicina: el azufre, el iodo, el arsénico, el bromo, el sodio, la magnesia, el hierro, el manganeso, etc. Pues es de notarse, que las dósis de estas sustancias, comparadas con la masa, son muy pequeñas y frecuentemente infinitesimales.

Segun Thénard, las aguas de la fuente de la Madeleíne, en Monfort, contienen por litro un milígramo de arseniato de sodio, y este ilustre químico, ha tenido cuidado de notar que, á este elemento es al que deben su virtud curativa.

Segun Walchner y Fignier, las aguas de Wiesbaden contienen en 100 litros 0,045 de ácido arsenioso; y despues de

haber dado el análisis de las aguas de Pyrmont de Lancheid y de la llanura de Prohl, Walchner añade: «Todas estas aguas minerales, entre las que se ha hallado la salud, y se han renombrado desde tiempo há, contienen estas sustancias en cantidad, de tal modo mínima, que su proporcion asciende solamente á millonésimas.»

Turek, hablando de las aguas de Plombières, dice: «Que obran por el arsénico que contienen. Pues no encierran sinó un millésimo de grano por litro, y esta dósis infinitesimal le basta para esplicar la cura de un gran número de enfermedades, que por lo demás se encuentran todas en la patogenesia de este medicamento.

Las aguas de Vichy, de Bussong de Provins, de Pyrmont d' Ems y de Wiesbaden, contienen el arsénico, dicen *Chavalier y Goveley*, *en proporcion infinitamente más pequeña* que la que los médicos ordenan diariamente; y, no obstante, se podrá acaso esplicar por la presencia de esta sustancia en estas aguas, ciertas curas que sería imposible esplicar de otra manera.»

Pues si todos estos casos á los que podríamos añadir un gran número de otros, no prueban que las dósis de todos estos elementos son *absolutamente infinitesimales*, prueban al menos que son más pequeñas que las que emplean diariamente los médicos en sus recetas; y que, pequeñas cosas, que podrian casi llamarse nadas, están dotadas, no obstante, de alguna accion, y alguna vez, de una *muy grande* accion.

Distinguiré ahora tres clases de dinamizacion; una artificial, y es á la que debemos nuestros fluidos medicinales; la otra fisiológica, que será materia de nuestro discurso siguiente; y la otra natural, que es la que nos dá los miasmas, efluvios, etc. y los elementos de las aguas minerales.

¿Y qué son nuestros procedimientos artificiales comparados á los de la naturaleza? ¿qué son nuestras dósis homeopáticas comparadas á las de los miasmas? Para la incredulidad ignorante ó sistemática, no son nada; pero á los ojos de la sana razon, y al reflejo de la luz de la ciencia pura, son grados bastante vagos en la escala del infinito; son, del todo ó en parte, cometas, comparados á las estrellas. Que la mirada de la imaginacion se eleve hasta la vía lactea de estos innumerables agentes morbíficos que brillan en la inmensidad, y cuyos rayos llevan la muerte!

Ved: esos miasmas, esos efluvios, esos gérmenes letíferos, estas **nadas** en su nacimiento! engendradas por un poder misterioso, nutridas en el seno de las nubes, incubadas bajo el ala de los vientos, nacidas del movimiento de la atmósfera, agitadas por las convulsiones de la tempestad, adquieren el dinamismo del rayo. Sus golpes son tanto más pérfidos, cuanto que ellos son invisibles; tanto más seguros, cuanto que no se les puede prever; tanto más fatales, cuanto que no se pueden prevenir.

Ved ahora estos átomos metálicos que viajan en el fondo de los mares. Ruedan en ese lecho inmenso que tiene por pluma la arena con sus granos sin número, las olas se entretienen en trastornarlos, oprimirlos y rechazarlos; y de esta dinamizacion caprichosa, resultan venenos.

Ved, en fin, esas aguas minerales; ved cómo corren los glóbulos de sus elementos en las entrañas de la materia. Introducidas en las venas, en las arterias, en los tubos y lecho de los diversos terrenos, llegan del todo dinamizadas, y prontas á dar los tesoros de la salud, á los que se la piden.

Ved todas estas cosas, sondead todos estos misterios, y decid todavia que el poder no puede residir bajo la cubierta de los infinitamente pequeños.

Por lo demás, si en presencia de todas estas pruebas, permaneceis aún en la duda, escuchad estas pocas confesiones de vuestros comprofesores, que os lo declaro francamente, os aprovecharán bien, quien quiera que seais.

No quiero citar á los médicos de la antigüedad, acaso chochearian!.... No hablaré del famoso Paracelso, que llamais el gran charlatan del siglo XVI. Omito igualmente las esplicaciones de Amador, ilustre profesor de Montpellier, era demasiado hahnemaiano; os concedo el derecho de recusarlo. No someteré, pues, como siempre á vuestra apreciacion, sinó el testimonio de vuestros maestros.

He aquí desde luego la idea de Boerhaave que no debo olvidar: En su capítulo 2.° **de virivus medicamentorum**. «Los medicamentos, dice, áun conservando su virtud, pueden dividirse en partes, de tal modo ténues, que la imaginacion no puede ya seguirlas. *Medicamenta dividi posunt in partes adeo minutas ut imaginationis vin pene eludant, quæ tamen retinebunt vires.*

Pero es todavía mas esplícito en las líneas siguientes: *Ex*

dictis patet partes medicamentorum eo usque comminui posse, ut captum nostrum, fugiant, et quidem licet partes sint diaphanœ sensusque quoque fujiant, nihilominus effectus notabiles in corporibus nostris producent.

Es evidente segun lo que sigue, que los medicamentos pueden atenuarse de tal manera, que se escapan á nuestras investigaciones; pero aunque estas partículas no puedan distinguirse por nuestros sentidos, no por eso dejan de ser más reales en nuestro organismo, sus efectos demasiado sensibles.

Huffeland, hablando de la belladona, como preservativo de la escarlatina, parece tomar la defensa de las cortas dósis propuestas por nuestro maestro.

« Este objeto, dice, es digno de la más alta atencion, y »merece que se le someta á esperiencias consecutivas; porque »dejarse prevenir contra este medio por la estremada pequeñez »de la dósis, sería olvidar, que ésta es cuestion de un efecto »dinámico, es decir, de un efecto sobre el ser viviente, y que »no puede apreciarse, ni por los libros, ni por los granos. ¿Quién es el que ha podido determinar, por su peso, al átomo, »ó bien la cantidad necesaria de un virus para producir un efecto »cualquiera? ¿**Estender una sustancia, es, pues, constan»temente debilitarla?** Y el líquido en que se estiende ¿no »puede convertirse en vehículo que desarrolle en ella una pro»piedad nueva, un nuevo modo de accion más sutíl que el que »ya entónces poseía? »

El sábio Recamier, profesor de la Escuela de París, se atreve á confesar: *Que es á los principios imponderables solos, á los que cada medicamento, debe su modo de obrar, su poder, su eficacia, siendo todo medicamento un conductor especial de los principios imponderables.*

Desafio á cualquiera de los homeópatas á hablar tan bien.

Pero iba todavía mas lejos este profesor, porque decia, que esperaba demostrar algun dia, que los principios imponderables, son los *únicos*, **agentes verdaderamente modificadores** y que los millares de cuerpos ponderables que forman nuestra

riqueza farmacéutica, solo son millares de apoyos de los *vehículos* diversos de los principios imponderables.

« Ya no estamos en los tiempos, dice M. Jourdan, miembro de la academia de medicina, en que chanzas relativas á las dósis infinitesimales podian parecer magníficos argumentos contra la Homeopatía. Hechos incontestables están ahí que deben imponer silencio al frio razonamiento. *Estas dósis mínimas, obran; ejercen tambien una accion poderosa, sorprendente: la duda no es ya permitida bajo este aspecto.* »

Hay algunos médicos que han emprendido esperiencias, administrando nuestras dósis, sea á los enfermos ó á los hombres sanos; no con el fin de convertirse á la Homeopatía, sinó al contrario, para confundirla con hechos negativos. Pero estas esperiencias los han conducido á nuestro campo, donde permanecen. En este número se cuenta el profesor Forg. Es lo que sucedió tambien al Dr. Kopp de Hahnan, Consejero mayor del Príncipe de Hesse.

« Si fuese llamado — dice despues de sus esperiencias — á pronunciar como jurado, mi conciencia no me permitiría esplicarme de otra manera: Si, **las diez millonésimas desplegan virtudes curativas determinadas.**

Pues todas estas declaraciones se han puesto en práctica, y se cambian en hechos, en el testimonio siguiente que quiero analizar; y será el último.

El Dr. Munaret, práctico alópata muy distinguido, autor del Medicín de la Ville et de la Compagne, ha dirigido al Presidente de la Academia de Medicina de París, una memoria titulada: *De el empleo de los* **gránulos** *en medicina.*

En esta memoria es homeópata de cabo á rabo.

Hablando de los gránulos preparados por M. Pelletier de Lyon, enumera todas las propiedadades, que allí se comprobaron.

Dósis exacta é invariable, — todos los medicamentos se emplean en la dósis de un **milígramo**.

Administracion cómoda, nada de olor, nada de sabor, virtudes preciosas en las medicinas para los niños.

Conservacion, *lo mas larga* — son inalterables.

Modo de llevarlos — Pueden ponerse en tubos, y realizando el voto de Sydenham, una caja de **algunos centímetros**, puede contener un gran número.

Y despues se hace mencion de casos de curas por estos

granulilos, de agravaciones producidas por los mismos, de sangrías reemplazadas por éstos gránulos, etc. M. Munaret concluye diciendo:

— Concluyo esta carta, señor Presidente, con una duda filosófica. *El gránulo es acaso el grano de arena de Bacon, con el cual podremos con el transcurso del tiempo y de la observacion, su hija — terminar nuestra pirámide médica.*

Esto es Homeopatía pura, ó no sé lo que me digo.

Pero á estos SS. todo les es lícito, sin sufrir la vergüenza de charlatanes ó Homeópatas, que es sinónimo. Para ellos, la *gloria* del *gránulo*; para nosotros, las *vejaciones* del *glóbulo*: para ellos, los *palacios académicos*; para nosotros, la *tranquilidad* de un *gabinete* de *consultas*: para ellos, el *sol* de la *enseñanza*; para *nosotros*, el *sarcasmo* de los *necios*.....

¡Sí!..... pero ya os lo he anunciado; no está lejano el dia en que *nuestro sol* los anonade con la luz que guía al templo en el cual se rinde culto á la verdad médica!!!

Mas, volvamos á nuestro silogismo, y concluyamos diciendo: **La accion** es el movimiento de una causa cualquiera que produce ó tiende á producir algun efecto: puesto que para producir cualquier efecto no es necesario que esta causa sea material y maciza:

Luego los medicamentos en dósis no materiales, **pueden** producir algun efecto.

Ahora lo que falta ver es, queridos comprofesores alópatas, si este argumento os envuelve algun dia en sus redes, porque dudo mucho os sea posible romper ó destruir sus mallas.

DISCURSO QUINTO.

EL HECHO.

Una hermosa mañana de Mayo habia sentados dos hombres en la orilla derecha del Nervion, entre Bilbao y Portugalete. Uno, era rico propietario de Galdácano; el otro, nacido en Olaveaga, tenia por profesion conducir los eguipajes que se remolcaban entre Portugalete y Bilbao.

Se conocian mútuamente, y fatigados se habian puesto á descansar á la sombra de un árbol frondoso.

En esto el propietario dijo al barquero:

¿Conoceis amigo mio ese bello descubrimiento que acaban de hacer?

— ¿Cuál, Señor?

— ¿No sabeis que ya no se necesita de caballo, ni sirga para subir las gabarras desde Portugalete á Bilbao?

— ¿Cómo, Señor?

— Muy fácilmente; se ha descubierto un medio para que los barcos anden solos.

— ¡Imposible, señor, imposible! ¡Oh! por mi vida os declaro que no creeré nunca eso.

— Y ¿por qué no, buen amigo?

— Porque es imposible.

— Pero ¿por qué creeis que sea imposible?

— Porque, ya lo veis, señor; con nuestras gavarras tenemos todavia mucho trabajo y empleamos bastante gente y tiempo para subir; y ¿quereis que los barcos anden solos....? ¡imposible!

— Escúchame, amigo mio, quiero esplicártelo, pon atencion.

Y entónces el propietario de Galdácano esplicó al barquero gavarrero de Olaveaga, en qué consiste un barco de vapor. Poniéndose al nivel de la capacidad de aquél, procuró hacerle comprender el mecanismo del barco, unas veces describiéndole las piezas, otras por simples comparaciones; pero siempre con la ayuda de un razonamiento claro.

Despues de haber escuchado atentamente la esplicacion. «Sí, dijo el barquero, todo podrá ser cierto; pero no lo creo.»

En el mismo instante se oía á distancia un murmullo sordo como el ruido del huracan, murmullo que fué cada vez más perceptible. Lo producía un barco, pero un barco de vapor, que se deslizaba sobre el agua y caminaba enteramente á impulsos de ese ajente dinámico. Pasó rápidamente como un caballo á la carrera. Sus alas rompian la corriente, sus palancas vigorosas se agitaban como los brazos de un gigante, su enorme pecho resollaba como un volcan, y en cada resuello, su boca de fuego arrojaba una nube de vapor blanco.

Apenas visto, desapareció..... un momento todavía, se oyó el murmullo sordo á lo lejos; por un rato todavía, se percibió un vasto penacho de humo negro, y las olas espumantes del Nervion, llegaron agitadas á estrellarse en la orilla donde estaban sentados el propietario y el barquero.

El último quiso hablar, pero el asombro sofocó sus palabras.

.....He ahí la fuerza de un *hecho*. Un *hecho* sobrepuja la corriente de la oposicion más violenta; un *hecho* sofoca la palabra de la negacion más obstinada; un *hecho* aplasta con su presion prepotente á la incredulidad más grande.

Un *hecho* está investido de una autocracia suprema; su omnipotencia no puede sufrir la menor presion. Ensayad comprimirlo un momento; más pronto que el vapor hará saltar la tapa.

Brousais lo dijo, nada es tan poderoso como un *hecho*.

Negad, negad siempre comprofesores alópatas! pero ¿qué hará vuestra negacion frente á frente con el gigante de la realidad? Detened el barco de vapor que sube en pleamar por el Nervion, suspended el curso de la locomotora que marcha

por el camino de hierro y á la chispa eléctrica que vuela por el alambre de un telégrafo!

Sois impotentes, como lo sois tambien negando los *hechos* ciertos, positivos y auténticos que en cada un dia, en cada un minuto y en cada un instante ofrecemos á la sociedad, ocho mil ó mas médicos que en el antiguo y nuevo continente practicamos la Homeopatía.

¡Pero á qué detenerme más en este órden de consideraciones!

He presentado en mi anterior discurso las dósis infinitesimales en el estado de **posible**, y creo haber acumulado bastantes pruebas para que la conviccion tenga cabida en vuestra inteligencia. Voy ahora á hablaros de estas mismas dósis y á elevároslas al estado de **hecho**. Se trata, pues, de probar aquí, no solo que pueden obrar, sinó que obran en realidad, y esto lo manifestaremos con los *hechos*.

Los médicos alópatas ú otras personas hostiles á la Homeopatía, van repitiendo por todas partes, que nuestros medicamentos obran en la imaginacion de los enfermos; pero que á esto solo se reduce su virtud.

A los que asi se conducen les contestamos con los numerosísimos *hechos* de la Homeopatía en las enfermedades de los niños. *Hechos* tan verídicos y satisfactorios, que no tememos esponer, que la regeneracion física de la especie humana será un *hecho* el dia en que tanto las enfermedades hereditarias, como las epidémicas que diezman á los niños, solo sean tratadas desde la primera edad bajo los principios dogmáticos de la Homeopatía. Sí, digámoslo muy alto, para ser comprendidos por los padres de familia. Cuando os veáis angustiados por esas epidemias desoladoras denominadas fiebres eruptivas: *escarlatina*, *viruela*, *sarampion* y *rubeóla*, pedid confiadamente al principio de los *semejantes* la salud de vuestros tiernos hijos, en la conviccion y casi seguridad que en noventa casos por ciento la obtendreis.

Ofrezcámosles igual tranquilidad para la llamada angina membranosa ó *crup*, enfermedad terrible que hasta el descubrimiento de la Homeopatía ha cubierto de luto todos los años un grande número de familias.

Si, á los que digan que las dósis infinitesimales solo obran en la imaginacion de los enfermos y que á esto solo se reduce su virtud, digámosles, que uno de los primeros triunfos de

nuestro inmortal Maestro, lo obtuvo en la mortífera epidemia de *escarlatina* que en el año 1800 asoló una gran parte de la Alemania; epidemia de la cual se salvaron, no solo los que ya acometidos por ella pidieron sus auxilios médicos á la Homeopatía, sinó, que administrada como *profiláctica* la *belladona* en dósis infinitesimales segun el principio de los *semejantes* á individuos de ambos séxos y de todas edades, dió el resultado sorprendente de que ninguna persona de cuantas la tomaron fuese atacada de dicha epidemia.

Negad, negad, pues, comprofesores alópatas, y propagad con una caridad poco envidiable que nuestros medicamentos sólo obran sobre la imaginacion de los enfermos: los historiadores se encargarán de consignar *hechos* que os confundan. ¿Podeis negarme que solo en virtud de los *hechos* positivos y auténticos de la medicina Homeopática, en la *escarlatina* (enfermedad propia de la infancia) Frank recomienda el uso de la belladona como profiláctica? Vuestra negacion sería impotente en este caso, como lo es negando los *hechos* de las dósis infinitesimales en toda clase de enfermedades.

Pero admitamos por de pronto, que los médicos Homeópatas no obtenemos curas sinó fascinando la imaginacion de los enfermos: este medio sería magnífico, y ójala que fuese verdadero. Mas dichosos todavía que el adivino Edipo, habríamos encontrado el enigma de la Esfinge de la terapéutica. En todo caso, ¿este medio no sería mejor que todas las torturas que la medicina clásica hace sufrir á sus pobres pacientes? Curar una enfermedad, obrando en la imaginacion, y con una **nada**! ¡pero esto sería demasiado meritorio! ¿Por qué, pues, señores comprofesores Alópatas, no haceis otro tanto?

Contra nuestros *hechos* se invoca todavía el capricho ciego de las coincidencias.

Si una persona asegura haber sido curada por un médico homeópata, su asercion se encuentra siempre con la sonrisa de la incredulidad. — «Creéis haber sido curada, le dirá algun maligno, ¡ah! debeis haber sanado, sí; vuestra enfermedad, ha desaparecido *por sí misma!*

¿Qué responder á esto? ¿qué contestar á la oposicion de las coincidencias?

Apelando á las coincidencias, se dudaría de todo, se llegaría á dudar hasta de Dios.

Pero, señores enemigos nuestros, usurpais á nuestra vista su derecho que revindicamos muy justamente. Esta arma con que pensais herirnos tiene dos filos, y si por un instante la volviésemos contra vosotros valiéndonos de la misma táctica; ¿qué resultaría á la pobre medicina? ¿qué resultaría al arte de curar?.....

Creedme, no apeleis á las coincidencias, porque ellas representan diatrivas que ensuciarán vuestro diploma, y las mismas os impedirán remendar los girones que la sátira causará en vuestra toga Doctoral.

Os lo aseguro, el alegar las coincidencias engendra el fatalismo, y el fatalismo es vuestra ruina mas directa.

Pero voy á ser generoso concediéndoos por breves instantes que se deban nuestros éxitos á las coincidencias, quiero concederos, repito, que las curas que nosotros los homeópatas tenemos la impudencia de atribuir á nuestra doctrina las haya obrado la naturaleza; pero aun en éste caso tendreis que confesar que la *Señora Naturaleza* es muy complaciente con la Homeopatía. Como! He ahí un enfermo que ha recorrido el mayor número de vuestros gabinetes de consultas, que ha seguido con una exactitud religiosa todas vuestras prescripciones, que ha tragado durante meses y aun años drogas bastantes para formar una farmacia; éste enfermo viene á consultarme, en último caso; y siguiendo mis consejos, sana, y ¡la *naturaleza* lo habrá curado! ¡y debió sanar en el momento de echarse en brazos de la Homeopatía! ¡precisamente á los pocos dias en que desertó de vuestra terapéutica! y ¡acaso en el acto en que vuestros medicamentos completaban el restablecimiento de su salud! ¡fatal coincidencia para vuestro principio! es preciso en tal caso confesar que mi suerte ha sacado la quina de vuestra lotería. Pero decididamente un médico homeópata es el niño mimado de la naturaleza; ostensiblemente ésta mala madre os trata como madrastra cruel; y si la **naturaleza** está de nuestra parte, creedme, apreciables comprofesores alópatas, no lo digais muy alto, porque sería atraernos la corriente de vuestra clientela.

Pero nosotros deseamos ser justos con vosotros; creemos sinceramente que muy raras veces teneis que agradecer nada á esa gran reina que se llama *naturaleza*, que siempre os niega su ayuda; ¿sabeis por qué? es en mi juicio porque cometeis con ella el pecado de ingratitud, es que la rehusais con frecuencia y siempre desconoceis sus méritos; es en fin, porque.....

pero, por qué ha de ser?..... porque los laureles de vuestros triunfos, os pertenecen á vosotros solos.

Consiento pues ya que lo quereis, en que nosotros los homeópatas no hayamos tenido nunca el honor ni sentido con justicia el placer de un *hecho* positivo; consiento en que nuestro enfermo haya sanado, no en virtud de lo que le hemos hecho, sinó precisamente porque nada hemos hecho. Pero si en vuestras manos no pudo sanar, es pues precisamente porque haceis alguna cosa, y que esta cosa se lo impediría. Esto es claro como el sol. Si, pues, como nosotros quereis obtener curaciones, emplead nuestro proceder, es decir, no hagais nada, puesto que nosotros no hacemos nada.....

En verdad que este tratamiento es bastante fácil, y sobre todo, nada caro; retened esto en la memoria, queridos enfermos!

He aquí otro grande caballo de batalla que presenta con el mismo heroismo algun sábio comprofesor de la falange alopática.

Id á decirle que la Homeopatía os ha curado de una hidropesía, de una gastritis, de una flusion de pecho. — Lo habeis creido, os responderá con un tono académico; vuestro médico homeópata, ha llamado hidropesía algunos gases que teníais en el vientre, ha llamado gastritis á un simple desórden de vuestro estómago, ha bautizado con el nombre de pulmonía á un simple catarro que habreis tomado estos últimos dias húmedos y lo habeis creido. »

¡Qué perfume de caridad!!!

O bien, si acaso el médico homeópata, ha diagnosticado con seriedad doctoral, una de dichas enfermedades, se ha engañado. Error! Error! Vamos, pues! ¿sería capaz la Homeopatía de curar tales afecciones?

Que un médico alópata tenga en efecto el derecho de conocer bien las enfermedades, es incontestable; que él solo posée el derecho de curar siempre, es tambien casi incontestable puesto que es Doctor ó Lícenciado; y la palabra primera viene de una latina que significa sábio. En virtud de su título, tiene siempre la verdad en sus sentencias, y sus juicios están revestidos del sello de la infalibilidad.

Pero que un médico homeópata sea doctor ó licenciado, imposible; que sepa conocer una enfermedad, imposible; que sepa tratarla, más imposible todavía!

Vaya! pobre médico homeópata, á pesar de tu título, solo eres un ignorante é impostor!

Se oye decir todavía diariamente. *Fulano murió, es un médico homeópata quien lo ha tratado; ya veis que en este caso no ha curado la Homeopatía.*

O tambien. *Tal enfermo fué deshauciado de la Alopatía, se llamó á un médico homeópata que no le impidió morir.*

Todo es posible, y ¿por qué no? ¿Desde cuándo los médicos Homeópatas han asegurado la inmortalidad física del linage humano? Bajo la direccion de los médicos Homeópatas se puede morir. ¡Hermosa objecion! ¿Qué maravilloso es poder morirse? Nuestro inolvidable Quevedo no habria hablado mejor.

Un hecho bien cierto hay, caritativos hermanos; que todos somos responsables de nuestros actos, y que el mayor absurdo que puede cometer un razonador es arrojar sobre una doctrina la imposibilidad de hacer al hombre inmortal.

— Cierto enfermo tratado por la homeopatía murió!

— Otro con una amaurósis orgánica consecutiva á un vicio constitucional, que cuando ya tiene perdida totalmente la vista de un ojo y que apenas con el otro distingue los objetos, — recurre á la Homeopatía — no consigue ver vuestra sonrisa para despreciaros!

Los vuestros ¿no mueren jamás?

Además ¿podeis señalarme un caso, no digo de amaurósis debida á un vicio constitucional, sinó de una que deba su desarrollo á una causa accidental que vosotros hayais curado?

Espero vuestra contestacion; en el ínterin, sabed, que es nuestro deber primero, prestar los auxilios científicos, no solo al que nos los pide aquejado por una dolencia de aquellas de curso rápido y de éxito seguro, sinó en todos los casos en que podamos prestar algun consuelo á los desgraciados que sufren, aunque sea alguna de esas terribles enfermedades que nuestra conciencia comprende de éxito dudoso y casi siempre fatal; ya con referencia á la *vida*, ya con referencia á una *funcion dada.*

No desconozco la palabra que un publicista dijo con aplicacion á la política: « No se está vencido nunca, cuando se tiene poder de hacer cometer faltas á sus adversarios. »

Aunque algunos profesores de mérito recomiendan las meditemos los médicos homeópatas, yo, respetando las causas que á los mismos indujeron á hacer esta recomendacion, diré: que

cuando por la aplicacion de nuestro principio creo poder prolongar un dia, medio, una hora, siquier un instante la vida de un enfermo, lleno la mision para que fuí llamado, con lo cual consigo tranquilidad de conciencia.

El ejercicio de la medicina es un sacerdocio, y por lo tanto en igual forma se llena en los casos que, siendo posible la curacion, se obtiene ésta por los medios empleados, como cuando, tratándose de una enfermedad mortal de necesidad ó de otra incurable con referencia á una funcion, el médico hace cuanto puede para que su enfermo muera lo más tarde que humanamente sea posible, ó para que en el segundo caso su enfermo deje de ver tambien lo más tarde que humanamente le sea dado.

Seamos francos hasta el fin. Decís tambien muchas veces: *Tal esperiencia particular ó pública ha sido hecha en tal ciudad y no ha dado buen éxito; ya veis que la Homeopatía se encalla en la prueba.*

No os apresureis á formular esta falsa conclusion Tanto peor para el que no haya obtenido éxito. ¿En qué casos ha hecho la esperiencia? ¿en casos generales? Pues la Homeopatía ha hecho sus pruebas y las hace todos los dias. Hablemos con estension sobre este importante punto.

¿Se hizo la esperiencia sobre una enfermedad particular, el **cólera** por ejemplo? Pues la Homeopatía tiene sus cifras y estadísticas sobre esta epidemia. ¿Un mal éxito es capaz de aniquilar millones de buenos éxitos? y si la Homeopatía cura tambien el cólera morbo en el Brasil y en los Estados-Unidos donde se ceba con mayor violencia, porqué no lo ha de poder curar en nuestra nacion? Tanto peor, repito, para aquel que no ha obtenido buen éxito; cada cual es responsable de sus actos.

Yo sé que alguno dice hizo esperiencias con la Homeopatía sin resultado; la debia conocer, poco más ó menos, como yo conozco un relox. Reparo en este instrumento ruedas y resortes que parecen aunados; oigo ténues y rápidas palpitaciones; veo á las agujas correr y perseguirse con curso desigual sobre un cuadrante adornado de números; pero soy tanto capaz de de armar « todas estas piezas », como el que hizo las esperiencias era capaz de poner en práctica los resortes y ruedas de la Homeopatía.

Cuando veis en el cielo una estrella errante, ¿temeis que el firmamento se desplome?

¿Qué nos dicen todas estas negaciones? La impotencia de nuestros adversarios. Sí, apoyad vuestras baterías sobre una esplanada mas sólida, porque ya veis que no puede resistir la accion de simples argumentos.

No habeis consumido vuestros proyectiles y he aquí un nuevo ataque.

Se nos dice: *Los demás médicos lo curan bien todo, como vosotros, y sin ser homeópatas.*

Distingamos: Que curan, lo concedo; pero que curen fuera del principio de los *semejantes*, es lo que vamos á examinar.

Los demás médicos curan todo como nosotros. Eh! ciertamente, no queremos negarlo. Qué tiene de estraño? Se ha ido de esta ciudad á Madrid sin camino de hierro; sí, se ha ido en un coche bueno ó malo; á pié y en un carro ó carreta se ha ido y se puede ir.

Antes del descubrimiento del telégrafo eléctrico y de establecer las líneas telegráficas de que hoy nos servimos, los despachos no llegaban, más ó menos pronto, con la ayuda de un telégrafo aéreo? ¿antes de éste no caminaban por correos? ¿y no se vá de Liverpool á Calcuta, sin la apertura del Itsmo de Suez? Sí, todo es cuestion de tiempo.

Los demás médicos curan, y han curado en todo tiempo las enfermedades.

Es cierto. Pero por qué sistema han obtenido y obtienen todavía sus curaciones? Segun el sistema de los semejantes, es decir, segun la Homeopatía.

«El sistema de los semejantes es como la palanca de nuestras máquinas. Para obtener el principio de accion mecánica, se necesita imprimir á la palanca tal movimiento en tal direccion; pues á esta palanca una mano ignorante va á manejarla tambien como la mano del inventor y más sábio mecánico.

Ponéos en presencia de un médico alópata, cualquiera que sea, y decidle:

Señor, investigad un momento en vuestra larga práctica; recordad los éxitos más brillantes que hayais obtenido en vuestra carrera médica; examinad los casos en que hayais hecho uso de la medicina pura, es decir, en los que habeis dado á vuestros enfermos medicamentos simples, sin recurrir á las sangrías, sanguijuelas, vegigatorios, sinapismos etc., cosas todas que constituyen el acrobatismo de vuestra doctrina; ¿podreis

señalar un solo caso en que hayais curado por los *contrarios*?

En virtud de qué ley terapéutica empleais la *quina*, el *mercurio*, el *iodo*, el *hierro*, el *arsénico*, la *belladona*, el *ioduro potásico*, etc., etc, en fin todos los medicamentos simples!

Si este médico es capaz de probar que los admistra y obran segun la terapéutica de los *contrarios*, consiento en quemar mi título, y arrojar la ceniza al viento.

Ya lo hemos visto, la Homeopatía no nació ayer; salió en algun modo de la cabeza de Hipócrates como Minérva de la cabeza de Júpiter, y desde su nacimiento todos los médicos, con su conocimiento ó sin él, sólo han curado en virtud del inmortal principio que de los *semejantes se curan por los semejantes*.

Nuestros *hechos* son tan verídicos, que hoy no tememos probar que los ciertos de nuestros comprofesores, todos se han obtenido y obtienen sólo por el inmortal principio de la *Homeopatía*.

La verdad es eterna, como la misma divinidad; y los hombres, aunque pueden desconocerla por mucho tiempo, llega por fin el dia, en que cumpliendo los altos designios de la Providencia, sus rayos penetran la nube de las preocupaciones y derraman una claridad benéfica que nada es capaz de extinguir en adelante.

El principio de los semejantes, aunque desconocido por tan larga série de siglos, ha sido el que siempre ha determinado los hechos de enfermedades curadas, y cada uno de estos siglos nos ofrece pruebas decisivas de estos hechos debidos á la accion virtual de un remedio homeopático; es decir, á la accion de un medicamento simple que poseía la facultad de producir por sí mismo un estado morboso, semejante á aquel para cuya desaparicion se empleaba.

Voy á citar algunos hechos de estas curaciones homeopáticas, verificadas involuntariamente por médicos de la antigua escuela, cuya interpretacion, clara y precisa, se encuentra en la doctrina médica hoy reconocida con el nombre de Homeopatía.

El autor del *tratado* de las *epidemias* que se atribuye á Hipócrates, habla de un cólera morbo, rebelde á todos los remedios, y que se curó únicamente con el *heleboro blanco*, planta que por sí misma produce el cólera, como han observado Foreest, Ledel, Raisnann y otros muchos.

La sudeta inglesa que se presentó en 1845, y que más mortífera que la misma peste, mataba segun Willis noventa y nueve enfermos de cada cien atacados, no pudo ser dominada por los alópatas hasta que administraron los sudoríficos.

Un flujo de vientre, que databa de muchos años y que amenazaba ya una muerte inevitable, despues de haber usado gran número de medicamentos todos ineficaces, fué curado con gran sorpresa de Fucher, de una manera pronta y duradera por medio de un purgante, administrado por un empírico.

La esperiencia diaria, y Muray, á quien cito como pudiera citar á muchos otros, colocan entre los síntomas principales que produce el *tabaco*, al vértigo, náuseas y la ansiedad precordial; pues Diemerbroech se curó de los vértigos, náuseas y ansiedad precordial con el uso de la pipa, cuando se vió atacado de estos síntomas en medio de los socorros que su deber le obligaba á prestar á las víctimas de las enfermedades epidémicas de Holanda.

Los perjudiciales efectos que algunos autores, Georgi entre otros, atribuyen al *agaricus muscarius*, que usan los habitantes de Kamstschatka, y que consiste en temblores y comvulsiones epilépticas, se han convertido en efectos saludables en manos de C.-G. Whistting, que ha empleado éste hongo con éxito felíz contra las convulsiones acompañadas de temblor.

La observacion recojida por Murray de que el aceite de anís mitiga los dolores de vientre y cura los cólicos gaseosos, ocasionados por los purgantes, no debe sorprendernos, cuando sabemos que J. Pr Abrechet ha observado dolores de estómago producidos por ésta sustancia. Si F. Hoffmann preconiza la yerba de *S. Juan ó ciento en rama* contra muchas hemorragias; si G. E. Stahl, Buchwald y Loeveke han reconocido útil éste vegetal contra el flujo hemorroidal abundante; si Quarin y los redactores de la coleccion de Breslau, refieren curaciones de hemotipsis por ésta planta; y si Tomasius, segun refiere Haller, la ha empleado con felíz éxito en la metrorrágia; éstas curaciones se refieren evidentemente á la virtud que goza la yerba de S. Juan, de producir flujos de sangre, y la hematuria, como lo observó G. Hoffman, y sobre todo determinar epístasis, como Bockler lo ha confirmado.

Scevolo, entre otros muchos, ha curado una emision de orina purulenta y dolorosa por medio de la *gayuba*; y esto no hubiera

tenido lugar, si ésta planta no hubiese poseido la virtud de provocar ardor en el acto de orinar y emision de orina viscosa, como lo ha reconocido Sauvages.

Aunque los esperimentos numerosos de Stoerck, Marges, Planchon, Dumonseau F. G. Junker, Schinz, Ehrmann y otros, no hubiesen demostrado que el *colchico* cura una especie de hidropesía, debería ya haberse esperado que fuera asi, atendida la virtud especial que tiene de disminuir la secrecion renal, al mismo tiempo que escita los deseos de orinar y determina la espulsion de una corta cantidad de éste líquido, de un color rojo encendido, como lo han visto Stoerck y de Berge: tambien es evidente que la curacion de un asma hipocondriaco, conseguido por Goeritz con el auxilio del colchico, y la de un asma con hidrotorax alcanzado por Stoerek, con el uso de ésta planta, estriban en la facultad Homeopática que posée el colchico de producir el asma y la disnea, como lo ha comprobado Berge. La raiz de *jalapa*, segun Muralto ha observado, causa, independientemente de los cólicos, una grande inquietud y agitacion. El medico, familiarizado con las verdades de la Homeopatía, encuentra muy natural y lógica la propiedad que G. W. Wedel atribuye con razon á la jalapa de calmar los dolores de vientre, que hacen gritar á los niños poniéndoles en agitacion continua y procurarles un sueño tranquilo.

Murray, Hillary y Spielman, atestiguan, y la esperiencia diaria lo confirma, que las hojas de *sen* producen cólicos; y segun G. Hoffmann y F. Hoftman, determinan tambien flatos y agitacion en la sangre, causa ordinaria del insomnio. Pues Detharding se ha aprovechado de ésta virtud homeopática del sen para calmar violentos cólicos y librar á los enfermos del insomnio.

Stoerck, hombre de gran talento y penetracion, comprendió, que el *dictamo* producia frecuentemente un flujo mucoso uterino, y que esto no era sinó en virtud de la facultad que poseía ésta planta de curar leucorreas crónicas, de lo que llegó á convencerse, administrando el dictamo en los flujos vaginales crónicos.

Stoerk no hubiera tambien debido admirarse de haber curado un exantema general, crónico, húmedo y fajadémico, con la *clemátide derecha*, si hubiese podido reconocer por la *esperimentacion pura*, que ésta planta tiene la virtud de producir una erupcion spórica en todo el cuerpo.

Si la *eufrasia* ha curado segun Murray una especie de oftalmía, ¿cómo ha podido hacerlo sinó en virtud de la facultad inherente á este vegetal, facultad observada ya por Lobel de escitar cierta forma de inflamacion en los ojos?

La *nuez moscada*, segun J. M. Lange, se ha mostrado muy eficaz en los vértigos histéricos. Pues la causa de este *hecho* es puramente homeopática, porque administrada la nuez moscada á grandes dósis á un hombre de buena salud, dá lugar, segun Schimd y Cullen, á la pérdida de los sentidos y á una sensibilidad general.

La costumbre antiquísima de emplear el agua de *rosas* al esterior contra ciertas oftalmías, parece ser un testimonio de la propiedad curativa de ciertos males de los ojos, que las flores del rosal tienen la virtud de producir, efecto que Echelins, Sedel y Rau han visto y comprobado muchas veces.

Si el *zumaque venenoso*, segun de Rosii, Van Mons, J. Monti, Sybel y otros, tienen la propiedad de producir unos pequeños granos en la superficie del cuerpo hasta cubrirla poco á poco, fácilmente se comprende la virtud que tiene el mismo zumaque de curar homeopáticamente algunas especies de herpes, como Dufresnoy y Van Mons nos lo demuestran. ¿A qué debe atribuirse la curacion de una parálisis de los miembros inferiores, acompañada de debilidad de las facultades intelectuales, como cita Alderzon, obtenida por el uso del zumaque venenoso, sinó á la propiedad que esta planta tiene de producir un gran decaimiento de fuerzas musculares, perturbando las facultades intelectuales del individuo, hasta el punto de persuadirle que va á morir, como lo ha visto Zadig?

La *dulcamara* ha curado, segun Carrere, muy graves enfermedades, causadas por un enfriamiento. Pues esto consiste en que la **dulcamara** tiene la virtud de determinar, en épocas frias y húmedas, molestias semejantes á las que resultan de un enfriamiento, como el mismo Carrere y Starcke han visto; Fritze ha observado que la Dulcamara produce convulsiones, y De Haen ha comprobado el mismo efecto, acompañado de delirio. Pues delirio y convulsiones, se han curado por este último médico con dósis muy pequeñas de dulcamara. En vano se buscaría en el campo de las hipótesis la razon, por la cual la dulcamara se haya mostrado tan eficaz en la curacion de una forma de herpe, en presencia de Carrere, de Fouquet y de

Poupart; pero la observacion filosófica, que la Homeopatía reclama para curar con seguridad, nos ha demostrado la virtud que tiene ésta yerba de producir una especie de herpe. Carrrere ha visto, que la administracion de la dulcamara dió origen á una erupcion herpética, que llegó á cubrir en quince dias toda la superficie del cuerpo; otra que tuvo su asiento en las manos; y otra, por último, que se fijó en los lábios de la vulva.

Ruecker ha visto una hidropesía general debida al uso de la **escrofilaria**. Gataquer y Cirillo han curado homeopáticamente anasarcas con el uso de ésta yerba.

Boerhaave, Sydenham y Radeliff, han curado una especie de hidropesía, administrando las flores del *Sauco*. Haller nos enseña que el sauco determina una hinchazon serosa en toda la superficie del cuerpo, por su sola aplicacion.

De Haen Sarcone y Pringle, respetando la verdad y la esperiencia, confiesan que han curado pleuresias con la *escila*, raiz cuya grande acritud debia hacerla proscribirse en una enfermedad, para cuyo tratamiento no admite la escuela reinante mas que remedios refrescantes antiflogísticos y demulcentes. Pero no por eso ha dejado de desaparecer el dolor de costado, bajo la influencia de ésta planta, en virtud de la ley homeopática, porque J. G. Waguer habia ya observado, que su accion determinaba una especie de pleuresia y de inflamacion del pulmon.

D. Cruger, Ray, Kellner, Kaau-Boerhaave y muchos otros prácticos, han observado que el *datura stramonium*, produce convulsiones con gran delirio. Pues muchos médicos, precisamente por ésta propiedad, la han usado para curar la demonomanía, delirio fantástico acompañado de espasmos en los miembros. Si Sidren y Wedemberg por el auxilio de esta planta han podido curar dos casos de Corea, producido el uno por el miedo y otro por el vapor del mercurio, ha sido justamente por la virtud que el *estramonio* posée de escitar movimientos involuntarios en los miembros, como Kaau-Boerhaave y Lobstein han observado. Schenck, entre muchos otros, ha comprobado la facultad que el estramonio tiene de extinguir la memoria; por lo que no debemos admirarnos que Schinz y Sauvages, hayan curado lesiones cerebrales, con pérdida de la memoria. Por último, si Schmalz ha curado con el uso de esa yerba una melancolía maniática, es porque ella posée entre sus virtudes, la de provocar un estado análogo en el hombre sano, segun Da-Costa.

Percival, Stahl y Quarin, entre otros muchos médicos, han comprobado en la quina la virtud de producir pesadez de estómago; Morton, Friborg, Bauer y Quarin, han visto provocar á ésta planta el vómito y la diarrea; D. Cruger y el mismo Morton, el síncope; Thomson, Pichard, Stahl y C. E. Fischez, una gran debilidad y una especie de itericia; Quarin y Frischer, amargor de boca y tension del bajo vientre. Precisamente en los casos en que estos síntomas se encuentran es en los que Tortí y Cleghorn recomiendan solamente recurrir á la quina. Los buenos resultados obtenidos del uso de ésta corteza en ese estado de languidez, con digestiones laboriosas y falta de apetito, que vienen en pos de las fiebres agudas, especialmente cuando han sido tratadas con sangrías y otros medios evacuantes y debilitantes, se fundan en la propiedad inherente á éste arbusto de producir un estremo abatimiento de fuerzas, quitar la energía á todas las funciones orgánicas y morales, hacer penosas las digestiones y suprimir el apetito, como lo han observado repetidamente Cleghorn, Friborg, Cruger, Romberg, Sthal, Thomson y otros muchos. ¿Cómo hubieran podido contenerse los flujos de sangre con la *ipecacuana*, tantas veces como los han contenido Baglivio, Barbeyrac, Gianella, Dalberg, Bergiris y otros, si éste medicamento no poseyera la cualidad de producir hemorragias, como han manifestado terminantemente Murray, Scott y Geoffroy? ¿cómo podría ser tan beneficioso su uso en el asma espasmódico, como lo enseña Akenside, Meyer, Bang, Stoll, Fouquet y Ranoc, si no tuviese en sí misma la facultad de producir el asma en general y el asma espasmódico en particular, sin escitar evacuacion alguna, como el mismo Murray, Geofrey y Scott han observado que determina en la economía humana? Y en vista de éstas pruebas, ¿pueden exigirse ni desearse otras mas concluyentes de que para la curacion de las enfermedades, deben ser administrados los medicamentos, en razon de los efectos morbosos que producen?

No sería fácil comprender, cómo el *haba de S. Ignacio* haya podido mostrarse tan eficaz en una especie de convulsion como Hermann, Valentin y un escritor anónimo aseguran, si no tuviese en sí misma la facultad de producir convulsiones semejantes, como Vergius, Cameli y Durius han comprobado.

Las personas que han recibido golpes contundentes, esperimentan dolores de costado, conatos á vomitar, punzadas y

ardor en los hipocondrios, con ansiedad, temblores y sobresaltos involuntarios, semejantes á los que determinan las conmociones eléctricas; y tanto en el estado de sueño como en el de vigilia, se siente hormigueo en la parte afecta, etc. Como el *arnica montana* tiene la virtud de producir en el hombre sano un estado análogo, como atestiguan las observaciones de Meza, Vicat, Crichlhon, Collin Aaskow, Stoll y J.-C. Lange, fácilmente se comprende que esta planta, cure los accidentes que resultan de un golpe, de una caida, de una contusion, como lo han esperimentado una multitud de médicos y pueblos enteros desde la mas remota antigüedad.

Entre las alteraciones que la *belladona* produce en el hombre en estado de salud, se hallan síntomas cuyo grupo compone un cuadro parecido á la hidrofobia, causada por la mordedura de un perro rabioso, enfermedad que Mayerne, Munch, Psuchcholz y Neimike han curado perfecta y completamente con esta planta. Si con frecuencia ha sucedido que la belladona no haya tenido buen resultado en la rabia declarada, no se debe olvidar que solo puede curar aquí por la facultad que tiene de producir síntomas semejantes á los de la enfermedad, y que por consiguiente solo debiera emplearse á las mas cortas dósis posibles, como todos los remedios homeopáticos, segun se demuestra en el **organon**. Pero las mas veces se ha dado á dósis enormes, de manera que los enfermos morian inevitablemente, no de la enfermedad, sinó acaso del remedio. Sin embargo, puede muy bien suceder, que exista una especie de hidrofobia y de rabia en alto grado, y que por consiguiente, segun la diversidad de síntomas, el remedio homeopático mas conveniente sea unas veces el **beleño**, y otras el **estramonio**.

Lo mismo los que padecen la hidrofobia que los que hacen uso de la belladona, están privados de sueño; su respiracion es difícil; devórales una sed ardiente, acompañada de ansiedad; cuando se les presentan líquidos, los rechazan inmediatamente; tienen encendido el rostro y los ojos fijos y centellantes (F. G. Criman); esperimentan sofocacion cuando se les hace beber (E. Camerarius y Santer); generalmente no pueden tragar cosa alguna (May, Lottinger, Sicelius, Buchave, D' Hermon, Manetti, Vicat, Cullen): sienten alternativamente terror y deseo de morder á las personas que les rodean (Sauter, Doumolin, Muchave, Mardorf); escupen á su alrededor (Sauter); quieren

huir (Dumoulin, E. Gmelin, Buchoz), y están afectados de una continua agitacion (Goucher, E. Gmelin, Sauter). Tambien la belladona ha curado algunas especies de manía y de melancolía, de lo que hay muchos casos citados por Evers, Schmucker, Schmalz, Munch, padre é hijo, y otros; y esto ha sido por la virtud que la belladona posée de producir demencias, tales como las señaladas por Ran, Grimm, Hasenest, Mardorf, Hoyer, Dillenius y otros.

Despues de haber tratado Henning inútilmente por espacio de tres meses una amaurósis con manchas abigarradas en los ojos, con muchos y diferentes medicamentos, creyó que esta enfermedad podia ser muy bien resultado de la gota, sin embargo de que el enfermo nunca se habia quejado de esta enfermedad, y se decidió á prescribirle la belladona, la que produjo una curacion pronta y esenta de inconvenientes. (Solo por congetura se ha honrado á la belladona, colocándola en el número de los remedios, apropiados para la curacion de la gota. La enfermedad que podria tener todavía el derecho de apropiarse el nombre de gota, no puede ni podrá curarse jamás con la belladona). Si Henning, hubiera sabido, al elegir este remedio, que solo puede curarse una enfermedad con el auxilio de medios que produzcan síntomas análogos á los de la enfermedad misma, y que la belladona, segun la ley inmutable de la naturaleza, no podia menos de curar homeopáticamente, supuesto que segun Ruchholz y Sauter, escita por sí misma una especie de amaurósis con manchas abigarradas en los ojos, antes hubiera elegido la belladona, y antes tambien hubiera curado al enfermo.

El **beleño**, ha curado, segun testimonio de Mayerne, Stoerck, Collin y otros, espasmos que tenian gran semejanza con la epilepsia. En las obras de E. Camerarius, C. Seliger, Hunerwolf, A. Hamilton, Planchon, Da-Costa y otros, se lee, que el beleño tiene la propiedad de escitar movimientos convulsivos, análogos á la epilepsia, y esta es la razon por qué el beleño ha curado espasmos epileptiformes.

Fothergill, Stoerck, Helwig y Offerdinger, han empleado el beleño en ciertas formas de enagenacion mental, con buen resultado; y muchos buenos efectos mas se hubieran conseguido del uso del beleño, si los médicos no hubieran hecho aplicacion de esta planta á otras formas de enagenacion mental, que las

que tienen analogía con la especie de locura estúpida, descrita por Van-Helmont, Wedel, J.-C Cmelin, Laserre, Hunerwolf, A. Hamilton, Kiernander, J. Stendmann, Tozetti, J. Faber y Wendt, como efecto de la administracion del beleño.

Agrupados los síntomas que han visto estos últimos observadores producir al beleño, constituyen el cuadro de un histerismo en el más alto grado. Pues en las actas de los curiosos de la naturaleza, y en las obras de J. A. P. Cesner y Stoerk se encuentran observaciones de histerismo en el más alto grado, curado con esta planta.

Schenkbecher, nunca hubiera logrado curar un vértigo, que databa de veinte años, si el beleño no poseyera en muy alto grado la virtud de producir generalmente un estado parecido, como afirman Hunerwolf, Blom, Navier, Planchon, Sloane, Stedmann, Creding, Wepfer, Vicat y Bernigau.

Mayer Abramson, atormentó por espacio de mucho tiempo á un hombre poseido de la manía de los celos, haciéndole tomar infructuosamente gran número de medicamentos, hasta que por último, le administró el beleño, como soporífico, y produjo con él una curacion pronta y rápida. Si hubiera podido sospechar que el uso del beleño determina la aparicion de la manía de los celos en una persona sana, y hubiese conocido la ley homeopática, única base segura de la terapéutica, desde el principio hubiera administrado al enfermo el beleño y le hubiera curado con seguridad, evitándole las molestias de los remedios, que no siendo homeopáticos, ningun beneficio podian producirle.

Las complicadas fórmulas que Heckuer empleó con resultado felíz en un caso de contraccion espasmódica de los párpados, hubieran sido completamente inútiles, si la casualidad no hubiese hecho entrar en ellas el beleño, que segun Wepfer, produce una afeccion análoga en las personas sanas.

Witering, solamente pudo triunfar de una constriccion espasmódica de la faringe, con imposibilidad de tragar, cuando echó mano del beleño, cuya virtud especial consiste en determinar constriccion espasmódica de la garganta con imposibilidad de deglutir, como Tozzetti, Amilton, Bernígan, Sanvages y Hunerwolf han visto producir al beleño.

¿Sería tan saludablemente eficaz el **alcanfor** en las fiebres lentas, llamadas nerviosas, como pretende Huxham, en las cuales es tan poco elevado el calor, tan embotada la sensibilidad,

y las fuerzas generales tan considerablemente disminuidas, si el resultado de su accion inmediata en el organismo no fuera en un todo semejante á aquel estado, como han podido observar C. Alexander, Cullen y Hoffman?

Los vinos generosos, tomados á pequeñas dósis, curan homeopáticamente la fiebre inflamatoria simple. C. Crivellati, H. Augenius, A. Mundella, y dos autores anónimos, nos han dejado en sus libros testimonios de esta verdad.

Antes habia curado Asclepiades una inflamacion del cerebro con una pequeña cantidad de vino. Un delirio febril con respiracion estertorosa, parecido á la embriaguez que produce el vino, se curó en una sola noche, en que Rademacher, desesperado de no aliviar con ningun medio á un enfermo que tenia con estos síntomas, le hizo tomar una corta cantidad de vino. Y ¿dejaremos de reconocer en esto el poder de una irritacion análoga y medicinal?

Una infusion fuerte de the, causa palpitaciones de corazon y ansiedad á las personas no acostumbradas á su uso; pero tomado el the á pequeñas dósis, es un excelente remedio contra la ansiedad y las palpitaciones, cuando éstas proceden de otras causas, como lo ha comprobado G. L. Rau.

Un estado parecido á la agonía, en el cual el enfermo esperimentaba convulsiones que le privaban del conocimiento, alternando con accesos de dísnea, suspiros entrecortados y estertores, con frio glacial en todo el cuerpo, lividez de los piés y de las manos y debilidad del pulso; conjunto de accidentes análogo al que Schweikert y otros han observado, que resulta de la accion del ópio fué curado por dicha sustancia. ¿Quién no vé aquí el método homeopático puesto en práctica, aunque ignorándolo el mismo que lo emplea? El ópio, segun Vicat, J. G. Grimm y otros, escita una grande y casi irresistible tendencia al sueño, con sudores abundantes y delirio comatoso. Pues éste fué el motivo principal para que Osthoff no le administrase en una fiebre epidémica, que presentaba síntomas muy parecidos á éstos, porque la doctrina que este médico profesaba le prohibía terminantemente echar mano del ópio en semejantes circunstancias.

Sin embargo, apurados infructuosamente todos los remedios conocidos, y persuadido de que iba á morir el enfermo adoptó el partido de darle un poco de ópio, cuyo efecto fué tan saludable como debia serlo, segun la ley eterna homeopática.

J. Ling, declara que el ópio quita los dolores de cabeza, cuando á éstos acompañe gran calor en la piel y dificultad de traspirar; pero Ling ignoraba que éste efecto saludable del ópio, era debido á la facultad que en sí mismo tiene ésta sustancia de producir en el hombre, en perfecta salud, síntomas morbosos análogos, á despecho de los axíomas de la escuela alopática.

Han existido, sin embargo, médicos, por cuya imaginacion ha pasado ésta verdad como un relámpago, pero no por eso han sospechado, siquiera, la ley homeopática. Alston, dice que el ópio es un medio calefaciente, pero que no por eso deja de ser apropiado para moderar el calor.

De la **Guerenne**, hizo uso del ópio en una fiebre, acompañada de violenta cefalalgia, con tension y dureza del pulso, sequedad y dureza de la piel, calor ardiente y sudores debilitantes, interrumpidos cada momento por la agitacion contínua en que el enfermo se hallaba. Aquí el ópio le dió un resultado muy favorable, pero ignoraba que éste ventajoso éxito habia sido debido á la propiedad que el ópio posee de producir un estado febril análogo en las personas dotadas de buena salud, como lo han comprobado muchos observadores. En una calentura soporosa, en que el enfermo se hallaba tendido, con los ojos abiertos, rígidas las estremidades, el pulso intermitente y pequeño, estertorosa y difícil la respiracion, habiendo tambien perdido el uso de la palabra; síntomas todos perfectamente análogos á los que el mismo ópio tiene la virtud de provocar, segun atestiguan Delacroix, Rademacher, Crumpe, Pyl, Vicat, Sauvages y otros muchos; ésta sustancia fué la única que produjo buenos resultados y á la que debió G.-L. Hoffman, la curacion homeopática del enfermo. Wirthenson, Sidenham y Marcus han logrado tambien curar con el ópio muchas fiebres letárgicas graves. La curacion que obtuvo De Meza de un letargo, con el auxilio del ópio, despues de haber inútilmente probado otros muchos medios, pudo alcanzarse en virtud de la propiedad que ésta sustancia tiene de producir el letargo, en cuyo caso claro es que obró homeopáticamente. Despues de mucho tiempo de haber martirizado con remedios inconducentes, es decir, no homeopáticos, á un enfermo, atacado de una afeccion nerviosa rebelde, cuyos mas culminantes síntomas eran la insensibilidad y entorpecimiento de los brazos, de los muslos y del vientre, C. C. Mathæi, consiguió al fin su curacion con

el ópio, que segun Stutz, J. Young y otros, tiene la virtud de producir por su propia accion, accidentes semejantes de gran intensidad; de donde se deduce evidentemente, que en esta ocasion curó en virtud de la ley homeopática. ¿A qué debe atribuirse la curacion del letargo, que contaba muchos dias, obtenida por Huffeland, con la administracion del ópio, sinó es á la ley que rige la Homeopatía? Una epilepsia que se manifestaba solamente mientras dormía el enfermo, y De Haen conoció que no era sueño natural, sinó una especie de epilepsia letárgica, con respiracion estertorosa, semejante en un todo á la que el ópio produce en las personas sanas, cedió únicamente á la administracion de éste medicamento, que trasformó el letargo en sueño verdadero y reparador, librando al enfermo de una epilepsia. ¿Cómo hubiera podido suceder que el ópio, que es, como todos saben, entre todas las sustancias vegetales, la que en más pequeña dósis produce la constipacion más fuerte y duradera, fuese, sin embargo, uno de los remedios más poderosos que pueden usarse en las constipaciones, que ponen en gran riesgo la vida, sinó fuera en virtud de la ley homeopática, es decir, si la naturaleza no nos hubiera concedido medicamentos especiales, que por su propia accion de producir enfermedades artificiales, venciesen las naturales análogas? El ópio, cuya primera impresion es tan eficaz para constipar el vientre, fué tambien el único medio de salvacion que Tralles encontró para curar una constipacion, rebelde, hasta entónces, á todos los medios aconsejados por los AA., de que ya habia echado mano inútilmente. Lentilius, C. W. Wedel, Wirthenson, Bell, Heister y Richter, han confirmado tambien la eficacia curativa del ópio en ésta enfermedad, áun administrado solo. Bohn habia aprendido, que los opiados por sí solos podian determinar la evacuacion de los materiales contenidos en los intestinos, en el cólico llamado **miserere**; y el grande Hoffmann administraba en los casos más peligrosos de ésta enfermedad, solamente el ópio, unido á su licor anodino. ¿Y podrían esplicarnos racionalmente éste hecho y otros semejantes, todas las teorías que abrigan los doscientos mil volúmenes que pesan sobre la tierra, los que no reconocen de ninguna manera la ley terapéutica de la homeopatía? ¿son acaso sus doctrinas las que pueden llevarnos al descubrimiento de ésta ley natural, tan ostensiblemente expresada en todas las curaciones

reales, prontas y duraderas? ¿ pueden estas teorías conducirnos á administrar medicamentos para curar las enfermedades, tomando por guía la semejanza de efectos en el hombre sano con los síntomas que aquellas presenten? De ninguna manera.

La *Sábina*, administrada por Rave Wedekind, ha cohibido metrorrágias muy graves; y público es entre los médicos que este arbusto produce hemorrágias uterinas y determina el aborto en las mujeres sanas. ¿Quién no vé aquí la ley homeopática, que manda tratar las enfermedades **similia similibus**?

El *almizcle*, ¿curaría por ventura el sin número de varias clases de asma espasmódico, comprendidas bajo la denominacion de **asma de Millar** si no tuviera en sí misma esta sustancia la propiedad de escitar sofocaciones espasmódicas, sin tos, como ha observado J. Hoffmann?

Si la ley homeopática no fuera cierta y positiva, ¿cómo habia la vacuna de preservar de las viruelas? Estas enfermedades tienen de comun, sin contar con otras relaciones de semejanza que las unen entre sí, que no se manifiestan más que una vez en el curso de la vida; que dejan cicatrices igualmente profundas; que las dos producen la tumefaccion de las glándulas axilares, una fiebre muy parecida; la rubicundez inflamatoria, con auréola de cada grano, y últimamente la oftalmía y las convulsiones. Aun la vacuna destruiría la viruela recien desarrollada, es decir, que curaría esta enfermedad ya existente, si no la superase en intensidad. Para determinar este efecto, no le falta más que un grado de energía, que, segun la ley natural, debe coincidir con la semejanza homeopática, para que la curacion pudiera verificarse. Considerada la vacuna como medio homeopático, no puede ser eficáz sino cuando se emplea antes de que aparezcan las viruelas, que son mas enérgicas que ella. Empleada de esta manera la vacuna, produce una enfermedad muy análoga á la viruela, siéndola por consiguiente homeopática; y como el cuerpo humano no puede, generalmente hablando, ser atacado por segunda vez de una enfermedad de esta clase, se encuentra para en adelante precavido del contagio de la viruela. (Posible nos parece tambien en algunos otros casos esta curacion profiláctica ó preservadora. Los trabajadores en lana, creemos que pueden preservarse de la sarna, llevando consigo azufre pulverizado; y la fiebre escarlatina, hallar su

preservativo en la administracion de una pequeñísima dósis de belladona.) Público es, que la retencion de orina es uno de los síntomas mas constantes que produce la administracion ó aplicacion de las cantáridas, como ha sido suficientemente demostrado por J. Camerarius, Baccius, Fabricio de Hilden, Foreest, J. Lanzoni, Van der y Werlhoff. Por consiguiente, las **cantáridas**, administradas al interior, y con ciertas precauciones deben ser un remedio homeopático muy precioso en los casos de retencion dolorosa de orina. Y esto es lo que sucede efectivamente. Sin hacer mencion de los médicos griegos, que en vez de nuestras cantáridas, emplean el **melœ cichorii** de Fabricios, Capo di Vacca, Fabricio de Aguapendente, Riedlin, T. Bartholin, Young. Smith, Raymond, De Meza, Brisbanc, y otros muchos, han curado perfectamente con auxilio de las cantáridas, iscurias muy dolorosas que no eran el resultado de un obstáculo mecánico. Sidenham, ha visto producirse los mejores efectos por este medio en casos análogos; lo alaba mucho, y lo hubiera usado de muy buena voluntad, si las tradiciones de la escuela, que suponiéndose mas sábia que la naturaleza, ordena demulcentes y relajantes en semejantes circunstancias, no le hubiese prohibido contra su propia conviccion, usar el remedio específico homeopático. Werlhoff, primero, y despues Sachs de Lewenheion, Hannæus, Bartholin y Lister, han administrado las cantáridas, á muy cortas dósis, logrando con ellas hacer que desaparecieran síntomas muy manifiestos y graves que empezaban á declararse. Este resultado lo han determinado las cantáridas, en virtud de la propiedad que gozan, segun lo atestiguan casi todos los observadores, de producir una iscuria dolorosa con ardor en la orina é inflamacion de la uretra (Wendet), y áun por la sola aplicacion al esterior, una especie de gonorrea inflamatoria (Wichmmann).

El uso interno del *azufre*, produce muy frecuentemente en las personas irritables, un tenesmo, acompañado muchas veces de fuertes dolores en el hipogastrio y vómitos, como afirma Walter. Pues en virtud de esta propiedad del azufre, es como ha podido curar esta sustancia afecciones disentéricas y un tenesmo hemorroidal, segun Werlhoff, y cólicos producidos por hemorroides, segun Rave. Todo el mundo sabe que las aguas de Toeplitz, como todas las sulfurosas templadas y calientes, ocasionan la aparicion de un exantema muy parecido á la sarna,

que ataca á los trabajadores en lana. Pues justamente por esta virtud homeopática de las aguas sulfurosas, es por lo que son útiles para la curacion de muchas erupciones psóricas. ¿Habrá un medio más sofocante que el vapor del azufre en combustion? Pues Rouquet tiene á este vapor como el medio más eficaz y seguro para volver la vida á las personas asfixiadas por cualquiera otra causa.

Los médicos ingleses, han hallado en el *ácido nítrico*, segun leemos en los escritos de Beddoes y otros, un poderoso remedio contra la salivacion y las úlceras de la boca, producidas por el uso del mercurio. El ácido nítrico no hubiera sido útil en este caso, si en sí mismo no tuviera la facultad de producir la salivacion y úlceras en la boca: y esto no solo en virtud de su administracion al interior, sinó aplicándolo en baño á la superficie del cuerpo, como han demostrado Scott y Blair, Alyon, Luke, J. Perriar y G. Kellie, que han visto producirse úlceras en la boca acompañadas de salivacion, como resultado del uso interior del ácido nítrico.

Fritze ha visto producirse una especie de tétanos por efecto de un baño de potasa cáustica; y A. de Humboldt ha logrado, con auxilio de la sal de tártaro fundida, que es una especie de potasa semicáustica, aumentarse la irritabilidad y contractilidad de los músculos, hasta el punto de ocasionar la rigidez tetánica. La virtud curativa que la potasa cáustica posée contra las varias clases de tétanos, en las que Stutz y otros muchos la han hallado tan ventajosa, ¿cómo podría esplicarse de una manera más sencilla y verdadera que por la virtud que tiene este álcali de producir esos efectos homeopáticos?

El *arsénico*. cuya influencia poderosa en el organismo, dá lugar á creer que puede ser más terrible en manos de un ignorante, que útil y saludable en las de un sábio: el arsénico, pues, no hubiera podido efectuar tantas y tan sorprendentes curaciones de cánceres, segun testimonio de innumerables médicos, entre los que citaré solamente á Falopio, Bernhardi y Bænnow, si este óxido metálico no gozase de la virtud homeopática de causar en las personas sanas tubérculos muy dolorosos y difíciles de curar, segun Amatus Lusitanus; profundas ulceraciones de mal carácter, segun Heinreich y Knape; y úlceras cancerosas, segun Heinze. No estarían los antiguos tan contestes en elogiar el emplasto magnético ó arsenical de Angel

Sala, contra los bubones pestilenciales y el carbunco, si el mismo arsénico no tuviese la propiedad de causar tumores inflamatorios, con marcada tendencia á la gangrena, segun han visto Degner y Pfann, y carbuncos y pústulas malignas, como han comprobado Verzascha y Pfan. ¿De dónde procede la virtud curativa del arsénico en algunas formas de fiebres intermitentes; virtud que atestiguan millares de ejemplos, pero que aún no se tiene precaucion bastante en su aplicacion práctica, y que preconizada ya hace muchos siglos por Nicolás Myrepsus, ha sido plenamente comprobada despues por Slevogt, Molitor, Jacobi, J. C. Bernhardt, Fauve, Brera, Darwin, May, Jackson, Jungken y Fowler, si no estuviera fundada en la virtud de producir la fiebre, que todos los observadores, principalmente Amatus Lusitanus, Degner, Buchholz, Heun y Knape han señalado entre los inconvenientes de la administracion de esta sustancia? Parece indudable que el arsénico es un remedio eficacísimo contra la angina de pecho, como E. Alexander afirma, si se atiende á que Tachenius, Guilbert, Preussius Thilenius y Pyl han visto que este óxido determinaba una fuerte opresion de pecho; Griselius, una disnea sofocante; y Majault, en fin, accesos súbitos de asma, acompañados de una gran postracion de fuerzas.

Las convulsiones que produce el cobre, y, segun Tondi, Ramsay, Fabas, Pyl y Cosinier, la ingestion de alimentos ó bebidas cargadas de partículas cobrizas; los ataques repetidos de epilepsia, que en presencia de J. Lacerme, ha determinado la permanencia de una moneda de cobre introducida en el estómago, y á la vista de P. Fundel, por la ingestion de la sal amoniaco cobriza en las vías digestivas, esplican muy claramente á los médicos que se tomen la molestia de reflexionar, por qué el cobre ha podido curar la corea, segun atestiguan R. Wilan, Walcker, Thesink y Delarive; por qué las preparaciones cobrizas han curado tan frecuentemente de epilepsia, segun confirman los hechos citados por Batty, Banmes, Bierling, Boerhaave, Causland, Cullen, Duncan, Fenestein, Hevelius, Lieb, Magennis, C.-P. Michaelis, Reil, Russel, Stiser, Thitenius, Weizembreyer, Whitbers y otros.

Si con el estaño han podido curar Poterius, Wepfer, F. Hoffmann, R. A. Rogel, Thierry y Albrecht, una forma de tísis, una fiebre héctica, un asma mucoso y catarros crónicos,

es porqué éste metal posée la facultad de producir una especie de tísis, como Stahl ha comprobado. Si el estaño no produjera en las personas sanas dolores gastrálgicos, como han observado Stahl y Geischlaeger, ¿cómo hubiera éste último curado los violentos dolores de estómago, que ha curado con el auxilio de éste metal?

La obstinada y tenaz constipación, y la pasion iliáca que el plomo tiene la facultad de producir, como han podido observar Thumberg, Wilson, Luzuriaga y otros; no nos dice claramente que éste metal posee la virtud de curar esas mismas afecciones? Porque éste, lo mismo que todos los medicamentos, deben su virtud curativa á la facultad que poséen de producir en las personas dotadas de buena salud, síntomas análogos á los que presentan las enfermedades que pueden curar. Por ésta razon es, por lo que Angel Sala ha curado con el plomo una especie de ileo; y J. Agrícola, una constipacion que, por su tenacidad, comprometía muy sériamente la vida del enfermo. Las píldoras saturninas, con las que muchos médicos, Chirac, Van-Helmont, Naudeau, Pererius, Rivinus Sydenham, Zacutus Lusitanus, Bloch y otros muchos, han podido vencer constipaciones obstinadas y la pasion iliáca, no obraban de una manera mecánica en razon de su peso, porque si éste hubiera sido el motivo de su eficácia, el oro, cuyo peso específico es mayor que el del plomo, hubiera sido preferible en éstos casos; sinó que obraban solamente como remedio, en razon de su cualidad saturnina, y curaban homeopáticamente. Si Otton Tachenius y Saxtorph, han curado con el plomo hipocondrías epidémicos, preciso es recordar que éste metal tiende por sí mismo á producir afecciones hipocondriacas, como puede comprobarse en la descripcion que hace Luzuriaga de sus efectos perjudiciales.

No debe sorprendernos que haya Marcus curado en poco tiempo, una hinchazon inflamatoria de la lengua y faringe con el mercurio, remedio, que, segun la esperiencia diaria y mil veces repetida por todos los médicos, tiene tendencia específica á producir la inflamacion de las partes internas de la boca, no solamente en virtud de su administracion al interior, sino por sola su aplicacion, bajo la forma de ungüento ó emplasto, sobre cualquiera parte de la superficie del cuerpo, como han esperimentado Degner, Friese, Alberti, Engel y otros muchos. La debilidad de las facultades intelectuales (Swedianer); la

estupidez (Degner) y la enagenacion mental (Larrey) que se han declarado como resultados del uso del mercurio, unidas á la propiedad casi específica que tiene este metal de producir la salivacion, esplican como G. Perfet ha curado de una manera permanente y radical con el mercurio, una profunda melancolía, que alternaba con un flujo de saliva abundante. ¿Por que han dado tan buen resultado los mercuriales á Seelig en la angina, acompañada de púrpura, y en otras esquinencias de carácter grave á Hamilton, Hoffmann, Marcus, Rush, Golden, Bailey y Michaelis? Porque este metal evidentemente produce en las personas sanas una especie de angina de las más molestas. Se ha querido tambien curar el croup por medio del mercurio; pero casi nunca se ha conseguido; porque este metal no es capaz de producir por sí mismo, en la membrana mucosa de la tráquea, un cambio análogo á la modificacion particular que esta enfermedad imprime en ella. El hígado de azufre calcáreo, que escita la tos, impidiendo la respiracion, y mejor aún, como lo he esperimentado, la esponja tostada, obran de una manera homeopática, en sus efectos especiales, y por consiguiente son muy eficaces, sobre todo en dósis muy fraccionadas. ¿No ha logrado Santer la curacion homeopática de una inflamacion ulcerosa de la boca, acompañada de aftas y de una fetidez del aliento, parecida á la que se observa en el tialismo, prescribiendo una disolucion de sublimado corrosivo en gargarismos? ¿No es una curacion homeopática tambien la conseguida por Bloch, haciendo desaparecer con preparaciones mercuriales las aftas bucales, supuesto que dicha sustancia tiene entre sus propiedades especiales, la de provocar una especie particular de aftas, como afirman Schlegel, y Th. Acrey?

Hecker ha usado con resultado feliz contra una caries por consecuencia de las viruelas, muchas mezclas de medicamentos, en las que, por fortuna para el enfermo, entraba el mercurio, al que se comprende bien que cedió la enfermedad, supuesto que el mercurio es uno de los pocos medicamentos que tienen la facultad de producir las caries, como desgraciadamente lo acreditan tantos tratamientos mercuriales exagerados, bien contra la sífilis, bien contra otras enfermedades; entre muchos, los de G. P. Michaelis. Este agente medicinal, tan temible cuando se prolonga su uso por mucho tiempo, ó en dósis

exageradas, y que llega á constituirse en causa determinante de la caries, ejerce, sin embargo, una beneficiosa influencia homeopática en aquellas caries que suceden á las lesiones mecánicas de los huesos, de lo que nos han legado muy terminantes ejemplos J. Schlegel, Foerdens, J. M. Muller. Las curaciones de caríes, no venéreas, que han conseguido con el mercurio J. F. G. Neu y J. D. Metzger, nos dan una prueba concluyente de la virtud curativa homeopática que goza ésta sustancia.

Leyendo las obras que tratan de la electricidad, con aplicacion á la terapéutica, sorprende ciertamente, la gran analogía que existe entre las incomodidades y accidentes morbosos que ha determinado éste agente, y los síntomas del todo semejantes que ha curado homeopáticamente de una manera pronta y duradera.

Inmenso es el catálogo de los autores que han observado entre los efectos primitivos de la electricidad positiva, la aceleracion del pulso; y Sauvages, Delas y Barillon, han visto accesos completos de fiebre, causados por la electricidad. La facultad que éste imponderable tiene de producir la fiebre, es la causa á que debe atribuirse el que Jardini, Wilkinson, Syme y Wesley, han curado con ella una fiebre terciana; y Zetzel y Villermos, tambien hayan podido lograr con su uso la curacion radical de fiebres cuartanas. Público es, que la electricidad escita en los músculos contracciones, semejantes á los movimientos convulsivos; pues De Sans, producía por medio de ella, tantas veces como lo intentaba, convulsiones duraderas en el brazo de una jóven, que se sometía al esperimento. En virtud de ésta facultad que goza la electricidad, De Sans y Francklin, la han aplicado con éxito feliz al tratamiento de las convulsiones; y Theden ha conseguido con ella volver la voz y la palabra, restableciendo tambien las demás funciones, á una niña de diez años, á la que un rayo habia dejado muda, con parálisis del brazo izquierdo, movimiento continuo oscilatorio involuntario de las piernas, y contraccion espasmódica de los dedos de la otra mano.

Tambien determina la electricidad una especie de ciática, como han observado Jallabert y otro; por cuya razon ha podido curar homeopáticamente éste imponderable la referida neuralgia, como lo han comprobado Hiortberg, Lovet. Arrigoni, Daboncis, Manduit, Syme Wesley. Muchos médicos han curado

una especie de Oftalmía por medio de la electricidad, es decir, por medio de la virtud que ésta posée de producir inflamaciones en los ojos, como atestiguan las observaciones de P. Dikson y Bertholon. Por último, si la electricidad, aplicada por Fushel, ha curado varices, esto ha sido en virtud del poder que tiene para determinar la aparicion de tumores varicosos, como ha comprobado Jallabert.

Cuenta Albers, que un baño caliente á cien grados del termómetro de Fahrenheit, hizo disminuir considerablemente el calor de una fiebre aguda, bajar al pulso veinte latidos por minuto. Læffler ha reconocido, que los fomentos calientes son muy útiles en las encefalitis, causadas por la insolacion y calor de las estufas; y Callisen dice, que las afusiones de agua caliente sobre la cabeza, son el remedio más eficaz de todos los que conoce, para curar las inflamaciones del cerebro.

Casi siempre se recurre por nuestros comprofesores al tratamiento homeopático, (asi, por ejemplo, creen espeler de la piel la materia de traspiracion, detenida, segun ellos, en ésta membrana, por los enfriamientos) cuando en medio del frio de la fiebre dan á beber una infusion de flores de sauco, planta que tiene la facultad homeopática de hacer que cese una fiebre semejante y de restablecer al enfermo, cuya curacion es tanto más pronta y más segura, y sin sudor, cuanto ménos beba de ésta infusion, y sin tomar otra cosa. Cubren muchas veces de cataplasmas calientes, y renovadas frecuentemente, los tumores cuya inflamacion escesiva, acompañada de insoportables dolores, no permite que la supuracion se establezca: bajo la influencia de éste tópico, la inflamacion no tarda en ceder, los dolores disminuyen, y el abceso se manifiesta, como se conoce por el aspecto reluciente, el tinte amarillo y la blandura que presenta.

Creen entónces haber reblandecido el tumor por la humedad, mientras que no han hecho otra cosa mas que destruir homeopáticamente el esceso de la inflamacion, por el calor más fuerte de la cataplasma, y hacer posible de éste modo la pronta manifestacion de la supuracion. ¿Por qué emplean con ventaja en algunas oftalmías, el óxido rojo de mercurio, que constituye la base de la pomada de Saint-Ives, y la de la viuda de Fournier sinó por el poder que las mismas tienen de obrar homeopáticamente? ¿cómo un poco de perejil procuraría un alivio instantáneo

en la disuria (tan frecuente en los niños y en la gorronea ordinaria) principalmente tan notable en los vanos y dolorosos esfuerzos para orinar que la acompañan, si éste jugo no poseyese por sí mismo la facultad de escitar en los sugetos sanos, conatos dolorosos para orinar y casi imposibles de satisfacer; si no obrara homeopáticamente? La raiz de *saxifraga mayor*, que promueve una abundante secrecion de mucosidades en los bronquios y en la laringe, sirve para combatir con éxito la angina llamada mucosa; y tambien se detienen algunas metrorrágias con una corta dósis de las hojas de sabina, que poseen por sí mismas la propiedad de determinar hemorrágias uterinas; en una y otra circunstancia se obra sin conocer la ley homeopática. El ópio, que á cortas dósis estriñe el vientre, se ha encontrado ser uno de los principales y mas seguros medios contra la constipacion que acompaña á las hernias estranguladas y al íleo, sin que éste descubrimiento haya conducido al de la ley homeopática, cuya influencia era, sin embargo, en semejante caso tan sensible. Se han curado úlceras no venéreas en la garganta, con cortas dósis de mercurio, que entonces obraba homeopáticamente. Muchas veces se ha detenido la diarrea por medio del ruibarbo, que determina evacuaciones albinas. Se ha curado la rabia con la belladona, que ocasiona una especie de hidrofobia. Se ha hecho cesar, como por encanto, el coma, tan peligroso en las fiebres agudas, por medio de una corta dósis de ópio, sustancia de virtudes calefacientes y estupefacientes. Estas curaciones se han hecho de una manera pronta y duradera, por medio de medicamentos elegidos por casualidad, en contradicion con todos los sistemas y todas las terapéuticas de su tiempo; muchas veces sin saber lo que hacían, ni por qué, obraban de éste modo, confirmando por los hechos y contra su voluntad, la necesidad de la sola ley natural en terapéutica, la de la Homeopatía; ley á cuya investigacion no han permitido entregarse hasta Hahnemann las preocupaciones médicas, á pesar del número infinito de hechos y de indicios que deberian haber inducido á su descubrimiento.

Otras personas observadoras, pero igualmente estrañas á la medicina, por ejemplo, los barnizadores, aplican sobre las quemaduras una sustancia que por sí misma escita una sensacion de ardor semejante; v. g: el espíritu de vino caliente, ó la esencia de trementina, y se curan en pocas horas, sabiendo bien

que los ungüentos llamados refrescantes, no producirían el mismo resultado.

Sydenham (opera, p. 271), dice: que las reiteradas aplicaciones del alcohol, son preferibles á todo otro medio en las quemaduras. B. Bell. (System. ofsurgery, 1789) respeta igualmente la esperiencia, que indica los remedios homeopáticos como los únicos eficaces. He aquí el modo como se espresa: «El »alcohol es uno de los mejores remedios contra las quemaduras »de todo género. Cuando se aplica, parece al principio acre»centar el dolor (véase mas adelante 164); pero éste no tarda »en apaciguarse y en ser reemplazado por un sentimiento agra»dable de calma. Nunca es tan poderoso este método, como »cuando se sumerge la parte en el alcohol; pero si no puede »practicarse la inmersion, es menester tener la quemadura con»tinuamente empapada en dicho líquido.» Yo añado, que el alcohol caliente, y áun muy caliente, alivia de una manera más pronta y cierta, porque es más homeopático que el alcohol frio. Esto es lo que la esperiencia confirma.

E. Kentish, que tenia que curar obreros quemados, comunmente de un modo horrible, en las minas de ulla, por la esplosion de gases inflamables, les hacía aplicar esencia de trementina caliente ó alcohol, como el mejor medio que se podia emplear en las quemaduras graves, (Essay on burus, Londres, 1798). Ningun tratamiento puede ser más homeopático que éste, ni hay tampoco otro que sea más eficaz.

Heister, cirujano hábil y hombre de buena fé, recomienda tambien esta práctica, segun su propia esperiencia (Instit. chirurg., t. I. p. 333); ensalza la aplicacion de la esencia de trementina, de alcohol y de cataplasmas, tan calientes como pueda el enfermo soportarlos.

J. Anderson (en Kentish., loc. cit., p. 43) ha curado tambien una mujer que se habia quemado la cara y brazos con manteca hirviendo. «Algunos minutos despues, se cubrió la cara, »que estaba muy roja y dolorosa con aceite de trementina; en »cuanto al brazo, la enferma lo habia ya sumergido en el agua »fría, y manifestó deseos de esperar el efecto de este tratamiento. »Al cabo de siete horas, el rostro estaba mejor y la enferma »muy aliviada. Por lo que respecta al brazo, alrededor del »cual se habia renovado contínuamente el líquido, tenia en él, »dolores vivos, desde que lo sacó del agua, y la inflamacion se

que nadie se atreverá á negar porque son históricos. No pueden negarlos, es verdad; pero tambien lo es, que por nuestros adversarios se nos dice: sea, puesto que así lo quereis, que los médicos que habeis nombrado solo obraron segun la ley de los semejantes; pero es indudable que solo emplearon dósis masivas. Luego para curar, no es necesario que los medicamentos sean dinamizados.

Esta pretendida objecion se me ha hecho cien veces.

En otro lugar podria decir simplemente: *esta objecion*; aquí digo "esta *pretendida* objecion", porque no ataca directamente el asunto que nos ocupa.

No queremos probar, en efecto, que los medicamentos en dósis macizas, están destituidos de toda accion terapéutica. Concedemos esta asercion; pero entiéndase que esta concesion no prueba que las dósis infinitesimales estén sin efecto curativo; lo tienen realmente y en un grado superior á las masivas y es lo que vamos á demostrar por los *hechos*. Vamos, no obstante á permitirnos otra digresion todavía, á título de respuesta á la *pretendida* objecion.

He dicho en mi anterior discurso, que distinguia tres clases de dinamizacion; la natural, la artificial y la fisiológica; es de la última sobre la que voy á decir algunas palabras.

Todas las sustancias medicinales que se administran á un hombre sano ó enfermo, caen desde luego en un receptáculo único, el estómago. Este órgano es el crisol donde comienzan todas las metamórfosis fisiológicas. Aquí es donde principian á tener lugar esa série de operaciones misteriosas que hacen sufrir á los elementos materiales las trasformaciones mas desconocidas y que escaparán siempre á nuestros análisis esperimentales.

De este recipiente, llamado por la fisiología *primeras vías*, las sustancias asimilables pasan á otros conductos que se ramifican á lo infinito y cuyo calibre sufre una graduacion siempre decreciente:

Seguid en su marcha fisiológica á estas sustancias que ya no podeis apreciar y llegareis á *las segundas vías*.

Estas vias diversas, son ya bien tenebrosas; pero vuestra antorcha se apaga, si aventurais vuestros pasos á *las terceras vías*. Detenéos en el dintel de este misterio, porque ya vais muy descarriado en este punto de vuestra curiosa esploracion.

Mas profundo..... mas lejos..... mas lejos aún se estiende el dominio de lo desconocido, sin horizonte y sin límites.

El movimiento de la masa alimenticia os ha conducido á la circulacion de la sangre. Prosiguiendo vuestra navegacion en los vasos arteriales, llegareis á la circulacion del fluido nervioso; pero aqui los conductos son de un calibre demasiado estrecho para franquearos la entrada, y el misterio os dice: no ¡irás más allá!

Tal es la suerte de todo elemento, que se empeña en las vías fisiológicas, tal es la ley que preside á todos los fenómenos de la vida universal.

Es así como el animal se mantiene en las condiciones de su existencia terrestre, apropiándose de los objetos que le rodean los principios de su nutricion. Asi es como el vegetal saca la esencia de su conservacion y de su acrecentamiento, de todos los elementos de la naturaleza. Las sustancias más groseras y materiales puestas en contacto con los mil y más filamentos de su raíz, se purifican, se desmaterializan, se fluidifican, y cumpliendo la ley universal y eterna **similis similem quærit**, son arrastradas por la corriente de la sábia ascendente para llevar á cada ramilla del árbol inmenso, su racion de alimento, y su chispa de vida.

Así es como bajo una relacion más sensible y evidente nuestros granos alimenticios, desprendidos de sus espigas y limpiados por las diversas maniobras de nuestros labradores, son después trasformados en harina en la áspera piedra del molino por el frotamiento mecánico, para que, más tarde, reducidos á pasta por el agua y la mano del hombre, se conviertan en nuestro pan alimenticio despues de haber sido sometidos á la accion del fuego.

Dijo una gran verdad un varon eminente, cuya modestia igual á su sabiduría, me priva del placer de revelaros su nombre, al sentar en un manuscrito, que un corto número de amigos conocemos, las siguientes ó muy parecidas palabras: «Todos »los séres sin escepcion, elevan por asimilacion, por transustanciacion las cosas que absorven; es una de las leyes generales de la creacion. El vegetal eleva, transustancia al humus; el animal transustancia al vegetal; el hombre transustancia el pan, y el vino, en sangre, en carne, en su persona. ¡Dios así lo tenia dispuesto en la creacion.!

Lo precedente pertenece á mi amigo. Ahora, yo, debo repetir, que dicha elevacion por asimilacion, tiene lugar en los tres reinos de la naturaleza en cumplimiento de la ley eterna **similis similem quærit** cuando las sustancias asimilables se hallan en el mayor grado de incoercibilidad ó fluídico.

Os será fácil comprender, con todas estas consideraciones y comparaciones, en lo que viene á parar un medicamento cualquiera depositado en el estómago en dósis macizas, y cómo puede adquirir alguna accion terapéutica.

Sometido á la accion de la dinamizacion fisiológica, se convierte en lo que las aguas minerales, despues de haber sufrido su dinamizacion especial, segun los procedimientos multiplicados y secretos de la naturaleza en las entrañas de los terrenos que recorren.

Es evidente, pues, que todas esas *pretendidas objeciones* nacen de una falsa apreciacion de la *esencia* de la enfermedad.

Por ejemplo, si considerais la *clorosis* como un empobrecimiento de la sangre, si haceis consistir esta afeccion de las jóvenes en que la sangre está escasa de hierro y en que la serosidad sobrepuja en mucho á la fibrina, os parecerá muy racional dar á vuestras pálidas enfermas las píldoras de Vallet. Poned hierro donde falta, y restablecereis el equilibrio fisiológico.

Desgraciadamente es segun estas deplorables consideraciones, como obran la mayor parte de los médicos de la antigua escuela; es, segun ellas, como nosotros hemos podido saber, que á jóvenes cloróticas se las ha aconsejado tomasen limaduras de hierro de casa de algun cerrajero, en dósis crecientes hasta tomar cinco gramos en cada dia para convertir en verdadero mineral las entrañas de dichas pobres jóvenes.

Pero si en lugar de considerar esta enfermedad como una alteracion puramente química, la considerais como una alteracion puramente vital; ó si á ejemplo de autores respetables, viéseis en esta afeccion una *alteracion específica del gran simpático*, ¿con qué mira daríais el hierro, y cuál sería la causa racional de vuestro efecto curativo? Deseo saber si, fuera de de la dinamizacion fisiológica, hallareis una esplicacion probable de este fenómeno terapéutico.

El hierro conducido por todos los vehículos orgánicos se fluidifica en algun modo, y cuando llega á la presencia del *fluido vital*, la neutralizacion se opera, y el *gran simpático* entra en órden y recobra su equilibrio normal.

Es posible que deis otra esplicacion á esto, pero tambien es posible sea falsa. Esta esplicacion la aplico generalmente á la accion terapéutica de todas las dósis masivas — sería fácil pero muy largo demostrarlo de una manera particular.— Resulta pues, que todos los medicamentos obran segun una de las tres dinamizaciones. Conclusion que viene perfectamente á nuestro asunto.

Cuando dije que el estómago era el recipiente único y necesario de los medicamentos, me engañé.

¡Qué de veces en efecto, he tenido que servirme de otra vía! Recuerdo en este momento un caso de *emotipsis violenta* en el cual al presentarme en la alcoba donde se hallaba el enfermo, éste tenia delante de sí dos cofainas de sangre roja y espumosa, y ya la tercera se ocupaba hasta la mitad. Hecho rápidamente el exámen del enfermo, quise ponerle sobre la lengua cuatro glóbulos del medicamento que conceptué indicado, pero la tos intensa y violenta con que la hemorrágia se presentaba impedia la disolucion y deglucion de aquéllos: sin perder un instante, otros fueron disueltos en agua y dados por insuflacion y por el método endérmico por medio de compresas humedecidas ínterin se traía el mismo medicamento en tintura madre. Para cuando esto tuvo lugar, ya mi enfermo aliviado de la tos y de la *emotipsis* podia tomar el medicamento en disolucion por el estómago, porque la deglucion se verificaba libremente. Si fuese mi ánimo quemar unos granos de incienso en mi braserillo clínico, podría citar el nombre del enfermo á que se refiere el *hecho* precedente; vive y habita por cierto en esta ciudad, y, padre de una apreciable y numerosa familia, recobró su salud á beneficio de los infinitamente pequeños.

Resulta, pues, que el método por la absorcion endérmica puede tener aplicacion áun para las dósis infinitesimales. Esto nos esplica el cómo personas que usaban brazaletes de cobre, á título de preservativo durante las epidemias coléricas, se viesen libres de esta epidemia.

¿Nos será lícito preguntar aquí á los médicos alópatas que han dado este consejo á sus clientes, si sabrian que en *nuestra Escuela* el cobre es uno de los mejores remedios preventivos y curativos del cólera?....

En fin, se administra y puede administrar á los enfermos, todas las sustancias medicinales por todas las vías esteríores

posibles. — Los Indios orientales y occidentales casi no siguen otro procedimiento, y todos estos *hechos* demuestran mas ó menos la accion de la dinamizacion fisiológica.

Pero ya oigo una nueva observacion: acaba de decirse:

Si todos los medicamentos pueden dimanizarse y obrar en estado de fluido, ¿por qué nos los dais siempre en la misma forma? O, bien, si conoceis que pasando por el mecanismo fisiológico, el movimiento de nuestras diversas circulaciones puede dimanizarlos, ¿por qué no administrais todos los medicamentos en dósis materiales, puesto que la naturaleza se encarga de fluidificarlos?

Reconozco lo oportuno de esta observacion; pero como la respuesta nos alejaría de nuestra tésis, la difiero para el siguiente discurso, en el cual debe naturalmente ocupar su lugar.

Ya es tiempo de pasar á ocuparnos de los *hechos* positivos de las dósis infinitesimales: los anteriormente señalados, en el mayor número negativos, para el principio de los *contrarios se curan* por los *contrarios*, han confirmado nuestra ley terapéutica *similia similibus curantur.*

Ahora debemos decir que los *hechos positivos* de las dósis fluidas se fundan en la esperimentacion pura en el hombre sano, y en los resultados clínicos.

Para la mas fácil comprension los distinguiremos en *hechos* generales y en *hechos* particulares.

Examinemos, pues, los que atañen á la esperimentacion pura. ¿Qué nos dice este principio dogmático de nuestra doctrina?

La esperimentacion pura nos enseña de la manera mas positiva y mas cierta, que los medicamentos en dósis infinitesimales, tienen una accion real y múltiple en el hombre sano.

Sí; los medicamentos así preparados se esperimentaron en personas sanas, y, coleccionando todos los resultados de estas pruebas, se ha determinado con escrupulosa exactitud su fisonomía particular. Fué de esta manera como nuestro inmortal Maestro formó su *materia médica pura*, obra de inestimable aprecio, y fué con estos materiales con los que el Dr. Teste creyó poder clasificarlos en los grupos de su *Sistematizacion.*

Hahnemann no trabajó solo en esta grande obra: sus primeros discípulos le sirvieron de obreros, y cada uno puso su piedra en este monumento que no perecerá jamás.

Pero si este inmenso resultado se ha obtenido, esperimentando las dósis infinitesimales en el hombre sano, faltaba *necesaria*

y absolutamente admitir que este resultado es verdadero, y concluir de esto forzosamente en su accion morbígena.

Si esto no es verdadero, oid rigorosamente á lo que se ha llegado: Desde luego, de una parte, los esperimentadores,

Hahnemann y sus primeros discípulos debieron estar creyendo ver *hechos* que no existian; y tomaron las quimeras por realidades. ¡Su espíritu fué juguete de una loca alucinacion, y, todo el tiempo que duraron sus esperiencias, su imaginacion estuvo delirante.! Hubiera sido verdaderamente el fenómeno fisiológico más estraño; pero lo que sería todavía más sorprendente, es que todos, sin decírselo, vieran las mismas apariciones fantásticas, que todos sus sueños presentaran el mismo matiz, el mismo carácter; que sus ojos estuvieran engañados por el mismo Kaleidescopio embustero! que les fabricaba dibujos regulares é infinitos de todas estas fantasmas!

Pero yo os lo pregunto; ¿es posible este hecho? Si así hubiera sido, merecieron todos ser encerrados en una casa de Orates.

Mas si en este trabajo no hubo seduccion, perfidia de su espíritu, habria habido entónces de su parte la superchería más insigne y mala fé más culpable.

Para engañar á todos los adeptos futuros de la Homeopatía, ¿ellos hubieran redactado unidos y con consentimiento unánime *este libro* que debe ser el código de la doctrina Hahnemanniana? ¿Ellos hubieran dedicado, unidos, á la veneracion de la posteridad, este maniquí de la terapéutica? Unidos y con los mismos instrumentos de trabajo, ellos, ¡habrian profundizado este abismo sin fondo en el cual vendrian á sumergirse las mejores inteligencias!

Pero lo repito, este hecho ¿es posible? ¡yo os lo pregunto! ¡Si lo fuere, no solo merecieron el desprecio universal, sinó un justo castigo!

Mas, de parte de las personas estrañas á la ciencia que se prestaron á los *esperimentos*, la imposibilidad es más absoluta.

Efectivamente, para la esperimentacion pura, se buscaron hombres *sanos*, es decir que se hicieron los esperimentos en hombres tan sanos de cuerpo como de espíritu; sobre hombres cuyo mecanismo fisiológico gozaba de toda la pureza de accion; y cuya alma gozaba tambien de toda la plenitud de sus facultades. Pues ahora bien, yo sostengo que el testimonio de estos hombres equivale á una *certidumbre moral.*

En efecto, bajo la influencia de tal ó cual sustancia medicinal, que les era desconocida y que ellos eran tambien incapaces de apreciar; dichos hombres hicieron tales ó cuales declaraciones verbales ó por escrito; cada dia, en cada hora, en cada instante ellos han anotado sus sensaciones, sus nuevos modos de ser. Han indicado el matiz, la intensidad, la naturaleza de sus placeres ó de sus dolores. Diariamente en la observacion más sostenida han seguido la marcha de la esperiencia en todas las funciones posibles de sus sentidos. Nada escapa á su exámen atento; nada es capaz de distraer su imaginacion del acecho. Con menos ardor persigue el cazador su presa en la espesura de los bosques; con menos vigilancia un sabueso fiel olfatea los menores rastros y se apercibe del menor ruido.

Mucho más numerosas son las espigas que deja el labrador en un campo, hecha ya la siega y trasladada la mies á sitio oportuno para la trilla, y en mayor número los racimos se quedan en la viña despues de concluida la vendimia, que los síntomas de los medicamentos que aquellos sometieron á la *esperimentacion pura.*

Ahora bien, ¿no es cierto que para creer é intentar sostener que todos estos hombres sanos de cuerpo y de espíritu se engañaron, es preciso estar dotado de una obstinacion más dura que una *roca académica*?

Asi es, en efecto, porque no es casi posible suponer que estos hombres hayan *querido* engañarse. ¿Qué beneficios habrian recojido? ¿por qué causa probable hubieran redactado en consejo los artículos de su bufonada? Todas estas aberraciones no son más admisibles de parte de las personas que se sometieron á la *esperimentacion pura*, que de aquellos varones eminentes que, con una abnegacion muy poco comun, dia y noche se dedicaron durante años á la confirmacion de esta verdad terapéutica.

Pero supongamos que hubiesen querido engañarse, ¿cómo lo habrian *podido* alcanzar?

Por lo comun, no estaban reunidos. Los hombres no estaban con las mujeres, ni éstas ni aquellos conocian las sustancias que se esperimentaban; habia dias en que estaban obligados á permanecer despiertos á toda hora, puesto que cada síntoma tiene sus horas predilectas para manifestarse; y, por otra parte, todavía para examinar alguno de estos síntomas eran radicalmente

incapaces. Me esplicaré con un ejemplo: Dad *stramonium en dósis fluidas* á veinte personas; si entran en delirio ¿cómo podrán engañaros sobre lo que digan y sobre lo que hagan? Imposible.

Ved, pues, aquí un **hecho** general que reune todas las condiciones de certidumbre. De este modo es cómo nuestra materia médica se formó para ser escrita. Es imposible que este *hecho inmenso* que estiende sus ramificaciones por el *universo entero*, no sea un *hecho* positivamente verdadero. Dudaría de todo, antes que dudar de él.

Desearía mejor creer que Sófocles, y Eurípides, Racíne y Corneille escribieron sus inmortales tragedias bajo el dictado de las tablas parlantes. Querria mejor pensar que Mozart y Beethoven compusieron sus célebres sinfonías recogiendo los frutos de la armonía en árboles de notas. Querría mejor creer que las estatuas animadas de Praxiteles, Fidias y Miguel Angel nacieron del frotamiento de la lámpara maravillosa de Aladin.

Digámoslo pues aquí, como si quisieramos plantar visuales en nuestro camino; que la accion de los infinitamente pequeños es un *hecho* positivo, general.

Mas, nuestra conviccion se verá en mayor grado confirmada, si examinamos los hechos particulares.

Se trata siempre de la *esperimentacion pura*. Pues segun Hahnemann y sus discípulos, todo médico, todo adepto de la Homeopatía, ha podido y puede confirmar los *hechos* mencionados por estos esperimentadores. Todos los trabajos, todas las actas, todas las aserciones de los mismos, han podido y pueden pasar por la prueba de esperiencias secundarias. Este lingote de oro, que ha salido del crisol de los esperimentos, se ha sometido y puede someterse á la prueba de toque de nuevos esperimentos, cuantas veces deseéis. Ocho mil ó mas médicos en el nuevo y antiguo continente esperamos tranquilos el resultado. Este grande *hecho*, pues, es del dominio del público; pertenece á todo el mundo, por consiguente sois libres para comprobarlo y examinarlo, segun todos los caprichos y exigencias de vuestra justa curiosidad. La naturaleza no ha roto sus moldes. Hahnemann no se llevó su secreto á la tumba; su crisol existe siempre; trabajad, pero trabajad con el firme propósito de encontrar la verdad de la accion de las dósis infinitesimales, que yo os respondo con la conviccion mas cierta

que obtendréis el mismo lingote. Estos charlatanes hábiles, estos bufones descarados (como vosotros, con una caridad poco envidiable, llamais) no tratan de haceros trampa; os invitan á una partida franca y legal, y á juego descubierto.

Me habia propuesto, y entraba en mi plan general, citáros algunos *hechos* particulares. Tengo, gracias á Dios, una coleccion bastante rica; unos me pertenecen, y otros son de profesores dignos de todo crédito. Pero, como estos detalles serían muy largos; como, por otra parte, opondriais la duda á mis aserciones, prefiero renunciar á ello y contentarme con deciros: —negad, estais en libertad, pero comprobad el *hecho*; el *hecho* duerme todavia bajo la ceniza siempre caliente; id á removerla, y encontrareis el *tizon candente* que quemará los dedos de vuestra *incredulidad*.

Invoquemos ahora los hechos en relacion á la Terapéutica ó á los resultados clínicos.

Aquí es muy importante demarcar nuestro objeto y enterarnos bien sobre tan vital asunto.

Mi intencion no es hacer en este momento el paralelo de nuestra doctrina con la doctrina oficial; no quiero probar la superioridad de la Homeopatía sobre su rival, ni que los médicos homeópatas curemos más y mas pronto, con mas seguridad y mas agradablemente que los alópatas.

Sobre lo que me propongo llamar vuestra atencion es, que nuestros hermanos los alópatas van gritando por todas partes que la Homeopatía ha muerto. Sí; segun ellos, nuestra doctrina es un cadáver que ha ya largo tiempo está en su mortaja destinada á recibir la palada de tierra.

Que asi sea. No quiero comparar por ahora la Homeopatía con un gigante respirando juventud, capaz de sofocar á todos los pigmeos sistemáticos. Cas les concedo que ha muerto, y, con ellos me apresto á cantar su *De profundis*. Pero si les pruebo que *esta cosa* que llaman cadáver mueve áun parte de su cuerpo, la mas pequeña parte; un dedo, un ojo...., *esta cosa* no podrá ser llamada ya un cadáver; si llegamos á descubrir una chispa de vida en su cuerpo, un suspiro, una palpitacion, será necesario diferir hasta nueva órden el colocar la lápida sepulcral.

Asi parece justo, carísimos comprofesores alópatas; ved, pues, aquí á lo que quiero llegar.

Con el fin de conseguirlo voy á permitirme esponeros una idea sobre lo que he meditado frecuentemente.

Me represento á la Homeopatía en el mundo desde su nacimiento hasta hoy; y como su cuna fué la **Alemania**, allí que en fin del siglo pasado la vimos personificada en un médico sábio é ilustre; hoy llega á quinientos sesenta y seis el número de los que la practican y propagan.

Los hay de gran representacion científica y social, tales como *Kramer*, médico del gran Duque de Baden. *Landsmann*, médico de las aguas minerales de Baden. *Hoffman*, *Bicking*, *Wehsemeyer*, *Würzler*; el primero, consejero médico en *Balleustadt*: los dos siguientes, en *Berlin*; y el cuarto en *Bernbourg*. Tambien se hallan los célebres *Stêns*, médico particular del Príncipe Alberto de Prusia; Lackner, miembro de la Academia de Medicina de Viena; *Walmann*, médico en jefe en Brünn, (Moravia); *Fielitz*, profesor del colegio de cirujía y anatomía, médico de la córte en Brunsvick; *Siegel*, médico del hospital civil de Brix (Bohemia); *Porges*, médico de las aguas minerales de Carlsbad; *Altmuller*, cirujano del gran Duque de Hese (Cassel); *Eulemburg*, consejero médico en Coblenza; *Lehmann*, consejero de la córte, y médico de S. A. R. el Duque Anhalt, Coëihen (Deseau); *Zweybrück*, médico en jefe en Cracovia. *Animan*, cirujano mayor en jefe del Estado mayor. *Hügel*, consejero íntimo en Darmstardt. *Mayer*, médico en jefe en la misma localidad. *Kurtz*, consejero médico íntimo, médico particular del duque de Dessau. *Prietzsck*, cirujano de la córte en Dessau. *Schwarze*, (el mayor de los hermanos) consejero de la córte y médico del Príncipe de Sajonia en Dresde. *Tinks*, consejero médico en Dresde. *Wippler* Wolf (Pablo) consejero de la córte en Dresde. *Leupoldt*, profesor de la universidad en Erlangen (Baviera). *Aegidi*, consejero médico y consejero de la córte, médico de S. A. R. la Princesa Wilhelmina de Prusia. *Waguer* (J.), cirujano mayor en jefe en Fünfkirchen (Hungría). *Waltera*, médico de las aguas de Gleiichemberg. *Pröll*, médico de las aguas minerales de Gastein; y *Blan*, consejero médico en Gotha. *Bärtl*, médico en jefe del Estado mayor. *Mally*, profesor de la Universidad de Gratz. *Taubes*, médico en jefe del Estado mayor y médico particular del Archiduque

Juan. *Baerhr Elwert*, consejero médico en Hanovre. *Martin Starke*, profesor de la universidad de Jena. *Woltipka*, médico de Estado mayor. *Stapfe*, médico de las aguas minerales de Roesen (Prusia), consejero médico y médico del Duque de Sajonia Meiningen. *Katzkowsky*, médico de la casa de huérfanos de Lenberg. *Schmieder*, consejero de la córte de Prusia. *Bolle*, médico de las aguas minerales de Lippspringe. *Buchner* (J.) profesor de la universidad de Munich, Doctor en medicina, en derecho y en teología. *Reichel*, consejero médico en Naila, médico de las aguas de Steben. *Mazegger*, médico de las aguas minerales de Obermaiz. *Lorenz* (Padre) consejero de la córte de **Hesse. Darmstad. Beck**, profesor de la universidad de Przemysl. *Gohvike*, médico del hospital Departamental de Rannis (Prusia). *Schuman*, consejero de sanidad en Reichemback. *Zlatavowich*, profesor de la universidad de Trieste. *Arnitch*, profesor del hospital general de Viena. *Hampe*, médico particular del Príncipe reinante de Lichtenstein. *Lederer* (Padre), médico de la familia metternich, en Viena. *Marcuzeller*, médico general de los ejércitos austriacos, médico de S. A. D. el Archiduque Juan de Austria. *Schmid*, (A. De) consejero de la córte de Viena. *Veitch*, profesor de la Universidad de Viena. *Zeiner*, médico de la enfermería establecida en la casa de correccion de Neudorf, cerca de Viena; y *Goullon*, consejero médico en Weimar, médico de S. A. R. el gran Duque de Weimar; y *Kiosck*, médico de las aguas minerales de Wiesbaden. Hay además otros que desempeñan cargos honoríficos como el de médicos judiciarios, y en el ejército figuran tambien gran número.

Allí donde el fundador de la Homeopatía sufrió una persecucion tan tenaz por la clase Farmacéutica hoy se cuentan las Farmacias Homeopáticas siguientes: Aix, la Chapele, Hirsch; Aschbach, Hurzwer, Berlin; Günther, Clingen, Giudo, Doerre; Desaau, Peters: Dresde; Grüner: Franfortt, Soule, Mein, Fost; Hambourg, Matheides: Yunsbruck; Schæpfer: Langeusalza; Günther: Leipzig; Farmacia central: Nendictendorf; Lappe: Pesth; Lhermann: Schæningen; Farmay.

Hospitales Homeopáticos en Alemánia.

Se tiene noticia de los siguientes: Hospital de Gumpeudorf (cerca de Viena). Fué fundado en 1832, y tiene ochenta camas.

Médico en jefe, Dr. Fleischmann. Segundo, el jóven doctor Rothhansel. *Hospital de Leopotdstadt* (en Viena). Fué fundado en 1850, y tiene cuarenta camas. Médico en jefe, Dr. Wurmb, profesor de la universidad de Viena. Segundo, Dr. Eilherr. *Hospital de Sechshaus* (cerca de Viena). Este hospital tiene ciento sesenta camas; médico en jefe, Dr. Muller (J. O.) Segundo, Dr. Jachimovits. *Hospital de Linz* (Austria). Fué fundado en 1842, y tiene cuarenta camas; médico, Dr. Reiss. *Hospital de Linz* (Austria); para los niños especialmente. Fué fundado en 1850 y tiene doce camas. Médico, Dr. Reiss. *Hospital de Steyer* (cerca de Linz). Fué fundado en 1850, y tiene treinta camas. Médico, lo era el Dr. Haber, que ha muerto, y no sabemos quién le ha reemplazado. *Hospital de Güns* Hungría). Médico en jefe, Dr. Gerstel (D.) *Hospital de Gyongyos* (Hungría). Fué Fundado en 1830 y tiene veinticuatro camas. Médico, Dr. Horner. Se ha unido á éste establecimiento un hospicio para los viejos y los incurables. *Hospital de Kremsier* (Moravia), tiene treinta camas. Médico, Dr. Shweitzer. *Hospital de Nechanitz* (Bohemia). Médico Dr. Feltb. *Hospital de Lanban* (Silesia prusiana). Este establecimiento cuenta doscientas camas, Médico, Dr. Leder.

Dispensarios homeopáticos. Están unidos á los diversos hospitales que acabamos de mencionar.

Clínicas Homeopáticas. *Clínica de Leipzig.* Médicos en jefe, Dr. Muller, (Cl.) y Dr. Meyer, (v.) Segundo, Dr. Kleïnert. *Clínica de Praga.* Médico en jefe Dr. Altschul, profesor de medicina homeopática de la universidad.

Sociedades homeopáticas. *Darmstadt.* Sociedad homeopática. — *Lusace.* Sociedad para la práctica homeopática. — *Leipzig.* Sociedad homeopática central. — *Idem.* Sociedad independiente de médicos homeópatas. — *Munich.* Sociedad de materia médica fisiológica. Id. Sociedad de médicos homeópatas de la Babiera, para la propagacion de la doctrina.—*Reichenan..* Sociedad de médicos homeópatas de la Alemánia para la esperimentacion pura de medicamentos, bajo la direccion del Dr. Hartlaub. — *Rhin.* Sociedad homeopática de la provincia del bajo Rhin.— Id. Sociedad homeopática Westplialiana del bajo Rhin.—*Sajonia.* Sociedad homeopática de la Sajonia —*Viena.* Sociedad de médicos homeópatas del Austria para la esperimentacion fisiológica de medicamentos.

Periódicos homeopáticos. *Dresde.* Diario de clínica homeopática, dirigido por el Dr. B. Hirschel: dos números por semana. — Diario homeopático hebdomadario. — *Leipzig.* Diario homeopático trimestral, publicado por el Dr. Clotarío Muller. Gaceta general homeopática, dirigida por el Dr. V. Meyer: un número por semana: veintiseis números forman un volúmen. Van publicados sesenta volúmenes. — *Langensalza.* La homeopatía, hojas populares, por el Dr. Günther: publicacion quincenal consagrada especialmente á la veterinaria. — *Paderborn.* Gaceta homeopática popular, dirigida por el Dr. Bolle, publicacion mensual. — *Praga.* Diario mensual, dirigido por el doctor Altschul y consagrado á la homeopatía, á la balneoterapía, é hidropatía.

Rúsia.

En este imperio la Homeopatía goza de gran favor, pero las noticias estadísticas que de él tenemos son muy incompletas; sin embargo, llega á sesenta y ocho el número de médicos homeópatas rusos conocidos en el resto de Europa, y entre los cuales figuran Gastfreund, médico de la marina imperial; Juvenel, condecorado con todas las cruces de Rusia; el Excelentísimo Sr. Dr. Schering, consejero de estado y jefe de los hospitales de la guardia imperial en San Petersburgo; Wedrinsky, consejero de Estado, médico militar; y otros varios que ocupan lugares distinguidos en los diversos cuerpos del Estado. *Farmacias homeopáticas.* Moscow Forbriecher (H), Bremer (V.), Nijnéi Novogopod Hantemann, Riga Niederlau (F.)

San Petersburgo Heimming (F.) Las farmacias de Moscow y San Petersburgo han sido fundadas por decretos del Emperador, y están consagradas esclusivamente á las preparaciones homeopáticas.

Hospitales homeopáticos. *Hospital de Moscow.* Este hospital ha sido fundado por el príncipe Michailowitsch Golyzoin. Médico Dr. Goldemberg.

Periódicos homeopáticos. *Moscow.* El Espigador homeopático.

Paises bajos.

Son muy incompletas las noticias que tenemos de estos paises; no conocemos mas que catorce médicos homeópatas de los

muchos que la ejercen en ellos: entre los conocidos figuran Everard, médico de SS. MM. y de S. M. la Reina Madre; Vauder Gryp, médico militar; Vinkhuizen, médico de la córte (Haya).

Farmacias homeopáticas. Beerta ***, Haya, Montow. Haya Hepp, Onde-Pekel, A. Bakker.

Sociedades homeopaticas. *Sociedad norlandesa de Medicina Homeopática.*

Periódicos homeopáticos. *Poterdam.* De Homoyopatische Genees w zy, publicacion dirigida por los Doctores Gruber, Kallenbach y Van Royen.

Bélgica.

La Bélgica cuenta en su seno treinta y dos médicos homeópatas puros, cuyos nombres se han hecho bien conocidos en los demás estados de Europa; entre ellos figuran Carlier, Dugniolle, Varlez, miembros de la Academia Real de medicina.

Farmacias Homeopáticas. *Bruges.* Veys-Parot, Schlöger. *Bruselas.* Dam, Delchevaleric, Lante (De), Sewtin, Van Berckelaer.

Dispensarios homeopáticos. *Dispensario Hahnemann*, calle Pacheco, núm. 9, en Bruselas; médico director del Establecimiento, Dr. Mouremans; médico secretario, Dr. Molinari; médicos, Dr. Hannon, Dr. Saint-Molin. Este dispensario se fundó en 1856, y recibe diariamente de ochenta á cien enfermos. *Dispensario de Bruges.* Médico, Mouremans. Farmacéuticos: Weys Parat, S. Anlöger. Se fundó por el Dr. Mouremans, director del dispensario Hahnemann, el año 1858.

Sociedades homeopáticas. *Sociedad Belga de medicina homeopática. Sociedad de medicina y de farmacodinamia homeopáticas.*

Periódicos homeopáticos. *Bruselas.* Revista internacional de la doctrina homeopática; publicacion mensual bajo la direccion del Dr. Jorez. Id. El Homeópata Belga; publicacion mensual dirigida por una sociedad de médicos.

Francia.

Este imperio cuenta en su capital, *París*, ciento trece médicos homeópatas puros, y otros muchos que emplean el método

hahnemanniano en varios casos de su práctica. En los departamentos se cuentan trescientos veintidos médicos homeópatas puros, y muchos mas que no la ejercen con tanta pureza; y otros en fin, que circunstancias particulares les obligan á guardar el incógnito.

Entre los Homeópatas puros de la Capital figuran: Andry, ex-jefe de clínica del hospital de la caridad; Champeaus, ex-interno de los hospitales de París, médico de beneficencia del sexto disirito; Davase, ex-interno de los hospitales de París, médico de beneficencia del tercer distrito, caballero de la legion de honor; Davet de Bennery, médico de la embajada de Cerdeña, Dezauche, médico del Ministerio de Justicia y Cultos; Escallier y Frédault, ex-internos de los hospitales de París y laureados de los mismos y de la escuela práctica; Gabalda, Milcen, ex-internos de los hospitales de París y laureados de los mismos; Jousset, ex-interno de los hospitales de París, laureado de la escuela práctica; Ozanam, Viollet, ex-internos de los hospitales de París; Mailliot, ex-vicepresidente de la sociedad Anatómica de París; Patin, médico de beneficencia del quinto distrito, inspector de las aguas minerales; Pitet, ex-interno de los hospitales de París, dos veces condecorado por los buenos servicios prestados en epidemias de cólera; Tessier, médico del hospital de niños [1]; Davet, médico de S. M. el emperador Napoleon III.

En los *Departamentos* figuran, entre los trescientos veintidos, Dupuy, que despues de treinta años de práctica alopática, ha comenzado la Homeopatía. Cronigneau, profesor de la escuela de medicina de Dijon; Renaud, médico de beneficencia y de las cárceles de Perigneux, caballero de la legion de honor, empezó la práctica de la Homeopatía á los setenta y seis años; Marchant, miembro de la Academia de Burdeos y ex-médico del hospital de san Andrés; Parlier, profesor de la facultad de Montpelier, caballero de la legion de honor; Chauvet, ex-médico del hospital de Bourgueil; Perrusel, ex-cirujano interno de los hospitales de Lyon, condecorado por sus buenos servicios en epidemias de cólera; el Conde Des Guide [2], Doctor en letras, ciencias y medicina, antiguo inspector de la universidad de Lyon, caballero de la legion de honor, comendador de la

1 Este gran médico falleció en el año anterior, hoy ignoramos quién lo reeemplazó en el hospital.

2 Este varon insigne ha fallecido cuando éste libro se hallaba en prensa.

órden de san José, etc., introductor de la homeopatía en Francia en 1830; Lember, profesor de química de la Martiniere, en Lyon; Lecoupeur, médico en jefe de las oficinas de derechos municipales de Rouen, miembro del consejo central de Higiene pública y de Sanidad del Sena inferior; Deprez, ex-médico del hospital de Tonnerre; Dr. Espanet, fraile de la Trapa, residente en Montelimar, ha sido jefe del hospital de Staoueli (en Argel), autor, entre otras obras, de un *tratado de materia médica y terapéutica, basadas en la ley de los semejantes*, obra notable, destinada, segun nuestro juicio á propagar la Homeopatía entre los médicos alópatas que se dediquen á su estudio con el deseo de conocer la verdad en terapéutica y materia médica.

Farmacias homeopáticas. *Paris. Farmacias especiales y esclusivamente homeopáticas.* 15, rue de Helder, (chaussee d' Antin), Castellan, hermanos. 41, rue de Lille, (Faubourg Saint Germain) idem. Idem boulebart Saint Martin, idem. 112, rue Richelieu, cerca del boulevart de idem. 8 rue Neuve-des-capucines, Weber. *Farmacias mistas*, hay varias en París.

Departamentos. *Avignon.* Brun (mista). id. Carre *Bayonne* Darrag. *Bordeaux*, Alexandre. *Lyon*, Boselly. Pelletier (mista). *Marsella*, Trichon. Hay en Francia un gran número de Farmacias, en las cuales se encuentran preparados homeopáticos, pero en cuyos establecimientos la Homeopatía juega un papel muy secundario para que merezcan mencionarse.

Hospitales homeopáticos. El Doctor Tessier fué convirtiendo sucesivamente en hospitales homeopáticos aquellos que la direccion confió á su cuidado; el primero, lo fué el de *Santa Margarita*, luego el de *Beaujon*, hospital de cien camas, y últimamente el *hospital de niños en París*, rue de Sévres, médico en jefe Dr. Tessier.

Departamentos. Ha sido introducido recientemente el método homeopático en los hospitales siguientes: *Hospital de Bourgueil* (Indre-et-Loire), médico, Dr. Gerard. *Hospital de Carentan* (Manche); médico, Dr. Scelle-Mondezertd, médico de beneficencia. *Hospital de Sens* (Yonne), médico Dr. Lambert. *Hospital de les Audelys* (Eure), médico, Dr. Motte. *Hospital de Bar-sur-Aube* (Auve), médico Dr. Mongeot. *Hospital de Clermont-Serrand-Puy-de-Dome*, médico Dr. Imbert-Gourbegre, profesor de la escuela de medicina de Clermont, laureado de la Academia de

Medicina de París. *Hospital de l' Hotet Dieu de Rouen*, (*Seine infericure*), cirujano, Helot, profesor de la escuela de medicina. *Hospital de l' Hotel Dieu de Blois* (*Loir-et-Cher*) cirujano, Egasse. *Hospicio civil de Harcourt (Eure)*, médico, Dr. Duponte de Mézilliac. *Hospicio de Valence* (*Drome*), médico, Dupré-Delvire.

Dispensarios homepáticos. París, *Dispensario de la rue Lamartine*, *núm.* 54. Fué fundado por los hermanos Catellan en 1838, y recibe gratuitamente sobre unos 10.000 enfermos por año. *Médicos*: Brasier, Godier, Carrier, Hermel, Chanet, Huvet, Davet de Benerry, Babel, Dezermaux, Teste, Gabalda. La consulta tiene lugar por la mañana, tarde y noche. *Dispensario de la rue du Faubourg du Temple*, *núm.* 16. Fué fundado por los hermanos Catellan en 1850, y recibe gratuitamente sobre 20.000 enfermos por año. *Médicos*: Champeanx, Cramoisy, Dervillet, Dumontier, Joninn, Mailhiot, Milcent, Patin. Las consultas tienen lugar por la mañana y tarde. En este dispensario recibe consultas todas las noches, de ocho á diez, el doctor Cramoisy. *Dispensario de la rue de Verneuil*, *núm.* 41. Fué fundado por los hermanos Catellan en 1854, y recibe gratuitamente sobre 6000 enfermos por año. *Médicos*: Dumontier, Frédault, Hermel, Jousset, Love, Viollet. Las consultas tienen lugar por la mañana, tarde y noche. *Dispensario de la parroquia de san Lorenzo.* Este dispensario fué fundado en Febrero de 1858 *por el señor cura de san Lorenzo.* Médicos: Chargé, Escallier, Patin, Serrand. Las consultas tienen lugar los miércoles, de una á cinco de la tarde. En la misma época y en el mismo establecimiento se fundó un dispensario alopático; los enfermos eran libres en la eleccion: pues bien, durante los nueve primeros meses se habian presentado quinientos cinco enfermos en el dispensario homeopático y veintiocho en el alopático; éste resultado pareció tan concluyente al fundador, que suprimió el Dispensario Alopático y conserva el Homeopático.

Departamentos. *Dispensarios de Burdeos.* La mayor parte de los médicos de ésta ciudad reciben enfermos á consulta en éste dispensario. *Dispensario de Lyon.* Gran parte de los médicos homeópatas de ésta ciudad reciben en consulta á los enfermos que se presentan en éste dispensario.

Sociedades homeopáticas. *Sociedad Médica Homeopática de Francia.* Esta sociedad está establecida en París, y se reune cada dos meses. Presidente, Davet. — Vice-Presidentes, Leon

Simon (Padre), y Teste. — Secretario general, Molin. — Segundo Secretario, Escallier. — Tesorero, Love. — Archivero, Hureau. *Comision central Homeopática de París.* Fundada por el congreso homeopático celebrado en París el año de 1855, tiene por objeto la propagacion de la doctrina de Hahnemann, y representar á los médicos homeópatas ante la opinion pública y la administracion.

Periódicos homeopáticos. París. *Boletin de la Sociedad Médica Homeopática de Francia*; publicacion mensual á cargo de la Sociedad. — *París. El arte médico*; publicacion consagrada á la medicina en general, pero mas esencialmente á la Homeopatía; su fundador el Dr. Tessier. *Boletin del arte de curar por remedios específicos racionalmente indicados*; publicacion quincenal, por el Dr. C. H. C. Jhar.

Suiza.

Son escasas las noticias que tenemos de la República Helvética; sabemos de treinta y siete médicos homeópatas puros, cuyos nombres han llegado á ser conocidos en los demás paises; entre ellos figura el Dr. Dufresne (Eduardo), ex-interno de los hospitales de París, médico del *Hospital de Plainpalais.*

Italia.

En este bello país la Homeopatía ha hecho rápidos progresos y brillantes conquistas; se cuentan ciento sesenta y ocho médicos homeópatas conocidos en el resto de Europa; entre ellos figuran el Dr. Taglianini, profesor de materia médica en la universidad de Bolonia; el Dr. Nonnis, decano de la facultad de Cagliari; el Dr. Soleri, profesor de Patologia en la Universidad de Génova; el Dr. Vilschenthal, médico militar; el doctor Wank, médico del Estado mayor y del general Giulay; el Dr. Granetti, médico de S. M. el Rey Victor Manuel II, y médico de las aguas de Aqui; el Dr. Sonnemberg, médico en jefe del Hospital militar de Pádua; el Dr. Strasnicki, médico del Estado mayor; el Dr. Fioretta (Padre), médico de la Duquesa de Parma; el Dr. Ladelci, profesor de botánica en Roma, médico de la guardia del Palacio de Su Santidad; el Dr. Luizzi,

médico de Su Santidad Pio IX; el Dr. Hirs, médico del Estado mayor; el Dr. Taubes, médico particular del Archiduque Juan.

Farmacias homeopáticas. Bolonia ***(mista). Florencia, Farmacia francesa, Farmacia Italiana. Milan, Corbeta (mista), Garofoletti (idem). Zappa, Franzini (idem). Nápoles, Farmacia italiana, Farmacia alemana (mista) Roma. Siniberghi (id.) Turin. Cerutti, (idem). Dragone (idem). Tacconis (id.) Vernetti.

Hospitales homeopáticos. *Hospital del Espíritu Santo.* Fundado en Niza bajo la proteccion del Rey Victor Manuel, de la familia imperial de Rusia y de S. A. R. el Príncipe de Luca, Duque de Parma. Médico en jefe, el caballero Granelti, médico del rey Victor Manuel. El principal objeto de éste establecimiento es el de socorrer los enfermos pobres, sean ó no del país, sin distincion de culto y nacionalidad, empleando para su tratamiento el método homeopático.

Dispensarios homeopáticos. *Dispensario de Génova.* Médico director el Dr. Gatti. *Dispensario en Niza.* Calle del Canal, núm. 12, médico en jefe, el Dr. Granetti; Segundo, Pons. Médico consultor, Blest. El entretenimiento de éste Dispensario está á cargo del señor Arnulphy, director general de la casa de salud homeopática. *Dispensario de Turin.* Médico director, el Dr. Fioretta (hijo).

Sociedades homeopáticas. Instituto homeopático de Génova. *Academia homeopática de Palermo.* Cuenta diez y siete años de existencia, y fué fundada por el Dr. Mure, célebre propagador de la Homeopatía en el Brasil, Sicilia, Asia y otros muchos puntos. *Academia homeopática de Turin.* Existe desde hace quince años; tiene sesiones cada dos meses.

Periódicos homeopáticos. Nápoles. *L' Anemanno, diario de medicina homeopática*, redactado bajo la direccion del doctor Pelillo; se publica mensualmente desde Noviembre de 1856. *Spoleto, Revista homeopática* redactada bajo la direccion del doctor Pompill; sale dos veces al mes. *Turin Giornale omiopático di Torino*, publicacion dirigida por los doctores Aymini, Dadeas y Fioretta (hijo).

Portugal.

Son incompletas las noticias que sobre la Homeopatía tenemos de éste reino; sin embargo, asciende á cuarenta y siete

el número de médicos homeópatas, cuyos nombres nos son conocidos; entre éstos figuran Florencio Peres Furtado Galvao, profesor de materia médica en la universidad de Coimbra, Felipe José Rodrigues, ex-profesor de química, ex-cirujano del hospital de san José; y Luis José Correa, cirujano del dicho hospital.

Farmacias homeopáticas. *Oporto.* Amorin (mista).

Dispensarios homeopáticos. *Dispensario de Lisboa.* Presidente honorario, Excmo Sr. Duque de Saldanha. —Presidente, Bernardino Egidio da Silveira é Castro, médico homeópata. — Secretario, Ignacio Manuel de Leimos, médico homeópata.— Tesorero, Antonio Ferreira Montinho, médico homeópata.

Dispensario de Oporto. Fué fundado el 5 de Abril de 1852. *Médicos*: Luis Estebes da Costa, Arnaldo Anselmo Ferreira Braga, Jao Antonio Gomez de Souza. La conversion á la Homeopatía de casi todos los que actualmente la ejercen en Portugal, es debida á los escritos y esfuerzos perseverantes de los médicos de éste dispensario, y del cual ha sido presidente durante muchos años Antonio Ferreira Montisoho, que hoy reside en Oporto.

Periódicos homeópaticos. *Lisboa. Gaceta homœopathica Lisbonense*; publicacion semanal redactada por los médicos del dispensario de ésta Capital. *Oporto*; *Gaceta homœopathica*, redactada por los médicos del dispensario de ésta ciudad.

Inglaterra.

En las islas que forman hoy el reino de Inglaterra, la Homeopatía se halla perfectamente organizada, razon por la que los alópatas ingleses la tienen declarada una guerra implacable y tenaz, que sin embargo hasta ahora ha sido impotente, no solo para destruirla, sinó tambien para detener sus progresos; los alópatas españoles, suponiendo, ó ignorando efectivamente el verdadero estado de la Homeopatía en dichas islas, dan gran importancia á cualquier noticia agresiva á los médicos homeópatas ingleses que se publique en los periódicos, siendo asi que no manifiestan otra cosa que manejos, no siempre honrosos para sus autores, los alópatas ingleses, que en definitiva contribuyen á elevar el crédito de la Homeopatía; para que cada cual se

convenza del brillante estado de la Homeopatía en Inglaterra, le bastara hacerse cargo de los siguientes datos estadísticos. Se cuentan hasta doscientos seis médicos homeópatas ingleses, cuyos nombres figuran en todas las asociaciones y publicaciones que en pro de la doctrina hahnemaniana hay en este país; llega por lo tanto á mucho más la cifra de los que practican la Homeopatía sin ser tan conocidos.

Farmacias homeopáticas. *Bristol*, Charles Guest. *Near the Bristol terminus*, John Boon's. *Chester*, Edward Thomas. *Dublin*, Bewley. *Edimburgo*, Billing (W. H.) *Hud dersfield*, Exton (H.) *Hul* John L. Seaton. *Liverpool*, Thompson et Capper. *Londres*, James Epps, Headland, Leath (Jacques), Powel (A. J.), Walker. *Manchester*, Henry Turner. *Northampton*, John Parton Berry.

Hospitales homeopáticos. *Hospital homeopático de Lóndres*, 52 Gtormond street, queen square we. Fundado por la Asociacion homeopática británica el 10 de de Octubre de 1849. *Patrona*, S. A. R. la Duquesa de Cambridge. — Vice-patron, el Duque de Beaufort. — Presidente, el Conde de Wilton. — Vice-presidentes: Monseñor el Arzobispo de Dublin, el Conde de Albernarle, el Conde de Essex, Lord Gray, Lord Rob, Grosvenor, etc., etc. — Médico consultor, Quin (F. F.) — Médicos ordinarios: Hamilton, Russell (R.), Hill, Wylde, Wielobycki. — Cirujanos: Cameron, Edwards, Smith, Yeldham. — Médico de partos, Pantridge. — Médico agregado, Beckie. — Cirujano comadron, Leadam. — Cirujano agregado, Morgan. *Hospital homeopático metropolitano. Para los niños enfermos y su vacunacion. New-road.* Médicos: Luthet, Wilson, Drury, Ayerst. *Hospital homeopático de san James, en Doncaster.* Este hospital se abrió en 1853, médico, Drunn. *Hospital homeopático de Manchester*: Blom street, piccadilly. Este hospital se abrió en 1850; médico, Philips (E.); cirujanos, Philips (C.), Molloy. *Institucion homeopática de Norwick-Saint stephenis road* Esta institucion comprende seis salas. Médicos: Bell (W.), Hantmann (J. A.) *Institucion médica Hahnemaniana. Welbeck street Manchester square.* Médico consultor Laurie; médico ordinario, Henriques; cirujano, Leadam.

1. **Dispensarios homeopáticos.** *Londres. Dispensario de Camberwell*, 14 *Vindmill place.* Fundado en 1853; médico, Wielobycki. *Dispensario de Chelsea. Commercial, Hall,*

King's Road Chelsea. Fundado en 1852. Médico, Wood; cirujano, Smith. *Dispensario de Clapham.* 7, *manor, street, Clapham.* Médico, Anderson. *Dispensario de East-London.* 9, *Artiller y place.* Fundado en 1843. Médico Barry. *Sucursal de Witechapel.* 34, *Gloncester terrace, comercial Road Gast.* Fundado en 1850. Médico Barry. *Dispensario de la Institucion médica de Hahnemann.* Este dispensario está agregado á la institucion médica de Hahnemann, de que ya hemos hablado: los médicos son los mismos allí mencionados. *Dispensario homeopático.* 48, *A., Deu mark street, Soho.* Fundado en 1852. Médico, Jones Griffiths. *Dispensario de Islington.* 20, *claremont place, New Road.* Fundado en 1845. Médico, Chepmell. *Dispensario de Marylebone y Paddington.* 65, *Carlisle street Edgeware Road.* Fundado en 1853. Médico Morgan. *Dispensario de North-London.* 10 *Chadwel street.* Médico, Wiettingoff. *Dispensario de Pentonville.* 25, *Percycircus, Pentonville.* Fundado en 1846. Médico, Millard. *Dispensario de Southward.* 15, *Alfred Place, Newington Causeway.* Fundado en 1850. Médico, Anderson. *Dispensario de West-London. Diffor-street.* Fundado en 1848 Médico, Broackes. *Dispensario de Westminster y de Saint Georges.* 22, *Davies Mews.* Fundado en 1849. Médico, Wilson. Este dispensario está consagrado especialmente al tratamiento de la tísis y de otras enfermedades del pecho.

II. Dispensarios de Provincias. *Dispensario de Ashton, Staleybridge y Dukinfield.* 241, *Stamford-street, en Ashton.* Fundado en 1854. Médico, Patrick. *Dispensario de Bath.* 52, *New King street.* Médico, Hewit; cirujano, Newman. *Dispensario de Bedford.* 11, *Priory terracce.* Médico, Viettinghoff. *Dispensario de Bideford. High street.* Fundado en 1852. Médico, Prince. *Dispensario de Birmingham.* 13, *Old square.* Fundado en 1847. Médicos: Fearon, Galloway, Laurence. *Dispensario de Brishop Ancland. South Road.* Fundado en 1854. Médico, Galloway. *Dispensario de Blac-Kburn. Clayton street.* Fundado en 1854. Médico, Scholefield. *Dispensario de Bolton. S. Ward street, creat moor estra et.* Fundado en 1851. Médico, Scholefield. *Dispensarios de Bristol y de Clifton. Upper Berkley Place, en Bristol.* Fundado en 1852. Médicos: Blac, Guillow, Trotman, Wilkins. *Dispensario de Brigton.* 6, *Prince Albert street.* Fundado en 1854. Médicos: Madden, De Michele. *Dispensario de Cantorbery Saint Georgs, Lane.* Fundado en 1853. Médico, Tuckey. *Dispensario de Cheltenham.* Fundado en 1845. Médico, Ker. *Dispensario de*

Chester. Bridge street. Fundado en 1851. Médico, Norton; cirujano, Joce. *Dispensario de Croydon.* Médico, Hill. *Dispensario de Darlington.* Fundado en 1854. Médico, Galloway. *Dispensario de Derbyshire*, 17 *Wardwck*, *Derby.* Fundado en 1853. Médico, Pope. *Dispensario de Durham. 48, Sadler street.* Fundado en 1854. Médico, Hayle; cirujano, Gray. *Dispensario de Exeter.* Fundado en 1849. Médicos: Guinnes, Kingdon. *Dispensario de Halifax.* Fundado en 1850. Médicos: Rambsbothan, Uright. *Dispensario de Hastings.* Fundado en 1853, Médico Hale. *Dispensario de Hull.* Fundado en 1849. Médico, Atkin. *Dispensario de Hulme.* Fundado en 1852. Médico, Malthews. *Dispensario de Hulme.* Fundado en 1854 para las enfermedades de ojos y oidos. Médico, Patrick. *Dispensario de Kidderminster.* Fundado en 1847. Médico, Massy. *Dispensario de Leamington.* Fundado en 1853. Médico, Russel. Este dispensario es sucursal del hospital homeopático de Lóndres. *Dispensario de Leeds.* Fundado en 1844. Médicos: Irvine, Craig. *Dispensario de Leicester.* Fundado en 1853. Médico, Kelsall. *Dispensario de Liverpool.* Fundado en 1841. Médicos: Drysdale, Stokes, Wright, Wilkin. Cirujanos: Moore, Hitckman, Roche. *Dispensario de Liverpool.* Médico, Roche. *Dispensario de Maidstome.* Fundado en 1853. Médico Watters. *Dispensario de Manchester.* Fundado en 1842. Médico, Philips. Cirujanos: Philips, Molloy. Este dispensario está establecido en el Hospital de Manchester, de que ya hemos hablado. *Dispensario de Manchester y de Salford.* Fundado en 1854. Médicos: Walker, Macdonald, Harrison. Cirujano, Thompson. *Dispensario de Norfolk y Norwich.* Fundado en 1852. Médico, Hartmann. *Dispensario de Northampton.* Fundado en 1851. Médicos: Pearce, Rigg. *Dispensario de Northumberland y de Newcastle.* Médicos: Elliot, Hayle. *Dispensario de Norwich. Dispensario de Bochester y Chatam.* Fundado en 1853. Médico, Watters. *Dispensario de Ross.* Médico, Strong. Este dispensario no es público. *Dispensario de Southampton.* Médico, Wilmont. *Dispensario de Sunderland.* Fundado en 1849. Médicos: Tate (R. S.), Gray (J. S.) *Dispensario de Torquay.* Fundado en 1848. Médico, Mackintosch. *Dispensario de Tunbrige Wells.* Fundado en 1854. Médico, Hanson. *Dispensario de Weston-sur-Mer.* Fundado en 1852. Médico, Cochran. *Dispensario de Wigan.* Fundado en 1854. Médico, Scholefield. *Dispensario de Windsor.* Fundado en 1852. Médico, Roddy. *Dispensario de Wolverhampton.* Fundado en 1853. Médico, Knowles.

Dispensario de Worcester. Fundado en 1851. Médico, Massy. *Dispensario de Yorck*. Fundado en 1851. Médico, *Raus-Fort*,

III. Dispensarios de la Escocia. *Dispensario de Dundee*. Fundado en 1849. Médico, Cockburn. *Dispensario de Edimburgo*. Fundado en 1841. Médicos: Lyschinski, Wielobycki. *Dispensario del Sur*. Fundado en 1852 para las enfermedades de las mujeres y de los niños. Médicos: Laurie, Allshorn. *Dispensario de Glasgow*. Fundado en 1849. Médico, Thomson.

IV. Dispensarios de la Irlanda. *Dispensario de la Sociedad Homeopática Irlandesa*. Médicos: Luther, Walter, Scriwen. *Dispensario de Dublin*. Fundado en 1854. Médico, Blyth.

V. Dispensarios de las Islas de la Mancha. *Dispensario de Jersey*. Fundado en 1849. Médico, Harris. *Dispensario de Guernesey*. Fundado en 1849. Médico, Ozanne.

Sociedades Homeopáticas. *Sociedad Homeopática Británica*. Fundada en 1844. Sesiones mensuales. Esta Sociedad cuenta unos cuarenta y cinco miembros residentes; su presidente, el Dr. Quin. *Sociedad médica de Hahnemann*. Fundada en 1850. —Congreso homeopático. Esta sociedad fué fundada en 1850. Se reune todos los años en Lóndres ó cualquier otra ciudad del reino. *Sociedad Hahnemann de publicaciones*. Fundada en 1848. Tiene por objeto la publicacion de buenas obras prácticas de Homeopatía: se ocupa sobre todo, de una Enciclopedia patogénica, y de una nueva materia médica. *Asociacion homeopática inglesa*. Fundada en 1845. Presidente, Lord Rob-Grosvenor. Asociacion protectora de médicos y estudiantes homeópatas fundada en 1851. Esta sociedad tiene por objeto el protejer á los homeópatas contra los actos hóstiles de que suelen ser objeto y que con tanta fruicion nos dan cuenta los periódicos alópatas de Inglaterra, España, etc., etc.; esta sociedad no tiene reuniones periódicas, pero siempre está pronta á obrar cuando las circunstancias lo exigen; como prueba de ello citaremos el caso siguiente. La facultad de medicina de Edimburgo osó negar el Diploma de Dr. á M. Pope, á causa de sus creencias homeopáticas; la asociacion presentó á los jefes de la universidad una peticion firmada de un gran número de personas, y en su virtud M. Pope obtuvo el diploma de Doctor que antes le habian negado.

Instituto homeopático Británico. Fundado en 1853. Esta sociedad tiene por objeto: —1.º Proteger al público, contra

las personas que ejercen la medicina sin diploma. — 2.° Mantener y propagar en toda su pureza, con la ayuda de diversas publicaciones, los principios y reglas del Organon de Hahnemann. — 3.° Proteger la Homeopatía de los ataques que pudieran dirigirse contra ella. *Asociacion homeopática del Norte.* Esta sociedad se reune todos los meses en una de las ciudades de Lancashire ó de Yorkshire. *Sociedad homeopática del Norte.* Fundada en 1845. Esta sociedad, que se compone casi enteramente de personas estrañas á la profesion médica, tiene por mision asegurar á los indigentes las ventajas del tratamiento homeopático, y tambien de contribuir á la propagacion de las doctrinas de Hahnemann. En la actualidad, publica algunas obras de Homeopatía y trata de fundar muy pronto un hospital para el tratamiento de las enfermedades agudas.

Periódicos homeopáticos. Lóndres. *The British, yournal of homœopathy*, redactado por los doctores Drysdale, Russell y Dudgeon. Se publica por trimestres. — *The Monthly, homœopathic review*, publicacion mensual bajo la direccion del Dr. Jhon Ryan. Para concluir de relatar las noticias estadísticas que sabemos del estado de la homeopatía en Europa, añadiremos á las ya escritas, que en Dinamarca existen cinco médicos homeópatas conocidos en el resto de Europa, y que hoy se ha establecido por *Real órden, la enseñanza de la medicina Homeopática en las Universidades de aquella nacion*: tambien se ha establecido igual enseñanza en *Bohemia*.

En Noruega hay otros cinco médicos entre ellos figura el Dr. Boeck, profesor de la Universidad de Cristiania; en Suecia cuatro, entre ellos Liedbeck, director de un periódico homeopático que se publica en Stokolmo; en Polonia otros cuatro; en Turquía sabemos de seis, entre estos Vértolot, médico en jefe del hospital Francés en Constantinopla; Ucciani, ex-médico mayor del ejército francés en Crimea; Spech en Bucharest, capital del principado de Valaquia; Rettig, en Jassy, capital del principado de Moldavia.

Asia.

Si difícil es el que sepamos el estado de la Homeopatía en algunos paises de Europa, esta dificultad crece en gran manera tratándose del Asia: asi que, con verdadero sentimiento, confesamos no saber de esta parte de nuestro globo mas, sinó que

en Smirna (Turquía del Asia), residen Cricca (A.) y Mazoni, médicos homeópatas; y en Tífilis (Rusia del Asia), Kirsten (T. F.) y Pribill, tambien homeópatas. Esto no quiere decir de modo alguno que á éstos se limite el número de los que practican el sistema de Hahnemann en ésta parte del mundo.

Africa.

No solo por razon de dificultad, sinó tambien por el estado de atraso en que se encuentra ésta parte del planeta que habitamos, las noticias que sobre el estado de la Homeopatía en ella podamos dar á nuestros lectores, se reducen á las siguientes:

Argel.

Médicos homeópatas: Agnelis, director de vacunacion; Duchanrbon; Feuillet, ex médico militar; Frey, médico mayor; Martinez.

Farmacias homeopáticas. Defrance, Martinet.

Alejandría (en Egipto).

Médicos homeópatas: Alasia, Poly.

Oceanía.

Tambien en ésta parte del mundo ha penetrado la verdad en medicina; sus más fervientes propagadores, lo han sido y son aquellos santos varones que predican el Evangelio de Jesucristo, es decir la santa verdad en religion; asi proporcionan á la vez la salud del alma y la del cuerpo: aún se recuerda en Madrid la estancia del Obispo de Puerto Vitoria (Australia): pues bien, éste varon insigne ha sido el médico de sus hermanos en Jesucristo en aquellas apartadas regiones; conoce y practica la homeopatía, y, á imitacion suya, otros muchos misioneros de todos los paises: en nuestras islas Filipinas sucede lo mismo; nuestros misioneros difunden la luz y la verdad en religion y

medicina por todas partes con brillantes resultados: aparte de estos celosos y entendidos propagadores de la fé y la homeopatía, sabemos que en la isla de Luzon (islas Filipinas), reside Gironiëre, médico homeópata; y en la gran isla Australia ó Nueva Holanda, Thiennent-Berigny, tambien médico homeópata.

América.

En el Nuevo Mundo la Homeopatía presenta un estado brillantísimo, igual, si no superior, al del antiguo, como fácilmente se convencerá el que se haga cargo de los siguientes datos estadísticos, que son fidedignos.

América del Norte.

Estados Unidos. En estos Estados se cuentan hasta mil seiscientos cincuenta médicos homeópatas, sin que esto sea limitar su número, que es mucho mayor, sinó tan solo señalar el de aquellos cuyos nombres han llegado á ser conocidos en Europa. De estos existen: nueve en el Estado de Alabama; tres en el de Arkansas; seis en el de California; cinco en el de Columbia; cuarenta y siete en el de Connecticut; cinco en de Colavarre; tres en el de la Florida; catorce en el de la Georgia; ciento diez y siete en el de Yllines; de estos hay catorce en Chicago; veintiuno en el de la Indiana; diez y nueve en el de Yowa; quince en el de Kentuckcy; veinticuatro en el de la Luisiana; de los cuales quince en Nueva Orleans; treinta y tres en el de Maine; veintiseis en el de Marylan, de estos hay diez y nueve en Baltimore; ciento treinta y ocho en el de Massachusetts, de los cuales hay veintiuno en Boston; cincuenta y ocho en Michigan, de estos hay once en Detroit; cuatro en el de Minnesota; diez en el de Mississipí; veinte en el de Missouri, de los cuales hay diez y seis en San Luis; cuarenta y nueve en el de Nueva Hampshire; treinta y cinco en el de Nueva Jersey, cuatrocientos sesenta y ocho en el de Nueva-Yorck, de los cuales hay treinta y nueve en Brooklyn, y ciento tres en la ciudad de Nueva Yorck; dos en el de Carolina del Norte; ciento treinta en el de Ohio, de estos hay veinte en Cincinnati, y veintisiete en Cheveland; doscientos treinta y uno en el de Pensylvania, de los cuales hay noventa y cuatro en Filadelfia; treinta

y seis en el de Rhode Island, de estos hay diez y ocho en la Providencia; dos en el de la Carolina del Sur; tres en el de Teunessea; seis en el de Tejas; treinta y cinco en el de Vermont; diez y nueve en el de la Virginia; treinta y dos en el de Wisconsin; veinticinco en el Canadá.

Farmacias homeopáticas. *Boston.* (Massachusetts) Otis Clapp — Brooklyn (Nueva York), Peabody .. Smith — Chicago (Illines) .. Cowell y Halsey — Cincinati (Ohio) .. Parks — Cleveland .. (Ohio) Hall — Détroit (Michigan) .. Drake y Frinster— Dubuque (Yowa) .. Franklin y Lillís. — Hamilton (Canadá) Greenleaf. — Wolverton. — Hortford (Connectícut) Browne — Milwaukie (Wisconsin) .. Douglass y Greves — Nueva Orleans (Luisiana) .. Angell. — Delcroix y d' Hémécourt. — Nueva-Yorck Hurlburt. —Radde—Smith—Filadelfia .. (Pensylvania) .. Bæricke —Mattew y Houard. —Rademacher y Sheek—Providencia (Rhode-Island) .. Hamlin — Rocheester (Nueva-Yorck) .. Farington — San Luis (Missouri) .. White — Toronto (Canadá) .. Smith.

Colegios de medicina homeopática. *Colegio médico homeopático de Pensylvania*, establecido en Filadelfia, incorporado á las instituciones del Estado en 1848. *Profesores*: Bekley, de cirujía; Couch, de demostraciones anatómicas; Dake, de materia médica y terapéutica; Helmuth, de anatomía; Reed, de fisiología; Small, de Homeopatía.—*Patología y medicina práctica.* Ward, de obstetricia y jurisprudencia médica; Williamson, Clínica médica; Decano de la facultad, Dr. Williamson Esta institucion de medicina está autorizada para espedir títulos.

Colegio homeopático del Oeste, establecido en Clèveland (Ohio). Profesores: Beckwith, de cirujía y enfermedades quirúrjicas; Bissel, de anatomía general y especial; Brainard, de química animal y toxicología; Douglas (F. J.) de materia médica y sintomatología; Douglass, de patología especial y diagnóstico; Ellís, de terapéutica especial y clínica práctica; Gatchell, de fisiología é higiene; Gatchell, de patología general y principios de terapéutica; Gilbert, de obstetricia y enfermedades de las mujeres y niños; Hill, de anatomía quirúrjica y patología; Honorable John Crowel, de jurisprudencia médica. Decano de la facultad, Dr. Gatchell. Esta institucion de medicina está autorizada, como la anterior, para espedir títulos; Estos Colegios de medicina demuestran palpablemente que los homeópatas no descuidan ninguno de los ramos de la ciencia

médica, y prueban lo infundado de las aseveraciones que todos los dias se permiten los médicos alópatas, sobre que los médicos homeópatas no necesitan saber, y áun desdeñan el estudio de la anatomía, patología, etc., etc.

Hospitales homeopáticos. *Hospital homeopático de Pensylvania*, establecido en Filadelfia. Autorizado por decreto dado en 1850. Médicos: Gradiner, Helmuth, Kitehen, Small. Cirujanos: Gardiner, Sims. Comadrones: Dubs, Williamson. *Hospital homeopático de Chicago* (Illines). Fundado en Chicago el año 1854. Médicos: Boorman, Colton, Cooke, Douglass, Ludlow, Shipman. *Hospital homeopático de Massachusetts*, establecido en Boston. Incorporado á las instituciones del Estado en 1855. No conocemos los nombres de los médicos de este hospital. *Instituto homeopático de niños abandonados*. Fundado en Filadelfia el año 1757. Médicos residenses: James (B. W.), James (D.), Raue. Médicos consultores: Hering, Lüppe. Este establecimiento recibe todos los niños abandonados en las calles de la populosa ciudad de Filadelfia. Se les cuida hasta que llega el momento de que aprenden un oficio. Este instituto encierra ordinariamente ciento cincuenta niños; pero pone cada año un número mucho mayor en aprendizage.

Dispensarios homeopáticos. *Dispensario homeopático de Boston*, en Boston (Maassachusetts, incorporado á las instituciones del Estado en 1856. *Dispensario homeopático de Detroit*, en Detroit (Michigan). Médicos: Drake, Fnister, Ellis. *Dispensario homeopático central de Nueva-Yorck*, en la Ciudad de Nueva-Yorck. Médicos ordinarios: Joslin, Kellogg, Perkins. Médicos consultores: Bayard, Bowers (B. F.), Bowers (J.) Joslin (B. F.), Kirby, Quin, Wright. *Dispensario homeopático* del doctor Fullgraff, en la ciudad de Nueva-Yorck. Médicos ordinarios: Banks, Fulgraff. Médicos consultores: Bal, Bolles, Beakley, Balow, Belcher, Freeman, Freligh, Guernsey, Hallock, Marcy, Peters, Warner. *Dispensario homeopático de la Asociacion de Nueva Yorck*, en la ciudad de Nueva-Yorck, fundado en 1845. *Dispensario homeopático de Brooklyn*, en Broklyn, barrio de Nueva Yorck, fundado en 1852. Médicos: Barker, Burke, Elliot, Fincke, Doty, Duffin, Dunham, Morrill, Mínton, Mofat, Newcomb, Guy, Macy, Perrine, Richardson, Roman, Watson. *Dispensario del Colegio de Pensylvania*, en Filadelfia. *Dispensario de San Luis.* En San Luis (Missouri), no conocemos los nombres

de los médicos de éstos dos últimos dispensarios, como tampoco el de los de Boston y de la Asociacion de Nueva-Yorck.

Sociedades homeopáticas. *Instituto homeopático americano.* Fundado en 1843. Union americana de esperimentadores.

Academia Hahnemann. *Sociedad homeopática del Estado de Nueva-Yorck. Sociedad homeopática de Nueva Yorck.* Fundada en 1846. Asamblea de médicos homeópatas de Brooklyn (Nueva-Yorck). *Sociedad homeopática de Rhode* Island. Fundada en 1850. *Sociedad hahnemaniana de Rhode*—Island, en Providencia. *Sociedad médica homeopática de Filadelfia.* Fundada en 1852, Anexo del Instituto homeopático americano, en Filadelfia, fundada en 1846. *Asociacion médica homeopática del Estado de Illines*, fundada en 1755. *Asociacion médica homeopática de Illines del Norte. Sociedad homeopática del Canadá*, fundada en 1855. *Sociedad Hahnemann de Cincinnaati* (Ohio), fundada en 1855. *Sociedad homeopática del Connecticut*, fundada en 1851. *Sociedad médica homeopática de Massachusetts*, fundada en 1841, incorporada á las Instituciones del Estado en 1856. *Instituto homeopático de Michigan.* — *Sociedad homeopática de Nueva-Hampshire*, autorizada por decreto dado en 1852, organizada en 1.° de Junio de 1853. *Sociedad médica homeopática de Nueva-Jersey*, fundada en 1854. *Sociedad homeopática de Nueva-Orleans*: Union de médicos homeópatas del Ohio.

Periódicos homeopáticos. *Cleveland* (Ohio), *American Magazin, devoted to homœpathy*, publicado por los doctores Putte y Gatchelí. — Canadá, *Canadian journal of homœopathy*, dirijido por los doctores Bull (A. T.) y Greenleaf: publicacion mensual. — Chicago (Illines) *Chicago homœopath*, dirigido por los doctores Ludlam y Colton: publicacion quincenal. — Filadelfia, *Philadelphia journal of homœopaihy*: publicacion mensual.—*Nueva-Yorc*, *The North American homœopathie journal*, dirigido por los doctores Marcy, Peters, Holcombe, Preston: publicacion trimestral. — *The american homœopathie reviene*, revista publicada por los Sres. Perkins y Smith: sale todos los meses. — *Nueva-Orleans*, *L,Homoyon* (El Análogo), *Diario dirigido por el doctor Taxil:* publicacion mensual.

Brasil.

En éste estado de la América del Sur, la Homeopatía ha hecho progresos rápidos, y en la actualidad se encuentra en un

estado brillante, como desde luego puede cualquiera convencerse por los datos estadísticos siguientes: sabemos de un médico homeópata en Alagoa, de nueve en Bahía; de uno en Buenos-Aires; de otro en Campinas; de tres en Campos; de uno en Ceara; de otro en Turner, y de otro en Marica; de cuatro en Maranchao: entre estos figura Barreto, cirujano honorario de cámara de S. M. el emperador del Brasil, y médico al propio tiempo del Hospital de la Caridad, y Rego (A.) inspector del mismo hospital: sabemos de dos médicos homeópatas en Montevideo; de once en Nictheroy (Bahía de Rio-Janeiro); de uno en Nueva-Granada; de dos en Pará; de uno en Lemos; de ocho en Pernambone; de uno en Puerto-Alegre; de dos en Riogrande del Sur; de sesenta y cinco en Rio-Janeiro, Capital del Brasil: entre estos figuran Jacinto Rodrigues Pereira Reis, miembro de la Comision Central de Higiene pública, director del Instituto Imperial de Vacunacion; miembro de la Academia Imperial de Medicina, Cirujano de Cámara de S. M. el emperador del Brasil. Tambien sabemos de dos médicos homeópatas en San Pablo, de uno en San Francisco; de otro en Sta. Catalina; de otro en Santiago de Chile, que lo es D. Benito García Fernandez, compatriota nuestro, procedente del Colegio de San Cárlos de Madrid; pasó hace quince años al país en que actualmente se encuentra, y en el que lleva tratados homeopáticameute, unos quinientos mil enfermos; retó científicamente al doctor Mata, como pueden ver nuestros lectores en la pág. 477 y siguientes de *El Criterio Médico* del año de 1861; aún tenemos noticia de cinco médicos homeópatas en San Pablo; de dos en Surinam; de uno en Taubate y de tres en Valparaiso; lo cual forma un total de ciento treinta y un médicos que practican la Homeopatía en el imperio del Brasil.

Farmacias homeopáticas. Rio Janeiro. Magalhaes Bastos (J. P.), calle San José. 58; Lima, (J. M.) calle San José, 59; X., calle Quitanda, 14; Arriera (J. E.), calle Quitanda, 41; De Souza (J. M.), calle Quitanda, 61; Ferreira de Pinheiro, calle de Ajuda, 61.

Instituto homeopático del Brasil, fundado en 1843 por el Dr. Murc, en Rio-Janeiro.

Escuela homeopática del Brasil fundada en 1845 por el Instituto homeopático, y autorizada para dar títulos de Médicos. Director, Maximiano, marqués de Carvalho. —Director honorario,

Manoël Duarte Moreira. — Secretario, Cárlos Chidloe. —Profesores: Martins (J. V.), Alves de Louza (F.), Victorino dos Santos (J.), Leboiteux, Ildefonso Gomez, Martins (B. J.), Guedes, Vieira (L. A.), Duarte Moreira (M), Duque Estrada. Lisboa. (V. G.) Antonio de Lemus (M.), Costa, Cochrane.

Sociedades homeopáticas. Academia médica homeopática del Brasil, fundada en Rio-Janeiro el 4 de Octubre de 1847. *Academia Homeopática de Rio-Janeiro*, fundada el 28 de Marzo de 1851.

Dispensarios Homeopáticos.

Señas de los Dispensarios establecidos en Rio-Janeiro y nombres de los médicos directores.

Calle de Ajuda, 61, Cochrane. — Calle de Alfandeja, 115, Barbosa de Almeida. — Calle de Aljube, 57, Marqués de Pinheiro. — Calle de los Arcos, 37, Castro Lopez. — Calle Cadea, 30, Valde Cadre é Fiao. — Plaza de Cajun, 79, Menezes. — Calle de Catete, 125, Lisboa. — Calle de Cano, 43, Cárlos Chidloe. — Idem, 16, Santos Gomes. — Idem, 34, Oliveira Scilbitro. — Calle de Ciuagos, 3, Duque Estrada. — Calle de Eugenho Velho, 92, Pinto Guedes. — Calle nueva de Condé, 131, Fernandez Goelho. — Calle de Duribes, 82, Emilio Germon. — Calle de Duvidor, 30, Pereira de Figueredo. — Calle de Prainha, 48, Pereira de Araujo. — Calle de Quitanda, 21, Silva Pinto. — Idem, 10, Marqués de Carvalho. — Idem, 61, Martin y Medeiros. — Idem, 85, Ildefonso Gomez. — Calle del Rosario, 79. Antunes de Abren. — Calle de San José, 58, Pereira de Reis. — Idem, 31, Alves de Moura. — Idem, 36, Vieira da Costa. — Calle de San José, 59. Este dispensario fué fundado por el doctor Joao Vicente Martins el año 1843. — Calle de Sta. Teresa, 19, Duarte Moreira. — Calle de Velha, 33, Gomes de Araujo. — Calle de Violas, 39, Mello Moraes. — Idem, 25, Lopez Pereira. — Idem, id., Travassos. — La estadística del Cólera se ha publicado en muchas de las obras de Homeopatía, no asi la de la Fiebre Amarilla, razon por la que juzgamos conveniente repetir aquí lo que dice la traduccion de la medicina homeopática doméstica del Dr. Hering, que espresa fielmente el resultado

de los enfermos tratados homeopáticamente en éste dispensario desde el 25 de Febrero hasta fin de Abril de 1851 por los doctores Martins, Azambuja, Cesáreo y Silva Pinto, médicos homeópatas en Rio-Janeiro. Individuos muertos pocas horas despues de la primera visita 56.—Muertos antes de las cuarenta y ocho horas de tratamiento 52. — Enfermos que han espirado entre el primero y noveno dia 139. — Número de muertos 227. — Número de los que han sido curados 3029. — Total de enfermos entrados en el dispensario 3256.

Es decir, que el tratamiento homeopático presenta una mortalidad de 7 por 100; y el Dr. Martins asegura que no hubiera llegado al 5 por 100 si muchos de los enfermos no hubieran recurrido á remedios alopáticos antes de entrar en el hospital.

Segun un mapa estadístico impreso que tenemos á la vista, resulta que desde la fundacion del dispensario, fundado por el Dr. José Vicente Martinez en el año 1843, hasta fin de 1856, han sido admitidos en él 46.906 hombres libres, de los que curaron 44.025; dejaron el tratamiento 1,204; fallecieron 1.521; y quedaron existentes 156; y 20.454 mujeres libres, de las cuales fueron curadas 18.727; dejaron el tratamiento 943; fallecieron 666, y quedaron existentes 118.

Han sido igualmente admitidos 9.096 hombres esclavos, de los que curaron 7,938; dejaron el tratamiento 615; fallecieron 481; quedaron existentes 62; y 5337 mujeres esclavas, de las cuales curaron 4.546; dejaron el tratamiento 289; fallecieron 475, quedando existentes 27. — Todo lo cual da un total de 81.793 enfermos admitidos en el dispensario, de los cuales curaron 75.236; fallecieron 3.143, y dejaron el tratamiento 3.051, quedando una existencia de 363 enfermos. Es de advertir que en éste estado van incluidos los enfermos tratados en el Establecimiento, en las dos epidemias de Fiebre amarilla y Cólera morbo. Tambien es digno de notar, que en dicho mapa estadístico, en el que todo está muy detallado y clasificado, figuran 20.419 afecciones febriles y 14,037 del pecho y corazon. y 5.318 sifilíticas; de éstas últimas corresponden 3.708 á los hombres libres; 578 á las mujeres libres; 662 á los hombres esclavos, y 370 á las mujeres esclavas.

Enfermería de Coléricos de Ntra. Sra. de la Concepcion. En Rio-Janeiro, calle de Quitanda, núm. 40. Médicos: Marqués de Carvalho, Medeiros, Cárlos Chidloe, Pinto, Lemos, Moura.

Segun los Registros de éste Establecimiento se han tratado en él durante la última epidemia 502 coléricos, de los cuales curaron 400.

España.

Debo ya decir algo sobre el estado de la Homeopatía en nuestra nacion. Por algunos se cree que en *España* llega á seiscientos el número de los *médicos homeópatas*; nosotros, respetando siempre las creencias de los demás, diremos: que tenemos conocimiento de que en *Madrid* hoy son treinta y ocho; entre ellos se cuentan profesores tan eminentes como el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Joaquin Hysern, antiguo Catedrático de término de la Universidad Central, médico honorario de S. M. la Reina, Consejero Real é Inspector general de Instruccion pública. El Ilmo. Sr. D. Félix Gener y Bertran, Catedrático de Clínica médica de la facultad de Medicina de Madrid, ex-consejero de Instruccion pública y ex-decano de la facultad de Medicina y Cirujía de Barcelona, decano del profesorado español. El Excelentísimo Sr. D. José Nuñez, Médico supernumerario de S. M. la Reina, Presidente de la Sociedad Hahnemaniana matritense, etc., etc. El Ilmo. Sr. D. Bartolomé Obrador, Director que ha sido de Sanidad militar y Catedrático de Historia natural con aplicacion á las ciencias médicas en la Universidad central, etc., etc.

Provincias. *Albacete*, *Alicante* y *Almeria*, seis. Entre ellos uno subdelegado de sanidad de partido y otro catedrático de Historia natural. *Badajoz*, uno primer médico-cirujano del hospital de Caridad de la provincia. *Barcelona*, veintitres, entre estos se encuentra D. Francisco Folch, ex-decano de la facultad de medicina de Barcelona y Catedrático de Patología general en la misma. El Dr. Cruxen, autor de algunas obras homeopáticas, y el Dr. Campaner, Secretario de la Academia Médico Quirúrjica. *Cáceres*, dos. *Cádiz*, diez, entre estos el señor Ceballos, Catedrático de Patología quirúrjica en aquella facultad de medicina. *Castellon de la Plana*, cuatro. *Ciudad Real*, dos. *Córdoba*, dos. *Coruña*, seis. *Cuenca*, uno. *Granada*, dos. *Guadalajara*, tres. *Guipúzcoa*, dos. *Huelva y Huesca*, dos. *Jaen*. tres. *Leon* y *Lorida*, dos, *Logroño* y *Lugo*, dos. *Málaga* y *Murcia*, cinco. *Navarra*, dos. *Orense* y *Oviedo*; cinco. *Palencia* y *Pontevedra*, cinco. *Salamanca* y *Santander*, cuatro. *Segovia*, tres.

Sevilla, ocho. *Tarragona*, *Teruel* y *Toledo*, tres. *Valencia*, diez. *Valladolid*, cuatro, dos en la capital, uno en la Nava del Rey, y otro en San Pedro de Alturce (Mota del Marqués). *Zamora*, uno. *Zaragoza*, tres.

Farmacias homeopáticas. *Madrid*, cuatro. *Barcelona*, una.

Dispensarios homeopáticos públicos y gratuitos. *Madrid. Dispensario de la Sociedad Hahnemanniana matritense*, calle de la Cruz, núm. 9, cuarto segundo. Se reciben en él enfermos todos los dias por los médicos sócios numerarios de la misma. *Dispensario*, calle del Barco, núm. 8, cuarto bajo; reciben los martes y viernes de tres á cinco de la tarde los médicos D. Pedro Arosteguí, D. Rosendo Bustos y D. Salvador Jimenez. *Dispensario de D. Antonio Alvarez y Gonzalez*, calle de Pontejos, núm. 1, cuarto principal, derecha; recibe los domingos de doce á dos de la tarde. *Dispensario de D. Juan Almansa*: Postigo de S. Martin, núm. 17, cuarto principal, izquierda; recibe los lunes, jueves y sábados de una á dos. *Dispensario de D. José Brum*: Meson de Paredes, núm. 2, cuarto segundo, izquierda; recibe los jueves de once á doce y media. *Dispensario de D. Rosendo Bustos*: calle del Barco, núm. 9, cuarto segundo, izquierda; recibe los jueves y domingos de una á tres. *Dispensario de D. Bernardino Dubost*: calle del Barquillo, núm. 9, cuarto bajo derecha: recibe los jueves y domingos en invierno de una y media á tres de la tarde, y en verano de ocho á diez de la mañana. *Dispensario de D. Sebastian Gargallo y Valero*: calle de la Colegiata, núm. 4, cuarto bajo, izquierda; recibe los domingos de nueve á once en verano y de una á tres en invierno *Dispensario de D. Juan Rivas*: calle de Preciados, núm. 1, cuarto segundo derecha; recibe los jueves y domingos de ocho á diez de la mañana.

Dispensarios en provincias. Cadiz. *Dispensario de los Sres. Bartorelo, Rodriguez* y *Martinez*: recibe á los enfermos todos los dias.

Ciudad Real. *Dispensario del Sr. Carrion, en Pozuelo de Calatrava*: Recibe los jueves de diez á doce.

Palencia. *Dispensario del Sr. Fernandez Cros*: Recibe los domingos de diez á dos.

Valencia. *Dispensario del Sr. Mateu Garin*: calle de S. Cristóbal, núm. 3, cuarto principal; recibe todos los dias no festivos de doce á dos.

VALLADOLID. *Dispensario del Sr. Pascual y Berzosa*: Recibe enfermos pobres á consulta los domingos, martes y viernes de doce á dos. Segun el anuario de Medicina Homeopática, este celoso y benéfico comprofesor en 25 de Octubre de 1861 habia recibido en su *dispensario* 4.373 enfermos pobres y 1063 que no lo eran.

— El que estas líneas escribe, tiene abierto gabinete de consulta en su casa, calle de Mendizabal, núm. 4, piso principal izquierda; recibe todos los dias de 12 á 3; los jueves y domingos gratis para los pobres.

Sociedades homeopáticas. MADRID. *Sociedad Hahnemanniana Matritense*: calle de la Cruz, núm. 9, segundo. Esta sociedad se constituyó en 1.º de Noviembre de 1845, y se autorizó por Real órden de 23 de Abril de 1846. Su objeto es la propagacion y enseñanza de la Homeopatía, para lo cual tiene establecido un dispensario gratuito y su periódico quincenal. Celebra sesiones literárias, en las que se discuten asuntos teóricos y prácticos de la doctrina hahnemanniana. Su actual Presidente el Dr. Nuñez.

Periódicos homeopáticos. *El Criterio médico.* Publicacion quincenal á cargo de la Sociedad Hahnemanniana Matritense, de la que es órgano oficial.

El Debate médico, publicacion quincenal por D. Zoilo Perez, médico Homeópata.

Dejo espuesta mi idea ante vuestra consideracion.

Ahora, decidme vosotros con franqueza, si al ponerme en presencia de cuanto antecede tengo razon para decir: ¿Será posible, ¡Dios mio! que en medio de todos estos *hechos*, no haya **uno solo positivo?**

Desde que los infinitamente pequeños se administran á los enfermos, ¿será posible que, ni **una sola vez** hayan obrado una curacion positiva? No me serviré para probar mi tésis de los millares de casos que anteceden; con uno solo tengo bastante.

Pues bien, yo me dirijo á la negacion más obstinada, y le digo: ¿te atreves á negarme que con los glóbulos hemos curado al menos una vez? Fuera del fatalismo ridículo de las coincidencias, fuera de la alucinacion absurda de la imaginacion, los infinitamente pequeños, ¿no pueden atribuirse *ningun caso curado*, **ni uno tan solo?**

¿Cuál es el hombre que se atreverá á responder: No, jamás, en tiempo alguno habeis curado los Homeópatas por un *hecho* positivo, y pasando vuestros millares de curaciones por el tamiz del análisis, ni una sola quedaria como un *hecho* positivo?

Si un hombre estuviera autorizado para sostener semejante opinion, negativa y pirrónica, reclamaria yo el derecho de dudar de todo:—Del testimonio de los hombres, del testimonio de los sentidos, del testimonio de la historia, del testimonio de los hechos; en una palabra, de todos los motivos verdaderos de adquirir una certidumbre cualquiera.

Admitamos, pues, la existencia de un *hecho positivo*: este hecho solo, prueba la accion de las dósis infinitesimales.

Pero ved aquí el razonamiento y las consecuencias que se desprenden de él.

Si en *tal caso* un glóbulo ha obrado, ¿por qué no obraria segunda, tercera vez, centenas, millares de veces, en todos los casos enteramente idénticos?

Si él ha curado una vez el Cólera, ¿por qué no ha de curar todas las veces que esta enfermedad presente los mismos síntomas?

Otra consecuencia sacada del manantial de la analogía

Si un glóbulo ha curado tal enfermedad, ¿por qué no ha de poder curar á otra enfermedad vecina suya en la cohabicion nosológica? ¿cómo podreis comprender que la accion de un glóbulo, admitiendo esta accion, se haya fijado en un solo punto de la circunferencia terapéutica? ¿cómo el divino poder ha de haber creado un solo agente curativo para una sola enfermedad? Esta suposicion ultraja á todas las reglas de la lógica, y hé aquí por otra parte la prueba.

Si se ha obtenido una curacion ha sido con ayuda de un medicamento, y si este medicamento ha tenido este poder, por medio de su fluido, ¿por qué los demás medicamentos no habian de tenerlo? ¿por qué querer dar á uno solo todos los radios del dinamismo? Y si todos los medicamentos dinamizados pueden obrar, ¿por qué no pueden ellos, pues, curar todas las enfermedades de fisonomía semejante? Y, en fin, si todos estos *hechos* pueden obtenerse, ¿por qué los nuestros no serian positivos? ¿por qué quereis vosotros negarnos la facultad de haberlos obtenido?

La respuesta á todos estos *porqués* nos es favorable de la manera más brillante.

Ya lo veis, pues, el *cadáver Homeopatía* ha movido desde luego un ojo y un dedo, despues todos sus miembros, despues se ha enderezado y principiado á andar, y marcha y marchará por siempre!.....

¡Conclusion, comprofesores alópatas!

El **Hecho** de los infinitamente pequeños, no solamente es cierto, sinó ciertísimo, y esta certeza la confirman millones de nuestros semejantes que de uno á otro ámbito de la tierra han recobrado su salud perdida, á beneficio de estos agentes fluídicos

Si lo precedente no bastase para satisfaceros, tened presente la unidad de principios teóricos de nuestra doctrina en correlacion con su unidad práctica y la tendencia de ambas unidades á la fusion en la grande *Unidad Dios*.

Dispensadme, pues, si llamo vuestra atencion sobre la conveniencia de la meditacion de esta máxima de nuestro inmortal maestro: *Cuando se trata de curar, el descuido en aprender es un crímen.* ¡Máxima solemne y terrible, frente á frente con la conciencia!.....

Deseo exponer un dilema á la meditacion de todos los médicos. Es terminante, y me parece muy difícil vernos libres de su accion. De dos cosas la una: ó la Homeopatía es una *mentira* ó una *verdad*. Sometedla á la esperimentacion pura en el hombre sano, pero á una esperimentacion *bien dirigida*: si ante vuestros ojos y vuestra conciencia despues fuese una mentira, preciso se hace que tengais el valor de vuestras convicciones y sepais impugnar sus maravillosos principios; si, como yo creo, por la esperimentacion la comprendeis y apreciais una *verdad*, considero es deber vuestro indeclinable, no solo aceptarla, sinó tambien propagarla.

¡Dispertad todos los que dormís en el sueño Galénico! ¡sacudid vuestra sistemática indiferencia! ¡escuchemos unidos los ayes y los dolores de la humanidad!.... Meditemos, pues, sobre los *Hechos* del nuevo Lázaro de las dolencias humanas; y unidos, como hijos de un mismo Dios, por sus verídicos principios, aliviemos ó consolemos á nuestros hermanos; tal es nuestra mision santa: abramos nuestra alma á la verdad, y sigamos la marcha del progreso médico: tal es nuestro deber sagrado.

Debo terminar mi discurso, y deseo hacerlo con las palabras solemnes que el fogoso Orador de Cartago dirigió al Senado Romano en principios del siglo III en defensa de los cristianos perseguidos.

Oidlas y meditadlas:

«Somos de ayer y lo llenamos todo, vuestras ciudades, islas, »castillos, municipios, consejos, campos, tribus, decurias, pa»lacio, senado, foro; solo os quedan vuestros templos.»

DISCURSO SEXTO.

Entre comprofesores Homeópatas.

Recordad por un momento en vuestra memoria el dia que hicísteis la primera entrada en el áula para los estudios clásicos. Al llegar, os encontrásteis con numerosos educandos, destinados á ser vuestros amigos; desde luego no conocíais allí á ninguno y esto en nada os sorprendia no habiéndolos visto nunca. Os digísteis, muy naturalmente: ¿cómo voy á acostumbrarme á todos estos condiscípulos? Nunca seré capaz de distinguirlos á unos de otros y de apreciar sus diferencias. Todos se parecen entre sí, todos tienen cabeza, brazos, piernas y cuerpo. Todas estas caras parecen las mismas; todas tienen nariz, ojos y boca; en fin, en ellas se observan las mismas líneas y los mismos rasgos. Todos estos jóvenes andan, hablan, ríen y proceden de la misma manera. ¿Cómo, pues, no confundirlos?

Si os hubiérais ausentado en la mañana del dia siguiente al de vuestro ingreso, diríais, es cierto que ví muchos jóvenes, pero no conocí á ninguno, porque todos eran lo mismo.

Pero habiendo permanecido, sí á los pocos dias el maestro os preguntó sobre alguno de vuestros condiscípulos, seguramente pudísteis decirle algo sobre su carácter.

De dia en dia, llegó uno, en que los conocísteis á todos con la mayor facilidad y esto llegó naturalmente sin que os apercibiérais de ello. Supísteis sus nombres y hasta sus sobrenombres; distinguísteis su cara y hasta alguna señal particular. No confundíais ya sus voces, ni sus modales, habíais llegado hasta penetrar sus caractéres y á adivinar sus inclinaciones. En una palabra, todos estos condiscípulos vinieron á ser para vos, como otros tantos hermanos formando una sola familia.

Ved aquí lo que pasa á los neófitos homeópatas.

Voy á considerar hoy á nuestros medicamentos como á muchos miembros que no forman sinó una sola familia.

Los médicos que quieren entrar á estudiar ésta sola familia, se sorprenden desde luego, de la semejanza de todos éstos individuos; y entónces algunos, saliendo como habian entrado, es decir, no sabiendo nada, dicen:

« He visto, pero no he podido comprender nada. »

Otros, á pesar de las dificultades, avanzan siempre en la nueva vía, y siguiendo con persistencia el hilo de la observacion, acaban por salir de lo complicado, y llegan por fin al centro de la gran familia, cuyos miembros todos les son perfectamente conocidos.

Examinemos, pues, cuáles son los medios para llegar á éste fin y cuando se está en pleno conocimiento de todos éstos individuos, cuál es el modo en que debemos utilizarlos.

Es tambien en familia como vamos á discurrir sobre éste asunto; es hablando solo entre amigos de la Homeopatía como vamos á recorrer los principales artículos del código de la práctica hahnemanniana. En todo tiempo las puertas del salon de nuestras sesiones están abiertas para todo el mundo, nuestros hermanos disidentes encontrarán en él siempre lugar; nos guardarémos bien de decir como el poeta romano: « Odi profanum vulgus et arceo. Apartamos al *vulgo profano.* »

Me creo obligado á advertiros, que todo lo que esponga, aunque conforme *radicalmente* á las leyes del maestro, es, no obstante, del dominio de mis opiniones personales; no pretendo imponerlas á nadie, porque no gusto de someterme á las de otro; acepto, pues, la responsabilidad de mis aserciones; y, si en algunos puntos secundarios, me encuentran en oposicion con ellos, les ruego me perdonen, como los perdono yo.

¡ Libertad para todos !

¿Cuáles son los mejores medios para conocer los medicamentos?

Si quisiera imitar la demostracion de cierto filósofo jocoso os diria que estos medios son tres: el primero, el trabajo; el segundo, el trabajo; y el tercero, el trabajo. Ya os lo he dicho; y voy á repetíroslo todavía: la Homeopatía no es fácil; su materia médica sobre todo, es muy escarpada, y si para ser buen alópata, es necesario trabajo y tiempo, se necesita cien veces más para ser un buen práctico hahnemanniano.

Pero ¿cómo debeis trabajar?

Esto puede ser á la vez, muy simple y muy complicado, segun la distribucion de vuestros estudios.

No adopteis division ni clasificacion alguna. No hagais distincion alguna entre los medicamentos; todos son iguales, quiero decir, que todos ofrecen la misma importancia; todos son semejantes; quiero decir que presentan todos caractéres comunes conservando todos su estricta individualidad.

No vayais á embarazaros en vuestras primeras investigaciones con las categorías de *polícrestos* y *antipsóricos*; el medio más simple y más seguro es el siguiente:

Estudiad los medicamentos por órden alfabético; pero **escribid vuestras reflexiones analíticas.** Las observaciones secas y especulativas se escapan, mientras que la accion de escribirlas las fija mas sólidamente en la memoria. Es el medio que mejor resultado me ha dado.

Despues de esto, pasad á la síntesis. Haced aproximaciones, estableced comparaciones, componed grupos y no vengais á decirme que todos los medicamentos son lo mismo, que todos producen delirios, cólicos, diarrea, vómitos, etc., etc., etc. La más pequeña reflexion os hará comprender todo esto.

El efecto inmediato de toda sustancia medicinal se dirige primitiva y directamente sobre el sistema nervioso, y, entónces, ¿cómo no habría delirio si el cerebro está desde luego atacado? Todos los medicamentos pasan por el estómago y las vías intestinales; ¿cómo no producir entónces vómitos y diarreas etc.? Todos los medicamentos pueden trastornar todas las funciones, y entonces su accion parece igual. Pero, si poneis un cuidado escrupuloso en su exámen comparativo, os apercibireis luego de que los delirios producidos por *belladona*, *el ópio*, *estramonium* y los del *beleño*, etc. son muy diferentes. El vómito de la *haba de san Ignacio* no es el del *emético* ó la *ipecacuana*; las

diarreas y los cólicos del *cobre*, de la *coloquíntida*, del *veratrum*, del *sublimado*, del *fósforo*, el del *coco de Levante* tienen cada uno su matiz. El fuego del *arsénico* no es el del *carbon vegetal*; la sed de la *belladona* no es la de la *anemona de los prados*, y las placas herpéticas del *mercurio* no son las de la *dulcámara*, etc.

Saber especificar, distinguir, individualizar todos estos agentes, todos estos caractéres, todos estos séres morbígenos, no es cosa fácil; convengo en ello; es necesario mucha costumbre, y esta costumbre no puede adquirirse, sino con estudios formales, un trabajo constante, y una observacion paciente y sostenida.

Pero ¿qué tiene de admirable que se necesite trabajar para obtener ópimos frutos? Cuando veis un campo cubierto de una hermosa miés, ¿creéis que el arado no ha penetrado nunca sus entrañas? Y cuando veis á un sabio botánico, citaros, distinguiros y describíros todas las plantas, todas las flores y todos los frutos que encontrais en vuestro paseo, ¿creéis vosotros que esta facultad es para él cosa insignificante y que la adquirió durmiendo?

Trabajad, pues; pero trabajad como el labrador que cultiva su campo, es decir, diariamente. Escribid vuestras reflexiones, y que éstas reflexiones sean el alimento de vuestro espíritu que acabará por apropiarse todas las individualidades medicamentosas y de asimilárselas; como nuestros órganos se asimilan al pan material, y os sucederá lo que con vuestros condiscípulos en la escuela; todos estos medicamentos serán para vosotros como una misma familia, cuyos miembros os serán todos perfectamente conocidos.

Cuando se ha llegado á conocer asi la materia médica pura, la primera dificultad que se presenta al práctico, es la eleccion del medicamento. Se presenta un enfermo á vuestra clínica, ¿cuál es el medicamento que le conviene y el medio de encontrarle?

Una cosa bien simple y que no se comprende bastante, sobre todo, en los casos de la práctica homeopática, es, que, bajo este aspecto, *enfermedad*, *y medicamento* son una misma cosa. Si habeis llegado á apreciar fácilmente las enfermedades, y á distinguirlas unas de otras, á conocer su aparicion, su figura y sus caractéres específicos, ¿por qué no habeis de llegar á haceros familiares los caractéres específicos é individuales

de cada uno de los medicamentos? Asi debe ser; y en el lecho del enfermo, desembarazad vuestro espíritu de toda idea anticipada, de todo límite de clasificacion; ved sólo la enfermedad, y cuando la hayais reconocido perfectamente, volved vuestra mirada y atencion al lado de la galería de cuadros sintomáticos artificiales, y tomad el que os parezca mas *semejante* á esta enfermedad.

En general, la investigacion de la semejanza del medicamento con la enfermedad, es el mejor medio para llegar á la eleccion del primer término.

En particular, estudiad todos los matices y los principales rasgos de los medicamentos. Todos los hombres se parecen; cada uno tiene, no obstante, *alguna cosa* que hace que uno no le confunda con sus vecinos, y que sirve á su amigo para distinguirlo entre la multitud.

Lo mismo sucede con los medicamentos; cada uno tiene su sello particular especial. Asi uno dirige su accion con preferencia sobre el cerebro, otro sobre el estómago, otro á los miembros superiores, y otros á los miembros inferiores; éste manifiesta sus síntomas en una sola parte del cuerpo y el otro diagonalmente; á unos les vereis producir agravaciones con el reposo ó por el movimiento, otros durante la noche ó el dia etc., etc.

Si un médico alópata lee este discurso, sorprendido por mi lenguaje, se creerá trasportado á una sinagoga y me tomará por un ravino hablando hebreo; nuestra *materia médica* es, en efecto, para él, un libro que leerá sin comprender, como los Sorchantres de una Catedral que cantan en latin sin saber lo que dicen.

Despues de estos detalles, llevad vuestro exámen, al séxo, la edad, costumbres, hábitos, y pasad revista á todas las funciones. Casi es fútil hacer semejante encargo; todo práctico observador, lo sabe y lo hace.

Pero sobre todo, dirigíos á la investigacion de la cáusa de la enfermedad; entiéndase la cáusa apreciable inmediata, puesto que la cáusa radical nos es desconocida.

Este precepto sorprenderá algo á nuestros comprofesores alópatas, que creen tener el monopólio de la ciencia etiológica, y poseér el derecho esclusivo de recojer en este Pactolo todas las lentejuelas de oro.

Es preciso oirles decir diariamente con énfasis: «Nosotros tratamos las causas, mientras que vosotros solo tratais los síntomas.» Asi con la mayor serenidad á todas horas echan en cara á Hahnemann haber confundido la forma con el fondo, mientras que Hipócrates distinguió las afecciones mórbidas por su naturaleza y no por la forma.

Pero dispensad, queridos comprofesores, y decidme: ¿qué se entiende por naturaleza de una enfermedad?

Cuando hayais respondido á esta cuestion, —ya que tan fácil os es hacerlo— os preguntaré todavia: ¿cómo se conoce la naturaleza de las enfermedades, desentendiéndose de su forma? ¿cómo podríais distinguir todos vuestros amigos, unos de otros, despojándoles de sus trages ordinarios, y cubriéndoles la cara?

Si no podeis ver el fondo de los mares, contentáos con navegar *por su superficie.*

Asíos, pues, ante todo, de la causa de la enfermedad. En los casos agudos los antecedentes recojidos del enfermo, y sus allegados, sirven siempre de antorcha para vuestro diagnóstico; y en los casos crónicos, comenzad siempre por dar el remedio que hubiérais dado si se os hubiese consultado á la mañana siguiente de la aparicion de la enfermedad. Para ser mas claro, quiero permitirme citáros dos casos de mi práctica particular.

Se me trajo un dia á un niño, ciego de mucho tiempo. Diferentes médicos lo habian tratado antes que yo,—porque soy homeópata, y vasta; solo se nos consulta, en último estremo, y para pedirnos milagros. No me atrevía casi á emprender ninguna medicacion.—Pero cuando los padres me digeron que atribuían la ceguera de su niño á una caida, consentí luego con gusto señalarla. Le hice tomar mañana y noche una cucharadita de café de una disolucion de *árnica*— no me acuerdo en que dilucion— y despues de ocho dias, el niño con grande asombro de muchos testigos, jugaba al zig-zag, entre las sillas que habia dispuesto en mi gabinete, con desórden intencionado.

Ya sabeis que *árnica montana* es el medicamento de golpes, caidas, heridas, etc.

Otro dia fuí llamado para un sugeto atacado de una enfermedad crónica, y desauciado en una consulta de tres médicos. Estaba hidrópico. Este hombre, muy obeso, en su estado

normal, presentaba entónces una grosura deforme. No me atreví á aventurar un tratamiento, sinó cuando mis investigaciones me hicieron conocer que habia padecido hacía algunos años una enfermedad sifilítica; entónces me decidí por medicinarlo y lo hice tratándolo como si entónces apreciase manifestaciones de una sífilis constitucional; obtuve el éxito más felíz, y el enfermo el primer dia que salió, pudo ir á visitar á los tres médicos que le habian desauciado.

Verdaderamente, Señores comprofesores alópatas, no hablo de estos hechos y otros muchos que hay en mi práctica, por quemar dos granos de incienso en mi braserillo, y probaros que curo á los ciegos y digo á los hidrópicos: **Toma tu lecho y anda**. No; nada de perniciosas disputas. Simplemente deseo convenceros de que nosotros tambien atacamos las causas de las enfermedades, que muy frecuentemente las omitimos menos que vosotros, y que tan bien como vosotros, gritamos: *Tolle causam*, separad la causa.

Sí, buscad la causa de las enfermedades, buscadla por todas partes, en las costumbres, hábitos é inclinaciones de la persona.

No desprecieis el clima y todo lo que se relacione á las diversas constituciones atmosféricas; dirigid vuestra atencion al carácter de las enfermedades *reinantes*.

Pero, sobre todo, en las enfermedades crónicas, investigad los antecedentes con el mas escrupuloso análisis, y llevad vuestro exámen hasta la profundidad de las afecciones hereditarias. Frecuentemente, en los pliegues del pasado, se sorprende dormido el secreto del presente.

Sí, tratad la causa, y esto á despecho de todas las pretensiones de los demás síntomas, para hacer valer sus derechos al medicamento apropiado.

Ejemplo: uno viene á deciros que esperimenta un dolor muy vivo en toda la mitad derecha de la cara; el ojo; la oreja y dientes del mismo lado le duelen, y este dolor se manifiesta principalmente en la tarde; se agrava además con el calor y provoca una salivacion abundante. ¿Qué medicamento escojeríais? El caso no es dudoso; entre mil homeópatas, *acaso* uno solo no daria **mercurius solubilis**. Este remedio reclama la prioridad con justo título. Pero este sugeto añade que su neuralgia se declaró despues de un fuerte arrebato de cólera: entónces **chamomila**.

Si fuera despues de un baño, ó despues de haber dormido en parte húmeda, daríais **dulcamara**, etc.

Y si por el contrario el exámen de los antecedentes os hiciera descubrir que ésta neurálgia es debida al abuso del *mercurio*, de la *chamomila*, del café, etc...., qué haríais? Daríais desde luego el antídoto de ésta enfermedad medicinal, que viene á ofrecerse á vuestra observacion.

Aquí sería el lugar de hablar de esas numerosas enfermedades que llegan á nuestros gabinetes, y que deben su origen á medicamentos intempestivos, ó administrados en dósis masivas; pero prefiero diferir ésta digresion para el discurso próximo en el cual encontrará mas oportuno lugar.

En uno de mis discursos anteriores os he demostrado la unidad dogmática de nuestra doctrina; podreis ver ahora segun todas esas consideraciones su **unidad práctica**. Es imposible, en efecto, que los médicos homeópatas no sean del mismo sentir y del mismo parecer en sus consultas, puesto que ven los mismos objetos con el mismo estereóscopo.

En efecto, la figura de un medicamento no puede variar, y la de una enfermedad tampoco; luego los médicos á quienes se llama para juzgar de la relacion de estos tres términos, tendrán todos la misma opinion.

Cada uno sabe hoy á qué atenerse respecto á la moda de llamar y reunir muchos médicos en un caso grave. Estas pretendidas consultas, adulan perfectamente la vanidad de los deudos, acabando por lo regular los preparativos del enfermo para su largo viaje.

Estas consultas, dan buen pábulo en las comedias y zarzuelas de autores satíricos, para poder hablar de ellas libremente.

Un antiguo escritor decía justamente: «Quien no tiene más que un médico tiene *uno*; quien tiene *dos*, solo tiene la *mitad de uno*; pero quien tiene *tres*, no tiene *ninguno*.

Poco mas ó menos, Napoleon I, reconocía ésta gran verdad cuando decía: « Prefiero un mal General á dos buenos Generales.»

Debeis, pues, comprender —tot capita, tot sensus: — traduccion libre: tantos médicos, cuantas opiniones. Pero no se ven éstas divergencias en las consultas de los homeópatas. Para convenceros podeis hacer la esperiencia siguiente: Escribid los síntomas de una enfermedad bien conocida y caracterizada. Que esté bien dibujado el cuadro de los síntomas. Llevadla á cien

médicos homeópatas; todos os indicarán el mismo medicamento; llevadla á cien alópatas y tendreis cien pareceres diferentes: ¿de qué lado os parece está la verdad?

Permitidme referiros á este propósito, una anécdota que refirió un dia el Dr. Jarh en una reunion de la sociedad homeopática de Bruxelas (sesion del 28 Noviembre 1835. Abreviaré para no cansar vuestra atencion.

Despues de terminar, dice, mis estudios médicos, viajaba por Alemania para completar mi instruccion. Llegué una tarde á una finca, cuyo propietario me invitó á visitar con él el hospital y hospedarme en su casa. « Era un viejo original, muy rico, pero más displicente todavía, enfermo hacía ya mucho tiempo, pero en cambio, poseedor de una excelente bodega, cuyos honores hacía con ostentacion. Desde que conoció mi profesion, me guardaré bien de cumplimentaros, exclamó con vehemencia: tengo un hijo, pero mas querré verlo verdugo que médico. Como este brusco apóstrofe me habia conmovido y cortado: Escuchad jóven, añadió, viajais para instruiros; ¡pues bien! voy á daros una leccion, cuyo provecho será vuestro:

« Hace más de veinte años que estoy enfermo. Me dirigí á dos médicos célebres, que no pudieron entenderse; por eso no tomé los remedios de ninguno de ellos. Me eché á correr tierras consultando, no solo á las ilustraciones de todas las facultades, sinó tambien á los doctores cuyos nombres aún eran desconocidos. Nunca pude encontrar á dos de acuerdo, ni sobre la naturaleza de la enfermedad, ni sobre el tratamiento que le convenia. Despues de mil trabajos y gastos, entré en mí mismo convencido de que la medicina, lejos de ser una ciencia, solo era la más incierta de las profesiones. » De todos modos, gané algo, y voy á poneros por mí mismo en posicion de que lo reconozcais; diciendo estas palabras tomó un gran libro parecido en todo á los grandes volúmenes de los comerciantes. Las páginas de este enorme in-fólio, dijo abriéndolo, están divididas en tres columnas. La primera contiene el nombre de los médicos consultados, en los diversos paises que he recorrido; la segunda, las indicaciones de mi enfermedad; la tercera, en fin, las prescripciones y los medicamentos recetados. El hecho total de cada una de estas columnas contiene 477 médicos, 313 opiniones diferentes sobre la naturaleza de mi mal; 832 recetas, en las que entran 1.097 medicamentos. »

nosticar debidamente, y practicar el reconocim
un enfermo.

« Como lo veis, no he economizado trabajo ni dinero; si hubiera encontrado tres médicos de la misma opinion, me hubiera sometido á su tratamiento; pero no he tenido esta fortuna. No me he cansado; y este registro os lo prueba. Se ha llevado dia por dia con el cuidado mas minucioso; y ahora, ¿qué os parece de la medicina y de los médicos? ¿no gustaríais, dijo, presentándome una pluma, de aumentar mi preciosa coleccion?»

No esperimenté ese deseo. Me contenté con preguntarle si Hahnemann figuraba en este largo martirologio de nuevo cuño.

« Sin duda, sin duda; buscad el número 301. Busqué y encontré. Nombre de la enfermedad, cero. Nombre del remedio 0. Le pedí la esplicacion de estos dos ceros. El singular enfermo, me contestó: Esta consulta es con mucho la mas racional, la mas lógica. Habiendo dicho Hahnemann que no me correspondian ni el nombre de la enfermedad, ni el remedio, escribí en ambos casos 0. Se trata solamente de la cura. Hubiera seguido la prescripcion de este hombre; pero desgraciadamente estaba solo y necesitaba tres.

« Despues de algunos instantes de reflexion, le pregunté: si á pesar de sus infructuosas tentativas no querría hacer un último ensayo, cuyo resultado le garantizaba: Encontrareis, le dije, no solo tres médicos acordes sinó mucho mayor número. A pesar de su incredulidad, consintió en mi proposicion por procurarse un pasatiempo y añadir algunas páginas á su gran libro.

« Hicimos la descripcion de la enfermedad, y la enviamos á treinta y tres médicos homeópatas de diversos lugares. Cada letra contenia el precio de la consulta.

Me despedí en seguida.»

« Poco tiempo hace me envió un tonel de vino del Rhin de 1822. He encontrado, me escribía, veintidos doctores del mismo parecer; es mas que lo que me había atrevido á esperar. En consecuencia, seguí el tratamiento de aquel de entre ellos mas próximo á mi habitacion. Os envio ese tonel, por temor de beber yo demasiado de este excelente vino, en celebracion del restablecimiento de mi salud. Héme aqui, gracias á vos y á la Homeopatía, convertido á la medicina y reconciliado con los médicos. »

Continuemos ahora nuestro asunto.

Cuando hayais hecho la eleccion de un medicamento conveniente, administradlo siempre **solo**. Un medicamento es

envidioso de su libertad individual, y en su esfera de actividad no gusta de rozarse con ningun vecino. Loque hace, quiere hacerlo solo, y tiene sus razones para ello. Estas razones ya las hemos demostrado, y por lo demás, este artículo de nuestra posología, ha sido admitido poco á poco por nuestros adversarios que se convierten diariamente. Leed el fin de la carta del Dr. Munaret, del que ya se hizo mencion.

« Definitivamente, dice, no se trata de una preparacion ofi»cinal que preconizar, sinó de la especificidad trasladada al »estudio, y de la simplificacion de nuestras fórmulas vanamente »reclamada desde Hipócrates por todos los buenos prácticos. »**La mezcla de los medicamentos es la hija de la ig»norancia**, decía el filósofo que acabo de nombrar. Yo añado, »que la *polifarmacia* es parienta muy próxima del **charlata»nismo**, que protege, por una oculta solidaridad, la reputacion »del médico mediocre, y los intereses **de una profesion »agonizante.** »

El Dr. Munaret es médico alópata ¡ acordáos de esto!

No solo no se debe mezclar dos medicamentos en una pocion, sinó que no hay que emplear diversas diluciones del mismo remedio.

Asi es en efecto; despues de la eleccion del medicamento, lo mas importante es la eleccion de la dilucion. Pero si esto es lo más importante, es tambien por desgracia lo mas difícil, es uno de los artículos mas misteriosos del Código hahnemanniano.

Así los comentarios no faltan, porque es de notar que el número de los comentadores está siempre en razon de la aspereza de una ley. Este es el primer fantasma que asusta en las investigaciones prácticas; es la primera espina que punza el pié del neófito en la vía de la clínica.

Todos los homeópatas, desde el maestro á los discípulos, han investigado, y cada uno ha hallado á su modo. Todos han querido desatar el nudo gordiano, y por fuerza debian encontrarse muy impacientes para cortarlo, no pudiendo desenredarlo.

Comparando como ya lo he hecho á una escala indefinida, la escala de las dósis de un medicamento, desde la materia, hasta el fluido; ¿ qué nota se necesitaba tocar para encontrar el sonido relativo, de la cuerda que vibra en la escala vital? ¿Cómo encontrar el tono que debe sonar unísono del de el dolor?

Para allanar la dificultad, unos —con el nuevo método musical de Galin— han querido hacer desaparecer los tonos absolutos y reducir á un solo tono monotipo, todos los matices de la armonía vocal; otros, despreciando todas las reglas prácticas, adoptan indistintamente la primera nota por tónica, y su canto no está sujeto á ningun diapason.

El primero de estos medios es algo exagerado, y el segundo es absurdo. Para el verdadero artista cada nota tiene su valor; cada concierto, su destino; y cada tono traduce un matiz de la armonía.

Esta comparacion os hará comprender perfectamente mi idea.

Entre los prácticos homeópatas, unos han adoptado una sola dilucion, ordinariamente la 30° y otros no hacen ningun reparo en los grados de la escala posológica; toda dilucion les parece buena. Concedido que puedan llegar á la eleccion del medicamento, es todo lo que quieren; la dósis, les es enteramente indiferente.

Otros en fin, procuran administrar el medicamento en la dósis que les parece mas conveniente al caso patológico; desde las masivas hasta los fluidos; desde el primero hasta el último grado de la escala, no desprecian ninguno y los ponen todos en práctica.

Que se emplee una sola dilucion, es lo que no comprendo. ¿Para qué, pues, hacer otras? ¿por qué en posesion de muchos medios, poner uno solo á su servicio? ¿qué diríais de un Señor, que solo mandase siempre á uno solo de sus sirvientes? ó de un arpista, que no agitara nunca mas que una sola cuerda de su instrumento?

Que se emplee tal ó cual dilucion indistintamente, es lo que menos comprendo. En verdad os digo, que si á alguno de vosotros se propone este falso precepto, huid, huidle muy lejos. Huidle como el antecristo de la doctrina hahnemanniana.

Para llegar á la fácil eleccion de la dósis conveniente, es preciso formarse sinó una idea justa de la naturaleza de los medicamentos, una idea, al menos, aproximada y probable, pues la naturaleza de los medicamentos nos está tan vedada como la de las enfermedades; pero si no sabeis lo que *son*, debeis saber al menos lo que *no son*.

Asi, no pregunteis —y menos áun dejeis preguntar — si entre las diluciones las hay fuertes, y las hay ténues, y si

el procedimiento, por el cual se dinamizan los medicamentos, disminuye ó aumenta su virtud, y su intensidad terapéutica, ¿habeis oido nunca hablar de la fuerza de un rayo de luz?

Los medicamentos, ni son ténues ni fuertes. Ya os he dicho lo que ha de entenderse por dinamismo y dinamizacion. Aunque estos términos tengan por raíz una palabra griega que significa **fuerza**, no designan grado alguno de fuerza ni ascendente ni descendente. Nada de logomaquía, no os detengais en la letra, pues ya sabeis que **la letra mata y el espíritu vivifica**.

Nuestras manipulaciones farmacéuticas modifican — iba á decir, cambian — la naturaleza de los medicamentos. Los que tienen un poder tóxico, lo pierden; los que no tienen ninguno, lo adquieren; y los que poséen una virtud en tal grado, ó cual otro, adquieren una nueva del todo diferente.

Sobre ésta nocion general, debeis basar vuestra dósis. No me detendré más tiempo en ésta observacion, que es demasiado clara y puede dársela mas ámplio desarrollo.

Solo habrá, pues, para nosotros *bajas*, *medias* y *altas diluciones*.

Pues para llegar á la fácil eleccion de la dósis, tened cuidado de fijaros en la agudeza ó cronocidad de las enfermedades; en su division de vitales y orgánicas; en el séxo, edad, temperamento del enfermo, en sus costumbres y hábitos; en fin, en todas las modificaciones patológicas.

Antes de entrar en el detalle de todos estos artículos de nuestro código, os invito á recordar lo que hemos dicho en nuestro último discurso sobre la dinamizacion fisiológica.

Despues de enviar á vuestra memoria ésta digresion, vamos á responder á la doble cuestíon que se nos ha puesto, bajo la forma de objecion, á saber: *¿por qué no se dan siempre los medicamentos en dósis infinitesimales, ó bien en dósis masivas, puesto que nuestro organismo se encarga de dinamizarlos en sus evoluciones fisiológicas?* Los detalles de ésta respuesta, encuentran aquí más naturalmente su lugar, y nos demostrarán al mismo tiempo las reglas que deben dirigirnos al hacer la eleccion de las diversas diluciones.

Y desde luego los hechos clínicos prueban que aquel que sólo adopta una exclusiva y afecta una especie de puritanismo posológico, se espone á encontrarse en la práctica con numerosos y flagrantes malos éxitos. Y esto, sea que se adopte

solamente una dósis única y de una aplicacion universal á todos los casos patológicos, sea que se detenga en las altas regiones de los fluidos, ó que permanezca estacionario en las dósis masivas.

Los hechos clínicos prueban que la escala de las manifestaciones patológicas, siendo ~~infinita~~ indefinida, ~~infinita~~ indefinida debe ser tambien la escala de las dósis que debe apropiárseles. Los hechos prueban, además, que tal enfermedad, que ha resistido á las dósis masivas, cede con las dósis fluidas, y que tal otra que ha opuesto á estas últimas una resistencia obstinada, no puede vencerse sinó por la accion de las primeras.

¿Cuál es la razon de todo ésto?

¡Oh! ya lo sabeis, los hechos son caprichosos; estallan, pero frecuentemente no hablan. Cuando prueban, prueban bien; pero tambien cuando guardan su secreto lo esconden bien. Todas estas acciones curativas de las dósis estremas, unas permanecen ocultas en su cubierta material, otras se elevan á la region de los fluidos; hareis bien en hacerlas pasar por el lecho de Procusto; sus gritos, sus torturas, su mutilacion no os enseñarán nada.

Bastante es que los hechos nos revelen leyes positivas tocante á nuestra posología; nuestro orgullo debiera contentarse con esto, y puesto que admite tantos misterios, bien puede admitir uno más.

Las leyes positivas, hélas aquí: (Siempre en el dominio de las generalidades.)

En los casos agudos, en las enfermedades orgánicas, en los niños, ancianos y el sexo femenino, en las personas estremadamente debilitadas por alguna causa cualquiera, en los temperamentos linfáticos, administrad bajas diluciones —es decir— desde la primera trituracion ó la tintura madre, hasta la 6.ª ó 9.ª dilucion.

En los casos crónicos, en las enfermedades puramente vitales, en las enfermedades nerviosas sobre todo, las que los antiguos llamaban **sine materia**, aquellas, que en general se escapan al escalpelo de la anatomía patológica en el sexo masculino, en individuos fuertes, robustos, y en completo desarrollo; en los que, en una palabra, están en el fuego de la vida, dadles diluciones medias, 12.ª 15.ª 18.ª ó las altas 24.ª 30.ª 100.ª y mas allá....

Nada interpreta mejor las leyes que los ejemplos; voy á citaros algunos.

He aquí un caso de fiebre intermitente, no importa el tipo. Supongo que sea el arsénico el medicamento conveniente.

Si el caso es viejo, seis meses, un año..... administrad la 30.ª dilucion y en una vez; si el caso es reciente, administrad la trituracion tambien en una sola vez. Traspasando las dósis, vuestro tratamiento será coronado con un brillante mal éxito.

Sea todavía un infarto glanduloso, cualquiera, de la esfera de dulcámara; la misma observacion. Y así lo mismo para todos los casos análogos.

Os decía, que nuestras manipulaciones farmaceúticas casi cambiaban la naturaleza de los medicamentos y vais á comprenderlo con algunos ejemplos

La belladona en diluciones bajas, convendrá en ciertos herpes; en diluciones medias á ciertas laringo-faringitis; y á la 30.ª en ciertos vértigos, delirios, afecciones, nerviosas etc.

Con un solo medicamento es posible tratar muchas enfermedades diferentes, sabiendo manejar bien estas dósis. Me acuerdo que un dia en mi gabinete llené cinco indicaciones en distintos enfermos, nada más con la aplicacion variada de la *nux vómica.*

Se comprende bien, que solo puede tratarse aquí de los medicamentos que gozan de una accion terapéutica en su estado nativo: porque para los que no adquieren esta accion sinó por los procedimientos de la dinamizacion, la escala no es tan estensa, y su virtud no es tan elástica. Cuando pues, dais **silicea, calcárea-carbónica, carbo-vegetábilis etc.** dad al menos la 15.ª la 18.ª dilucion; pues con las *bajas*, echaríais piedras en un pozo.

Para la comprension de todos estos hechos es preciso ir al origen de la analogía, pues aquí el razonamiento es árido y casi seco.

Examinad al hombre en salud, al hombre en perfecta armonía fisiológica. Las sustancias *alíbiles*, son á sus órganos lo que las sustancias medicinales son á su principio vital cuando está enferno. Ved, pues, qué de caprichos afectan estos primeros elementos; ved, si, en la clasificacion del temperamento, de los sexos, edades, etc., cada uno tiene su manera de ser, es decir, su manera de apropiarse los principios alimenticios. Y, desde luego, entre los ~~medicamentos,~~ alimentos,

unos necesitan someterse á una coccion prévia, más ó menos sazonada de aromas y especias, para que el estómago pueda recibirlos y sacar su parte.

Otros pueden llegar al crisol en su estado de crudeza é integridad, física y química. Entre algunas especies animales, veis á las madres nutrir á sus hijos con el alimento elaborado en su estómago, y preparado por la coccion fisiológica,—los pichones solo se crian de este modo— entre otras especies; los rumiantes, por ejemplo, tienen muchos estómagos, y sólo por el fenómeno de la rumicion, la sustancia alimenticia, adquiere las propiedades asimiladoras.

Ved al rico habitante de las ciudades; sus ruedas fisiológicas dan vueltas con lentitud y pereza, y se *enmohecen* casi en el pasatiempo de la ociosidad. A su estómago holgazán le es precisa la flor de harina, las viandas blancas y ligeras, y su apetito lánguido, no puede abrirse sinó con los ácidos y las especias. Id á darle un alimento fuerte, y su estómago sucumbirá con el trabajo de digerirlo.

Ved al hombre del campo; su máquina funciona con todo el vigor de los engranes y las palancas; sus pulmones están siempre llenos del fuego del oxígeno; y, bajo un sol ardiente, su piel destila sus fuerzas orgánicas. Para la reparacion de todas sus pérdidas y el mantenimiento de su equilibrio vital, necesita su estómago de un alimento muy sustancioso, el grueso pan, el grueso vino. Los alimentos del rico serán buenos, sólo para recrear y distraer la gula de ~~sus~~ los hijos. (del hom. rel. ca.

He ahí en los diversos apetitos la predileccion ó la aversion por tal ó cual alimento; éste tiene por esa vianda un horror invencible; aquél, para hacerla su pasto y complacer á su paladar, vendería su derecho y primogenitura como Esaú por un plato de lentejas.

Verdaderamente, todos estos caprichos, todos estos gustos, todas esas exigencias del estómago son inesplicables; tan inesplicables como los caprichos, los gustos y las exigencias del principio vital frente á frente de las sustancias medicicinales.

Si el razonamiento no puede, pues, proporcionaros una luz viva para esclarecer las tinieblas de la cuestion, aprovechemos al menos su pálido brillo.

En los primeros años de la vida el principio vital es muy débil; es casi como el niño en las mantillas fisiológicas; en esta

época todo converge á un centro; el desarrollo, el acrecentamiento de la persona. Dejadlo, pues, crecer, y, durante este tiempo, no vayais á preguntar al fluido vital; está demasiado distraido, demasiado preocupado, no os respondería.

En los últimos años, el principio se extingue, los fluidos se evaporan, la materia reclama con todo su peso al anciano hácia la decrepitud. En esta época es una máquina eléctrica, vieja y cansada; los cogincillos están usados, y el frotamiento es inútil; poned el dedo en el conductor, no saltarán ya chispas. No adopteis dósis fluidas en este estado dinámico porque ya casi no hay receptáculo para los agentes medicinales.

Lo mismo sucede al sexo femenino: La mujer es semejante por su constitucion al niño y al viejo. Debe, pues, ser tratada como en las edades estremas de la vida, como los sugetos debilitados por cualquiera perdidas vitales.

Lo mismo sucede tambien con las enfermedades orgánicas. Aunque ellas tienen su origen, en una alteracion específica del principio vital, se forma en el organismo una especie de masa que rompe el equilibrio fisiológico y se necesitan dósis de tinturas madres ó trituraciones para establecer en algun modo un contrapeso.

Pero no lo olvideis: Todas estas reglas, son sólo leyes generales; las escepciones son las espinas de la práctica y á cada uno toca evitarlas ó desprendérselas de las manos.

Vereis en efecto ancianos al abrigo de la insenectud y mas verdes que hombres en la edad de la virilidad: vereis niños de un dasarrollo físico y moral muy precoz; en estos casos pedid su salud á vuestras dósis fluidas. Tambien encontrareis ciertos *marimachos* que domareis mas fácilmente con vuestros medicamentos fluídicos, que en una lucha.

He visto personas jóvenes muy sensibles á las dósis elevadas hasta la 200; he visto enfermedades orgánicas desaparecer bajo la accion de una sola dósis muy elevada; he visto niños no ser sensibles áun á las bajas diluciones.

Despues de la eleccion de la dilucion, es decir de la calidad del medicamento, viene la cuestion de la cuantidad. ¿Cuál es la forma mas conveniente? ¿es necesario administrar gotas ó glóbulos? ¿en qué casos deben preferirse unas á otros ó estos á aquellas? ¿hay alguna regla tocante á su número? ¿pueden tomarse indiferentemente los glóbulos á secas, sobre la lengua,

ó disueltos en agua? ¿cuál es la cantidad de líquido relativa al número de gotas ó de glóbulos?

Cuestion ociosa, y que para mí ni áun existe. Elegid vuestro medicamento, escojed bien la dilucion, esto es todo lo que se necesita. Dad despues desde uno á cien glóbulos, desde una hasta cien gotas; poned en azúcar de leche una gota, ó glóbulos, tomadlos como gusteis, convencido de que con tal de tomar éste medicamento en la dilucion conveniente, es lo que basta; todo lo demás es completamente secundario.

Ved lo que pasa diariamente: Cuando se quiere vacunar á un niño, ¿qué se hace? Se anda con mucho cuidado sobre la eleccion del niño que ha de proporcionar el virus, y se tiene muchísima razon. Se espera tambien la sazon conveniente, segunda condicion que es igualmente importante; ¿pero cuántas picaduras deben darse al niño para su incubacion? Cuestion fútil. Haced muchas inoculaciones por precaucion, á fin de que, con el número prenda una siquiera, pero seis ó doce no os darán mas que ésta. He visto madres muy inquietas sobre el éxito de la vacuna, porque solo una pústula se manifestó en el brazo del niño; vereis esto y os costará mucho trabajo consolarlas, y os será imposible persuadirlas de que no solo es bastante ésta pústula y ménos que comprenda que con ella se podrian vacunar á todos los niños del mundo.

Pero lo que no es indiferente, es tomar de una dilucion cualquiera, una cantidad cualquiera, en una ó muchas veces; sea por ejemplo una gota de un medicamento: hay muchísima diferencia entre tomarla de una vez, ó en diez cucharadillas de agua en diez veces. Aunque el organismo solo recibe una inoculacion, recibe en éste caso diez sacudidas, que bien pueden modificar las vibraciones fluidas. Esto casi se parece á los fenómenos de la telegrafía eléctrica; trasmitís una chispa; cualquiera que sea, gruesa ó pequeña, que su volúmen sea el resultado de dos, de cinco, ó diez, la aguja marcará el mismo signo; pero si dividís ésta chispa en otras diez mas pequeñas, en lugar de una interrupcion de la corriente, obtendreis diez, y en lugar de un solo signo, tendreis diez. Es además como un espejo, en el que mirais vuestro parecido; cualquiera que sea la dimension, grande ó pequeña, veis una sola imágen; pero si lo rompeis en diez fragmentos, cada parte reproducirá vuestra cara con los mismos rasgos, y en lugar de una imágen podreis tener en ellos diez.

Estas consideraciones me conducen á hablaros de la repeticion de las dósis, artículo no menos escabroso que los que ya hemos examinado.

¿Cómo y cuándo deben repetirse las dósis?

He aquí otro mar que se atraviesa para llegar al puerto de la verdadera práctica hahnemanniana y este mar es tan abundante como los otros en borrascas, tempestades y escollos.

No repitais nunca la dósis de un medicamento, ó no administreis nunca uno nuevo, antes que la primera dósis, haya cumplido su accion.

Este precepto de Hahnemann debe servir de brújula al piloto en su travesía; si no permanece fiel á estas indicaciones, el naufragio es inevitable.

Si os habeis asido bien á las reglas, que presiden á la eleccion del medicamento, y á la diluccion, este nuevo precepto os será mucho más comprensible, puesto que no es, sinó el corolario de aquéllas.

Sabed desde luego que cada medicamento tiene su accion propia, específica, y que la duracion de esta accion, está en proporcion decreciente ó ascendente de la cifra de la dilucion.

Esta ley que está lejos de tener una certeza matemática, ofrece no obstante, todos los halagos de la probabilidad.

Así las sustancias medicinales en dósis masivas, no duran nada, ó casi nada; en su accion, la 6.ª tiene seis veces mas que la 1.ª; la 15.ª quince veces más; y la 30.ª treinta veces más; de suerte que si la primera tiene un dia de accion, la 15. tendrá quince y la 30.ª treinta.

Pero cuando llegais á la 100.ª á la 200.ª á las dósis de Ghorsacoff ó Jénichen, la duracion de su accion se pierde en la sombra del tiempo, como la dilucion en el misterio de los fluidos.

Todo esto aún — pensadlo bien — está en el dominio de las generalidades; la regla corresponde al maestro, y las escepciones á los discípulos.

Sentado esto, es evidente que debeis repetir las dósis en razon directa de las cifras de la dilucion. En los casos agudos, si administrais las *bajas*, dareis una cucharada cada cuatro horas, cada dos horas, á toda hora, ó de media en media hora, ó de cuarto en cuarto de hora, ó tarde y mañana, ó cada dos, tres, cuatro dias; en una palabra segun la agudeza de la enfermedad y la intensidad de los síntomas.

(1) Será "en razón inversa de la cifra de la dilución": si ésta es alta, se repetirá menos, puesto que la duración de la acción es mayor; y si es baja la dilución, habrá de repetirse más á menudo, por durar menos su acción.

Comparad estos á un rio; y las dósis á los movimientos de un nadador: si el agua está en calma, la superficie líquida, tranquila y casi inmovil, las brazadas del nadador, son lentas, medidas y cadenciosas, se recrea en los brazos de las ondas dóciles ó indiferentes, y no vuelve su brazada sino cuando el impulso llega á los límites de su accion; pero si el rio está agitado, si las olas saltan enfurecidas, el nadador, para vencerlas, precipita sus movimientos y sólo con grande esfuerzo y por sus braceadas, vivas y contínuas, llega á vencerlas y á verse libre de sus ligaduras pérfidas.

Asi en las enfermedades crónicas, en las que todo es calma, donde el principio vital, está tranquilo y complaciente, dad solo una dósis, y no la repitais sinó cuando una nueva indicacion os lo reclame: pero en las enfermedades agudas, cuando teneis que combatir síntomas furiosos y agitados, cuando vais á atacar el fuego de una fiebre ardiente, cuando teneis que apaciguar el hervor de la vida en ira, repetid las dósis con sujeccion á la agudeza y violencia de los síntomas.

Es utilísimo concebir la enorme importancia de la eleccion de los medicamentos y de la dósis en los casos crónicos, porque si dais en falso, vuestro golpe no servirá, ó dará al lado del blanco, y entónces es tiempo perdido. Digo tiempo perdido, y en verdad que es ya bastante consolador, poder descubrir que en caso de error un medicamento mal escojido resulta inútil y nunca ó casi nunca dañoso. Pluguiese al Cielo que la terapéutica alopática pudiera decir y pensar otro tanto: —segun mi opinion,— no tendría que echarse en cara hacer frecuentemente más mal que bien, y engendrar, por sus pretendidos medios heróicos, las enfermedades medicinales que los pobres enfermos no tienen la menor intencion de adquirir y sobre todo de pagar alguna vez bien cara.

No pongais, no obstante, vuestro espíritu en tortura y que el escrúpulo no vaya á introducir el gusano roedor en vuestra álma; sed prudente, reflexivo, y frio. Cuando hayais administrado una alta dilucion en una sola dósis, sabed esperar con paciencia y permaneced en observacion.

Sucederá, de tres cosas, una: Ó que, al cabo de cierto tiempo, —ocho dias por ejemplo— haya agravacion de los síntomas; ó disminucion y alivio; ó el estado del enfermo no habrá sufrido cambio alguno. En los dos primeros casos, esperad, dejad obrar al medicamento. Obra bien; el alivio os lo indica de un modo

evidente; y la agravacion, de una manera probable y casi segura. Antes que la neutralizacion de los fluidos se opere, la lucha ocasiona atracciones ó repulsiones inevitables; y, como el campo fisiológico, del enfermo, es el teatro de esta lucha, ¿es admirable que éste sienta las sacudidas?

Asi, pues, sabed esperar, y no repitais la dósis ni deis medicamento nuevo, sinó cuando hayais podido adquirir la certidumbre moral de que la dósis ha agotado su accion, ó que os habeis engañado.

Desconfiad de una manía peligrosa, que estravía sobre todo á los principiantes: cambian demasiado fácilmente de remedios. Cuando obteneis un alivio por un remedio, ¿por qué ordenar otro nuevo? Repetid el mismo, puesto que hace bien y os lo ha probado. Preguntad todavía, si, en éste caso, debe aumentarse ó disminuirse la cifra de la dilucion. Pero, ¿por qué querer cambiar lo que hace bien? Permaneced con el mismo agente; todo lo que podeis y debeis hacer entónces, es amortiguar la accion del medicamento; es decir, rarificar las dósis. Si, por ejemplo, bajo la influencia del sulfur 12ª dilucion, de cuatro en cuatro dias, veis aumentarse el estado mórbido, conservad el medicamento, y la cifra de la dilucion; solamente aconsejad que no se tome una dósis sinó cada ocho dias y asi en adelante.

Voy á concluir éste discurso, señalando un error, un falso progreso, una corta heregía en el seno de nuestra doctrina.

Hartmann en su **Terapéutica de las enfermedades agudas**, pág. 66, dice en su cap. 9.º: (1)

« Debe mirarse como un verdadero perfeccionamiento de la terapéutica homeopática, como una práctica muy útil en ciertos casos, sobre todo complicados, la de hacer alternar uno con otro, á intérvalos convenientes, dos medicamentos que corresponden á los síntomas apreciables, etc.»

Respeto siempre las opiniones —lo he dicho— sobre todo cuando son de sábios prácticos; me atrevo, no obstante, á señalar contra éste precepto la contradicion más abierta, llegaría á decir, la mas enérgica.

He pronunciado con éste motivo la palabra *heregía*; no retiro mi espresion; éste precepto está fuera del espíritu hahnemanniano; no temo decir que, los homeópatas que lo practiquen, se han desviado del camino de la terapéutica

(1) En la edicion castellana 2ª, pág. 47

pura; si Hahnemann viviera, esperaria de él un llamamiento al órden.

Si se pusiera su *organon* en prensa, sólo destilaria una máxima que sería la de no administrar medicamento nuevo hasta que el primero ha terminado su accion.

He ahí todavía los frutos del *antiguo árbol*, que tiempo ha debíamos haber *arrancado* de *raíz* y *arrojado* al *fuego*. He ahí las reminiscencias de la práctica de otro tiempo. Estoy convencido de que, si los homeópatas no hubiéramos sido alópatas, esta idea nunca habría tenido cabida en nuestra terapéutica progresista.

Y en efecto ¡os imponeis una ley muy severa en no administrar nunca más que un solo medicamento á la vez, y os asociais sin escrúpulo á dos ó tres en su accion específica! Pero es simple cuestion de palabras; separais los nombres, pero casais las sustancias. Cuando —por ejemplo— se administran dos medicamentos alternándolos de cinco en cinco minutos (y se ha hecho esto en el cólera, á propósito de **Cuprum et veratrum**) ¿por qué no poner estos dos medicamentos, unidos en el mismo frasco? Los separais un instante para asociarlos en un receptáculo mayor; el estómago; ¿creeis que bastan cinco minutos para que el primero desaparezca y ceda el lugar á su vecino? ¡Imposible!

¿Por qué los médicos alópatas mezclan muchos medicamentos en la misma pocion? ¿de dónde viene esta idea? Ha nacido de la incertidumdre y el temor; sabedlo, y no lo olvideis.

Viendo que cinco ó seis medicamentos pueden convenir á los diversos síntomas de una enfermedad, y no sabiendo por cuál decidirse, los dan todos juntos, y de este modo se quita el embarazo, y su conciencia queda tranquila y satisfecha. ¡Pues bien! este famoso precepto de la alternacion de los medicamentos, nace del mismo temor y de la misma ansiedad; dos medicamentos convienen y los alternais; pero entonces, ¿por qué no tres? ¿por qué no cuatro? Si no vais mas lejos, ¡es evidentemente porque temeis la estension de la heregía! El mismo razonamiento se aplica á la alternacion menos próxima de la tarde y mañana, por ejemplo: ó de dos en dos, ó tres en tres dias, etc.

De dos cosas una; no debeis admitir el doble precepto hahnemanniano que quiere que no se dé jamás mas que un

solo medicamento á la vez, ó que no se le repita, ó que no se administre otro nuevo, sinó cuando la accion del primero ha terminado; ó no debeis alternar los medicamentos.

Este es el caso de un cazador á un novicio, que en una demasiado ardiente precipitacion se apresura á disparar á la vez sobre una liebre los dos tiros de su escopeta de dos cañones, por temor de que le falte.

Pero se dirá que por ésta práctica se obtienen éxitos.

No lo dudo, y voy á esplicaros el cómo.

Hipócrates ha dicho, ya lo sabeis: *duobus dolóribus non in eodem loco simul obortis vehemtior obscurat alterum*: de dos dolores que atacan á la vez en diversas partes, el más fuerte obscurece al menor. Cuando ha dicho *dos dolores*, ha querido decir dos enfermedades, pues enfermedad ó medicamento —para un homeópata— es sinónimo; luego cuando alternais dos medicamentos, en intérvalos demasiado próximos, y sin dar tiempo á las dósis para terminar su accion, el uno obscurece al otro, y entónces solo uno hay que persista, trabaje y os procure el éxito que atribuís falsamente á su doble accion convergente.

El aforismo dice, "no en el mismo lugar;" con mayor razon, si fuera en el mismo lugar como en el estómago que sirve de recipiente á los dos medicamentos.

No creo que ese precepto vaya muy lejos. Muchos prácticos lo han abandonado ya, entre otros, el ilustre Bœuninghausen.

Declaro que en los primeros tiempos de mi práctica homeopática, he caido tambien en ésta heterodoxía; pero desde hace cosa de cuatro años, la he arrojado con la conviccion contraria más esclusiva.

Todas éstas leyes, todas éstas reglas, todos éstos preceptos que acabamos de enumerar, son de una muy áspera aplicacion. Ya lo sabeis; la teoría es fácil, pero la aplicacion dificil. ¡Pluguiese al Cielo que todas éstas leyes generales no tuviesen innumerables escepciones! Nuestra terapéutica sería entónces muy fácil, como lo dicen ciertos ignorantes; pero desgraciadamente no es así; y el camino es estrecho, tortuoso y escarpado. Buscad, pues, el consuelo de vuestra conciencia en la certidumbre que, en vuestro gabinete habeis procurado cuanto bien pudísteis, y que en el lecho del enfermo, habeis hecho todo cuanto os fué posible tambien.

Recordad la respuesta que dió á sus discípulos Baudelocque, el ilustre tocólogo, cuando le preguntaron, después de haber oido con atencion una leccion sobre los preceptos que pueden dirigir ú obligar á las maniobras *obstectriciales*: « ¿Qué haceis en vuestra práctica, le dijeron, para recordar y observar tantas cosas?»

« Estudio todos los dias, y en mi práctica ¡Hago lo que puedo!!! »

DISCURSO SÉTIMO.

Nuestros malos éxitos.

> Un hombre fué al campo á sembrar su grano, y cuando sembraba, una parte de la simiente cayó cerca del camino, donde fué pisada, y las aves del cielo la comieron. Y otra parte cayó sobre peña y luego que nació se secó, porque no tenia humedad. Y otra entre espinas, y creciendo al mismo tiempo las espinas la sofocaron. Y otra cayó en buena tierra y habiendo nacido, dió fruto ciento por uno. . . . . .
> . . . . . El que tiene oidos para oir, oiga.

Esta parábola tiene su perfecta aplicacion en el campo de la práctica médica en general, pero sobre todo en particular en el campo de la práctica homeopática.

Lo confieso y me complazco en convenir en ello: la homeopatía no hace milagros. No es tan loca ni tan ciega para elevar sus pretensiones al nivel del imposible. No es necesario que lleve el castigo de las exageraciones de algunos de sus discípulos, ardientes hasta la temeridad y fogosos hasta el fanatismo. Lo que reclama y con justo título, es su parte legítima en el dominio de la verdad.

No tenemos, pues, la pretension de hacer milagros, y para ir todavía mas allá de vuestros reproches exagerados, confesamos que muy frecuentemente, como fruto de nuestro trabajo y nuestras labores, solo recojemos tristes malos éxitos.

Estos resultados no queremos negarlos ni disimularlos. Os invitamos al contrario á recorrer hoy toda la estension del inmenso dominio hahnemanniano, y en lugar de deteneros solamente en los lugares más fértiles, estableceremos nuestras paradas en los terrenos estériles é ingratos. Cuando, no obstante, os declaramos una mala cosecha, nos permitireis esplicaros, por qué no ha resultado buena.

Un tratamiento puede compararse á la accion de este hombre que siembra su campo. Nuestro terreno es la clientela, y los medicamentos administrados á los enfermos se parecen al grano que cae, en buenas ó malas condiciones de cultivo.

Cuando ningun obstáculo viene á sofocar nuestra simiente, germina y fructifica ciento por uno; pero cuando encuentra piedras ó espinas, se seca y muere.

Muchas veces nuestra cosecha es bendecida por el Cielo, y recojemos el céntuplo; no queremos, no obstante, aprovecharlo para nuestra gloria, puesto que tenemos cuidado de encerrarla en nuestros graneros, sin hacerlo siquiera saber á los vecinos. Pero cuando es atacada de esterilidad, queremos hacer conocer las causas, para que no pueda acusársenos de incapacidad ó negligencia.

Ahora bien, la primera condicion para que una simiente germine y fructifique, es sembrarla en el momento conveniente de sazon. Cada fruto tiene su tiempo, cada cosecha su época y cada simiente su mes del año. El hombre del campo lo sabe, y si lo hiciérais confiar á la tierra su grano despues de sazón: es demasiado tarde, os diría, ¿cómo quereis que mi grano pueda germinar? He ahí lo que nos pasa diariamente.

Evidentemente no puede tratarse aquí de las personas que con gran fé en la Homeopatía formen, con la mayor conviccion, la clientela del médico homeópata. Aquellos hacen llamar directamente á su médico — no esperan que la enfermedad se agrave — y éste encuentra un terreno vírgen, y siempre en estos casos la miés fructifica centuplicadamente.

Solo intento, pues, hablar aquí, de la clientela fluctuante.

Supóngase, pues, una enfermedad aguda. Se llama al

médico ordinario ú alópata; despues, agravándose la enfermedad, se reunen, dos, tres, cuatro médicos, para celebrar una *consulta*; y despues, la enfermedad, agravándose siempre, suele decir su familia: « Si llamaremos á un médico, homeópata. » Se conviene entónces en avisarle por un miembro de la familia, y viene: ¡Vah! ¡pobre médico hemeópata! vas á recojer un seguro mal éxito, no tienes derecho para decir: —¡Ya es demasiado tarde!— Se trata de resucitar á un muerto, y si no haces este milagro, se dirá que tu homeopatía no es capaz de nada.

Estos acontecimientos pasan á todos los médicos, sin duda, pero más especialmente á los homeópatas.

Asi es que poco tiempo ha, fuí llamado cerca de una joven gravemente enferma. Cuatro médicos la habian visto ya. La familia tenia todavía algunas esperanzas en mi visita. Mi visita en efecto sirvió de mucho; la enferma murió minutos despues de mi llegada.....!

Otro dia, el caso era más urgente todavia; se me hizo marchar en un tren especial; pero la muerte no juzgó á propósito esperar la ayuda del último médico para terminar su obra; —se me dió contraórden á la mitad del camino.

Otra condicion para que nuestro grano pueda fructificar, es que no se le arroje en medio de una simiente estraña que ocupa el terreno, y ya en vía de germinacion.

Es raro, en efecto, que nuestro tratamiento obre sobre una tierra patológica vírgen; muchos otros médicos han depositado ya el gérmen de sus multiplicados medicamentos. ¿Cómo quereis entónces que los nuestros gocen de toda su libre actividad? ¿habeis visto nunca á un labrador, echar su grano, en medio de otros granos en germinacion?

Los medicamentos homeopáticos no son ciertamente tan sensibles, ni suceptibles como se complacen en decir y como aún lo creen los nuevos convertidos.

Es cierto, no obstante, que si no es necesario ser escrupuloso, es preciso siempre ser prudente. Convengo en que alguna vez se han visto obrar medicamentos, al lado, y á pesar de otros que ocupan ya el lugar; pero estos casos son escepciones y no es escudado por las escepciones como debeis viajar tranquilo en el campo de la práctica.

En las enfermedades crónicas, el asunto no es muy alarmante;

podeis esperar y hacer esperar. Si es llevado por buena voluntad el cliente, dará tiempo á los medios absorbidos, para desaparecer y limpiar el sitio, y llegará á ofrecer al médico un terreno nuevo y casi vírgen. Pero en los casos agudos, el enemigo no os concederá ninguna tregua: es urgente, es preciso, obrar y combatir. Aquí la contemporizacion no está en poder del médico ni del enfermo; y —para continuar la aplicacion de la parábola á nuestro asunto,— el primer grano que ya ha germinado sofocará al nuevo; en términos técnicos, vuestros medicamentos embarazados en su accion por los medicamentos ya administrados permanecerán impotentes y registrareis en vuestro librito un nuevo é inevitable mal éxito.

Todas estas circunstancias son muy frecuentes en nuestra práctica. Que un médico homeópata sea llamado cerca de un gotoso, por ejemplo; diez y nueve veces en veinte lo encuentra ya saturado de remedios; sea todavía una fiebre tifoidea; entónces son las cantáridas, los vegigatorios, la mostaza en sinapismos, la evaporacion del éter, el almizcle, el olor suave de la valeriana, el perfume de los lavatorios de asafélida, etc; id á dar un medicamento homeopático en semejantes circunstancias, y volvereis á poner en escena la fábula del lobo y del cordero. Semejantes casos de mal éxito, se presentan todavía mucho más numerosos, en tiempos de alguna epidemia, de cólera por ejemplo.

Entrad en el cuarto de un colérico: toda clase de emanaciones, atacan enseguida vuestra garganta, pero sobre todo os veis sofocado por el olor del alcanfor bajo todas sus formas. Vuestra terapéutica se embaraza entónces con las malezas, no solo de remedios ordenados por los médicos alópatas, sinó tambien con todos los medios aconsejados por la gente charlatana de la vecindad.

En semejante caso, debeis considerar no es posible recojer sinó probables malos éxitos; y lo mejor que podríais hacer,.... era no hacer nada, y dejar á otros la responsabilidad de devanar la madeja que han enredado.

Pero el camino es todavía mucho más espinoso, cuando por temor ó cálculo, el enfermo os oculta que ya ha consultado á uno ó muchos médicos y tragado la mitad de las drogas de una farmacia. Entónces os poneis á obrar con la más natural confianza, y quedais del todo sorprendido al ver que vuestros

esfuerzos son vanos é inútiles. Es el pérfido trabajo de Penelope; la tela que se teje nunca se acaba.

Esta consideracion me conduce á hablaros de las enfermedades medicinales, asunto que solo hemos enunciado en nuestro último discurso.

Este nuevo elemento de malos éxitos, es, en algun modo, el corolario del precedente, ó, si quereis, el mismo, en mas alto grado.

Desde luego, en efecto, es una simiente que encuentra á otra simiente anterior y ya en vía de germinacion. Aquí el desarrollo está más adelantado; son granos que echareis en un campo cubierto de espinas, en perfecta madurez y esperando solo la guadaña. Ahora os lo pregunto: estos granos, ¿podran recibir su parte de sol y nutricion? Nó. Y entónces, ¿cómo podrán germinar? ¿qué hacer en este caso? Cortad desde luego la miés, y, despues de labrar el campo de nuevo, la tierra abrirá su seno á una nueva fecundacion. He ahí lo que están obligados á hacer los médicos homeópatas. Hé ahí al terreno patológico á que se les llama diariamente.

Nos atreveremos á decirlo; las enfermedades medicinales son mas comunes de lo que se piensa, y ¿cuántos desgraciados no llevan en los pliegues de su constitucion la mancha producida por tal ó cual medicamento? Esta mancha, sin comprenderlo, ha ensuciado desde luego su principio vital, y además se ha esparcido en todo su organismo como la gota de glicerina que no produce de pronto sinó una manchita, y se estiende luego infiltrándose por todo el tejido.

—¿Cuál es la génesis de las enfermedades medicinales?

—La polifarmacia y la posología masiva.

Administrais á un enfermo muchos medicamentos á la vez. Uno solo, es lo más frecuente por no decir siempre, es el que se encarga de la accion terapéutica y triunfa de sus compañeros, antes de triunfar del enemigo que ha de combatir. Pero los demás, ¿permanecen pasivos é inocentes en la economía del enfermo? ¡ah! No. Cada uno se dirige hácia su objeto particular, y acaba muy frecuentemente por alcanzarle, y entónces tiene lugar una nueva enfermedad que no esperaban, ni el médico ni el enfermo.

O bien, si el práctico alópata no dá sinó un solo medicamento, lo dá en dósis de tal modo masivas, que el organismo

no puede desembarazarse de ellas. Entónces es cuando la dinamizacion fisiológica se vuelve la compañera de este medicamento enemigo. Guardiana, ciega del receptáculo orgánico, hace la misma acojida á todas las sustancias, les abre sencillamente y les introduce en todos los secretos y rodeos de la economía. Entónces el remedio, convertido en una verdadera enfermedad, elige su domicilio y se instala en el campo patológico que acaba de entregarle una administracion contra natural.

Estas enfermedades medicinales pueden ser producidas por los hábitos de los enfermos, tan bien como por las recetas de los médicos. Serán entónces los cuadros sintomáticos, de la manzanilla, del café, del alcanfor, del almizcle, la dulcamara, etc., etc. Cada uno tiene sus cortos remedios para sus indisposiciones; y en nuestro siglo, siendo todo el mundo médico, cada uno aconseja sus pequeños remedios á sus amigos. Entónces aparecen esas pretendidas enfermedades espontáneas, como esos vegetales que nacen y crecen en las hendiduras de los edificios antiguos, y parece que se han desarrollado en ellas como los efectos sin causa.

Todas estas enfermedades artificiales, ¿no pueden ser producidas tambien por la práctica homeopática y no podría dirigírsenos la misma observacion, á título de reproche?

Sí, muy cierto, nosotros podemos producirlas, puesto que esta posibilidad es uno de los puntos cardinales de nuestra doctrina; pero ¿podemos dirigirnos el mismo reproche? — No, porque nunca administramos sinó medicamentos cuya fisonomía conocemos bien, y toda la estension de su accion; y el error de la aplicacion en las enfermedades no es casi posible; ó, al menos, si es posible, sólo es en virtud de la falibilidad humana. Pero la alopatía, privada de los conocimientos positivos que procura la esperimentacion pura, no apoyándose sinó en los datos inciertos de la esperiencia, se encuentra rodeada de muchas mas probabilidades de error.

Y, por otra parte, nuestras enfermedades medicinales son enfermedades fluidas que pueden desvanecerse espontáneamente ó neutralizarse por su antídoto. Cuando damos tinturas madres ó trituraciones, sólo van revestidas de la primera capa de la materia, y entónces todo puede ser absorbido y desaparecer; mientras que las enormes dósis alopáticas, no pueden pasar

enteras por el engrane de la dinamizacion fisiológica, y una gran parte se vé precisada á quedarse en el crisol. Pueden resultar entónces desórdenes generales ó alteraciones locales, mas ó menos graves segun la dósis del resíduo: ¡ved á ciertos enfermos que habiendo tragado grandes cantidades de mercurio por ejemplo!.... Su organismo acaba por quedar saturado. ¡Pues bien! trataríamos á una persona con nuestras dósis, durante mil años, sin que pudiéramos obtener nunca éste fatal resultado. Se sigue, además, de estas consideraciones, que las enfermedades medicinales, aunque se presenten con todos los atributos sintomáticos, pasan desapercibidas á los ojos de los prácticos alópatas, mientras que el médico homeópata no se deja engañar de ellas. Familiarizado con todos los cuadros patológicos artificiales, los reconoce á la simple vista, á su sola aparicion; y cuando ha recojido todos los síntomas, que le presenta su enfermo, solo le falta decidir la cuestion entre las enfermedades naturales y artificiales. Así muchas veces pueden sorprender á sus enfermos, diciéndoles despues de haberles escuchado: Habeis tomado mercurio, azufre, quina, etc. — Y el consultor responde afirmativamente, y declara á éste médico dotado de la más estraña perspicacia. ¿En semejantes casos qué hay que hacer?

Ya lo hemos dicho: es preciso cortar la antigua miés y labrar el terreno para sembrar nuevo grano.

Mal éxito seguro, si, viendo una enfermedad natural, donde no existe más que una enfermedad medicinal, emprendeis un tratamiento en presencia del enemigo oculto. El lobo está en el bosque; guardáos de conducir á él vuestro ganado.

Mal éxito probable, si, segun el método más racional, quereis desde luego administrar los antídotos, es decir, desembazar antes de construir. ¿Por qué? Porque no se os dará tiempo, ya lo vereis luego. ¿No habeis oido decir nunca á las gentes del campo, que despues de una cosecha se necesita dejar descansar la tierra, y que esta tierra agotada por las exigencias de la agricultura rehusa nutrir las nuevas simientes, y se vuelve casi estéril.

¡Cuántas veces he encontrado indivíduos profundamente debilitados por emisiones sanguíneas, vegigatorios, sinapismos, lavativas, purgantes, sazonado todo con una dieta severa! ¿Qué quereis que suceda á estos pobres enfermos?

Hay ciertas enfermedades — la fiebre tifoidea por ejemplo—

que por su naturaleza tiende á la postracion del indivíduo. El principio morbífico parece caer con todo su peso, sobre las fuerzas radicales; las oprime; las sofoca.

Para quitar este peso, casi siempre son impotentes los remedios. El enfermo tiene que sucumbir en este estado, sin poder ser librado del lazo que le oprime.

Nada produce tanto la desesperacion á un médico, como la debilidad de su enfermo. Cualquiera que sea la causa, es siempre un elemento de mal éxito, porque los remedios permanecen inertes.

Cuanto más fuerte y robusto, más espuesto se está á las grandes enfermedades. Hipócrates llamaba á este estado, el peligro de una salud de atleta. Esto es cierto; pero, en cambio, más fuerte y más robusta es tambien la accion de los medicamentos para combatir estas enfermedades. En general se puede sentar como principio, que la virtud de los remedios está en razon de la energía vital.

Cuando, pues, un enfermo está desprovisto de la sensibilidad por los medicamentos, todos los esfuerzos de la ciencia para salvarlo, son inútiles. El médico, desesperado, se siente capaz con su palanca terapéutica de levantar un mundo patológico, pero como Arquímedes, solicita en vano un punto de apoyo. Llama, pero sus golpes dan en hueco; administra remedios, pero caen en la urna de las Danaides; interroga á todas las cuerdas de la escala, todas están rotas y mudas. Es, en fin, permitidme la frase, como si jugara á la pelota en un muro de algodon.

Encuentro todavía en las visuales de mi plan, como causa de mal éxito, la incurabilidad absoluta de las enfermedades demasiado antiguas y orgánicas. Pero ¿qué decir sobre esto? Toda disertacion es impotente como toda terapéutica. Es de aquellas cosas que se sienten muy bien y no pueden decirse.

Son casos mórbidos, que quisieran curarse, pero que la mejor voluntad se estrella contra el imposible. Esta palabra *imposible*, la querría borrar del diccionario médico un loable orgullo, y desgraciadamente en las tinieblas de la impotencia brilla con letras de fuego. En las afecciones orgánicas, reconocidas como incurables, ¿qué hacer, qué aconsejar á los pobres enfermos? El mejor remedio en este caso es la raíz de la paciencia.

He empleado frecuentemente este medio, y me he encontrado siempre bien con él.

Llegamos al elemento mas fecundo de malos éxitos. Elemento que llamaría la espina del oficio: quiero decir, la impaciencia de los enfermos y de sus allegados.

He aquí en toda su verdad la aplicacion de la parábola. Las espinas sofocan la simiente, y si crecen en abundancia en el campo médico, mucho mas numerosas todavía brotan en nuestra tierra con la simiente.

¿Qué diríais de un labrador, que al dia siguiente de su siembra fuera á visitar su campo para ver si no habia brotado el grano todavía?

¿Qué diríais de un arquitecto, que despues de haber distribuido á los maestros de obra el plan de una casa, fuera á ver á la mañana del siguiente dia, si habian ya hecho las ventanas? El primero merecería compararse á Filemon y Bocis, y el segundo á alguno de los génios de los cuentos árabes.

He ahí, no obstante, lo que nos acontece diariamente. La impaciencia de los clientes no es desgraciadamente una fábula; es la mas triste realidad que Dios ha enviado á los médicos para espiar sus pecados!

Quiero hablar aquí, sobre todo, de los médicos homeópatas; pues, frente á frente de los tratamientos alopáticos, se encuentran todavía algunos fenómenos de paciencia.

Ejemplos:

Ultimamente vino á consultarme un jóven sobre una enfermedad muy grave. Se trataba nada menos que de un trayecto fistuloso, en la region lumbar, que tenia su origen en la caries de una vértebra. Hacía dos años que seguía las prescripciones de un médico alópata, y tomaba muy escrupulosamente los remedios que le eran ordenados. Vino, pues, á rogarme que lo tratara é hiciera todo lo posible por curarlo. Parecía dotado de la mejor voluntad y mas decidida resolucion. Le puse una prescripcion..... ¿Qué resultó de ella? Lo ignoro ó acaso no lo sé bien; mi remedio fué bastante desgraciado para no curarlo en ocho dias, y no lo volví á ver; ¡que sea bendito! no dude que me ha quitado un gran peso desembarazándome del cuidado de su enfermedad.

Hace algunos meses que fuí llamado cerca de una jóven atacada hacía algunos años de una afeccion en el hígado;

cuatro años llevaba medicinada por médicos alópatas; su tratamiento habia sido infructuoso, y los parientes, segun el consejo de un sugeto, digno del mayor respeto por su vasta capacidad y no comun instruccion, consintieron en confiarla á mis cuidados.

A mi llegada, la familia se llenó de alegría, porque la presencia de nuevo médico es siempre en la casa de un enfermo un dia de fiesta; parece que la enfermedad se halla oculta en los pliegues de nuestra toga. Todo marchó bien el primer mes, la enferma descansaba, paseaba, comía y dormía, y en este estado, aunque con algunas ligeras escitaciones pasó las estaciones de primavera y estío; el padre rebosaba en manifestaciones de un gozo poco comun, y cuando, cada quince ó veinte dias, yo daba una vuelta por ver á mi enferma: ya está todo vencido, me decía; no, amigo mio, le contestaba yo; llegará la estacion de otoño, y el enemigo que solo está dormido, sacará la cabeza cuando ménos lo esperemos. — Pienso de diferente modo que V. replicaba el buen padre. Bien, bien, amigo mio, repetía yo, pero el tiempo probará cuál de los dos tenemos razon.

En fin de Agosto á altas horas de la noche, fuí llamado con urgencia; un ataque violento aquejaba á mi enferma; permanecí á su lado hasta que la ví fuera de cuidado; me retiré á mi casa á descansar, y cuando regresé despues de la visita de por la mañana, me hallé con una carta en la que se me anunciaba se habia resuelto en familia pedir de nuevo á la alopatía, lo que en cuatro años no habia podido dar. ¿Lo dará en esta ocasion? — Mucho lo dudo.

No quiero multiplicar las citas; hago éstas, que son recientes y se presentan las primeras á mi memoria. Cada médico posée en sus recuerdos clínicos, número bastante para dar pábulo á las parlerías de la velada de invierno. Yo estoy ahora acostumbrado á los cuadros de todas estas comedias. Es muy racional, en efecto, que cerca de los enfermos la dósis de paciencia esté en razon de la dósis de los remedios que toman. En los tratamientos alopáticos, todos los sentidos están satisfechos; el deseo de los olores disfruta del olor de las pociones; los ojos analizan los colores de las botellas; los dedos acarician amorosamente las píldoras mágicas; el paladar gusta las tinturas y misturas, segun la fórmula. ¿Cómo no ha de dejarse seducir

el enfermo con todos estos halagos de esperanza? Espera, pues, y persiste.

¿Pero cómo quereis que tenga la menor confianza en nuestros medicamentos? En ellas no hay nada, ni gusto, ni vista ni olor. —Polvos blancos siempre y agua clara. — ¡Adios, esperanza! Y como la paciencia es hija de la esperanza, ¡adios tambien de la paciencia!

He aquí un hecho que hablará más alto que todos: no quiero echarlo de mis recuerdos; no há un mes que me ha pasado.

Una Señorita habitante de un pueblo de los alrededores vino á ésta con su Madre, para consultar á los médicos sobre una enfermedad que la inquietaba mucho. Hacía algun tiempo que sentia disminuir su vista rápidamente; — estaba atacada de lo que vulgarmente llaman gota serena.

El primer médico que la examinó, prescribió muchos remedios. — ¿Cuáles? — No lo sé. Todo lo que sé es que habia aconsejado la aplicacion de un cauterio en el brazo izquierdo, y un sedal en la nuca.

Al salir del gabinete de este práctico, esta Señora vino á consultarme, le prescribí á su hija solo y simplemente un frasquito de agua clara para tomarlo á cucharadas de dos en dos dias.

¿Podía ésta Señora titubear entre los dos tratamientos? ¿podía vacilar un solo instante?

¡Dos fuentes que debian unidas atraer el humor de los ojos, y aclarar la vista!: esto, esto habla, esto salta á los ojos.... ¡de aquellos que ven! Pero un frasco de agua clara.... ¿qué quereis que haga?

— Galeno refiere, que un enfermo le contestó un dia: **Guardad para los pobres lo que me ordenais á ahí: yo necesito un remedio de mayor precio.**

Así cuando la Madre y la Hija entraron entre sí en consulta sobre las dos recetas, la deliberacion no tardó, y la decision del escrutinio fué, por unanimidad, por el cauterio y sedal.

¡Sea Dios bendito cien veces! porque despues se me ha dicho que esta jóven murió al dia siguiente de las dos consultas. Si por desgracia hubiera tomado, una sola cucharada de mi prescripcion, se habria acusado á mi agua clara de haberla envenenado.

La impaciencia de los enfermos, engendra, pues, muchos malos resultados. — Asi es que algunos médicos se dedican á

tratar este defecto de los clientes, antes que su enfermedad. — La caridad me impide sentar un juicio sobre su conducta. — Confieso, por mi parte, que mi franqueza, bajo este aspecto, aleja á muchas personas de mi gabinete, y les impide volverme á consultar.

¿Se necesita, pues, anunciar al enfermo, que su enfermedad no tiene remedio, sumergiéndolos así en la desesperacion?

— Evidentemente no.

Galeno refiere, que cierto médico de la antigüedad, llamado Calliana, no tenía piedad alguna con sus enfermos, y que habiéndole preguntado uno, si se hallaba en peligro de muerte, le contestó, con gran dureza, con un verso de Homero, cuyo sentido es éste: *Patroclo ha muerto, que valía más que vos.*

¿Deberemos seguir la conducta de este médico?

— ¡No! pero lo que no podemos decir al desgraciado, podemos decirlo á su familia. Y si no podemos pronunciar la fatal palabra de incurable, tampoco debemos prometer más de lo que podamos obtener.

No temo, pues, formular á la luz del dia mi opinion sobre este asunto — con peligro de escitar la bilis de cualquiera —: todo médico que promete imposibles y halaga al enfermo con la ilusion de una cura, que siempre llega y siempre huye, ¡este médico engaña á su conciencia y á la dignidad de su Sacerdocio!

Sé muy bien, que no todos aprueban este proceder; pero los que así no obran, son indignos de llevar nuestra límpida toga.

Hay otras personas, que son incapaces de seguir un tratamiento sin interrupcion. Aquí no es precisamente impaciencia sinó antes negligencia, ó inconstancia. Ya por una razon, ya por otra, suspenden las visitas y las consultas del médico, y ponen así en el hilo de las recetas muchas soluciones de continuidad. Á estos, por ser fiel al colorido del asunto, los compararé á un agricultor que, despues de haber plantado un arbusto, le arrancára ó le trasplantára de tiempo en tiempo, y se admirára despues de no verlo nunca dar fruto.

Pues estas personas, despues de la primera ó segunda prescripcion, se eclipsan por uno ó dos meses y reaparecen despues en el horizonte y traen entónces las embajadas mas cándidas.

Uno dice:

Me encontré algo mejor, y creía que mi enfermedad iba á desaparecer del todo.

Otro:

Ese remedio no me purgó; no lo he sentido; nada me ha hecho, y me he desalentado. No obstante, quiero continuar el tratamiento.

Acepta una nueva receta, toma nuevo medicamento, pero al cabo de ocho dias encuentra que no sana y no vuelve.

Un tercero:

He suspendido mi tratamiento todo el invierno, porque se dice que durante este tiempo no obran los remedios.

He aquí todavia una de esas antiguas preocupaciones que vivirán tanto como las vulgaridades del hogar.

¡Como si la naturaleza tuviera decrecimiento, crecimiento, desarrollo!....

Las enfermedades, ¿no nacen durante el invierno? Las que existen, ¿no continúan tranquilamente á pesar del frio, la sequedad y humedad, su sorda coalicion? ¿por qué, pues, los medicamentos se han de entorpecer en la época de los hielos? ¿creéis que sean más favorables en la primavera? Los considerais, pues, como plantas, y no veis en ellas sinó sávia y yemas?

¡Preocupacion! ¡vieja preocupacion!

Sea lo que quiera; todas estas razones y tantas otras hacen que los interrumpidos tratamientos no conduzcan á nada.

He aquí, en fin, una causa de mal éxito, que es tan rica, como cualquiera de las que acabamos de examinar: Todo se encuentra aquí á la vez; piedras, estorbos y espinas, la falta de sol y de humedad y toda clase de aves del cielo, que vienen á comer el grano. Esta causa es el régimen, con todos sus escesos y particularidades.

Los detractores de nuestra doctrina no dejan de atribuir al régimen severo que imponemos á nuestros enfermos todos nuestros éxitos.

Ya habeis visto el caso que se debe hacer de esta vana alegacion.

Pero muchas personas, por otra parte de buena fé, se imaginan que este régimen es de tal modo estricto y esclusivo, que siguiendo un tratamiento homeopático, no hay ya modo de comer ni beber.

Esta falsa persuasion contribuye no poco á alejar á los

enfermos de nuestros gabinetes de consulta, por lo que es preciso, estendernos sobre este asunto, y esplicarnos franca y claramente. Se han dicho y publicado á este propósito las mas estrañas escentricidades.

Así unos creen que sometemos á una regla impracticable las horas y el número de comidas.

¡Error! no cambiamos nada en las costumbres de la mesa; á lo mas, introducimos solamente las modificaciones exigidas por los casos individuales de las enfermedades y sometemos á nuestros enfermos á reglas dietéticas generales. ¿Por qué querer hacernos los imitadores de Celso, por ejemplo, que aconsejaba hacer solo una comida, y no tomar en el resto del dia sinó algunos alimentos secos y sin beber? ¿Por qué Séneca vivía casi de esta manera? Acaso por economizar su tiempo y para quitarse el trabajo de lavar sus manos, como tiene cuidado de decirlo: *Como pan seco y sin ponerme á la mesa, y no tengo necesidad de lavarme las manos.* Sicus et sine mensa, prandium, post quod non sint manus lavandæ. (Epistola 83). Nunca hemos tenido la idea de dar semejantes preceptos. Al menos, lo repito, que el caso lo exija, no descendió nunca á detalles gastronómicos.

Otros se imaginan con el mas cándido buen natural, que la Homeopatía tiene un régimen general particular, y que todas las personas que siguen la práctica de esta doctrina están obligadas á adoptar y permanecer sometidas toda su vida á él, enfermos y no enfermos. Así, si se les prohibe tal fruta, por ejemplo, creen que es para siempre.

Muchos me han declarado semejantes temores y aprehensiones y los veía agradablemente sorprendidos al decirles: cuando esteis sano, podreis recobrar vuestras costumbres.

¡Ved hasta dónde puede llegar la supersticion!

Los hay, en fin, que se privan de ir á consultar á un médico homeópata, temiendo que se les prohiba tomar baños, infusiones, tisanas, etc. Que el vino, el café, la cerveza, los licores, el ajenjo, el tabaco, les sean severamente quitados; que las especias de todas clases, canela, clavo, hasta la pimienta y todos los sazonadores que mantienen el apetito, se encuentren en la lista de las cosas prohibidas.

No me sorprendo de todos estos temores, de todas estas falsas aprehensiones. Es que la lista de las cosas prohibidas por algunos médicos, es de tal manera larga, exigente y severa,

que no hay recurso de comer ni beber. Ciertamente, si me viera en lugar de los enfermos que van á consultarles, preferiría mil veces quedarme con mi enfermedad que someterme á su suplicio de Tántalo.

Todas estas exigencias se esplican muy fácilmente. Que en sus primeros dias — en sus dias de ensayos en algun modo — la Homeopatía fuese severa — hasta muy severa — se concibe. La esperiencia no habia hablado todavía. Los éxitos no se habian reunido en bastante número para sostenerla y defenderla, y sus nuevos discípulos rodeaban sus primeros pasos, de todas las precauciones más minuciosas, como una madre vigila con inquietud los primeros pasos tímidos de su hijo, y ciñe su cabeza de un rodete para amortiguar las caídas.

Que en sus casos, un médico nuevamente convertido á la doctrina hahnemanniana sea severo hasta el escrúpulo, se concibe tambien. Confieso, por mi parte, que en mis principios siempre tenia miedo por mi pobre remedio infinitamente pequeño. Era un espejo, que el menor soplo podia empañar; una pequeña luz que la mas débil ondulacion del aire, iba á extinguir; era un corderillo que el lobo iba á llevarse al bosque.

Todo esto es natural. En esta época todo es dudas, todo es temor; la fé no ha descendido todavía al espíritu del neófito; y vacilando en las sombras de un terreno práctico poco familiar, es perdonable una marcha llena de zozobras poco segura y algo fluctuante. Pero los hay que permanecen todavía ligados con el escrúpulo, á pesar de la antigua fecha de su conversion y de su práctica. Esto debe atribuirse necesariamente á su temperamento y carácter particular. Así, sé que un antiguo y muy ilustre práctico, incluye á sus consultores, con la receta escrita, una hoja impresa, donde se encuentran en una lista sin fin todas las sustancias proscritas por un tratamiento homeopático. He visto esta lista y he quedado convencido, sin tener aún la paciencia de leerla toda entera, de que no hay medio de comer ni beber ya. A la verdad que es para desalentar la confianza más robusta; es para confirmarse en el antiguo dicho: es peor el remedio que la enfermedad.

Me guardaré bien de haceros sufrir todos estos tormentos, mis queridos enfermos.

Así, nada de exageracion, nada de falsos temores, nada de supersticiones. Los medicamentos homeopáticos no son tan

sensibles, ni tan susceptibles como se quiere creer y pueden hasta pensar ciertos discípulos de Hahnemann.

Y es muy necesario; porque en las clases pobres ó jornaleras, por ejemplo, ¿cómo podría tratar á mis enfermos si fuera tan crédulo y exigente? ¿cómo podría escluir de sus comidas las salsas de todas clases ó prescribirles los platos aristocráticos? Comen lo que encuentran en la mesa, comen lo que todo el mundo, y tienen razon. Solo una cosa llego á prohibirles absolutamente: no tengais nada de alcanfor en vuestra casa. Y ya vereis porqué no pongo otros límites á sus costumbres. ¿Creéis que se mostrarian fieles á mis órdenes si se les prohibiera fumar su cigarro despues de la comida y beber vino y café el domingo, dia único para ellos de descanso y legítimos placeres? Esto equivaldría á prohibirles manejar en la semana la lima á unos, y el martillo á otros, el arado á muchos, etc., etc. Y, no obstante, los medicamentos obran, y sus tratamientos caminan perfectamente.

Quiero ahora referiros parte de una consulta que escribí esta mañana á uno de mis enfermos. Creo deber hacer notar aquí que cada uno es responsable de sus opiniones personales.

Este enfermo está atacado hace algunos años de dolores reumáticos. No habiendo obtenido hasta aquí ninguna mejoría por la medicina ordinaria, se ha dirigido á la Homeopatía, hace solo algunos dias. He aquí — despues de lo relativo á los medicamentos — lo que le he escrito á propósito del régimen. «No altereis nada absolutamente en vuestras costumbres. Hace veinte años, decís, tomais café despues de la comida; continuad tomándolo. Estais acostumbrado á las viandas con especias y á la cocina de alto gusto; seguid vuestra costumbre. Bebeis, segun las circunstancias, vino y licores, no os molesteis por eso. Teneis, en fin, el largo hábito de fumar, no quiero introducir ninguna modificacion ni en vuestro régimen, ni en vuestra manera de vivir. Conservad la franela, puesto que hace tiempo la llevais. Teneis un cauterio antiguo en la pierna ízquierda; me guardaria de aconsejároslo si no lo tuviérais; pero como vuestro organismo lo ha tomado en costumbre y tolerancia, me guardaré tambien de aconsejáros quitarlo. Alimentadlo, como á un pesado parásito.

»En cuanto al régimen, no obstante, me veo obligado á hacer una ligera restriccion. No vivais esclusivamente de viandas y no deis la preferencia á las negras. Os hago esta observacion

en particular, en vista de la naturaleza de vuestra enfermedad; en cualquiera otro caso, podria dejaros libre.

» En cuanto á los olores y perfumes de que me hablais, no seais escrupuloso, pero sí prudente; huid de los olores fuertes, pero sobre todo de los de el alcanfor, porque el alcanfor es el antídoto de los medicamentos homeopáticos en dósis infinitesimales. No hagais uso, por otra parte, de ninguna clase de fricciones, pomadas, tisanas, infusiones, etc. Permaneced en la observancia estricta de las órdenes que os doy.

» Os recomiendo, que repareis en el estado atmosférico para vuestros paseos. Evitad la humedad sobre todo, y cuidad de poner á cubierto vuestro cuerpo contra el frio demasiado intenso, ya evitando mucho el aire, ya rodeándoos de todas las precauciones que reclama la época en que nos hallamos.»

Si os indicara ahora los remedios que llevaba esta consulta y su modo de administrarlos, podríais apercibiros de que nuestros tratamientos no son cosa difícil de sufrir; y que siguiéndolos, áun en observacion rígida, hay medio de vivir y conservar las costumbres más cómodas.

No siempre tampoco se necesita caer en el esceso contrario, y por una complacencia demasiado elástica, que resultaría entónces negligencia, no es necesario soltar la rienda á todos los abusos. ¡Pues bien! es precisamente como aún queriendo reprimir estos abusos, aún queriendo apropiar las reglas dietéticas en cada caso particular y queriendo mantener á los enfermos en la vía de una sana prescripcion, cómo nos esponemos á los malos éxitos demasiado frecuentes é inevitables.

En los casos agudos la cosa es fácil, y los enfermos no cometen pecados de transgresion contra la órden del médico. Aquí el apetito no tiene caprichos, carece casi de voluntad, puesto que está dormido. Ninguna inclinacion viene á solicitar y seducir al enfermo, pues todos sus hábitos duermen tambien. Solo hay que temer á las tabaqueras alcanforadas y los adornos almizclados. Aparte de esto, los remedios no encuentran obstáculo alguno en su marcha y accion.

Pero en los casos crónicos, el médico tiene muchos motivos de inquietud y mil razones para no dormir tranquilo sobre el resultado de sus prescripciones.

Así á propósito de las costumbres, no es necesario desarraigarlas cuando son muy antiguas. En general se debe respetar

el equilibrio del organismo. Hahnemann mismo que tenia con el café una enemistad algo exagerada, no lo prohibia á tomadores inveterados.

¿Conoceis el hecho extraordinario de ese prisionero, que despues de haber estado encerrado veinte años en un calabozo, se habia acostumbrado de tal modo al aire infecto de que se servian sus pulmones, que cuando recobró la libertad cayó enfermo respirando el aire puro, y pidió su antigua cloaca para recobrar la salud?

Es preciso, pues, respetar las costumbres. Pero de esto, á permitirlo todo, hay distancia. Si deben respetarse en quienes las tienen, debe hacerse todo lo posible por impedirlas donde no las hay. Asi, es muy prudente prohibir en general el abuso del café, licores, ácidos, especias de todo género, porque las trasgresiones de estas reglas higiénicas anulan muchos tratamientos.

Aún para los olores, la Homeopatía no es su enemiga declarada y no lanza contra ellos sus bulas fulminantes.

Si, en efecto, nuestra doctrina es la verdad en medicina, es necesario, como para todas las verdades, que su aplicacion sea fácil para que se haga general. Si, pues, no pudiese de ningun modo obrar por los olores, ¿cómo podría tratar á los perfumeros, por ejemplo? ¿cuáles serían sus garantías de porvenir, si arrojaba del seno de su práctica á todas las personas que por gusto ó estado viven en medio de toda clase de emanaciones? Por poco, pues, que se exajerara, prohibiría pasar por la tienda de un peluquero ó perfumista, el irse á pasear por los jardines y el sentarse bajo los árboles en flor. Sería necesario entónces en la primavera estar bajo una campana y borrar el mes de Mayo del calendario.

Pero distinguid: del uso al abuso, no hay más que un paso; hoy, en el reinado de un lujo insensato y de todas las locas exigencias del adorno, si entrais en la casa de una familia de una posicion social regular, al visitar el tocador menos pretencioso, ¿qué encontrais? elixir, polvos y opiatas dentríficas, agua de lavanda, jabon lenitivo perfeccionado, nata de jabon lenitivo, vinagre aromático de Bully, agua de ambar, agua lustral, aceite de avellana perfumado, coldcream superior, agua de colonia superior, pastillas orientales, espíritu de menta superfino, pomada para evitar la caida de cabellos, etc. etc.

¡Y despues las Señoras se admiran de tener la cara granugienta, de esperimentar jaquecas que las aturden, y verse obligadas á los treinta años á llevar dientes postizos y á los cuarenta á usar peluca! ¡Y despues se admiran de que nuestros medicamentos no obren, y las enfermedades permanezcan siempre en su cama perfumada!

¡Y despues se dice que la homeopatía es la medicina de los retretes!.... decid mejor que es la medicina de los propietarios, de los agricultores, de los artistas, de los jornaleros, y de los pobres....!

Ya habeis visto que en mi carta á ese consultor estraño, le aconsejaba huir del alcanfor, como antídoto de todos los medicamentos Homeopáticos.

Si en lugar de comparar nuestro asunto á un campo destinado á la miés, lo hubiéramos comparado á una viña, os habria dicho que la nuestra tiene una enfermedad, que compromete con demasiada frecuencia nuestras cosechas. El alcanfor es, en efecto, el *oidium* de nuestro viñedo farmacéutico. Evidentemente cuando usamos los medicamentos en tinturas madres ó trituraciones hay menos que temer por ellos; están protejidos en los ataques por su cubierta material; pero cuando están en estado fluído, todo los puede sofocar, he aquí la verdad. Y desgraciadamente hoy ésta sustancia se ha hecho muy popular. Se la encuentra en todas partes, y bajo todas las formas posibles. Nunca ha habido medicamento tan arraigado como él, en el campo médico; ninguno de sus colegas ha estado nunca tan festejado, acariciado y adulado. Entra en el palacio lo mismo que en la choza, visita á los doctores como á los ignorantes, y se introduce lo mismo en el adorno que en la tabaquera ó cigarrillos de Raspail.

No es esto una crítica apasionada que quiero hacer aquí del alcanfor; es uno de nuestros medicamentos homeopáticos, y tiene su lugar como los demás en nuestra clínica. Por lo mismo que es el antídoto de nuestras dósis fluidas, nos presta á veces buenos servicios para atacar la accion de un medicamento estraviado en un falso camino. Pudiendo producir muchas enfermedades artificiales, tiene por consiguiente el poder de curar sus semejantes, y ved precisamente por qué el alcanfor tiene algunos éxitos, ya siendo el antídoto de muchas de estas enfermedades medicinales de que hemos hablado, ya

curando las enfermedades que están en su esfera de actividad patogenésica. Pero, aunque reconocemos sus virtudes y méritos, estamos lejos de proclamarlo rey. Todos los medicamentos son iguales, y si se constituyeran en república, no reconocerian siquiera un presidente. Sea como quiera, desconfiad del alcanfor, y alejad vuestros remedios de su peligrosa vecindad: sin esta precaucion, os resultarán numerosos malos éxitos. Así me acuerdo haber tratado á una señoríta, cuya enfermedad no sentía influencia alguna de mi medicacion. Busqué entonces si el lobo rondaba los alrededores y nos encontramos un pedazo de alcanfor en el cajon de una mesa próxima á su cama, y desde dicho dia fué cuando, dando caza al enemigo, los remedios recobraron su actividad.

Otra vez, prodigando mis cuidados á una Señora, me sorprendia á cada visita con la negativa de sus respuestas, y no podia esplicarme cómo los remedios mejor indicados permanecían impotentes. Durante la conversacion sacó esta Señora una caja y se puso á chupar con una sencillez admirable un palito alcanforado. El lobo fué sorprendido en la cama.....

Todos estos casos son desgraciadamente muy frecuentes, os podría citar otros ciento.

A esta cuestion general del régimen, pueden agregarse muchas consideraciones secundarias no ménos importantes. Asi muchas personas, ciegas, por una importuna prevencion, y persuadiéndose de que las prescripciones de los médicos homeópatas son muy esclusivas y severas, no quieren someterse al régimen propio á su enfermedad particular. Cuando otro médico ordena la abstinencia de tales ó cuales alimentos, ó hasta una dieta casi absoluta, se le escucha y obedece con paciencia y resignacion; pero cuando estas órdenes emanan de nuestras justas prescripciones, no hay medio de hacerlas observar.

He tratado á un enfermo atacado de una gastritis crónica; nunca pude conseguir hacerle adoptar el régimen que reclamaba su enfermedad.

Vuestro método es más severo que el antiguo, me decía siempre, puesto que de ningun modo puede transigir con mis costumbres; y vuestros medicamentos son mucho más delicados que los otros, puesto que los rodeais de tantas precauciones.

— Pero Señor, le decia, no es por causa de las exigencias

de nuestra doctrina, ni en vista de la susceptibilidad de nuestros medicamentos, por lo que os prohibo el café, tabaco, licores, ácidos, viandas muy fuertes y los platos con especias: es la naturaleza de vuestra enfermedad, la que me dicta todos estos consejos, y si os tratara por la antigua medicina, llevaría á vuestro régimen las mismas restricciones. Pretendeis que nuestros medicamentos son mucho más delicados que los demás; participais de un error, por desgracia muy generalizado; pero por otra parte, ¿qué es necesario para descomponer el juego de todos esos sabios mecanismos que acaba de descubrir el progreso? He ahí; ¡una *nada*, puede entorpecer las palancas de una locomotora y paralizar su rápido curso! ¡una *nada* puede interrumpir la corriente de un telégrafo eléctrico y detener un telégrama en los hilos! ¡Una *nada* puede distraer una operacion de fotografía, y entónces la placa solo ofrece una prueba negativa ó velada de los matices mas confusos! !Ya lo veis; todos los poderes fluidos son susceptibles! ¿Por qué, pues, no quereis conceder alguna indulgencia á nuestros fluidos medicinales?

Pero en vano á cada visita apuraba mis argumentos para convencerle; todo era como hablar á un *académico*.

Hay otras personas que desean absolutamente curarse sin querer someterse á las exigencias de un tratamiento. Aquí es la impaciencia llevada hasta el absurdo. No entraré en ningun detalle; citaré el caso de un jóven que traté de una oftalmía muy intensa. Pretendía curarse yendo á paseo con un frío muy fuerte y sobre todo con un viento que levantaba nubes de arena, que cegaban los ojos de los que se veían obligados á salir. No pude llegar á hacerle comprender que en su estado necesitaba poner los ojos al abrigo de la luz y de las corrientes de aire.

He aquí enfermos más impacientes que lo sería un picador, que habiéndose roto una pierna, deseára obtener la consolidacion de la fractura continuando montado á caballo.

Haré mencion, al concluir, de una causa de mal éxito, que, por dicha, es rara y escepcional. Quiero decir, de la preparacion y administracion de los medicamentos.

Es de toda evidencia, cierto, que para obtener una buena cosecha es necesario sembrar buen grano. Los farmacéuticos, y sobre todo los nuestros, deben ser concienzudos, y, me complazco en decirlo, lo son todos. Si fuera de otro modo,

en lugar de despachar las recetas á sus clientes, harían mejor en enviárnoslos á agotar el agua de la fuente inmediata, por que al menos esto no les costaría nada. Si nuestros medicamentos estuvieran mal preparados, nos sucedería lo que pasó un dia á un profesor de química. Habia dispuesto sobre un cubo en mercurio, dos provetas llenas de hidrógeno, oxígeno y azoe: algunos discípulos desaplicados se confabularon antes de la cátedra para levantar las provetas, los gases se disiparon y fueron reemplazados por el aire como ellos incoloro, y cuando el profesor quiso hacer sus demostraciones, sus esperiencias permanecieron mudas.

Nada diré de la administracion de los medicamentos; á cada médico corresponde esplicarse bien y tener el ojo alerta.

Tales son los elementos que producen nuestros malos resultados. Es bueno que se les conozca, como lo es tambien esplicarlos. La confesion es necesaria pero debe permitirse la justificacion.

Escuchad ahora la continuacion de la parábola:

Pues nadie enciende una lámpara, para cubrirla con un vaso, ó para ocultarla bajo su lecho, sinó para ponerla sobre un candelero, para que todos los que entran en la casa vean la luz. Porque nada hay secreto que no deba ser hecho público, ni nada oculto que no se descubra.

¡El que tiene oidos para oir, oiga!

DISCURSO OCTAVO.

El reformador de la Medicina.

En el reino de Sajonia, no lejos de Dresde, se halla la pequeña ciudad de Meissen, situada en la confluencia del Elba y del Meisa; tiene la gloria de ser la cuna de dos familias célebres en los anales de la literatura y de la ciencia.

La primera de estas familias es la de los Schlegel.

El primogénito, Elié, ha alcanzado con sus obras un rango honroso entre los poetas alemanes. Su sobrino, Augusto Guillaume, se distinguió por sus obras literarias, y se atrajo la atencion de Mme Stael, de Goethe y Schille. En fin Frederic se hizo notar, no solo por sus trabajos históricos sinó tambien por sus poesías patrióticas. Estas, que las compuso durante la invasion de los franceses en Alemania, le hicieron merecer el nombre de *Tirteo de la Alemania.*

La otra familia es la de Hahnemann, y bajo éste aspecto, la pequeña Meissen será tan célebre como el corto rincon de la Isla del mar Egeo, que se gloría de haber visto nacer al inmortal Hipócrates.

En 1755 vivía en Meissen un pintor sobre porcelana llamado Christian Godefroy Hahnemann. Empleado en una de las numerosas fábricas de ésta pequeña ciudad, dicho artista vivía del fruto de su trabajo. Nunca conoció la pobreza, pero tampoco vivió en la abundancia.

Toda su riqueza fué un hijo que Dios le concedió en dicho año, y que fué desde luego para él el objeto de una nueva solicitud, pero, transcurridos algunos años, la fuente del más dulce consuelo.

Este niño se llamó **Samuel-Christian-Frédéric Hahnemann.** Nació el 10 de Abril de 1755.

Casi siempre los rasgos de los primeros años, presagian el dia y la tarde de nuestra existencia. El niño predice al hombre, como la flor predice al fruto.

Bien pronto mostró el jóven Samuel lo que sería más tarde su carácter y su espíritu, Manifestó desde luego poca inclinacion á los juegos y entretenimientos propios de su edad, y se observaba en su fisonomía cierta seriedad no peculiar de la infancia.

La dulzura de su carácter encantaba á su familia, la bondad de su corazon brillaba en sus cortas relaciones, y cuando estaba solo, se le veía apegado al amor del estudio.

Salvémos su infancia.

Samuel Hahnemann entró en su duodécimo año, y comenzó á pedir su espíritu gran cantidad de alimento científico. Entónces fué cuando se presentó en la escuela provincial dónde su actividad pudo tomar sus primeros vuelos.

De un golpe de vista, adivinó el Dr. Muller, director de ésta escuela, las cualidades y tendencias de su nuevo discípulo, y asi lo dejó enteramente libre para no contrariar su inclinacion particular, libre en la eleccion de sus lecturas, libre en la distribucion de su tiempo, libre en todos los pormenores do su conducta.

La primera condicion para el desarrollo del génio, es la libertad. El Dr. Muller ha debido felicitarse muy frecuentemente de haber sabido comprender la inclinacion de Hahnemann,

y de haber librado de las ataduras de todo reglamento al que mas tarde debia desatar el nudo de las viejas preocupaciones,

Entre tanto, la edad avanzaba y Godefroy Hahnemann pensaba como todos los padres en el porvenir de su hijo, y veía en él un sucesor de su trabajo y un sosten en su vejez.

¿Abrir una carrera liberal á Samuel Hahnemann? ¡Nunca el pobre padre habria pensado en ello. Para esto era preciso ser rico, y él no lo era. Un dia, pues, resolvió por su parte, entre su paleta y pincel, que su hijo ya sabía bastante para trabajar en su obrador y ser como él pintor en porcelana.

Pero los padres proponen, y Dios dispone.

Por esto, Galeno no fué arquitecto de puentes, como su padre Nicon; por eso Barthez no fué, como su padre, ingeniero de puentes y caminos; por esto, sin duda alguna, el célebre médico de Napoleon I, nacido dos meses antes que Hahnemann, no fué procurador como su padre Corvisart.

El Dr. Muller, vino á ser, pues, la providencia del jóven Samuel; se opuso con todas sus fuerzas á la resolucion de su padre; y para fecundar el gérmen de genio que habia traslucido en la disposicion del niño, se encargó de atender á los gastos que debian ocasionar sus estudios.

En esta nueva atmósfera la inteligencia del jóven, se desenvolvió rápidamente; tan rápidamente, que á la edad de catorce años podia reemplazar al profesor de griego en sus lecciones.

Omitamos detalles. Llegó el momento en que el discípulo predestinado habia acabado sus estudios preparatorios y en la que debia lanzarse á una carrera literaria. — Eligió la medicina. Su atencion le llevaba hácia esta ciencia: la abrazó con ardor. Partió, pues, para Leipsik en 1775 llevando en su maleta veinte ducados que le remitió su padre, sintiendo no poder darle más; esto era todo lo que pudo sacar de su bolsillo agotado.

¡Veinte ducados! es decir, unos ochocientos reales de nuestra moneda! es decir, justamente lo que se necesita para tener tiempo y derecho de respirar algunos dias el aire de una nueva existencia! es decir, ni áun lo bastante para comprar los primeros frutos de independencia que todo bachiller se pone en la boca al llegar á una Facultad!

Hahnemann habria podido decir, como el filósofo de Priene, que llevaba todos sus bienes consigo, porque su equipo y todos sus recursos consistian en saber griego, latin, italiano, francés

é inglés. He aquí el campo que le produjo durante dos años, el pan quotidiano. Traducía al aleman las obras inglesas y francesas; y este trabajo, sinó le daba para vivir, le libraba al menos de morir de hambre.

Pero ¿cómo hacer frente á la vez, á todas las exigencias de la vida material y á las de los estudios médicos? Discurre entónces Hahnemann enriquecer el presupuesto de sus minutos añadiendo al dia las horas de la noche. Vela una, cada dos noches, y para alargar asi su vida y sus trabajos, empleó todos los medios de lucha contra la fatiga y el sueño.

« Los que — dice uno de sus biógrafos — viendo fumar casi »incesantemente al viejo doctor, no han podido abstenerse de »observar maliciosamente, que proscribió el uso del tabaco, de»berán recordar, que el pobre estudiante que esperaba del »trabajo de la noche su pan de la mañana, se vió obligado á »buscar por medio de la pipa un medio de vencer el sueño du»rante sus laboriosas vigilias. »

¡Pluguiese al Cielo, que todos los estudiantes, al retirarse de las Facultades, puedan echarse en cara como Hahnemann, no haber cultivado, en el jardin de las distracciones, mas que la planta del tabaco!

No fué para su bien para lo que la providencia rehusó las riquezas al jóven Samuel. Hacedle rico á este jóven de veinte años, dadle facultad de comprar todos los placeres, dadle bastante oro para anegar en su torrente, su vida, su tiempo y su inteligencia; y respondedme despues de su porvenir! Cuántos grandes hombres ha formado la pobreza! A cuántos grandes hombres han sofocado las riquezas! El estudiante pobre trabaja, y el que asi toma la costumbre del trabajo, acaba por triunfar de las olas de la desgracia y llegar al puesto que le ha señalado la providencia. (1)

Tenia Samuel veintidos años cuando dejó á Leipsik, para irse á Austria. Fué á Viena, pero su bolsa demasiado seca, no tuvo largo tiempo para las necesidades. Asi, al cabo de nueve meses, partió de esta ciudad, y fué á ver si en Hungría le era mas favorable la fortuna. Llegó en efecto á Leopoldstat, se sostuvo con la proteccion del decano J. Quarin, y fué autorizado para cuidar de los enfermos del hospital de monjes, y aún para ejercer la medicina en la ciudad.

Algun tiempo despues, un favor inesperado lo llamó á

(1) [illegible]

Hermannstadt. El Gobernador de Transylvania le ofreció en esta ciudad á la vez una plaza de bibliotecario y de médico privado.

Hahnemann no descuidó sacar provecho de su nueva posicion para la cultura de su inteligencia. Se formó rápidamente numerosas relaciones, y bien pronto tambien el viento del favor, lo puso en las olas de una clientela bastante estensa.

Pero si la proteccion de un gran señor puede satisfacer el amor propio de un espíritu vulgar; si hasta en ciertas circunstancias puede servirle de diploma; en presencia de Hahnemann, perdía todo su prestigio y todo su valor. El estudiante se sentía llamado á mucho mayores cosas. Debió entónces por la primera vez sentir la voz de su genio.

Partió, pues, de Hermannstadt en 1779, y fué á Erlangen donde presentó, y sostuvo su tésis inaugural y se recibió de Doctor el 10 de Agosto de este año.

Aquí comenzó para el nuevo doctor un período que puede llamarse en su vida el período de sus emigraciones. Cuando recibió su título fué sucesivamente á muchos paises, dejándose conducir por el impulso de las circunstancias caprichosas. Permaneció algun tiempo en Hettstadt y en Dersan, donde se entregó casi esclusivamente al estudio de la química.

Hace ya seis años que Hahnemann peregrina por los campos de la clientela. Trascurridos estos, se fija un dia en Gommeri, cerca de Magdebourg, y poco tiempo despues casa con la hija de un farmacéutico llamada Henriette-Kuchler. Al cabo de dos años viene á Dresde donde encuentra numerosos amigos. Entra en la intimidad de las personas más influyentes, se forma una brillante clientela, y obtiene el afecto del Dr. Wagner, primer médico de la ciudad, que para reponerse de una larga enfermedad, le confia con asentimiento del magistrado, las funciones de médico en jefe de los hospitales.

Rodeado Hahnemann de circunstancias tan favorables, sólo hizo progresos en la vía de los éxitos. Pero nunca le impidieron sus numerosas ocupaciones clínicas entregarse á los trabajos del gabinete.

La crítica se atreve á echarle en cara que no sabía la química. Y en esta época fué cuando, en el intervalo de cuatro ó cinco años, publicó una decena de opúsculos, que presuponen los más grandes conocimientos en química, física é historia natural.

Fué entónces, y durante sus esperiencias químicas, cuando descubrió nuevos medios de comprobar las falsificaciones de los vinos como tambien los envenenamientos con arsénico. Fué tambien entónces cuando descubrió su precipitado mercurial que la Alopatía tan perfectamente como la Homeopatía emplea bajo el nombre de *mercurio soluble* de Hahnemann. ¡Y se atreven á echarle en cara que no supo química! Pero se han levantado contra él acusaciones mucho mas injustas; ya lo vereis.

Sin embargo, la reputacion del jóven doctor, crecía diariamente. Diariamente le concedía la fortuna mas ámplios favores, y ya habia salido de los senderos frecuentados por las inteligencias comunes. Llamado en 1791 por la sociedad económica de Leipsik y la academia de ciencias de Mayense, volvió á estas primeras ciudades en que habia hecho sus primeros estudios formales.

Si recordamos con dulce emocion las circunstancias dichosas de nuestra vida, esta emocion resulta todavia mucho mas voluptuosa, cuando nuestras horas de trabajos y sufrimientos se presentan á nuestra memoria. ¡Qué perfume tan suave para el corazon encierran las tribulaciones! Qué encantos para el porvenir encierran las pruebas del pasado! Recordad el discurso del héroe troyano á sus compañeros, para despertar el valor y fortificar su alma contra las desgracias.

« . . . . . *Forsam et hœc olim meminisse jurabit.*

De este emistiquio sólo brotan las olas de la persuasion y la esperanza.

«Algun dia estos recuerdos, formarán vuestros encantos.»

Volvió Hahnemann á Leisipk. Esta ciudad contiene un pequeño cuarto que ha sido testigo en otro tiempo de las luchas del jóven contra la mala fortuna; un pequeño cuarto cuyas paredes han sido depositarias de secretos bien amargos! Hoy no posée Hahnemann mayor fortuna, pero posée una reputacion ya inmensa, y amigos en las más altas regiones de la atmósfera social. No es ya el jóven estudiante oscuro y desgraciado, es el génio hecho hombre, adoptado luego á poco por esa madre caprichosa que se llama destino, y que lo habia tratado cual madrastra hasta hoy.

¡Qué contraste entre el pasado y el presente!

¿Qué vá á suceder ahora al jóven doctor? ¿vá á consagrar todo su celo á la cultura de una vasta clientela? ¿vá á

regar con sus sudores el árbol de la fortuna que produce frutos de riquezas y honores? ¿Vá á lanzarse á la árida vía que conduce á las cátedras de las facultades? —No!.....

Se ha elevado ya á demasiada altura en el horizonte de las ciencias médicas y por eso es que se apresura sólo á ver en ellas vanidad. Ha entrado mucho antes al santuario Hipocrático; ha visto muy bien en él todos los vientos de los sistemas que se estrellan, se rompen y desaparecen, cediendo diariamente su lugar á otros nuevos más ambiciosos; y por eso sale de este templo rompiendo su antiguo ídolo y no teniendo ya fé.

Hahnemann no crée yá en la medicina, la abandona; deja las sendas de la práctica y en lugar de seguir el impulso de las olas de la ciencia médica, pliega sus velas y arroja el ancla para permanecer estacionario en su incredulidad.

Tomando esta determinacion obedece el jóven doctor á la voz de su conciencia, y este mismo dia llegó sus lábios á la copa de las tribulaciones y tomó su asiento en el triste banquete de los predestinados.

Desde este dia, se le acabó la felicidad, y las zozobras, la miseria y la pobreza no tardaron en venir á llamar á la puerta de su hogar.

Hahnemann habia tenido de Henriette Kuchler once hijos. Es una familia numerosa, muy numerosa sobre todo para quien no es rico. Y ahora ¿qué fuente le dá de beber cuando tenga sed? ¿qué pan lo alimenta cuando tenga hambre?

Parece que el génio, fuera de Newton ó Arquímedes, no sabe hacer semejantes cálculos.

Se dice que su mujer no habia llevado en dote gran dulzura de carácter; se dice además que no era necesario oprimir mucho su corazon para obtener de él algunas gotas de hiel. Así, ¡qué de angustias no debió sufrir el nuevo Sócrates! ¡qué de veces no debió recibir las tormentas de la cólera de la mala Xantippe!

El padre volvió á su trabajo para alimentar á sus hijos y recomenzó su antiguo oficio de traductor; de estas penosas ocupaciones, procuró sacar á la vez el pan de sus hijos y el consuelo de su espíritu. En esta época publicó además algunos opúsculos, frutos de sus vigilias y de sus constantes investigaciones.

Cuando las desgracias de la vida vienen á asaltarnos, gustamos mucho entónces de los parientes y amigos que nos ayuden á sufrirlas. Hahnemann no tenia este consuelo; no comprendiéndole sus amigos, lo abandonaron; su mujer, opuesta á sus ideas, le hacía una guerra intestina y contínua. Estaba solo cojido por la desgracia, pero nunca por el desaliento.

Pero como en cada dia á un trabajo, sucedía otro trabajo, el sufrimiento vino á visitar la morada del que ya no ejercía la medicina y sus hijos fueron víctimas de graves enfermedades.

¡Figuráos á un médico, que habiendo practicado durante ocho años la medicina la renuncia en el momento en que sus hijos sufren, arrojando sus armas en el instante en que necesita combatir á los enemigos que vienen á atacar su familia!

En este momento de mortal angustia, en este instante de una solemne aspiracion hácia el recurso divino, quiero mejor callar; deseo más mostráros á Hahnemann solo, sumergido en sus profundas meditaciones y elevando su ardiente plegaria al Dios de los consuelos y de la verdad. Ved al médico en su retiro, ved al padre en su amor, ved sus pensamientos elevándose hasta el cielo!

« ¿En dónde encontrar verdaderos recursos? ¡Por todas partes en mi derredor, tinieblas y desiertos! ¡nada hay que alivie »mi corazon oprimido!

« Ocho años de práctica ejercida con la más escrupulosa aten»cion, me han hecho conocer la nada de los métodos curativos »comunes. Solo sé demasiado, por mi triste esperiencia, lo que »debe aguardarse de los preceptos de los más grandes maestros.

« No obstante, ¿acaso está en la misma naturaleza de la »medicina, como lo han dicho ya muchos grandes hombres, el »no poder elevarse á un grado más alto de certidumbre?

« ¡Blasfemia! ¡Idea vergonzosa!.... Pues qué, ¡la infinita sa»biduría del espíritu que anima al universo no habria podido »producir medios para apaciguar los sufrimientos causados por »las enfermedades, á las que, no obstante, ha permitido venir á »aflijir á los hombres!

« La soberana paternal bondad de Aquel que ningun nombre »podrá designar de una manera digna de él, que atiende lar»gamente á las necesidades mismas de los animalillos invisibles »para nosotros, que esparce con profusion la vida y bienandanza »por toda la creacion, ¡Sería capaz de un acto tiránico y no

»habria querido que el hombre hecho á su imágen y semejanza »pudiese con el soplo divino que le penetra y anima encontrar en «la inmensidad de las cosas creadas medios propios para desem»barazar á sus hermanos de sufrimientos con frecuencia peores »que la muerte misma! Él, el padre de todo lo que existe, »¡Vería con sangre fría el martirio á que las enfermedades con»denan á la mas cara de sus criaturas, y no habría permitido »al genio del hombre, que no obstante hace todo lo posible por »encontrar una manera fácil y segura, de considerar las enfer»medades bajo su verdadero punto de vista é interrogar á los »medicamentos para llegar á saber en qué caso puede servir »cada uno de ellos para suministrar un recurso real y seguro!

« Renunciaría á todos los sistemas del mundo antes que ad»mitir semejante blasfemia!

« ¡No! hay un Dios, y un Dios bueno que es la misma bon»dad y sadiduría; luego debe tener un medio, creado por El, »de considerar las enfermedades bajo su verdadero punto de »vista, y de sanarlas con certidumbre; un medio que no esté »oculto en las abstracciones sin fin y en las hipótesis de que »solo la imaginacion se ocupa.

« Pero, ¿por qué no se ha encontrado este medio desde veinte »á veinticinco siglos que hay hombres que se llaman médicos?

« Es porque está muy cercano y fácil, es porque no se ne»cesitan para llegar á él, ni brillantes sofismas ni seductoras »hipótesis.

« ¡Bien! puesto que debe haber un medio seguro y cierto »de curar todo, asi como hay un Dios el mas sábio y el mejor »de los séres, dejaré el campo ingrato de las esplicaciones on»tológicas; no escucharé ya las opiniones arbitrarias por mas »arte con que se hayan reducido á sistemas; no me inclinaré »ya ante la autoridad de nombres célebres! Buscaré cerca de »mí, en dónde debe estar ese medio en que nadie se ha fijado »porque era demasiado sencillo, porque no parecía bastante sábio, »porque no está rodeado de coronas para los maestros en el »arte de construir hipótesis y abstracciones escolásticas. »

¡Acaba de recibir Hahnemann la chispa de la inspiracion divina! Buscará y encontrará.... ¡Esto escribe el Altísimo!

« He aquí, dice, de qué modo me encaminé por esta nueva »vía: Debes, pensé, observar la manera con que obran los me»dicamentos en el cuerpo humano, cuando se encuentra en la

»plena salud. Los cambios que determinan entónces, no tienen »lugar en vano, y ciertamente deben significar alguna cosa; por»que sin esto, ¿para qué se operan? Acaso es la única lengua «en que pueden esplicar al observador el fin de su existencia.»

Y éste pensamiento, simple y profundo á la vez, comenzó á fermentar en la cabeza del nuevo reformador. Pues un dia, traduciendo la **Materia médica** de Cullen, en el artículo xv, notó Hahnemann los esfuerzos inútiles que hacía la ciencia para esplicar la accion de éste medicamento tan rico y tan frecuentemente empleado. Medita sobre los vanos sistemas inventados hasta hoy para descubrir la virtud febrífuga de la *quina*. ¡Ni un solo rayo de luz que ilumine el abismo de ésta cuestion, no obstante tan simple!

Toma su partido. Hahnemann va á llevar la antorcha á esas viejas tinieblas, y sobre sí mismo es en quien vá á hacer la primera esperiencia destinada á sondear el misterio.

Durante muchos dias, se administró quina. Su salud es perfecta, su crisol fisiológico no puede traicionar sus esperiencias; está en espectativa.

Un dia estalló un verdadero acceso de fiebre; primero frío, despues calor, sudor más tarde; en una palabra los tres estadíos de un acceso de fiebre, se pintaron en su más pura manifestacion.

En virtud de éste hecho, vió Hahnemann enderezarse á su presencia la fantasma de la duda. Semejante al ciego operado por el ilustre Cheselden, fué deslumbrado por la súbita luz de la verdad. Temiendo entónces ser el juguete de alguna pérfida ilusion, se apresura á comunicar su observacion á sus comprofesores y les pide humildemente la interpretacion de ella. Unos lo trataron de visionario, otros están seguros de que se ha engañado atribuyendo á la quina una fiebre debida sin duda á otra causa.

¿Qué hacer en un laberinto tan obscuro, y cuál es el mejor medio de salir de él?

Este medio es del todo simple. Vuelve á hacer Hahnemann su esperimentacion..... Y el mismo resultado. La repite muchas veces en algunas personas de confianza y en las mejores condiciones de salud. El mismo resultado.

El hecho es pues, bien claro, bien seguro, bien verdadero. La quina no goza del poder de curar las fiebres intermitentes sinó solo porque posée el engendrarlas.

Sí, he ahí un hecho, pero de un hecho particular á la generalizacion de un principio, hay todavía un abismo. Un principio no puede descansar en alguna escepcion caprichosa; es preciso para su proclamacion, un número considerable de hechos evidentes

Hahnemann va á salvar éste abismo. El impulso está dado, y el salto será fácil.

Somete pues al testimonio de la esperimentacion sobre hombres sanos, los medicamentos más conocidos, y los más generalmente empleados: como el azufre, el mercurio, la belladona, la nuez vómica etc. y siempre éste testimonio, viene á confirmar la verdad del primer hecho.

Entónces no duda ya el génio, porque sus ojos se han acostumbrado al brillo de la verdad. Hahnemann, como el antiguo legislador de los Hebreos, ha golpeado en la roca de la terapéutica, y ha manado el agua de la verdadera doctrina.

Despues de haber interrogado á la esperimentacion sobre el hombre sano, el futuro reformador debia interrogar á la esperiencia en el hombre enfermo, y esto es lo que hace. Aplicó á niños y otras personas la teoría de los semejantes, y tuvo la dicha de sanarlos.

En éste momento fué cuando Hahnemann elevó el ancla que habia arrojado en otro tiempo sobre las rocas de la incredulidad, y se embarcó en el navío de la esperimentacion pura, para ir al descubrimiento de su nuevo mundo médico.

Con la ayuda de la esperimentacion en el hombre sano dibujó la fisonomía sintomática de muchos medicamentos, unos enteramente desconocidos en la práctica, y otros empleados solamente por el ciego empirismo.

Ya lo dejo dicho en uno de mis discursos, en el año 1800 una terrible epidemia de escarlatina que asoló una gran parte de la Alemania, favoreció los descubrimientos parciales de Hahnemann. Esperimentando la belladona vió que éste medicamento producía síntomas enteramente parecidos á ésta enfermedad epidémica; y tuvo luego la idea de tratarla por la belladona, y los resultados sobrepujaron sus esperanzas. Una especie de intuicion le aconsejó luego, dar á muchas personas éste remedio, como preservativo del ataque, y todavía fué feliz en comprobar por la esperiencia que todas éstas personas habian sido respetadas de la invasion epidémica.

Adquirió con esto la certidumbre de que la belladona es el preservativo de la escarlatina de la misma manera que el virus vacuno, es preservativo de la viruela.

Los médicos alópatas, á pesar de todo su desdén hácia nuestra doctrina, no han dejado de apoderarse de éste descubrimiento, y aprovecharlo.

Cuando quiso Hahnemann por primera vez manejar las palancas de la nueva máquina que iba á poner en marcha sobre los railes del progreso, procedió con la mas sábia prudencia. En sus primeros ensayos no dejó de rodearse de todas las precauciones más minuciosas. Asi, ya dando remedios á hombres sanos, ya administrándolos á los enfermos, no empleó desde luego sus remedios sinó en muy cortas dósis á fin de evitar muy grandes desórdenes fisiológicos, ó muy grandes agravaciones patológicas. Solo empleó, pues, dósis cortas y ténues como de las que se servían los alópatas cuando administraban sustancias venenosas como el ácido arsenioso, la atropina, la morfina, la estrignina y otros alcaloides.

Pero bien pronto se apercibió Hahemann de que á pesar de ésta precaucion, las dósis communes fatigaban á los enfermos, y producian además las agravaciones demasiado violentas que quería evitar. Por eso, pues, disminuyó de nuevo sus dósis, y de nuevo obtuvo las mismas perturbaciones vitales.

Llegó entónces, por la fuerza y la impulsion de la observacion, á no dar sinó dósis muy ténues, y he aquí la necesidad de una esactitud rigorosa en la apreciacion de las cantidades que quería dar, lo cual le sugirió la idea de mezclar una gota de la tintura madre en alcohol para las sustancias solubles y someter las insolubles al procedimiento de la trituracion. En una palabra descubrió entónces el mecanismo de la dinamizacion de los medicamentos, haciéndolos pasar por los grados infinitos de la divisibilidad de la materia.

Ya he espuesto todos los detalles de éstas diluciones, en uno de mis discursos; estoy, pues, dispensado de volver á ellos aquí.

Véd de qué manera descubrió Hahnemann las dósis infinitesimales, los glóbulos de que se hace mofa, de que se burlan sin comprenderlos. Se apercibió de que los medicamentos no se debilitaban en nada á medida que se alejaban, por la division, de su cubierta material; se apercibió de que adquirían,

al contrario, propiedades nuevas y hasta entónces desconocidas.

¿Sobre qué enseñanza descansa, pues, la verdad de las dósis infinitesimales? Sobre la esperiencia y la observacion. No es Hahnemann quien ha hecho éste descubrimiento; es la esperiencia y la observacion quienes lo han revelado. ¿Cómo pues los incrédulos pueden obstinarse en negar una enseñanza tan solemne? ¡Solo un ciego de nacimiento es capáz de negar el sol!

El padre de la nueva doctrina médica, abandonó, pues, la vía de las antiguas teorías, y sofocando del todo el *especifismo* vió que cada caso mórbido se manifestaba en su forma individual, y que cada medicamento afectaba tambien una fisonomía característica. Desechando entónces todas las vanas clasificaciones tradicionales, reconoció y proclamó en patología la descentralizacion y la individualizacion más absoluta.

He aquí los elementos de la doctrina médica á la que Hahnemann dió el nombre de *Homeopatía*, palabra de que ya os he dado la etimología en uno de mis primeros discursos.

He aquí los cuatro elementos de nuestra doctrina; elementos constitutivos que engendran todos los principios secundarios, teóricos y prácticos. Tomad si quereis la posicion de una persona que se sienta frente á una carta geográfica. En el **Norte** colocad el principio de los semejantes; la brújula debe siempre dirigir al práctico hácia éste polo. La aguja de la línea debe indicarle siempre éste punto y éste fin.

Colocad en el **Sur** la esperimentacion pura, en el **Este** la dinamizacion de los medicamentos, y en el **Oeste** la individualizacion de los casos mórbidos, y tendréis asi los cuatro puntos cardinales de la homeopatía.

Si, despues de haber descubierto Hahnemann su doctrina inmortal, hubiera sido llamado por la muerte, no habria llevado su secreto á la tumba, porque se impuso luego un escrúpulo de conciencia en desplegar sus ideas, y legarlas á la posteridad médica. ¡Si, despues de su descubrimiento hubiera sido marcada su muerte por el dedo de Dios, ¡que de tormentos se le hubieran ahorrado! Pero el reformador vivia aún para perfeccionar su obra, y pasar él por el fuégo de las tribulaciones. Ya lo sabeis, génio y desgracia son compañeros inseparables.

Luego que Hahnemann hubo divulgado la solucion del gran

problema médico, estallaron de todas partes las persecuciones contra él; sus amigos le abandonaron, los médicos propagaron que su razon se habia divorciado con su cerebro, y los farmacéuticos alarmados atizaron el fuego de la más ardiente oposicion.

Lo persiguieron con las armas de la ley y se coaligaron para estinguir el gérmen de la nueva doctrina médica.

Fué en Georgenthal donde la Homeopatía se administró á los enfermos por la primera vez. ¡Cuán orgullosa y fiera debe hallarse esta pequeña ciudad de haber sido el teatro en que recojió sus primeros triunfos el nuevo método médico! Siempre se acordará de haber sido honrada con el primer rayo de la verdad.

Había entónces en la expresada ciudad, en un hospital de dementes, fundado por el duque Ernest de Gotha, un hombre instruido, llamado Klokenbring, al que un epígrama de Kolzetue habia hecho perder la razon.

La medicina ordinaria no habia podido curarle, y todos los esfuerzos de los príncipes alópatas de Alemania habian sido impotentes para volver la normalidad á esta bella inteligencia. Dirigió Hahnemann su tratamiento á la causa que habia engendrado este mal, y obtuvo un triunfo completo. En este éxito dió á la vez una leccion á la antigua terapéutica y demolió de antemano las vanas objeciones de nuestros enemigos que nos acusan de no usar sinó de la medicina sintomática en detrimento y desprecio de las causas radicales que producen las afecciones.

La rabia de la oposicion persiguió luego sucesivamente á nuestro maestro en Brunswick, en Keingslutter, en Hambourg, en Celembourg y en Targan, hasta 1811, época en que reapareció en Leipsik por tercera vez.

Hasta aquí la vida de Hahnemann se deslizaba en algun modo en el retiro. En sus horas de tribulacion, su espíritu no se entregaba nunca al desaliento. Nunca perdió de vista un solo instante el fin que debia esperar. Ya en 1810 el edificio que el tiempo debe conservar en lugar de destruir, habia surgido sobre sus fundamentos sólidos, desafiando todos los viejos edificios de las antiguas doctrinas. Al cabo de cuatro años de vigilias y esperiencias, publicó la primera edicion de la esposicion de su método, bajo el título de **Organon de la Medicina racional.**

Aquí me dirijo á los enemigos formales de la Homeopatía, y me contento con decirles: abrid éste libro, leed, meditad profundamente las verdades que encierra, y vereis despues si vuestra hostilidad será siempre tan obstinada y tan ciega.

Refieren, que el célebre Boërhaave, habia ordenado en su testamento, que se quemaran todos sus escritos, á escepcion de un libro de cortes dorados y cuidadosamente encerrado en su escritorio. A la muerte de éste profesor, grande fué el conato de la curiosidad por romper los sellos que defendian el venerable in-fólio. Al abrirlo observaron con asombro que solo la página primera contenia estas palabras: *Conservad* **la cabeza fresca, los piés calientes, el vientre libre, y reíos de los médicos.**

Lo precedente, el in-fólio de Boërhaave; ahora nosotros debemos repetir que leáis y meditéis que las verdades que encierra el *Organon de la medicina racional*; apliqueis sus principios en vuestra práctica, y reíos del consejo de Boërhaave.

El **Organon** de Hahnemann cuenta ya cinco ediciones alemanas, tres francesas y dos españolas. Ha sido traducido á todos los idiomas del mundo civilizado, y no está al alcance de algun erostrato orgulloso el quemar el más bello monumento de las ciencias médicas.

Cuando regresó Hahnemann por tercera vez á Leipsik, no era ya ni el pobre estudiante ni el jóven doctor; era el **Maestro**, el gran jefe de una doctrina inmortal, el gran reformador de las viejas tradiciones médicas. No era ya el humilde literato confundido con la muchedumbre, el humilde traductor trabajando en una boardilla; era el génio creador del verdadero código terapéutico.

Hahnemann ha producido tambien otras obras que jamás perecerán. Sería demasiado largo enumerarlas, y sobre todo querer dar idea de ellas en un corto análisis. Mencionaremos solamente su **Tratado de las Enfermedades crónicas, y su materia médica pura.** Esta última obra, que cuenta ya muchas ediciones, es la obra más gigantesca que sea dado realizar á la vida del hombre. Está compuesta de seis volúmenes, y contiene alrededor de ochenta mil observaciones de síntomas variados á lo infinito y que pueden ministrar los cuadros más perfectos de sus enfermedades correspondientes. Añadid á todos estos materiales las nuevas piedras que sus discípulos han llevado

á este edificio y podreis formaros una idea de la riqueza de nuestra materia médica; riqueza que resaltará con toda la fuerza del contrastre, si la comparais con la materia médica antigua, que puede contenerse — sin género de sátira — en la primera página del misterioso in-fólio de Boërhaave.

Hasta 1820 recorrió Hahnemann, sin decaimiento, la vía de su triste destino. Las olas de la oposicion subian diariamente con las de sus éxitos; pero, siempre firme y tranquilo contra el viento de la persecucion, se contentaba con parar sus golpes yendo de ciudad en ciudad á recojer nuevos menosprecios.

Se refiere que el príncipe de los filósofos, Aristóteles, blanco, despues de la muerte de Alejandro, de los ataques y calúmnias de sus envidiosos, se vió acusado de impiedad, y salió de Atenas sin esperar su juicio, á fin de ahorrar á los Atenienses, culpables ya de la condenacion de Sócrates, un nuevo atentado contra la filosofía. ¿Cuántas veces ha imitado Hahnemann, abandonando las ciudades que le llenaban de injurias, la sábia conducta del célebre filósofo griego y ahorrado á sus enemigos un nuevo atentado contra la más pura aparicion de la verdad?

En medio de la oposicion más general y caprichosa encontró, no obstante, siempre algun espíritu privilegiado que tuvo el instinto de no cerrar los ojos á la luz del progreso. Despues de algun tiempo, el duque Fernando ofrecía en Anhalt-Koësen, un asilo al novador perseguido. Cansado de tantas tribulaciones, acabó Hahnemann por aceptar la alta proteccion del duque, para ponerse al abrigo de las injurias, y encontrar al fin algun reposo y libertad.

Pero ¡ah!, por do quiera hay perversos, y escrito está, que recorriendo el mundo, frecuentemente no puede encontrar la Verdad, un rincon de tierra dónde reclinar la cabeza.

En esta pequeña ciudad fué mucho más violenta la tempestad; la calúmnia mucho más turbulenta, y el fuego de la crítica atizado con mucho más furor. A pesar de la proteccion del duque, á pesar de la proteccion de la ley, la envidia no dejó de levantar sus asechanzas; nada fué capaz de oponer una barrerra á la oleada de la oposicion. Aquí no solo fué necesario mantener una lucha contra la animosidad de los médicos y de los farmacéuticos; todos los elementos del rencor se desencadenaron contra el reformador. El populacho acabó por mezclarse á las burlas, á los insultos, á las injurias más groseras, ofreciendo

el pueblo el desórden mas escandaloso. Se llegó hasta á asaltar la morada del reformador y á romper los cristales á pedradas.

Esta vez la tristeza comprimió el corazon de Hahnemann, y tal disgusto se apoderó de su espíritu que formó la resolucion de no comparecer ya en público. Su casa se volvió el retiro solitario en que vivió por espacio de quince años, siempre meditando las verdades de la ciencia como los antiguos anacoretas de la Tebaida meditaban siempre las verdades de Dios.

El mal humor y disgusto habian podido por un momento entristecer el corazon y espíritu de nuestro maestro; pero el desaliento nunca pudo apoderarse de su alma; tenia demasiado temple para dejarse abatir jamás por la desgracia.

Nunca respondió á las injurias personales, estaba á demasiada altura su alma para que llegasen hasta él. Descuidó siempre las burlas, los libelos y sarcasmos de los diarios; nunca fué capaz el viento de la calumnia, de turbar por un momento la superficie de su indiferencia. Cuando se quejaban sus amigos del poco caso que hacía de su reputacion: «¿No soy, les decía, »el mismo á quien habeis conocido en otro tiempo? Por tanto »hoy se me insulta é injuria; ¿por qué he de ser más sen»sible á las injurias que me arrojan, que lo he sido, á las »merecidas alabanzas?

Para los hombres grandes, el pasado ya no es nada, ni el presente es gran cosa; solo el porvenir ofrece á su mirada de águila un horizonte infinito. Hahnemann en sus profundas meditaciones habia podido decir, lo que un dia escribía Olivier Cronwel al coronel Norton: » Sé bien que Dios, está mucho mas »allá de todas las maledicencias, y que, en su propio tiempo, »me rehabilitará.»

¿Cuál era, pues, el significado del magestuoso silencio del reformador?

Él mismo nos lo enseña en sus más juiciosas reflexiones.

«El verdadero discreto huella alegremente con sus piés, las »dañosas preocupaciones, á fin de abrir lugar á la eterna ver«dad, que no necesita de la lentitud del tiempo, de los atractivos »de la novedad ó de la moda y de las exigencias del espíritu de »sistema para obtener sancion.

«Era, pues, necesario que alguno llamara al combate y »yo lo he hecho.

«La vía está abierta hoy. Todo hombre de conciencia »puede seguirla.

«. . . . . Refutad estas verdades, si podeis, haciendo »conocer un método curativo mas eficaz aún, mas eficaz y mas »agradable que el mio; no lo refuteis con palabras de las que »ya tenemos demasiadas.

«Pero si la esperiencia os prueba como á mí, que mi mé»todo es el mejor, servíos de él para curar, para salvar á nues»tros semejantes, y hacedlo en honor de Dios.»

He aquí la significacion del inmenso silencio de Hahnemann. Habeis visto en el santuario del templo hipocrático, la lucha de todos los sistemas. Paracelso quiere destronar á Galeno; el humorismo sofoca al solidismo; la célebre dicotomia de Brown, es reemplazada por el efímero organismo de Broussais, y que este jefe famoso de Escuela se convirtió en su muerte á la Homeopatía, cuyos glóbulos no se avergonzó de aceptar.

He ahí la ondulacion de los sistemas, las oleadas se suceden, se cubren, y desaparecen después; esta es la ley absoluta que preside á la fluctuacion de las hipótesis y teorías.

Con justa razon ha dicho Xavier de Maistre: «Todo escri»tor que se encierra en el círculo de la lógica severa, no falta á »nadie. Solo una venganza honrosa hay, que pueda tomarse de »él mismo; razonar mejor que él.»

Hahnemann esperaba, pues, en calma y silencio, una nueva doctrina que viniera á obscurecer la suya, por su verdad mas brillante. Esta doctrina no apareció, no ha aparecido aún, ni aparecerá jamás. Dejad á los alópatas esperar despues de cuatro mil años, esperar aún, y esperar por siempre á su Mesías. Semejantes á la antigua nacion Judía, que le esperen.... En cuanto á nosotros, ya no lo esperamos. Hemos visto al Mesías de la verdadera medicina, y estamos prontos á ser los mártires de su religion. Tendremos nuestros tiempos de persecuciones, tendremos nuestros Nerones, Trajanos, Dioclecianos, pero tambien el triunfo del porvenir.

No se ha de creer, sin embargo que el ilustre proscrito no fué visitado en su retiro por los peregrinos del sufrimiento y del dolor. La verdad tiene una fuerza espansiva que triunfa de la oposicion mas obstinada. Bien pronto vió Hahnemann, afluir á su modesto gabinete á los enfermos de todas clases, á los enfermos sobre todo desauciados por la impotencia de sus

enemigos. Se creyó dichoso con recibirlos, y algunas curas notables, que obtuvo entre los incurables, fueron las primeras chispas de un vasto foco que no tardó en brillar por todos los lugares cercanos. Su clientela se volvió inmensa, y cosa notable, curando á muchos médicos de algunas afecciones contra las que los métodos antiguos les habian dejado sin recursos, se creó los discípulos más ardientes y mas esclarecidos. Así es, que despues de su curacion y conversion, los doctores Neker, Aegidi y Petersen se volvieron los apóstoles de la Homeopatía.

En esta época, es decir, en 1827, murió Henriette Kuchler dejando á Hahnemann una familia numerosa. Es preciso decir, para rehabilitacion de esta mujer, que, muy largo tiempo antes de su muerte, volvió la paz al hogar doméstico y se consagró á la felicidad del hombre que habia atormentado y desconocido al principio.

Durante la viudedad de Hahnemann, una jóven de París, M.lle Melanie d' Hervilly fué á Koethen para pedir á la nueva doctrina, la curacion de una enfermedad que los médicos habian declarado incurable. La Homeopatía la curó, y esta jóven, de una familia muy distinguida y un talento notable en la pintura, casó con Hahnemann de setenta y nueve años á la sazon. El casamiento se celebró el 18 de Enero de 1833, y, por puro reconocimiento, esta sublime madrastra, dió toda su fortuna, á los hijos de su esposo.

Este matrimonio abre el último período de la vida de nuestro ilustre maestro.

A instancias de su esposa dejó la Alemania y escojió la Francia por última pátria. El 25 de Junio de 1835 llegó Hahnemann á París, último término de sus penosas y demasiado numerosas peregrinaciones.

Reflexionad aquí un momento en la estravagancia de las circunstancias, en los caprichos del carácter del pueblo y en la locura del destino.

Apercibiéndose los habitantes de Koethen de que el ilustre proscrito vá á dejar su retiro, tratan de oponerse. ¡Admirad aquí toda la fuerza, toda la espansion de la verdad! La muchedumbre se amotina, se junta, y quiere detenerlo por fuerza. Hace quince años era la rabia de la oposicion; hoy es el furor del entusiasmo; hace quince años eran las olas de la

envidia para sumergir al reformador; hoy son las olas de la admiracion y del reconocimiento para retener y encadenar al bienhechor.

¡Capricho estraño de las cosas humanas!

Se vió obligado Hahnemann á partir de noche para sustraerse á las solicitudes de sus conciudadanos que en otro tiempo se disputaban el honor de ministrar los clavos y el martillo para crucificarle.

Al llegar á París encontró Hahnemann algunos discípulos que ya practicaban su doctrina. Pero ¡ah! eran aún bien dedébiles y desconocidos. El primer cuidado del Maestro fué pedir la autorizacion para el ejercicio de su profesion que luego le fué concedida, y nada hay aquí de sorprendente. Pidió luego tambien autorizacion para someter su doctrina á pruebas públicas y legales, cuya autorizacion luego le fué rehusada, y tampoco hay aquí nada de sorprendente. Este es el destino de toda verdad que viene al mundo.

Voy á volver sobre una idea, que bien se he iniciado ya en uno de mis primeros discursos; pero no importa, quiero introducir aquí esta simple reflexion. No será inútil, porque la cosa vale la pena.

Hahnemann y sus discípulos han pedido y piden en todas las naciones su lugar en el sóleo de la enseñanza oficial, y este lugar les ha sido otorgado en unas y negado en otras.

¿A quiénes se consulta en este asunto? A los médicos y á los profesores instalalados ya en su cátedra. Claro está, porque no se ha de dirigir á un consejo de abogados, para resolver ó informar sobre una doctrina médica.

Pues ahora, meditad sobre el ejemplo siguiente: Suponed, que cuando se ha tratado de introducir los caminos de hierro en España, se hubiera dicho á los maestros de postas, empresarios de Diligencias, etc. etc. que se reuniesen todos en consejo, y decidieran en **pro** ó en **contra** de los ferro-carriles, ¿cuál hubiera sido su informe?.....

A mí, solo me corresponde la enunciacion de esta idea; la apreciacion es vuestra.... Me permito, no obstante, recomendar á mis comprofesores homeópatas paciencia, y que mediten sobre el hecho siguiente:

Cuando S. Pablo llegó á Éfeso, operó con su celo y discurso gran número de conversiones. Pues en esta ciudad habia

un templo famoso dedicado al culto de Diana; y los plateros fabricaban miniaturas de este templo y de la estátua de la diosa. Estas obras de plata seducían al pueblo supersticioso.

Pero á medida que el apóstol de las naciones abría los ojos de este pobre pueblo, el culto de la diosa disminuía y la venta de la efigie de su templo y estátua, iba disminuyendo tambien con la supersticion. Visto lo cual por un tal Demetrio, reunió á todos los plateros de la ciudad, y les dijo: « Queridos compañeros, ya lo veis, si dejamos más tiempo á este hombre instruir á la multitud, acaba con nuestra industria. »

Los plateros encontraron el parecer de Demetrio justo y bueno, y el pueblo se amotinó contra el apóstol; lo buscó luego para esponerle á las fieras del anfiteatro, y se vió obligado san Pablo á irse á Macedonia. ¿Ha impedido todo esto la marcha del cristianísmo?.....

Hahnemann reanimó á sus discípulos con todo su celo, y trabajó hasta su último dia á fin de legarnos la mayor parte posible del tesoro de la verdad. A pesar de su larga edad, conservó hasta su última hora toda la plenitud de su inteligencia. La muerte solo cerró su espíritu como se cierra un libro despues que se ha leido.

Samuel Hahnemann murió en París el 2 de Julio de 1843.

¡Murió!..... El hombre y su doctrina cayeron en la balanza del destino. ¿Cuál será el porvenir del hombre? ¿cuál será el porvenir de la doctrina?

Gay-Lusac decía en su lecho mortuorio.

Parto en el momento en que vá á presentarse el espectáculo mas interesante; de aquí á algunos años el génio del hombre habrá renovado al mundo. ¡Que no pueda yo obtener una contraseña, y simple espectador de las cosas, vivir por curiosidad!....

He aquí ¡oh inmortal Hahnemann, lo que habríais podido decir! ¡De aquí algunos años habrá renovado al mundo vuestro génio, y desde la altura de los cielos veréis la irradiacion de vuestra doctrina en todos los lugares del universo!

Hahnemann tiene ya su estátua, pero su estátua no le pone al abrigo de las saetas de la crítica. La crítica ha sido concedida al hombre para escitar á los grandes génios, y sus llamas están destinadas á purificarles. Nuestro ilustre maestro debe pasar por esta purificacion.

En la impotencia de atacar el cuerpo de su doctrina, se

ha echado en cara á Hahnemann el no haber inventado nada.

Se querría atribuir á Hipócrates el principio de los semejantes; á Paracelso, la dinamizacion de los medicamentos; á Aretéo la ciencia de la sintomatología; en fin, á otros teóricos célebres antiguos ó modernos, los diversos elementos de nuestra doctrina.

¿Qué querrán probar con todos estos argumentos?

Ya os lo he dicho; el hombre no inventa nada, en la acepcion radical de la palabra; las verdades son eternas; la gloria de un hombre grande, no es crearlas, sinó coordinarlas, asociarlas en cuerpo de doctrina; y he aquí en qué consiste el mérito de Hahnemann.

¿Alguno, antes que él, habia erigido en principios fijos, y unido á otros principios correlativos y solidarios, todos los elementos que componen su doctrina? Existían los materiales; esto, acaso, es verdad, pero ¿alguno antes que él los había dispuesto en monumento? Las fracciones existían, pero ¿alguno antes que él las habia hecho constituir **unidad**?

¿Se ha intentado nunca echar en cara á Leibnitz no haber inventado las cifras? ¿A Newton no haber inventado las estrellas? ¿A Galileo, no haber inventado la tierra y el sol? ¿A Cristobal Colón no haber inventado la América? ¿A Harvey no haber inventado la sangre? ¿A Cuvier no haber inventado las razas de hombres ó animales? ¿A Arago no haber inventado la electricidad, cuya corriente imanta el hierro dulce? ¿A todos los hombres sábios en fin, no haber inventado los principios cuyas nuevas relaciones han proclamado?

Se ha echado en cara á Hahnemann no saber anatomía. ¿Pero qué relacion hay entre la anatomía y su doctrina? Qué mérito hay, por otra parte, en saber bien la descripcion del cuerpo humano? Qué mérito hay en saber bien la geografía ó la descripcion de la tierra? Todo esto solo es cuestion de tiempo y de memoria. He aquí por qué el génio quirúrgico no es igual al médico.

Se ha llegado hasta á echar en cara al Padre de la Homeopatia, no saber la fisiología. Se ha llegado hasta á echarle en cara no saber química. Los que han levantado estas acusaciones, prueban simplemente, que no han leido las obras de Hahnemann. Semejantes hombres, no merecen refutacion; dejémosles dormir en su ignorancia ó en su ceguedad. Pascal ha

dicho: «Nuestro propio interés es un instrumento maravilloso para cegarnos agradablemente.»

Se ha dicho tambien que el maestro de la nueva escuela, era de un carácter duro, severo, malo. Los que conocieron su vida íntima, los que han conocido sobre todo sus sentimientos religiosos, se indignarán profundamente de calumnia tan baja.

Habeis visto á Hahnemann vivir algun tiempo del trabajo de sus traducciones. ¡Pues bien! se ha dicho que en París necesitaba de intérprete y secretario para comprender á sus consultores y trasmitir sus consultas. Han inventado poner entre él y los estraños, la cortina con que Arístides se cubría á los ojos de sus discípulos mas nuevos.

¡Atreverse á levantar semejante acusacion á un hombre que había traducido obras francesas y que se había casado con una señorita francesa! Esto no merece refutarse.

Se ha dicho además que Hahnemann no fijó su residencia definitiva en París mas que por el incentivo del oro.

Si esto pudiera ser cierto, no hubiéramos visto á sus hijos sostenidos despues de la muerte de nuestro maestro solo con la fortuna de M.me d' Hervilly. ¡Ah! Hahnemann no dejó riquezas. No legó á sus hijos los siete millones que Dupuytren dejó á sus herederos, ni los cuatro millones que Boërhaave á los suyos.

¡Murió Hahnemann, y he ahí las saetas que la calumnia se goza en lanzar contra su estatua! Mas regocijémonos, todas esas saetas caen embotadas en su pedestal.

¿Deberé ocuparme de esos escritos que de tarde en tarde vomita la envidia contra nuestra doctrina? No, porque nacidos de la espuma de una ola, su accion es tan débil como la de dicha espuma.

Es una gran dicha para nosotros que ciertos medios se pongan en juego contra nuestra doctrina y en descrédito de nuestro maestro.

Los que lanzan al mundo semejantes escritos; se encargan por sí mismos de probar su impotencia.

Lamartine nos recomienda tengamos en cuenta, que *nada hay tan peligroso como razonar con los écos, porque no son responsables de aquello que dicen.*

¡Ah! Dios mio! Si intentáramos penetrar en el móvil de

dichos escritos, acaso encontraríamos, que sus autores fuesen nuevos Erostratos, que quieren pasar á la posteridad quemando el templo de Efeso.

Pero, ¡dejémoslos en el olvido!

He terminado mis discursos y con ellos la parte primera. Que hagan todo el bien que he deseado hacer, es todo lo que pido á Dios. Para un grande número, lo sé, habré hablado en desierto: ¡pero, aun cuando la verdad se diga en desierto, siempre será oida por Dios y por la conciencia del que la espone!

FIN.

ERRATAS.

Páginas.	*Líneas.*	*Dice.*	*Léase.*
12	34	Berzeluí	Berzelíus.
14	32	Morclim	Mordini.
Id.	36	Montpeller	Montpellier
24	3	sin	sus
25	2	ciudadamos	cuidados.
32	25	llevándola	llevándolo.
Id.	30	*Homoníos*	*Homoios.*
40	29	sucesos?	sucesos.
43	2	observa	observen.
47	11	pronunció	emplea
48	28	dercho	derecho.
61	25	¿ cuántas	¡ cuántas
63	27	or lo	os la
69	9	la trasmision	la transicion.
Id.	10	la trasmision	la transicion.
94	27	tambien robar	tambien de robar.
100	22	infinilisimales	infinitesimales
112	37	enfermedades!	enfermedades?
116	31	hahnemaniano	hahnemanniano.
127	11	morirse?	morirse !
130	12	que de los	de los
133	9	sensibilidad	insensibilidad.
198	26	y vasta	y basta.
200	21	tres términos	dos términos
204	4	armonía vocal	armonía bocal.
230	20	descendió	desciendo.
248	24	la fantasma	el fantasma.

WELLCOME LIBRARY INSTITUTE